



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

La recepción crítica de la novela hispanoamericana en España (1927-1958)

Maria del Mar Veciana Romeu

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

LA RECEPCIÓN CRÍTICA DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA EN ESPAÑA (1927-1958)



TESIS DOCTORAL

MARIA DEL MAR VECIANA ROMEU

UNIVERSITAT DE BARCELONA
FACULTAD DE FILOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA,
TEORÍA DE LA LITERATURA E INDUSTRIAS CULTURALES



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

**LA RECEPCIÓN CRÍTICA DE LA NOVELA
HISPANOAMERICANA EN ESPAÑA (1927-1958)**

TESIS DOCTORAL
UNIVERSITAT DE BARCELONA

Doctoranda:

Maria del Mar Veciana Romeu

Directores:

Nora Catelli Quiroga

Edgardo Dobry Lewin

Tutora:

Nora Catelli Quiroga

Programa de Doctorado:
Construcción y Representación de Identidades Culturales

Facultad de Filología
Departamento de Filología Hispánica,
Teoría de la Literatura e Industrias Culturales

Barcelona, 2016

AGRADECIMIENTOS

A Nora Catelli y Edgardo Dobry, por haberme guiado en el intrincado laberinto de mis ideas.

Als meus pares, pel seu suport i paciència incondicionals, sense els quals no hauria pogut arribar a port.

Als meus fills, que m'han robat les nits però que m'han donat la vida.

Al pare dels meus fills, que ha conviscut amb la present tesi et avec qui j'espère passer encore beaucoup de lunes de miel à Cadaqués.

A les altres dues bruixes, l'amistat per sobre de tot.

Als meus angelets de la guarda, la meva iaia i la meva Amanda.

A tots aquells que m'han recolzat i donat un cop de mà durant aquest viatge: tios, germans, amics, bibliotecàries, pequeños vampiros, cangurs, etc. Però també a tots aquells que m'han posat pals a les rodes, per convertir la meva investigació en repte personal.

A la ciència, que no va poder retenir l'Amanda però que ha salvat el meu germà.

I a les biblioteques, el meu refugi, sobretot les de fusta que grinyola, a on em podreu trobar si un dia em perdo.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. PRELIMINARES	13
1.1. OBJETIVOS E HIPÓTESIS	15
1.2. ANTECEDENTES Y ESTADO DE LA CUESTIÓN	19
1.3. METODOLOGÍA Y MARCO TEÓRICO	31
CAPÍTULO 2. EL CAMPO INTELECTUAL ESPAÑOL: ESCRITURA, PODER Y NACIÓN	47
2.1. VIDA INTELECTUAL: PANORAMA CULTURAL E INTELECTUAL	49
2.1.1. <i>El final de la Restauración</i>	50
2.1.2. <i>Nuevos aires: ideas republicanas y fascistas a principios de los 30</i>	56
2.1.3. <i>El colapso: la guerra civil</i>	69
2.1.4. <i>El franquismo: ideología y cultura oficial</i>	70
2.2. EL SUBCAMPO INTELECTUAL HISPANOAMERICANISTA	87
2.2.1. <i>El hispanoamericanismo: los conceptos</i>	87
2.2.1.1. El caso argentino	117
2.2.2. <i>Los eventos</i>	120
2.2.2.1. El doce de octubre	121
2.2.2.2. La Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla	127
2.2.2.3. Las Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana	129
2.2.2.4. El Premio Cervantes	134
2.2.2.5. Otros galardones	138
2.2.2.6. La Universidad de Barcelona	141
2.2.2.7. Las semanas culturales hispanoamericanas	143
2.2.2.8. Los viajes	145
2.2.2.9. Otros congresos	148
2.2.2.10. Otros eventos	152
2.2.3. <i>Los discursos</i>	160
2.2.3.1. La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica	160
2.2.3.1.1. La sombra del meridiano es alargada	168
2.2.3.2. Los nombres de América	173
2.2.3.2.1. El nombre de América	175
2.2.3.2.2. Los nombres y la prensa	187
2.2.3.2.2.1. Títulos y ámbitos	188
2.2.3.3. La lengua española	213
2.2.3.3.1. El panegírico	216
2.2.3.3.2. El uso “correcto” de la lengua	218
2.2.3.3.3. Defendiendo la unidad	228
2.2.3.4. La identidad hispanoamericana	236
2.2.3.4.1. Lo esencial americano	237
2.2.3.4.2. El carácter mestizo de América	241
2.2.3.4.3. La importancia de la naturaleza	245
2.2.3.4.4. Las nacionalidades americanas	248
2.2.3.4.5. Los problemas de América	251
2.2.3.5. El rol de España	256
2.2.3.5.1. La maternidad como retórica	257
2.2.3.5.2. España como guía	260
CAPÍTULO 3. LA NOVELA HISPANOAMERICANA EN ESPAÑA	267
3.1. ¿DES-CUBRIMIENTO O DES-CONOCIMIENTO?	269
3.2. LA RECEPCIÓN	284
3.2.1. <i>Selección</i>	284
3.2.1.1. La situación del libro y el comercio con América	284
3.2.1.1.1. La voz intelectual	291
3.2.1.2. Las novelas hispanoamericanas publicadas en España	300
3.2.2. <i>Marcado: editoriales y paratextos</i>	305
3.2.2.1. Una selección significativa	313
3.2.2.1.1. Casos especiales	343

3.2.2.1.1.1. Enrique Larreta	343
3.2.2.1.1.2. Hugo Wast	346
3.2.2.1.1.3. Ricardo Güiraldes.....	347
3.2.2.1.1.4. Carlos María Ocantos.....	348
3.2.2.1.1.5. Rómulo Gallegos.....	350
3.2.2.1.1.6. José Vargas Vila.....	355
3.2.2.1.1.7. Ciro Alegría.....	356
3.2.2.1.2. A modo de síntesis	358
3.2.3. <i>Lectura</i>	364
3.2.3.1. Obras críticas y antologías de narrativa hispanoamericana.....	364
3.2.3.1.1. Obras publicadas en España sobre narrativa hispanoamericana.....	367
3.2.3.1.1.1. Los creadores de la Nueva América de Benjamín Carrión (1928).....	367
3.2.3.1.1.2. Mapa de América, de Benjamín Carrión (1930).....	368
3.2.3.1.1.3. Historia de la literatura castellana. Estudio histórico crítico que comprende la literatura hispano-americana, de Abigail Mejía de Fernández (1933).....	369
3.2.3.1.1.4. Narradores hispanoamericanos, de José Sanz y Díaz (1942).....	373
3.2.3.1.1.5. Selección de prosistas modernos hispanoamericanos, de Rodolfo Barón Castro (1944).....	376
3.2.3.1.1.6. Resumen histórico crítico de la Literatura hispanoamericana, de Crispín Ayala Duarte (ed. 1945).....	377
3.2.3.1.1.7. Historia de la Literatura Universal, dirigida por Ciriaco Pérez (1946).....	379
3.2.3.1.1.8. Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana, de Miguel de Unamuno (1905, 1947).....	381
3.2.3.1.1.9. Historia de la literatura española e hispanoamericana, de Ramón D. Perés (1947).....	383
3.2.3.1.1.10. Resumen de historia de la novela hispanoamericana, de Agustín del Saz (1949).....	385
3.2.3.1.1.11. Antología hispanoamericana, de Jorge Campos (1950).....	391
3.2.3.1.1.12. Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos, de César González Ruano (1952).....	394
3.2.3.1.1.13. Medio siglo de literatura americana, de Arturo Berenguer Carisomo y Jorge Bogliano (1952).....	396
3.2.3.1.1.14. Proceso y contenido de la novela hispano-americana, de Luís Alberto Sánchez (1953).....	401
3.2.3.1.1.15. Historia de la literatura española e hispanoamericana, de Ángel Valbuena Prat y Agustín del Saz (1944 y 1956).....	407
3.2.3.1.1.16. Historia General de las Literaturas Hispánicas, dirigida por Guillermo Díaz Plaja (1957).....	408
3.2.3.1.1.17. La novela hispanoamericana: la novela de las selvas caucheras y la novela psicológica, de Agustín del Saz (1954).....	411
3.2.3.1.1.18. Breve historia de la novela hispanoamericana, de Arturo Uslar Pietri (1954).....	416
3.2.3.1.1.19. Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y ponencias (1956).....	421
3.2.3.1.1.20. Escritores representativos de América, de Luís Alberto Sánchez (1957).....	424
3.2.3.1.1.21. Literatura española e iberoamericana: Segundo año de Bachillerato. Quinto curso CC.LL., de Alfonso María Landaraech (1958).....	426
3.2.3.1.1.22. Claves de la literatura hispanoamericana, de Guillermo de Torre (1959).....	428
3.2.3.1.2. Obras publicadas en España sobre literaturas nacionales concretas.....	430
3.2.3.1.2.1. Novelistas de Méjico, de J.F. Arias Campoamor (1952).....	430
3.2.3.1.2.2. Literatura boliviana: Introducción al estudio de las letras nacionales del tiempo mítico a la producción contemporánea, de Fernando Díez de Medina (1954).....	434
3.2.3.1.2.3. Hombres y letras de Venezuela, de Arturo Uslar Pietri (Caracas 1948, Madrid 1958).....	437
3.2.3.1.2.4. Proceso histórico de las letras cubanas, de Juan José Remos (1958).....	439
3.2.3.1.3. Obras publicadas en España dedicadas a autores concretos.....	441
3.2.3.1.3.1. Vida y literatura de Rufino Blanco-Fombona, de F. Carmona Nanclares (1928).....	441
3.2.3.1.3.2. Carlos María Ocantos y su obra, de Theodore Andersson (1933).....	443
3.2.3.1.3.3. María Enriqueta y su obra, de Ángel Dotor (1943).....	444
3.2.3.1.3.4. Procedimientos y técnicas en Rómulo Gallegos, de José Vila Selma (1954).....	445
3.2.3.1.4. Obras críticas no publicadas en España	447
3.2.3.1.4.1. La gran literatura iberoamericana, de Arturo Torres Rioseco	447
3.2.3.1.4.2. Las corrientes literarias en la América Hispana, de Pedro Henríquez Ureña.....	449
3.2.3.1.4.3. Historia de la literatura hispanoamericana, de Enrique Anderson Imbert.....	450
3.2.3.1.5. Otras obras críticas comentadas en la prensa española	452
3.2.3.1.6. A modo de síntesis	457
3.2.3.2. Comentarios, críticas y reseñas en la prensa	463

3.2.3.2.1. Sobre narrativa hispanoamericana	465
3.2.3.2.2. Argentina.....	474
3.2.3.2.3. Venezuela.....	486
3.2.3.2.4. Colombia	494
3.2.3.2.5. México.....	499
3.2.3.2.6. Guatemala.....	502
3.2.3.2.7. Ecuador	505
3.2.3.2.8. Otros países.....	508
3.2.3.2.9. A modo de síntesis	516
CAPÍTULO 4. FIGURACIONES: LECTURA, PODER Y NACIÓN	523
4.1. FIGURACIONES DE LO AMERICANO: MECANISMOS DE SIMPLIFICACIÓN.....	529
4.1.1. <i>Lo propiamente (hispano)americano</i>	529
4.1.2. <i>La actitud textual</i>	537
4.1.3. <i>El remanso del colonialismo</i>	539
4.1.4. <i>El sistema literario mundial I (el lado americano)</i>	551
4.2. FIGURACIONES DE LO ESPAÑOL: LA MADRE PATRIA EN EL ESPEJO	561
4.2.1. <i>Colonialismo y nacionalismo</i>	561
4.2.2. <i>El campo intelectual hispanoamericanista</i>	569
4.2.2.1. José María Salaverría (1873-1940)	572
4.2.2.2. Ricardo Baeza (1890-1956).....	574
4.2.2.3. Ángel Dotor (1898-1986).....	575
4.2.2.4. Guillermo de Torre (1900-1971).....	575
4.2.2.5. Jorge Campos (1916-1983).....	578
4.2.2.6. Jaime Delgado (1923-).....	579
4.2.3. <i>Lengua e imperio</i>	581
4.2.4. <i>El sistema literario mundial II (el lado español)</i>	588
CAPÍTULO 5. A MODO DE CONCLUSIÓN	597
5.1. CONCLUSIONES Y VERIFICACIONES.....	601
5.1.1. <i>Lo constatado</i>	601
5.1.2. <i>Las hipótesis a posteriori</i>	618
5.2. CONTINUIDADES.....	624
CAPÍTULO 6. APÉNDICES	629
6.1. LOS AGENTES DEL HISPANOAMERICANISMO	631
6.1.1. <i>Los principales intelectuales hispanoamericanistas</i>	632
6.1.1.1. Intelectuales de origen español	638
6.1.1.2. Intelectuales de origen americano	661
6.1.2. <i>Las principales instituciones hispanoamericanistas españolas</i>	672
6.1.3. <i>La prensa cultural</i>	689
6.2. LAS NOVELAS HISPANOAMERICANAS EDITADAS EN ESPAÑA.....	721
6.3. LOS AUTORES HISPANOAMERICANOS MENCIONADOS EN LAS OBRAS CRÍTICAS.....	741
RESUMEN	753
BIBLIOGRAFÍA	759

Lo que sabemos o lo que creemos afecta al modo en que vemos las cosas.

John Berger, *Modos de ver*

CAPÍTULO 1. PRELIMINARES

1. PRELIMINARES

1.1. OBJETIVOS E HIPÓTESIS

Nuestro objetivo principal es analizar la recepción crítica de la novelística hispanoamericana en España durante el segundo tercio del siglo XX para rastrear, sistematizar e interpretar las figuraciones de lo americano en la Península. Nos permitimos un cierto margen de maniobra cronológico al centrarnos concretamente en el período 1927-1958, un intervalo aún no suficientemente estudiado, y delimitado por dos fechas clave en la recepción de la literatura hispanoamericana: en 1927 se produce la llamada “polémica del meridiano intelectual” y 1958 es el año de publicación de *Los ríos profundos* de José María Arguedas, con la que se considera se cierra el ciclo de novelas regionalistas americanas¹.

Al mismo tiempo, este lapso es particularmente turbulento y de una gran inestabilidad política y social en la historia de España: el final de los años 20 con la dictadura de Primo de Rivera; los años 30 con la Segunda República y la guerra civil; los 40, que empezaron con una dura posguerra y la instauración de otro régimen dictatorial, -esta vez de larga duración y muy centrado en la búsqueda y afirmación de la unidad y de los valores nacionales-, y la década de los 50, cuando se consolida dicho régimen. Asimismo, si bien España está lejos de ser la gran potencia de los siglos XVI y XVII, el golpe moral de la pérdida de las últimas posesiones de Ultramar es aún

¹ A pesar de la aparente contradicción, no nos referiremos a dicha obra puesto que no es comentada en los textos -obras críticas y comentarios- analizados.

reciente. De ahí que resulte extremadamente interesante detenerse en los discursos españoles ante la literatura producida por sus excolonias.

Se indagará, así, en el campo del pensamiento intelectual español para poder replantear cosmovisiones e imaginarios aprehendidos, descubrir cómo se perpetúan inercias, actitudes y prejuicios, -muchos de ellos heredados e inconscientes-, y demostrar cómo el modo de leer, de comprender y de aprehender la realidad puede llegar a cambiarla: es el poder *performativo* del discurso cultural, en especial en la construcción de realidades y proyectos nacional-identitarios.

Nuestra investigación exige repasar la presencia real de la novela hispanoamericana en el panorama español: atender a las ediciones, publicaciones, lugares y modos de difusión, distribución y recepción, tales editoriales, prensa escrita, instituciones y centros culturales, etc. Sin embargo, por la naturaleza y los objetivos de la presente tesis, nos fijaremos fundamentalmente en el papel, la intervención, la recepción y la actitud crítica de los intelectuales españoles para con los textos y para con sus autores. Entendemos a los intelectuales en tanto individuos y en tanto miembros de una elite, es decir, de una colectividad, selecta y/o rectora, consciente de sí misma y con ciertas características en común². De este modo constituyen un público particular: según Carmen Arraigada, poseen una serie de realidades sociales, de clase, raza, género, capital cultural, privilegios, conflictos, acceso a la cultura, horizonte y representaciones del saber distintos al del público común (cit. en Zanetti 63)³ y ⁴. Así pues, nos interesan especialmente las reseñas, comentarios, estudios, prólogos, publicaciones, polémicas,

² En este sentido, podemos establecer un cierto paralelismo con el concepto de “minoría poderosa” de Wright Mills, en tanto que entidad social y psicológica más o menos compacta y consciente de pertenecer a una clase social, con orígenes sociales análogos, compartiendo redes de conexiones familiares o amistosas y de ambientes, vinculada a las jerarquías institucionales y al prestigio (12 y ss).

³ En este sentido, Susana Zanetti constata que la lectura no es una invariante histórica (63) y parafraseando a Edward Said, añade que la propia constitución crítica cambia la lectura (221).

⁴ Para mayor detalle sobre la categoría de intelectual en sí y sobre las personalidades concretas a las cuales haremos mención, ver 6.1.1.

valoraciones, actitudes, y su vinculación con el panorama de la época, en especial con el régimen franquista, y las posibles funciones, interpretaciones y manipulaciones de sus lecturas. Es decir, atenderemos a la recepción crítica, la cual condiciona e influye la opinión pública.

En palabras de Mabel Moraña, analizaremos, además del *qué* y el *desde dónde* – “desde qué lugar teórico, ideológico o geocultural” (322), el *para qué* se lee, “para confirmar qué liderazgos intelectuales, qué proyectos, qué posicionalidades sociales o políticas, qué procesos históricos” (322). Como indica Henri Zalamanski, no se trataría solamente de averiguar qué imagen de nuestra sociedad revela la literatura sino también

qué es lo que se propone la sociedad, qué respuestas aportan los libros de nuestra época a nuestros problemas, en qué universo intelectual nos sumen nuestras lecturas, a qué presiones estamos sometidos por lo que leemos (...) y permitimos esclarecer más profundamente la relación entre literatura y sociedad (129).

Según Pierre Bourdieu, “l’intérêt pour l’aspect aperçu n’est jamais complètement indépendant de l’intérêt à l’apercevoir” (La distinction 554). En el caso que nos ocupa, nuestra hipótesis es que las posiciones peninsulares acerca de la narrativa hispanoamericana están íntimamente relacionadas con la imagen que se tiene y que se quiere otorgar a Hispanoamérica y a la naturaleza de las relaciones entre ambas, las cuales, siguiendo la opinión de José Luis Abellán, han estado siempre marcadas por el momento del encuentro, por la dialéctica metrópolis-colonia y por la idea de Imperio, incluso en la actualidad (11).

Partiendo de estas pautas, sugerimos que, en líneas generales y salvo excepciones, la visión española de la literatura hispanoamericana se corresponde con una voluntad de hegemonía e intervención cultural por parte de la Península sobre las antiguas colonias. Dicha actitud se manifestaría principalmente de tres formas: con el silencio, fruto de la ignorancia o de la indiferencia, -y por lo tanto postergando una actitud “normal” entre los intelectuales decimonónicos, de acuerdo con Carlos M. Rama

(301)-; con el interés por las obras que sirvan para reforzar la idea de unidad entre España y América Latina; o bien con la predilección por aquellas que permitan fácilmente conocer, clasificar y asimilar al otro, es decir, postergando en muchos casos clichés e ideas preconcebidas y simplificadoras.

Asimismo, investigaremos cómo puede influir la presencia y la lectura de la narrativa hispanoamericana en el mismo país de recepción, España, en tanto que ex metrópolis y, en palabras de Juan-José Saer, cómo se articula el vínculo entre colonialismo y nacionalismo aplicado a las relaciones transcontinentales. Por lo tanto, también atenderemos a las figuraciones de lo español. No es de extrañar que en España, la reflexión sobre el ser hispanoamericano resulte fundamental para su propia definición, en especial teniendo en cuenta la cercanía histórica de 1898 y el convulso panorama español del segundo tercio del siglo XX. Es decir, implica reconsiderar el pasado y a la vez, y en consecuencia, la situación contemporánea. Es lo que llamamos reflexión sobre la 'mismidad'.

1.2. ANTECEDENTES Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

La mayoría de estudios sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en España se han centrado en el Modernismo, en la figura de Rubén Darío, en el vanguardismo y, sobre todo, en el llamado boom de la novela hispanoamericana de los años 60.

Kevin Guerrieri señala que el boom representa, para buena parte de la crítica, un momento clave en el que la novela hispanoamericana finalmente llega a ser conocida y reconocida como una producción cultural propia y puede participar en la cultura oficial occidental (21). Es decir, que a partir de este instante Latinoamérica “existiría”, ya que como Pascale Casanova apunta, “ser percibido significa existir literariamente” (cit. en Moretti 82). En términos generales, se considera que la novela hispanoamericana llega a su máxima expresión a lo largo del siglo XX y, frecuentemente, se infiere el boom como su apogeo, un apogeo íntimamente relacionado con la Península. Debemos de tener en mente que esta concepción teleológica tan extendida influye, retroactivamente⁵, en la interpretación de la producción literaria anterior, a la cual se le atribuye un estadio primitivo y embrionario. Este sustrato ideológico persistente será uno de los primeros obstáculos al que debremos hacer frente en nuestra investigación.

Algunos autores, como John Stubbs Brushwood, denuncian que existe una confusión entre el concepto de “novela hispanoamericana moderna” y el éxito editorial de los llamados “escritores del boom”. De este modo, estos dos términos

really indicate two different aspects of a single phenomenon –the maturity of fiction in Latin America-. Specifically with reference to the Spanish-speaking countries, it is convenient to think of the new novel as dating from the late 1940s, the years of the reaffirmation of fiction. The boom, on the other hand, best describes the unprecedented international interest enjoyed by Spanish American novelists in the 1960s, and the spectacular increase in the number of high-quality novels they produced. Although nobody thought of it as a boom until several years later, the change is readily apparent in the years following *Pedro Paramo* (211).

⁵ Para más información sobre este tipo de efecto retroactivo, remitimos a “Los precursores de Kafka”, de Jorge Luís Borges.

De hecho, para Fernando Aínsa, “la tradición novelesca que en Europa necesitó de cuatro siglos para forjarse, en América le habían bastado tan solo cincuenta años de vida independiente” (Narrativa 7) para florecer. Resumidamente, según Ángel Rama

esta nueva narrativa tiene su periodo germinal desde el vanguardismo de los veinte cuando se formula en oposición a los patrones de la novela regionalista, se consolida en los treinta y los cuarenta amparada por la fuerte urbanización que presencia la implantación de la editoriales-culturales que diseñan un primer circuito global de comunicación interna, y alcanza su eclosión en los cincuenta y los sesenta al contar con el apoyo de un acrecido nuevo público que procura respuestas a los conflictos que vive el continente en la circunstancia de su mayor integración al mercado –económico, técnico, social, ideológico- del mundo (La novela en América 294).

El boom no sería un sinónimo de madurez literaria sino que podría definirse, en palabras de Vargas Llosa, como un conjunto de escritores que recibieron de manera más o menos simultánea una cierta difusión y reconocimiento, sin conformar ningún movimiento con ideario estético, político o moral (cit. en Rama, A. La novela 242-243). España desempeñó precisamente un importante papel en esta difusión y reconocimiento internacionales⁶.

En la actualidad, el boom se considera como un fenómeno, al decir de Pedro Ángel Palou, “eminente narrativo y patriarcal” (308), fruto de una serie de circunstancias y factores, literarios, sociales, culturales, políticos y económicos, entre ellos, el crecimiento internacional del latinoamericanismo como disciplina académica en las universidades⁷.

⁶ En este sentido, véase Nora Catelli, “La élite itinerante del boom: seducciones transnacionales en los escritores latinoamericanos (1960-1973)”. Catelli habla de la gestión y la circulación transnacional de las carreras literarias de los escritores americanos del boom, los cuales ya habían alcanzado la madurez en sus propios países de origen. En lo que se refiere al papel y el vínculo con la Península, subraya que España –y especialmente Barcelona-, facilitó la visibilidad transatlántica, pero que la hegemonía que ejerció fue exclusivamente mercantil y editorial, y no artística.

⁷ Guerrieri lo explica de este modo: “El aparente éxito de la novela del boom se debe a toda una serie de circunstancias: un creciente interés de las editoriales en estas obras; un aumento de traducciones por las casas importantes de ciudades cosmopolitas; la concesión del Premio Nobel a Miguel Ángel Asturias y de galardones de menor prestigio a otros escritores hispanoamericanos; el crecimiento internacional del latinoamericanismo como disciplina académica en las universidades; el surgimiento de un público lector más amplio interesado en novelas técnicamente más complejas; la unión política generada en torno a la Revolución Cubana” (70-71), etc.

Detengámonos unos instantes en este concepto de “latinoamericanismo”, que parece evocar el de “orientalismo”, acuñado por Edward Said a mediados de los años 70 y que resulta interesante para nuestra reflexión. El comparatista palestino define el orientalismo como una “disciplina sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular e incluso dirigir Oriente desde un punto de vista político, sociológico, militar, ideológico, científico e imaginario a partir del período posterior a la Ilustración” (Orientalismo 22). Es decir, un conocimiento creado desde Occidente, que se arroga la potestad de definir al Otro ya que este no es capaz de conocerse y de representarse a sí mismo, y que al mismo tiempo sirve para legitimar la superioridad y dominación occidentales.

No puede considerarse el latinoamericanismo como un equivalente al orientalismo de otras latitudes⁸, pero es útil tenerlo como referencia a partir de los estudios culturales. Kevin Guerrieri define al latinoamericanismo como el conjunto de representaciones teóricas sobre América Latina producidas por las ciencias humanas y sociales tanto desde dentro, –con ese intento de captar la esencia de lo propio, diferente del resto de Occidente, mezclando el ansia de emancipación con la reconciliación con los orígenes-, como desde fuera de Latinoamérica (17). De este modo, la posición que ocupa el crítico no es superflua. Los discursos de la intelectualidad española del segundo tercio del XX también se situarían en ese lugar definido por Walter Mignolo como propio de la enunciación occidental y que hace posible la construcción del Otro, Oriente por antonomasia, y que en nuestro caso también ese otro cercano, el extremo Occidente, –o lo que es lo mismo, Latinoamérica–⁹.

⁸ Somos conscientes de las diferencias históricas, geográficas, culturales, cronológicas, demográficas y religiosas entre ambos conceptos, aunque tienen en común ser construcciones de cuña europea para hablar del otro y un inherente potencial de manipulación, autoridad, difusión, etc.

⁹ Volveremos al concepto de “extremo Occidente” más adelante.

Uno de los primeros obstáculos en nuestra investigación es el ya mencionado peso retrospectivo del boom. También la mirada española está lejos de neutralidad por la importancia de los vínculos históricos y, sobre todo, por las cuestiones identitarias implícitas. Al mismo tiempo, el término latinoamericanismo –y derivados, en especial Latinoamérica- no funcionan en España en este período y han sido rechazados hasta fecha muy reciente en la Península. En su lugar se privilegió el de “hispanoamericanismo”. Por todo ello será necesario indagar en el estado de las relaciones culturales intercontinentales y en la nomenclatura. Atender a la recepción de la literatura implica, pues, analizar el discurso creado y asumir, como indica María José Vega, que los discursos construyen representaciones del mundo y que “los campos del saber –al igual que las obras del artista más singular-, están determinados por la sociedad, las tradiciones culturales, las circunstancias, las influencias de escuelas, bibliotecas y gobiernos” (72).

Del mismo modo, al centrarnos en la novela, hemos de considerar las peculiaridades inherentes a este género y a la especificidad hispanoamericana, así como al lugar privilegiado que se ha otorgado a la narrativa, en especial la de estas latitudes, en la búsqueda y el reconocimiento identitarios, repensando conceptos, etiquetas e ideas preconcebidas.

En lo que se refiere a los trabajos existentes sobre la recepción de la literatura hispanoamericana, ya hemos mencionado la abundancia de estudios sobre la influencia y el peso de Rubén Darío, así como del modernismo en España, tales *Rubén Darío y el modernismo en España (1888- 1920)*. *Ensayo de bibliografía comentada* de Carlos Lozano; *Modernismo y 98: Rubén Darío* de Ana Suárez; *Rubén Darío en la métrica española y otros ensayos* de Francisco Díez de Revenga; *Escritores de América y americanos de España* de Donald F. Fogelquist o el artículo de Alejandro Mejias-López

“Modernismo’s Inverted Conquest and the Ruins of Imperial Nostalgia: Rethinking Transatlantic Relations in Contemporary Critical Discourse”. Igualmente se ha tratado el vanguardismo y la interrelación entre España y América Latina, en especial en lo que se refiere a la poesía en *Vanguardismo y la crítica literaria en España (1910-1930)* de Andrés Soria Olmedo o *El vanguardismo poético en América y España*, de Juan-Jacobo Bajarlía. Y, como también hemos mentado, abunda la bibliografía sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en España a partir de los 60, destacando *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)* de Joaquín Marco y Jordi Gracia; *The Censorship Files. Latin American Writers and Franco’s Spain* de Alejandro Herrero-Olaizola; *Foreigners in the homeland: the Spanish American New Novel in Spain 1962-1974* de Mario Santana, entre muchos otros.

Pero ¿qué ocurre con el segundo tercio del siglo? Se han realizado estudios generalistas sobre la crítica española de la literatura hispanoamericana, como el ya clásico de Anna Wayne Ashhurst fechado en 1980 y titulado *La literatura hispanoamericana en la crítica española*, pero que probablemente a causa de su amplio alcance, presenta inexactitudes. También señalamos la monografía de José López Rueda titulado *Rómulo Gallegos y España*, publicada en Caracas por Monte Ávila Editores en 1986, y que dedica un apartado a la recepción crítica de la obra galleguiana en la Península. Sin embargo, cae en algunos errores y omisiones¹⁰. Luis Saínz de Medrano escribe asimismo el breve artículo “Sobre las relaciones literarias entre España e Hispanoamérica” en 1993, que repasa muy escuetamente la historia de las relaciones literarias entre ambos continentes, en especial citando eventos con dicho fin, así como las estancias de americanos en España y de españoles en América desde el último cuarto

¹⁰ Nos ocupamos más extensamente de sendas obras al final de estas líneas.

del siglo XIX hasta la actualidad. Sin embargo, es una visión demasiado sucinta y poco profunda.

Igualmente, se ha prestado atención al panorama cultural y la intelectualidad españoles de los primeros sesenta años del siglo XX. Sobresalen las obras de José-Carlos Mainer, Jordi Gracia, Juan F. Marsal, Genoveva García Queipo de Llano, Javier Tusell, Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, etc-, la mayoría de los cuales se interesan por el estrecho compromiso entre hombres de letras y política. Al mismo tiempo, existen estudios sobre las relaciones políticas, diplomáticas, culturales, económicas, institucionales, etc., entre los dos continentes, incluso más concretamente sobre la imagen que España percibía de las antiguas colonias. Entre ellos destacan las ponencias del coloquio de 1989 sobre “La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989”, publicadas con el mismo título y bajo la coordinación de Montserrat Huguet Santos, Antonio Nino y Pedro Pérez Herrero. Resultan muy útiles como aproximación al estado de las relaciones internacionales entre España y las repúblicas americanas desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, haciendo especial énfasis en el período franquista, y desde distintos puntos de vista: el de las instituciones –estatales o no-, la propaganda oficial, la prensa y las publicaciones, la diplomacia, la ideología, la historiografía o los libros de texto.

Encontramos asimismo obras específicas sobre instituciones americanistas, como *El americanismo en Sevilla* de Calderón Quijano; *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para la Ampliación de Estudios (1907-1936)* de Fomentín y Villegas; *El Instituto de Cultura Hispánica* de María Escudero o *Casa América de Barcelona 1911-1947. Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional* de Gabriella Dalla Corte. También sobresalen los artículos de Juan Carlos Pereira Castañares, Salvador Bernabéu o Lorenzo Delgado

Gómez-Escalonilla, “España e Iberoamérica: un siglo de relaciones (1836-1936)”;

“Los americanistas y el pasado de América. Tendencias e instituciones en vísperas de la Guerra Civil”; y “La política latinoamericana de España en el siglo XX”, respectivamente. También resulta imprescindible la obra de Isidro Sepúlveda, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, aparecida en 2005.

Sin embargo, no existe un estudio pormenorizado sobre la recepción y la actitud intelectual española para con la narrativa hispanoamericana en el segundo tercio del siglo XX. Este trabajo pretende suplir la ausencia de bibliografía específica y rigurosa sobre el tema.

La literatura hispanoamericana en la crítica española

Una de las pocas obras que se ocupa específicamente de la recepción crítica de la literatura hispanoamericana en nuestro periodo de estudio es la ya mencionada de Anna Wayne Ashhurst. Sin embargo, su propósito y radio de alcance son muy amplios: engloba la crítica realizada por españoles situados a una u otra orilla desde los tiempos de la Conquista y atiende a todos los géneros literarios. En efecto, realiza un amplio resumen de la actitud de la intelectualidad española desde el siglo XVI hasta la época contemporánea de la autora, es decir, hasta finales de la década de los 70.

Su principal conclusión es que existe un cambio de actitud en el siglo XX por parte de la crítica: reconoce la independencia literaria hispanoamericana respecto de la española, pero al mismo tiempo auna a ambas bajo el conjunto de literatura hispánica, y observa una verdadera unidad en el Mundo Hispánico basada en la lengua común.

La obra está dividida en dos partes, la primera, dedicada a los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX ocupa 236 páginas, y la segunda, centrada exclusivamente en el XX, 363.

Igualmente, de las 236 del primer gran bloque, las 50 primeras abarcan hasta el XVIII, y las 185 restantes están destinadas al XIX, una desigualdad directamente proporcional a la cantidad de escritos y de críticas realizadas por españoles sobre literatura hispanoamericana en cada época. En esta primera parte, la autora destaca como críticos más relevantes a Cervantes, Lope de Vega, Juan Valera y, sobre todo, a Marcelino Menéndez Pelayo, considerado como “más o menos el intérprete oficial de la literatura hispanoamericana y también el más prominente de su tiempo” (170). Anna Wayne Ashhurst sostiene, con razón, que buena parte del pensar sobre la literatura hispanoamericana de Menéndez Pelayo es extensible al resto de la crítica española y que puede resumirse en las constantes siguientes: la visión de Hispanoamérica en tanto que hija e imagen de España, y por lo tanto continuación de la ex metrópolis, gracias a los vínculos de idioma y religión; la no separación cultural entre ambos territorios puesto que las guerras de independencia supusieron solamente una separación política; la inquietud ante las influencias extranjeras, como la indígena, -a la que niegan-, o la francesa, que pueden provocar desastrosas consecuencias a su literatura al desviarles de su propio camino, es decir, el español; y el interés por la descripción de la naturaleza americana, exuberante y abrumadora, que debía ser el motivo central de su poética.

En lo que se refiere al siglo XX, Wayne Ashhurst lo secciona en dos bloques, el de la crítica sobre Rubén Darío y sobre el Modernismo, al que ofrece 170 páginas, y el resto, es decir, sobre autores hispanoamericanos no modernistas, con casi 150 páginas. Para la autora, el advenimiento del Modernismo, y en especial la figura de Rubén Darío, provocará un cambio en las relaciones entre Hispanoamérica y España: la influencia y la colaboración entre autores de ambas orillas convergerá hasta, según Ricardo Gullón citado por la autora, poder hablar de “una literatura hispánica, diversa como corresponde a naciones o artistas individuales, pero con integración” (404).

Al comentar la literatura no modernista, Wayne Ashhurst señala como la crítica concede de manera unánime una importancia crucial a la lengua española como elemento de unión. En general, continúa la autora, los críticos defienden la hermandad entre naciones y descartan la dependencia hispanoamericana.

Wayne Ashhurst resume las opiniones de Miguel de Unamuno, José María Salaverría, Azorín, Enrique Díez-Canedo, Amado Alonso, Pedro Salinas, Federico de Onís, Antonio Oliver Belmas, Rafael Cansino-Assens, Guillermo de Torre, Américo Castro, Ángel Valbuena Briones, Ricardo Gullón, Juan Larrea, Max Aub, Manuel Duran, Carlos Blanco Aguinaga, Tomas Segovia, Ramón Xirau, muchos de los cuales escribieron desde el exilio americano. En cuanto a las obras literarias comentadas y apreciadas en la época, se encuentran el *Martín Fierro* y la poesía gauchesca, así como las de Ricardo Güiraldes, Domingo F. Sarmiento, Eduardo Mallea, Manuel Gálvez, Mariano Azuela, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera o Benito Lynch.

La autora termina concluyendo que la actitud de la crítica española del XX es marcadamente distinta a la de los siglos anteriores, al desechar el paternalismo y postular una verdadera comunidad hispánica (592), basada en la igualdad. Ya no se descartan las influencias indígena y oriental, sino que las consideran constitutivas de las literaturas americanas. Como motivos del cambio de percepción, Wayne Ashhurst señala la figura y la labor unificadora de Rubén Darío, el mayor contacto entre críticos españoles y autores hispanoamericanos gracias al exilio post guerra civil, el aumento del cuerpo literario del siglo XX, el talante más objetivo y analítico de la crítica del último siglo, y la acción de editoriales y revistas españolas en la publicación y reseña de obras hispanoamericanas.

Si bien con el estudio de Wayne Ashhurst queda patente que en los últimos tiempos han aumentado y mejorado tanto las relaciones como el conocimiento y el

interés para con la literatura hispanoamericana desde la Península, y que cada vez se considera más independiente de la española, la autora extiende esta actitud, más propia de la segunda mitad de siglo, a todo el período, considerándolo como una unidad sin demasiadas variaciones. Del mismo modo, no tiene en cuenta el influjo y el peso que los cambios políticos y sociales del siglo XX español han podido tener respecto a la manera de relacionarse con Hispanoamérica y su literatura. A la guerra civil y al éxodo posterior alude solamente como fenómeno, para señalar como una gran cantidad de intelectuales y críticos se exilia a la América Hispana y entra en contacto más directo con su literatura, como por ejemplo a Amado Alonso, Enrique Díez-Canedo, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Federico de Onís, Américo Castro, Max Aub o el ya mencionado Guillermo de Torre.

Igualmente, algunas de las opiniones de los críticos españoles aportadas como justificación por Wayne Ashhurst nos parecen contradictorias. Por ejemplo, considerar la literatura hispanoamericana una extensión de la española o alabar el “españolismo” de algunos escritores hispanoamericanos, etc., ¿no serían muestra de la permanencia de un talante paternalista y de algún modo, “colonialista”?¹¹ Y asimismo, la repetición de la existencia de “la gran familia hispánica”, ¿no muestra igualmente cierta incapacidad de reconocer la identidad propia de las excolonias?

A pesar de estar de acuerdo que en el siglo XX ha habido una mejora y aumento de contacto entre intelectuales, intercambio y relaciones editoriales, muy especialmente a partir de y gracias a Rubén Darío y del Modernismo, no es posible aceptar las conclusiones generales de la autora. Numerosos son los intelectuales que claman la falta de conocimiento, de interés y de atención de las literaturas transoceánicas a lo largo del

¹¹ Por ejemplo, para Wayne Ashhurst, “Enrique Díez-Canedo celebra la presencia española en las letras hispanoamericanas, en gran parte como resultado del orgullo de patria y de ver la extensión de España en América, pero también por el gusto tremendo de encontrar allí literatura familiar, y quizá por el deseo de explicar a otros españoles que ellos también se encontrarían en América como en familia” (438-439).

siglo XX, -especialmente en el período de nuestro interés- y algunos de ellos autores estudiados por la misma Wayne Ashhurst, como Enrique Díez-Canedo, pero también Alberto Gil Novales, Jorge Campos o, ya en la actualidad, Blas Matamoro Rossi.

Igualmente, otros estudiosos se presentan contrarios a las conclusiones de Wayne Ashhurst, como, por ejemplo, José Luis Abellán, cuya postura hemos comentado líneas atrás, o también Leonor Fléming Figueroa, para la cual la crítica española siempre ha tenido una actitud paternalista hacia la literatura hispanoamericana.

Se ofrece entonces necesaria una revisión a fondo del segundo tercio del XX, para determinar en qué medida han cambiado o no, y hasta qué punto son ciertas las afirmaciones de la estadounidense.

Rómulo Gallegos y España

Otro libro que atiende a la recepción crítica de la literatura hispanoamericana es el de José López Rueda. Este muestra el fuerte vínculo entre el autor venezolano y España desde un punto de vista biográfico y literario, es decir, tomando en cuenta la influencia que España tuvo en su obra y a la vez cómo esta fue recibida por los intelectuales peninsulares.

Los capítulos dedicados a la recepción crítica de Gallegos en España corresponden con el tema y el objeto de nuestra tesis, a pesar de que López Rueda se limite a comentar –incluyendo algunos de los textos originales– solamente algunas de las múltiples reseñas de críticos españoles sobre el escritor venezolano publicadas en la Península. Asimismo, este libro no tiene estricta limitación cronológica y se extiende hasta mediados de los ochenta, y, por lo tanto, después del fenómeno del boom.

A pesar del interés, la novedad y la erudición que presenta la obra, no cumple con la expresada voluntad de exhaustividad, puesto que no analiza, ni siquiera menciona

la existencia, de todos los artículos publicados sobre Gallegos, ardua tarea dada la abundancia del material. Del mismo modo peca de impulsividad al afirmar que la primera crítica de *Doña Bárbara* es la de Ricardo Baeza de enero del 1930, lo cual no es exacto porque José María de Acosta había alabado a *Doña Bárbara* desde *ABC* el 23 de abril de 1929, y José María Salaverría había hecho lo suyo el 29 de mayo de 1929 en *La Vanguardia*¹².

¹² Igualmente, señalamos un ligero error de López Rueda al mencionar que la primera edición de la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Echarri y Franquesa es de 1950 (Madrid, Aguilar), cuando en realidad es de 1960. También se equivoca en el nombre del volumen, que es exactamente *Historia de la literatura española e hispanoamericana* y no *Historia de la literatura hispanoamericana*, como él menciona.

1.3. METODOLOGÍA Y MARCO TEÓRICO

Nuestro trabajo surge del interés por indagar en la múltiple faceta de la lectura de textos literarios, priorizando un acercamiento consciente y crítico de las lecturas en plural. Analizar cómo la intelectualidad española del segundo tercio del siglo XX leyó de manera crítica la narrativa hispanoamericana contemporánea, nos sitúa en el ámbito de la recepción literaria. Articulada básicamente alrededor de la Escuela de Constanza, su principal teórico fue Hans Robert Jauss. La estética de la recepción rechaza focalizar su interés en la obra en sí –a diferencia de la tendencia generalizada de los estudios literarios de la época–, y propone el giro hacia la figura del lector y la relación que se establece entre este y el texto. Para Jauss, resulta imprescindible atender a la historicidad de las lecturas, es decir, al hecho que tanto el sentido como el juicio estético de una obra cambien con y en cada época. A pesar de las críticas y de las necesidades de complementación de algunos conceptos de la Estética de la Recepción, muchos de sus postulados y consideraciones siguen vigentes y resultan fundamentales para nuestro estudio, que también se centra en los lectores.

Por ello, el presente es un estudio multidisciplinar. Formaría igualmente parte de la historia del libro, entendida al modo de Robert Darnton como historia cultural y social de la comunicación impresa, ya que “su propósito es comprender cómo se transmitieron las ideas a través de la palabra impresa y cómo el contacto con ella ha afectado al pensamiento y al comportamiento de la humanidad en los últimos 500 años” (177). Será pues, haciendo visibles los circuitos de comunicación de los cuales forman

parte los libros que los historiadores podrán demostrar “que los libros no solo cuentan la historia, sino que la hacen” (204).¹³

Asimismo, al indagar en el campo del pensamiento literario español, estamos entrando en el terreno de la sociología del hecho literario, dentro del cual destaca el ya citado Pierre Bourdieu, y algunos de sus conceptos clave como el de “campo”. Según Bourdieu, un campo social sería un espacio de relaciones de fuerza entre los agentes de un mismo dominio de actividad social que mantienen una situación de competición, de lucha de poder tanto para conseguir las posiciones dominantes dentro del campo como para la legitimización de sus valores.

Nosotros nos ocupamos del campo intelectual español, puesto que es el público receptor de la novelística que nos atañe, y a la vez el emisor de la crítica a analizar. La intelectualidad española sería, pues, el “sujeto de la enunciación”, concepto clave para Walter Mignolo, al considerar que el sujeto determina la aprehensión del objeto. El lugar de la enunciación, en palabras de Mabel Moraña y Bret Gustafson, no solamente sería una posición geocultural, sino asimismo ideológica, y desarrollaría un papel estratégico en la elaboración de tácticas culturales y de proyectos políticos (10). Asimismo, somos conscientes de que, a pesar de las diferencias y distancias ideológico-temporales, nosotros también formamos parte del mundo académico-intelectual español.

Partimos de una concepción antropológica de la cultura, ya que según Renato Ortiz: “para los antropólogos la cultura es, en primer lugar, un todo integrado, una totalidad en la que se encuentran orgánicamente articuladas diferentes dimensiones de la vida social” (45), aunque pretendemos, con Pierre Bourdieu, ir un poco más allá. Kevin

¹³Escarpit aclara que “la literatura produce una escritura, es decir, una determinada disposición de letras, de fonemas, de palabras, de frases. Ahora bien, cada uno de estos elementos es a la vez *cosa* y *significación* (16)”. Asimismo, “la literatura no solamente pone en funcionamiento diversos órdenes de significaciones que llevan a diversos órdenes de significados, sino que, más allá y por el hecho mismo de la combinación de estos elementos dispares, comporta una supersignificación, por encima del lenguaje, que es otro de sus caracteres específicos” (16-17).

Guerrieri define brevemente la cultura como “una construcción social que se manifiesta dentro de una red de relaciones de poder” (29). La cultura no es solo algo, sino también su uso. De este modo, la cuestión urgente no es tanto plantearse qué es la cultura, sino quién decide lo que entra a formar parte de “lo cultural” y por qué.

Acceder a la cultura ha implicado siempre un cierto poder, al estar reservada a determinados y minoritarios grupos sociales: los que disponían de tiempo libre, de recursos económicos y de capacidades intelectuales suficientes para crearla, aprehenderla o comprenderla. Al mismo tiempo, la cultura en sí da un cierto “poder”. Al mismo tiempo, por su mismo potencial de control y autoridad, para incluir, homogeneizar y nivelar y a la vez, excluir y diferenciar, contiene una gran fuerza como elemento identitario¹⁴.

Uno de los grandes rompecabezas de los teóricos de la literatura desde tiempos de Goethe, y significativamente contemporáneo al nacimiento de las literaturas nacionales, es el de la *Weltliteratur*, o la pretensión de comprender la literatura a escala mundial. Al respecto, y más recientemente, destacan los trabajos de Pascale Casanova y Franco Moretti. A pesar de las diferencias, ambos teóricos comparten la idea de un mundo literario desigual y jerárquico, compuesto de centros y periferias y de un sistema también desigual de relaciones de legitimación y configuración estética (Sánchez Prado 8). Así pues, Casanova concibe su “República mundial de las letras” a la manera de Bourdieu, como un conjunto de relaciones de poder expandidas en un mapa geocultural cuya lógica opera con autonomía relativa con respecto al mapa geopolítico (Sánchez-Prado 27).

Es posible coincidir con la mayoría de críticas realizadas a su teoría y considerar como falla central haber desatendido la vinculación de la literatura con la economía

¹⁴ Edward Said señala que “la cultura es una fuente de identidad, una fuente bien beligerante” (Cultura 13).

política, teniendo en cuenta que la literatura es una de las manifestaciones culturales por excelencia, y ya hemos señalado anteriormente la vinculación entre cultura y poder. Al mismo tiempo, Abril Trigo subraya otro aspecto clave de este orden literario mundial, desigual y conflictivo, y es “que subordina la literatura de los países y autores periféricos a los modos y modelos hegemónicos de la modernidad occidental, y europea más concretamente” (90). Así pues, este modo de entender la literatura mundial implica aceptar un paradigma imperialista-colonial, cristiano-burgués, dónde lo eurocéntrico (euroestadounidense por extensión) se ha convertido, de manera casi inconsciente, en sinónimo de universal, ya que aquellos que han poseído el poder económico, político, cultural –colonial por excelencia- han sido los Estados europeos: Europa ha sido la gran interlocutora, la que ha hablado por el resto, para los, parafraseando a Franz Fanon, “condenados de la tierra” que no tienen ni voz; y los valores europeos han sido los modélicos, los deseados, los extendidos. Dicho modo de comprender el mundo literario no plantea demasiadas alternativas: entrar en la república mundial de las letras significa acatar las reglas del juego, luchar para ser visibles –y por lo tanto reconocidos- por parte del centro desde la periferia o la semiperiferia, lo que implica, al mismo tiempo, aceptar la posición marginal, o bien restar en la invisibilidad-inexistencia.

Si bien las reflexiones de Moretti, Casanova y todas sus críticas son posteriores a nuestra época de estudio, nos son muy útiles para la reflexión al mostrar y escenificar las luchas simbólico-ideológicas subyacentes y muchas veces no percibidas del universo cultural-literario, los estrechos vínculos entre literatura, poder y nación, así como deliberar sobre los mecanismos de construcción de los valores pretendidamente universales. En este sentido, ¿cómo se articula la relación entre centro y periferia en nuestro caso de estudio? ¿Es algo tan simple como que América Latina ocupa la posición de periferia y España, en tanto que país europeo, la de centro?

En nuestro trabajo, la triada literatura, poder y nación deviene clave. Pretendemos abordarla en las tres tensiones que define Kevin Guerrieri en su obra *Palabra, poder y nación: La novela moderna en Colombia de 1896 a 1927*¹⁵. La primera “tensión” hacer referencia a la dinámica entre lo propio y lo ajeno. En nuestro caso, nos referimos a la interrelación entre España y América, cuyo inicio, para el colombiano, se remonta al descubrimiento (25), es decir, al momento del encuentro, como ya señalaba José Luís Abellán, y que había resultado determinante para la experiencia y la naturaleza de las relaciones posteriores. Por este motivo hemos dedicado un apartado aparte al descubrimiento.

La segunda tensión de Guerrieri alude a la formación de la nación, es decir, al devenir del concepto de la nación moderna en el imaginario colectivo, y en el establecimiento de la estructura político-administrativa del estado-nación (25), en cuyo proceso la novela tendrá una destacada participación. Así, deberemos atender al concepto de nación y al género novelesco. Y, la tercera, se refiere a la relación entre palabra y poder, y por lo tanto, al control y el uso de lo simbólico que se puede ejercer mediante la palabra (26)¹⁶.

Alejo Carpentier considera que la novela, en sentido estricto, se inicia con la picaresca española, sin embargo, admite que para que se pueda hablar con propiedad de novela es “menester que haya novelística” (7), es decir, un corpus de escritores de distintas generaciones “con un esfuerzo continuado y una constante experimentación de la técnica” (8). Debemos esperar hasta el siglo XVIII y dejar que sean los autores ingleses, Defoe, Fielding y Sterne, los que pongan en marcha la maquinaria novelística.

¹⁵ Kevin Guerrieri analiza las tres tensiones basándose fundamentalmente en obras y autores concretos del período 1896-1927 -entre ellos, Vargas Vila-, mientras que nosotros las aplicamos a la recepción crítica.

¹⁶Y más concretamente, “la lucha por, contra y/o desde el poder mediante la palabra en el campo de los significados y de lo simbólico” (54).

Se atribuye a *Robinson Crusoe* la inauguración del género en Inglaterra (Said, *Cultura* 70), y por extrapolación, de la novela occidental moderna. Pero, ¿por qué en estas fechas y en este contexto?

El siglo XVII europeo fue una época de crisis y transformación en todos los niveles, y en especial en el campo filosófico y científico. Joseph Bergin, parafraseando a Paul Hazard, señala que “la época de la revolución científica y del racionalismo cartesiano ineluctablemente dieron paso a la época de la Ilustración” (197). Es en el siglo XVIII que Occidente entra en la denominada Edad Moderna, caracterizada según Ian Watt por “the rising tide of individualism” (96) e íntimamente ligada al nacimiento de la burguesía como clase social y del sistema capitalista. Inglaterra ejemplifica a la perfección este período de cambios: “la ciudad desplaza al campo, la evolución al inmovilismo, la iniciativa individual a la social, la doctrina del progreso a la idea del pasado y sus edades de oro, los derechos de propiedad a los de nacimiento” (Pujol XI).

En los siglos XVII-XVIII, Europa, y muy especialmente Inglaterra, continúa con la tendencia expansionista que se había iniciado con los viajes de Colón, y es precisamente en esta época que el Imperio Británico irá tomando forma y poder en América y Asia. De hecho, Elleke Boehmer concibe que la historia de Europa ha ido de la mano de los intereses coloniales (1). Asimismo, según Edward Said, no es por azar que el protagonista de la primera novela moderna –*Robinson Crusoe*– sea un colonizador europeo y, más concretamente, inglés (*Cultura* xii). En su obra *Orientalismo* -y muy especialmente en *Cultura e imperialismo*-, Edward Said, al decir de Vega, se dedica al estudio de las relaciones entre la cultura y el imperio o, en otros términos, “de la implicación del conocimiento y de las prácticas textuales y artísticas,

incluida la literatura, en las relaciones de poder” (16)¹⁷. Igualmente, al aparecer la novela tan relacionada con la mentalidad y la estructura social, económica y política emergentes, y al ser presentada como “realista”, no es de extrañar que Said destaque “la contribución de la novela a un conjunto de actitudes y referencias y cómo se convirtió en un elemento fundamental para procurar la visión cultural del mundo” (Vega 39)¹⁸. En todo ello resulta decisiva la forma narrativa, ya que al parecer de Walter Ong “la narración sirve para unir el pensamiento de manera más extensa y permanente que los otros géneros” (139). Guerrieri también la contempla como “un lugar propicio en el cual se pueden compaginar el pasado y el futuro según el ideario del escritor y su versión del espacio nacional” (63). Finalmente, Susana Zanetti considera que las novelas han ido articulando tipologías, inducen lógicas de lectura, diseñan lectores ideales, alentan la lectura placentera, el didactismo, etc. (108)¹⁹.

Igualmente, Benedict Anderson subraya la importancia del capitalismo impreso para el desarrollo de la nación, y más en concreto, de la novela²⁰ y del periódico²¹ para (re)presentar la comunidad imaginada que es la nación (25). Así, si bien nacería en el XVIII, sería en el siglo XIX, en pleno auge de los nacionalismos europeos, cuando la

¹⁷“El hilo conductor del vasto movimiento intelectual que arranca con la escritura de *Orientalism* (1978) y culmina con *Culture and Imperialism* (1993), es la indagación continua y unitaria de la *política de la representación*, o si se prefiere, de las relaciones de poder que se derivan de las formas de la representación literaria” (Vega 86).

¹⁸Señala Said que para la experiencia de muchos de sus lectores, las novelas representan la realidad (Vega 39).

¹⁹ Susana Zanetti, en su ensayo *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, se refiere al siglo XIX americano. Sin embargo, muchas de las ideas planteadas son perfectamente aplicables a nuestro contexto histórico. Remitimos a su trabajo para mayor detalle sobre la lectura en América, en especial de la lectura de novelas bajo una perspectiva de género.

²⁰ Como ya había apuntado Walter Ong “el mundo de lo impreso engendró la novela” (145).

²¹ Para Guerrieri “el periodismo constituía el medio principal de distribución de la escritura en general, entre la emancipación y la consolidación de los estados nacionales a finales del siglo XIX” (62). Y continúa arguyendo que a través de él se demarcaba el espacio nacional, se proyectaba una imagen de identidad nacional y se formaba el concepto de ciudadanía (Guerrieri 63). También para Espósito la prensa resulta clave en tanto que agente modernizador y administrador cultural, capaz de fomentar y configurar la opinión pública y la construcción de imaginarios sociales (La emergencia 23).

novela adquiriría mayor protagonismo²². Igualmente, continúa Fabio Espósito, para el asentamiento de la novela tuvieron que confluír una serie de factores: el crecimiento y diversificación del público lector, el fortalecimiento del sistema educativo, la consolidación del Estado liberal y el desarrollo de la prensa (La emergencia 11-26)²³. Es decir, para la existencia y consolidación de la novela no solo se necesitaban novelas en sí –los productos literarios–, sino también la existencia de un público consumidor –principalmente la burguesía–, y unos canales de distribución –editoriales, librerías, prensa, etc.–, a los que añadiríamos las autoridades y vías de consagración, si seguimos el pensamiento de Bourdieu.

En el caso de América Latina, al estar la novela íntimamente ligada con el surgimiento de las clases medias, no podemos hablar de ella con mayúsculas hasta el siglo XX²⁴, cuando la burguesía accede a la vida cultural y cuando la cuestión de la identidad nacional diferenciada se plantea urgente.

A este respecto, Ángel Rama afirma que “quienes fundan la novela latinoamericana, echando la mano de los recursos del naturalismo y del esteticismo finisecular, han de ser los realistas de comienzos del siglo XX” (La novela 23). Tiene sentido que sea precisamente la novela regional²⁵, a la que se atribuye el esfuerzo por captar las imágenes del paisaje y la realidad latinoamericanos, como apunta Kristal con

²² También Fabio Espósito, en *La emergencia de la novela en Argentina*, señala como es en el siglo XIX en que la novela alcanza prestigio en Europa como género literario y se convierte en la forma de expresión literaria de la burguesía en ascenso (17), capaz de configurar de manera imaginaria los conflictos sociales contemporáneos (21).

²³ Espósito se refiere al caso argentino, extrapolable al resto de América Latina y también al proceso europeo, aunque fuera anterior en el tiempo.

²⁴ Para Fabio Espósito, en Argentina este proceso se da ya en la década de 1880.

²⁵ Bautizada “mundonovista” por Francisco Contreras: “El Movimiento que triunfa hoy en las letras hispanoamericanas, el Mundonovismo, tiende a adaptar a nuestro espíritu y a nuestro medio las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento anterior, el Modernismo. No se trata, naturalmente, de instaurar un arte local o siquiera nacional, siempre limitado, sino de interpretar esas grandes sugerencias de la raza, de la tierra o del ambiente que animan todas las literaturas superiores, sugerencias que lejos de anular la universalidad primordial en toda creación artística verdadera, la refuerzan diferenciándola. Se trata sencillamente de crear el arte del Nuevo Mundo, quiero decir, de la tierra joven y el porvenir. De aquí que denominemos este movimiento Mundonovismo y no Americanismo, como ha solido llamársele” (101-102).

su “engagement with the complex dynamics of inclusion and exclusion that structure models of citizenship and cultural belonging” (44), la que inicie la novela en América.

Teniendo en cuenta la carga ideológica que a lo largo de la historia ha acumulado la novela, resulta interesante replantearnos cómo se recibió en España la versión americana de este género. Sin querernos centrar exclusivamente en la narrativa regionalista, puesto que intentamos huir de “etiquetas” y clasificaciones que pueden llegar a ser reduccionistas, veremos que este subgénero tendrá una importante y significativa presencia en la recepción española.

Una de las principales fuentes de información para nuestra investigación es la prensa cultural. Carlos Altamirano subraya su caudal valor a la hora de trazar el panorama cultural de una época:

las revistas culturales han sido tradicionalmente una fuente para la historia de las ideas y la historia de la literatura. A través de ellas se pueden estudiar las direcciones y las batallas del pensamiento en las sociedades modernas y hacer el mapa de las líneas de sensibilidad de una cultura en un momento dado (“Élites” 19).

Y es que, según Montserrat Huguet, la utilización de la prensa suele constituir el medio más eficaz para perfilar las imágenes mentales que acabarán calando en el sustrato ideológico de la población (347). Es decir, la difusión de determinados valores e ideas “desde arriba”²⁶.

Al mismo tiempo, para Altamirano las revistas son una forma de agrupamiento y organización de la *intelligentsia* ya que raramente reflejan una voluntad personal (“Élites” 19). Generalmente, a pesar de que haya algunas individualidades que ejerzan un tipo de liderazgo intelectual, se trata de la actividad cooperativa de una serie de personas, sea un círculo ideológico, un grupo literario, u otro conjunto (20)²⁷, por lo que escribir en una revista y no otra ya tiene unas implicaciones a nivel ideológico: el autor

²⁶ Nos referiremos más adelante a dicho modelo de transmisión y a posibles críticas y fallas. .

²⁷ A este respecto, habrá que señalar el caso particular de Giménez Caballero en la etapa final de *La Gaceta Literaria*. Para mayor detalle, ver 6.1.3.

viene condicionado por ella y su pensamiento, de modo consciente o no. Es decir, las revistas preconditionan y clasifican no solo “desde arriba” sino también a nivel “horizontal”. Igualmente, esta pre-determinación de ideas y valores se produce no solo posteriori, sino también en el momento de estudiar dichos textos.

Las revistas culturales viven un momento de apogeo y gran vigor en nuestra época de análisis. Teniendo en cuenta tanto la considerable tasa de analfabetismo como el convulso panorama nacional, no es de extrañar que predominaran las publicaciones periódicas, relativamente accesibles a nivel de producción y de adquisición. Estas revistas devendrán, a su turno, una plataforma de expresión ideal para los intelectuales, que además constituirán su público objetivo y, a la vez, en el caso que nos ocupa, permitirán dar a conocer y difundir la literatura, a través de noticias, reseñas, comentarios y otros artículos sobre obras y escritores.

Asimismo, además de analizar las revistas, pretendemos atender a la reflexión sobre la realidad y las letras americanas y de las relaciones intercontinentales plasmadas en algunos periódicos, los cuales serán tomados a modo ilustrativo: por cuestiones de espacio y tiempo, y porque serán solamente un complemento a las publicaciones culturales, nos centraremos en tres de los principales rotativos del momento. Nos referimos a *La Vanguardia*, *ABC* y *El Sol*, el primero catalán y los otros dos, madrileños.

Del mismo modo, nuestro estudio se sitúa y se adentra en el ser y el devenir del llamado “hispanoamericanismo español”, entendido este a la manera de Isidro Sepúlveda en su obra *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, es decir, como un elemento clave para la comprensión tanto de las relaciones exteriores españolas –para con América- como del propio nacionalismo

español, del cual resultará ser uno de sus componentes básicos e indisolubles a lo largo del siglo XX.

Contemplamos el hispanoamericanismo en su doble faceta de idea –en tanto que comunidad imaginada-, y de movimiento, o lo que es lo mismo, en su esfuerzo y organización real para llegar a un fin, objetivo que Sepúlveda define como

la confrontación y promoción de una comunidad cultural entre España y las repúblicas americanas, en la creencia de que las fuerzas unidas no son la suma de todas las fuerzas por separado, sino la proyección sinérgica del conjunto hasta alcanzar una potencialidad muy superior (El sueño 11).

Asimismo, atendemos a su triple dimensión: simbólica, de significantes y valores; imaginaria, en tanto que comunidad y continuidad cultural entre sociedades de ambas orillas atlánticas, -unidad ideal, ciega ante sí misma y soñada, soñada precisamente por la Madre Patria, usando el juego de palabras de Isidro Sepúlveda-; y, muy especialmente, su dimensión ideológica, definida la ideología según Gabriel Cohn, como

un conjunto de esquemas de interpretación que operan en un segundo plano en los procesos de comunicación, imponiendo formas de percepción y de concepción del mundo que son relevantes para la distribución del poder y de prestigio en una sociedad (cit. en Altamirano, Términos 138),

esquemas que pretenden pasar desapercibidos y que aspiran a la universalidad.

Sepúlveda se sirve de la expresión de “Madre Patria” para referirse al “puesto al menos de primogenitura, cuando no de ascendente” de la ex metrópoli en dicha comunidad (El sueño 13)²⁸. Al igual que el historiador, que la instaure como título y metáfora de su estudio sobre el hispanoamericanismo, la idea de España como madre también se convierte en inseparable de nuestro análisis y del período al que nos referimos, a pesar de los intentos “fraternalizadores” de la República. Sin embargo, será, como veremos, una “maternidad” –y una fraternidad- compleja.

²⁸ Volveremos a la Madre Patria y a sus orígenes en el apartado 2.2.3.5.

En su relación con el nacionalismo, Sepúlveda aclara que el hispanoamericanismo se sirve tanto de las características de los movimientos nacionalistas, como las de los pan-ismos, tendientes a las uniones trans-nacionales (El sueño 93), por lo que será necesario que atendamos al modelo del estado-nación y a las teorías del nacionalismo aplicadas al caso español. Al mismo tiempo, por su componente cultural, requerirá un ejercicio de construcción: los elementos conformadores e identificadores fundamentales del hispanoamericanismo reivindicados por la mayoría de sus portavoces, son, según Sepúlveda, la “raza” -entendida como “continuidad cultural”-; la lengua -en tanto que nexo indiscutible-; la historia -memoria del pasado común-; y, también, una serie de enemigos: externos -en especial Estados Unidos-, e internos -el latinoamericanismo, el monroísmo y el indigenismo-. Queda claro, pues, que América deviene un elemento clave para la reflexión y afirmación de la identidad española.

Igualmente, el historiador divide el movimiento hispanoamericanista en tres corrientes que permitirán aunar, grosso modo, las distintas interpretaciones y concepciones del mismo, según su planteamiento conservador o liberal. Esta división nos resultará de gran ayuda en nuestra reflexión: nos referimos al “panhispanismo”, el “hispanoamericanismo progresista” y al pensamiento de la “Hispanidad”. A ello nos detendremos al hablar del panorama cultural de la época y de las relaciones con América.

El hispanoamericanismo empieza a postularse durante la Restauración, de manera paralela a la pérdida definitiva de las últimas posesiones ultramarinas, por lo que se verá siempre marcado por su sombra. España sigue buscando el beneficio en las (ex) colonias, beneficio de varia tipología: continúan siendo vistas como tierras de oportunidades y de materias primas, con posibilidades comerciales -en especial por

parte de la nueva burguesía- e incluso migratorias. En cambio, desde el poder –a pesar de los varios cambios de gobierno- se privilegiará sobre todo un uso “nacionalista”, tanto de proyección exterior, -con el intento de recuperar la influencia y el prestigio internacionales-, como de legitimación interior, es decir, para promocionar y afianzar el discurso nacionalista e identitario en la propia España²⁹.

Resulta necesario aclarar aquí que, precisamente por las implicaciones y usos que el término “hispanoamericanismo” -e Hispanoamérica, así como Iberoamérica y Latinoamérica y derivados-, adquirieron en el espacio-temporal que nos ocupa, en el presente trabajo, y con la voluntad de interferir en la menor medida posible en la reconstrucción del marco de pensamiento, cuando no nos refiramos al movimiento en sí y expongamos nuestro propio discurso, se priorizará el término metonímico “americanismo” -y América- para aludir a la corriente de acercamiento entre continentes y también a la realidad continental en sí. Consideramos que, al ser más genérico y menos usado en el período, consigue de liberarse un poco más de connotaciones y significaciones. Lo mismo ocurre con el de “Ultramar”, cargado de resonancias colonialistas, el cual conservamos solamente cuando se refiera a actitudes o intenciones de esta índole o cuando se trate de una transcripción literal.

Empezamos, así, por la configuración de un marco teórico adecuado al devenir de nuestras reflexiones y que irá acompañando y entretejiéndose en la investigación. Las ideas de Edward Said, Pierre Bourdieu, Ignacio M. Sánchez Prado, Walter Dignolo, Mabel Moraña, Gisèle Sapiro, Ángel Rama, Pascale Casanova, Franco Moretti, Kevin Guerrieri, Benedict Anderson, Ernest Gellner, Isidro Sepúlveda, Carlos M. Rama, Lorenzo Delgado-Escalonilla, Palmira Vélez, Juan Carlos Pereira Castañares, entre otros, son fundamentales para nuestro estudio. Una vez las bases conceptuales estén

²⁹ Sepúlveda afirma que el Hispanoamericanismo no fue solo un movimiento interesado en Hispanoamérica, sino también “de promoción de una comunidad cultural en cuya consolidación España obtendría considerables beneficios” (El sueño 97).

sentadas, procederemos a investigar el campo intelectual hispanoamericanista español de la época, lo que constituirá la primera parte de nuestro trabajo escrito. Para ello, los estudios de José-Carlos Mainer, Manuel Abellán, Jordi Gracia y Joaquín Marco, así como Genoveva García Queipo de Llano, Stanley G. Payne, Paul Preston, Josep Fontana, Fanny Rubio, Manuel J. Ramos Oller, etc., resultan clave. Pretendemos establecer las coordenadas de la vida intelectual del período, por lo que será necesario atender al panorama y la política cultural en general de la época.

Para ceñirnos al que podemos llamar subcampo intelectual hispanoamericanista necesitaremos asimismo conocer el estado de las relaciones culturales para con Hispanoamérica, así como atender al vínculo entre nacionalismo español e hispanoamericanismo y a los principales eventos destinados a afianzar las relaciones intercontinentales. Igualmente nos detendremos en las discusiones y debates públicos de temática hispanoamericanista para forjarnos una idea del universo intelectual español.

Una vez acotado este tramo, atendemos a las obras en sí: procederemos a recopilar las novelas hispanoamericanas publicadas en España, así como los trabajos críticos y las antologías de literatura que se ocupen de la narrativa del otro lado del Atlántico. Otra fuente básica de información para nuestro análisis serán las reseñas, comentarios y artículos dedicados a dicha literatura que encontremos en las principales revistas y publicaciones periódicas culturales y literarias del periodo.

Las cuestiones que pretendemos responder son múltiples. ¿Qué novelas son publicadas y leídas en este período? ¿Cómo, cuando y dónde aparecen? ¿Qué grado y qué tipo de atención reciben? ¿Cuál es el nivel de conocimiento español de la novela hispanoamericana? ¿Hay paralelismos, contradicciones, dis-continuidades? Hemos subdividido este capítulo en tres grandes apartados siguiendo las propuestas de Bourdieu y las tres grandes operaciones sociales que actúan en la transferencia de un

campo nacional a otro: 1) selección –es decir, lo que llega a la Península, qué y quién publica-; 2) marcado –dónde, en qué editorial y colección, y cómo se publica, con qué paratextos aparece-; y 3) lectura- o sea, las interpretaciones y discursos surgidos de aplicar categorías de percepción y problemáticas de un campo de producción distinto al de emisión (Bourdieu, *Intelectuales* 162), es decir, en función de la estructura del campo de recepción (161).

El siguiente paso será el de analizar los datos aportados por dicho capítulo. ¿Cómo es leída la literatura hispanoamericana? ¿Cuáles son las figuraciones de lo americano que pueden derivarse de estas lecturas? ¿Se ha construido una determinada imagen de América y de su expresión literaria? ¿Cuáles son los vínculos entre realidad y ficción? Y al revés, ¿qué autopercepción tenía España de sí misma y de qué modo la mirada hacia América contribuyó a ella? ¿Cómo funciona la relación entre otredad y mismidad, o, en otras palabras, cómo y por qué pensar sobre América también implica repensar España?

En el capítulo quinto, dedicado a las conclusiones, sintetizaremos el trabajo realizado y las averiguaciones obtenidas, y presentaremos posibles continuidades o nuevas líneas de investigación. Después de haber respondido al qué se ha leído y cómo se ha leído, así de haber mostrado las figuraciones de lo americano y de lo español, podremos desarrollar el por qué.

Finalmente, el último capítulo, el apéndice, funciona a modo de complemento a la presente tesis. En él se puede encontrar información más detallada sobre el subcampo hispanoamericanista, en concreto, en lo que se refiere a sus agentes activos: intelectuales, instituciones y órganos de expresión.

CAPÍTULO 2. EL CAMPO INTELECTUAL ESPAÑOL: ESCRITURA, PODER Y NACIÓN

2. EL CAMPO INTELECTUAL ESPAÑOL: ESCRITURA, PODER Y NACIÓN

Toda escritura va unida así a la forma de pensar de la civilización que la segrega y a cuya suerte está unida.

Henri-Jean Martin, *Historia y poderes de lo escrito*

2.1. VIDA INTELECTUAL: PANORAMA CULTURAL E INTELECTUAL

A continuación analizaremos la vida intelectual española del segundo tercio del XX. La entendemos al modo de Bourdieu, como el lugar dónde, como en “todos los otros espacios sociales, de nacionalismos y de imperialismos” (Intelectuales 160), se vehiculizan, -y en ello también intervienen activamente los intelectuales-, “prejuicios, estereotipos, ideas recibidas, representaciones muy sumarias, muy elementales, que se nutren de los accidentes de la vida cotidiana, de las incomprensiones, de los malentendidos, de las heridas” (160).

A pesar de que este apartado pudiera parecer banal dado el contexto español, consideramos necesario atender a la política cultural del período –con sus rupturas y discontinuidades- para apreciar su vinculación e influencia en el modo de acercarse a la realidad y las letras americanas.

2.1.1. El final de la Restauración

El desarrollo económico conseguido bajo la Restauración permitió al Estado español hacer crecer el sector público, sin embargo, “los intelectuales no lograron penetrarlo en masa de una manera satisfactoria, ni en la diplomacia, ni en la enseñanza, menos aún en la administración y en los cargos de carácter político” (Bécarud y López Campillo 5). Teniendo en cuenta el retraso español con respecto a los demás países europeos, no es de extrañar que igualmente se llevara a cabo más tarde que Francia e Inglaterra el

proceso de crecimiento y concentración de sus ‘trabajadores intelectuales’. La amplitud numérica de esta capa social está en relación directa con el auge del sector terciario, cuyo crecimiento en las naciones europeas depende estrechamente del desarrollo industrial conseguido (5).

De todos modos, a pesar de no gozar de la audiencia ni el prestigio de Francia y Alemania, el mundo intelectual español de principios de siglo no está desligado del poder (Bécarud y López Campillo 3). Genoveva García Queipo de Llano y Josep Tusell consideran que tanto el colapso del final del imperio español –que marcó profundamente la generación del 98- como la Primera Guerra Mundial, produjeron una decantación de los intelectuales hacia la política (9). Y es que el caos político, social y económico del primer cuarto de siglo reforzó, precisamente, según Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, la conciencia de los intelectuales como grupo (7).

Igualmente,

no solamente ensayistas como Ortega y Ramiro de Maeztu, sino también escritores de creación como Unamuno y Pérez de Ayala, dedicaron gran parte de sus energías a desempeñar una actividad política, con el objetivo inmediato de transformar la opinión pública y encauzar los acontecimientos políticos, suponiendo a menudo que ellos iban a ser los arquitectos unánimemente reconocidos de una nueva España (Brown 18-19).

Estrechamente relacionado con la crisis de la Restauración aparece el movimiento intelectual denominado Regeneracionismo, cuyo origen se remonta, según Manuel de Puelles, a 1880, aunque se ve especialmente reforzado por la crisis del desastre del 98 -que para Stanley G. Payne puede considerarse como el primer trauma moderno postcolonial de la Europa occidental (Fascism 11). Sin embargo, su presencia e influencia se extiende a lo largo del primer tercio del siglo XX (De Puelles 8). De Puelles rechaza igualmente definiciones unitarias y simplistas del mismo al considerarlo un fenómeno complejo, ambiguo y multívoco. Para él sería más apropiado hablar de “regeneracionismos” en plural, puesto que englobó tendencias ideológicamente dispares, más o menos conservadoras, democráticas, católicas, liberales, autoritarias, etc., y a nombres como Marcelino Menéndez Pelayo, José Canalejas, José Ortega y Gasset, Antonio Maura, Joaquín Costa, los integrantes de la generación del 98, e incluso, a Miguel Primo de Rivera (9-10). A pesar de ello, se acepta que los regeneracionistas tuvieron el deseo común de regenerar España, en especial en lo que atañe la moral y la educación.³⁰ Y es que, para Brown, los intelectuales partían del presupuesto común de “la necesidad de homogeneizar el proceso histórico español con el europeo y, en resumidas cuentas, realizar la revolución burguesa todavía pendiente tras el fracaso de la Gloriosa de 1868” (19). En su esfuerzo para transformar la realidad se encontraron con dos obstáculos fundamentales que boicotearon sus objetivos: la falta de un consenso político organizado y, resalta Payne, la dura resistencia de las viejas elites (Fascism 11).

Esta era la situación a la llegada al poder de Primo de Rivera. Si bien en un inicio el dictador consiguió importante apoyo de un sector de la intelectualidad española de ideas liberales, -según Payne en parte gracias a la influencia de su “regenerationist

³⁰ Muchos críticos consideran a Joaquín Costa como su líder moral, puesto que, como Stanley G. Payne señala, tenía el “goal of achieving honest and authentic government, practical reform and modernization” (Fascism 11).

spirit and also by the tradition of nineteenth-century liberal pretorianism” (Fascism 24)-, no podrá evitar el aumento progresivo del rechazo intelectual hacia su régimen, hasta que, en palabras de Genoveva García Queipo de Llano, termine por rebasar los límites de simple rechazo al gobierno para convertirse en aversión a la monarquía en sí (423).

El régimen dictatorial de Primo de Rivera se ha considerado relativamente benigno: Payne lo describe como “the most moderate of all twentieth-century dictatorships, one that infringed civil liberties as little as possible, produced few political prisoners, and refrained from political executions” (Fascism 38). Para Genoveva García Queipo de Llano, se gozó de una relativa tolerancia, en especial respecto al libro y que incluso en algunos casos permitió la difusión de un tipo de literatura contraria al régimen dictatorial y al propio sistema social (359).

Sin embargo, a pesar de la relativa “benignidad” nos encontramos ante una dictadura y por lo tanto, los intelectuales que se opusieron al nuevo régimen, indican Bécarud y López Campillo, “fueron obligados a replegarse al terreno cultural o a pasar a una heterodoxia abierta” como Ortega o Unamuno (8) y existió la censura –en ocasiones algunas publicaciones fueron suspendidas y en otras no pudieron publicar ciertos artículos-, así como detenciones y exilios forzados, por ejemplo, el del mismo Miguel de Unamuno. Precisamente esta actitud contribuye a explicar la politización de la vida intelectual y cultural española durante la Segunda Republica, como indica Genoveva García Queipo de Llano (550) y, para Bécarud y López Campillo creó las condiciones sociales y políticas para que los intelectuales pasaran de elite del saber a elite del poder, debilitando el caciquismo e inquietando la oligarquía industrial (8).

Para comprender el enfrentamiento entre intelectuales y poder debemos atender igualmente al sistema educativo del período. La realidad educativa de la España de

principios de siglo es precaria: faltan escuelas y la tasa de analfabetismo es muy elevada. Según Pérez Galán, en 1900 es de un 56,2% (26). Así pues, en términos generales, como Pérez Picazo y Lemenuier afirman, la situación durante la Restauración es de semi-abandono por parte de las instancias oficiales que no disponen de medios económicos ni de voluntad política (88).

La gran inestabilidad política del decenio 1913-1923 explica la ausencia de modificaciones en el ámbito educativo. Las cosas cambiarán, paradójicamente, con Primo de Rivera: Manuel de Puelles otorga un hábito regeneracionista, de talante autoritario, al dictador (16) que explicaría una cierta mejora en la política de construcción de escuelas y en la reforma de las enseñanzas secundaria y universitaria. A modo de síntesis podemos decir que con Primo de Rivera disminuyó, aunque de modo insuficiente, el analfabetismo español, y que se intentó llevar a cabo un plan de adoctrinamiento masivo de carácter nacionalista, pero que tuvo un alcance muy limitado. Con todo, en la década de los 20 aumentó el número de estudiantes, así como su papel en la vida política, pero fue especialmente gracias a la labor de instituciones como la ya mencionada Junta de Ampliación de Estudios, la Residencia Universitaria y el Instituto Escuela de Madrid (1918), o el Centro de Estudios Históricos e Internacionales, creados por antiguos alumnos del Instituto Libre de Enseñanza (De Puelles 88). No obstante, el analfabetismo que en 1920 se sitúa en un 43,2%, desciende al 32,4% en 1930 (Pérez Galán 26).

Las reformas y novedades emprendidas en la enseñanza primaria hicieron hincapié en el adoctrinamiento de maestros, en la potenciación de fiestas y rituales y en la imposición del castellano en las aulas³¹. En lo que se refiere a la secundaria, se modificaron y unificaron planes de estudio y se pretendió imponer un único libro de

³¹ Volveremos a referirnos al sistema educativo primorriverista y a sus reformas al hablar del desarrollo del hispanoamericanismo, en especial sobre el énfasis en la voluntad nacionalizadora y en la lengua castellana.

texto para cada materia y curso, que debía de estar inspirado “en la moral cristiana, en los principios de la Religión del Estado y en un respecto profundo al sistema político establecido” (96). La medida del ‘texto único’ generó una gran confusión en el sistema educativo –en la práctica, su aplicación se retrasó y fue solamente parcial³², y en muchos casos no fue respetada ni por los propios docentes-. Al mismo tiempo generó una gran controversia y oposición por parte de todos los sectores: progresistas, liberales, el mundo editorial, las mismas derechas y sobre todo, la Iglesia Católica, que veía la iniciativa como un intento por parte del Estado de fortalecer sus competencias educativas invadiendo la tradicional autoridad eclesiástica en esta materia. El aumento considerable de la enseñanza confesional, respaldada y protegida desde el Gobierno, no consiguió paliar la crisis entre este y la Iglesia.

En el ámbito universitario, las principales reformas gubernamentales fueron la imposición del castellano en universidades catalanas y valencianas, -creando un conflicto político que antes no existía-, y el llamado plan Callejo, que permitía a los centros católicos -Deusto y El Escorial- expedir títulos superiores. Este último, en palabras de Quiroga, “puso en pie de guerra a estudiantes y profesores, unió a diversos grupos liberales, republicanos e izquierdistas en su oposición a la Dictadura y minó severamente la popularidad del régimen” (“Educación” 99). Las protestas y manifestaciones estudiantiles no se hicieron esperar, empeoradas por la actitud represiva del dictador, y el ambiente degeneró con el cierre de las universidades en 1929. De hecho, para Genoveva García Queipo de Llano, en 1929 se produjo un definitivo alineamiento de los hombres de letras contra la dictadura (308), convirtiéndose las revueltas estudiantiles de ese año como un complemento a la protesta intelectual a la

³² Alejandro Quiroga señala que a causa de la tardanza en emitir el Real Decreto el proyecto no se puso en práctica hasta el curso 1927-1928. En lo que se refiere a los libros de texto, hubo igualmente retrasos: si bien los de Civilización Española e Historia Americana no se repartieron hasta 1929, los de Historia Española e Historia del Mundo nunca se publicaron (“Educación” 96).

vez que en visualización de su disconformidad. Así pues, el conflicto educativo no solo aumentó el desprestigio del régimen sino que también potenció la republicanización de ciertos sectores, notablemente intelectuales y profesores, pre-anunciando su caída.

En otras palabras, para García Queipo de Llano y Tusell, “todos los esfuerzos del Dictador por desprestigiar a la intelectualidad y separarla de la opinión pública, haciéndola aparecer como parasitaria y antipatriótica” (10), fracasaron, al mismo tiempo que la arbitrariedad del régimen reforzó la cohesión de los hombres de letras (8). Primo de Rivera no supo comprender a los intelectuales, y pecó de falta de *savoir-faire* para resistir los ataques y frenar su descrédito creciente.

Precisamente, para Bécarud y López Campillo, “este grupo de intelectuales ideológicamente heterogéneo resultará ser, por su disconformidad, el núcleo en el que cristalizarán las esperanzas revolucionarias de buena parte de los estamentos españoles” (8). Asimismo, cuando empiecen a organizarse políticamente, lo harán “principalmente en torno a grupos republicanos” (9), como es el caso de la mencionada Alianza Republicana, cuyo manifiesto fundacional firmaron Vicente Blasco Ibáñez, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ramón María del Valle Inclán o Luis Bello. Destacó también el papel de organismos como la Institución Libre de Enseñanza y el Ateneo de Madrid, que actuó como instrumento político intelectual sede de la oposición antimonárquica -y antigubernamental en general- (17).

Durante los breves gobiernos del General Berenguer y el almirante Aznar, destacan tanto la insatisfacción como el compromiso político de los intelectuales. Un buen ejemplo de ello es la constitución de la Agrupación al Servicio de la República, de principios de 1931, un movimiento político que pretendía unir intelectuales y otros profesionales en la construcción de un nuevo Estado en la que actuó como líder Ortega

y Gasset. Y es que sin que se le pueda atribuir la paternidad, como señala García Queipo de Llano (541), este asumió rápidamente su comandancia, juntamente a Gregorio Marañón y Pérez de Ayala.

2.1.2. Nuevos aires: ideas republicanas y fascistas a principios de los 30

Ya hemos mencionado el importante papel de la intelectualidad en el soporte y auge de la causa republicana, en especial de figuras como Ortega, Marañón y Ayala. Bécarud y López Campillo comentan el tópico trillado de la paternidad intelectual de la República, admitiendo que “en el establecimiento, auge y derrumbe del sistema republicano de 1930 a 1936, la intelectualidad desempeñó un papel dinámico” con similitudes y divergencias con la Revolución francesa y la Revolución rusa (1). Así pues, no ha de extrañar que una vez finalizada la guerra civil, “sus vencedores reservarán a los intelectuales un odio siempre alerta” (135).

Realmente, en el caso de la República, “hubo una elevada proporción de catedráticos, abogados, profesores, periodistas en las Cortes y los ministerios en los primeros años, aunque posteriormente va descendiendo el número” (34), que vinieron “a rellenar un vacío momentáneo: suplir la ausencia de cuadros políticos de los partidos” (35).³³ Y es que a pesar de la visión utópica de la intelligentsia, para Edward Shils, “la actuación de los intelectuales como agentes personales, consejeros, tutores o amigos de los soberanos es tan antigua como la de los intelectuales cultos e instruidos

³³ José-Carlos Mainer indica que, “su efímero ascenso al poder iba a verse jalonado de una intensa actividad político-intelectual” (La corona 105). También Bécarud y López Campillo afirman que “La España de 1931 presenta el caso relativamente excepcional de un régimen anunciado, preparado, elaborado por los intelectuales” (135)

en la administración estatal” (26)³⁴, considerando que “la colaboración efectiva entre los intelectuales y las autoridades que gobiernan la sociedad es un requisito para el poder y la continuidad de la vida pública” (43).

Sobresalen los nombres del mismo jefe del Gobierno, Manuel Azaña, así como Claudio Sánchez Albornoz, Fernando de los Ríos, Pedro Sainz Rodríguez, Luis Araquistáin y Julián Besteiro, siendo estos dos últimos considerados los dos intelectuales socialistas de mayor envergadura. Así pues, para Bécarud y López Campillo, dada la inoperancia de los aparatos políticos de oposición, los intelectuales acentuaron su papel de catalizadores de las aspiraciones populares (136) y muchos de ellos ejercerán una función legisladora y administrativa en los primeros tiempos republicanos, aunque posteriormente irán siendo sustituidos por ‘hombres de la organización’: perderán la función conceptualizadora y crítica en beneficio de la función organizativa, los intelectuales ‘puros’ cederán ante los ‘militantes’ o ‘organizativos’ (136).

No obstante, la victoria de los grupos conservadores en 1933 generará “una gran sensación de desilusión entre los intelectuales, tanto de izquierdas, ante el fracaso de la experiencia de gobierno de la coalición republicano-socialista (Bécarud y López Campillo 81), como de derechas. Bécarud y López Campillo señalan la decepción de Unamuno, Azorín, este último protagonizando un claro giro a la derecha en 1933, y la del propio Ortega (55), que el 6 de diciembre de 1931, solamente siete meses después de la proclamación de la República, pronunció su célebre discurso *Rectificación de la República* en el cine del Ateneo de Madrid:

³⁴ Y continúa: “No todos los intelectuales modernos se sintieron atraídos por la política revolucionaria, hubo hombres moderados y partidarios de la política civil y del orden existente, apolíticos centrados calladamente en sus preocupaciones intelectuales específicas. No obstante, la función de los intelectuales modernos en la elaboración de la doctrina de los movimientos revolucionarios ha de considerarse como una de sus realizaciones más importantes” (Shils 28).

Lo que ocurre es que se han equivocado, que han cometido un amplio error en el modo de plantear la vida republicana (...) La República, durante su primera etapa, debía ser solo República, radical cambio en la forma del Estado, una liberación del poder público detentado por unos cuantos grupos, en suma, que el triunfo de la República no podía ser el triunfo de ningún determinado partido o combinación de ellos, sino la entrega del poder público a la totalidad cordial de los españoles (...). En suma, señores, que frente a los particularismos de todo jaez, urge suscitar un partido de amplitud nacional (5-6)³⁵.

Incluso el mismo Ateneo, que, como señalan García Queipo de Llano y Tusell, había sido la plataforma que impulsó y proyectó a Manuel Azaña (4), se postuló contra el presidente republicano.

En lo que se refiere al sistema educativo, al advenimiento de la República, como continúan Pérez Picazo y Lemeunier, el retraso con que el Estado había asumido sus responsabilidades en materia de educación y el mantenimiento de las desigualdades provocaron que la cultura en España no gozara de la homogeneidad relativa de otros países europeos (89). El Gobierno no había sido capaz de establecer un sistema educativo moderno y se mantenía una doble vía, con redes e itinerarios diferenciados en función del origen social de los alumnos. A pesar del descenso del analfabetismo, según Pérez Galán, aún faltaban por escolarizar millón y medio de niños (45)³⁶. Siendo los principales problemas la falta de escuelas y maestros, las intervenciones prioritarias de la República serán la creación de centros de enseñanza primaria³⁷, y la mejora de la formación, de los medios y de los salarios de los educadores.³⁸

Sin embargo, el camino no fue ni uniforme ni gradual. Si bien la Constitución de 1931 proclamó la coeducación, la gratuidad y la obligatoriedad de la enseñanza

³⁵ Discurso reproducido en el artículo "Don José Ortega y Gasset dice que es necesario rectificar el perfil y el tono de la República" publicado por el diario *Ahora* el 8 de diciembre de 1931.

³⁶ El analfabetismo había descendido al 32,4%, pero continuaba implicando que de los 25 millones y medio de españoles un 24,8% de los varones y casi un 50% de las mujeres no sabían leer ni escribir.

³⁷ Se calculó que aparte de las 32680 escuelas existentes, eran necesarias 27151 más (Pérez Galán 45).

³⁸ En lo que se refiere al ámbito de la enseñanza secundaria, Fernando Vea destaca el incremento de horas docentes, así como de centros educativos, y la potenciación de la figura femenina, ya fuera como alumna o como profesora (104).

primaria, la libertad de cátedra y la laicidad³⁹, el cambio de gobierno de 1933 supuso una marcha atrás en muchos de los preceptos y reformas previstas, en especial las laicizantes, como por ejemplo la sustitución de la enseñanza impartida por las Órdenes y Congregaciones religiosas, que nunca se llevó realmente a cabo, o las relacionadas con la enseñanza conjunta de niños y niñas. Posteriormente, el programa educativo del gobierno del Frente Popular, triunfador de las elecciones de febrero del 36, volvía a coincidir en la mayoría de puntos con el del primer gobierno republicano, pero el alzamiento de julio impidió que se ejecutaran gran parte de las iniciativas.

De todas formas, en general, la reforma y la inversión educativa fue uno de los puntos clave del programa republicano y de hecho, el esfuerzo económico de los primeros años de la República fue el mayor realizado hasta la fecha en España (Pérez Galán 45).⁴⁰

Pero los intelectuales no solo se posicionaron y se organizaron alrededor de ideas republicanas, sino que también desempeñaron un importante papel en el desarrollo ideológico del fascismo español:

existe en la intelectualidad de esos años una tendencia a la polarización política en cuatro direcciones principales: los nostálgicos del Estado, los partidarios de la ruptura de la legalidad republicana, sea hacia el fascio, sea hacia la revolución socialista, los que vacilan en busca de una cuarta vía tradicionalista y nacionalista (Bécarud y López Campillo 98)

De manera simultánea a Alemania y Austria, donde se van reforzando las corrientes autoritarias de talante fascista, como indican Bécarud y López Campillo, estas también van cuajando en el territorio español (81). Sin embargo, como continúan las autoras, las formas españolas de fascismo, que iban a desarrollarse en los años 1934-

³⁹ A este respecto, puntualiza Pérez Galán, la religión no era perceptiva sino opcional en caso de que los padres lo solicitaran, y que tampoco se forzaba al profesorado a impartirla si no lo deseaban, siendo entonces los sacerdotes los encargados de ello (320).

⁴⁰ Otra de las aportaciones educativas del período republicano, es el proyecto de las Misiones Pedagógicas, que pretendía hacer llegar la cultura a la España rural. Aunque Bécarud y López-Campillo admiten que no pudieron hacer gran cosa para disminuir el enorme desfase cultural entre aldeas y centros urbanos, han permanecido en la memoria colectiva como el símbolo de la nueva política educativa republicana (39).

1938, no nacieron como una reacción contra la política del primer gobierno republicano, sino que su origen se remonta al bienio 1928-1930 (27).

Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma Ramos serán de los primeros intelectuales que podemos considerar fascistas, juntamente con José Antonio Primo de Rivera y Onésimo Redondo. Precisamente es en *La Gaceta Literaria*, revista comandada por Giménez Caballero, dónde se expresan las primeras teorías fascizantes españolas. Concretamente, en el número del 15 de febrero de 1929, Giménez Caballero, conocido bajo el apodo de Gecé, acrónimo de sus apellidos, anunció oficialmente su conversión al fascismo, lo que, apunta Payne, creó una importante crisis política y editorial en el seno de la revista (Fascism 53).

Para entender el auge de esta corriente es necesario recordar el descontento intelectual, en especial en la derecha católica: describe Dionisio Riudrejo que

entre ciertos grupos católicos, los valores de emoción, pasión y voluntad se vuelven cada vez más atractivos (...), el fascismo viene a inserirse como un puente, una pasarela cómoda para los que rechazan la democracia liberal o los que la consideran superada, sin querer ir, no obstante hasta la revolución pura y simple (Bécarud y López Campillo 85).

Ledesma Ramos es considerado como el mayor genio del movimiento por H. R. Southworth (Valls 13), al combinar perfectamente teoría y práctica⁴¹: para él, según cita Payne, España necesitaba “a popular modern revolution of unity, authority, and the masses, and the readiness to affirm willpower, violence, and the conquest of a new place in the world” (56). Su manifiesto *La Conquista del Estado*, que posteriormente dará nombre a un semanario, lo convierte, al decir de Bécarud y López Campillo, en el primer jefe político del fascismo español (31).

Otro de los intelectuales fascistas es Onésimo Redondo que significativamente había sido lector en Manheim en 1928, donde pudo embeberse del pensamiento en auge en la Alemania de la época y dejarse influir por el antisemitismo: postulará la unidad

⁴¹ Payne lo define como “the first intelectual to define a relatively clear-cut Spanish fascismo” (Fascism 55).

nacional, la preeminencia de los valores hispánicos tradicionales, -entre ellos, el catolicismo por excelencia-, la exaltación de Castilla como esencia y raíz del nacionalismo español-, y la justicia social. Como indica Valls, “su idea básica era la reafirmación de la tradición española adaptada a los tiempos que corrían” (14).

José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, intentará, a lo largo de su vida y obra, según Payne, reivindicar la labor de su padre, conceptualizada de modo radical, autoritario y nacionalista (Fascism 43). Entre sus ideas, Fernando Valls destaca la disolución de los partidos, la Patria como unidad total y la necesidad de convertir el Estado en un instrumento, eficaz y autoritario, al servicio de esa unidad indiscutible que se llama Patria (14). Precisamente, para Payne, el fascismo de José Antonio

consistía en una idea: ‘la unidad’: dirigir a una minoría audaz, dispuesta a emprender una política radical de reformas económicas por procedimientos autoritarios, utilizando el instrumento ideológico del nacionalismo para suscitar el entusiasmo de la juventud (cit. en Valls 14).

El falangismo tiene igualmente una visión nostálgica de la historia de España y de su imperio, alaba el militarismo y rechaza cualquier nacionalismo que no sea el español. En lo referente al catolicismo, si bien le concedía un papel importante entre los valores nacionales, concebía la separación entre Iglesia y Estado. Según Valls, a diferencia de otros regímenes totalitarios, la ideología fascista española se caracteriza precisamente por la combinación de motivos revolucionarios y tradicionales, el ataque a los partidos obreros por antinacionales y a los burgueses tradicionales por antipopulares, así como por su catolicismo definidor y esencial (10-11). En general, continúa el autor, se presenta como una forma de hacer atractiva la ideología conservadora, modernizándola (10).

Igualmente, para comprender mejor la idiosincrasia del fascismo español, es necesario recurrir a sus fuentes. Una de las constantes de los teóricos fascistas españoles será la hostilidad hacia los socialistas, hostilidad que entronca con el pensamiento de

Ramiro de Maeztu, con su crítica a la idea democrática, su elogio de la monarquía católica (Bécarud y López Campillo 80) y su ferviente defensa de la Hispanidad.

Pero, ¿qué entendemos por “Hispanidad”? Es necesario que realicemos un paréntesis para puntualizar dicho concepto. A pesar de que la idea de Hispanidad se asocia inevitablemente con el fascismo español y, sobre todo, con Maeztu, principal responsable de la “popularización” del término, el concepto es anterior, tanto en la Península como en América, y no siempre tuvo connotaciones ultraderechistas. De hecho, Fredrick B. Pike prefiere utilizar el vocablo “hispanismo” antes de los 30s y relegar “Hispanidad” a las connotaciones ultracatólicas -y especialmente a su uso franquista- (5) que irá adoptando en el segundo tercio del XX. Para Pike, el Hispanismo se basaría en la convicción de que

through the course of history, Spaniards have developed a life style and culture, a set of characteristics, of traditions and values that render them distinct from all other peoples. Hispanismo rests further on the assumption than Spaniards in discovering and colonizing America trasplanted their life style, culture, characteristics, traditions and values to the New World and them transmitted them to the aborigens (...) to Africans (...) and to the mestizo (...) (1).

Sin embargo, Federico Finchelstein señala que el término Hispanidad ya existía en el Diccionario de la Real Academia Española para referir una “forma peculiar de hablar el español fuera de las normas castellanas” (271). También José Luíz Abellán asegura que Unamuno ya había empleado el vocablo en 1909 para nombrar a la comunidad de pueblos que hablan español y comparten unas mismas cualidades espirituales, morales, estéticas y religiosas (21)⁴². Asimismo, en 1927, Unamuno escribe el artículo “Hispanidad”: “Digo Hispanidad y no españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales (...) de Hispania” (22). Posteriormente, el sacerdote Zacarías de Vizcarra (1879-1963), al cual frecuentemente se ha atribuido la

⁴² Por todo ello, no nos oponemos a utilizar Hispanidad e Hispanismo en tanto que sinónimos conceptuales, si bien debemos tener en cuenta la radicalización ideológica de la Hispanidad señalada por Pike a partir de los 30.

paternidad del término, en palabras de Eduardo González Calleja “desempolvaría” el concepto en Argentina, como

un amalgama de los rasgos cristianos y humanistas de la identidad española proyectada hacia la acción exterior (...) y opuesta al racionalismo, el liberalismo y la democracia, valores extranjerizantes e inadaptables a nuestra idiosincrasia (88).

Es decir, dándole ya un marcado viraje a la derecha. De hecho, Finchelstein indica que para Vizcarra el término Hispanidad era más propio que el de “raza” para pensar los vínculos entre América Latina y España (271).

Ramiro de Maeztu, que había entrado en contacto con Zacarías al ser nombrado embajador español en Argentina por Primo de Rivera en 1928, retomaría y elaboraría intelectualmente el ideal en su *Defensa de la Hispanidad* (1934), aunque con un contenido más cultural y espiritual, basado en el tradicionalismo, la defensa de la monarquía y el catolicismo, como un alegato reaccionario, paternalista y mesiánico de la civilización hispánica y católica, destinada a salvar a la civilización de la decadencia⁴³. Se trataba de una perspectiva fascista: a los ideales revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad, contraponía los de autoridad, jerarquía y servicio (Abellán, J.L. 22). También el arzobispo de Toledo y posterior cardenal, Isidro Gomá y Tomás, colaboró firmemente en la identificación entre mensaje imperialista y ultracatólico e Hispanidad gracias a las conferencias que pronunció en Buenos Aires durante la celebración del 12 de octubre de 1934: “América es la obra de España. Esta obra de España lo es esencialmente de catolicismo. Luego hay relación de igualdad entre Hispanidad y catolicismo, y es locura todo intento de hispanización que lo repudie” (cit. en Roberts 62).

Otra contribución al concepto fue la aportada por Manuel García Morente. En junio de 1938 expone ante la Asociación de Amigos del Arte de Buenos Aires las ideas

⁴³“Nuestro destino en el porvenir es el mismo que en el pasado: atraer a las razas distintas a nuestros territorios y moldearlas en el crisol de nuestro espíritu universalista (Maeztu 174).

que luego publicará en su libro *Idea de la Hispanidad*. Para el filósofo, la nación española no era un “algo”, sino una “manera de” ser y hacer, es decir, un estilo de vida común, y la esencia de la Hispanidad se ejemplificaría perfectamente en la figura del caballero cristiano⁴⁴.

Sin embargo, para poder comprender la configuración del concepto de la Hispanidad debemos hacer un inciso en “el lado americano”, es decir, en las aportaciones y las opiniones desarrolladas al respecto en el seno de la intelectualidad americana de la época⁴⁵.

Entendemos, con Carlos M. Rama, que las posiciones y las imágenes de la intelligentsia americana respecto España no fueron fijas e inamovibles a lo largo del tiempo, ni tampoco se limitaron a dos únicas y contrapuestas visiones –pro y anti hispanistas-, así como tampoco lo fueron en y desde España (13). Igualmente, los mismos intelectuales experimentaron cambios y evoluciones en su trayectoria, como por ejemplo Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, que de una furibunda animadversión hacia España y lo español en la juventud, irán virando hacia posturas más neutras e incluso llegarán a arrepentirse de su antiespañolismo en la vejez.

En términos genéricos, Carlos M. Rama alude al clima de hostilidad crítica y desencuentro mutuo entre los ámbitos intelectuales americanos y españoles dominante en el siglo XIX, momento en el que, precisamente, América Latina surge como entidad cultural autónoma y consciente de sí misma (9). Al decir de Octavio Paz, la independencia hispanoamericana fue un movimiento no solo de separación, sino sobre

⁴⁴Según la definición del propio García Morente, es una figura caracterizada por la grandeza, el arrojo, la altivez, la elegancia, una fuerte personalidad y un carácter enérgico, devoto del honor, contrario a la democracia y al parlamentarismo y esencialmente religioso (49-97).

⁴⁵No nos extendemos en ellas ya que centramos nuestro trabajo en la mirada peninsular, pero recomendamos la lectura de, entre otros, Carlos M. Rama, Stephen G.H. Roberts, Antonio Lago Carballo, Edgardo Dobry, Frederick B. Pike, Jean Franco y Fernando Degiovanni.

todo de negación de España -una “tentativa de cambiar un sistema por otro: el régimen monárquico español, absolutista y católico, por uno republicano, democrático y liberal” (cit. en Rama, C.M. 25)-. Así, Donald F. Fogelquist, en su estudio *Españoles de América y americanos de España*, considera que “la hegemonía cultural que España había ejercido por más de tres siglos en América fue interrumpida por el mismo cisma histórico que produjo su separación política y económica de las colonias americanas” (334). A pesar de que puntualiza que la ruptura en el ámbito cultural no fue tan bursca ni total como en el aspecto político y económico, admite que España nunca conseguirá “restablecer enteramente su antiguo dominio en el mundo americano de las letras” (334).

Sin embargo, hacia finales del siglo XIX se produce en América un cambio respecto a España, en el cual contribuyeron varios factores y eventos: entre los más destacados, la celebración del IV Centenario del descubrimiento y la guerra de Cuba, con la consecuencia de la pérdida de las dos últimas posesiones españolas y el ascenso, cada vez más evidente, de las ansias imperialistas estadounidenses hacia el sur. Frederick B. Pike señala que, paradójicamente, el cese de la presencia física e imperial española en América hizo posible estrechar su presencia espiritual (3). En este sentido, Fogelquist afirma que

la guerra del 98 hizo más que todos los proyectos y congresos hispano-americanistas que hasta entonces se habían verificado para despertar en la América hispana la conciencia de su herencia racial y cultural y un sentimiento de simpatía y solidaridad hacia España (337).

Para Stephen G.H. Roberts, la guerra cubana y la derrota española de 1898 fueron también experimentados como un trauma en el continente americano. De hecho, un sector de la intelectualidad hispanoamericana se posicionó claramente contra la amenaza colonialista de sus vecinos del Norte, hasta llegar a formar la que Antonio Lago Carballo denomina como “la generación del 98 hispanoamericana”. Constituida por escritores e intelectuales como José Enrique Rodó, Rufino Blanco-Fombona,

Manuel Ugarte, José Santos Chocano, José Ingenieros, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Gonzalo Zaldumbide, ostentaron una serie de rasgos comunes tales la proximidad de nacimientos, las relaciones personales, la colaboración en prensa y editoriales, un análogo lenguaje y un hecho generacional trascendente: precisamente dicha guerra cubana (“La generación” 50). No podemos menospreciar tampoco el impacto de la ola de inmigración de origen no español que de algún modo trastocó la estabilidad idiomática y cultural predominante en la América hispanohablante, en especial en Argentina, así como la influencia ejercida por el acercamiento y simpatía tardíos de una figura como Rubén Darío hacia España, fruto de su viaje transatlántico de 1898 y el contacto con escritores e intelectuales peninsulares.

Igualmente resultó clave la aparición de *Ariel* de José Enrique Rodó (1900), obra que sin contar con un plan de acción específico, fue interpretada como un claro ataque hacia los Estados Unidos y su modo de vida, y un llamado a establecer un nuevo tipo de americanismo, fuese ya el nacionalismo cultural que promovieron por ejemplo Lugones y Gálvez, un hispanismo como el de los últimos años de Rubén Darío, etc. Finalmente, Stephen G.H. Roberts también pone sobre la mesa la influencia negativa que la Gran Guerra tuvo en Hispanoamérica y el consecuente desafecto hacia Europa que suscitó un conflicto del que, recordemos, España se quedó al margen.

En general, pues, entre finales e inicios de siglo, encontramos una nueva actitud hacia España, a la que se contempla con ojos más benévolos y se empiezan a (re)establecer conexiones con el patrimonio y la tradición españolas. Es decir, se inicia una nueva era de negociaciones culturales auspiciada por España, interesada en promover dicha campaña de acercamiento cultural, con el objetivo de prestigiarse y de reafirmar su posición ante el potencial invasor estadounidense (Degiovanni 55-56). En efecto, el hispanismo –y con él la existencia, pervivencia y vigencia o caducidad de los

vínculos pasados, presentes y futuros con España y la tradición española- se inserta dentro del propio debate identitario hispanoamericano contemporáneo.

De este modo, las alusiones y la visión de la Madre Patria en tanto que “solar de raíces de la cultura iberoamericana” o como “pueblo culturalmente creador” (Rama, C.M. 16), y la defensa de los vínculos hispanos, no fueron una excepción desde América, aunque generalmente estuvieron lejos de tintes neoimperialistas.

Igualmente es importante para el pensamiento falangista español la figura de José Ortega y Gasset. Mainer subraya el ambivalente sentimiento de rechazo y adoración de la Falange para con Ortega, pues a pesar de que los falangistas recordaban su vinculación con la República y el desprecio por las formas totalitarias de Estado, de Ortega proceden sus mayores deudas ideológicas: “al pensador madrileño debió la idea de la nación ‘como un dogma nacional’, como un proyecto sugestivo de vida en común” (Mainer, Falange 18).

En el ya citado artículo “Rectificación a la Republica”, Ortega afirma:

la nación es el punto de vista en el cual queda integrada la vida colectiva por encima de todos los intereses parciales de clase, de grupo o de individuo; es la afirmación del Estado nacionalizado frente a las tiranías de todo género y frente a las insolencias de toda catadura; es el principio que en todas partes está haciendo triunfar la joven democracia; es la nación, en suma, algo que era más allá de los individuos, de los grupos y de las clases; es la obra gigantesca que tenemos que hacer, que fabricar con nuestras voluntades y con nuestras manos; es en fin, la unidad de nuestro destino y de nuestro porvenir (5).

Esta concepción fue la base para la doctrina de la unidad de destino en lo universal de José Antonio, la unidad de razas y pueblos a la que estaba reservado un destino y misión históricos. Así pues, hablando sobre el nacionalismo, José Antonio considera que

no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación, sino solo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal. De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico (*Destino* 3, 20 marzo 1937: 2).

En cierto modo podríamos decir, como Mainer, que el falangismo lleva a sus últimas consecuencias los postulados del regeneracionismo⁴⁶ (Mainer, Falange 19) - dejando de lado todo posible liberalismo y virando hacia el autoritarismo-, y es que hay una voluntad de renovación y perfección:

Los que aman a su patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España (*Destino* 17, 26 de junio 1937, p.1)

Así pues, el falangismo también bebe de Menéndez Pidal y su intento de crear una esencia nacionalista, tradicionalista y católica (Valls 25), y de otros pensadores españoles tales Eugenio d'Ors, defensor de la unidad, Gómez de la Serna, “creador del sentido latino y modernísimo de España, Baroja y Azorín como regionalistas y elevadores del conocimiento nacional de una tierra” (Mainer, Falange 19), y también de Gregorio Marañón, Luís de Zulueta, Miguel de Unamuno, Jaime Balmes, Juan Donoso Cortés, etc. Para Valls se consideraba que “si todos nuestros males habían venido por la aceptación de un pensamiento extranjero, extraño a nuestra idiosincrasia, era necesario encontrar una tradición de pensamiento genuinamente española que guiara los nuevos avatares de la vida del país” (29).

El pensamiento falangista atrajo un importante grupo de intelectuales e investigadores profesionales, como Dioniso Riudrejo, Agustín de Foxá, Luís Rosales, José María Valverde, Gonzalo Torrente Ballester, Pedro Laín Entralgo, Eugenio d'Ors o Antonio Tovar, entre otros. Para ellos, el fascismo representaba la revolución de la modernidad⁴⁷, “a modernity that though politically authoritarian, was creating a ‘new

⁴⁶ Del mismo parecer es Paul Preston, que destaca la profunda influencia del movimiento regeneracionista en la derecha española y especialmente en la Falange, siendo su principal legado la creencia que la pérdida de los últimos restos del imperio español había sido culpa de un sistema político corrupto e incompetente, sistema que debía de ser saneado y reformado desde arriba (Las derechas 21).

⁴⁷ Sin embargo, como Sebastian Balfour puntualiza, la noción de modernidad que defendió la modernidad española no era la misma que la “europeización” anhelada por los regeneracionistas, sino que era concebida como el esfuerzo por reconciliar el desarrollo económico con la preservación de la tradición y la jerarquía y sistema de clases (233).

civilization' that was dynamic and open to change" (Payne, Fascism 319). Y es que, como indica García Queipo de Llano, después del desastre colectivo de la Primera Guerra Mundial, el fascismo se presentó como una fórmula para lograr la aparición del llamado hombre nuevo (552).

2.1.3. El colapso: la guerra civil

Una de los sustantivos más usados para definir la guerra civil es el de "cataclismo", adecuado en todos los ámbitos, pero especialmente acertado en el caso de la cultura. Así, para Dionisio Riudrejo⁴⁸ fue un "cataclismo" de resultados y consecuencias desoladoras: reducción a menos de un tercio el personal productor de cultura e imposición de barreras de incomunicación entre este y la masa receptora (17).

Del mismo modo, para José-Carlos Mainer,

España vio desmantelada la prometedor vida intelectual (...). Lo más granado de la nómina de escritores, artistas y profesionales hubo de exiliarse. El desarrollo de un público latente y creciente se colapsó (Mainer, Años 128).⁴⁹

Tabares llega a afirmar que huyó aproximadamente un 90% de la intelectualidad española (146). En general, esta se sintió incómoda con el estallido de la contienda⁵⁰, aunque la mayor parte se alineó en el bando republicano, con iniciativas remarcables como la celebración en Valencia del II Congreso Internacional de Escritores por la

⁴⁸ Dionisio Riudrejo fue un activo miembro de la Falange: durante la guerra civil fue Director General de Propaganda del bando nacional, así como voluntario de la División Azul, aunque posteriormente se enfrentará al régimen por razones ideológicas –renunciando a todos los puestos oficiales en 1942- e incluso llegará a encabezar, según Preston, la oposición antifranquista no violenta ni marxista (Las derechas 131). Es desde esta posición entendemos la opinión citada sobre la contienda.

⁴⁹ Mainer continúa afirmando que la guerra civil, "constituyó un cataclismo social sin precedentes pero mucho más por la violencia de la represión subsiguiente que por otra cosa. Después de 1939, nada fue igual que antes" (Años 127).

⁵⁰Y continúa, "no era fácil...tomar partido cuando la guerra amenazaba la estabilidad personal trabajosamente lograda, y por eso, la expresión del horror como algo inmemorial...reflejaba a menudo el egoísmo de los artistas y la renuncia a abordar racionalmente la realidad" (Mainer, Años 150).

libertad de Cultura, la participación a la Exposición Internacional de París de 1937, y la creación de importantes revistas, como *Hora de España*, o *Mono Azul*, la hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura etc. Sin embargo, también hubo intelectuales que dieron soporte al alzamiento, en especial los más jóvenes, fascinados por las revolucionarias ideas falangistas, y se fundaron revistas afines, tales *Vértice* y *Destino*.

En lo que se refiere a las letras, la crítica tradicional establece una fractura entre la producción cultural y literaria anterior al conflicto y la de 1939, “año en el que se tiende a datar la instauración de un período ininterrumpido –conocido como ‘literatura de posguerra’- que ya no terminaría hasta 1975” (Ramos Ortega: I 403). No obstante, algunos autores como Ramos Ortega y Fanny Rubio prefieren ver la evolución de la cultura española como un proceso continuado, aunque violentamente interrumpido por la guerra (Ramos Ortega: I 403).

2.1.4. El franquismo: ideología y cultura oficial

El régimen franquista resulta de difícil clasificación, tanto por su idiosincrasia como por las modificaciones que padeció a lo largo de sus treinta y nueve años de existencia. Así, funcionando como dictadura, ha sido tildada de fascista, totalitaria, autoritaria, autocrática, despótica, etc., y es que sin encajar perfectamente en ninguna de estas etiquetas, seguramente contiene elementos de cada una.

Para adaptarse a las cambiantes circunstancias internas, -como las luchas obreras y estudiantiles o la situación económico-social-, y al contexto internacional, el régimen sufrió cambios de dirección y de prioridades que incluso rozaron la ambigüedad. Sin

embargo, según Tabares, sin dichas transformaciones, fruto del pragmatismo de su líder, no hubiera sido posible “mantener la legitimación del sistema en las nuevas condiciones sociales que se van creando” (146). En este sentido, coincide con el fascismo “clásico”, el cual, según Federico Finchelstein nunca tuvo un aparato canónico cerrado, sino que sus ideas fueron cambiando y (re)adaptándose al devenir y necesidades contemporáneas⁵¹.

Algunos autores prefieren simplemente usar el sintagma régimen franquista, por ser precisamente la figura y la autoridad del general, su característica más constante. Ciertamente, como apunta Payne, la victoria de 1939 le dio más poder a Franco del que había disfrutado cualquier dirigente español anterior (The Franco 231). Franco es el Caudillo de España: emerge como el jefe carismático y verdadero, enviado por la Providencia: y es que para Josep Fontana, en la base de la teoría del caudillaje, está la suposición pontificia de infalibilidad (26). El caudillo era asimismo hombre de estado y líder del partido único, un sistema que impedía la hegemonía de ningún grupo en solitario.

Asimismo, es importante no confundir ideología franquista con pensamiento falangista, el cual bebió del fascismo clásico. A pesar de la coincidencia con muchos de los postulados falangistas como el nacionalismo, el autoritarismo o el imperialismo, los vínculos entre Dictadura y Falange se deteriorarán con el paso del tiempo y sus miembros irán siendo progresivamente apartados de las primeras filas políticas.

Una vez muerto Primo de Rivera, Franco se dio cuenta de que la atractiva retórica falangista era el elemento idóneo para cubrir las necesidades de simbología y exasperación que necesitaba el nuevo movimiento, según explica José-Carlos Mainer

⁵¹ El fascismo, indica Finchelstein, se originó en Italia con Mussolini en 1919 y surgió primero como concepto antes de investirse como movimiento. Es precisamente la italiana la considerada forma clásica de fascismo. En tanto que ideología política incluyó al totalitarismo de Estado, el Imperialismo, el racismo, la propaganda estatal, así como un nacionalismo extremista, el militarismo y el uso –y abuso- de la violencia (41 y ss).

(Falange 37), así que quiso ser visto como el sucesor natural del fundador de Falange. Pero, de hecho, la Falange era solo una de las fuerzas políticas del régimen, juntamente a los monárquicos aristocráticos, los carlistas, los católicos autoritarios y el Ejército, legitimados por la Iglesia Católica⁵². Esta coalición de diferentes y singulares fuerzas tradicionalistas dificulta aún más la definición del régimen y, según Manuel de Puelles, también aclara su capacidad y destreza para adaptarse a lo largo de la historia, apoyándose en unas u otras según conveniencia (18). Payne en *The Franco Regime*, concreta: Franco compartió muchas ideas de la mayor parte de las fuerzas políticas del régimen, sin terminar de abrazar ninguna de ellas (623)⁵³.

Así pues, en lo que se refiere a su pensamiento, frecuentemente los estudiosos se han planteado si realmente Franco tuvo una doctrina e ideología consistente más allá de la conservación a todos costes de su poder personal (Payne, *The Franco* 623). La ideología franquista resulta en un cierto sentido difusa al no contar con un programa definido, pero no por ello deja de ser una ideología y de funcionar como tal.

Apunta Bourdieu que

las ideologías sirven a los intereses particulares que ellas tienden a presentar como intereses universales, comunes al conjunto del grupo. La cultura dominante contribuye a la integración real de la clase dominante (...); a la integración ficticia de la sociedad en su conjunto, así pues, a la desmovilización (falsa conciencia) de las clases dominadas; a la legitimación del orden establecido por el establecimiento de distinciones (jerarquías) y la legitimación de esas distinciones (Intelectuales 68).

De este modo, el orden establecido es aprehendido como natural “a través de la imposición enmascarada (por lo tanto, desconocida como tal) de sistemas de clasificación y de estructuras mentales objetivamente ajustadas a las estructuras sociales” (71).

⁵² Paul Preston aclara cómo la coalición nacionalista actuó unificada principalmente para hacer frente a la izquierda vencida, aunque siempre colaboraron de buena voluntad con el caudillo, así como el peso y la influencia del Ejército en la derecha española, con la que Franco mantuvo excelentes relaciones (La política 29).

⁵³ Aparte de las similitudes con los falangistas, Payne cita el principio de legitimidad monárquica de los monárquicos; el tradicionalismo y catolicismo de los carlistas; y el sentido militar del patriotismo y la seguridad nacional, así como el elitismo de comandantes y oficiales, pero sin considerar la independencia institucional del Ejército (The Franco 623).

Analicemos este entramado ideológico para sopesar el lugar o los lugares que América ocupa en él⁵⁴. Aparte de su relativa indefinición y versatilidad, las cuales fueron precisamente unas de sus características principales, podemos señalar una serie de valores que se mantuvieron constantes: la defensa del orden establecido, de la desigualdad social, de la propiedad privada, del tradicionalismo y conservadurismo, la exaltación de la Dictadura y de su caudillo, el militarismo, el antisemitismo, así como un fuerte rechazo a todo liberalismo, parlamentarismo y socialismo. Y, por encima de todo, sus dos pilares básicos: la apología de la grandeza y unidad españolas,⁵⁵ y la identificación entre Estado e Iglesia. Es decir, un exacerbado nacionalismo y un ferviente catolicismo –de ahí que haya recibido, a partir de 1945, el epíteto de estado “nacional-católico”⁵⁶.

En palabras de Manuel Abellán, en el momento del levantamiento, se produce una simbiosis casi perfecta entre los intereses de la Iglesia y del Estado, el cual fundamentó buena parte de su ideología política y de su ordenamiento social y económico sobre la doctrina católica (111-112). Valls asimismo señala el importante papel de la Iglesia como “madre del dogmatismo e inmovilismo que caracterizó la cultura nacional durante toda nuestra posguerra” (73). Al parecer de Pérez Picazo y Lemeunier, esta íntima unión religión-estado no era una novedad, sino que lo

⁵⁴ A pesar de que un estudio detallado del franquismo rebase intenciones y posibilidades del presente trabajo, consideramos muy útil establecer unas coordenadas básicas sobre su ideología y en especial, su política cultural, que nos ayudarán a comprender el modo de contemplar a América Latina.

⁵⁵ Una unidad basada en la lengua castellana y en la tradición española y totalmente contraria a cualquier otra realidad nacional, es decir, unidad política, territorial, lingüística y de fe y creencias.

⁵⁶ Guillermo Valiente Rossell recuerda que “la historiografía tiende a dividir el régimen de Franco en distintos periodos, de los cuales los dos primeros son el neototalitario (1939-45) y el nacional-católico (1945-57). Mientras que el primero se caracteriza por la influencia del pensamiento de Falange y por la proximidad a las potencias del Eje, el segundo supone un alejamiento del modelo fascista, derrotado en la Segunda Guerra Mundial, y la búsqueda de un nuevo valor de legitimidad en el ideario católico y en la Doctrina Social de la Iglesia” (109). Sin embargo, como apuntamos a continuación, el vínculo con la Iglesia fecha de la misma guerra civil.

verdaderamente novedoso fue la utilización sistemática del nacionalismo católico para excluir las aportaciones de la burguesía liberal (170). Es precisamente el protagonismo de la Iglesia uno de los elementos divergentes con el falangismo, el cual, sin poner en cuestión la religión oficial, postulaba la separación entre Iglesia y Estado.

Coherentemente con su nacionalismo exacerbado, una de las mayores preocupaciones del franquismo fue la definición de 'lo español' que irá íntimamente ligada al mito de la Hispanidad y a la exaltación del pasado nacional.

Después del conflicto era necesaria una mínima reconstrucción de la identidad y de la cohesión nacional. Igualmente resultaba urgente conseguir el reconocimiento y la legitimación internacionales del nuevo régimen. Para ello, el franquismo se adueñó del concepto de Hispanidad y la convirtió en uno de los pilares de su propaganda, tanto interior como exterior. De hecho, la derecha reaccionaria había mostrado especial interés en conceptualizar la noción de Hispanidad, bebiendo directamente del legado de Maeztu y de las aportaciones de José María Pemán, García Morente, Eugenio d'Ors, Giménez Caballero, el cardenal Gomá, etc, como ya hemos indicado. La Hispanidad era concebida en un doble significado: en primer lugar, geográfico, "como el conjunto de naciones que integraban el Mundo Hispánico, y en segundo lugar, como su peculiar espíritu y entendimiento de la vida, su común tradición histórica y su superior destino universal" (Escudero, *El Instituto* 63): España e Hispanoamérica confirmaban la Hispanidad, unidas por los vínculos de estirpe, idioma, religión, historia y cultura comunes.

Al mismo tiempo, se trataba de una noción lo suficientemente compleja y rica en matices como para adaptarse a distintos objetivos y momentos históricos, y también útil para combatir las ideologías hostiles al régimen como el liberalismo o el marxismo. Zira Box añade que el emblema de la Hispanidad permitía unir a carlistas, católicos y

falangistas, aunque cada uno de ellos enfatizara un aspecto particular: “mientras que los medios católicos destacaban el carácter misional de la idea de Hispanidad, los carlistas hacían hincapié en su contenido tradicional y los falangistas era proclives a una retórica agresiva que exaltaba el heroísmo de la conquista” (280), y especialmente la vocación imperial, articulando un proyecto nacionalista, tanto hacia el interior como hacia el exterior con los países de Hispanoamérica (282).⁵⁷

Al mismo tiempo que enardecer el ayer imperial, resultará necesario rechazar el pasado inmediato, es decir la República, ya que contradice frontalmente el ideario franquista y por lo tanto, ponía en juego su autoridad.⁵⁸

Desde el comienzo de la sublevación militar hubo un empeño, claro y fundamental, en romper con toda una serie de elementos del pasado, muy próximo y republicano, que nos había llevado a una situación de crisis. El primer paso era acabar con todo lo que oliera a liberalismo, siglo XVIII, Institución Libre de Enseñanza, laicismo, heterodoxia, intelectuales, partidos políticos y libre pensamiento; en suma, se pretendía acabar con ese ‘exceso’ de libertad, fuente de todos nuestros males (Valls 7).

La República ejemplificaba, en palabras de Valls, todos los enemigos de la Patria: comunismo, separatismo, anticlericalismo, desgobierno, anarquía, asesinato, es decir, el triunfo de la Anti-España (63). En este aspecto, el franquismo coincide de nuevo con el fascismo clásico, para el cual la noción del otro como ser abyecto resultaba clave en su ideología, recuerda Finchelstein (64)⁵⁹. La República se alzaba, pues, como uno de los grandes otros a rebatir y con ello se justificaba el golpe de estado y la institucionalización de un régimen autoritario y nacionalista⁶⁰. Lo mismo ocurría en el aspecto cultural y al parecer de Mainer, “la vida intelectual de la posguerra franquista

⁵⁷ Insistiremos en los vínculos entre Hispanidad, nacionalismo español e hispanoamericanismo en el próximo apartado.

⁵⁸ Así pues, una vez terminado el conflicto, Negró Acedo afirma que “desacreditar la República para justificar el nuevo régimen es la tarea principal del franquismo, en particular durante los años que siguen inmediatamente a la Guerra Civil” (25).

⁵⁹ Finchelstein insiste en la victimización fascista ante los otros que desvirtuaban y ponían en riesgo su esencia (64).

⁶⁰ Para Payne la no institucionalización de su régimen fue precisamente uno de los errores de Primo de Rivera (The Franco, 624).

fue un permanente diálogo con el pasado: para negarlo, para integrarlo o para añorarlo” (Años 37).

Volvamos a la dificultad de clasificación del gobierno franquista. Sin que se corresponda exactamente con un sistema totalitario *strictu sensu*⁶¹, manifiesta algunas de sus características, tales la voluntad de control de educación, prensa y publicaciones, y cultura-. Las minorías totalitarias, en palabras de Shils, tratan de predeterminar el contenido de la producción de los intelectuales “mediante el control de los empleos, los nombramientos, las promociones, los fondos y los aparatos de publicación y distribución (...) particularmente en las esferas que se acercan más estrechamente a la ideología sagrada o a problemas políticamente delicados” (123). Shils añade que

no se trata simplemente de asegurar que los intelectuales cumplan sus obligaciones civiles y eviten las acciones y propuestas subversivas o que produzcan obras útiles para el Estado, sino de hacerles producir creaciones de modo tal que los frutos de su creación ejemplifiquen y confirmen la ideología gobernante (123).

De ahí que sea tan importante estudiar la vida intelectual, en especial su labor y publicaciones. Según Weber, “la política moderna, sobre todo ante la opinión pública, se basa en gran medida en la palabra escrita y hablada. Y la auténtica función del letrado es, justamente, ponderar con cuidado el efecto de la palabra” (96). No es de extrañar entonces que, como remarca Alicia Alted, el intelectual para el Nuevo Estado debería ponerse a su servicio si no quería ser postergado o bien exiliarse. Al mismo tiempo, también se produjo la apropiación de glorias nacionales ya fallecidas, como Unamuno o Lorca, y que por lo tanto, no podían replicar (223).

⁶¹ No solamente la larga duración, la evolución y los cambios dificultan la categorización del régimen, sino que tampoco hay unanimidad entre los historiadores. Así, por ejemplo, si bien para Payne el régimen franquista fue autoritario pero no totalitario ya que no pretendió controlar todas las esferas (The Franco, 625), Preston insiste en la crueldad, duplicidad, despego, implacabilidad y represión de Franco, así como en las similitudes con el régimen fascista de Mussolini, y critica la excesiva bondad interpretativa con que se ha contemplado históricamente al Caudillo (Las derechas 143-160). En este sentido resulta interesante la extensa biografía de Franco realizada por el mismo Preston, *Franco: Caudillo de España*.

En grandes rasgos, la política cultural franquista, según Jesús Ferrer⁶², responderá a la necesidad de legitimación interior y de contrarrestar el distanciamiento internacional diplomático acaecido tras la Segunda Guerra Mundial. Mediante la cultura se pretenderá mejorar –y por lo tanto falsear- con aires de aperturismo y libertad expresiva, la imagen exterior del régimen, lo que se dio especialmente en el intervalo 1947-1955. Es decir, nos encontramos con una clara instrumentalización y afán propagandístico de la cultura.

En lo que se refiere a la prensa, Franco buscará el control de los medios, de ahí la creación de la Prensa del movimiento, de una red de emisoras e incluso del NO-DO, un noticiario documental de obligada proyección (70)⁶³. Según Huguet, es el poder quien tienen reservada la creación del cuerpo doctrinal, la decisión de temas, los enfoques y la oportunidad con que deben ser abordados por los periódicos, mientras que la prensa tiene la misión de difundir y divulgar (348). Así pues, la prensa franquista tiene, según Melloni y Peña-Marín, un carácter eminentemente propagandístico y educativo, donde la información es el factor casi ausente, y donde predominan las crónicas de carácter propagandístico, el lenguaje ensalzador, laudatorio y retórico (23) y solo las agencias oficiales buscan y redactan la información. El mismo preámbulo de la Ley de Prensa de 1938 -y que permanecería vigente hasta 1966-, expone que corresponden

a la Prensa funciones tan esenciales como las de transmitir al Estado las voces de la Nación y comunicar a esta las órdenes y directrices del Estado y del Gobierno; siendo la Prensa órgano decisivo de la formación de la cultura popular y, sobre todo, en la creación de la conciencia colectiva, no podía admitirse que el periodismo continuara al margen del Estado' (Negró Acedo15)

⁶² Jesús Ferrer dedica su tesis doctoral, como su título indica, a “La instrumentalización política de la cultura durante el primer franquismo: la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo (UIMP) y el Festival Internacional de Santander (FIS), 1945-1957”.

⁶³ Significativamente, este noticiario se emitía, junto con el alemán UFA en la Argentina desde 1940 a 1960.

El ejercicio del control de la prensa, continua Montserrat Huguet, se sirve de varios mecanismos, no solamente de la censura, sino también de las consignas de prensa, la oficialización de los medios de difusión, la depuración de los profesionales y su formación ideológica (347). Para Bourdieu: “una manifestación política exitosa es una manifestación que ha tenido éxito en hacerse visible, manifiesta (...), por lo tanto, en imponer a los medios de comunicación la idea que ha sido un éxito” (Bourdieu, *Intelectuales* 194), y no tanto al hecho de ser un éxito “real”.

Otros rasgos propios del franquismo e íntimamente relacionados con el esfuerzo propagandístico, fueron el retoricismo y la ritualización. Esta última, para Melloni y Peña-Marín “se da a nivel del lenguaje y también al nivel de la vida política y del modo cómo esta es transmitida al ciudadano” (34). Ambas forman parte, con el resto de las características ideológicas, del poder simbólico del régimen franquista. Y es que el poder simbólico es, según Bourdieu, el “poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo y, por ello, la acción sobre el mundo, por lo tanto el mundo” (*Intelectuales* 71).

Interesaba transmitir una imagen de esplendor y de grandeza del régimen y Franco fue elevado a la categoría de héroe y su carácter mesiánico mostrado con un despliegue escenográfico, desmesuradas fotografías o dibujos, monumentos, arquitectura etc.⁶⁴ A nivel del lenguaje, Alessandra Melloni y Cristina Peña-Marín (34-56) consideran que se manifestaba con la formalización de la expresión y el predominio de las funciones emotiva y conativa del mensaje: se pretendía implicar personalmente al público, en especial en la exacerbación del sentimiento de odio contra el enemigo.

⁶⁴ “Todo, en el fondo, tenía valor de propaganda y de reafirmación del triunfo franquista: desde las medidas monumentalistas de la nueva arquitectura hasta la altura del peinado femenino (...) formas simbólicas de la gestación esforzada de nuevas imágenes para una España pobre” (Gracia y Ruiz 23).

Igualmente, los disidentes no tenían lugar en el nuevo régimen, y para acallarlos definitivamente, se utilizó la censura. La censura, una de las constantes de la política cultural de los regímenes dictatoriales, y a pesar de ser una “práctica de origen eclesiástico destinada a mantener íntegro e intacto el depósito de la fe”, como recuerda Manuel Abellán (16), se extendió a todas las esferas sociales, con la pretensión de establecer la primacía de la verdad y difundir la doctrina general del Movimiento, es decir, las buenas costumbres y propagar la tradicional cultura española (15-16).

Sin embargo, en el caso español, no existió un corpus de criterios objetivados y de normas concretas de aplicación, por lo que la arbitrariedad, la incongruencia y las contradicciones fueron habituales⁶⁵. Sí había unos “criterios fijos, que hacían referencia a la intocabilidad y respeto al sistema institucional implantado por el franquismo, sus principios ideológicos” (88), la moral sexual, las opiniones políticas, la religión, el uso de un lenguaje decoroso, y cualquier tipo de crítica o oposición al orden y al Régimen⁶⁶, pero también existían cantidad de “criterios variables relacionados con una determinada manera de considerar la moral pública y eran transcripción literal de los principios imperantes en el integrista católico” (88). Igualmente, “según fuera la notoriedad política del escritor, su visión historiográfica de la historia y la cultura y, naturalmente, según fuera también su notoriedad literaria, la censura actuaba severa o blandamente” (94-95)⁶⁷.

⁶⁵ Igualmente, ya hemos comentado la relativa intangibilidad de la ideología franquista, y también como al parecer de Payne el régimen no tuvo una voluntad de control absoluto de toda la realidad social.

⁶⁶ Los criterios que la censura utilizaba para proteger a ambas instituciones:

1. criterios implícitos y explícitos del Índice romano
2. crítica a la ideología o práctica del régimen
3. moralidad pública
4. choque con los supuestos de la historiografía nacionalista
5. crítica del orden civil
6. apología de ideologías no autoritarias o marxistas
7. en principio, prohibición de cualquier obra de autor hostil al régimen (Abellán, M. 112)

⁶⁷ Este sería, por ejemplo, el caso de Camilo José Cela, que disfrutó de un considerable respeto y libertad. Según Manuel L. Abellán fue el escritor más “tolerado” de la época, consecuencia tanto de su notoriedad y prestigio como del hecho de haber ejercido el mismo como censor (70).

En resumidas cuentas, Jordi Gracia considera que “la vida de la inteligencia y la cultura hubo de desarrollarse sumida y sometida a un régimen violentamente represivo y ostentadamente revanchista, instigador de la delación y administrador de la depuración, activo en la intimidación y el castigo” (Estado y cultura 22).

Nuestro período de estudio engloba el mandato del ministro de cultura José Ibáñez Martín (1939-51), el de Joaquín Ruíz-Giménez (51-56), y el comienzo de un tercero, el de Jesús Rubio García-Mina (1956-62). La etapa de Ibáñez Martín, fue según Valls, un período de restauración y recristianización de la escuela, con un renacimiento de la enseñanza privada y de los colegios religiosos (56). En el ámbito universitario, predominó la lucha entre Falange e Iglesia por el control de la institución. Resume Jordi Gracia:

para la Iglesia se trataba de recuperar el área de influencia y control arrebatada por el descreimiento liberal de la República y, para Falange, su más firme compromiso con el régimen pasaba por asegurar la perpetuación de una ideología capaz de impulsar la realidad e una revolución, por el momento, estancada (Estado y cultura 75).

El mandato de Ruiz-Giménez fue de una cierta apertura, también en el sistema educativo. En él se atenuaron el nacionalismo exaltado, el confesionalismo, el adoctrinamiento político estricto y el autoritarismo, y se introdujeron algunos criterios pedagógicos y técnicos modernos, sin por ello salir del marco ideológico franquista. No obstante, a raíz movimientos y sucesos universitarios de 1956, a los que volveremos más adelante, el ministro fue cesado y sustituido por Rubio Garcia-Mina.

Tabares señala que “tras la guerra, la educación y la prensa son tomadas por los ideólogos del Régimen, haciéndose por ello prácticamente imposible la cultura, tanto por la ínfima calidad de sus productos como por no dejar expresarse otras opiniones que las suyas” (145). De este modo queda claro que “el régimen franquista va a intentar desarrollar un proceso de aculturación sobre los ciudadanos, al igual que otros regímenes fascistas europeos” (Gracia y Ruiz 69). ¿A qué se refieren Jordi Gracia y

Miguel Ángel Ruiz al hablar de aculturación? Mientras la RAE define aculturación como “recepción y asimilación de elementos culturales de un grupo humano por parte de otro” (“Aculturación”), Ángel Rama, que estudió el fenómeno de aculturación en América Latina, considera que el

proceso de aculturación no responde a un mero intercambio civilizado entre culturas, sino que es la única opción que se impone para poder solucionar una colisión de fuerzas culturales muy dispares, una de las cuales resultaría previsiblemente destruida en la oposición frontal y queda simplemente vencida en términos de un pacto (Rama, A. La novela 206).

En el fondo, continúan García y Ruíz, lo que el régimen pretendía era implantar una determinada cultura política entre los ciudadanos que permitiera la continuidad en el poder de los vencedores de la guerra a través de los organismos oficiales como los ministerios y los organismos dependientes del partido como las organizaciones juveniles, estudiantiles, femeninas y de trabajadores, la enseñanza, la Iglesia, etc. (69).

Ya hemos comentado las nefastas consecuencias de la guerra civil española en lo que se refiere a la cultura. Para Dionisio Riudrejo.

mueertos, depurados, inhabilitados o voluntariamente inhibidos, quedaban fuera de campo quizá los dos tercios de nuestros universitarios, profesores de instituto, maestros, investigadores, profesores, escritores puros, divulgadores, traductores (...). De los periódicos matutinos de Madrid solo quedó *ABC* (...) (19).

Así pues, ante este panorama, en los primeros años del régimen, la élite literaria de las FET realizará una importante labor en la cultura y la literatura: “artistas e intelectuales falangistas se presentarán como legítima cabeza de un movimiento que proclamaba su derecho a ocupar las primeras filas de una cultura española violentamente nueva” (Negró Acedo 89), y en general se pretendió reanudar la actividad cultural y literaria. En resumen, reavivar el panorama gracias a

una programación político-literaria bien conducida desde el poder, el talento genuino de unos cuantos nombres y la azarosa contribución de algunos otros que entraron en escena imprevistamente. Al mismo tiempo, grandes nombres de las letras, como por ejemplo escritores homosexuales o comunistas -Lorca, Cernuda o Alberti-, los escritores del exilio -como Zambrano, Bergamín, Ayala, Juan Ramon Jiménez, Pedro Salinas o Ortega- simplemente desaparecieron de las páginas escritas (138-139).

Riudrejo afirma que

las etapas que se suceden con cierta rapidez a lo largo del decenio de los 40 podrían ser así: primero, el conformismo; segundo, la independencia; tercero, la contestación condicionada. Harán falta unos años más y un cierto aflojamiento de los controles para que se llegue a una libertad y espontaneidad irreprimible aunque no permitida. Es ya en el período de los años cincuenta, período que se caracteriza por una creciente recuperación de antecedentes silenciados, por una copiosa importación de materiales foráneos fecundantes y por un denodado forcejeo para obtener soltura de lengua (33).

En 1949 surge la significativa polémica alrededor de la publicación del libro *España como problema* de Pedro Laín Entralgo que propugnaba una política liberal y de concordia entre las denominadas “dos Españas”⁶⁸. En oposición, la autotitulada generación del 48 y la obra *España sin problema* de Rafael Calvo Serer, hombre cercano al pujante Opus Dei que, indican Gracia y Ruiz,

intentará una reafirmación del ideario del 18 de julio, fiel a Menéndez Pelayo y su catolicismo nacionalista y excluyente, condenando cualquier heterodoxia, sobre todo cultural e ideológica (...). Calvo Serer defiende el nacional-catolicismo como algo propio de España. Mientras enarbola de forma difusa una tradición monárquica antiparlamentaria, en el más puro estilo *ancien régime* (214).

Con la polémica quedaba clara “la existencia de dos corrientes intelectuales nacidas del seno del franquismo que pugnan por el predominio ideológico e intelectual y, poco a poco, también por el político” (226). La denominada escuadra de la revista *Jerarquía*, también llamada generación del 36, formada por Dioniso Riudrejo, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar y Gonzalo Torrente Ballester, entre otros, había estado al frente de las publicaciones y revistas literarias más prestigiosas del nuevo régimen. Sin embargo, en diferentes etapas se irán separando de la Falange y del franquismo y serán bautizados con el oxímoron de falangistas liberales (111)⁶⁹. La hostilidad de la corriente

⁶⁸ Laín Entralgo “apuesta por una recuperación de la tradición liberal, siguiendo la línea de pensamiento de Américo Castro que calificaba de enriquecedor para España el aporte de las tradiciones musulmana y judía y la pluralidad del país, lo que suponía un rechazo de la tesis de Menéndez Pelayo que entiende España como una encarnación de la ortodoxia católica, que tiene que preservarse de contaminaciones heterodoxas procedentes del exterior” (Gracia y Ruiz 224).

⁶⁹ José-Carlos Mainer se refiere a la “escuadra de *Jerarquía*”, compuesta por Pedro Laín Entralgo, Dioniso Riudrejo, Gonzalo Torrente Ballester, Ángel María Pascual, etc. “El mundo de *Jerarquía* significó la unión de la retórica falangista (embebido de orteguismo, con algún deje vanguardista) el voluntarismo impetuoso del personalismo católico (traído de Cruz y Raya, pero también de la ascética convencional) y las piruetas filosófico-políticas, todavía impregnadas de arbitrariedad de un Eugenio d’Ors (Años 180-181).

más conservadora hacia los falangistas se explica porque eran vistos como una desviación fascista de la esencia española tradicional (230), la cual se basaba en una identificación y defensa a ultranza del nacionalcatolicismo.

En julio de 1951 Joaquín Ruíz-Giménez llega al ministerio de Educación Nacional, lo que implicará un efímero apoyo a la generación del 36: apunta Negró Acedo que Laín es elegido rector de la universidad de Madrid, Tovar de la de Salamanca, Riudrejo suaviza su situación personal y se convierte en promotor de la revista *Destino* (111). Es el comienzo del denominado “sexenio liberal”, que llega hasta 1956. El proyecto de Ruíz-Giménez, de un catolicismo más abierto, pretendía ir “arrinconando a los sectores más cerrados a toda evolución, pero sin poner en entredicho el marco político global” (Gracia y Ruiz 216). Y es que como comenta Valls, a los ojos de los falangistas liberales, “la ‘cultura’ que podían disfrutar les parecía insuficiente, parcial, mediocre y anacrónica” (34)⁷⁰. José-Carlos Mainer lo define como un periodo “mezcla de pragmatismo y buena voluntad, de oficialismo que miraba con indulgencia y de antifranquismo que prefería dejar las catacumbas, dio el tono intelectual de principios de los años cincuenta. (Mainer, “Clavileño” 959).⁷¹

El talante reconciliador irá acompañado de una época de incipiente bonanza económica y del intento de rehabilitación de los contactos culturales con el exterior, del cual 1953 es una fecha significativa. José Luís López Aranguren publicó un extenso artículo en *Cuadernos Hispanoamericanos* titulado “La evolución espiritual de los

⁷⁰ En una clara alusión autoreferencial, Dioniso Riudrejo comenta que este grupo rechazaba la dicotomía de los fieles y los infieles y oponía a ello el criterio de la competencia” (22) y “gracias a ello, a finales de los 40 recomienza una vida intelectual digna de ese nombre” (22).

⁷¹ Según Edward Shils, “cuando un grupo primario ideológico logra vencer a las elites existentes y llega a gobernar a toda la sociedad, es incapaz de eliminar de raíz la perspectiva anteriormente predominante. Y no lo consigue por varias razones; ante todo, por la fuerza de los vínculos de la población en general con el sistema de valores centrales y porque, en vista de esto, los recursos de que disponen las elites ideológicas para su eliminación no son adecuados: es demasiado lo que queda fuera del alcance de su control o de su vigilancia. Luego, a medida que pasa el tiempo, se reafirman algunas, aunque no todas, las perspectivas anteriormente predominantes. Este proceso es ayudado por el hecho de que los propios miembros del grupo primario ideológico reniegan, con el correr del tiempo, de su fervorosa adhesión a la ideología” (63).

españoles en la emigración”, a favor de reanudar las relaciones intelectuales con quienes permanecían fuera de España por razones políticas, ideológicas y morales, que tuvo valor de consigna para muchos universitarios: “la emigración, lejos de desarraigarnos, los vincula cada día más. Lo cual no significa, de ningún modo, que no puedan contribuir eficazmente a la creación de esa conciencia supranacional, más necesaria cada día” (156) de hacer efectiva la presencia hispánica en el mundo futuro.

Así pues, para Margarita Garbisu, después de la cerrazón de la posguerra, empezaban a respirarse aires de apertura económica, internacional, cultural y educativa (71), llegando “nuevos tiempos que facilitan la entrada de las letras foráneas en el país desde caminos diversos: la organización de congresos, la publicación de traducciones y el nacimiento de nuevas revistas son los tres fundamentales” (71). Para Jordi Gracia, esta atenuación de las circunstancias opresivas y limitadoras se debía a la renovación biológica, la lejanía de la guerra y a la misma circunstancia histórica internacional (Estado y cultura 22). Al mismo tiempo, como ya hemos comentado, es en esta época que para Jesús Ferrer se intensificaba la voluntad de difundir una imagen amable y aperturista del régimen.

Con todo, el cese del ministerio Ruiz-Giménez supuso un claro paso atrás para la vida intelectual, educativa y cultural española, aunque, remarca Garbisu, después de la apertura precedente resultaba igualmente imposible un retroceso total (72). Así pues, para Gracia y Ruiz, si bien fracasó la política ‘comprensiva’ de Educación y los planes de reforma global de la universidad, se dieron algunos cambios como una cierta autonomía económica y de contratación de profesorado de las universidades (220)⁷². Igualmente, la Universidad dejará de estar controlada por el SEU.

⁷² Según García y Ruiz, a partir de los sucesos de 1956 y las detenciones de profesores y estudiantes de 1957, en Madrid y en Barcelona, “las universidades españolas se convierten, con sus ‘asambleas libres’ o sus ‘semanas culturales’ en una auténtica isla de libertad en el contexto franquista” (211).

Los sucesos de 1956 habían demostrado, como remarca Gracia, la creciente desconfianza integral en el nuevo Estado, también por parte de los propios falangistas: era la decepción y la pérdida de la confianza de aquel “Estado fuerte como agente transformador de España en una sociedad moderna y secularizada” (Estado y cultura 30) que habían buscado, y para Gracia y Ruiz, ejemplificaban el fracaso del

régimen franquista en su política de socialización de la juventud, similar a la de los fascismos europeos. Era muy difícil transmitir un ideario fundamentalmente fascista que prometía demagógicamente revolución social y protagonismo juvenil mientras la práctica política y social del régimen desmentía todo ello, y reforzaba las pautas más conservadoras e inmovilistas (211)

⁷³

Tabares lo expresa de este modo:

¿De qué sirve una libertad de pensar sin posibilidad alguna de ser traducida a la acción? Puede decirse que es a partir de entonces cuando empieza a configurarse una actitud de seria oposición democrático-socialista, intelectual y política, desengañada de las posibilidades de evolución del franquismo (152).

Así pues, la década de los 50 es una época de contrastes. Si bien hay una progresiva integración de España en el contexto internacional, continúan la miseria y la presión propagandística y policial, aunque, como señalan Gracia y Ruiz, la oratoria y los signos externos son menos inflamados y hay un progresivo “rechazo moral, estético, intelectual, hacia un régimen taciturno, opaco, tristón mediocre, autoritario y en absoluto sugerente” (203). España se está abriendo al mundo económica y culturalmente y aparecen numerosas publicaciones que fomentan el espíritu crítico: son revistas, semanarios, foros y grupos que aparecerán muchas veces en “locales de reunión sufragados con dinero oficial y bajo la protección ministerial, lo que significaba ausencia de censura o atenuación de esta” (203). El cambio de gobierno de 1957, con la llegada al poder de los tecnócratas ligados al Opus Dei, inicia el diseño de una política

⁷³“El régimen fracasa en su política de socialización de la juventud (...) por la contradicción entre una demagogia que vende cambio social y una realidad profundamente conservadora, mediocre, que mata cualquier inquietud de cambio y transformación” (Gracia y Ruiz 105).

de liberalización económica y de mayor apertura al exterior (211) y que al mismo tiempo implicará el decline casi definitivo de la Falange.

La cultura en las dos primeras décadas del franquismo, como apunta Mainer, estuvo muy condicionada por la vuelta generalizada al catolicismo como valor dominante y a un nacionalismo suavemente crítico herencia del falangismo (“Clavileño” 942-943). Sin embargo, para el autor,

tampoco debe olvidarse que el franquismo estableció los rudimentos de un ‘Estado cultural’ y que, en tal sentido, llegó mucho más allá lo que inició tímidamente la República. Sin la tutela propicia de esa cultura de Estado -ejercida por la Vicesecretaría de Educación Popular (primero dependiente de la Secretaría General del Movimiento y desde 1945, del Ministerio de Educación Nacional) y luego, a partir de 1951, por el Ministerio de Información y Turismo— hubieran sido impensables algunas de las cosas que hemos señalado (Mainer “Clavileño” 944)

como por ejemplo el afianzamiento de la vida universitaria, el desarrollo de un realismo crítico, el nacimiento de una modesta industria cultural y la conquista de un público minoritario, pero significativo (Años 26).

2.2. EL SUBCAMPO INTELECTUAL HISPANOAMERICANISTA

2.2.1. El hispanoamericanismo: los conceptos

A partir de mediados del siglo XIX, intelectuales y políticos españoles empiezan a plantearse la posibilidad de establecer vínculos más estrechos y beneficiosos con los países de América. Para María Escudero, se trata de una corriente de acercamiento general y sin clara ideología política, que ha recibido distintos nombres, tales “americanismo”, “iberoamericanismo”, “panhispanismo” o “hispanoamericanismo” (El Instituto 14)⁷⁴.

Por su parte, Juan Carlos Pereira Castañares apunta que en el establecimiento y fortalecimiento de relaciones con los países de América, existen a lo largo del siglo XX tres proyectos diferentes y en gran parte excluyentes: el proyecto hispanoamericano, el iberoamericano y el latinoamericano⁷⁵.

Como ya hemos apuntado en la introducción, nuestro trabajo girará alrededor

⁷⁴ Con el mismo nombre se ha bautizado igualmente una disciplina académica, aquella que se dedica al estudio de la realidad americana en todas sus facetas. En el presente estudio no nos referiremos a esta acepción del término salvo si los intelectuales lo utilizan como tal. Adentrarnos en un estudio de dicha disciplina implicaría igualmente revisar su origen, desarrollo y actualidad, así como su naturaleza, tarea que sobrepasa los objetivos del presente. En 1947, Pérez Embid, en su artículo “Panorama del americanismo español actual”, diferencia entre “americanismo”, “hispanismo” e “hispanidad”. Define el americanismo como “el conglomerado de actividades científicas que, con su propia significación parcial, realizan y ponen de manifiesto la dimensión hispánica de nuestra cultura, bien interpretando la historia común, bien abordando los problemas que afectan a América y a España desde el supuesto previo de la manera hispánica de encontrar al mundo y a la vida su sentido” (81). El hispanismo sería “la actividad científica de los extranjeros que tiene como tema a España” (81). La perspectiva –y orgullo- española desde la que se habla queda siempre manifiesta. En lo que se refiere a la noción de Hispanidad, la definición de Pérez Embid sigue el patrón oficial.

⁷⁵ Hablaremos de otros proyectos, tales el monroísmo, el panamericanismo o el interamericanismo, etc., cuando nos ocupemos de la importancia de la nomenclatura y de los nombres de América.

del primero, que para el mismo Pereira Castañares, es, de los tres mencionados, el proyecto de mayor duración y contenido ideológico, el más polémico políticamente e historiográficamente, así como el único exclusivamente nacional⁷⁶ (España e Iberoamérica: programas 135), y en él se suelen incluir otros conceptos que se consideran sinónimos o consecuencia de, como el “Hispanismo”⁷⁷, la “Hispanidad” o “la Comunidad de Naciones”. Sobre las distintas conceptualizaciones del mismo, Pereira Castañares aclara que para unos expertos encarna “la doctrina que tiende a la unión espiritual de todos los pueblos hispanoamericanos y a la revalorización de lo que tienen en común con España (137) y, para otros, “la forma en la que se caracteriza la política que España llevó a cabo con la antigua América española” cuyos elementos comunes y aglutinantes son la vida, la raza y el idioma (137). Es decir, que posee una doble faceta de idea y movimiento como ya apuntábamos en los preliminares, y que contempla la acción exterior -para con América -y, muy especialmente, la interior, para con España.

En lo que respecta a los otros dos, el proyecto iberoamericano, define Pereira Castañares, superaba el marco nacional adquiriendo un carácter peninsular, pero sin valores o ideas como las de raza, la del Imperio o bien el excesivo peso de la religión como sí tenía el hispanoamericano, prefiriendo unas relaciones más equilibradas, realistas y beneficiosas a partes iguales entre continentes (140). Del mismo modo, el proyecto latinoamericano tenía un carácter más coyuntural y continental, en el sentido europeísta, y por lo tanto, más lejano a España y Portugal, aunque fuera más apreciado y utilizado en el territorio americano (142), en donde se priorizó la denominación de

⁷⁶ Recordemos que a pesar de las puntualizaciones y referencias hechas al punto de vista y pensar americano, nuestra tesis se centra en la realidad peninsular.

⁷⁷ En este sentido, Pike señala que los paladines del hispanismo se denominaron “hispanoamericanistas” en España e “hispanistas” en América, aunque ambos compartieran la fe en la existencia de una familia, comunidad o raza transatlántica (1).

América Latina⁷⁸.

Antes de continuar abordando el hispanoamericanismo, hagamos un paréntesis para hablar del nacionalismo, ya que, como hemos indicado en los preliminares y como coinciden la mayoría de expertos, la reflexión sobre el hispanoamericanismo va íntimamente ligada al nacionalismo español. Marcilhacy sentencia: “el nacionalismo español tendió a considerar el subcontinente americano como una prolongación de su propia identidad nacional” (73).

Para comprender cómo funciona este estrecho vínculo es necesario que previamente determinemos cómo se definen y originan los conceptos de Estado, nación y nacionalismo.

Si bien los estados pueden ser vistos como principios organizativos antiquísimos, como remarca Hagen Schulze, la investigación moderna ha desechado esta idea: “Francia fue el primer Estado moderno duradero que se formó en Europa” (23), y concreta que no fue hasta principios del siglo XIV que se desarrollaron en Francia los rasgos fundamentales del Estado moderno de administración centralizada (25).

Pero, ¿qué entendemos por Estado? Una definición común del término sería la propuesta por el diccionario de la Real Academia Española: “conjunto de los órganos de gobierno de un país soberano” (“Estado,” def. 5). Sin embargo, Ernest Gellner da otro matiz al considerarlo como “cette institution ou cet ensemble d’institutions spécifiquement intéressées à garantir l’ordre” (15). Max Weber va más allá al definirlo como

⁷⁸ Estudiaremos con más detalles las denominaciones Hispanoamérica, Iberoamérica o Latinoamérica, así como sus significaciones con más detalle en el capítulo sobre los nombres de América, dentro de 2.2.3.2.

una relación de dominio de un grupo de hombres sobre otro grupo de hombres, basado en el medio de la violencia legitimada (es decir, considerada como legítima). En consecuencia, para que el Estado exista, los dominados han de someterse a la autoridad de los dominadores (66).

Desde este punto de vista, la existencia de un Estado implica igualmente la amenaza de desorden, de caos y de disolución, que debe de ser de algún modo contrarrestada. Para ello, a lo largo de la historia, han resultado claves los conceptos de nación y nacionalismo.

La nación ha sido interpretada principalmente desde dos puntos de vista, que Juan Manuel Fernández-Soria sintetiza como perspectiva “étnico-cultural”, y perspectiva “cívico-jurídica”. La primera, derivada de la tradición romántica y organicista alemana, definiría la nación como un organismo vivo, originado en un pasado remoto y que se hace visible a través de un mismo idioma –la lengua nacional-, y una misma cultura, tradición, rasgos de carácter, etc. (146). La segunda visión la considera como una comunidad cívica que requiere la contribución voluntaria de la ciudadanía para ser constituida.

Es célebre el discurso sobre la nación que Ernest Renan pronunció en la Sorbona en 1882, y que de algún modo condensa las dos perspectivas:

Qu'est-ce qu'une nation? Une nation est une âme, un principe spirituel. Deux choses qui, à vrai dire, n'en font qu'une, constituent cette âme, ce principe spirituel. L'une est dans le passé, l'autre dans le présent. L'une est la possession en commun d'un riche legs de souvenirs ; l'autre est le consentement actuel, le désir de vivre ensemble, la volonté de continuer à faire valoir l'héritage qu'on a reçu indivis (33).

Es decir, por un lado como un principio espiritual anclado en el pasado, pero también como un deseo, presente, de vivir juntos, es decir, con un carácter “inacabado”, que debe de ser completado con un acuerdo cotidiano.

Si hay algo en común en las dos perspectivas postuladas por Fernández-Soria, es que en ambos casos la nación se presenta como una comunidad cohesionada de individuos, aunque la naturaleza e idiosincrasia de los factores aglutinantes difiera considerablemente. No resulta complicado imaginar con qué tipo de idea nacional

podían identificarse un régimen dictatorial como el de Primo de Rivera o el de Franco, y por el otro lado, el gobierno republicano.

Igualmente, en lo que se refiere a la reflexión teórica sobre nación y nacionalismo y sobre su origen, existen dos tendencias principales, la *perennialista*, que consideraría la nación como una unidad natural de reagrupamiento, con una continuidad de vínculos éticos y culturales, y la *teoría modernista*, que contempla el nacimiento de las naciones como un fenómeno moderno, propio de las sociedades industriales y ligado al advenimiento del capitalismo⁷⁹.

En nuestro trabajo consideramos la nación desde una aproximación modernista, tanto en su definición como su nacimiento. Interpretamos, al igual que Benedict Anderson, la nación como “an imagined political community”, limitada y soberana (6). De este modo, si es “imaginada” es que ha sido “creada” y deja de ser un ente natural, como tradicionalmente se ha pretendido. Y es que es precisamente esta supuesta antigüedad lo que las dota, a nivel emocional, de una profunda y amplia legitimidad. Así, Hobsbawm y Ranger subrayan que

modern nations and all their impedimenta generally claim to be the opposite of novel, namely rooted in the remotest antiquity, and the opposite of constructed, namely human communities so ‘natural’ as to require no definition other than self-assertion (14).⁸⁰

Walter Mignolo fecha la aparición del concepto nación cuando en pleno proceso de secularización europea del siglo XVIII, surge la necesidad de un nuevo tipo de comunidad ya no basado en la fe: “‘nation’ replaced ‘religion’ to bring about a new kind of imagined community” (The Idea 16).

⁷⁹ Para más detalles, ver entre otros, *La identidad de las naciones* de Montserrat Guibernau o la introducción de Laurent Berber a *Les différents types de nationalisme dans l’espace postsoviétique. Une comparaison de l’Ukraine et de la Biélorussie de 1989 à 1999 dans une perspective gellnérienne*.

⁸⁰ Asimismo señala Carlos J. Alonso que tradicionalmente “all cultural and political practices were assumed to be generated organically from a spiritual kernel that manifested itself in history following the dictates of an internal necessity” (201).

La tendencia se agudiza con el paso del tiempo: Hagen Schulze afirma que a partir del segundo tercio del siglo XIX,

si no quería hundirse en la revolución y la guerra civil, el Estado vigoroso necesitaba una vigorosa justificación, una nueva fundación de la comunidad, una nueva legitimación de la autoridad, una idea eficaz para las masas que estuviera por encima de los intereses y las ideologías y vinculara los pueblos con sus Estados (...) esta idea fundadora de la comunidad: era la idea de la nación (84).

De este modo surgirá el concepto de Estado-nación que, según Max Weber, es “la organización del poder secular de la nación” (166): si la idea de nación, como recuerda Schulze, ofrecía orientación, comunidad y trascendencia, la identificación de Estado y nación simplificaba las complicadas relaciones sociales e interestatales y aclaraba el problema de la lealtad (136). Guerrieri lo entiende como “una estructura de poder que se inicia con la configuración de una autoridad política centralizada, sobre un territorio y su población” (39). Más concretamente, “en términos sociológicos, el estado-nación se concibe como ‘una unidad territorial político-administrativa que corresponde a un tipo de organización social determinada, cuyas partes se encuentran integradas a un todo’” (39). A este respecto, José Álvarez Junco señala la importancia del “territorio” para poder hablar de nación: es decir, de la vinculación de la comunidad nacional con un determinado territorio.⁸¹

Por su parte, el nacionalismo es definido por Ernest Gellner como un principio político que afirma la congruencia necesaria entre la unidad política y la unidad nacional (11), y que ha adquirido un importante rol como fuerza movilizadora de masas. De hecho, continua Gellner, es el nacionalismo el que crea las naciones y no al contrario. Generalmente se considera que nación y nacionalismos son entes contruidos por el Estado o por la intelligentsia que trabaja a su servicio. Gellner puntualiza que el

⁸¹ Para mayor detalle, ver José Álvarez Junco, “El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados”.

nacionalismo viene determinado principalmente por tres factores: el poder, la educación y la cultura común:

en général, chaque État coiffe, entretien et s'identifie à un type de culture et à un mode de communication qui est dominant à l'intérieur de ses frontières et qui dépend, pour sa perpétuation, d'un système éducatif centralisé que l'État contrôle et souvent dirige. Il monopolise la culture légitime presque autant que la violence légitime, et peut-être même plus encore (197).

En términos muy parecidos se expresa Said cuando apunta “la clara interdependencia entre la cultura, el protectorado de la cultura y el marco y orden casi teológico del Estado” (Said, *El mundo* 23). Así pues, el Estado se sirve de la cultura –y de sus vías de difusión y consolidación como el dominio de la educación y la comunicación-, para extender el nacionalismo y, con él, autolegitimarse. Y esta cultura propia común, legítima y legitimadora es la “cultura nacional”. Confirmamos de este modo a Said cuando reprueba la tendencia de la crítica de vaciar la cultura de vinculaciones con el poder: “no solo la esfera cultural y la política están conectadas, sino que en última instancia, son lo mismo” (Said, *Cultura* 108).

Bajo este punto de vista, la identidad nacional, es decir, “el sentimiento colectivo de pertenencia a la nación” (Guibernau 19) se transmitiría en un movimiento arriba-abajo. Gellner y Guibernau hablan de un doble desplazamiento, protagonizado tanto por las masas como por las elites. De este modo, las masas creen aportar elementos de la cultura popular (mitos, símbolos, tradiciones, ritos, idiomas no hablados por la élite, etc.). Sin embargo, en realidad, éstos son una concesión de la élite, que los utiliza en su favor. La elite, por su parte, posee la “alta cultura”, la cultura letrada (la educación de calidad, la lengua establecida, la literatura, ciencia, acceso al poder, etc.), con la que selecciona los elementos para compartir con los de abajo, y que se transmitirán por medio de las instituciones educativas. El resultado es una “cultura común” que une a la élite con las masas, y que conforma el corazón de la identidad compartida, provocando la cohesión social y la diferenciación del “otro”.

No obstante, más recientemente, algunas voces se presentan críticas a este modelo de transmisión de la identidad nacional, tanto en lo que se refiere a su rigidez e inmovilidad, como a su verticalidad. Pamela Radcliff apunta que la identidad nacional no es algo dado y fijado, sino que es algo que se hace y rehace continuamente (308). Igualmente, Ferrán Achilés y Maria del Mar Pozo reivindican el papel, más o menos activo o receptivo, de los individuos en la interiorización de una identidad nacional. Desde su punto de vista, que coincide con el de Umut Özkirimli, el nacionalismo no debe ser comprendido simplemente como una doctrina política, sino como un modo de ver e interpretar el mundo que llega a teñir toda nuestra experiencia social (Achilés 60). Entendiendo como uno de los puntos de partida fundamentales para nuestro estudio la interdependencia de la cultura con el resto de esferas sociales, esta visión del nacionalismo resulta muy interesante.

La nación funciona así como mecanismo ambiguo de integración y exclusión, pero además, como expresa Homi Bhabha: “is an agency of ambivalent narration that holds culture at its most productive position, as a force for ‘subordination, fracturing, diffusing, reproducing, creating, forcing, guiding’” (3-4). De este modo, la cultura, en sus múltiples esferas -la lingüística, la educativa, la comunicativa, la simbólica, etc.- y en su amplia comprensión, cobra especial importancia en la construcción de una identidad nacional. De hecho, para Mignolo, el término cultura “was resignified to express ‘national culture’ (language, literature, flag history)” (The Idea 16):

national unity: national languages, national literature, national flag and anthem, etc. were all singular manifestations of a ‘national culture’. It served to name and institute the homogeneity of the nation-state, (...) defined in conjunction with ‘national culture’ in order to create subjects with ‘national identity’ (xvii).

¿Qué ocurre en el caso español?

Juan Manuel Fernández-Soria señala que, para la mayoría de regeneracionistas, la crisis española de 1898 lo fue también de identidad. Concebían la existencia de España en tanto que nación como condición inexcusable para su regeneración (139), por lo que el gobierno de principios del XX se vio obligado a llevar a cabo un esfuerzo de nacionalización de masas, a través de fechas y eventos conmemorativos, símbolos nacionales y, sobre todo, con su política educativa (139).

Sin embargo, el nacionalismo español de inicios del XX -y también el del siglo XIX-, ha sido contemplado bajo la tesis de la “débil nacionalización”, defendida entre otros autores por Borja de Riquer o Pamela Radcliff. Según la norteamericana, si bien el Estado español se consolidó muy tempranamente en términos europeos, no ocurrió lo mismo con su identidad nacional (308) que aparecería “fraccionada”. En vez de conseguir una identidad hegemónica, “España vino a organizarse en términos binarios”, por un lado una España tradicional, católica y monárquica nostálgica de un pasado imperial glorioso, y por el otro, un país con ansias modernizadoras, europeístas, democráticas y de desarrollo y crecimiento económicos (309). Faltaba un conjunto de símbolos y rituales fuertes y unificadores, un “paradigma simbólico dominante”, lo que podría llevar fácilmente a una “crisis de representación” (312). No se había dado, parafraseando a Hobsbawm y Ranger, una “invención de la tradición” que hubiera dado unidad y hubiera reforzado la identidad nacional.

La teoría de la débil nacionalización se ha aplicado fundamentalmente al período de la Restauración y, muy especialmente, a la Segunda República, que se ha considerado como un régimen incapaz de encontrar imágenes suficientemente multivalentes para abarcar todas las fuerzas que la integraban⁸², y carente de un

⁸² “Los regímenes que siguieron [desde la invasión napoleónica] y culminaron con la Segunda República fueron incapaces de articular una identidad nacional poderosa y coherente, apta para suprimir formulaciones alternativas y reunir a la mayoría de la población alrededor de una visión hegemónica de la nación” (Radcliff 306)

proyecto de construcción definido y consensado. De hecho, Radcliff considera que de algún modo la guerra civil supone la culminación de ese conflicto de la identidad nacional española que venía arrastrándose desde la invasión napoleónica (306). Finalmente fue la derecha, que ya había iniciado el proceso durante la dictadura primorriverista, la que consiguió hacer suyos imágenes y símbolos hasta llegar a “consolidar un marco simbólico que tuviera el poder visual y la fuerza emocional necesarios para comunicar el sentido de un destino común” (324): el gran triunfo del franquismo sería, entonces, el de haber unido una diversidad de grupos en muchos aspectos antagónicos alrededor de la idea de la cruzada común antirrepublicana.

No obstante, otros autores, como Ferrán Archilés⁸³, María del Mar Pozo Andrés o el mismo Isidro Sepúlveda, ponen en entredicho la teoría de la débil nacionalización. Este último señala que en la constitución del Estado español en el siglo XIX, hubo una escasa complementariedad entre el desarrollo estatal y la teóricamente complementaria construcción nacional por parte de los gobiernos liberales que priorizaron el primero (El sueño 30). Sin embargo, más que hablar de ausencia o debilidad de agentes nacionalizadores, habría que hablar de una pluralidad de discursos, imágenes y proyectos nacionales distintos⁸⁴ y de una serie de limitaciones, no solo de falta de consenso, sino derivadas de las dificultades de la hacienda pública y de medios de comunicación y transporte adecuados, es decir, de una verdadera vertebración

⁸³ Ferran Archilés se ocupa del período de la Restauración en su artículo “Vivir la comunidad imaginada. Nacionalismo español e identidades en la España de la Restauración”. Considera que la diversidad territorial y la pluralidad de proyectos políticos peninsulares, así como el conflicto entre clericalismo y anticlericalismo, no se contradicen con la existencia de un poderoso discurso nacionalista español (62). Es más, para Archilés, las disputas acerca de los modelos de Estado y los regionalismos nunca pusieron en duda el marco nacional español (75). Tampoco vacila en afirmar que sí hubo un discurso nacionalista y que fue manifiestamente cultural (78) como puede comprobarse en el vocabulario y el contenido de los manuales escolares, en especial los de historia, lengua y literatura.

⁸⁴ Igualmente, a la interpretación reduccionista planteada por ejemplo por Pamela Radcliff de izquierdas y derechas, plantea la existencia de al menos 5 grupos con proyectos nacionales dispares: el conjunto krausos-regeneracionista, el republicanismo, el socialismo y la vía de Acción Española y la falangista-fascista (47 y ss).

territorial⁸⁵. Para contrarrestarlo fue necesario precisamente, reforzar el sistema educativo⁸⁶, el mercado nacional, las infraestructuras y la prensa (45 y 46). Asimismo, Archilés relativiza el peso de la educación y plantea la importancia y el rol que otras variantes –clase, origen, religión, género- así como las prácticas no institucionalizadas y otras vías de aprendizaje y de experiencia pudieron tener en la configuración de la identidad nacional⁸⁷.

Si la configuración del nacionalismo español está estrechamente vinculado a la idea de América y a su relación con ella, tanto estas como la política exterior hispanoamericanista, variarán dependiendo de la coyuntura histórica, de las condiciones internas y de los discursos nacionalistas. Ya hemos avanzado que nuestra aproximación sigue las tres corrientes apuntadas por Sepúlveda: “panhispanismo”, “hispanoamericanismo progresista” e “Hispanidad”. Sin embargo, en términos generales, aceptamos, como Pereira Castañares que

predominará una interpretación conservadora del carácter que deberían adoptar estas relaciones: España había realizado una labor básica de evangelización e influencia cultural en las tierras americanas; ello había creado unos lazos de solidaridad nacional y continental, al mismo tiempo que raciales, que exigía a España, la Madre Patria, elaborar una política, una acción, concreta con el fin de establecer una comunidad de intereses favorables a todos. Acción que contará con el apoyo de la Iglesia Católica (España e Iberoamérica: programas 139)

⁸⁵ Para mayor detalle, ver el capítulo “Conformación y fragmentación del nacionalismo español” en Sepúlveda (El sueño 23-57).

⁸⁶ A pesar de haber presentado a grandes rasgos la tónica educativa de los distintos gobiernos de la época estudiada, no existe prácticamente constancia de los planes de estudio y de programas educativos concretos y detallados de este período, en buena parte debido al complejo avatar del segundo tercio del XX español y por la falta de sistematización.

⁸⁷ Sobre las décadas centrales del siglo XIX y el esfuerzo nacionalizador estatal, ver el capítulo de Laura Villa “The officialization of Spanish in mid-nineteenth-century Spain: the Academy’s authority” en *A political History of Spanish: the Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013. Villa defiende que el siglo XIX destaca por el gran número de medidas designadas e implementadas para promover el poder estatal y el proyecto de construcción de la nación española (102). En esta configuración y difusión de un consenso nacional, destaca el importante papel que jugaron la lengua castellana y el sistema educativo gracias a la fuerte intervención estatal en materia educativa y a la labor desarrollada por la Real Academia Española. Es precisamente en las décadas de 1840-1850 que la RAE consigue vencer resistencias y alzarse como autoridad competente y exclusiva en términos lingüísticos, siempre con el respaldo del gobierno con el que mantuvo excelentes relaciones. La estrecha colaboración con el gobierno era beneficiosa para ambas partes ya que la Academia, a su turno, “provided Spain’s political authorities with a standard language that made it possible to develop the nation (both in material and symbolic dimensions) and to form the national citizens through the public school system” (105).

Vayamos a los orígenes del hispanoamericanismo. W. Bristol estima la fundación de la Unión Iberoamericana en 1885 como “el primer intento de institucionalización de esta política de acercamiento” (cit. en Escudero, *El Instituto* 15). Sin embargo, se considera la celebración del Centenario de la Independencia de Hispanoamérica en 1892 como un momento decisivo en el restablecimiento y la comunicación entre estos países, cuando se consiguen o se intentan dejar atrás ciertos recelos derivados de la leyenda negra, así como la reticencia peninsular a la aceptación de las independencias americanas y en cambio, empiezan a postularse ideas de unidad⁸⁸. Para Pazos y Pérez, “las reflexiones surgidas de este acontecimiento se ampararon en el mito de la latinidad y durante las celebraciones se puso en evidencia el intento de manifestar la grandeza de la raza latina frente a la anglosajona”.

Al mismo tiempo, según Bernabéu, el año 1892 fue trascendente para el desarrollo de la identidad nacional española. Igualmente,

el ascenso imparable del hispanoamericanismo desde finales del siglo XIX fue una de las señas de identidad más evidentes y difundidas del nacionalismo español y de su proyección internacional. La Madre Patria buscó articular una comunidad transnacional en torno a cuatro ejes principales: el idioma, la religión, las costumbres y la historia. Con estos elementos, ensalzados o cuestionados, el nacionalismo español articuló sucesivos proyectos de relación con las naciones iberoamericanas e imaginó diferentes modelos de comunidad transnacional (casi siempre presididos por España). Sin embargo, la variedad de concepciones del hecho nacional generó la aparición de diferentes corrientes internas en el movimiento hispanoamericanista (251).⁸⁹

El pensamiento regeneracionista, así como los hechos de 1898 y la crisis social y moral derivada, afectaron asimismo el modo de concebir las relaciones con

⁸⁸Palmira Vélez confirma que “las fechas de arranque de las instituciones y del movimiento cultural no son fortuitas, coinciden aproximadamente con el fin del largo proceso de reconocimiento oficial español de las nuevas nacionalidades americanas surgidas tras la Independencia” (*La historiografía* 112).

⁸⁹Así pues, nos encontramos con más argumentos en contra de la tesis de la débil nacionalización de la España de la Restauración.

Hispanoamérica, tanto en los sectores liberales, ávidos de modernización del país, como en sectores más tradicionales. Para los primeros, como bien expresa Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, “América tenía un valor inapreciable para el ejercicio de reconstrucción de la memoria que permitiese a la comunidad una identificación positiva orientada hacia el futuro” (La política 129). Reconciliarse con el propio pasado colonial significaba una inyección de optimismo para la construcción de una nación moderna y la obtención de un mayor protagonismo internacional (129). Dichos representantes de un hispanoamericanismo liberal, en buena parte regeneracionistas y republicanos, como remarca Pereira Castañares, tendrían una influencia política limitada (123) en comparación con los tradicionalistas. Estos últimos encabezarían un hispanoamericanismo más conservador, y conseguirían, -en especial a partir de mediados de los años treinta-, una mayor influencia política, ideológica y cultural y continuidad en la aplicación y apoyo de sus ideales (123). Para ellos, América y el pasado imperial se identificaba con la gloria y el esplendor perdidos de España, que contrarrestaban con la mediocridad del presente. La diferencia entre ambos hispanoamericanismos es, pues, de carácter ideológico.

Hemos apuntado al inicio del capítulo la opinión de María Escudero sobre la falta de una clara ideología en el hispanoamericanismo. Sin embargo, destaca por un gran potencial de instrumentalización ideológica. El modo de acercamiento hacia América dependía de cómo se interpretaba y definía el papel –pasado, presente y futuro- que España había desarrollado y tenía que desarrollar para con estos territorios, y del tipo de vínculo que debía y quería afianzarse entre ambas orillas. Sepúlveda habla de “panhispanismo” y de “hispanismo progresista”.

En el contexto de finales de siglo e impulsados en buena parte por la nueva burguesía capitalista y por el capital privado empiezan a surgir instituciones y

publicaciones interesadas en fomentar las relaciones con América Latina, fundamentalmente de carácter cultural, aunque entre algunos sectores, como entre la burguesía catalana, se entrevean opciones comerciales e incluso políticas. Es decir, un hispanoamericanismo que pretendía fomentar la unión espiritual, se complementaba, y contradecía en parte, con otro de objetivos comerciales⁹⁰.

El origen privado de estas inversiones no variará en exceso hasta 1910, significativamente en el centenario de las independencias americanas: de manera progresiva se produce un ligero cambio en la actitud e interés estatal para favorecer el contacto con América, por ejemplo, como señala María Escudero, con el envío de miembros de la Casa Real en misión a América o con la subvención de congresos y la concesión de becas (El Instituto 17). Sin embargo, Rafael Altamira en *Mi viaje a América*⁹¹ -libro que recogía el testimonio del autor después de su viaje a tierras americanas en el libro- reconocía que la presencia real española en el Nuevo continente era escasa, sobre todo en comparación con otras potencias extranjeras y que perdía posiciones a ritmo acelerado frente a otras potencias extranjeras como Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, etc., las cuales iban ganando terreno (Bernabéu, 1992, 121).⁹² De hecho, para Eva María Valero, basándose en el común sustrato ético-

⁹⁰ Una idea parecida es establecida por Véllez, que señala dos líneas de americanismo desde comienzos de siglo: la ateneísta e institucionista que predicó proyectos liberales y progresistas, estrictamente cultural y la otra ligada a la cultura histórica conservadora, compatible con el interés económico ultramarino de algunos miembros de la alta burguesía. En común, sin embargo, tenían la visión del americanismo como una parte del nacionalismo español (La historiografía 120-121).

⁹¹ Para Eva María Valero, se encuentra en los orígenes de una vocación hispanoamericanista en España (25) la cual “no estuvo exenta de discrepancias ideológicas derivadas de su reivindicación hispanista en tierras americanas, pero, en cualquier caso, se gestó y desarrolló en el conocimiento directo de la realidad americana para la posterior reflexión y sistematización de los vínculos con España y la articulación de un pensamiento práctico que los consolidara” (25).

⁹² Como indica Palmira Véllez, la visión de Altamira de América estaba ligada a la de España, es decir, es regeneracionista, liberal y progresista aunque nacionalista y patriótica. El programa que el intelectual presentó al monarca tras su periplo americano “recogería algunas de las propuestas ya formuladas con anterioridad, básicamente el intercambio de profesores universitarios y material escolar, concesión de becas, creación en América de escuelas para emigrantes, franquicia de aduanas, delegaciones españolas a

cultural y ensalzando los aspectos positivos de la conquista y la acción española durante la Colonia, Altamira buscaba mejorar las relaciones trasatlánticas, reconciliar los peninsulares con su pasado y reivindicar su prestigio internacional⁹³.

Con todo, no se apreciará un real esfuerzo gubernamental en la mejora de la relación con América hasta la Primera Guerra Mundial, gracias a las nuevas expectativas y oportunidades comerciales y políticas que se abrían para España a raíz de su neutralidad en el conflicto⁹⁴, y en especial durante la dictadura de Primo de Rivera.⁹⁵ Juan Carlos Pereira Castañares define la concepción primorriverista del hispanoamericanismo como la unión espiritual entre los pueblos de habla hispana, que comparten raza, valores y religión católica y entre los cuales se alza España como líder y como representante ante la Sociedad de Naciones (España e Iberoamérica: programas 123)⁹⁶, y que se corresponde con lo que Sepúlveda define como el programa del panhispanismo:

[un] fuerte contenido nacionalista y la reivindicación del pasado colonial español; la defensa y la exaltación de la religión católica; y la promoción de un orden social regulado por parámetros burgueses con un fuerte contenido jerárquico. Estos componentes mantenían como objetivo

congresos de estudiantes americanos, creación de un Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas, y de una sección Americanista en la Universidad de Oviedo, junto al acondicionamiento del Archivo General de Indias(...)" (La historiografía 169).

⁹³ Especifica Valero que la recitificación de la historia colonial por parte de Altamira tenía dos objetivos fundamentales: "por una parte, atenuar la animadversión de los hispanoamericanos hacia los españoles infundiendo confianza en una nueva España joven y ávida de reformas, y por otra, lograr un reencuentro de los españoles con su glorioso pasado civilizador para, a través de la recuperación de la historia, redefinir y consolidar la identidad nacional" (53).

⁹⁴ Como constatan la opinión de del marqués de Lema, Ministro de Estado en 1915, transcrita por Pereira Castañares, la interrupción del comercio habitual entre Europa y América suponía una oportunidad de oro para España para captar los mercados hispanoamericanos (España e Iberoamérica: un siglo 105).

⁹⁵ Juan Carlos Pereira Castañares concreta: "es en el contexto de la I Guerra Mundial, y más concretamente desde 1923, comienza a percibirse el área iberoamericana desde una perspectiva expansionista, como medio y fin en sí mismo, pretendiéndose por parte de los gobiernos españoles el adquirir una posición de liderazgo en el seno del área y competir en el mismo plano de igualdad con el panamericanismo desarrollado por Estados Unidos" (España e Iberoamérica: programas 135).

⁹⁶ La política española en la Sociedad de Naciones fue también, según Pereira Castañares, un marco concreto del desarrollo de esa acción exterior. España se consideraba portavoz del bloque hispanoamericano y por lo tanto creía tener derecho a una posición privilegiada en la Sociedad, dando nacimiento a la teoría del liderazgo español en la comunidad iberoamericana (España e Iberoamérica: programas 148 y 149), que fue vista con cierto recelo y suspicacia por parte de los países americanos.

básico del programa la reconquista espiritual de América por España, entendida esta como la proyección de una hegemonía moral de España hacia sus antiguas colonias (102).

En este sentido se explica también el considerable esfuerzo gubernamental en materia educativa, que formaba parte, según Alejandro Quiroga, de un plan de nacionalización de masas –autoritaria y católica–: “la formación de ‘ciudadanos modernos’ convenientemente adoctrinados en postulados nacionalistas españoles de corte antidemocrático, se convirtió en el objetivo prioritario del sistema educativo primorriverista” (“Educación” 88). Como el mismo autor señala, se hacía especial hincapié en la religión católica, el pasado imperial, la lengua castellana y la figura del dictador como salvador de la patria, a la vez que se promovían valores militares de obediencia, autoridad, jerarquía y honor (“Maestros” 185). Así, se potenció especialmente la enseñanza de la lengua castellana⁹⁷, entendida no solamente como factor unificador dentro de las fronteras estatales, sino igualmente como aglutinante espiritual con los países americanos y por lo tanto, refuerzo del discurso pan-hispanista y neoimperial primorriverista (192), y de la historia. Esta última plasmaba una interpretación ultraconservadora y propagandística del devenir español, presentando por ejemplo, el descubrimiento de América como una de las mayores empresas de la historia mundial (96).

En efecto, continúa Sepúlveda, fue precisamente el gobierno primorriverista el primero que reconoció oficialmente la existencia del movimiento hispanoamericanista, al que definió como “la afección recíproca entre España y las naciones que por razones biológicas hubieron de desgajarse de su tronco social, sin dejar por ello de permanecer

⁹⁷ Ya hemos aludido a la importancia de la lengua española en la educación decimonónica. Para más información, remitimos de nuevo a Laura Villa.

unidas por los vínculos del origen, la cultura, del idioma y de las comunas idiosincrasias” (El sueño 120)⁹⁸.

Es a partir de entonces que se incrementan los representantes españoles en el extranjero⁹⁹, así como las relaciones comerciales, los intercambios culturales, las comunicaciones, los subsidios, la propaganda, los congresos americanistas, se crea la Junta de Relaciones Culturales en 1926 y se organiza la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929 (Escudero, El Instituto 17). Todo ello, según David Marçilhacy, respondiendo a la ambición de Primo de Rivera de “constituir en el escenario internacional un bloque de naciones hispánicas encabezado por España”, y por lo tanto, convirtiendo la proyección americana en eje central de su política exterior (74).

Sin embargo, la acción exterior de Primo de Rivera se verá frenada por múltiples dificultades: el vigor del panamericanismo y su apuesta por las relaciones de “buena vecindad”, el recelo de las propias repúblicas americanas ante las intenciones españolas, la coyuntura internacional –que incluye el crack de 1929-, y el mantenimiento de una mayoritaria concepción conservadora del americanismo.

A pesar de que hemos señalado con Sepúlveda que la corriente panhispanista es la generalizada en este período, no podemos olvidar que estamos hablando a grandes rasgos y simplificando, y que existían excepciones y disidencias. Es quizás precisamente contra esta interpretación conservadora del hispanoamericanismo y su uso estatal, que Gregorio Marañón clama en *La Gaceta Literaria* en 1928, después de su raid literario a Cuba, que

⁹⁸ Sepúlveda cita *Información española*, en su número de septiembre de 1928, p. 879.

⁹⁹ Pereira Castañares puntualiza: “Se aumentaron las representaciones diplomáticas pues de 11 en 1923 se pasó a 14 en 1930, así como el número de miembros de las mismas, de 27 a 34.” (España e Iberoamérica: un siglo 107).

por ellos, por nosotros y por todos hay que borrar la palabra hispanoamericanismo, que suena a tinaja vacía (...). Si lo nuestro es igual a lo de los demás, podemos preferirlo, pero no imponerlo. Son intolerables en ese punto las invocaciones a los lazos de sangre y al parentesco (172).

También *España y América* un mes antes, publica el artículo de Antonio Álvarez Lleras “Hispano-americanismo práctico” que se aleja de la concepción panhispanista clásica y en el que reivindica la labor intelectual realizada en América, de conocimiento recíproco, intercambio ideológico y de propaganda cultural, como paso previo e imprescindible para el afianzamiento de las relaciones comerciales: refiriéndose a esos hombres de negocios que desdeñan los intentos de “fraternidad espiritual”, se pregunta:

¿Cómo no ven que lo primero que se necesita en todo negocio es la propaganda y que en el caso especial de las relaciones comerciales entre España y América los únicos llamados a hacerla son los intelectuales? (3)

Es precisamente esta labor de acercamiento y de atracción espiritual de los intelectuales españoles lo que según Álvarez Lleras constituye el verdadero hispano-americanismo práctico” (3). Esta reflexión entroncará con el ideal predominante durante la República.

El período republicano también ha sido acusado de “débil nacionalización”, como ya mencionamos. María del Mar Pozo Andrés se opone a esta tesis y afirma que sí hubo un ideal nacionalista en el período republicano, y su plasmación en rituales y símbolos –carteles, fotografías, celebraciones, colonias escolares, actividades asamblearias, etc.-, pero que sin embargo respondía a un imaginario muy distinto al del régimen precedente. Se pretendía crear una comunidad imaginada de ciudadanos demócratas, un modelo muy parecido al ya mencionado de nación cívica basado en conceptos como el patriotismo constitucional y la ciudadanía activa y en el que la escuela jugó un papel esencial para su constitución (105). De manera parecida opina Manuel de Puelles para el cual la República intentaba transmitir, -precisamente a través de la escuela-, los valores republicanos, con la intención de convertirla en base firme de

la democracia y semillero de ciudadanos (17)¹⁰⁰. Todo ello en un talante de tolerancia y respeto: Pérez Galán cita la primera circular pública de Rodolfo Llopis, Director General de Primera Enseñanza durante el Ministerio dirigido por Marcelino Domingo del 12 de febrero de 1932:

La escuela no puede ser dogmática ni sectaria. Toda propaganda política, social, filosófica y religiosa queda terminantemente prohibida en la escuela. La escuela no puede coaccionar las conciencias. Al contrario, ha de respetarlas. Ha de liberarlas (325).

Así pues, la nación no era concebida en términos esencialistas, étnicos, culturales o históricos, sino que la comunidad de ciudadanos se sustentaba en la libertad y la soberanía nacional: la ciudadanía, identificada en el Estado democrático y constitucional debía participar activamente en la vida política, y esta era la idea que buscaban transmitir manuales y asignaturas. Sin embargo, la aplicación de este modelo de enseñanza divergió según la ideología o el entusiasmo republicano de los docentes (Pérez Galán 125) y la mayoría de iniciativas quedaron truncadas con el estallido de la guerra civil.

De talante parecido -en palabras de Delgado Gómez-Escanolilla, rechazando los resabios de superioridad anteriores y subrayando la igualdad, el respeto y los vínculos de afinidad y fraternidad (“La política” 135)¹⁰¹-, es la política americanista que se pretendió organizar en el período republicano, aunque esta tampoco consiguió continuidad ni eficacia.¹⁰²

¹⁰⁰ Gregorio Cámara Villar señala la intención republicana de “configurar el nuevo aparato educativo como el instrumento más importante y decisivo de regeneración y modernización de España, constituyéndolo, a través de su acción socializadora sobre los individuos, en bastión de la democracia y de la República, encargada de convertir a los secularmente ‘súbditos’ españoles en ‘ciudadanos’ conscientes, informados, tolerantes y participativos” (58).

¹⁰¹ Juan Carlos Pereira Castañares apunta que muchos republicanos estaban convencidos de que “a través de la cultura sería posible el afianzamiento de la democracia y el progreso entre los hombres y las naciones” (España e Iberoamérica: un siglo 109).

¹⁰² Lorenzo Delgado Gómez Escalonilla se refiere al período primorriverista y republicano: “Se aspiraba a restablecer una relación privilegiada entre los países iberoamericanos, que reforzase los vínculos culturales preexistentes, que diese nuevas salidas a su comercio exterior, que permitiera a España contar con una baza internacional de primer orden. Los vaivenes políticos de aquella época impidieron que las

Sepúlveda hace corresponder el pensamiento y la actitud republicana sobre y hacia América con la corriente del “hispanoamericanismo progresista”. Esta, originada precisamente con la campaña de acercamiento de la burguesía liberal a mediados del siglo XIX de la que ya hemos hablado, y con el talante regeneracionista, considera que América puede ser una vía de regeneración española: es la idea -también presentada por Sepúlveda- de que España puede encontrar soluciones a sus problemas internos y superar su anquilosamiento junto a -y gracias a- las naciones de su misma cultura. América deviene medio y fin.

La misma Constitución de 1931 muestra el interés y la preocupación de la Segunda República en mantener y estrechar los lazos culturales con América Latina¹⁰³, en especial bajo la figura del Ministro Luís de Zulueta, quién defendía que la colaboración cultural evitaría los recelos que una acción más directa política y económica pudiera provocar (Tabanera 52). *La Revista de las Españas*, en 1932¹⁰⁴, recoge las palabras del Ministro pronunciadas en Ginebra en ocasión de un acto hispanoamericanista y que entroncan con las de Álvarez Lleras:

Y si nos entendemos en el terreno del espíritu, ello habrá de producir entre nosotros una atmósfera tal de mutua comprensión, de recíproca simpatía, que impulsará a obtener resultados fructíferos en el terreno de la economía, en el de la producción y en el del comercio (420).

El mismo Zulueta presenta en 1933 un plan de acción cultural para con Hispanoamérica que será objeto de un intenso debate durante los meses posteriores. El plan sufrió numerosos recortes y, de las disposiciones acordadas, se llevaron a cabo

medidas emprendidas tuvieran la eficacia esperada, pero cuando menos hicieron aflorar un debate público, con repercusiones en los centros de poder, sobre las posibilidades políticas, culturales y comerciales que ofrecía a España su dimensión americana” (“Libros y revistas” 23).

¹⁰³El artículo 50 contiene “El Estado atenderá a la expansión cultural de España estableciendo delegaciones y centros de estudio y enseñanza en el extranjero y preferentemente en los países hispanoamericanos” (15).

¹⁰⁴También la revista *España y América* se hace eco de las palabras del ministro en su número 244 de diciembre de 1932: “Las relaciones hispanoamericanas. Un notable discurso del Ministro de Estado”.

muy pocas.¹⁰⁵

Otra vez, la revista *España y América*, ahora bajo el cielo republicano de 1934, escribe sobre el los vínculos prácticos en “Algunas consideraciones sobre un iberoamericanismo práctico”. No solo ha cambiado el epíteto hispano por el de íbero, sino que el discurso de Juan Miranda es contundente:

Un gran sector de españoles atentos a la voz de la raza ha comprendido -¡por fin!- cuan equivocada y perjudicial para la influencia de España en América, ha sido la línea de conducta que hasta ahora ha tenido el agrado de la diplomacia hispanoamericana, que en definitiva ni ha podido seguir más que el defectuoso patrón trazado en las altas esferas y basado más que en una verdadera política de acercamiento y de acercamiento espiritual, de mutuo conocimiento...en un intercambio de palabrería (...). El Estado tiene que reconocer los errores y rectificar aprovechando las enseñanzas del pasado. Ahora hay diplomáticos españoles como pocas veces, sensibles a las inquietudes espirituales (113).

Y termina reclamando una acción global: “es el deber de todos ayudar al logro de un iberoamericanismo práctico, en lo literario, en lo científico y en lo comercial, meta de una pacífica reconquista de América” (114). Sin embargo, esta última afirmación lo traiciona, aunque sea de modo inconsciente. Estamos hablando de “reconquista”, por mucho que el adjetivo “pacífica” intente suavizarlo. De hecho, la misma política republicana para con Hispanoamérica cayó en contradicciones y es que la voluntad de ser “potencia mediadora en los conflictos interamericanos”, también pretendía, en el fondo, sustituir el papel central y la influencia de los Estados Unidos, según Delgado Gómez-Escalonilla (“La política” 150).

Así pues, a pesar del aparente plano de igualdad republicano en las relaciones con América, todos los acercamientos hispanoamericanistas contemplaban la obtención de beneficios para España, fuesen de mayor o menor grado y de distinta naturaleza. La idea de España como puente entre ambos continentes –función de intermediaria que en el fondo no dista mucho de una misión tutelar y que en el discurso conservador adquiere

¹⁰⁵ Para más detalle, ver Tabanera García, Nuria. “La junta de relaciones culturales del Ministerio de Estado, 1931-1936. Una imagen de América Latina en un organismo oficial bajo la República”.

un talante paternalista-, encontrará su mayor obstáculo, según Sepúlveda, en la misma imagen negativa, atrasada y estereotípica de España, heredera de la leyenda negra. La lucha contra dicha leyenda será igualmente una constante a lo largo del siglo XX, tanto más que su reticencia a desaparecer del imaginario colectivo internacional.

A pesar de los logros conseguidos¹⁰⁶, las ambiciones y los proyectos republicanos de acción exterior y de interrelación y acercamiento con y hacia América, se vieron dificultadas por las vicisitudes internas e inestabilidad de la propia República, sus cambios de gobierno y de prioridades ideológicas, los recortes presupuestarios, la situación de crisis internacional –en buena parte originados con la Depresión de 1929-, y, según añade Tabanera, por la misma actitud de cautela gubernamental en la potenciación de las relaciones que no propició el respaldo de la opinión pública (57). Igualmente, continúa Tabanera, la política cultural contó con otra oposición doble: la de la mentalidad reaccionaria de la mayor parte de diplomacia española en América Latina, que mantenía una concepción paternalista de las relaciones entre España y Ultramar –una autoimagen de España como Madre-patria transmisora de la cultura y la ciencia frente a una América simple y pasiva receptora-, y la de los nuevos planteamientos progresistas que priorizaban las relaciones comerciales y subordinaban las culturales (62).

Al mismo tiempo, Sepúlveda señala que el hispanoamericanismo progresista fue perdiendo consistencia, a causa de una triple decepción: del hecho de que sus programas

¹⁰⁶Entre los logros republicanos, que destacan la creación de un Centro de Estudios de Historia de América vinculado a la Universidad de Sevilla, una sección Hispanoamericana en el Centro de Estudios Históricos y el envío de bibliotecas a Ultramar. Igualmente, recuerda Tabanera la importancia de la labor de la Junta de Relaciones Culturales, organismo que ya había sido creado en 1926 con la intención de difundir y ampliar la presencia de la cultura española en el exterior, pero que en esta etapa contó con atribuciones, competencias y presupuesto ampliados y se convirtió en la entidad que reunió la mayoría de las actividades culturales del Ministerio de Estado (51).

fuera paulatinamente asumidos por el panhispanismo, del giro político hacia la derecha de muchas repúblicas americanas alejándolas ideológicamente de la Península, y de la propia inestabilidad interna española (151-153).

El período de la guerra civil también supuso un cambio y una fractura en las relaciones con América, como resume Delgado Gómez-Escalonilla:

dislocó la labor diplomática, desarticuló el floreciente mercado que las editoriales españolas habían logrado establecer con América, interrumpió las actividades de los focos incipientes del americanismo científico, e introdujo la semilla del enfrentamiento fratricida entre las colectividades españolas asentadas en aquel continente (“Libros y revistas” 24).

Asimismo, y a pesar de la aparente paradoja, la mayoría de autores coinciden en que es en el período inmediatamente posterior a la guerra civil y hasta mediados de los años cincuenta –los tres primeros lustros de la dictadura franquista– cuando se realizan los mayores esfuerzos gubernamentales para potenciar la relación con América y cuando se afianza una imagen hispanista de Hispanoamérica. Escudero subraya que es precisamente el gobierno franquista el primero en institucionalizar de forma sistemática una política cultural hacia América Latina (El Instituto 20), y es que, según Delgado Gómez-Escalonilla, “revitalizar la dimensión americana se concebía como una manera de insuflar nuevos bríos a la necesaria regeneración nacional, al tiempo que un medio de reforzar el escaso peso internacional de España” (“La política” 128), aunque todo ello dentro del marco de los presupuestos ideológicos franquistas. Insiste asimismo en que para comprender y explicar el significado del hispanoamericanismo como un objetivo de la política exterior española es necesario tener en cuenta el concepto de la Hispanidad (138), que considera que el espíritu católico de España es el fundamento y el origen de la grandeza y la decadencia de España, la cual debería llevar a cabo una

expansión cultural para llegar a una confederación intelectual o espiritual (138)¹⁰⁷.

Ya hemos empezado a ver la función que la Hispanidad desempeña tanto en legitimización interior como exterior del régimen, así como su carácter dúctil y maleable, para poder adaptarse a las vicisitudes y necesidades de la coyuntura y del poder político, es decir, que como discurso fue flexible, ambiguo y escurridizo, a la par que, paradójicamente, muy efectivo y poderoso en tanto que, usando las palabras de Marcilhacy, “vector de propaganda interior” (82).

El pensamiento oficial defendía que la nación española tenía un origen antiquísimo, y España se alzaba como bastión del cristianismo y de la Cristiandad, la auténtica Civilización. La España de los Reyes Católicos, de la unidad territorial y política, se presentaba como modelo, y el descubrimiento de América, con su labor apostólica, era considerado –de modo y con intenciones parecidas al período primorriverista- como uno de los mayores logros de la humanidad: se pretendía así revalorizar lo español y combatir la perniciosa leyenda negra, que había nacido de la envidia extranjera. Dicha exaltación del pasado nacional, al decir de Valls, “el intento de demostrar que existía una nación –España y un espíritu nacional –el español-, prácticamente desde los primeros momentos de existencia de vida humana en la Península” (61), permitía dar aún mayor legitimidad al presente¹⁰⁸. Después de una

¹⁰⁷ Ya hemos aludido a su importancia en el seno de los sectores conservadores y católicos de finales del XIX y primer tercio del XX, como se reforzaba de conservadurismo con D’Ors, Giménez Caballero, o Pemartín durante la época de Primo de Rivera, tomaba tintes ultraconservadores durante la República con Maeztu y Zacarías, a pesar de la existencia de una interpretación liberal por parte de los regeneracionistas, así como de la visión unamuniana. Sin embargo, en las líneas siguientes nos limitaremos a la interpretación y utilización franquista del concepto.

¹⁰⁸ En este sentido, la educación franquista, en especial durante el ministerio Ibáñez Martín, era de carácter predominantemente clásico y humanista. La asignatura de historia, en especial de la historia española, cobró especial relevancia, pero era una historia eminentemente tradicionalista, nacionalista y católica. Para Valls, “la historia era el espejo en el que mirarse y sobre el que proyectar la construcción del pasado (61), por lo cual tenía que estar hecha a medida de los intereses del régimen y reactualizada para justificar el golpe de Estado y la existencia del nuevo sistema político. Los siglos XVIII y XIX merecían poca o nula atención, al ser sinónimo de decadencia, fruto de la nefasta penetración e influencia de ideas liberales de origen foráneo, que terminarían desembocando en el desastroso caos republicano.

época de decadencia y del caos republicano, y gracias a la figura redentora del Caudillo, se llegaba al actual momento de calma y resurrección nacional que entroncaba con el mentado pasado glorioso. España, al mirarse en el espejo del siglo de Oro, se convertía, según Negró Acevedo, en la reserva espiritual de Occidente y servía de modelo al resto de naciones occidentales (9). Se exaltarán de este modo, las aportaciones a la cultura e historia universal españolas, en especial su moral cristiana, e interesarán los periodos, personajes y valores típicos y tradicionales españoles, así como el paisaje castellano, que ya había sido cantado, aunque con una connotación distinta, por la generación del 98.

La identificación fuerte entre Estado y nación única queda patente en uno de los principales lemas franquistas: “una, Grande y libre”, es decir, “una” España unida e indivisible –que rechaza u obvia los “otros” nacionalismos como el catalán, el vasco o el gallego-, “grande” por su pasado y sus aspiraciones imperialistas, y “libre” de dañinas influencias extranjeras. Es lo que Valls denomina una muestra de “nacionalismo visceral e imperialismo” (13) y que ya estaba incluida en la unidad de destino en lo universal de José Antonio Primo de Rivera. El ideal multiestatal de la Hispanidad puede parecer contradictorio con este énfasis en la España única, sin embargo, a pesar de postular la comunidad entre los países hispánicos, la Hispanidad, al ensalzar los valores castellanos, así como la grandeza de su pasado y de su misión ecuménica, venía a reforzar la nación española, situándola en un lugar preferente, legitimándola como centro, guía y luz de ese destino universal.

Así, en el interior de la Península, también en palabras de González Calleja, la Hispanidad¹⁰⁹

¹⁰⁹Volviendo al artículo de Pérez Embid de *Arbor* “Panorama del americanismo español actual” (Julio-agosto de 1947, núm.22, p. 79-89), en ella define la hispanidad como “por una parte, conjunto de pueblos

aportó un universo de imágenes, símbolos y conceptos tópicos y simplistas que, convenientemente reelaborados por la propaganda, tuvieron una gran pervivencia en la ideología-cultura oficial, la socialización de la misma y la propia mentalidad colectiva (92).

En lo que se refiere a la acción exterior, Sepúlveda avisa de que esta conceptualización de la Hispanidad surgió precisamente cuando España empieza a ser consciente de su debilidad en tanto que potencia, con un peso escasísimo en el marco europeo y nulo en la política mundial, por lo que la surge como “un intento de retrotraer el papel de España donde existía una situación privilegiada y de dominio” (162), es decir, a la etapa imperial. De ahí que no nos choque la voluntad de imperio falangista: son precisamente sus ideólogos los que aunarán las ideas de unidad e imperio: se superan los fragmentarismos nacionales –tanto americanos como españoles– las diferencias raciales, lingüísticas y demás particularidades en pro del bien común, que es, en el fondo, el de esa Madre Patria a la que toca un lugar privilegiado de liderazgo.

El otro gran proyecto nacionalista de la derecha española, de tipo católico, tradicionalista y reaccionario, heredero de Menéndez Pelayo y articulado por Acción Española, terminará fundiéndose y completando el ideal de la Hispanidad. Así, nos encontramos con una voluntad transnacional que tiene efectos –valga la aparente paradoja– nacionalizadores, es decir, potencia el nacionalismo español. Y todo ello camuflado con el ideal ecuménico y mesiánico de expansión del catolicismo.

Franco se vio obligado a renunciar a su aspiración de recuperar el prestigio internacional español con un nuevo imperio en África debido al acontecer de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, que si bien en la primera fase del conflicto, el mito de la Hispanidad implicaba una cierta voluntad de expansión territorial de tendencia fascista e

brotados de la raíz española –España entre ellos–, y por otra parte, el vínculo puramente espiritual que nos une a todos en su existencia diaria y ante el futuro; esto es que les concreta su unidad de destino en lo universal” (81).

imperialista, a posteriori derivará hacia un contenido pretendidamente solo cultural y espiritual. En este momento, España se autoproclama interlocutora válida de la comunidad americana, al encarnar sus mismas esencias, consiguiendo de este modo una cierta presencia-influencia en América. Según explica Eduardo González Calleja, Manuel García Morente interpretaba la Hispanidad como un proceso causal, de la que España era el producto y no a la inversa, lo que permitiría justificar una expansiva acción cultural española sin miedo a la acusación de imperialismo (90). Por todo ello, no es de extrañar, pues, que la retórica de la Hispanidad fuese vista en ocasiones con recelo o rechazo por parte de América. A este respecto se pronuncia Alberto Zum Felde en *El problema de la cultura americana. Arbor* (núm. 22, julio-agosto 1947) la reseña y la acusa de ejercer una “campana difamadora”:

los dos enemigos de ‘nuestro destino’ son la Hispanidad y el nacionalismo (...) En cuanto a la Hispanidad porque ‘esa bandera levantada por el grupo áulico de España, implica la hegemonía de España sobre América, la supeditación providencial de nuestro espíritu a una tradición y un estilo cuyos hitos están en la vieja madre patria; implica la medida y valoración de nuestra cultura por el meridiano de Madrid (135)¹¹⁰.

Para Zum Felde España sería “nacionalista y reaccionaria” y obedecería a un “sueño de prepotencia política” (135).

De todos modos, también habrá intelectuales y escritores hispanoamericanos que se manifestarán a favor de la Hispanidad, como Eduardo Caballero Calderón, Pablo Antonio Cuadra, Eduardo Carranza, Alfonso Junco, Juan R. Sepich, Osvaldo Lira, Mario Amadeo, entre otros.

Así pues, con el franquismo y su concepción de la Hispanidad, cambia el modo de entrever las relaciones con América Latina y entramos en la tercera corriente del hispanoamericanismo que postulaba Sepúlveda, la propugnada por el ideal de la

¹¹⁰ La utilización del sintagma “meridiano de Madrid” no es vano y es una clara referencia a la polémica del meridiano intelectual a la que aludiremos más adelante y que había tenido lugar veinte años atrás.

Hispanidad, aunque esta no sea más que una derivación y radicalización del panhispanismo: si bien hasta mediados de los años 30 se postulaba un acercamiento con las antiguas colonias para conseguir ventajas económicas o políticas, así como estrechar afinidades culturales, la Hispanidad radicaliza las posturas de la dictadura precedente y enfatiza el componente nacionalista y el religioso y fue descaradamente instrumentalizada por el poder político. Dicha instrumentalización fue precisamente la principal diferencia con el régimen primorriverista.

Delgado Gómez-Escalonilla sintetiza los objetivos de la política exterior franquista:

intentar equipararse en términos simbólicos con las otras potencias fascistas, subir la cotización del régimen en el marco geopolítico europeo-mediterráneo, recuperar un espacio de influencia que se consideraba propio y contrarrestar las actividades antifranquistas que desarrollaban los exiliados en aquellas repúblicas. Para ello, la España franquista recreó la ficción de que podía erigirse en interlocutor entre América Latina y el Nuevo Orden europeo e, incluso, llegó a presentarse como una alternativa o como un factor de erosión del panamericanismo de Estados Unidos (“La política” 142)¹¹¹

Sin embargo, ni los planteamientos teóricos, ni las intenciones, ni la práctica de la política exterior española para con América Latina fueron uniformes a lo largo de la dictadura franquista. Recién terminada la guerra civil, la actividad de la propaganda exterior, fundamentalmente perpetrada por parte de Falange, fue en un alto grado beligerante y antiestadounidense, lo que explica en parte las reticencias americanas y la ineffectividad del Consejo de la Hispanidad, institución creada en 1940 como “plataforma de esa propaganda ideológica y cultural con aspiraciones políticas” (Delgado, “La política” 142), puesto que las ambiciones políticas y la falta de transparencia de las intenciones españolas en el nuevo continente, fueron demasiado

¹¹¹ De hecho, afirma Pereira Castañares que la voluntad de convertir a España en potencia mediadora formaba igualmente parte de las pretensiones de los gobiernos anteriores (España e Iberoamérica: programas 150).

patentes.

El recurso a las intenciones puramente culturales funcionó muchas veces como encubridor de ambiciones e intereses políticos, y se convirtió en único discurso oficial especialmente a partir del declive de los fascismos europeos. Por ello, tras la Segunda Guerra Mundial, España fue modificando y suavizando su tono para con los Estados Unidos. Desaparece la voluntad de imperio falangista del discurso oficial de la Hispanidad y, en su lugar, encontraremos el ataque al comunismo y la defensa de la fe católica, centrados en la idea de Comunidad Hispánica de Naciones propugnada por el ministerio de Alberto Martín Artajo (1945-1957). Como materialización simbólica de esta voluntad de cambiar la naturaleza de las relaciones con América, se creó el Instituto de Cultura Hispánica en sustitución del Consejo de la Hispanidad.

Este tipo de política “cultural” supuso ventajas a medio plazo para España: consiguió romper el aislamiento internacional y hacer olvidar su anterior carácter fascista –gracias al empeño en mostrarse como bastión católico, anticomunista y continuador del internacionalmente admirado Siglo de Oro-. Al mismo tiempo, a nivel interno, supo convencer a la opinión pública de su reconocimiento y legitimidad en el exterior.

Según todo lo expuesto, en cualquier de las tres mentadas corrientes del hispanoamericanismo –panhispanista, progresista o la propia de la Hispanidad- quedan claras las intenciones y las teorías “nacionalistas” inherentes –a pesar de las diferencias de carácter e intensidad-, por lo que podemos rechazar la teoría de la “débil nacionalización española” aplicada a nuestro período de estudio.

Otro factor importante a la hora de analizar las relaciones entre España y América fue el de la emigración peninsular. A pesar de que una atención a este

fenómeno sobrepasa las intenciones y el marco de nuestro estudio –al quedar fuera de las fronteras estatales y al ser especialmente importante en la percepción latinoamericana de la antigua metrópolis y no viceversa- mencionemos algunos aspectos de esta dinámica.

Desde mediados-finales del siglo XIX, la opción de partir a Ultramar en búsqueda de nuevas oportunidades, fue aprovechada por un número creciente de españoles¹¹². Los años treinta implicaron un cambio en la constante: Juan Carlos Pereira Castañares señala como con el advenimiento de la Segunda República y el inicio de la guerra civil, el flujo migratorio se invierte. No es hasta después del conflicto nacional y de la Segunda Guerra Mundial, que se reanuda la emigración (España e Iberoamérica: programas 115).

La presencia de españoles en las repúblicas americanas afectaba de dos modos las relaciones intercontinentales: si por un lado influía en la percepción que América y los americanos podían tener de España, a través de sus actividades políticas, económicas, sociales, culturales, ideológicas, etc.¹¹³, también eran importantes en lo que se refiere a las relaciones institucionales y gubernamentales, por ejemplo actuando como grupos de presión, o bien siendo favorecidos, ignorados, atacados o atendidos por los estados, tanto los receptores como el país emisor. Al mismo tiempo, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla subraya como para muchos españoles, los emigrantes fueron la principal fuente de información sobre el Nuevo Continente (133).

¹¹² Según Juan Carlos Pereira, “desde 1882, año en el que se inicia en España el registro oficial de emigrantes, hasta 1930 se desplazan 3.494.229 españoles distribuyéndose de forma desigual en siete etapas: a) 1882-1886, 45.326 españoles; b) 1887-1890, 45.300 españoles; c) 1891-1895, 197.541 españoles; d) 1896-1900, 416.427 españoles; e) 1901-1910, 1.090.000 españoles; f) 1910-1915, 763.053 españoles y g) 1916-1930, 936.582 españoles. Los principales puntos de destino fueron fundamentalmente tres, Argentina, Cuba y Uruguay” (España e Iberoamérica: programas 114).

¹¹³ Para Pike fueron un elemento importante en la campaña anti-leyenda negra (191).

Para Juan Carlos Pereira Castañares habría que añadir otro agente clave en las relaciones entre ambas orillas del Atlántico: la Iglesia Católica, tanto por el elevado número de religiosos españoles en América¹¹⁴, como por las actividades culturales y educativas que desarrollaron (España e Iberoamérica: un siglo 122). No podemos olvidar el importante papel que el catolicismo jugó en la configuración de los vínculos espirituales entre ambos continentes, en especial entre las corrientes más tradicionalistas y en la doctrina de la Hispanidad.

2.2.1.1. El caso argentino

Si hay un país con el que España mantiene una relación particular e interesante para nuestro estudio es Argentina, tanto en el terreno cultural como en el de las relaciones diplomáticas tras la Segunda Guerra Mundial. De este modo, esbozar el caso argentino nos ayudará no solo a perfilar la situación de la España internacionalmente aislada tras la derrota de las potencias del Eje, sino también a comprender mejor la atención especial que la realidad y la literatura argentina recibirán en España.

Las relaciones hispano-argentinas no fueron regulares a la largo del tiempo¹¹⁵. En el siglo XIX encontramos una hispanofobia dominante -la generación del 37, con Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y Domingo F. Sarmiento-, que acusa España de ser una nación atrasada, analfabeta, sumisa al poder clerical, etc.¹¹⁶. También en esta época se produce un intenso debate sobre la emancipación de la lengua –con coletazos

¹¹⁴Citando a Fredrick B. Pike, Pereira Castañares concreta el número de religiosos españoles encontraban en 4.258 en 1920, de 1.500-2.000 en los años treinta, para aumentar a partir de 1939 por razones y objetivos apostólicos (España e Iberoamérica: un siglo 122).

¹¹⁵Para más detalles, ver María Rosa Lojo, “Los intelectuales argentinos y España: de la Generación del '37 a Ricardo Rojas”, el capítulo de Fabio Espósito en *Historia de los intelectuales en América Latina*, o en el libro *Una profecía del pasado*, de Edgardo Dobry.

¹¹⁶A destacar, sin embargo, la posición equidistante de Lucio y Eduardo Mansilla (Lojo 94).

hasta el siglo XX, como veremos a raíz de la polémica de meridiano intelectual-, protagonizado especialmente por Alberdi y Sarmiento¹¹⁷. La situación empieza a cambiar con las celebraciones de 1892, así como con los acontecimientos de 1898 en que la amenaza del imperialismo estadounidense entra en escena. Igualmente, ante el alud de nuevos inmigrantes de procedencia “exótica”, el emigrante español será visto con mejores ojos. También la figura del gaucho, prototípicamente argentina, como veremos más adelante, será apropiada por los hispanófilos, que le encontrarán raíces hispánicas (Espósito x).

A principios de siglo se suceden una serie de viajes de intelectuales a Argentina –Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Galdós, Ors, etc.- y también en el sentido inverso, como es el caso de Manuel Gálvez o Manuel Rojas¹¹⁸, periplos que darán como frutos *El Solar de la raza* (1913) y *Retablo español* (escrito a posteriori, en 1938), respectivamente, y que muestran un claro afecto por España. Gálvez concibe Castilla como el corazón espiritual de España y matriz de la Hispanidad, -siendo el alma argentina una modalidad del alma española- y destaca el hispanismo como fundamental para la futura nacionalidad argentina (Espósito X). Rojas destruye el estereotipo negativo español: defiende sobre todo ese “ser espiritual” presente en España, y aunque admite el atraso actual, defiende que es un lastre del cual debe desprenderse este país, y que la Argentina, por el lazo de la tradición y la lengua, debe establecer un fructífero

¹¹⁷No solo es conocido el enfrentamiento entre Alberdi, partidario de una academia americana independiente de la española, con Sarmiento, partidario de una lengua de creación popular, sino también en 1900, entre Abeille, defensor del idioma nacional de los argentinos y Ernesto Quesada, pro Real Academia Española (Espósito X). También cabe mencionar el cambio y la suavización de tono de Alberdi, que terminará defendiendo un español con variante rioplatense (Espósito X).

¹¹⁸Lojo lo describe como “un joven intelectual en la época del primer centenario, que llevaría a cabo una intensa *reivindicación* de la raíz hispánica, así como una *instalación* de la raíz aborígen en el imaginario de una Argentina que prefería ocultarla y olvidarla” (96).

diálogo con España (Lojo 100 y ss)¹¹⁹. Así pues, la generación del centenario presenta un cambio de actitud y podemos hablar de clara hispanofilia por parte de Gálvez, Larreta, Ugarte o Rojas, así como del arrepentimiento al final de su vida por su furibundo antiespañolismo de juventud, de Echeverría, Sarmiento y Alberdi.

Posteriormente, según Federico Finchelstein, los nacionalistas argentinos observaron la guerra civil española como una cruzada para restaurar la Cristiandad, e incluso entre 1936 y 1945, la Hispanidad fue uno de los aspectos centrales de su ideología (268). Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los fascistas peninsulares, que veían a España como cabeza de un “imperio espiritual” hispano-latinoamericano, los nacionalistas argentinos afirmaban a Argentina como legítima heredera del Imperio (273)¹²⁰.

No obstante, además de los vínculos intelectuales, el caso argentino es paradigmático por las relaciones diplomáticas establecidas con España durante el franquismo. De hecho, la Argentina, con el gobierno de Perón, es uno de los primeros países¹²¹ en reconocer y ayudar al nuevo régimen y, en el contexto de aislamiento posterior a la derrota de las potencias del Eje, su respaldo político y económico fue de vital importancia para la supervivencia de España. Políticamente, Argentina defendió a España en los foros internacionales -Naciones Unidas, conferencias interamericanas, etc-, tratando de conciliar a los gobiernos latinoamericanos -Chile, Bolivia, Brasil,

¹¹⁹ Tanto Gálvez como Rojas son vistos por Finchelstein como precursores del nacionalismo argentino, para el cual el hispanismo jugó un papel clave, sin que por ello puedan ser considerados protofascistas (268-269).

¹²⁰ Para mayor detalle sobre el nacionalismo argentino y el peronismo, ver *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945* de Federico Finchelstein. Como su título indica, la obra estudia la reformulación argentina del fascismo clásico de Mussolini y el proceso histórico de apropiación y reinvención del nacionalismo radical así con su vinculación con el catolicismo. En concreto, Finchelstein considera el régimen argentino una reformulación radical y sui generis del fascismo (301).

¹²¹ David Marcilhacy defiende que de algún modo, existían relaciones con Argentina, Chile, Cuba, Filipinas y Perú desde la década de los 40.

Colombia, Perú, etc.- con el gobierno de Franco. En el terreno económico, se firmaron acuerdos y convenios, y en especial destaca el abastecimiento de carne y trigo argentinos, pero también haber evitado un boicot económico por parte de las Naciones Unidas al gobierno de Franco. Todo ello implicó un aumento de la popularidad de la Argentina en España, que llegó a su punto culminante con la visita de Eva Perón en 1947, rodeada de un gran alarde propagandístico.

En 1948 se produce la firma del protocolo Franco-Perón y el ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, realiza una visita oficial a Buenos Aires. Sin embargo, las relaciones sufrirán oscilaciones y se irán desgastando paulatinamente, sobre todo a principios de los años 50, cuando España intente acercarse a los Estados Unidos.

2.2.2. Los eventos

Lo que conmueve a los hombres no son los hechos, sino las palabras sobre los hechos.

Epicteto

Dentro del marco temporal de nuestro estudio surgieron igualmente iniciativas y eventos destinados a afianzar las relaciones entre América y España, muchos de ellos de carácter oficial –en especial después de la guerra civil- pero también relacionados con

las instituciones hispanoamericanistas, gran número de ellas de carácter privado: nos referimos a congresos, conferencias, intercambios, jornadas, cursos, exposiciones, tertulias, celebraciones, etc. Dado el elevado número y su carácter multidisciplinar, centraremos nuestra aproximación en los principales eventos de tipo cultural-literario, aunque mencionemos algunos de talante afín. Sin embargo, como ya sentenciaba Epicteto, lo importante –especialmente en nuestro estudio- y a lo que dedicaremos especial atención, no es tanto los hechos o eventos en sí sino las palabras que lo expresaron, es decir, cómo fueron y quisieron ser interpretados: de nuevo, el poder de la palabra.

2.2.2.1. El doce de octubre

La oficialización de la festividad del 12 de octubre se considera el logro de mayor éxito de la Unión Iberoamericana y seguramente el elemento simbólico conformador del hispanoamericanismo –en vocabulario de Sepúlveda- más potente, puesto que es al mismo tiempo evento y símbolo. Fue en 1892 cuando se declaró por primera vez fiesta nacional en España y en 1929 ya era celebrada en la mayoría de repúblicas americanas bajo el nombre de “Fiesta de la raza”. Isidro Sepúlveda aclara la cronología: si bien Brasil, Nicaragua, Costa Rica y Panamá ya celebraban el 12 de octubre a inicios del siglo XX, aunque con carácter distinto, en 1912 se suma la República Dominicana; en 1913, Guatemala y Puerto Rico; en 1914, Bolivia, Honduras y Paraguay; Ecuador, El Salvador y Uruguay en 1915; Argentina y Perú en 1917; España y Colombia, en 1918; Chile y Venezuela, en 1921; Cuba, en 1922; y México, en 1929 (“La proyección” 317).

La elección del 12 de octubre no fue banal. El mismo Sepúlveda señala cómo para el americanismo español contenía la significación del nacimiento efectivo de la comunidad hispanoamericana (El sueño 201), y cómo su materialización colmaba el deseo de encontrar una plasmación espacio-temporal al hispanoamericanismo (El sueño 203): por un lado homenajando la figura de Colón –y por extensión el descubrimiento y la acción española en América-, al mismo tiempo que poniendo de manifiesto y exaltando los vínculos entre los países, y, por el otro lado, contenía una intensa carga reivindicativa, al solicitar a los poderes públicos la aceptación de programas e iniciativas hispanoamericanistas (El sueño 203). Recordemos que precisamente su instauración no fue una iniciativa ni un logro gubernamental sino precisamente de una institución privada, la Unión Iberoamericanista¹²².

Durante la República la fiesta continuó celebrándose, según Zira Box, formando parte del escaso calendario festivo republicano (279), y el régimen franquista le cambió el nombre por el de Fiesta de la Hispanidad, por considerar el anterior demasiado “liberal”¹²³. Si bien la modificación oficial fecha de enero de 1958, la prensa se hará eco de la nueva denominación a partir de los años 50, como veremos más adelante. Igualmente, David Marchilacy nos indica que la conmemoración del 12 de octubre a partir de los años 50, además de cobrar estatus oficial, se convirtió en “una fiesta itinerante, que fue recorriendo las diferentes ciudades que tuvieron algún protagonismo en el descubrimiento: Granada, Barcelona, Alcalá de Henares, Burgos, en un intento de –precisamente aprovechando la celebración de la unión transcontinental- articular identidades a nivel local, regional y nacional (101).

¹²² Para mayor información sobre dicha institución, ver 6.1.2.

¹²³ Comenta David Marchilacy que “para librarse de dudosas evocaciones, la fiesta fue rebautizada en 1958 como Día de la Hispanidad e integró el calendario oficial de la Dictadura” (100).

De todos modos, a pesar del mantenimiento de la fiesta a lo largo de todo el siglo, Box señala la existencia de diferencias en cuanto a la naturaleza de los vínculos entre ambos continentes y su significación: “una naturaleza igualitaria, en el caso del discurso liberal, frente a una naturaleza jerárquica en la que España ejercía de Madre Patria, versión propia del discurso conservador” (279), siempre, pero, con la ambigüedad intrínseca que implicaba celerar la efeméride del inicio de un imperio colonial, por muy caduco que fuera.

Hubo variedad de actos conmemorativos. Sin embargo, en los discursos, que el mismo Sepúlveda tilda de grandilocuentes y tediosos, llenos de tópicos y de estereotipos, dominó el talante panhispanista: se repitieron básicamente las mismas ideas de carácter histórico, con el homenaje a Colón y a España como nación “originaria”, fraternal –o maternal-, con la reivindicación de estrechar lazos entre países hispanos y también práctico-funcional, con el intento de firmar acuerdos y tratados beneficiosos para ambas partes (El sueño 204).

La mayoría de ejemplos de alusiones y comentarios en la prensa son precisamente transcripciones de los “grandilocuentes y tediosos” discursos, así como anuncio y descripción de las actividades. De hecho, el 12 de octubre y todo su entramado discursivo se manifestó como una excusa y una plataforma ideal de expresión de las bondades de la unidad intercontinental y del panhispanismo y, durante el franquismo, de la Hispanidad.

En la *Revista de las Españas* en 1929 (“Unión Ibero-americana. Vida social”), encontramos las palabras del presidente de la Unión Iberoamericana, el Duque de Alba, publicadas en el *Diario Español* de Buenos Aires:

‘La Fiesta de la Raza, fiesta cívica común de los pueblos del tronco hispano, es única e incopiable, porque ni existe ni existirá otra familia constituida por veinte naciones soberanas independientes que se gloríen de tener un mismo origen, España; un solo idioma, el castellano, y una aspiración internacional inquebrantable, la solidaridad para la defensa de su idiosincrasia’ (394).

Igualmente, en 1930, se reproduce el discurso del colombiano Martín Restrepo Mejía, “La raza hispánica” pronunciado en la Academia Colombiana de la Historia, la noche del 12 de octubre: “Celebramos hoy la fiesta de la raza hispánica, a la cual con muy justificado orgullo pertenecemos” (506) y que se compone de “castellanos, portugueses, gallegos, andaluces y otros grupos de la Península de su cruzamiento con pueblos indígenas de América, cruzamiento en que predomina la poderosa sangre peninsular” (506).

El Sol, en fecha 13-11-1933, y por lo tanto, en plena República, recoge “Un elocuente saludo de Su excelencia el Presidente de la República a los países americanos” en ocasión de la fiesta de la raza:

la Fiesta de la Raza motiva públicamente la exteriorización de sentimientos que con caracteres de perennidad viven en España y los pueblos americanos. (...)

Si ha de perpetuarse en el porvenir la obra del pasado, con el espíritu del porvenir ha de ser emprendida. Ambiciosamente deseo que América y España, aproximadas por el lenguaje y el sentido de sus culturas, coincidan en empresas de política superior: aquellas que entremezclan el interés legítimo de cada pueblo y lo exaltan al servicio de la comunidad universal.

El Gobierno de la República española se complace, pues, en saludar a todos los pueblos de América en este día de recordación y de gloria, deseándoles el mejor y más firme cumplimiento de sus peculiares destinos (8).

En la *Revista de las Españas* (“La fiesta de la Raza en España”), se alude a la elección del nombre de la fiesta.

Cuando la Unión Ibero Americana inventó y difundió la ‘Fiesta de la Raza’ se discutió desde el nombre que se daba a la celebración del día del descubrimiento de América hasta la posibilidad más remota de que fuese aceptada la fecha de la sin par efeméride como Fiesta nacional por todos los pueblos de la estirpe (435).

También se transcribe el discurso del ministro del Salvador:

La Fiesta de la Raza nos recuerda a todos lo que nunca, como árboles de casta, deberíamos olvidar: el genio de un pueblo que se superó a sí mismo en un abnegado empeño de dar, crear y edificar; la hermandad en la sangre, en el espíritu y en el idioma de veinte nacionalidades distintas, que son una sola nacionalidad verdadera (436).

Como notas distintivas, señalamos el intento de cambio de actitud republicano, que se plasma en el tono, en especial en el primer ejemplo, y en el léxico. Así, el presidente del gobierno habla de “coincidir”, de “comunidad universal”, de intereses

legítimos de cada pueblo y de “destinos peculiares”. En el segundo caso, con el epíteto “estirpe”, preferido durante la República al de “raza”, y la importancia en la relación de naturaleza “fraternal” entre ambos continentes. A pesar de ello, continuamos encontrando gran retoricismo y expresiones connotativas tales “día de recordación y gloria”; “genio de un pueblo”, “abnegado empeño”, etc.

En pleno franquismo, el tono es mucho más retórico y visceral. Así, en *El Correo Literario* del 15 de octubre de 1952, se recopilan las palabras de varias personalidades y en distintos momentos históricos, que alaban la labor española y la Hispanidad. Así, encontramos por ejemplo las del poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín en 1892: “el descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España” (6), o ya más contemporáneamente, la alabanza del cristianismo de Pedro Laín Entralgo –siendo aún rector de la universidad Central de Madrid en 1948: “Todo lo humano cabe en la Hispanidad, a condición de que esa ‘humanidad’ sea cristiana o cristianizable”. Incluso el mismo General Franco:

La Hispanidad participa de la savia de la vieja Europa y del vigor naciente americano (...) Laten en la misma sangre idénticos sentimientos de honor, patria y familia. Solo el mundo nuevo de la Hispanidad, el mundo que España sembró con la mejor simiente europea, se ofrece como puerto seguro para albergar la carga de la cultura occidental y cristiana” (7), y es a España a quién toca asistir y protagonizar este renacimiento de la Humanidad (7).

También se cita un fragmento de *El mirador de próspero*, de Rodó, cuando indica que

España se va, pero no importa porque se queda en América (...)soñemos un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso avatar de la grandeza española y que en el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y aquél lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor (7).

Otros hispanoamericanos mencionados son el ecuatoriano Eduardo Caballero Calderón, que en *Ancha es Castilla* clamaba que “lo mejor del mundo es España, y España es Castilla, y ancha es Castilla” (7), el nicaragüense Pablo Antonio Cuadra: “Amar a España es amarnos a nosotros mismos. España es tanto la madre patria de

España como de América” (7), aparte de las palabras de Manuel García Morente, José María Salaverría, etc.

También en 1952, pero en la *Revista de Literatura*, se reproduce un extracto del discurso del mexicano Rodolfo Reyes pronunciado en el Instituto de Cultura Hispánica en el “Día de la Hispanidad”: en él, se hace referencia al “nuevo” nombre de la celebración, aunque aún no se había oficializado el cambio.

Felicitémonos ante todo, de que este día ya se llama de la Hispanidad o de Colón y no de la Raza, que precisamente el antirracismo es una de las características gloriosas de la obra española al tender su mano, llena de luz y de piedad, a todos los hombres de América, sin ver el color de su cara ni preguntarles el origen de su sangre (439).

Destaca el valor del mestizaje racial y espiritual acaecido en América y considera que con el cambio de nombre, se alejan las posibles críticas de racismo¹²⁴.

Ya en octubre de 1957, en *Mundo Hispánico*, encontramos las palabras del nicaragüense José Coronel Utrecho, comentando precisamente el nombre de la fiesta, que, según el mismo, recibe solo oficialmente en España el de “día de la Hispanidad” (5) si bien sería el adecuado a adoptar por el resto, ya que “el Doce de Octubre no es solamente el día del descubridor y del descubrimiento, sino de todo lo descubierto por el pueblo español, y todo lo creado por los pueblos hispánicos desde 1492” (5), por lo que los hispanoamericanos “tenemos que darle su verdadero significado y su nombre legítimo” (5). A su vez define la Hispanidad como “el arte de conciliar la libertad, la soberanía y la independencia en la unidad” (5), y postula que su tarea urgente es la de encontrar una forma de acuerdo efectivo y dinámico para la acción mundial de la Comunidad Hispánica (5).

¹²⁴ Si bien ya hemos comentado que la palabra “raza” en el discurso prohispanista no tuvo implicaciones biológicas, erradicarla del vocabulario conseguía alejar aún más toda sospecha, hecho quizás necesario teniendo en cuenta el devenir de la Segunda Guerra Mundial.

2.2.2.2. La Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla

La Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, creada en 1942, desarrolló una serie de actividades paralelas a las propias de la institución, aunque respondían al mismo afán de investigación y divulgación americanista. Ente ellas destacan las Asambleas de Americanistas, los cursos de la Universidad de Verano de la Rábida y el Club Americano. Si bien en 1943 el CSIC crea una residencia para catedráticos e investigadores de la Escuela, el elevado número de alumnos españoles, hispanoamericanos y de otros países asistente a los cursos de la escuela conllevó a la creación del Colegio Mayor “Casa de Santa María del Buen Aire” en 1944.

En noviembre 1943 se celebra la I Asamblea de Americanistas, que se centró en dos temas principales: la promulgación de las Leyes Nuevas de 1542-1543 y el CDL aniversario del regreso de Colón a España. La Segunda Asamblea de Americanistas no se celebrará hasta 1947, y se centrará en Hernán Cortés, al cumplirse el IV centenario de su muerte.

Igualmente, a partir de 1943 empiezan los cursos de la Universidad de Verano de Santa María de la Rábida, que tratarán aspectos históricos, jurídicos, científicos, artísticos y literarios. La creación de dicha universidad supone la materialización de las demandas reiteradas y de las proclamas publicistas por parte del hispanoamericanismo de principios de siglo, en especial de los años diez y veinte, de formalización de una universidad hispanoamericana. Dicha universidad se complementó con otro proyecto universitario, el de un colegio mayor en la ciudad universitaria madrileña que recibió el emblemático nombre, como recuerda Sepúlveda, de Nuestra Señora de Guadalupe (El sueño 346) y que remite a la advocación mariana de Guadalupe de la Iglesia Católica, cuyos dos principales centros de culto son el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, convertido en templo de la Hispanidad tras la visita de Eva Perón en 1947

(Marcilhacy 87) y la Basílica de Guadalupe de la Ciudad de México, bautizada “Emperatriz de la Hispanidad” por Pío XII en 1945 (87).

En sus dos primeras ediciones, los cursos se centraron en el período posterior a la conquista, titulándose la primera “América prehispánica y en la época de los Descubrimientos” y en 1944, “Las Indias bajo el Gobierno de la Casa de Austria”. En 1945 es el turno del siglo XVIII. Yendo en aumento el número de alumnos inscritos, en 1946 se limitan a 62 por cuestiones de alojamiento, año en el que el tema central es “América durante la independencia y edad contemporánea”. En lo que se refiere a la literatura moderna, sin embargo, todas las presentaciones versaron alrededor de la poesía. En 1947 se dedicó a la figura de Hernán Cortés y su contexto. En 1948, la Universidad pasa a llamarse “Hispanoamericana” y se hace necesario un proyecto de reformas y ampliación, así como se idearon residencias para albergar profesores y estudiantes. A partir de 1950 se inicia un curso general sobre Historia de América, así como un ciclo general de Especialización y Conferencias. La organización en conferencias, seminarios y coloquios irá variando a lo largo de la década. En cuanto a la temática, a pesar de la insistencia en la Historia, también se tocaron otros ámbitos. Finalmente, en 1951 y después de ocho cursos dedicados a la América pre-emancipación, se empieza a abordar la América contemporánea. Sin embargo, la documentación recabada a partir de entonces disminuye de modo considerable.

César Pacheco Vélez, en “Los X Cursos de la Rábida” (*Estudios Americanos* 15, septiembre 1952) alude a los tres seminarios realizados sobre literatura, solamente uno de los cuales tiene relación con la narrativa: ‘La novela Hispano-americana moderna’, por el Doctor Enrique Moreno Báez, de la Universidad de Oviedo” (668). En la misma publicación de octubre de 1954, Jorge Chmielewski refiere los veinticuatro seminarios

realizados, el contenido de uno de los cuales, el de “Las revistas culturales españolas de postguerra por el Dr. Pérez Embid”, ha sido varias mencionado en nuestro trabajo.

La Estafeta Literaria en 1958, comenta el “XVI Curso de la Universidad de La Rábida (Sevilla-Huelva)”, dedicado al centenario de Carlos V y alude a la historia y función de la institución,

fundada en 1943, cumple sus dieciséis años de vida universitaria dedicados a la empresa común del americanismo. Es una institución nacida de la colaboración de la Universidad y de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (15).

2.2.2.3. Las Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana

Las Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana tuvieron lugar en la Universidad de Salamanca del 29 de junio al 6 de julio de 1953, en ocasión del séptimo centenario de dicha institución. Fueron organizadas por la Facultad de Letras con la colaboración del Instituto de Cultura Hispánica e invitaron expertos hispanistas y escritores de todo el mundo, en especial españoles y latinoamericanos, como por ejemplo José Luis Borges, Eduardo Mallea, José María Argüedas, Jorge Icaza, Eduardo Barrios o Ricardo Latcham¹²⁵, para unificar y tratar temas y problemáticas comunes.

La revista *Estudios Americanos* muestra la convocatoria del evento un año antes, en el apartado “Crónica. Noticias”: “Llamamiento de la Universidad de Salamanca para participar en el VII centenario de su fundación con unas Jornadas de literatura Hispánica” (s/p).

Igualmente, *Mundo Hispánico* menciona, en febrero de 1953, el objetivo previsto para dichas Jornadas (“Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana y Asamblea de Universidades Hispánicas en el VII Centenario de la Universidad de

¹²⁵ Véase “VII centenario de la Universidad de Salamanca”. *La Vanguardia*, 7 junio 1953, p. 6.

Salamanca”),

eliminar las distancias y el mutado desconocimiento existente entre las literaturas hispánicas actuales; considerar, desde un punto de vista de mayor rigor filosófico, las necesidades de la enseñanza del español; presentar las múltiples variantes concretas de las hablas y la exposición de un panorama de las distintas literaturas nacionales, con el fin de incorporarlas al paisaje de la estilística contemporánea (40).

Y entre los temas a debatir y a desarrollar, la equivalencia de títulos y diplomas, la cooperación intelectual y espiritual y la unidad académica y cultural (40).

ABC, en el 9 de junio de 1953, en la sección de “Vida cultural y artística” también remite al VII centenario de la Universidad de Salamanca, y a las Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas, organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras, en colaboración con el Instituto de Cultura Hispánica que se darán lugar a partir del 29 de junio como parte de las fiestas conmemorativas (41).

Entre los artículos posteriores a las Jornadas y que resumen su contenido, destacamos el despliegue realizado en *El Correo Literario*. En su número 76 del 15 de julio de 1953, resume el contenido de la tercera y la quinta comisiones de las jornadas:

Dentro de la tercera Comisión se acordó: recomendar la inclusión de vocabularios en las obras de carácter indigenista, inclusión en la Revista de Literatura hispanoamericana, con la importancia que merece, del tema de la novela indigenista y de la obra de España en América, y el carácter de conciliación que debe mantener la novela de tema vernáculo, al servicio de los grandes fines espirituales y de cultura de la Humanidad (...).

De la 5ª: “convencimiento de que la literatura que se produce en lengua castellana en los distintos países hispánicos es una y la misma y que por lo tanto, y para evitar posibles escisiones, debe ser enseñada en su integridad por colegios y universidades, expuesta en su integridad en las historias de la Literatura y considerada como una sola por antólogos y editores de textos clásicos” (10).

Igualmente se subrayan las palabras de Antonio Tovar en el discurso inaugural, pidiendo

a los participantes en las jornadas de Lengua y Literatura hispanoamericanas romper con ese aislamiento nacionalista que está corrompiendo la unidad inevitable de nuestra lengua y nuestra literatura por la vía del conocimiento, superando ese aislamiento por la vía del conocimiento y encontrando esa unidad no por el camino de un acartonamiento academicista, sino por el camino de comprender que la lengua española puede ser variada (...) fomentando comunal y amplia vida literaria (10).

El siguiente número, del 1 de agosto de 1953, lista las ponencias presentadas, de las cuales, las que se refieren a la narrativa hispanoamericana, son:

Alberto SOLA: Sobre lo gauchesco.
 Andrés SERI: Lo gauchesco y la literatura.
 Adrián RECIÑOS: La literatura indigenista en Guatemala.
 R. G. GIRARDOT: Algunos problemas de la literatura indigenista.
 Gustavo VASCONES: La novela indigenista en Ecuador.
 Edmundo MEOUCHI: La novela indigenista en Méjico.
 Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: La enseñanza de lengua y literatura hispanoamericana en España.
 Vintila HORIA: Naturaleza y destino humano en la literatura hispanoamericana. (7)

Las comunicaciones y ponencias fueron publicadas a posteriori (1956) por la misma universidad en dos tomos ordenados según 5 áreas temáticas: I. Letras coloniales y romanticismo; II. Lo gauchesco y poesía actual; III. Modernismo. Novela indigenista. Novelística; IV. Proyección de la literatura hispanoamericana en otros países. Traducciones; V. Valoración e interpretación de la literatura hispanoamericana. Varios. Como podemos observar, predomina el estudio de la literatura romántica y modernista, de la poesía y de la relación con la literatura o autores peninsulares. En lo que se refiere a la novela, la mayoría de ensayos sobre este género giran alrededor de la llamada novela indigenista.

A pesar de que hablaremos más detalladamente del contenido de las ponencias sobre narrativa en el apartado de recepción, resumamos brevemente el contenido de la conferencia del argentino Atilio García Mellid, ex embajador de la Argentina en Canadá, en “La cultura hispánica y la América española”: se trata de una defensa de la labor española en América, subrayando su carácter evangélico, espiritual, cultural y moral, y no de dominación ni conquista:

La religión, el idioma y las sustancias espirituales que a partir de la Conquista moldean e impulsan al hombre de América, son total e irrevocablemente hispánicas o, por mejor decir, constituyen la síntesis española de los elementos románicos, católicos e íberos que entraron en ese crisol maravilloso –misional y universal- que es la Hispanidad (190).

Igualmente, destaca la importancia de la fuerza telúrica de la naturaleza americana, “el fondo de color sobre el que debe proyectarse su cultura” (191).

Las Segundas Jornadas, bautizadas II Jornadas de Literatura Hispánica, se celebraron en Santiago de Compostela del 17 al 23 de julio de 1954 y fueron organizadas igualmente por el Instituto de Cultura Hispánica. Entre los asistentes, - profesores, críticos, estudiosos y escritores-, se contabilizan, según datos de la época¹²⁶, unas 150 personas, entre españoles, americanos, europeos y filipinos. En esta ocasión, y como la precisión del apelativo indica, se pretendía ahondar en la literatura producida en todo el ámbito hispánico, pero limitándose a los últimos cincuenta años. Se organizaron 5 comisiones: la de poesía y teatro, presidida por Gerardo Diego, la de novela y narración por Caballero Calderón, así como las de “Ensayo y crítica literaria”, “Premio Cervantes y la revista única”, y “Asuntos varios”, encabezadas por León Pagano, Ossorio de Oliveira y Manuel Arce, respectivamente.

Además de las comunicaciones, se plantearon cuatro grandes proyectos que pretendían unificar esfuerzos, puntos de vista y lazos culturales: la creación de un programa único de literatura hispánica para todos los países hispanohablantes; de una revista de poesía y crítica; un premio para galardonar el mejor libro publicado en lengua castellana; y una agencia de colaboración mutua.

Veamos cómo las reseña la prensa de la época:

El Correo Literario vuelve a volcarse en las jornadas, ya desde antes de su inauguración, en marzo de 1954, en el artículo “Las Segundas Jornadas de Literatura Hispánica se celebrarán en Santiago de Compostela, del 16 al 22 de julio de 1954”:

Cuando alguien, en atención al decisivo papel que los valores de nuestra cultura representan y sobre todo, están llamados a representar, en el futuro del mundo, tuvo el acierto de señalar la necesidad de mantener una constante vinculación, un contacto vivo e ininterrumpido, entre la totalidad de las literaturas hispánicas de ambos lados del Atlántico y del Pacífico, la aprobación y el aplauso fue general (5).

¹²⁶ José García Nieto. “Vida cultural”, *ABC*, 17 de julio 1954, p. 31

La Vanguardia Española del 18 de julio de 1954 cita algunos de los discursos de apertura que resumen a la perfección el talante y la ideología oficiales de las Jornadas.

El alcalde accidental –Cristino Álvarez–

manifestó que era significativo el hecho de que en España se celebrase congresos bajo el signo de la unidad fraternal en pro de los más altos valores espirituales, en contraste con otros congresos llenos de suspicacias, reservas y mala intención que se celebran por el mundo (12).

De manera parecida se expresó Atilio García Mellido, alabando el concepto de la Hispanidad y su vigencia: “los hispanoamericanos, somos conscientes de la gran responsabilidad que nos confiere nuestra participación en la cultura hispánica, que tiene como características más señaladas la universalidad y la libertad” (12).

En septiembre de 1954 otra vez de *El Correo Literario*, Juan Gich escribe un “Informe de las II Jornadas de Literatura Hispánica” y expone sus cinco comisiones:

1. Presidente: Gerardo Diego. Relator: Edmundo Meouchi. “Estudió las ponencias relativas a poesía y teatro.”
2. Presidente: Eduardo Caballero Calderón. Relator: José M^a Valverde. “Reunió los trabajos sobre novela y narración en la Literatura hispánica durante los últimos cincuenta años.”
3. Presidente: José León Pagano, argentino. Relator: Rafael Gutiérrez Girardot, colombiano. Tema propuesto: “La literatura que se produce en lengua castellana en los distintos países hispánicos es una y la misma’ y que, por tanto, para evitar posibles escisiones debe ser enseñada en su integridad por universidades y colegios, y expuesta también en su integridad en las Historias de Literatura, así como considerada una sola por antólogos y editores de textos clásicos, y cuidó de elaborar un proyecto de programa de Literatura hispánica.”
4. Presidente: José Osorio de Oliviera. Relator: Atilio García Mellid: “la necesidad de crear una agencia de colaboración hispanoamericana y la creación de los Premios Cervantes” (s/p).

La III Comisión, continúa Gich, se dedicó especialmente a estudiar el ‘anteproyecto de programa único de Literatura’, acordando en principio que este podría dividirse en dos partes: a) Literatura española en castellano desde el siglo X hasta principios del XIX y b) Literatura de una determinada nación hispánica con referencia a las otras naciones hispánicas y determinando no clasificar como literatura extranjera a la de cualquier otro país hispánico. Igualmente, se acordó la “Creación de los Premios ‘Cervantes’ de Literatura Hispánica, destinados a galardonar anualmente doce obras de narración, poesía, teatro, ensayo y crítica literaria, así como obras de radioteatro,

guiones cinematográficos y radio-televisión, inéditas o publicadas dentro de los dos últimos años (s/p).

Mundo Hispánico, en septiembre de 1954, resume algunas de las conferencias pronunciadas en las II Jornadas, como la de Victoriano García Martí “Sobre la unificación de la literatura en los países hispánicos”: “Los españoles y los hispanoamericanos somos gente para quienes es más interesante la vida interior que la parte estrictamente racional” (21), que dan mucha más importancia relaciones humanas y con Dios que a lo socializado y mecánico, también en la literatura (21). También se menciona la de Emilio Uzcategui, de significativo título: “Unidad de la lengua española y medios de preservarla” (23).

La crónica de las Jornadas de *Mundo Hispánico* (II Jornadas de Lengua Hispánica. Crónica de las Jornadas”) menciona las conferencias de Rafael Gutiérrez Girardot “Sobre la posibilidad de una historia literaria hispánica”, la de Edmundo Meouchi “La novela de la Revolución mexicana”, y la de Eduardo Caballero Calderón “La difusión del libro español e hispanoamericano”, e insiste en las que considera las más importantes conclusiones del evento, a saber, la creación del Premio Cervantes y de una revista libre de poesía y crítica de los pueblos hispánicos (62).

2.2.2.4. El Premio Cervantes

¿Qué ocurrió, sin embargo, con el premio Cervantes? El proyecto ideado en las Jornadas aparecerá comentado en la prensa. Fijémonos en tres muestras: en *El Correo Literario*, con fecha 1 de noviembre de 1953, Braulio Díaz Sal lo define en el artículo “El Premio Cervantes para las letras hispánicas” como una lección frente al Nobel de Literatura, un premio financiado por todos los países hermanos de la Península e

Iberoamérica, incluyendo a Portugal y Filipinas, a pesar de la mayor extensión de la literatura española frente a la portuguesa.

También en *Estudios Americanos* del mismo año, en “comentarios”, el autor, que firma con las siglas G.S.P.D. afirma que

ante esta ‘razonable’ parcialidad [del Nobel, con solo tres hispanos y lusitanos], los escritores e intelectuales hispánicos han reaccionado pidiendo la creación del premio Cervantes. (...) Ningún nombre mejor que el del creador del Quijote para amparar esta venturosa empresa de librar de un interminable ostracismo a Juan Ramón Jiménez o Rómulo Gallegos, a Pío Baroja, o Enrique Larreta, a Menéndez Pidal o Alfonso Reyes (341).

Igualmente en *La Vanguardia Española* del 21 de julio de 1954, se refiere al anteproyecto de los Premios Cervantes como una de las propuestas más interesantes aprobadas en dichas II Jornadas, que debían premiar anualmente “doce obras inéditas o publicadas dentro de los dos últimos años pertenecientes a autores que las haya escrito originariamente en lengua castellana” (3), tanto de género narrativo, como poético, teatro, ensayo y crítica literaria. Muy significativa es la elección de la fecha del fallo, el 12 de octubre. Finalmente, *La Vanguardia Española* subraya

la extraordinaria importancia del acuerdo tomado, que tiende a la creación de unos premios cuyo valor total al año equivale a más de dos millones y medio de pesetas y están encaminados a dar a conocer mundialmente los grandes valores de la literatura hispánica (3).

Este proyecto de premio que realmente englobase la literatura de todo el orbite de habla española no se convertirá en realidad hasta 1976. A pesar de ello, desde 1949 existía ya un premio “nacional” de literatura que llevaba precisamente el nombre Miguel de Cervantes, y que galardonaba la mejor novela escrita en castellano, completando el premio Francisco Franco de poesía y el José Antonio Primo de Rivera de ensayo, y que, como veremos, ponían como condición *sine qua non* la temática española y acorde con el Movimiento.

Veamos lo que publica la prensa de la época sobre el mismo:

En octubre de 1949 y en *Índice*, en el apartado “Visto y no visto”, se proclama que

se ha instituido el Premio Nacional de literatura ‘Miguel de Cervantes’ que será tramitado por la Dirección General de Propaganda. El presente año será otorgado a la mejor novela editada en castellano en España o países de lengua española, desde primero de noviembre de 1948 al 31 de octubre de 1949. La cuantía del premio será de 25.000 pesetas (4).

La Vanguardia Española del 1 de marzo 1950, publica la convocatoria de los Premios Nacionales de Literatura.

El Premio ‘Francisco Franco’ creado en 25 de mayo de 1940, se convoca el presente año, para premiar el mejor libro de poesía lírica.

El Premio ‘José Antonio Primo de Rivera’ creado en la misma fecha, premiará este año el mejor libro de ensayo o ensayos, que se sujete a un tema que, por su carácter, exalte los rasgos ejemplares del genio español en cualquiera de sus varias y complejas manifestaciones.

El Premio ‘Miguel de Cervantes’ fue creado por orden de este Ministerio de Educación Nacional de 25 de enero de 1949, para otorgar todos los años la mejor novela, y este a la que exalte un tema ejemplarmente español. (...)

Los libros habrán sido editados en castellano, en España o en cualquier país de lengua española, en el plazo de tiempo comprendido entre el día primero de enero al 30 de septiembre del corriente año. (...) La cuantía de cada uno de los premios es de 25.00 pesetas (1).

El premiado en la primera edición fue Enrique Larreta, tal y como se anuncia en la portada de *La Vanguardia Española* del 30 de diciembre de 1949, en el artículo “Enrique Larreta, premio Miguel de Cervantes”:

Reunido el Jurado que había de discernir el Premio ‘Miguel de Cervantes’ para novelas, bajo la presidencia del director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, ha acordado conceder dicho Premio al ilustre escritor argentino don Enrique Larreta, por su novela ‘Orillas del Ebro’.

Con este galardón no solo se premia la última novela de Larreta, sino todo lo que significa en la actual literatura hispánica (1).

También alude a él el artículo “España, paraíso de los premios literarios” de Rafael Salazar Soto de *Mundo Hispánico* de 1950, en el que se alaba el Premio Nacional de literatura que “para novelas lleva el glorioso nombre de Miguel de Cervantes” (57) y que en su primera edición de 1949 fue otorgado a Larreta, el cual declinó la recompensa material. Se subraya igualmente, de modo propagandístico, la ingente cantidad –más de dos millones de pesetas- que se dedican en España a concursos nacionales y particulares.

Cuatro años más tarde, el 10 de noviembre 1954, *La Vanguardia Española* comenta la designación del Jurado de los Premios Nacionales de Literatura y resume las

ediciones anteriores, aunque presente algunos errores, como que el premio fue instituido en 1940, en vez de 1949, e insiste en el carácter “patriótico” de los mismos¹²⁷.

La respuesta y la actitud de Enrique Larreta ante la concesión del premio aparecen transcritas también en *La Vanguardia Española*. Concretamente el 27 de enero de 1950:

Desea que su importe sirva para fundar otro.

El director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, ha recibido al insigne escritor don Enrique Larreta, premio nacional de Novela ‘Miguel de Cervantes 1949’, el siguiente escrito: “Conmovido íntimamente por la noticia de la concesión del Premio Cervantes que habéis querido atorgarme, y cuya advocación literaria resume el genio de España –Patria de mi Patria– tengo la honra de enviaros la expresión de mi profundo agradecimiento, con el ruego de que su parte pecuniaria sea destinada íntegramente a fundar otro premio en una próxima ocasión. Amistoso saludos, Larreta”(4).

Con esta acción queda explicado ese complementario premio “Enrique Larreta” de una sola convocatoria (1950) que el mismo periódico comentaba en el artículo precedente. Concretamente, desde su creación en 1949 hasta el fin del lapso temporal de nuestro estudio, 1958, los premiados por el Miguel de Cervantes fueron, con sus respectivas novelas:

1949 Enrique Larreta por *A orillas del Ebro*
 1950 Concha Espina por *Un valle en el mar*
 1951 Ramón Ledesma Miranda por *La casa de la Fama*
 1952 José Antonio Giménez-Arnau por *De pantalón largo*
 1953 José María Gironella por *Los cipreses creen en Dios*
 1954 Tomás Salvador por *Cuerda de presos*
 1955 Miguel Delibes, por *Diario de un cazador*
 1956 Carmen Laforet por *La mujer nueva*
 1957 Alejandro Nuñez Alonso por *El lazo de púrpura*
 1958 José Luis Castillo-Puche por *Hicieron partes*

¹²⁷ El “Boletín Oficial del Estado, publicó una orden del Ministerio de Información y Turismo, por la cual se designa el siguiente jurado de los premios nacionales de literatura del corriente año Presidente, don Florentino Pérez Embid, director general de Información. Vocales, don Rafael Sánchez Mazas, don Martín Almagro Bosch, don Adolfo Muñoz. Alonso, don Patricio Peñalver Simol y don José Hierro Real. Secretario, don Guillermo Alonso del Real, secretario general de la Dirección General de Información. (...)

El premio ‘Miguel de Cervantes’ fue creado en 1940, para novela, y desde entonces ha sido obtenido por Enrique Larreta, Concha Espina, Ramón Ledesma Miranda, José Antonio Giménez Arnau y José María Gironella. En 1950 fue creado también con carácter complementario y por una sola vez, el premio ‘Enrique Larreta’, que obtuvo don Manuel Pombo Ángulo. En el año actual, el plazo de presentación de originales está abierto hasta el día 30 de este mes de noviembre. Los tres premios nacionales de literatura se destinan, respectivamente, a un libro de ensayo o ensayos, de poesía y de novela, inspirados en la concepción cristiana del hombre en el sistema de ideas del Movimiento Nacional” (6).

El hecho de que el único hispanoamericano galardonado sea Larreta muestra que en realidad, el interés –y conocimiento- por las literaturas transatlánticas era muy escaso. Asimismo, si tenemos en cuenta que en España se consideraba al escritor argentino como español de adopción, la gran afición de Larreta por el país peninsular, que expresa públicamente –llama a España “Patria de su Patria”- y se materializa en frecuentes visitas, así como el talante pro-español de sus obras, que alaban tanto el paisaje como el pasado castizo y católico, no nos extraña que alguien con dichas características y opiniones sea voluntariamente ensalzado por el campo de poder español.

Sin embargo, este premio estaba lejos del espíritu y la voluntad ecuménica de las letras hispánicas del galardón ideado en las Jornadas.

2.2.2.5. Otros galardones

Sobra decir que la convocatoria de galardones que premiasen a eruditos y obras literarias, artísticas o científicas, fue una compañera constante del hispanoamericanismo en todas sus corrientes, aunque en especial en la más conservadora, considerada dichos eventos como una atractiva Y VISIBLE forma de fomentar los lazos entre ambas orillas. Muchos de ellos fueron solo ideas que no se llevaron a cabo, otros no tuvieron continuidad y/o regularidad. Sin embargo, todos se escudan bajo el mismo discurso justificativo.

Así, por ejemplo el “Premio Cervantino al Libro Mexicano”, aparece mencionado en septiembre de 1928 en la revista *España y América*. Convocado por el Departamento de Bibliotecas de la Esteraría de Educación Pública y por la Editorial ‘Cervantes’, premiaba “la mejor obra de autor mexicano que se presente” (107).

También en 1928, *ABC* (14-10-1928) se hace eco del “Premio Hispanoamericano de la Real Academia Española” otorgado a la *Historia crítica del modernismo en la literatura castellana* del venezolano Silva Uzcátegui. Igualmente, se anuncia la convocatoria de un nuevo concurso del citado premio, esta vez destinado a premiar las novelas de escritores hispanoamericanos (39). No obstante, significativamente, el 13 de octubre del año siguiente, *ABC* (13-10-1929) comunica que

en cumplimiento de lo que dispone la Institución del premio Hispanoamericano la Real Academia Española hace público que el correspondiente a la convocatoria hecha el 12 de octubre del año anterior ha sido declarado desierto, por no considerar con méritos suficientes las obras presentadas (23).

Y anuncia para el año siguiente, una nueva convocatoria de Historia. En lo que se refiere a la supuesta ausencia de obras meritorias del premio, solo mencionar que un mes antes, en septiembre de 1929, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos había sido elegido mejor libro del mes por la Asociación del mismo nombre, cuyo comité estaba compuesto, por personalidades como Eduardo Gómez Baquero, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró, José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Pedro Sainz Rodríguez y Ricardo Baeza.

Finalmente, citemos otro galardón importante: los “Premios de Cultura Hispánica”. Bajo este nombre, sobra decir qué organización –y qué talante- los amparan. Según el *ABC* del 3 de noviembre de 1949:

El Instituto de Cultura Hispánica ha convocado tres concursos para premiar libros, artículos periodísticos y guiones cinematográficos referentes a la cultura hispánica y que sean publicados o producidos en los países hispanoamericanos y Filipinas, tanto sobre materias políticas, culturales y económicas como literarias (20).

A destacar que en estos premios, las obras tenían que haber sido publicadas o producidas en sus respectivos países y no en la Península. En 1951, tanto *Mundo Hispánico* (“Convocatoria Premios Cultura Hispánica”) como *El Correo Literario* (“Premios 'Cultura Hispánica' de Novela, Pensamiento y Sociología hispanoamericano contemporáneo”), se hacen eco de los mismos y de la inclusión de la “novela” en ellos.

Así, *El Correo* habla de los premios Cultura Hispánica de Novela, Pensamiento y Sociología hispanoamericanos, y concretiza que la novela premiada debe de ser de ambiente español o hispanoamericano (1). No obstante, los premios no brillaron por su regularidad y fueron variando la temática y naturaleza de las convocatorias, e incluso, en muchas ocasiones, se proclamó la ausencia de participantes o de dignos ganadores. En todo caso, el fallo de 1952 deja claro que no se premió ninguna novela hispanoamericana: según el *ABC* (12-10-1952) se declararon desiertos tanto el premio al mejor estudio y antología de textos sobre literatura social hispanoamericana, como el de estudio monográfico sobre la influencia del derecho español en la legislación hispanoamericana y el de la colección de artículos sobre problemas culturales de Hispanoamérica, Filipinas y España, siendo solo concedidos dos accésits al de derecho y un premio para el mejor anteproyecto de cine educativo (43).

Un artículo sin título de octubre de 1950 de *Mundo Hispánico* también nos muestra la ausencia de novela y el mismo tipo de interés:

Entre las diversas actividades que en pro de la cultura desarrolla el Instituto de Cultura Hispánica, tienen excepcional importancia los diversos certámenes que anualmente convoca con el fin de estimular actividades intelectuales de autores españoles e hispanoamericanos (48),

entre los cuales destaca los “Premios Cultura Hispánica” convocados por primera vez en 1949, y otorgados a Julio Icaza Tiberino, por su obra *El perfil cultural de Hispanoamérica*, al trabajo de Ángel Álvarez de Miranda y a un guión de cine (48).

La motivación oficial de dichos galardones, la de estrechar y fomentar los lazos de unión fraternal y espiritual entre ambos continentes, será la misma durante todo nuestro período de estudio, como también nos muestra este último ejemplo, el del premio, de llamativo nombre, “Fraternidad Hispánica”. Otorgado a periodistas, según *ABC* del 11 de abril de 1957, fue creado por un lector de la edición aérea de *ABC* residente en México en 1955 para ensalzar “la tarea periodística de fraternidad hispánica

que, en forma de artículos, con firma o sin firma, se realice en diarios o revistas españoles” (39). El jurado del mismo se componía, por deseo explícito del donante, del director del Instituto de Cultura Hispánica, del de Relaciones Culturales y del de ABC, bajo la presidencia del Marqués de Luca de Tena¹²⁸.

2.2.2.6. La Universidad de Barcelona

Hagamos un pequeño inciso para mencionar otras actividades hispanoamericanistas y realizadas en el marco institucional de la Universidad, en este caso, en la Universidad de Barcelona. En el archivo histórico de la mentada, y en modo de pequeñas fichas sueltas, queda constancia de las conferencias sobre literatura cubana pronunciadas por la poetisa cubana Emilia Bernal en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras durante el curso 1932-1933, concretamente en la segunda quincena de enero de 1933. Trataron tanto el ensayo histórico-social cubano como su literatura en general, según expresa el título de una de ellas: *Resumen histórico de las letras cubanas desde los tiempos más remotos hasta la literatura que se define. Periodo de labor revolucionaria y de organización civil del año 1812 al año 1868*.

Asimismo, en otro papel escrito con máquina de escribir, se reseñan brevemente dichas conferencias y se alude principalmente al estado de desconocimiento de la realidad americana por parte de España:

Es lástima que España desconociera en su tiempo y que desconozca hoy mismo el espíritu de las que fueron sus colonias, emancipadas hoy en pueblos libres. Con trabajos de divulgación como

¹²⁸ La relación de periodistas galardonados:

1955 José de las Casas Pérez
 1956 Manuel Calvo Hernando
 1957 Armando Rubén Puente Olabarriga
 1958 Enrique Ruiz García
 1959 Manuel Lizcano

este que realiza Emilia Bernal y con acercamiento del público a percibirlos se podrá enmendar, en parte, el desconocimiento que nos separa de los pueblos de América (s/p).

Igualmente, hay testimonio de la existencia del curso de conferencias sobre ‘La Novela en América’, organizado por la Cátedra y el Seminario de Lengua y Literatura Españolas los días 23 y 24 de marzo de 1953 dirigido por José M^a Castro y Calvo, vicerrector de la Universidad. Tenemos noticia del mismo gracias al volumen publicado por la Secretaria de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de Universidad de Barcelona en 1954 y que recoge las conferencias pronunciadas por Agustín del Saz bajo el título de *La novela hispanoamericana (la novela de las selvas caucheras y la novela psicológica)*.

Sin embargo, consultado el archivo histórico de la Universidad de Barcelona no se encuentran más referencias ni información del mismo, por lo que debemos conformarnos con la breve reseña informativa que publica *Ínsula*, en mayo de 1953, en el apartado “Las noticias y los ecos” sobre el curso *La novela en América*. Las conferencias que aparecen mencionadas son las de Antonio Vilanova sobre “La estética de la novela”, las dos ponencias de José M. Castellet sobre la novela norteamericana y las de Agustín del Saz sobre la novela hispanoamericana propiamente dicha. También se añade que el evento fue clausurado por Camilo José Cela. De dicha nota se desprende que el curso no estuvo dedicado exclusivamente a la novela de la América de habla hispana, sino que se refería al continente en general y que de narrativa hispanoamericana solo hubo las dos comunicaciones ya mentadas de Agustín del Saz¹²⁹.

Igualmente, en *El Correo Literario*, en octubre de 1954, Enrique Badosa comenta los Cursos de verano para extranjeros realizados en la Universidad de

¹²⁹ Comentaremos el contenido de las ponencias de Agustín del Saz más adelante, en el capítulo “Obras críticas y antologías”, ya que cambian de estatuto al ser publicadas. Igualmente, este volumen aparece reseñado en la prensa, aunque sin aludir a su carácter originario de conferencias ni al curso de la Universidad de Barcelona en sí. También haremos mención de estas notas.

Barcelona en colaboración con el Instituto de Estudios Hispánicos de la Ciudad Condal, en los que “se ofrecía a nuestros visitantes extranjeros la mejor realidad de Hispanoamérica, de esa entidad cultural, histórica y afectiva que España y las Américas, componen” (s/p).

2.2.2.7. Las semanas culturales hispanoamericanas

Otra de las actividades cultural-literarias vinculadas a la difusión e intercambio con Hispanoamérica en España fueron las llamadas “Semanas culturales” de la década de los 50 dedicadas específicamente a cada una de las repúblicas. De ellas nos informa la prensa cultural.

En enero de 1952 de *Estudios Americanos*, G.M en su “Balance de un año” dentro de la sección “Crónica”, expresa el fin de las “semanas”:

el tipo medio español se encuentra, por desgracia, con una idea equivocada –si es que realmente la tiene- acerca de la vida, costumbres y cultura de América. Estas semanas mostrarían, en forma gráfica, por medio de una exposición en el salón del Club, los diferentes aspectos de cada nación (165).

Y continúa,

si es que queremos que la Hispanidad deje de ser un simple recurso oratorio, y solo cuando los hispanoamericanos queden firmemente persuadidos de que todo el Mundo Hispánico tiene el mismo concepto de la vida, se podrá llegar a una comprensión económica, política, etc., de un alcance infinitamente más hondo que en la actualidad (170).

En la misma publicación, pero del mes siguiente, dentro de las “Noticias”, se menta la Semana Colombiana:

Entre los días 9 y 13 del pasado mes de diciembre se ha celebrado una Semana Colombiana, organizada por la Embajada de Colombia en España y con la colaboración del Club de Prensa Madrileño, en cuyos salones se ha llevado a cabo un interesante ciclo de conferencias y conciertos con la intervención de destacadas personalidades de aquel país (227-228).

En junio de 1953 y en *Mundo Hispánico*, Carlos Lacalle desde su “Correo de Ultramar” explica que:

La presencia cultural de Hispanoamérica en España ha superado la etapa de las conferencias aisladas y de las exposiciones individuales para manifestarse en conjuntos orgánicos. Las ‘Semanas’ se han puesto de moda y se empalman unas con otras (50).

Se trata de una exhibición completa y síntesis de la actualidad hispanoamericana, por el momento, boliviana, chilena, argentina y colombiana (50).

La Vanguardia Española del 24 febrero de 1956, informa en el artículo de significativo nombre “Mañana comienza la semana venezolana”, que

La Asociación de Universitarios Venezolanos residentes en España con el patrocinio de la Embajada de Venezuela y el Instituto de Cultura Hispánica, organiza una semana de actividades culturales para dar a conocer distintos aspectos de la vida de su país. (...)

El sábado, día 25, a las siete y media de la tarde, en el Instituto de Cultura Hispánica don Ramón Díaz Sánchez pronunciará una conferencia sobre el tema ‘Teresa de la Parra y su obra literaria’, y un grupo de actores venezolanos ilustrará un capítulo de la novela ‘Ifigenia’ (7).

Igualmente se anuncia un recital de poesía y un concierto de piano.

Destino recoge en su número 1007 del 24 de noviembre 1956 la existencia de la semana de Puerto Rico, en el artículo de Layetano “La semana de Puerto Rico en la capital de España”, de la sección “Ventana española”. Dicho evento, no obstante, le brinda la oportunidad al autor de explayarse sobre la unidad hispanoamericana y el valor de la “Madre Patria”:

las relaciones existentes de cordialidad entrañable existentes, como un hecho natural que son, entre España y los países de Hispanoamérica. La madre Patria y las naciones que en España reconocen en lo racial, en lo espiritual, en lo cultural y en todos aquellos aspectos de la vida por los cuales son lo que no son y no otra cosa, viven un constante y cordial –por virtud de la relación de naturaleza – contacto.

España y los países de Hispanoamérica forman, en el concierto de las naciones del mundo, un bloque magnífico. Un bloque unitario no debido a pactos diplomáticos, sino debido a la consanguinidad, que nada mejor que la consanguineidad puede fomentar la constante afección (19).

Finalmente, en *ABC*, el 11 mayo de 1957, aparece la Semana peruana:

Hoy sábado empieza la semana peruana, organizada por la Asociación de Universitarios peruanos residentes en España con la colaboración de la Embajada del Perú y la colaboración del Instituto de Cultura Hispánica (50).

Entre los actos mencionados que se extienden hasta el día 19, se encuentran conciertos, conferencias, una exposición del libro peruano y la lectura de tres cuentos peruanos de Abraham Valdelomar, Ciro Alegría y Enrique López Albújar.

2.2.2.8. Los viajes

Otra de las actividades importantes en pro de la unidad entre ambos continentes fue la de promover la movilidad intelectual. En especial se prestó atención a los viajes transatlánticos de los españoles hacia América, y a sus impresiones al regreso, la mayoría de las cuales pretendían afianzar lazos, alababan semejanzas y, en muchas ocasiones, clamaban una supuesta “fraternidad”. Para Isidro Sepúlveda, a principios de siglo, estos viajes actuaron como “embajadas culturales”: pretendían abrir nuevos cauces de comunicación entre ambas orillas, y, lo más importante, modificar la visión que desde España se tenía de los países americanos y sus culturas (El sueño 339). En cambio, a partir de los años veinte, las incursiones se irán centrando en modificar la imagen negativa, encuadrada en la leyenda negra, que tenía la propia España en América, mostrando esa “España nueva” (343). Los viajes culturales se proseguirán a lo largo del segundo tercio del XX, con el paréntesis de la guerra civil, en el que las “salidas” del territorio español tomaban un cariz “definitivo”.

Raza Española transcribe en 1927 unas palabras del colombiano Antonio Gómez Restrepo, asiduo colaborador de la revista, bajo el título “La Raza Española”, que muestran a la perfección esta voluntad de cambio en la visión de España, precisamente por parte de un autor americano:

no es la España de hoy la de Fernando VII, empobrecida, atrasada, sin influencia en el mundo, envilecida por la más humillante y cruel tiranía. Es la España rica, próspera y adelantada, que representa ante el mundo la gentil y gallarda figura de Alfonso XIII, el monarca cristiano y caballero (15).

Volviendo a los viajes, Isidro Sepúlveda menciona los periplos de Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal, Rafael Blasco Ibañez, José María Salaverría, Blas Cabrera, Fernando de los Ríos, Gregorio Marañón, Luís de Zulueta, Américo Castro, José Casares Gil, Lorenzo Lurriaga, Ángel Valbuena Prat o el padre Zacarías García Villada.

El último año de estos periplos culturales fue 1931, cuando José María Salaverría ofreció conferencias en distintas repúblicas centroamericanas, Adolfo Salazar fue invitado por el Instituto Hispano-Cubano de Cultura y Pablo Gutiérrez moreno dio cursos en México (El sueño 344).

La prensa se hizo eco de los mismos, en especial *La Gaceta Literaria*, que los reseña a finales de los años veinte. En agosto de 1927, Francisco de Ayala escribe su artículo “Madrid-América. Tres raids literarios” centrándose en el viaje de Guillermo de Torre, Enrique Díez-Canedo y José Salaverría. Fijémonos en las palabras que dedica al primero: Guillermo de Torre

va a América no con el itinerario –siglo XIX– de los escritores españoles que partían a descubrir América, a ‘enterarse’ de América. Guillermo de Torre va conociendo de antemano la América literaria y siendo por ella, a su vez reconocido (...). No marcha tampoco en el plan de ‘Primer tercio de siglo XX’: profesoral, adoctrinador, propagandista, emisor de discos solemnes, a lo Marinetti o a lo d’Ors. Va ‘a fundirse’ con aquella prolongación ideal de una España nueva, más vital, más musculosa y cosmopolita que es Suramérica. A ‘fundirse’ sin ‘confundirse’ (93).

Los raids literarios continúan en *La Gaceta Literaria* del 15 de febrero de 1928 con los de Gregorio Marañón, Fernando de los Ríos y de nuevo Enrique Díez-Canedo. El 15 de agosto es el turno de José Ortega y Gasset, Lorenzo Luzuriaga, Américo Castro, Gerardo Diego, Ángel Valbuena Prat. El 15 de enero de 1929 se refiere a la vuelta de Américo Castro, que confirma que “aquel ambiente semeja español por el idioma, por la sensibilidad es diferente. Ahora he vuelto a confirmar mi idea (...) de que Hispano-América vale para nosotros, ante todo, como un estímulo vital” (321).

El 1 de noviembre de 1930, Rafael Marquina entrevista a Pedro Sainz Rodríguez a su vuelta del continente, mostrando su pensamiento: “me he formado por primera vez

un concepto del hispanoamericanismo. Difiera, claro está, de ese otro, puramente retórico y conmemorativo, con que solemos solemnizar la Fiesta de la Raza” (325) y lamenta el poco interés español por presentar, hasta la fecha, su

cultura actual y su tradición espiritual como algo vivo, genético y civilizador ante los ojos de las clases dirigentes de aquellos países. Hacerles ver que no somos un pueblo de museo y que la colaboración de los hispánicos de aquí y de allí puede contribuir todavía en la cultura futura del mundo (325).

A pesar de ello, afirma que “en general, nos conocen ellos a nosotros mejor, mucho mejor que nosotros a ellos” (325). Para contrarrestarlo, al menos en el aspecto literario, destaca la iniciativa de *La Gaceta* de publicar “unos Panoramas de las literaturas Hispanoamericanas, donde se las dé a conocer con perfecto y completo conocimiento de causa” (325).

Eduardo Bonilla asegura también, en sus “Impresiones de un viaje al Plata” (30) publicados en 1931 en *La Gaceta Literaria*, que en América se conoce mucho mejor España que España a América, y que “la intelectualidad americana siente, sobre todo, un gran entusiasmo y una enorme expectación ante el juvenil movimiento renovador que atraviesa España (30).

Asimismo, entronca con la voluntad hispanoamericanista de mejorar el conocimiento mutuo -y que ya hemos comentado en el apartado de “Relaciones exteriores y nacionalismo: el hispanoamericanismo”-, esbozando un programa práctico y eficaz:

prohibir que se continúe hablando, con lirismo vacuo, de la madre patria y de las hijas transatlánticas; suprimir radicalmente las vetustas sociedades hispanoamericanas y las secciones que con dicho nombre figuran en centros de cultura, como el Ateneo -tan necesitado igualmente de remozamientos (30).

Los viajes y su plasmación en la prensa, en tanto que crónicas, continuarán siendo una constante a lo largo de nuestro período de estudio, en su mayor parte como reportajes amenos y llenos de curiosidades de la realidad transatlántica -como por ejemplo los relatos de Josep Pla en *Destino* de sus viajes tanto en América del Norte

como del Centro y Sur de los años 50 y 60-, pero también fueron un excelente vehículo de propaganda y de reforzamiento de la Hispanidad.

En 1949, ya en pleno franquismo, *Mundo Hispánico*, transcribe las palabras de Enrique Casamayor a raíz de esos “Viajeros españoles en Hispanoamérica”: una nutrida lista de profesores, poetas, críticos, historiadores en misión cultural (47), tales Dámaso Alonso, José María Pemán, Ernesto Giménez Caballero, Alfonso García Gallo, Pedro Laín Entralgo o Enrique Díez-Canedo, cuya actuación

debe ser el comienzo de una estrecha colaboración a fin de que todos y cada uno de los pueblos hispánicos se sientan fundidos en una común realidad espiritual de cuyos frutos serán partícipes cuantos aspiran a la hermandad histórica de nuestros años (47).

Igualmente, fijémonos en las “Visiones de Hispanoamérica” de Ernesto La Orden Miracle, aparecidas en *Mundo Hispánico* en su número 109 de abril de 1957, en donde afirma que “nadie puede conocer enteramente a España si no conoce también a Hispanoamérica” (24) y aclara que es porque es en América en donde se manifiesta la grandeza de los frutos de la obra española:

Cuando un modesto español como el que escribe tiene la oportunidad de recorrer casi toda la América del Sur, os aseguro que se queda sobrecogido ante la grandeza de la obra que España realizó allá, sobre las tierras y las razas más dispares, en un dispendio de sangre y de energía que parecería loco si no se justificara soberanamente por el orgullo de la paternidad. La madre España...ha dejado en América a sus hijos, llenos de vida y de potencia y los ve crecer con alegría y con esperanza (24).

2.2.2.9. Otros congresos

Otro evento importante es el II Congreso de Academias de la Lengua Española de 1956, del cual encontramos reseñas tanto en *La Estafeta Literaria* (núm. 41, 29 de abril 1956), *Arbor* (julio 1956, núm, 126), como en *Mundo Hispánico* (junio 1956, núm. 99), o *Cuadernos Hispanoamericanos*, que le dedica el doble número 78-79 de junio-julio del 1956.

El primer Congreso se había dado en México en 1951 con la ausencia de España¹³⁰, por lo que las referencias en la prensa de la época son escasas. Sin embargo, este segundo ya cuenta con la presencia y tutelaje españoles, y por lo tanto, encontramos varios artículos dedicados a él. Se desarrolló en Madrid del 24 de abril al 2 de mayo de 1956, con delegados de las 20 academias correspondientes, -Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, Filipinas, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay, Venezuela y la academia Argentina de Letras-. Uno de sus principales fines, informa *Arbor*, fue

promover la vinculación personal de los muchos hombres de letras españoles, americanos y filipinos que, en las veinte Academias de la Lengua, deben velar por la defensa y el adelanto del idioma español, raíz de nuestra personalidad y de nuestra común cultura (263).

Ernesto Salcedo, desde *la Estafeta*, en su artículo “20 naciones sin Torre de Babel” de 1956, señalaba las ponencias más interesantes “de la mayor urgencia, de la

¹³⁰ Para mayor detalle sobre el I Congreso de Academias de Lengua Española, su origen, desarrollo y consecuencias, ver el capítulo de José del Valle “Linguistic emancipation and the academies of Spain in the twentieth century: the 1951 turning point” en *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 229-245. Según explica Del Valle, la idea del congreso fue del propio presidente mexicano Miguel Alemán (230), siendo él mismo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Una expedición especial formada por el director de la Academia Alejandro Quijano, y otros dos de sus miembros, Genaro Fernández Mac Gregor y el escritor José Rubén Romero, desembarcó a Madrid en octubre de 1950 para presentar la propuesta, la cual fue bien acogida. De hecho, “they gave special prominence to Latin America’s Spanish roots and recognized (...) a common descent and culture that unites all Spanish-speaking nations, enabling them to commit to joint undertakings” (231). Al mismo tiempo que hacían un llamado a salvaguardar la unidad de la lengua también la reconocían como un fenómeno vivo e íntimamente relacionado con el carácter nacional (231-232). Sin embargo, a pesar de acordarse la celebración del evento –con el patrocinio de México y el tutelaje español-, poco tiempo después España retiró su soporte y promesa de participación argumentando razones patrióticas: México había sido el primer país en reconocer el gobierno republicano español en el exilio y continuaba negándose a garantizar la legitimidad diplomática al régimen franquista (234). España se opuso a integrar el evento si México no rectificaba posiciones, lo cual no se dio. Así, el congreso empezó el 23 de abril de 1951 sin contar con la RAE. La ausencia española “lent itself to a more robust affirmation of Latin America’s proud ownership of Spanish” (236), y causó un intenso debate en el seno de los academicistas sobre la naturaleza de relaciones a mantener con la RAE: romper, mantener o bien intentar establecer un acuerdo institucional más igualitario. No obstante, como indica Del Valle, “in spite of facing optimal conditions for broaching a new, more egalitarian compromise, they voluntarily chose the neocolonial status quo” (243). En ello jugó un importante papel el miedo de los academicistas a la fragmentación, a una desintegración no del idioma en sí, sino de las academias de la lengua (243) y todo lo que ellas representaban. Por ello, no es de extrañar que España participase activamente en las siguientes convocatorias del Congreso. Sin embargo, para Del Valle, el I Congreso “brought together for the first time all academies of the Spanish language and prepared the ground for the creation of the Asociación de Academias de La Lengua Española (ASALE)” (230).

más perentoria necesidad y de la mayor utilidad para nuestro tiempo: 'Unidad y defensa del idioma español' y 'Colaboración interacadémica'" (1). Para reforzar dicha unidad reclamaba la colaboración entre la Real Academia Española y las Academias correspondientes de Hispanoamérica y subrayaba como los congresistas americanos habían querido rendir homenaje a España a través de la figura de Marcelino Menéndez Pelayo.

Mundo Hispánico indica que hubo nueve temas, entre ellos, la reforma de la ortografía de manera prudente y gradual, la legitimidad de la pronunciación llamada 'seseo', -general en los países hispanoamericanos y en algunas regiones de España-, la petición a la RAE que cuando cambie un vocablo, razone los motivos, y el llamamiento al abaratamiento del libro (19). La publicación insiste en el vínculo idiomático, citando tanto el brindis de Pedro Laín Entralgo en el acto de apertura: "La comunidad de lengua tiene enorme valor como vínculo de unidad entre los pueblos de nuestra estirpe" (19), como las palabras del peruano Víctor Andrés Belaunde,

La palabra refleja el espíritu y los valores sembrados por España en el suelo americano se afirmaron con raíces de eternidad. Las cartas políticas se plasmaron en geográficas diversas y en razas distintas, pero quedó la lengua no solo como medio de comunicación, sino como prenda y cifra del mismo espíritu (20).¹³¹

Cuadernos Hispanoamericanos justifica, en el artículo denominado "Nuestra lengua millonaria" de 1956, la ausencia española del primer congreso a causa de los ataques del delegado de México en la ONU (236) y describe el debate acaecido sobre el mantenimiento o no de la unidad de las academias¹³²:

independentistas y secesionistas claman el coloniaje lingüístico de España, exaltan los sentimientos nacionalistas y aluden al complejo de inferioridad (...) contra los que temen la desintegración del idioma y la conclusión del congreso que en lugar de la pretendida renuncia a la asociación con la RAE, las Academias Hispanoamericanas se convierten en 'colegisladoras del idioma común' (237).

¹³¹ Continuaremos hablando de la importancia de la lengua en el apartado 2.2.3.3.

¹³² Ver nota al pie 130.

El americanismo se convertía en voz de potencia y vigencia universales y el español era visto como el idioma universal de mañana (237), y se consideraba, siguiendo a Vasconcelos, que hombre español era todo aquél que pensara en castellano (236). La publicación incluye artículos de Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Laín Entralgo, Dámaso Alonso, Espinosa Polit y Jesús Rubio.

En octubre de 1935 se da en Sevilla el XXVI Congreso Internacional de Americanistas, cuyo programa no incluía a la literatura. Un balance del evento lo podemos encontrar en la *Revista de Estudios Hispánicos* (núm 10, octubre de 1935): Manuel Ballesteros Gabirois, en la sección “De Orbe Hispánico” considera que “de todos los actos que el afán *estrechador de lazos* haya podido organizar en pro del hispanoamericanismo, ninguno podrá ser tan fructífero como lo ha sido el XXVI Congreso Internacional de los Americanistas” (445), presidido por Gregorio Marañón y que hace patente el interés renovado de España por América, estudiándola y analizándola científicamente (445).

Otros ejemplos fueron los Congresos Hispanoamericanos de Historia, el primero de 1949 en Madrid y el segundo en ciudad Trujillo en 1957, el I Congreso Hispanoamericano de Educación de 1950 en Madrid, los tres Congresos de Cooperación Intelectual, de 1950, 1956 y 1958, celebrados en Madrid, Santander, y Madrid, Sevilla, Granada y Cáceres, respectivamente, o bien el I Congreso Iberoamericano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual de 1952. A este último se le dedicaron artículos en varias publicaciones, como el anuncio de la sección Noticiero literario de la *Revista de Literatura* (Núm. 2, abril-junio 1952): “en el próximo mes de julio se celebrará el primer Congreso iberoamericano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad intelectual, con la primera Exposición Trienal del Libro Iberoamericano en que figurará todo lo impreso de 1939 a 1952” (512).

2.2.2.10. Otros eventos

La Exposición Iberoamericana de Sevilla –a la cual volveremos al hablar de nomenclatura- y su significación en el afianzamiento de los lazos intercontinentales es destacada por varios medios.

Especial atención recibe por parte de la revista *España y América*. Ya en julio de 1928 y en el artículo connotativo “La Expo Ibero-Americana de Sevilla en los destinos de la América Hispana”, José Álvarez, director de la *Revista de las Exposiciones*, la considera el último de los tres máximos acontecimientos de Hispanoamérica tras el descubrimiento y la independencia. Así,

el descubrimiento abrió a América las puertas de la civilización occidental de la culta y vieja Europa; cristiana y vigorosa civilización que la obra colonizadora de España sembró en el Nuevo Mundo con tanto ahínco, con tanta fé y tanto cariño. (...) La independencia fue obra del proceso natural en que veinte pueblos, conscientes de haber llegado a la mayoría de edad (...) decidieron emanciparse de la madre común, España, que hoy muéstrase orgullosa de haber adquirido el honroso título de ‘creadora de pueblos libres’(...). La Expo Ibero Americana será la forma en que los países de habla española demostrarán al mundo sus virtudes y fuerzas materiales que afirmarán sus destinos (80).

En la misma línea de enfatizar el rol de España se continúa en diciembre de 1928 de la revista *España y América*: firmado con las siglas E.R., el artículo referente a la Exposición de Sevilla, asegura que en ella “se podrá estudiar la obra gigantesca realizada por España, después del descubrimiento de América, para la conquista y la civilización del Nuevo Mundo” (137).

En mayo de 1929, Ramón Oliveres explica en “La exposición de Sevilla. España y América, caminan firmemente hacia un entendimiento definitivo” el significado esencial de dicho evento:

solidaridad y entendimiento, España y las jóvenes democracias de América del Sur más unidas que nunca por la fuerza de la sangre y de la lengua, común a todas. Era necesario plasmar el ideal que hace de la madre venerable y fuerte y de las hijas pujantes un solo anhelo y una íntima comprensión espiritual (51).

Una Exposición tildada de éxito rotundo: “en la historia de las Exposiciones, desde que el mundo ha sido, no se ha organizado ninguna tan completa, ni tan soberbia en su belleza y en su evocadora importancia como la Ibero-Americana de Sevilla” (53).

La Exposición es alabada por la *Revista de las Españas* en el artículo de mayo de 1929 “La exposición de Sevilla y la Unión Iberoamericana”:

Con esta obra nacional culmina (...) también la encarnación práctica de un ideal que, pese a sus concreciones anteriores, había sido considerado por muchos como un supremo alarde lírico de la raza. Ante la Exposición de Sevilla se acrecienta la fe en los ideales hispano-americanos (135).

Igualmente, *El Sol*, el 18 de abril de 1929, recoge las palabras del Jefe del Gobierno español en ocasión de la inauguración de los pabellones de la Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela:

Estoy seguro de que el pueblo argentino, de que todas las Repúblicas americanas buscan el idioma de Cervantes, de Calderón, de Tirso y de otros tantos cinceladores de nuestra habla gloriosa como el lazo más firme e indestructible para la unión perenne de la patria grande y única, de la patria hispánica, que no podrá nunca desaparecer, como no desaparece la luz ni el genio inmortal de la raza (5).

Otro de los eventos contemporáneos fueron las Bienales hispanoamericanas de arte. La primera de 1951, reseñada por ejemplo en *Estudios Americanos* (núm. 13, abril 1952) por José Guerrero Lovillo, fue inaugurada el ‘Día de la Hispanidad’ de 1951, “bajo el Signo de la Hispanidad como una afirmación rotunda de los lazos que nos unen, bajo una misma inquietud artística, a los hombres de uno y otro lado del Atlántico” (321). De hecho, según David Marchilacy, el hecho de que fuera inaugurada el 12 de octubre era un signo de la intensificación de la política cultural Española hacia América, puesto que también era el V Centenario del Nacimiento de Isabel la Católica¹³³

¹³³ Sobre el Centenario del nacimiento de Isabel la Católica, un mes antes, *Mundo Hispánico* (Núm. 42, septiembre 1951) lanzaba su “Manifiesto a América en el centenario de Isabel” y propugnaba que como a Roma y a la Meca, “así los pueblos de América habrían de acudir a estas tierras castellanas de Ávila, donde naciera y se ungiera la que había de ser madre de todos nosotros, españoles y americanos: Isabel. (...) Misión de poetas, de vaticinadores, de videntes; ese volver a la inspiración materna para cobrar ímpetus con que defender ante la Historia el derecho a ser libres, el derecho a ser dignos los pueblos

(94). Al mismo tiempo, se trató de un certamen de arte contemporáneo, que al estar abierto a corrientes no academicistas representó una de las primeras muestras de aperturismo del régimen (94).

Enrique Lafuente Ferrari en *Mundo Hispánico* y en enero de 1952, también apunta que “para servir a su apellido y a sus intenciones, la Exposición Hispanoamericana de Arte abrió sus salas en la fecha simbólica y festiva del 12 de octubre. Discurrída y patrocinada por el Instituto de Cultura Hispánica, cuya programática misión ideal es servir de lazo de unión para las relaciones culturales de España con los países de América” (14).

Si bien la Segunda Bienal Hispanoamericana de Arte tuvo lugar en La Habana en 1954, la tercera y última se celebró en Barcelona en 1956. Se acordó una IV convocatoria, pero esta nunca se llevó a cabo.

Revista de Indias en enero de 1952 (“Crónica. I Congreso Ibero-Americano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual”), también comenta de la primera gran Exposición trienal del libro iberoamericano y se hace eco de algunos de los acuerdos tomados, como las de unificar las reglas de catalogación de archivos y bibliotecas (441).

Francisco Sintés y Obrador, en *Mundo Hispánico* de 1952, señala la reclamación de una técnica bibliográfica adecuada, de una coordinación y colaboración fecundas en técnica archivística y también observa la Trienal del Libro Iberoamericano como “una prueba irrefutable del alto nivel alcanzado por la producción libraria americana y filipina y que los pueblos de habla española y portuguesa se consideran ligados de una

americanos” (5) Y cita, defendiendo sus ideas, a Rodó, Vasconcelos, Rufino José Cuervo, Montalvo, Alcides Arguedas, Santos Chorno, Gabriela Mistral, Rómulo Gallegos, etc.

manera entrañable a las tareas de este Congreso” (15). En páginas posteriores, José Luis Castillo Puche subraya la importancia del libro,

acaso, de todos los instrumentos humanos puestos a nuestro alcance para imprimir carácter a la Historia y dar forma y corriente al espíritu de nuestra comunidad, no haya ninguno como el libro, en cuyas páginas se refleja no solo la historia asada sino la ruta de porvenir (20) .

Y que consigue colocar, “en el plano nacional el mensaje de la cultura como factor decisivo para lograr una cooperación intelectual” (20).

También relevante fue la Asamblea de Universidades Hispánicas de 1953, organizada con motivo del VII Centenario de la Universidad de Salamanca. Reproducimos algunos de los comentarios representativos de la prensa, como los de *Estudios Americanos* o los de *ABC*.

Mariano Aguilar Navarro aprovecha la asamblea para hablar en su artículo “Una comunidad hispánica” de *Estudios Americanos* (1953) no solo del rol protagonista de España en América, sino de la importancia de la presencia española en América como “un fenómeno decisivo en la configuración de nuestro ser histórico y en el trazado de nuestro futuro comunitario” (583):

Nuestro quehacer hispánico responde a una dimensión tan natural en nuestro ser de españoles, que bien pudiéramos decir que somos tales españoles y nos hemos constituido en esa comunidad que llamamos ‘España’ precisamente en función de nuestra actuación en América. Hemos nacido como Nación Moderna al compás de que nos adentrábamos en tierras de América, y solo podemos recobrarnos dando un nuevo sentido, de acuerdo con los tiempos, a nuestra presencia física y espiritual en América (...). Una dimensión comunitaria, en la que todos los españoles pueden sentirse enrolados, comprometidos en sus mismas intimidades, es precisamente la acción en América (584).

España está, pues, “Presente en Europa, viviendo en el seno de América, y aspirando a ensamblar a todos los pueblos en la única y gran comunidad” (585). Sobre la asamblea en sí destaca el acorde de petición unitaria de una “nacionalidad cultural hispánica” (583).

En términos parecidos se expone la reunión en *ABC*, el 6 de octubre de 1953, donde además se transcriben las palabras del rector de la universidad peruana de San

Marcos, el cual recordó “que una de las formas ejemplares con que se implantó la obra de España en América fue la fundación de las Universidades” (19) y del rector de Santo Domingo, que realizó el propósito principal de la asamblea: “la unidad espiritual del Mundo Hispánico” (19) y que “España será siempre, lo quiera o no lo quiera, la ilustre promotora de la cultura hispánica” (19).

La prensa contemporánea recoge igualmente el testimonio de otras actividades hispanoamericanistas de menor resonancia. Mencionaremos algunas de ellas de modo cronológico.

La Revista de las Españas, en la primavera de 1928, nos informa de la próxima celebración de la Exposición del libro uruguayo y Argentino (“Se va a celebrar una exposición del libro uruguayo y argentino”). Igualmente mencionada aparece en *La Gaceta Literaria* desde agosto de 1928 y hasta marzo de 1929, pero más que con referencias directas a dicho evento, aparece como trasfondo de las conversaciones que mantiene Guillermo de Torre con editores bonaerenses y españoles hablando sobre la situación editorial argentina y española y del vínculo entre ambos continentes.

La Revista de las Españas (“El libro hispanoamericano en la Biblioteca Nacional de Madrid”) comenta en 1929 la exposición del libro hispanoamericano en la Biblioteca Nacional de Madrid:

En breve se abrirá en la Biblioteca Nacional de Madrid una Exposición permanente de libros modernos hispanoamericanos. En vitrinas especiales, con la debida separación por nacionalidades, se expondrán durante un mes cuantos libros y folletos envíen para tal destino autores y editores de Hispanoamérica. Todos los meses se renovará esta Exposición para que mantenga viva la atención de los visitantes y lectores. Transcurrido el curso de ella -fines de mayo- los libros y folletos enviados pasarán a formar parte de la sección americana de la Biblioteca Nacional (483).

ABC anuncia, el 18 de mayo de 1934, “Las lecturas comentadas de la Asociación de Escritores y artistas”, que

han comenzado con una brillantísima, a cargo del ilustre novelista Rómulo Gallegos, autor glorioso de obras tan admiradas y leídas en el mundo hispano como *Doña Bárbara* y

Cantaclaro. La presencia del gran escritor Rómulo Gallegos en la tribuna de la Asociación de Escritores y artistas despertó el mayor interés, y fueron muchos los escritores, académicos y artistas que se reunieron en torno al laureado novelista (34).

Al día siguiente, el 19 de mayo de 1934, y con el pseudónimo de Hispanófilo, también en la tribuna de *ABC*, se habla de “El hogar americano”, cuyos fines principales son “proporcionar a los americanos que se establezcan en España, lo mismo que a los que la visiten, hogar común”. Así pues, incluye sala de lectura con publicaciones y biblioteca de autores españoles e hispanoamericanos, información cultural y turística sobre instituciones y lugares a visitar, divulgar en cursos de conferencias las culturas española e hispanoamericana, literatura entre ellas, lugar para exposiciones y apoyo a la investigación. Hispanófilo defiende la iniciativa

si quiere echar raíces profundas y adquirir el necesario relieve, debe huir de todo sectarismo, de alejarse de todo partidismo político, y hacer justicia, la debida justicia, a la magna obra de la gloriosa España monárquica en América, y reconocer que a la España del pasado, injuriada y calumniada en estos últimos tiempos, se le debe cuando somos y representamos en el Nuevo Mundo (15).

Pero en cambio, “si se trata de hacer la labor de este llamado ‘nuevo hispanoamericanismo’, denigrador del pasado monárquico y que solo tiene en su haber errores y torpezas, que no espere nuestra simpatía” (15). A destacar que se presenta a Rómulo Gallegos como presidente de la sección de Literatura. Sin embargo, aparte de esta alusión, apenas encontraremos referencias en la prensa de dicho Hogar.

Finalmente, en febrero de 1936 y en *España y América*, Elpidio de Mier¹³⁴ comenta, aunque de pasada, puesto que el fin de su artículo “Para mejor acierto” (18) es hacer una serie de recomendaciones para la constitución de la Casa del Estudiante Puertorriqueño en Madrid, la recién creación del Hogar Americano de la mano de “la culta venezolana señorita Valero” (18), y como tanto él como la Casa España-Filipinas

¹³⁴ Como al final del artículo se indica, Elpidio del Mier escribe desde Ponce, Puerto Rico, en diciembre de 1935, lo que aún hace más breve la existencia del Hogar.

han muerto a causa de “desacreditados políticos españoles e hispanoamericanos” (18). Es decir, el Hogar tuvo una vida breve y poco fructífera.

David Marchilacy habla de la institución del Museo de América en 1941, que pretendía ser una “una presentación de los pueblos autóctonos y de la ‘gesta heroica’ del descubrimiento y colonización americana que estuviera libre de las interpretaciones extranjeras presuntamente desfavorables” (94).

La Biblioteca Central Hispánica fue creada el 12 de octubre de 1948 por el Instituto de Cultura Hispánica para responder, como indica *Mundo Hispánico* en octubre 1950 la “necesidad sentida de un centro bibliográfico que reuniese toda la copiosa producción literaria y cultural de todas y cada una de las repúblicas hispanoamericanas y Filipinas” (46) creyendo que “únicamente así se pondrían al alcance de los investigadores todos los copiosos frutos de la labor conjunta de los pueblos que tienen su origen en la Madre-España” (46). De forma parecida y creada por la misma institución, la Cátedra Ramiro de Maeztu, al decir de *Mundo Hispánico*, en el artículo “Hispanoamérica enseña en España”, nació con una profunda e indiscutible necesidad espiritual: “de un diálogo de elevados vuelos, intercambio de ideas y problemas ideológicos y cultura que necesitaban estudio y comprensión común” (39).

En *El Correo Literario* y bajo el artículo “La biblioteca hispánica en 1953”, esta se describe como “la mejor Biblioteca especializada de España en obras contemporáneas sobre y de América” (5), con una sala de lectura, una hemeroteca, una sección de canje, exposiciones, etc. Igualmente se mencionan otros eventos hispanoamericanistas, como las ya mentadas “semanas hispanoamericanas” de Chile, Argentina, Colombia, Panamá, Puerto Rico y Ecuador, y de la Exposición de la Asamblea de Universidades Hispánicas” (5).

Entre las múltiples conferencias realizadas y mentadas en la prensa –muchas

veces es usada como plataforma de propaganda de dichas charlas- podemos citar el ciclo de conferencias de la Asociación Cultural Hispanoamericana de Madrid que aparecen en *Revista de Indias* (“Notas bibliográficas. S.M. Asociación Cultural Hispano-Americana. Voces de Hispanidad-Ciclo de conferencias, Madrid, 1940”) y que respondían a la intención de

señalar el contenido de la Hispanidad deseada como ‘la comunidad de destino en lo universal de pueblos hermanados por vínculos permanentes y dinámicos de estirpe, de idioma, de religión, de cultura y de historia que les impulsa, juntamente a una misma empresa mundial y los hace solidarios ante iguales contingencias en el tiempo’ hecho que nace de la singular manera española de realizar el catolicismo como norma de vida intelectual y colectiva (167).

Las mismas se publicarán posteriormente en un libro que pretende “salvar al mundo de su ruina espiritual” (168).

También las conferencias del Ateneo madrileño, por ejemplo en *ABC* del 29 mayo de 1949, en las “Convocatorias para hoy”, aparece la conferencia de Elena Catena, sobre “Notas marginales a las novelas de Rómulo Gallegos” (20). De semejante talante es la de Carlos Lacalle, secretario de la Oficina de Educación Iberoamericana, sobre “Dos aspectos de la novela hispanoamericana. Rómulo Gallegos y Güiraldes”, anunciada para las once de la noche en Colegio Hispanoamericano de Nuestra Señora de Guadalupe (38), el 23 de octubre de 1953, o la charla de Jaime Delgado en la Cátedra Ramiro de Maeztu sobre las novelas de Azuela el 15 de octubre de 1954 a las siete y media, ambas también en *ABC*.

Como hemos podido observar, los eventos y actividades en vistas a estrechar las relaciones hispanoamericanas son numerosos y variados, sin embargo, “las palabras sobre los hechos”, parafraseando a Epicteto, son muy repetitivas: se acepta y se pretende corregir el desconocimiento español de América, y se alaba el fuerte vínculo intercontinental, la mayoría de las veces ligado al elogio de la “magna y generosa” obra realizada por la Madre Patria en América. Es decir, el talante es básicamente

conservador y pro-nacionalista (español), incluso en tiempos de la República, cuando paradójicamente se dio una menor proliferación de actos y congresos, fuese por la propia dinámica interna de la República, centrada en la realidad y los problemas nacionales, o bien precisamente porque no buscó hacer del hispanoamericanismo proselitismo y propaganda fastuosos como el franquismo. Y es que si la unidad intercontinental hubiese existido y sido tan indisoluble como oficialmente se clamaba, no hubieran sido necesarios tantos eventos unionistas.

A modo de síntesis, observamos que, en términos generales, instituciones y eventos manifestaron un carácter conservador y continuista, y que aparte de fomentar, - o al menos pretenderlo-, lazos e intercambios transatlánticos, favorecieron una determinada imagen tanto de dichos vínculos como del pasado colonial, una imagen benévola y beneficiosa para la Madre Patria.

2.2.3. Los discursos

Siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española.

“Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica”.

2.2.3.1. La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica

Hemos tomado la fecha de 1927 como el inicio cronológico de nuestro estudio a causa de la denominada “polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica”, un

punto de inflexión simbólico y que muestra la controversia latente en las relaciones culturales e intelectuales entre América y España. Dentro de dicha polémica, y teniendo en cuenta el objetivo de nuestra tesis, nos centraremos en el lado español de la misma, y no en el americano, como habitualmente se ha venido estudiando. ¿Pero qué fue “la polémica del meridiano”?

El editorial del 15 de abril de *La Gaceta Literaria* titulado “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica”, expone:

Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. Madrid: punto convergente del hispanoamericanismo equilibrado, no limitador, no coactivo, generoso y europeo, frente a París: reducto del ‘latinismo’ estrecho, parcial, desdeñoso de todo lo que no gire en torno a su eje. Madrid o la comprensión leal (...) y la fraternidad desinteresada (...).

De ahí la necesidad urgente de proponer y exaltar a Madrid como el meridiano intelectual de Hispanoamérica (...) es absolutamente puro y generoso y no implica hegemonía política e intelectual de ninguna clase lo evidencia el hecho de que nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española (...) por el deseo de borrar fronteras (...), de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua; por el deseo de anular diferencias valoradoras, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquende y allende el Atlántico (43).

El autor del editorial fue Guillermo de Torre, aunque no lo firmó, si bien nunca ocultó su autoría¹³⁵. La tesis principal del mismo es reivindicar Madrid, -en tanto que capital española y haciendo llamado a una generosa, desinteresada y natural unión fraternal-, como el punto de referencia obligado para los hombres de letras americanos, en detrimento de la “perniciosa influencia francesa”. Este es el comienzo de la denominada polémica del “meridiano intelectual”, una contienda protagonizada por la

¹³⁵ Incluso posteriormente reafirmará su opinión. En el número 11 de julio de 1927, Guillermo de Torre escribe en la sección “Revista literaria americana” de la *Revista de las Españas*: “El caso de estos escritores suramericanos anclados en París, es un testimonio más que evidencia los errores del latinoamericanismo, los riesgos de la amable captación francesa. Y, al mismo tiempo, la necesidad por nuestra parte, de reaccionar contra ella, inaugurando las vías para un nuevo ecuménico hispanismo, al señalar a España, a Madrid, como el futuro -próximo- meridiano intelectual de Hispano-América (...)” (453). Más adelante, en “Claridades sobre hispanoamericanismo en el 12 de octubre”, artículo del periódico madrileño *Luz*, y con fecha 12 de octubre de 1933, expresa su opinión de que los países hispanoamericanos son los “Estados desunidos de América. Intelectualmente, vive cada República aislada, enclaustrada, satisfecha de su altanería individualista (...) y la desarticulación persistirá hasta que se ilumine en ellas la consciencia y la necesidad de una unidad superior, de un lazo fusional y un espíritu regulador que solo podría darles lejano y próximo, extraño e íntimo al mismo tiempo (...) ¿Podría ser este otro que España?” (3).

intelectualidad española e hispanoamericana y que se desarrollará básicamente a lo largo del segundo semestre de 1927.

La reacción americana a dicho artículo no se hará esperar. La naturaleza de las respuestas y las opiniones variarán según el país de origen de las mismas y de las publicaciones. Veamos ahora de manera escueta el devenir cronológico de la polémica¹³⁶.

La actitud más beligerante será la protagonizada por Argentina, en especial por la revista *Martín Fierro*, que reivindicará el carácter nacional de su literatura. Así pues, el 10 de julio de 1927, publica un ataque furibundo a la producción literaria española y al ambiente literario madrileño. Desestima la identidad lingüística entre España y sus excolonias, llegando a defender la existencia de un idioma propio, y propone nuevos meridianos no hispánicos, como París o Roma. Además, España es considerada ajena a Hispanoamérica y sin conocimiento sobre la múltiple y compleja identidad americana. Igualmente, más tarde, en el que será su último número, el de agosto-noviembre de 1927, se declara la imposibilidad de que cualquier ciudad sea meridiano de nadie y se rechaza el término hispanoamericano, en pro de latinoamericano (Alemany 54).

Pero la polémica no quedó ahí y las réplicas continuaron, como reconstruye Carmen Alemany Bay en su estudio sobre la polémica, de un lado y otro del Atlántico, siendo las argentinas –y las uruguayas, aparecidas en *La Pluma* y *Cruz del Sur* de Montevideo, las más virulentas y ofendidas¹³⁷. También Cuba, -desde el *Diario de la*

¹³⁶ Para un resumen completo de la polémica así como de los principales textos sobre la misma, ver Carmen Alemany Bay, *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica* (1927).

¹³⁷ *La Pluma* reivindica la identidad cultural propia del Río de la Plata y critica la preponderancia y prepotencia españolas (Alemany Bay 75-77). A su tiempo, *La Cruz del Sur*, de Montevideo, en el número de julio-agosto, se niega a reconocer tipo alguno de meridiano (77).

Marina, la *Revista de Avance y Orto-*, Perú *-Variedades-*, y México *-Ulises-* se sumaran a la polémica, aunque esta última en un tono muy conciliador¹³⁸.

Desde España se contribuye asimismo al debate. *El Sol* publica, entre finales de agosto y finales de 1927, una serie considerable de artículos que resumen una gran variedad de posiciones y puntos de vista y que reflejan la complejidad de la problemática, que deja de ser solo literaria, para ser igualmente histórica, política, etc.

El número del 25 de agosto reproduce algunas de las respuestas a la encuesta realizada por *Martín Fierro* en el artículo “El Meridiano de Martín Fierro”, subtítulo precisamente “Discordias familiares”:

Nada más triste para España —al pronto— que el tono y contenido de todas las contestaciones. Ni que más haga pensar en la eterna ingratitud histórica de los pueblos recién nacidos para sus progenitores (1).

Contestaciones que vienen a negar toda influencia española “España no tiene ningún interés intelectual para nosotros. ¡Autóctonos, puede ser; italianos, también; franceses, siempre; pero españoles, nunca!”(1), puesto que además “Madrid no nos entiende” (1). Claman la independencia lingüística: “Hablamos su lengua por casualidad, pero la hablamos tan mal que impertinente nos estamos haciendo un idioma argentino” (1); cargan contra la conquista española y proclaman Buenos Aires como “meridiano” americano: “Lo que ustedes llamaron conquista, fue saqueo, destrucción, rapiña. El meridiano intelectual de América no es Madrid, es Buenos Aires” (1). Dichas afirmaciones son atribuidas por *El Sol* a los argentinos “Girondo, Olivari, Borges, Arlt, González Tuñón, etc.” (1).

La misma *Gaceta Literaria* del 1 de septiembre publica una contrarréplica a la revista *Martín Fierro*, titulada “Un debate apasionado. Campeonato para un meridiano

¹³⁸ “Pensamos nosotros: para no admitir que un extraño imponga la ley en nuestra casa no es preciso negarlo, ni llenarlo de improperios, basta indicarle con nuestra actitud severa, seria, cuál es su lugar con relación al nuestro” (Alemany Bay 115).

intelectual”, en la cual expresa las opiniones y puntos de vista de varios intelectuales españoles con vistas a contrarrestar los ataques martinferrietas. Si por un lado Ramón Gómez de la Serna tilda de pasajera inconsciencia a los martinferrietas (3), Gecé acusa a los martinferrietas de retrógrados, engolados, inquisitoriales: “Madrid no pretende tutelar a ustedes ni a nadie. Pretende solamente entenderse con los que cree sus iguales. Una vez convencido de que no hay tal igualdad, desiste en seguida, esperando otros tiempos más afortunados” (3). Igualmente, Guillermo de Torre se defiende de las acusaciones de hegemonía e imperialismo y propone el término ‘vértice’ en vez de meridiano, si este es susceptible de herir sensibilidades: “Nosotros amamos demasiado nuestra propia independencia intelectual para no respetar igualmente la independencia ajena: la legítima y alboreante y admirable autonomía intelectual americana” (3). En cambio, Francisco Ayala afirma sin hesitaciones que

la literatura americana vive supeditada a la nuestra. Se rige por el meridiano de Madrid (...). Espero –no obstante- que algún día lograrán sincronizarse –quien sabe- independizarse con respeto a nosotros. Voluntad no es –precisamente- lo que les falta (6).

Dos semanas más tarde también en *La Gaceta*, el 15 de septiembre, en el irónico editorial titulado “La verbena del meridiano”, se continúa en la misma línea, arguyendo que la respuesta agresiva de *Martín Fierro* ya implica un reconocimiento de la importancia y centralidad de Madrid: “no podrán negar a Madrid cierto conato de dar la hora. Madrid ha dicho: ¡De verbena con el meridiano! Y todos se han ido de verbena. Sobre todo, esos auténticos señoritos juguistas, que son los del ‘Martín Fierro’” (1).

Ricardo Baeza desde *El Sol* y el 3 de septiembre, afirma en el artículo “¿Con Don Martín Fierro o Don Quijote?” la inferioridad literaria de América:

Es indudable (...) que, entre toda la literatura pasada y presente del castellano, descuella la española muy por encima de los otros sectores suramericanos. Es más: puede asegurarse que, hasta ahora, la América española no nos ha dado más valor literario positivo que Rubén Darío (1),

Rechaza todas las acusaciones lanzadas por *Martín Fierro*, aunque admite que se trata la voz de unos pocos: “no hagamos esta vez responsable a la intelectualidad argentina, seria y ponderada, del desafuero de unos cuantos adolescentes (más o menos trasnochados) en mal de estridencia y finibusterre” (1).

De tono muy distinto es el artículo de Gonzalo de Reparaz “Meridianos y paralelos. Notas de la cartera de un geógrafo errante” del 9 de octubre del mismo periódico madrileño: su tesis principal es la de que si España –y Madrid como portavoz- quiere ser el meridiano intelectual de Hispanoamérica, primero tiene que merecerlo, cambiando actitudes, el sistema educativo, etc.:

La polémica suscitada me deja la amarga sospecha de que carecemos de aptitud para la función. No nos conocemos a nosotros mismos; pero tampoco estamos enterados de lo que es América, de lo que ha producido aquel inmenso huerto literario (4).

La escritora peruana Angélica Palma¹³⁹, – hija y hermana de Ricardo y Clemente Palma-, se pronuncia desde Lima en el artículo aparecido en *El Sol* (7 diciembre 1927) “Literaturas de América”: a pesar de defender la “inquietud generosa, afán de conocimiento y expansión de *La Gaceta Literaria*, lamenta la falta de curiosidad generalizada de España –y de sus intelectuales- para con América. Alaba la lengua heredada de los españoles como lengua “sin par”, con la cual se han escrito magníficas obras literarias en América, porque “solo en América podían nacer, porque responden a sus modalidades físicas y anímicas” (1), y oponiéndose a las declaraciones de Ricardo Baeza del 3 de septiembre, defiende que “apenas hay nación americana que no posea, por lo menos, un verdadero escritor representativo” (1).

El debate llegará incluso a Italia: A.R. Ferrarin señala en *La Fiera Litteraria* del 18 de septiembre de 1927 que los argentinos se sienten más italianos que españoles,

¹³⁹ Angélica Palma es una de las asiduas colaboradoras de *Raza Española*, la revista prohispanista y conservadora de Blanca de los Ríos, con lo que su pensamiento se alinea con el de la publicación.

negando la opinión de De Torre sobre la primacía de los vínculos idiomáticos por encima de los raciales (cit. en Alemany Bay 104-105).

En un tono más mesurado, *Nosotros* de Buenos Aires, en noviembre-diciembre del mismo año acepta la idea que Madrid como uno de “los tantos” meridianos geográficos pero no económico, político, científico o literario. Igualmente defiende la nomenclatura “latinoamericano” por encima de “hispanoamericano” al permitir la conexión con otros países europeos, especialmente Italia (cit. en Alemany Bay 136-142).

Se considera la polémica cerrada como tal el 15 de mayo de 1928, con el artículo “No quiere pasar por Roma el meridiano” de *La Gaceta Literaria* que plasma el resultado de la encuesta de la revista *Nosotros* con motivo de la idea lanzada por A.R. Ferrarin en *La Fiera Letteraria* sobre la aportación cultural de Italia en América: las opiniones emitidas por Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Alfonsina Storni, Alfredo A Bianchi, entre otros, son unánimes: “De España nada, pero de Italia...ni hablar” (1).

Según Carmen Alemany Bay, el artículo de Guillermo de Torre y la polémica consecuente se encuadran en el marco de pensamiento y debate sobre las relaciones entre España e Hispanoamérica post-Independencia. Son reflexiones sobre la conveniencia o no de separarse definitivamente de la exmetrópolis y en qué aspectos y niveles (14). En lo que se refiere al ámbito cultural, ¿debían seguir los países de Hispanoamérica las líneas culturales de la ex metrópolis? (14) ¿Cómo enfocar la coincidencia lingüística? ¿Cuál era y debía ser el peso de la tradición literaria en el mismo idioma? La existencia de todas estas cuestiones, más o menos visibles y latentes, y la convergencia espacio-temporal, explica que un solo artículo consiguiera despertar una fuerte dialéctica entre la intelectualidad de ambos lados del Atlántico.

Alemaný Bay también incluye las opiniones de José Carlos González Boixo, para el cual la polémica pone en cuestión la hegemonía y el porvenir de la lengua castellana (18), y de Eleanor Londero, que considera que a pesar de que el debate girara alrededor del idioma, lo que estaba en juego era sobre todo la propia identidad cultural hispanoamericana (18). Alemany Bay también entrevistó una disputa sobre la paternidad de la vanguardia, en concreto, del movimiento ultraísta (27), del cual, precisamente, Guillermo de Torre se considera uno de los principales impulsores.

En todo caso, continúa la autora, la polémica desbordará el ámbito de lo estrictamente literario: desde el lado americano con las protestas contra el repetido afán español de querer seguir subordinando los intereses culturales de Hispanoamérica, y desde España defendiendo la centralidad peninsular, ocultando en muchos casos, el miedo real a la pérdida de poder y prestigio cultural en Hispanoamérica, en especial ante la vecina Francia (14).

El texto de De Torre resulta una buena introducción al estado de las relaciones culturales entre España y América en el primer tercio del XX, actitudes y visiones que se arrastrarán igualmente a lo largo del siglo. Al mismo tiempo, en ella, aparecen condensados la mayoría de debates y de reflexiones a las que aludiremos en nuestro trabajo. Por un lado, la voluntad de ver el conjunto hispánico como unidad, siempre definido en términos de parentesco, unidad que se justifica especialmente gracias a la lengua común, “puesto que los vínculos más fuertes y persistentes no son los raciales, son los idiomáticos” (43). Por el otro, la cruzada contra la denominación de América Latina y por la “correcta” denominación del conjunto hispanohablante americano:

No hay, a nuestro juicio, otros nombres lícitos y justificados para designar globalmente- de un modo exacto, que selle los tres factores fundamentales: el primitivo origen étnico, la identidad lingüística y el más genuino carácter espiritual- a las jóvenes repúblicas de habla española, que los de Iberoamérica, Hispanoamérica o América Española (43).

De modo subyacente también encontramos la reflexión sobre la identidad americana, pero realizada desde España, pues se la considera investida de la autoridad necesaria para hacerlo, de hecho, “siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española (43). E igual y estrechamente vinculado, el planteamiento sobre el papel y el rol de España para con sus ex colonias, al hacer Madrid meridiano de Hispanoamérica “atraemos hacia España intereses legítimos que nos corresponden” (43).

En cuanto a la literatura, se plantean las particulares relaciones literarias y editoriales entre ambos mundos con un especial hincapié en el desconocimiento y la falta de interés que la literatura hispanoamericana había recibido en la Península:

hasta hace poco tiempo la producción intelectual hispanoamericana, no solo era poco conocida entre nosotros- ya que ninguna publicación antes de La Gaceta Literaria, recogía sus novedades al día-, sino que hasta sufría cierto descrédito. ¿A qué atribuir esto? (...) a los torpes excesos del hispanoamericanismo infausto (...). Esto es, que sigue dándose el caso de no ser posibles encontrar en las librerías españolas, más que por azar, libros y revistas de América (43).

Para Leonor Fleming Figueroa, resulta claro: la polémica del meridiano subraya el paternalismo de la crítica española ante la literatura hispanoamericana así como “el contradictorio sentimiento de superioridad e inseguridad del tutor que no se resigna a la independencia de su pupilo” (157). ¿Es esta una opinión generalizada? ¿Se mantendrá a lo largo de tiempo?

2.2.3.1.1. La sombra del meridiano es alargada

A pesar del “cierre” de la polémica, esto no significa que no encontremos ecos, guiños y referencias a dicho debate posteriormente: al contrario, la idea de España como punto de encuentro, intermediaria en mayor o menor grado y de distinta naturaleza, es una constante en nuestro siglo.

La metáfora de España como meridiano, es decir, como puente o mediador entre América, España e incluso Europa, será retomada en varias ocasiones para hablar de la relación entre ambos continentes. A pesar de que nos dediquemos a la reflexión específica sobre el rol de España para con América más adelante, hagamos un inciso sobre otras imágenes meridianistas, porque en el fondo serán una continuación y coletilla de la mentada polémica, y porque, posteriormente, nos centraremos en las metáforas de “parentesco”, y en su papel en tanto que guía de la comunidad hispánica de naciones.

Pocos años más tarde, en 1931, en la misma *La Gaceta literaria*, se publica el artículo del escritor argentino Arturo Capdevila, titulado igual que su conocida obra, “Babel y el castellano”, y que denuncia la ignorancia que América tiene de sí misma, cuya única unidad es la del común idioma:

Desnuda verdad fechada en 1928: no cuenta la América española con otra unidad que la del común idioma. La unidad religiosa no tiene ninguna eficacia actual (ni existe) y en cuanto a la unidad del régimen político, muchos de sus pueblos han renegado del inmenso bien de la democracia (75).

Por todo ello, cree necesario tejer una estrecha red de comunicaciones permanentes por todo el continente. Asimismo, viendo el libro como un agente de compenetración inmejorable y viendo el escaso conocimiento de la propia literatura hispanoamericana, propone a Madrid, por su altura estratégica –o Barcelona- como sedes de “una vasta empresa editorial de obras de habla española” (75), que sería además un buen negocio. ¿He aquí el “meridiano intelectual” o más bien “editorial” que proponía De Torre? Considera esta acción como un modo de combatir la embestida yanqui y de mejorar el intercambio y las relaciones entre continentes, sin lo que la confederación de países hispanos seía solamente una “confederación de soledades” (75).

El Sol remite igualmente a Arturo Capdevila en su número del 27 de mayo de 1932, alabándole como “una de las más destacadas personalidades de la intelectualidad argentina” (2) y valorando su obra *Babel y el castellano*, que ha merecido el Gran Premio Nacional de Literatura en Argentina, como un libro españolista (1): “Tiene para España la obra de Arturo Capdevila el valor especial de ser, con la de Enrique Larreta, la que más se distingue por sus devociones españolistas” (2). *El Sol* recoge sus palabras de soporte a la República –cambio de régimen que considera fecundo para la obra de la Hispanidad (2),- y su idea de España como “central telefónica para que puedan comunicar entre sí los países de lengua castellana” (2). Es decir, como punto de encuentro y de confluencia, aparentemente neutro y hermanado. Sin embargo, ser central telefónica implica ya una cierta preponderancia y poder, ni que sea por la misma capacidad de “dar la voz”.

En plena contienda civil (1938), aparece el artículo de Samuel Concost en *Destino* que postula la importancia del libro, como sello espiritual de la nación” (6) y la necesidad de que España desarrolle una verdadera política del libro –del libro de España- en América, porque “el libro español forja o contribuye a forjar el alma de América” (6) y porque la acción de otras potencias puede terminar “siendo fatal para el imperio” (6). En lo que se refiere a los libros americanos, asegura que es sabido “que para la mayor parte de éstos no para todos va el meridiano intelectual pasa por España, por Madrid y más aún por Barcelona, donde residen las principales editoriales” (6). Es decir, que España es vista como el receptáculo, la meca editorial del libro hispanoamericano. Otra vez el ambiguo meridiano, teñido asimismo, de referencias al “imperio”.

Mundo Hispánico, ya en 1954, reproduce la entrevista realizada a Alfredo Sánchez Bella, director de la revista y del Instituto de Cultura Hispánica a la revista

bonaerense *El Hogar*, “¿Cuál es el futuro de la cultura hispánica?”. El mismo apunta que “la bien llamada cultura hispánica es tanto patrimonio de América como de España. A unos y a otros les toca incrementarla con un análogo propósito y entusiasmo” (10). Señala la acción de las instituciones culturales americanas y la de su “hermana mayor”, el Instituto de Cultura Hispánica, trabajando en común para “afianzar la cultura en la ancha geografía del Mundo Hispánico” (10).

Asimismo, afirma que

España sigue siendo un poco la plaza mayor de la Hispanidad, el lugar en que argentinos y mexicanos, colombianos y chilenos, gentes de toda nuestra estirpe, se entienden y dialogan con más facilidad (10).

La imagen de España como punto de encuentro, concretamente con la metáfora de plaza mayor, será retomada por Julián Marías en *Ínsula*. Así, el 15 de diciembre de 1954, el escritor español inaugura la sección precisamente titulada “Plaza mayor”. Considera que “lo que más hondamente unifica a Hispanoamérica es su referencia a España” (2), no solo por la lengua, los gestos mentales y las creencias, sino porque España es el modo de inserción de Hispanoamérica a Europa (2). Insiste en el carácter unificador y acogedor del término: “una plaza es un centro de convivencia (...) es el órgano de la presencia mutua” (2). Sin embargo, el autor ha afirmado como indudable e incluso necesaria “la superioridad intelectual de España sobre cualquier país hispanoamericano” aunque, aclare, ello no implique la superioridad de los españoles en tanto que individuos (2).

La sección de Marías no durará mucho. No obstante, publica un nuevo artículo el 15 de febrero 1955 subtítulo “La República de las letras” y en donde no se menciona a América, sino que se plantea la sustitución del término “república de las

letras” por el de “intelectuales”, en una reflexión que recuerda la noción de campo de Bourdieu¹⁴⁰.

Índice, en la última edición de 1955, recoge de nuevo la opinión de Guillermo de Torre sobre las relaciones entre España y América, esta vez desde *El Nacional* de Caracas (28 de julio de 1955):

Sería, indudablemente, un ‘ideal’ que España se convirtiera en la plaza de encuentro (Julián Mariñas) de las relaciones culturales hispanoamericanas. Sean cuales fueren los celos y desconfianzas que siempre –y ahora- inspira esta idea, los escritores hispanoamericanos no pueden menos de reconocer la utilidad real y efectiva que para ellos tendría la existencia de este punto de encuentro y de resonancia (31).

Seguidamente, destaca el papel que España ha desempeñado en tanto que difusora internacional de las letras hispanoamericanas, incluso de modo retroactivo hacia América y cita los ejemplos de Rubén Darío o *Doña Bárbara* de Gallegos (31). De nuevo Madrid como “meridiano” intelectual, útil especialmente para la misma cultura hispanoamericana, “sobre todo porque no existe ningún centro común de irradiación para la cultura hispanoamericana, y los diferentes países del continente viven demasiado incomunicados unos con otros” (31). Es decir, otra vez visto con una finalidad práctica, desinteresada y generosa.

Finalmente, citemos a *Mundo Hispánico*, que en enero de 1956, inaugura su nueva sección “Madrid y su meridiano”, justificada con estas palabras:

nunca tan intensamente como ahora ha sido Madrid uno de los principales meridianos del Mundo Hispánico. La actualidad científica, literaria y artística de la capital española aporta con gozosa frecuencia nombres hispanoamericanos. Con el propósito de dejar constancia de esta presencia de los pueblos hermanos en la vida madrileña nace esta sección (52).

¹⁴⁰ La república de las letras significa, pues, unidad de convivencia y, además, publicidad; pero no basta; requiere, además, una ‘constitución’ (...) reglas del juego. De dos clases, las que regulan su vida interior y las que determinan su relación con la sociedad y el Estado (2).

La sombra del meridiano es pues, alargada, y abarca todo nuestro período de estudio¹⁴¹.

2.2.3.2. Los nombres de América

Según la Real Academia Española, nominar significa “dar nombre a alguien o algo” (“Nominar,” def. 1). Nominar es una acción universal, presente en todas las culturas y sociedades humanas, pero no es una acción cualquiera. Claude Lévi-Strauss afirma que “le nom est universel (...), dans toutes les sociétés, il sert à signifier, à identifier et à classer” (240). Para Catherine De Firmas, los nombres desempeñan tres funciones principales: identifican, significan y organizan (3), ya que, apunta Anne-Marie Christin, sitúan y ligan al individuo, como una marca de pertenencia, a la sociedad y a todo su entramado simbólico-mítico (7). En todas las cosmogonías, en todas las creaciones de mundos reales y de mundos posibles hay un momento iniciático en que es importante separar la noche del día, definir, escoger, connotar, denominar. Y es que bautizar, en el sentido de dar nombre, es, según Mircea Eliade, un acto de creación en sí (20).

Teniendo en cuenta el peso de la religión católica en nuestro contexto, tiene sentido que nos fijemos en la cosmogonía cristiana. Catherine De Firmas cita la creación del mundo según la Biblia:

Dans la Genèse la dénomination apparaît comme l’acte qui organise le monde, qui le rend viable, qu’elle soit le fait de Dieu, d’abord, ou d’Adam ensuite. Le monde nommé (qui est le monde identifié, et les rapports entre nom et identification/identité trouvant peut-être là leur source), est

¹⁴¹ Ya hemos apuntado igualmente la reseña sobre la obra de Alberto Zum Felde *El problema de la cultura americana* (*Arbor* 22, julio-agosto 1947), en la cual se expone el pensar del peruano y su alusión al “meridiano de Madrid”).

un *cosmos*, par opposition à cet ‘innommable’ qu’est le *chaos*. L’acte de nommer se présente comme la consécration de l’œuvre de création par laquelle celle-ci prend sens (5).

En el mismo *Génesis*, una vez creado al hombre,

Dijo luego Yahvéh Dios : ‘No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.’ Y Yahvéh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviera el nombre que el hombre le diera (Gen. 2,18-20).

Dios crea todos los animales y plantas para que el hombre los “señoree” y como prueba de ello le otorga a Adam el poder de darles nombre¹⁴². Este fragmento ejemplifica otro rasgo fundamental del acto de “nombrar” y es que no es nunca un acto neutro: es tan importante el nombre recibido como el acto de nominar en sí, que está siempre revestido de una connotación de poder, de apropiación y construcción (Firmas 4): es imposición¹⁴³. De ahí que no solamente sea importante el qué, sino también el quién y el por qué.

En toda incursión colonizadora, continúa Firmas, la realidad recientemente aprehendida, se nombra, de ahí que sea haya sido habitual “le changement de dénomination des peuplades (africaines, amérindiennes...) selon qu’elles passaient sous domination de telle ou telle puissance colonisatrice” (8). Así, la imposición del nombre es el acto fundador de una apropiación (8), es el ejercicio de un poder.

En este apartado atenderemos a la denominación del continente –y de los territorios de habla española- y de su expresión en la prensa, pues este fue un tema e inquietud recurrente en la época. Asimismo analizaremos los nombres de las mismas publicaciones culturales que se ocuparon de temas hispanoamericanistas, todo ello

¹⁴² A pesar de que en el presente trabajo no nos hemos planteado un análisis según la perspectiva de género, cabe notar, como señala Susana Zanetti parafraseando a Adrienne Rich, que el acto de nombrar ha sido siempre una prerrogativa masculina (63). Ello se ve en el mismo fragmento del Génesis citado: Jahvé otorga el poder de nombrar a Adam, el primer hombre, y no a Eva.

¹⁴³ “L’acte de nommer ou de dénommer est, en Occident tout au moins, l’apanage le privilège, d’un pouvoir” (Firmas 4).

dentro de la reflexión sobre la importancia de la denominación y su influencia connotativa e ideológica- a pesar de no ser siempre consciente-, en la aprehensión e interpretación de ideas y realidades.

Una de las cuestiones candentes que encontramos al analizar las relaciones culturales de España con Hispanoamérica es el de la denominación del subcontinente, es decir, de la zona de anterior dominación española. ¿Cómo llamarla? Aparecen varias opciones: Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica, América Española, América Hispana, o incluso Sudamérica, América del Sur¹⁴⁴, etc., cada una de ellas conllevando una serie de implicaciones y significados, puesto que como ya hemos visto, nominar no es neutral¹⁴⁵. Al mismo tiempo, esta cuestión adquiere mayor relevancia, ya que, como indica Sepúlveda, la denominación de América, por extensión, nominará y condicionará el movimiento de acercamiento entre España y las repúblicas de Ultramar” (El sueño 349).

Pero empecemos por el principio, por el mismo nombre de América.

2.2.3.2.1. El nombre de América

Las intenciones de Colón al iniciar su viaje marítimo eran las de unir Europa y Asia por la ruta de occidente: pretendía demostrar las teorías sobre la forma redonda de

¹⁴⁴ A pesar de que geográficamente los países hispanohablantes del continente americano se encuentran tanto en el Sur, como en el Centro y en el norte –México-, el imaginario colectivo tiende a identificar –y simplificar- Hispanoamérica con la parte sur, ya sea porque físicamente es dónde concentra la mayor parte de su territorio, sea para separarla de la anglosajona América del norte o por cuestiones más ocultas de diferenciación Norte-Sur.

¹⁴⁵ Dicha falta de unanimidad en la denominación del subcontinente se mantiene en la actualidad, aunque predomine el de América Latina. Según Verdevoye muestra de una “incertidumbre existencial significativa” (256). Igualmente Roggiano considera que “la identidad cultural de Iberoamérica no podrá ser asumida sin un enfoque del problema como un retorno a la unidad y con una concepción de la cultura como totalidad geográfica, política, lingüística, literaria, artística, ideológica. Todo intento en ese sentido realizado hasta la fecha ha tropezado con problemas que van desde el nombre de esta parte del Nuevo Mundo (Amerindia, Eurindia, Indoamérica, Iberoamérica, América Hispánica, Latinoamérica)” (15).

la tierra y por lo tanto, respondía a lo que Edmundo O’Gorman denomina “un objetivo asiático” (31). Es aún motivo de debate el momento exacto –previo, durante o posterior– en que Colón tomó conciencia de haber llegado a un cuarto continente. A este respecto, O’Gorman¹⁴⁶ expone que la principal dificultad en aceptar la existencia de un “nuevo mundo” radicaba en la necesidad de rechazar y cambiar la imagen geográfica unitaria y tradicional del mundo.¹⁴⁷

Se le atribuye a Vespucci haber sido el primer en defender la realidad continental –y por lo tanto independiente y diferenciada de Asia– de América. Así pues, continúa O’Gorman al explicar la polémica Colón-Vespucci, es en *Mundus Novus* en donde Vespucci indica que es lícito designar como ‘nuevo mundo’ a los países que él exploró porque nadie supo antes que existían y porque la opinión común consideraba que el hemisferio sur estaba solo ocupado por el océano (123). De todos modos, Vespucci admite que algunos habían ya concebido la posibilidad de existencia de estas tierras, aunque no como un lugar “habitable” (124).

En un origen coexistieron múltiples apelativos para referirse a las tierras del “nuevo continente”. Así, por ejemplo, en España se utilizaban los de “Indias Occidentales” o de “las Antípodas” y en Portugal los de “Vera Cruz” o “Tierra de Santa Cruz” (Fernández-Armesto 260).

En 1507 se publica en Saint-Dié el tratado *Cosmographiae Introductio*, cuyos autores supuestos son Martin Waldseemüller y Mathias Ringmann, acompañado de una copia de la *Lettera* –obra atribuida por los mismos a Vespuccio–, en traducción latina. Es

¹⁴⁶ El pensador mexicano Edmundo O’Gorman ya en 1958 reclama la necesidad de historizar no el descubrimiento en sí, sino la idea de que América fue descubierta, y a ello dedica su obra *La invención de América*, que, tal y como indica su subtítulo, se trata de una *Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*.

¹⁴⁷Ver el capítulo “El proceso de la invención de América” en O’Gorman. *La invención de América*, pp. 79-136,

en dicho tratado cosmográfico en dónde aparece por vez primera la denominación de América. Como indica Felipe Fernández-Armesto,

en su texto, Waldseemüller y Ringmann dejaban claras su razones para concebir el nombre de América. Rendían homenaje a Vesputio, proponiendo para el nuevo continente, por analogía con las formas femeninas de África, Asia y Europa, una versión también femenina de Americus, nombre de pila de Vesputio en latín (259).

En la obra también se incluía el gran mapa de Waldseemüller *Universales Cosmographia secundum Ptholoemaei Traditionem et Americi Vesputii Aliorumque Lustraciones (Geografía universal según la tradición de Ptolomeo y las aportaciones de Américo Vesputio y otros)* que, como indica Fernández-Armesto, tenía casi cuatro metros cuadrados, y representaba un concepto novedoso: el mapa como papel pintado (257). En él no solo aparecía el nombre de América para las tierras del sur del ecuador, sino también los retratos de Ptolomeo, con un cartabón, y de Américo Vesputio, con un compás, ambos presentados como personajes de la misma categoría (258). El tratado obtuvo un gran éxito editorial y, rápidamente, el vocablo “América” se propagó¹⁴⁸, a pesar de contar con fuertes reticencias en la Península Ibérica¹⁴⁹, -donde no se utilizó de forma general hasta el siglo XVIII-, y en las propias colonias.

El contexto histórico y cultural de 1492 es el del Renacimiento europeo, cuando el mundo no era concebido como un todo homogéneo sino con una estructura tripartita y jerárquica, de la cual Europa iba a la cabeza, como indica O’Gorman, por ser su naturaleza, “la más perfecta y privilegiada espiritualmente” (76), seguida de Asia y

¹⁴⁸ Paradójicamente, el mismo Martin Waldseemueller se retractó con posterioridad, defendiendo el mérito descubridor a Cristóbal Colón y proponiendo la denominación de Terra Incógnita (Fernández Almagro 261 y ss).

¹⁴⁹ Es conocida la defensa de la figura de Colón realizada por Fray Bartolomé de las Casas en la *Historia de las Indias* (1561), en especial en los primeros capítulos del libro I. En lo que se refiere a los nombres, afirma que este “ilustre hombre” quiso adoptar una forma antigua de su nombre, que es la de Colón, empujado por la divina Providencia, que suele poner “nombres y sobrenombres a las personas que señala para servir conformes a los oficios que les determina cometer” (26). En su caso, Cristóbal, como portador de Cristo, ya que fue el primero en llevar al religión cristiana al continente, y Colón, que quiere decir poblador de nuevo” (26). No es de extrañar, pues, que reivindique que el nuevo continente hubiera debido llamarse “Columba” y no con el “injusto” nombre de América.

África. Como ya empezábamos a apuntar, la aparición de América y la consecuente necesidad de incluirla en el mapamundi físico implicaba repensar el universo y las relaciones con el Creador.

Para O’Gorman,

la clave para resolver el problema de la aparición histórica de América estaba en considerar ese suceso como el resultado de una invención del pensamiento occidental y no ya como el de un descubrimiento meramente físico, realizado, además, por casualidad (9).

El hombre renacentista se sintió liberado de las “cadenas milenarias” que él mismo se había forjado, convirtiéndose en dueño y señor de su destino, y de allí que América se presentara como el continente de las posibilidades, del porvenir y de la libertad (141-142), y que la designación de “Nuevo Mundo” resultase ideal, puesto que en él, Europa podía recrearse¹⁵⁰, y se recrearía a su imagen y semejanza. Continúa O’Gorman explicando que la idea y el modo con el que el hombre concibe su mundo depende de la idea que tiene de él mismo. En este caso, el hombre es visto como una posibilidad de ser, con lo que el mundo deviene un campo infinito de conquista, dependiendo del esfuerzo, técnica e imaginación del hombre (75-76).¹⁵¹

Admitir en la *Cosmographiae Introductio* que las nuevas tierras, a pesar de estar aisladas por el océano, eran una de las partes integrantes del mundo, permitió que cuando más tarde aparecieran nuevas masas de tierra incógnita, automáticamente quedarán incluidas en el mundo, sin necesidad de hablar de nuevos “descubrimientos” (141).

¹⁵⁰ “América, en efecto, fue inventada bajo la especie física de continente y bajo la especie histórica de ‘nuevo mundo’. Surgió, pues, como un ente físico dado, ya hecho e inalterable, y como un ente moral dotado de la posibilidad de realizarse en el orden del ser histórico” (152).

¹⁵¹ O’Gorman no puede evitar la fina ironía: “¡Qué distancia entre la grandiosa promesa de tan alta aventura y el engaño de la fama atribuida a un ciego hallazgo, por más que se le disfrace de revelación del ser de un ente que aún no existía, y que, de ser cierta, hubiera requerido nada menos que el concurso combinado de la omnipotencia y omnisciencia divinas!” (152).

El mundo es conquistado y construido por el hombre, y más concretamente, por el varón renacentista occidental. Este encuentra, descubre, adquiere, inventa, crea, y, por lo tanto, también tiene el poder de bautizar. A este respecto, el verbo “bautizar” resulta igualmente el más apropiado, puesto que la evangelización fue una de las principales tareas realizadas por los españoles, así como la justificación perfecta de su “colonización”.

Walter Mignolo, en su ensayo *The idea of Latin America*, continúa en la línea del pensador mexicano, del cual alaba ya en *The Darker Side of the Renaissance* “his contribution to the decentring the knowing and understanding subject and contributing to the construction of a postcolonial locus of enunciation” (17), un contrapensamiento que surge precisamente desde la “periferia” y desde una (ex)colonia americana. La tesis principal de Mignolo es que la Modernidad, como concepto, se remonta precisamente a la conquista de América, y que, por lo tanto, no solamente aparece íntimamente vinculada al colonialismo, sino que el colonialismo ¹⁵² es parte constitutiva de la misma modernidad:

America, as a concept, goes hand in hand with that of modernity and both are the self-representation of imperial projects and global designs that originated in and were implemented by European actors and institutions (The idea 6).¹⁵³

Afirma, como O’Gorman, que la idea de América es una invención europea que empieza ya por el mismo hecho de darle un nombre, ignorando totalmente sus previos habitantes y su concepción del mundo¹⁵⁴. De hecho, el sintagma “Nuevo Mundo” lo

¹⁵² De hecho, Mignolo utiliza el término “colonialidad” –a ello volveremos en el capítulo 4, en dónde especificaremos la diferencia entre colonialismo y colonialidad.

¹⁵³ Y continúa, “the ‘Americas’ are the consequence of early European commercial expansion and the motor of capitalism, as we know it today. The ‘discovery’ of America and the genocide of Indians and African slaves are the very foundation of ‘modernity’, more so than the French or Industrial Revolutions. Better yet, they constitute the darker and hidden face of modernity, ‘coloniality’” (6).

¹⁵⁴ “America, as the fourth continent appended to the Christian cosmology of three, was not an ‘objective reality’. Rather, it was a semantic construction with enormous political, economic, epistemic, and ethical consequences arising from the occlusion of Indigenous conceptualizations of Anáhuac, Tawantinsuyu, Abya-Yala, and other ideas of space” (151).

revela: se trataba de una “novedad” solamente para el observador europeo. Esto demuestra “the arrogance and ethnocentrism of observers for whom what is unknown does not exist” (Darker 259), y más concretamente, lo que es “unknown” para ellos. Y es que como apunta O’Gorman citando a Nietzsche, el nombre es la primera cosa que hace visible algo¹⁵⁵, su carta de presentación (135). Y el “nuevo” continente se hizo visible con el nombre de América.

Europa tiene, pues, el privilegio de la enunciación que le permite transformar una idea inventada –la de América-, en una realidad (151). Para Mignolo este fenómeno puede ser tildado de “deculturación” y desposesión material y cultural o bien como una “colonización del conocimiento y una colonización ontológica” (21). Se trata de una operación que oculta maniobras de control, dominación y explotación bajo el estandarte de la salvación, el progreso, la modernización y el bien común (6). Y es precisamente a través del lenguaje que se ha ejercido y se ha impuesto –y se ejerce y se impone-, la lógico de la colonización. Es el poder de la palabra.

Volvamos al territorio específico de la América hispanohablante. ¿Qué denominaciones recibe en la época y por qué?

Según Juan Carlos Pereira Castañares, desde finales del siglo XIX, el término oficial con el que se califica esta amplia zona de intereses españoles ya no será prioritariamente el de América sino que empieza a utilizarse el de Hispanoamérica, aunque admite que la confusión en la terminología, relacionada con la indefinición de objetivos y proyectos concretos, será una constante hasta los años 20 del siglo XX

¹⁵⁵ O’Gorman cita a Nietzsche en *La Gaya Ciencia* : “La originalidad, dice, consiste en ver algo que aún no puede nombrarse a pesar de estar ya a la vista de todos. Según esté generalmente constituida la gente –aclara- el nombre es lo primero que hace visible una cosa. Las personas originales han sido también en su mayoría las que imponen nombres” (Cita III, 121).

(España e Iberoamérica: programas 135-136).¹⁵⁶ Bajo este apelativo, se refieren a los territorios americanos de habla española, es decir, los 18 Estados siguientes: Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, aunque en la mayoría de los casos se incluye también a Puerto Rico.

Isidro Sepúlveda considera que la denominación “Hispanoamérica” en España está estrechamente vinculada a la corriente “panhispanista” y conservadora del hispanoamericanismo, puesto que subrayaba su conformación y herencia hispana:

para la inmensa mayoría de aquellos que mantuvieron el derecho de España a cierta preeminencia sobre las repúblicas americanas, la denominación más utilizada e incluso querida fue Hispanoamérica, cuya significación abarcaba toda la América no anglosajona; dicha corriente ganó numerosos adeptos tras la guerra mundial, dándose en el período primorriverista las principales y más contundentes aserveraciones, no superadas por repetidas durante el franquismo (El sueño 96).

En este sentido, vale la pena destacar dos campañas previas a nuestro período de estudio. Por una parte, la emprendida por Menéndez Pidal y Mariano de Cavia en sendas cartas aparecidas en la prensa española defendiendo el término Hispanoamérica y rechazando por inadecuados e impropios los de Iberoamérica y Latinoamérica. Concretamente, las misivas fueron publicadas el 4 de enero y el 5 de enero de 1918, respectivamente, en *El Sol*.

¹⁵⁶ Pereira Castañares continúa : “Así se puede comprobar, por ejemplo, en 1900, momento en el que un Real Decreto de 16 de abril creaba una Junta de Patronato y Organización con el fin de celebrar en Madrid un Congreso Social y Económico Ibero-Americano. En él podemos leer frases como “nuestras relaciones con los pueblos americanos de origen ibérico”, también “nuestras relaciones con la América Latina”, las referencias a la “raza que España tiene en América” o las “espirituales inclinaciones de afecto con los pueblos hispano-americanos”. El Ministro de Estado, Francisco Silvela, sin embargo, no se mostrará de acuerdo con el nombre “Iberoamericano” y optará claramente por el de "Hispanoamérica" e “Hispanoamericano”, pues así "se ajusta a la fórmula que legalmente puede emplear en términos oficiales este Gobierno" (España e Iberoamérica: un siglo, 103). Igualmente, recuerda Isidro Sepúlveda, ya en fecha el Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americana de Sevilla de 1914, se indicaba la impropiedad del término “Latinoamérica” ya que sin negar la influencia francesa e italiana y de otros países europeos en América, esta se consideraba “superficial” y por lo tanto, el término más “apropiado” a utilizar para referirse a dicha realidad continental era el de Hispanoamérica o América hispana (El sueño 350).

Igualmente se posiciona el opúsculo de Adolfo Bonilla San Martín y Juan C. Cebrián, con prólogo de Blanca de los Ríos, titulado *Nuestra raza es Española (ni Latina ni Ibera)*, de 1926: los artículos en él recogidos, publicados con anterioridad en revistas españolas, coinciden en denunciar una campaña difamadora, relacionada con la leyenda negra, para desespañolizar a las repúblicas americanas hispanoparlantes y aseguran que los epítetos “íbero” y “latino” aplicados a dicho continente, pretenden únicamente borrar el nombre y la labor de España.

A este respecto, Juan C. Cebrián, en el artículo incluido en el opúsculo “La exposición hispanoamericana de Sevilla y el Porvenir de la raza”, aboga por un cambio de denominación para la Exposición Internacional de Sevilla de 1929 –ya sea por el de Hispanoamericana o Hispano-Luso-Americana-, y defiende su concepción del hispanoamericanismo asegurando que:

todos reconocen hoy día que el porvenir de España está en América. EL HISPANOAMERICANISMO es el factor más potente de para el progreso de España y de sus hermanas americanas, para encumbrar la Raza Española al puesto honroso que le pertenece ante el mundo (5).

Más contundentes son las palabras de Blanca de los Ríos en el prólogo y de su visión providencialista de la historia de España en América:

Entre todos los pueblos de la tierra solo España tiene derecho a compartir con su descendencia magnífica un sentimiento único en la Historia, como única fue la obra de España: el nacionalismo de raza, el patriotismo étnico que alienta como un alma colectiva en los cien millones de hermanos que hablan nuestra lengua, porque solo España realizó el milagro, sin par en los fastos del mundo, de crear una raza (14).

Y sobre la denominación y su trascendencia, añade que

fruto natural de tal obra es esa confraternidad de nuestra gran familia de pueblos, ese magno amor que ha de ser cohesión, fuerza, solidaridad, unidad grandiosa y porvenir insuperable de la raza (...). Ese amor tiene un nombre y necesita tenerlo (...) se llama HISPANISMO (15).

Para apoyar su opinión, se añaden tres artículos: “El término América Latina es erróneo” de A.M. Espinosa y publicado en la revista *Hispania*, en septiembre 1918; “América española”, de D. Adolfo Bonilla y San Martín, aparecido en *Raza Española*

en noviembre de 1919 y “El apelativo ‘iberoamericano’” de D. Juan C. Cebrián, publicado por la Comisaría Regia del Turismo en octubre 1919.

Los argumentos principales a favor de este apelativo eran de orden histórico – considerando a América como una creación española-, políticos –ya que, según Sepúlveda, “al defender la autoría exclusiva de España, hacía de América no ya un campo ajeno de posible extensión, sino una prolongación territorial de la misma España” (El sueño 353); y, finalmente, filológicos o historiográficos, recordando la injusticia histórica del mismo nombre de América, visto como una apropiación indebida de la autoría española, que hubiera debido recibir el de “Colombia” o “Nueva España” (355). Insistiremos en ello al hablar del descubrimiento.

El mismo Sepúlveda señala la utilización política que se hace de la denominación Hispanoamérica, con un doble objetivo: la búsqueda de prestigio exterior y de liderazgo cultural por parte de España que pretendía ser la “cabeza del Mundo Hispánico” (El sueño 356), así como plataforma de proyección de la estima nacional en un momento de clara inferioridad con respecto a Europa y, por parte de los gobiernos conservadores, el de Primo de Rivera, pero muy especialmente el franquista, para “potenciar subliminalmente el mantenimiento de una tradición que había hecho posible la hispanización de América” (356). De todos modos, aunque ligado a la corriente conservadora del hispanoamericanismo – la panhispanista y su posterior derivación en la franquista Hispanidad-, también será Hispanoamérica el nombre por excelencia usado en el seno del hispanoamericanismo progresista.

El concepto de Iberoamérica, que también se usará aunque con menos frecuencia en el período, añade a Brasil, ya que se refiere a los territorios colonizados tanto por España como Portugal, aunque será asimismo objeto de críticas, como por ejemplo la de Bonilla y San Martín. Según el mismo, el vocablo “ibérico” no estaría bien determinado

en su significación histórica, puesto que los íberos fueron solamente uno de los pueblos que ocuparon la zona litoral de la Península que con la llegada de los romanos se vieron sometidos e integrados dentro de la Hispania romana (Pereira 141). Además, continua, tanto españoles como portugueses en los siglos XV-XVII usaron comúnmente el nombre de Hispania para referirse a sus territorios. Curiosamente y aun no ser ni la más usada en la época ni consensuada en la Península, la Exposición de 1929 de Sevilla recibirá el epíteto de “Iberoamericana”- a pesar de la campaña contraria de Juan C. Cebrián-. Y no olvidemos el nombre de la Unión Iberoamericana, considerada la mayor asociación americanista española no gubernamental.

Otra denominación utilizada es la de Latinoamérica –y su sinónimo América Latina-. Pereira Castañares define y explica la historia y vicisitudes de este término. Se refiere a todas las naciones americanas que fueron colonizadas por naciones latinas, es decir, por España, Portugal y Francia, y por lo tanto incluiría todas las repúblicas iberoamericanas, más Puerto Rico, Haití, la Guyana Francesa, Martinica y Guadalupe, y al mismo tiempo se utilizaría en oposición al de América anglosajona (España e Iberoamérica: programas 142).

Su origen se remonta, según Pereira Castañares, a la segunda mitad del siglo XIX, ya fuese inventado por el chileno Francisco de Bilbao, como señalan algunos especialistas americanos, o bien por el emperador Napoleón III para extender su influencia en México, “poniendo de manifiesto de esta manera el interés de la raza latina por mantener un poder y un prestigio que garantizasen las posesiones españolas y francesas frente a Estados Unidos” (143). Es decir, como oposición a las pretensiones panamericanistas y para estrechar lazos con Europa. Sin embargo, recuerda Sepúlveda que para los panhispanistas, con esta denominación no se pretendía combatir los Estados Unidos, sino la presencia española en América (351).

Pereira Castañares asegura que Michel Chevalier, portavoz del proyecto de expansión francesa, perfiló el concepto: su programa defendía que Francia debería de adoptar una política exterior firme y decidida, estableciendo así un bloque de estados europeos latinos, en el que se incluirían Bélgica, España y Portugal, con una unidad de acción basada fundamentalmente en la tradición católica, la comunidad de origen lingüístico y en la consecución de unos objetivos comunes (143), y algunos de cuyos resultados fueron la construcción del canal de Panamá o bien la difusión de la cultura latina en el continente.

Para Walter Mignolo la idea de Latinidad es contemporánea y a la vez consecuencia de los procesos de descolonización europeos y responde a la necesidad de “repamificar” el mundo excolonial (The Idea 59). Bajo el epíteto “Latina”, se pretendía “the restoration of European Meridional, Catholic and Latin ‘civilization’ in South America and simultaneously, to reproduce absences (Indians and Afros) that had already begun during the early colonial period” (The Idea 57). De este modo, se buscaba frenar la expansión hacia el sud de Estados Unidos al remarcar la identidad –o más bien, propiedad- europea de la América no anglosajona¹⁵⁷.

Europa justificaba y legitimaba así su presencia y su misión “civilizadora”. Al mismo tiempo, la nueva denominación rechazaba la exclusiva española o ibérica sobre los territorios bajo el pretexto de no englobar todas las lenguas y orígenes europeos de estos países (es decir, Haití). Básicamente, lo que ocurría es que el proyecto hispanoamericano y el iberoamericano no contemplaban los intereses franceses, por lo que no es de extrañar que la “latinidad” se tratara de una iniciativa gala, en un momento en que Francia quería encarnar, y de hecho representaba, el ideal político y cultural,

¹⁵⁷ “The concept of ‘Latinidad’ was used in France by intellectuals and state officers to take the lead in Europe among the configuration of Latin countries involved in the Americas (Italy, Spain, Portugal and France itself), and allowed it also to confront the US’ continuing expansion toward the South” (58).

mientras que España había quedado al margen de la escena mundial. Al mismo tiempo, en América,

the 'idea of Latin' America allowed the Creole elites to detach themselves from their Spanish and Portuguese past, embrace the ideology of France, and forget the legacies of their own critical consciousness (Mignolo, *The Idea* 67).

Asimismo, esta denominación, otra vez un nombre impuesto por la Europa cristiana, mostraba un nuevo orden de potencias mundiales en confrontación:

While in Europe 'Latinidad' allowed French politicians and intellectuals to establish the imperial difference with the competing forces of the Anglo-Saxon world on Europe (England and Germany), in South America the idea of 'Latinidad' was useful to Spanish Creole intellectuals and politicians defining themselves in confrontation with the competing force of the Anglo-Saxon world in the Americas (89).

El término se continuó divulgando por Europa, como por ejemplo en Italia, donde comenzó a utilizarse para definir la política exterior en América, y en la que la importante emigración de este país jugó un papel destacado, como indica Pereira Castañares (*España e Iberoamérica: programas*143).

Con todo ello, resulta evidente que la preeminencia de Francia y el arrinconamiento de las potencias "históricas" como España y Portugal, no podía agradar en la Península, y no sorprenden las reticencias, que se extienden hasta finales del siglo XX. Si repasamos el rechazo español del término, nos encontraremos con las opiniones de Menéndez Pelayo, según el cual es erróneo desde el punto de vista lingüístico ya que no fue el latín sino las lenguas hispánicas las que heredaron las naciones hispanoamericanas, y desde el punto de vista racial, teniendo en cuenta el crisol de razas y culturas distintas que conforman el hombre español. En el II Congreso Hispanoamericano de Geografía e Historia Celebrado en Sevilla en 1921, recuerda Vélez, se abogó por desterrar el término América Latina por perjudicial e impropio, puesto que a excepción de España, los pueblos latinos nada habían hecho en el continente. El de Iberoamérica se calificó de innecesario y se defendió el de Hispanoamérica en una visión amplia que incluía a Portugal y Brasil (*La Historiografía*

353). Igualmente, personalidades como Américo Castro y Rafael Altamira, Mariano de Cavía, etc., se postularon contra el vocablo. En cambio, según Pilar Vélez, “los habitantes de Ultramar sentían predilección por autodenominarse ‘latinoamericanos’ en afirmación de una identidad no deudora exclusivamente de la vieja metrópoli, y en contraposición con la excluyente ‘americanidad’ de los territorios al norte de México” (La Historiografía 305).

El término Latinoamérica es finalmente aceptado por la Real Academia en 1984 y de hecho, es el más común hoy en día, lo que para Sepúlveda supone una muestra visible del fracaso del hispanoamericanismo cultural (El sueño 361).

2.2.3.2.2. Los nombres y la prensa

Vistas las connotaciones inherentes en los nombres de América, pasemos ahora a ver su utilización en la prensa¹⁵⁸. Concretamente nos detendremos primero a analizar los nombres de las publicaciones así como a determinar qué apelativos utilizaban de preferencia para referirse al continente americano. En un segundo momento nos ocuparemos de los artículos específicos dedicados a la nomenclatura.

Leo Hoek considera el título como el paratexto por excelencia al ser “la première séquence du texte et en constitue la marque inaugurale” (149). Los títulos informan, revelan y, a la vez, ocultan información (176) en un doble juego, paradójico por demás, de presencias y ausencias. Al mismo tiempo, el título condiciona porque pone en marcha la maquinaria hermenéutica del lector y, como recuerda Hoek, al instituirse en nombre propio de un texto, conserva sus poderes míticos, mágicos e ideológicos (301).

¹⁵⁸ Aportaremos información detallada sobre características, ideología, colaboradores, trayectoria, etc., de dichas publicaciones en el apartado 6.1.3. sin embargo, como ya hemos mencionado, las revistas forman parte esencial de nuestro corpus, por lo que hablaremos de su nomenclatura en este momento.

En nuestro caso, el apelativo de una revista, periódico o de una sección es el nombre propio desde el que un autor emite para un público determinado: ambos están ya previamente influenciados, de forma más o menos inconsciente, por él. Los títulos nos anticipan indicios sobre la ideología y la voluntad de las publicaciones, así como, en las revistas hispanoamericanistas, de su imagen de América y de las relaciones entre los dos continentes. De todas formas, no olvidemos que el título de una publicación es a la vez su carta de presentación y por lo tanto igualmente puede responder a una voluntad estética y/o comercial, puesto que su objetivo último es atraer al lectorado y vender el mayor número de ejemplares posible¹⁵⁹.

2.2.3.2.2.1. *Títulos y ámbitos*

La revista *España y América* presenta un nombre simple y claro, propio de una revista que se dedica a la realidad peninsular y a la transatlántica y a las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales entre ambos mundos. Su nombre completo añade los adjetivos “comercial ilustrada, de exportación, economía y finanzas”. A pesar de que incluye varias páginas de publicidad- seis al inicio y al final de cada número-, y artículos dedicados a la economía y finanzas, pero el espacio destinado a la cultura en general, y en especial a la literatura –en sus suplementos-, es considerable.

Dentro de la publicación se utilizan múltiples denominaciones del subcontinente, pero como el nombre de la revista ya avanza, el genérico América –presente asimismo

¹⁵⁹ David Lodge apunta una idea muy parecida aunque se refiera de los títulos de las novelas, puesto que su comentario es extensible a otros paratextos: “El títol d’una novel·la es part del text, de fet, és la primera part que trobem, i per tant té un poder considerable per a treure i condicionar l’atenció del lector” (325). Lodge señala que la elección del título puede formar parte del proceso creativo, pero a la vez, teniendo en cuenta la doble naturaleza, simbólica y mercantil de la literatura, puede responder a consideraciones comerciales (327).

en algunas de las secciones como “Notas americanas”- es el mayoritario, complementándose con los de Hispanoamérica o el connotativo “nuestra América”.

El nombre de *Raza Española*, teniendo en cuenta la consonancia con su ideología reaccionaria y panhispanista, funciona como magnífica carta de presentación. Comprendiendo “raza” sin connotaciones biológicas o pseudocientíficas sino, como indica Sepúlveda, en “sentido de civilización o comunidad cultural” de herencia española (El sueño 190). El nombre de “Raza Española” se alza con categoría de lema y estandarte, y manifestando el sentimiento de orgullo de pertenecer a dicha comunidad.

En sus páginas, la denominación por excelencia de la América hispanohablante será la de Hispanoamérica o América Española, epítetos que subrayan siempre la filiación del continente.

La Unión Iberoamericana –de la cual la *Revista de las Españas* fue el principal órgano de expresión- postulaba la voluntad de hermanamiento entre América, España y Portugal. Sin embargo, el sintagma “las Españas” presente en el nombre de la revista contradice esta supuesta igualdad y se muestra claramente la preponderancia de la nación española por encima de la vecina Portugal. Al mismo tiempo, el plural “Españas” no solo implica multiplicidad de número sino que interpreta a América como una extensión de España, negándole hasta el nombre propio individualizador¹⁶⁰. España es fuente, origen, “madre” del que sus hijos/herederos reciben y comparten incluso su nombre.

En lo que se refiere a la denominación del subcontinente, en sus páginas, La *Revista de las Españas* utiliza de preferencia “Hispanoamérica”, así como “Iberoamérica” cuando incluye a los países de lengua portuguesa.

¹⁶⁰ También Pike remarca como con ese nombre los dirigentes de la Unión mostraron “remarkable insensitivity to the fact that Spanish-American republics, most of the, gripped by a burgeoning spirit of nationalism, did not wish to be regarded as other Spains” (320).

El nombre de *La Gaceta Literaria* es bastante neutro, entendiendo “gaceta” como sinónimo de publicación periódica. El adjetivo “literaria” nos indica el interés y la atención preeminentes de la revista, -que se ha considerado como precursora del vanguardismo literario-. Sin embargo, no podemos definirla como un rotativo exclusivamente literario, sino que ella misma se definía como “informativa y crítica”, por lo que aparte de información general y de literatura, también atiende a otras esferas de la vida cultural y social. Al mismo tiempo, el epíteto la emparenta con publicaciones extranjeras de renombre tales *Les Nouvelles litteraires* de Francia, *La Fiera Letteraria* de Italia, o bien las alemanas e inglesas *Die Literasche-Welt* y *Times Literary Supplement*. Ante la acusación de imitación de dicho periódico francés, Giménez Caballero responderá en un editorial de 1927 que su inspiradora fue la española *La República de las Letras*, anterior a la aparición de *Les Nouvelles litteraires*.

En cuanto a la nomenclatura, también predomina el apelativo Hispanoamérica, aunque en sus “palabras preliminares” utiliza el término metonímico “Península de Suramérica”, es decir, el todo por una parte.

En lo que se refiere al título de *Tierra Firme*, nos encontramos con una evidente metáfora marítima que alude a la expresión conocida y propia de los navegantes que llegan a puerto después de un periplo en alta mar. Pero además, Tierra Firme era uno de los primeros nombres que recibió América, en concreto las primeras tierras continentales que pisó la exploración española, en la región oriental de Venezuela, cerca de la desembocadura del Orinoco. Incluso se atribuyó dicha designación al mismo Colón¹⁶¹. Posteriormente este apelativo pasó a denominar tan solo una provincia americana. Sin embargo, usando este nombre, y de manera casi imperceptible, se remarca la

¹⁶¹ Leer por ejemplo el artículo publicado en *Raza Española* de noviembre-diciembre de 1930 (núm. 143-144) de Gervasio Artiñano, vocal del Real Patronato del Museo Naval y titulado “El nombre de América”.

importancia del “descubrimiento” y del rol histórico de España para con América. En *Tierra Firme* se usan de manera indistinta los apelativos de América, América hispana o española, o bien Hispanoamérica.

Pasemos ahora a la *Revista de Estudios Hispánicos*. A pesar de que su nombre sea fundamentalmente denotativo de ciencia y de estudio, y el epíteto “hispánicos” haga referencia a la atención que recibirán tanto España como el resto de territorios de habla castellana, se trata de una publicación de carácter conservador y católico. El nombre de América privilegiado en dicha publicación es el de Hispanoamérica.

El sintagma *Acción Española* es perfecta metáfora de la voluntad y de la ideología de la publicación. Por un lado, subrayar el contenido y la importancia de la nación española y, por el otro, la voluntad y el llamado a la “movilización”, para construir un “Nuevo Estado”, ya que como indica la descripción en línea de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional, desde la revista se abogaba por la “instauración” de una monarquía autoritaria, antiliberal y antiparlamentaria, opuesta a la ilustrada del XVIII o la liberal del XIX. Sin embargo, el título no tiene gran originalidad puesto que la revista surge a imitación de l’*Action Française* del nacionalista católico-monárquico Charles Maurras, también defensora del fascismo, portugués e italiano, del nazismo alemán y del uso de la violencia para la toma del poder.

Del mismo modo, en lo que se refiere a las denominaciones del subcontinente, teniendo en cuenta la ideología de la publicación, no es de extrañar que las predilectas sean las de Hispanoamérica o América Española, aunque también aparecen en algún artículo América y Suramérica.

Destino debe su nombre a la mítica frase de Primo de Rivera de “unidad de destino en lo universal”, y por lo tanto, encajaba perfectamente con el pensamiento falangista de sus fundadores. Este apelativo no será modificado a pesar del gran cambio

ideológico que progresivamente sufrirá a lo largo de su existencia. En cuanto a los nombres, *Destino* utiliza el de América española –que no latina-, América hispana o hispánica, además del más corriente Hispanoamérica.

Fijémonos ahora en el título de *Revista de Indias*. El término “Indias” era el utilizado durante el Renacimiento europeo para referirse a las actuales regiones del Subcontinente indio y el Sudeste asiático, regiones con las cuales se mantenían importantes relaciones mercantiles centradas en el comercio de las especias, de ciertas piedras y materiales preciosos y textiles como el algodón o la seda. Fue precisamente para conseguir un acceso privilegiado y más rápido a tales mercancías, que Cristóbal Colón emprendió su primer viaje. Sin embargo, incluso tiempo después de haberse constatado la “novedad” de los territorios, se continuó utilizando el apelativo Indias para referirse a ellos, aunque con el complemento específico de “Occidentales” para América y “Orientales” para Asia. Utilizar, pues, el nombre de *Revista de Indias* no es banal: no solo hace referencia al “descubrimiento” de América por parte de Colón y por lo tanto, insiste en la importancia de este hecho y del rol de España, sino que además rechaza, aunque sea de forma semi inconsciente, el protagonismo de Vespucci. No es de extrañar que en sus páginas predomine el apelativo Hispanoamérica.

El *Anuario de Estudios Americanos*, compila artículos, reseñas, críticas de libros de temática americanista, como su título indica de modo sintético. A destacar que la publicación use el genérico “América”, a pesar de que se dedique especialmente a los territorios de habla española. En cambio, en la mayoría de artículos se usa preferentemente el nombre de Hispanoamérica, aunque a veces también aparece el de Iberoamérica.

La revista *Estudios Americanos* está íntimamente relacionada con la anterior por ser publicada por la misma Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, a pesar de que empieza a publicarse cuatro años más tarde. Recibe el subtítulo de “Revista de síntesis e interpretación”, lo que hace referencia a la voluntad de realizar una labor de síntesis e interpretación histórica, jurídica y artística sobre temas hispánicos.

Al igual que en su publicación hermana, el epíteto de estudios “americanos” es utilizado de manera metonímica, puesto que se centra básicamente en la realidad de los países de habla castellana del otro lado del Atlántico. Al referirse a su realidad, también combina este nombre con el específico de Hispanoamérica.

En lo que se refiere al nombre de *Arbor*, en una nota editorial de su página web –recordemos que cumplió 70 años en el 2014 y que continúa publicándose mensualmente- se nos aclara que tomó

su nombre del *Arbor Scientiae* o árbol de la ciencia, título de la obra del mallorquín Ramón Llull, al tiempo que modo gráfico con el que gustaba de representar las diversas disciplinas del saber, allá por las postrimerías del siglo XIII. El CSIC adoptó desde su creación el *Arbor Scientiae* como emblema, queriendo plasmar así el abordaje multidisciplinar que se proponía su actividad científica, a la vez que su unidad subyacente en cuanto a proceso generador de conocimiento, algo que de alguna manera también expresa el término *universidad*, en relación no solo a la generación del saber, sino a nuestro deber de transmitirlo (s/p).

Así pues, “Arbor” como reminiscencia luliana y metáfora del saber multidisciplinar. No obstante, la nota editorial pasa por alto el origen del árbol del conocimiento. En el *Génesis*, una vez Dios hubo creado y colocado al hombre en el jardín del Edén, le advierte de que puede comer de cualquier árbol menos del árbol del conocimiento del Bien y del Mal. Será precisamente al morder el fruto prohibido, la manzana, que Adán y Eva cometerán el pecado original. Como consecuencia se les negará el acceso al otro árbol del Edén, el de la vida, con lo que, aparte de ser expulsados del Paraíso, se convertirán en mortales.

Y dijo Yahvéh Dios: ‘¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre’. Y le echó Yahvéh Dios del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado (Gen. 3, 22-23).

Asimismo, ¿a qué alude este “conocimiento del Bien y del Mal?” El nombre es lo suficientemente abierto como para que pueda interpretarse que permite un saber “moral”, es decir, discernir entre el Bien y el Mal, o al acceso a un conocimiento total, que implica bondad y maldad. El recuerdo bíblico no es superfluo en el contexto de aparición de la revista, es decir, siendo una publicación oficial de un organismo franquista, de carácter reaccionario y ultra católico claramente manifiesto en sus páginas, pero al mismo tiempo, y de forma implícita, se inviste de una cierta autoridad, al ser heredera del árbol del bien y del mal. La denominación por excelencia de América en sus artículos es el de Hispanoamérica.

Juan Aparicio, al fundar *La Estafeta Literaria*, pretendía continuar la labor realizada por Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria*, de ahí que no nos sorprenda el parecido en el nombre de la revista, y al mismo tiempo, consigue vincularse con las revistas extranjeras de apellido literario –y de su prestigio- a las que hemos aludido al comentar la nomenclatura de la revista de Gecé.

En cuanto a las denominaciones usadas para referirse a los territorios americanos, encontramos una gran diversidad de nombres, con una ligera ventaja del genérico América y americano, seguido por Hispanoamérica, la Hispanidad, y en menor medida Iberoamérica o Sudamérica. De hecho, en muchas ocasiones los artículos y referencias se realizan por países concretos, como Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, etc. Como nota curiosa, también la referencia a la literatura de la América hispanohablante como “indoamericana”¹⁶², apelativo poco común.

Pasemos ahora a *Ínsula*. Según el Diccionario de la Real Academia, una “ínsula” es o bien un sinónimo, actualmente en desuso, de “isla” o bien un “lugar pequeño o gobierno de poca entidad, a semejanza del encomendado a Sancho en el *Quijote*.” Y es

¹⁶² Ver la reseña a *El río oscuro* de Alfredo Varela en *La Estafeta Literaria* 31, 5 de agosto de 1945, p. 24.

que la ínsula por antonomasia en el horizonte hispanohablante, es la Ínsula Barataria del Quijote¹⁶³, es decir, el que fuera precisamente libro símbolo de la lengua y la literatura de habla castellana, así como de su tradición. Al mismo tiempo, el término isla permite pensar en la revista como un oasis aislado por su carácter divergente y en cierto sentido subversivo de la ideología oficial y del resto de publicaciones: una isla donde refugiarse de la alta mar hostil. O quizás también una de las islas a las que Colón llegó, siendo precisamente La Española su primer puerto.

La publicación utiliza varias denominaciones para el continente de manera indistinta, como Hispanoamérica, Iberoamérica, América española o los metonímicos América del Sur o América. Pero además, y por vez primera en las revistas analizadas y en fecha tan temprana como 1949, nos encontramos con el uso del vocablo “América Latina” sin intención despectiva o condenatoria sino como un sinónimo más de Hispanoamérica. Concretamente, se trata de la reseña de Pilar Vázquez Cuesta sobre *La gran literatura Iberoamericana* de Arturo Torres-Rioseco de julio de 1949: “Sin embargo, como dice en el prefacio de su libro el señor Torres-Rioseco, transcurridos los días de simple imitación de moldes extranjeros, la literatura de América Latina está entrando en su Edad de Oro” (4). En el mismo artículo y como sinónimos, la autora utiliza los términos “hispanoamericana”, “iberoamericana”, “americana” y “Nuevo Mundo”¹⁶⁴.

Al nombre de *Escorial*, se refieren sus impulsores en el mismo manifiesto editorial: el monasterio “religioso de oficio y militar de estructura: sereno, firme, armónico, sin cosa superflua, como un Estado de piedra” (11), vuelto a hacer norma y ejemplo de una voluntad colectiva (11). Es un nombre elegido “por fidelidad y amor a

¹⁶³ El episodio de la Ínsula Barataria se desarrolla a lo largo de varios capítulos de la segunda parte del *Don Quijote*, concretamente en los capítulos 40, 41, 44, 45, 47, 49, 51 y 53.

¹⁶⁴ Como ya comentaremos más adelante, también encontramos el término “latinoamericana” en el mismo año en “La novela latinoamericana”, de R. Coulthard, (*Cuadernos Hispanoamericanos* 8, marzo-abril 1949, pp. 472-473).

la vieja y nueva historia (...) Ambicioso es el empeño y grave la obligación” (12). Debido a la escasa atención prestada a América, no consideramos pertinente detallar cómo se la denomina. En todo caso, la ideología de la Hispanidad tiñe todas sus páginas.

La revista *Cuadernos de Literatura* cambió su nombre por el más genérico de *Cuadernos de Literatura. Revista general de las letras* en 1947, antes de su fusión con *Revista Bibliográfica y Documental*, para formar *Revista de Literatura* en 1952. Igualmente publicó tres suplementos literarios: *Acanto*, *Hojas literarias* y *Anejo de Cuadernos de Literatura*. El acanto es una planta típica de la región mediterránea, cuyas hojas son características de los capiteles de orden corintio y compuesto. Se entronca así con la tradición clásica. *Hojas literarias* se presenta como sustituta de la precedente y establece un juego de palabras en su primer número entre las hojas del acanto y las del nuevo suplemento. *Anejos de Cuadernos de Literatura* es, como su nombre indica, una especie de anexo, de tipo monográfico.

En cuanto al nombre de *Mundo Hispánico*, los editores de su primer número – febrero de 1948- citan a Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias* (1552): “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias; y así, las llaman Mundo Nuevo” (7). Y continúan, “a lo cual añadiremos nosotros que, por obra de españoles y portugueses, una grandísima parte del entonces descubierto Mundo Nuevo merece y debe ser llamada Mundo Hispánico” (7).

La publicación empezó subtitulándose “La revista de veintitrés países”, aunque posteriormente este desaparece¹⁶⁵. El apelativo más frecuente es el de Hispanoamérica, seguida de lejos del de Iberoamérica.

¹⁶⁵ Concretamente, en junio de 1958.

El nombre de *Cuadernos Hispanoamericanos* hace referencia a su intención de ser respuesta a *Cuadernos Americanos*, la revista mensual publicada por los exiliados republicanos españoles residentes en México (Escudero, “La imagen” 364). El epíteto “hispanoamericanos”, no solamente serviría para diferenciarse del anterior, sino que es reflejo de su contenido hispanoamericanista. La revista, a la hora de llamar al continente, aparte del generalizado Hispanoamérica, también se sirve del de América y Suramérica –ambos usados metonímicamente, sea la parte por el todo o el todo por una parte-.

Índice, según Camila Molina Cantero, pretende ser fiel reflejo de la realidad política, social y cultural de la España del momento (422), lo que puede explicar la denominación de “Índice” si lo entendemos como una lista ordenada o un catálogo de los contenidos de un libro, una publicación, biblioteca o archivo. Sin embargo, el nombre sufrió cambios a lo largo de su trayectoria, variando los calificativos y conservando el sustantivo “Índice”: así, fue *Índice de las letras* (núm. 1-5); *Índice de las Letras. Arte. Curiosidades. Coleccionismo* (núm. 6-8); *Índice de las Artes. Pintura, Antigüedades. Coleccionismo. Información mundial* (9-11); *Índice de las Artes y las Letras* (núm. 23-25); y finalmente *Índice de Artes y Letras* (núm. 26-42) hasta el de solamente *Índice* de 1963 hasta su desaparición¹⁶⁶. Al mismo tiempo, Molina Cantero nos recuerda que la publicación contó con un antecedente nominativo: se trata de la revista homónima que Juan Ramón Jiménez emprendió en 1921 y de la cual solo llegaron a publicarse cuatro números. Lírica y elegante, pretendió reunir las plumas más representativas del momento, contando con la colaboración de José Bergamín, Pedro Salinas, los hermanos Manuel y Antonio Machado, Gerardo Diego, pero también José Ortega y Gasset, entre otros (423).

¹⁶⁶ En el presente estudio, nos referiremos a dicha publicación por su nombre abreviado.

En lo que se refiere al apelativo del continente, junto con el de predilecto de Hispanoamérica, *Índice* también añade el de América española –que no latina-, América hispana o hispánica.

El Correo Literario: arte y letras de Hispanoamérica, pretende, como su nombre indica, prestar especial atención a la realidad artística y literaria de los países americanos de habla castellana. El “correo postal” es el método principal de comunicación entre ambos mundos y funciona como sinónimo de intercambio. *El Correo Literario* también se servirá del de América hispana o de “Iberoamérica” o mientras atacará firmemente el de Latinoamérica.

Finalmente, la *Revista de Literatura*, siendo fiel a su nombre, pretende atender a la literatura en general desde un punto de vista estético y eminentemente literario, lo que incluye asimismo la de las naciones americanas. Así, a menudo habla directamente de los países americanos concretos cuya literatura es comentada, en especial Argentina, Colombia, México y Cuba, más que al subcontinente en sí.

Veamos ahora los nombres de los tres periódicos que forman parte de nuestro corpus: a pesar de no ser publicaciones hispanoamericanistas, atienden a esta realidad y a los eventos afines realizados en España, en especial en temas culturales y literarios. En este sentido, mencionamos la existencia de algunas secciones llamadas “Noticias del extranjero e Hispanoamérica” de *El Sol*, o “Páginas Hispanoamericanas” de *ABC*.

El Sol es la estrella más próxima a la tierra: el astro magno por excelencia y el más brillante y del cual dependen el día y la noche y cuya energía alimenta y calienta el planeta. Es decir, de una importancia y necesidad vitales. Bautizando así el rotativo, Nicolás de Urgoiti reviste de aún más relevancia a un periódico que ya era acusado de

pretencioso y elitista, pero que pretendía marcar el ritmo de la reforma y el devenir de España, e “iluminar” su camino.

El sustantivo “vanguardia”, que alude a la posición frontal y delantera, frecuentemente relacionado con el lenguaje militar, es también sinónimo de progreso, avance, desarrollo, adelanto, evolución, lo cual entronca con el espíritu inicial de la publicación, vinculado con la joven generación de intelectuales y artistas innovadores, pero también afín a los progresos técnicos y de funcionamiento.

Las siglas ABC responden a las tres primeras letras del alfabeto y frecuentemente funcionan como sinónimo de abecedario, pero también aluden a la expresión “ser el abecé de algo”, es decir, según la definición del *Diccionario de expresiones y locuciones del español* de Juan Antonio Martínez y Annette Myre Jørgensen, “ser básico en la comprensión o el conocimiento de algo”. Aplicado al título de un periódico, sus informaciones y contenido se presentan como claves para la comprensión de la realidad contemporánea.

Al realizar una búsqueda comparativa de la nomenclatura utilizada para referirse a los territorios de habla española con los números digitalizados en nuestro lapso cronológico y con las tres denominaciones más usuales de Latinoamérica, Iberoamérica e Hispanoamérica, encontramos una clara diferencia y la preponderancia de este último en todas las publicaciones¹⁶⁷. En el caso de *El Sol*, si bien Latinoamérica es utilizada en dos ocasiones, y claramente como un ataque al término, Iberoamérica aparece 50 veces e Hispanoamérica, en cambio, 1245. Como veremos, *El Sol* (42-2-1928, 1) hace gala de ser el único periódico que ha excluido América Latina y derivados de sus páginas. En

¹⁶⁷ Analizar todos los artículos y utilizations de los apelativos del subcontinente en los tres periódicos – de publicación diaria- rebasa las posibilidades de este trabajo, por lo que se ha realizado una búsqueda comparativa. Asimismo, notemos que no ha sido posible incluir los de América Latina o América Española o Hispana ya que su naturaleza de sintagmas no es aceptado en un motor de búsqueda, sin embargo, consideramos al primero como sinónimo de Latinoamérica y los otros dos de Hispanoamérica.

La Vanguardia, encontramos 31 menciones al término Latinoamérica, 531 a Iberoamérica y 2111 a Hispanoamérica. A pesar de que el predilecto sea de largo el de Hispanoamérica, los ataques contra el nombre supuestamente de origen francés no son tan furibundos, e incluso en varias ocasiones es utilizado como sinónimo, en especial a partir de los años 50. Finalmente, en *ABC*, Latinoamérica aparece citada 17 veces, muchas de las cuales, ya en los 50 como sinónimo, Iberoamérica 583 e Hispanoamérica 2836.

Así pues, de modo general y a simple vista podemos afirmar que el término “Hispanoamérica” es el usado con mayor frecuencia por intelectuales y publicaciones, seguido a una considerable distancia por el de “Iberoamérica” –si se incluye a Portugal y Brasil- o el de “América española” o “hispana”. Igualmente, en ocasiones nos encontramos con el genérico “América”, “América del Sur” o “Suramérica” que conllevan implícitamente una operación metonímica del todo por una parte o la parte por el todo. Por el contrario, se observa un rechazo generalizado hacia el término “Latinoamérica” o “América Latina”, por ser considerado una maniobra imperialista francesa¹⁶⁸. Este repudio se acentúa especialmente durante el primer franquismo y en las publicaciones afines al régimen, momento en el que incluso antes que Hispanoamérica se prefiere usar el vocablo “Hispanidad” como concepto genérico –ya hemos visto la gran importancia de esta noción en la ideología oficial-. Lentamente, pero, los apelativos Latinoamérica o América Latina terminarán imponiéndose.

En las próximas líneas resumiremos cronológicamente las actitudes, polémicas y opiniones que encontramos en la prensa. Dada la gran cantidad de artículos y

¹⁶⁸ Salvo la excepción del artículo de Pilar Vázquez Cuesta publicado en 1949 en *Ínsula* o bien, en el mismo año, “La novela latinoamericana”, de R. Coulthard, (*Cuadernos Hispanoamericanos* 8, marzo-abril, pp. 472-473). Sin embargo, este caso es distinto, al tratarse de un artículo originariamente aparecido en Londres, en el Boletín del Instituto Español.

referencias al tema, se citarán solo los ejemplos significativos por su capacidad de influencia y liderazgo.

Ya en enero de 1927, meses antes de la famosa polémica del meridiano, A. Fabra y Rivas reflexiona sobre el concepto del “Iberoamericanismo” en la *Revista de las Españas*. Considera que España y Portugal son las responsables de haber transmitido a Iberoamérica la tradición y las enseñanzas grecorromanoárabes, las cuales constituyen el profundo sentido del Iberoamericanismo: una prolongación de su propia personalidad que les permite eternizarse en las jóvenes tierras de América (60). Se trata de una versión del mito del Nuevo Mundo, el continente donde Europa puede recrearse, que ya hemos visto de la mano de Edmundo O’Gorman.

Al mismo tiempo, Fabra y Rivas subraya la necesidad de España de “concentrarse en sí misma hasta llegar a encontrar su propio genio y conocer su propio destino (63) para lo que debe estar en continuo y estrecho contacto con los países de su lengua gracias a una Sociedad de naciones (64): a pesar de la aparente paradoja, no hay contradicción entre retraerse en sí misma y estar en contacto con las naciones hispanoamericanas, puesto que, en esencia, son lo mismo.

El Sol, en el 8 de junio de 1927, se postula abiertamente contra la designación de ‘Latinoamérica’ en el artículo así titulado, aprovechando las manifestaciones del diplomático peruano Federico Alfonso Pezet en representación de su país en la Conferencia Comercial Panamericana de Washington:

Nos desagrada la manera inexacta como nos tratan los norteamericanos en su literatura corriente, en sus textos de escuela y, en los periódicos cuando se refieren a una nación del Continente que no sea la de ustedes (5).

Afirmando que son las propias naciones americanas las que están en desacuerdo con la nomenclatura, consiguen hacer más amplia y extensiva la reivindicación denominativa.

En octubre del mismo año y desde *ABC* (6-10-1927), en sus “Páginas hispanoamericanas” y bajo el apelativo de “Una iniciativa plausible”, se recoge la proposición de Juan Cebrián, cuya posición al respecto ya hemos detallado, en ocasión de la celebración de la Fiesta de la Raza “que todos los españoles e hispanoamericanos presten juramento solemne de no usar nunca las palabras Latinoamérica e Iberoamérica y sus derivadas, sino solamente Hispanoamérica y sus derivadas, e hispanoportuguesa” (27).

El nombre de Cebrián y su “propuesta” serán mentados por varias publicaciones. Así, un año más tarde y desde *El Sol*, el editorial de la edición del 4 de febrero de 1928 y con el significativo título de “El nombre ‘hace a la cosa’”, se comentan las opiniones del coronel García Caminero, miembro de la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz, y de Juan C. Cebrián. El coronel, en su reciente *El problema hispanoamericano*, indica que la inmensa mayoría de los españoles que se interesan en esta cuestión, “concede importancia al nombre con que debemos designar a aquellos pueblos de origen español y repudia el de ‘América latina’. Defiende, en cambio, el de ‘Iberoamérica’” (1), mientras Cebrián rechaza igualmente este último. El periódico se posiciona: “nuestro anatema no es igualmente resuelto contra los dos; pero tampoco admitimos otro que el de ‘Hispanoamérica’ o América española” ya que el de América latina es vista como un arma italianofrancesa “para suplantarse la influencia española en América” (1) y se enorgullece de ser, como Cebrián había avisado, “el único periódico español que ha proscrito de sus columnas desde hace mucho tiempo el nombre de América Latina. No por el nombre sino porque el nombre es un atentado a la influencia de España” (1)¹⁶⁹. Del mismo modo, cita las actuaciones y posicionamientos oficiales de

¹⁶⁹Según A.M. Espinosa en su artículo “El término América Latina es erróneo” publicado en la revista *Hispania* en septiembre de 1918 y transcrito en el opúsculo *Nuestra raza es española, El Sol desterró de sus columnas el nombre de América Latina en enero del mismo año 1918*, justo después de haber publicado las cartas de Menéndez Pidal (del 4 de enero) y de Mariano de Cavia (del 5 de enero)

varias instituciones españolas en pro del de Hispanoamérica, como las de la Academia de la Historia en 1926 o en 1927, la Dirección General de Bellas Artes y la Academia de Cádiz (1). Finaliza el editorial afirmando que dicha reivindicación está absenta de acritud “para los competidores de nuestro influjo en América. Pero sin olvidar que, aceptando el nombre que los demás ponen por su interés a las cosas, aceptamos las cosas insensiblemente” (1). De nuevo, la importancia de los nombres.

También *La Vanguardia*, en su artículo “Depurando un concepto” del 4 de julio de 1928, menciona otra vez a Juan C. Cebrián y a su petición, esta vez ya oficial, -junto a Francos Rodríguez y Blanca de los Ríos, entre otras personalidades-, de vetar los vocablos Latinoamérica a Iberoamérica en pro de Hispanoamérica:

se acordó redactar un documento que firmado por los reunidos y otras personalidades será elevado al gobierno en solicitud de que se impida que en los documentos oficiales aparezcan las palabras latinoamérica e iberoamérica y sus derivados en detrimento del nombre de las dos naciones civilizadoras: España y Portugal (16).

En enero de 1929 (11-1-1929), *El Sol* se hace eco de la visita a Primo de Rivera por parte del ministro el Uruguay Fernández Medina, junto a Blanca de los Ríos, Francos Rodríguez, Altamira y Casares Gil, y de su propuesta, acompañada de argumentación escrita y del supuesto respaldo y simpatías de “muchos países hispanoamericanos” de

sustituir la denominación de ‘iberoamericano’ en todos los asuntos oficiales por la de ‘hispanoamericano’, entendiendo que se ajusta más esta última a la verdad histórica y al porvenir de las relaciones, materiales y espirituales, entre España y la América de habla hispánica (1).

Dicha noticia se acompaña de una nota de la Editorial en la que se expone la posición del rotativo al respecto y que ya habíamos anunciado:

N. de la E.— Mucho nos complace que esa feliz iniciativa—en favor de la cual tanto hemos escrito desde que el Sr. Cebrián la expuso en América—haya sido llevada a la Presidencia del Consejo con la adhesión expresa de un ilustre diplomático hispanoamericano, el Sr. Fernández

oponiéndose fervorosamente y argumentada a dicha “ofensiva” denominación. Ambos intelectuales subrayaron la exclusividad española en la creación de la sustancia espiritual hispanoamericana, mientras que Francia e Italia habían ejercido solamente una influencia superficial (Pike 198).

Medina. Permítasenos en esta nueva oportunidad insistir sobre la conveniencia del término "hispanoamericano", único veraz entre los que circulan en el libro y en la Prensa queriendo denominar a la América de habla española. Una cuidadosa atención con el contenido de algunas palabras de la trascendencia de esta hubiera llevado a todos a desterrar las falsas denominaciones de "iberoamericano" y "latinoamericano". Esperamos que el Gobierno lo comprenderá también así. (1).

De forma casi paralela, *ABC* (18-1-1929) recoge la misma “petición patriótica” dentro de sus “páginas hispanoamericanas” y que, afirma, es afín a la campaña realizada por el mismo periódico:

Decir Iberoamérica, sobre ser falso el nombre y con él borrar al de España, en aras de una equivocada fraternidad que no se logra, ya que tampoco resalta el de Portugal, es continuar en el error casísimo que evidencian las designaciones de Latinoamérica y América Latina, que rutinariamente usan todavía muchos diarios españoles y escritos por españoles (11).

Igualmente en febrero de 1928 (18-2-28, p.3), *ABC* recogía el pensar de José M. Salaverría desde Buenos Aires, y su lamento sobre la creciente difusión y utilización del apelativo Latinoamérica en detrimento del de Hispanoamérica e Iberoamérica, que considera desaparecidos de la circulación, justo cuando más falta y con más justicia y propiedad hacía falta que circularan (3). Así, en la reunión del Círculo de la Prensa para fundar un organismo hermanador de los países americanos, se ha elegido el uso de “latinoamericanos”. Siendo culpa de los “yanquis”-, que han dejado a sus hermanos menores del continente “perplejos y desvalidos, luchando sin éxito entre una creciente confusión de nombres (...) y de los propios hispanohablantes, que han terminado sustituyendo “el nombre de hispanoamericanos y de América Española por el de latinoamericanos y América Latina. Significa, como se ve, la segunda expulsión de España, del continente que ella descubrió, pobló y civilizó” (3). Dicha maniobra es aprovechada por italianos y franceses como un “espléndido negocio” y una tragedia para los americanos, ya que antes

eran españoles de América, lo que es ser algo. Así podían formar un bloque recio y bien definido frente a una América anglosajona y frente a la política dudosa del Brasil. Pero han preferido diluirse, en ese vago, elocuente y vetusto nombre de latino, lo que equivale, por exceso de ambición, a no llamarse nada (3).

En el mismo 1928, pero en la *Revista de las Españas*, Francisco Anaya Ruiz atacaba igualmente al panamericanismo y el latinoamericanismo. Para el autor, el panamericanismo resulta antagónico a los fines e intereses del hispanoamericanismo y el latinoamericanismo es una maniobra con ansias de dominación por parte de Francia (433). El hispanoamericanismo cuenta con las ventajas de la consanguinidad racial y de la unidad idiomática y para poder funcionar necesita crear organizaciones poderosas en todos los países ibéricos (434), con lo que alaba el proyecto de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, como una oportunidad de establecer un programa de conjunto (434).

En noviembre-diciembre de 1930 de *Raza Española*, Gervasio Artiñano, vocal del Real Patronato del Museo Naval, publica un artículo no sobre el nombre de los países hispanohablantes, sino sobre el nombre de América en sí. Realiza una retrospectiva histórica de su origen y expansión y no duda en tildarlo de “universalmente reconocido como la mayor de las injusticias históricas” (3), no siendo aceptado oficialmente por España hasta el siglo XVIII. Sobre la autoría del descubrimiento, señala su españolidad, puesto que incluso Américo Vespuccio se naturalizó español en 1505, por lo tanto, “América es el nombre de un español; español al servicio de España” (4). Menciona los otros nombres con que era conocido el continente americano, como el de Tierra Firme, Indias Occidentales, Nuevo Mundo, Nuevo Orbe, siendo estas dos últimas las más antiguas y usuales (11).

Las reflexiones y el intenso debate sobre el nombre de América disminuyen extraordinariamente durante la década de los años 30 y principios de la de los 40. Isidro Sepúlveda hace coincidir esta época con el auge y posterior descenso del hispanoamericanismo progresista, habiendo visto que la mayoría de sus postulados son

absorbidos por corrientes más conservadoras y decepcionados ante la situación política inestable en España y América. Este hecho no justificaría la falta de reflexión sobre la nomenclatura, puesto que en buena parte esta provenía de filas reaccionarias, sin embargo, parece lógico que ante el convulso panorama interno, las relaciones - simbólicas y reales- con Hispanoamérica, queden en segundo lugar.

A pesar de ello, en septiembre de 1935 *Acción Española* transcribe la diatriba del Padre Andrés Mesanza contra el término América Latina, titulada “¿América Latina?” y publicado originariamente en la revista colombiana *América Española*. Igualmente, ya en plena guerra civil, el 9 de abril de 1937, *ABC* emplea Latinoamérica como mero sinónimo, hablando precisamente, del devenir de los exiliados políticos españoles en México:

Méjico rechaza a los fugitivos de la España leal”

El Comité de ayuda a los antifascistas españoles ha publicado un manifiesto que será profusamente repartido en todas las Repúblicas latinoamericanas recomendando al proletariado de América niegue su hospitalidad a los políticos españoles fugitivos o emboscados que desertan de los lugares de peligro con el pretexto de desempeñar misiones políticas o diplomáticas (13).

En cambio, justo al terminar el conflicto bélico ya encontramos un ataque furibundo contra el término, como vemos en el artículo “Misión americana de la juventud española”, que en octubre de 1939 y en *Destino* denuncia el vacío espiritual y la falta de originalidad de los pueblos sudamericanos y como intentan resolver equivocadamente dicha

pugna indecisión y vacío espiritual en la importación literal de lo francés y anglosajón o en ciertas caídas en casticismo localista. (...) Importa que la América española y no, latina, salga de esta situación, desarrolle, vigorosa, su personalidad y alcance puesto de protagonista en la historia (1).

Salida que solo encontrarán volviendo a lo español (1), empezando ya por el propio nombre.

Del mismo modo, en octubre de 1944, *ABC* muestra una actitud pareja cuando Manuel de Góngora, corresponsal de *El Mundo* en Buenos Aires hable del Congreso

Eucarístico y la Fiesta de la Hispanidad. A la hora de resumir la multiplicidad de actos celebrados en homenaje a la Raza, apunta las sesiones literarias y los “artículos y comentarios periodísticos en que se sustituye el incongruente y vago ‘Latinoamérica’ que se nos coló sin remedio, por el claro y verdadero Hispanoamérica.” (15)

Igualmente, Carlos M. Dávila plantea en *Mundo Hispánico* en junio de 1948, el nombre que debe darse a los países hispanohablantes de América, partiendo del rechazo al apelativo “latinoamericanos”. Si bien acepta que es el único que incluye a las veinte repúblicas no angloamericanas y que no ofende ni excluye a ninguna nación ni a las respectivas madres patrias (8), desmiente que las lenguas española y portuguesa puedan considerarse “latinas”, así como la existencia de una raza “latina”, siguiendo al línea de Menéndez Pidal y Cebrián. La palabra, agrega, es un artículo de lujo inventado en París y Estados Unidos que trata de excluir y ofender a España (8), al mismo tiempo que excluye a Haití. En lo que refiere al vocablo “iberoamericano, acepta que tiene casi todas las ventajas de “latinoamericano” y a la vez carece de muchos de sus inconvenientes, vinculando a España y Portugal (9). No obstante, en realidad, continúa, histórica y racialmente, Portugal no fue nunca ibérico, con lo que se excluiría a este país, y por extensión al Brasil, además de Haití (9). Por último, “hispanoamericano”, hace pleno honor a España y no ladea a Portugal puesto que era parte de la Hispania romana, pero no incluye a Haití ni Brasil, el cual rechaza el vocablo.

En una reflexión de características parecidas pero en la revista *Estudios Americanos*, José Antonio Calderón Quijano dedica en octubre de 1949 un artículo a las denominaciones del continente americano. Aunque no esté de acuerdo con la génesis del término América –ya hemos comentado la reticencia histórica española al nombre de América-, explica cómo este es finalmente aceptado en el siglo XVIII. Asimismo se detiene a analizar los numerosos delimitativos y complementos de este vocablo, que

responden a razones de tipo político, racial, lingüístico, geográfico, etc: Monroísmo, Panamericanismo, Interamericanismo, Latinoamericanismo, Indoamericanismo y Panhispanismo. Calderón Quijano considera que el Monroísmo peca de centripetismo e implica la exclusión de Europa, el Panamericanismo responde a una voluntad de imperialismo económico y sospecha intenciones de dominación por parte de un pueblo mayor, es decir, Estados Unidos; el Interamericanismo correspondería al utilitarismo y a los intereses económicos, el Latinoamericanismo a un imperialismo ideológico, además de ser un vocablo carente de sentido, creado por franceses e italianos para participar en el destino del continente; el Indioamericanismo se asociaría al imperialismo racial y es visto con cierta pedantería a la vez que es demasiado difuso, y por último, el panhispanismo supondría una negación del panamericanismo y al mismo tiempo “carece de significación propia, alambicado y artificial” (695)¹⁷⁰.

A nivel cultural apunta tres opciones para nombrar al subcontinente: Hispano-América, Luso-América e Ibero-América, las primeras haciendo referencia explícita a España y Portugal, mientras que la última supone una proyección peninsular conjunta (680). Y termina afirmando que

para nosotros el término más adecuado es el de América Española o Hispanoamérica cuando se trata de los pueblos evangelizados, poblados y civilizados por España. ‘Iberoamérica’ sirve si incluimos el Brasil (...) el primero de los dos vocablos será más corriente, de mayor empleo, y de mucha más vasta significación. No hay diferencias esenciales entre España y Portugal, y existe por el contrario una imprescindible comunidad espiritual (699).

Florentino Pérez Embid reflexiona sobre la importancia y las consecuencias de la nomenclatura para poner luego su pensamiento al servicio de la ideología oficial franquista propia de *Arbor* (“Conceptos históricos de la formación de Hispanoamérica”). Así pues, considera que

los nombres de las cosas, cuando están bien puestos, llevan dentro la esencia de lo que expresan, y por eso en los estudios históricos cambia en las distintas épocas la manera de designar un

¹⁷⁰ Cabe indicar que el uso del término panhispanismo por parte de Calderón Quijano no tiene que ver con el posterior de Isidro Sepúlveda que utilizamos como término teórico en nuestro análisis.

mismo fenómeno; en cada tiempo, la historiografía da a los hechos ya fijos en el pasado un nombre cambiante, porque lo que cambia es el criterio del historiador ante ellos, su manera particular –y la general del momento a que él pertenece y representa- de concebirlos y encuadrarlos en la visión sistemática del complejo histórico (212).

A partir de ahí, rechaza denominar “conquista”¹⁷¹ la presencia histórica de España en América salvo en tres o cuatro situaciones, y plantea en su lugar el esquema de descubrimiento, exploración y ocupación, pacificación y población -o organización del territorio- y por último, la expansión geográfico-cultural (216). Hispanoamérica es, pues, “el vocablo legítimo para designar la mitad de América que está al sur del río Grande del Norte” (213) y que está siendo en la actualidad arrinconado por el ilícito América Latina (213).

Carlos Callejo, en el artículo “Latinoamérica, equívoco malévol” de *La Vanguardia Española* del 22 de septiembre de 1951, defiende la importancia de los nombres, puesto que “el nombre hace a la cosa, contra lo que asegura el dicho corriente” (4). En cuanto a “Latinoamérica o América Latina es un ejemplo de estos nombres con ejecutoria de bastardía y que acaban por bastardear el concepto. Un nombre disparatado” (4) desde el todos los puntos de vista: raciales -pues no existe tal raza latina- filológicos, etc- Se trata de una reivindicación italiana y francesa que “sirve simplemente para deslucir la gloria impar de España en apellido genérico que los englobe a todos” (4).

Como nota significativa, observemos que Callejo también alude, de paso, pero no por ello sin importancia, al “fraude histórico” representado por la voz ‘América’, fruto de la malevolencia e ignorancia (4).

Igualmente, Braulio Díaz Sal en *El Correo Literario* del 15 de abril de 1953, defiende los apelativos de Hispanoamérica e Iberoamérica para atacar efusivamente el

¹⁷¹ El término conquista haría alusión en su época a la conquista espiritual, temporal y político-social (213).

nombre Latinoamérica, acusándolo de maniobra antihispánica por parte del maniobrerismo anglo-francés que no puede tolerar que España conserve las esencias permanentes del espíritu. Asegura que España no tiene ninguna intención imperialista ni pretende ganar nada material, sino que son los lazos comunes entre los pueblos hispanos, “de estas tierras regadas con hidalga sangre española, que aun rezuma en todos sus rincones, como símbolo glorioso de una vigorosa estirpe superior” (9), los que llaman a una misión común de elevados fines (9).

César Pacheco Vélez explica en el verano de 1953 y en *Arbor*, el presente de los conceptos de panamericanismo e hispanoamericanismo. Siguiendo y citando a Mariano Aguilar, considera superado el cariz imperialista del panamericanismo y los postulados monroístas sustituidos por la nueva doctrina de la solidaridad continental (377). Así pues, valora positivamente el panamericanismo, como una “verdadera asociación de Estados, ‘un consorcio de potestades, dirigido al proyecto pacífico del continente en función de los grandes destinos humanos” (378). No obstante, duda de que esta entidad responda a la evolución y circunstancias del mundo actual y discrepa de algunas de sus orientaciones y expresiones y postula la “creación urgente de una nueva fuerza” (380). Hispanoamérica, esta deseada nueva fuerza, se encuentra en una encrucijada con cuatro potencias exteriores que solicitan su amistad: Estados Unidos, el comunismo, Francia y la Península Ibérica, y otros obstáculos como distintos sistemas políticos, un agnosticismo liberal heredado de la Revolución francesa y las dificultades de creación de un intercambio económico a gran escala (381).

En el mismo año 1953 pero en *Cuadernos Hispanoamericanos*, el nicaragüense José Coronel Utrecho defiende la unidad entre países hispanos bajo el apelativo de América Española, la cual

nunca ha sido una idea, ni la realización planificada de un sistema de ideas, sino una viva realidad popular y cultural prácticamente inalterable desde” la Conquista. “con millares de pueblos de millares de lenguas, formando con todos una sola, una enorme, una extraña

amalgama racial y espiritual con una misma lengua, la de Cervantes; una misma cultura, la europea, y con una sola religión, la de Cristo (175).

Es pues la Hispanidad, formada por la lengua española, la cultura europea y la religión cristiana, la que confiere unidad supracontinental a unos territorios con diferencias étnicas, raciales y políticas (176), y la que permiten considerarlo como “la España americana” (182).

Otra crítica al latinismo es la publicada en julio de 1954 en *Mundo Hispánico* y de modo anónimo –quizás precisamente por su ligero ataque a la Hispanidad-. Se apunta que la misma Hispanoamérica va adquiriendo conciencia de su ser político y de su especificidad, que es el principio de la regionalidad y no el de la latinidad o la Hispanidad (9). Asimismo, se añade que si bien la idea de una Unión Latina es una

empresa de comprensión y cooperación entre los pueblos, no creemos que ella pueda constituir, en ningún caso, una verdadera anfictionía de carácter cultural, económico o político. Pero puede ser, en cambio, un centro de coordinación de esfuerzos concretos frente a las situaciones concretas que afecten al legado latino (9).

En el marco de la reanudación de las relaciones internacionales por parte de España –lento avatar después de la guerra civil-, observamos los contactos con Brasil en la visita del presidente electo brasileño a España. Englobada bajo el generoso sintagma de “confraternidad hispano-brasileña” del 2 de enero del 1956 de *La Vanguardia Española*, se magnifica el papel de España en América y, lógicamente dadas las circunstancias y el interlocutor, se defiende el nombre de Iberoamérica:

España y el Brasil tienen mucho de común. Para España el Brasil es uno de esos países donde la geografía da la cifra exacta de su magnitud que se ha levantado en Iberoamérica –nunca Latinoamérica- por encima de sí misma hasta la categoría de Estados independientes con voz y voto, potente voz y voto decisivo, en el concierto internacional de naciones libres. Y ese levantarse, ese levantarse hasta una categoría decisiva y personal, es orgullo de la nación que un día fue madre de un continente y hoy es hermana, en un plano de absoluta igualdad, de ese continente que recibió de España la primera legislación revolucionaria, ortodoxamente revolucionaria, en las Leyes de Indias, fabuloso compendio de libertades, igualdades y hermandades, encuadradas, eso sí, en el oro de una católica concepción del mundo (3).

Asimismo, “España es para el Brasil Península Ibérica, cuna. Patria, Identidades y similitudes raciales e históricas en trayectoria paralela a la de Portugal.” (3).

Octavio Paz en *Mundo Hispánico* de marzo de 1956 también arremete contra el vocablo Latinoamérica. A la vez que critica el silencio de los propios gobiernos americanos ante sus problemas políticos, culturales y económicos, rechaza el apelativo entendiéndolo como una

denominación equívoca y que no fue inventada por nosotros, son por aquellos que, de una manera u otra, han querido hacernos olvidar nuestra relación entrañable con España. En realidad, debemos llamarnos hispanoamericanos o iberoamericanos (6).

Del mismo modo *La Vanguardia Española* refleja las palabras y el pensar del poeta mexicano el 4 de abril de 1956 en “Mesa de redacción”, aunque esta publicación transcribe también la opinión de Paz sobre la llegada en sí de los españoles al continente – con ciertos paralelismos con el pensamiento de O’Gorman, aunque en una línea de pensamiento distinta y pro España-, y afirma que

no debe hablarse de un descubrimiento de América, por la sencilla razón de que no existía eso que llamamos América. Los indios se sentían ligados a un suelo, a una ciudad y a un jefe local, no tenían noción de su unidad continental. ‘el régimen colonial –apunta el mejicano- al mismo tiempo que les abría la posibilidad de pertenecer al orden católico universal, destruyó esa fidelidad local para darles una más vasta (...). En este sentido, puede afirmarse que Hispanoamérica, como realidad histórica, no fue sino una suerte de extensión de España. También y muy significativamente, fue uno de los lugares en donde podría realizarse algunos de los sueños europeos’ (8).

En cuanto a las denominaciones, considera a Latinoamérica como “equivocada, inventada ‘por aquellos que de una manera u otra, han querido hacernos olvidar nuestra relación entrañable con España’” (8).

Félix Guillermo Fernández Shaw propone otra vía de asociación y de nomenclatura cuando en 1957 y en *Cuadernos Hispanoamericanos* defiende el “interamericanismo”, en una tónica distinta a la ya mentada de Calderón Quijano. Según el autor, a la ya clásica –y demasiado simplista- idea de que la geografía es la base del panamericanismo y la historia del hispanoamericanismo, propone la vía del interamericanismo: así más que tener que elegir entre una unión con los vecinos del norte o el vínculo con Europa, la síntesis sería el interamericanismo, el auténtico

‘panismo’ americano (238). Sin embargo, se añade que es a España “a la que corresponde, en buena parte, la gloria de un posible florecimiento de conjunción interamericana en pleno siglo XX” (238).

Finalmente, en el número 117 de diciembre de 1957 de *Mundo Hispánico* se hace eco de la polémica entre Felipe Tredinnick-Abasto y Sixto Espinosa Orozco en el diario *El Caribe*. Mientras Espinosa se muestra partidario del término Latinoamericanismo y considera que solo las naciones que hablan castellano son hispanoamericanas, Treddinick-Abasto apuesta por Hispanoamérica “como ente de vital supervivencia para la Hispanidad” (48).

En resumen, la actitud y las opiniones expresadas en la prensa, y a pesar de proceder de voces de distinta afiliación ideológica, es bastante unánime: se rechaza el término Latinoamérica como una maniobra interesada francesa y antiespañolista y se defiende a ultranza la denominación Hispanoamérica, especialmente a finales de los 20 y en los 40 y 50, aunque se tolere –pese al denunciado equívoco histórico- el de Iberoamérica, e incluso en algunos casos, como instituciones, exposiciones y relaciones diplomáticos, se prefiera. De todos modos, dicho clamor público no impedirá que a partir de mediados de 1950, la utilización de término Latinoamérica como sinónimo del conjunto de países americanos de habla española sea cada vez más frecuente, en especial en la prensa diaria.

2.2.3.3. La lengua española

Otro de los temas recurrentes en las revistas culturales a lo largo del segundo tercio del siglo XX es el de la importancia de la lengua castellana como nexo de unión por excelencia de los países del llamado “Mundo Hispánico”.

La unidad idiomática fue objeto de un intenso debate en América durante el siglo XIX, al cual Carlos M. Rama se refiere como “la batalla del idioma”¹⁷², centrado en los problemas de la lengua castellana y de su uso en América (115). En plena organización de las nuevas repúblicas se enfrentaron, en palabras de Sepúlveda, los partidarios de “completar la independencia política de la metrópoli española con la separación del idioma castellano y los que propugnaban la continuidad en la lengua materna de la inmensa mayoría de los ciudadanos” (El sueño 69).

Resulta interesante para nuestro estudio que el mismo Sepúlveda aclare que

esta disputa sobre las lenguas nacionales acumuló el resentimiento de autores americanos por la indiferencia con que se contemplaban sus obras desde la Península, argumentando que la causa de ello era el desdén –cuando no el desprecio- español hacia América (El sueño 69).

Lo que significaría que ya en el siglo XIX hay voces que lamentan el escaso interés y atención de España para con las letras americanas. Quedará por ver lo que ocurre en el siglo XX.

Volviendo al siglo XIX, Sepúlveda explica que finalmente la Real Academia Española arrebató “el patrimonio de la lengua a España para transformarla en una lengua multinacional (El sueño 69) en 1866 y progresivamente se fueron creando academias correspondientes en los países americanos¹⁷³. La primera de ellas fue la colombiana (1871), aunque a finales de siglo, ya existían sedes en Ecuador, México, Salvador, Venezuela, Chile y Perú. A pesar de que dicha maniobra pueda parecer un

¹⁷² Para mayor detalle, ver el capítulo “La batalla del idioma” en Rama, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 115-160.

¹⁷³ Y es que en la “batalla” no solo estaba en juego la “unidad de la lengua castellana, su vigencia y consolidación en América, sino en el monopolio sobre la misma, ya fuera Castilla y Madrid, con su “casticismo literario y purismo gramatical” o bien se aceptara un/os uso/s de la lengua en América.

acto desinteresado y a favor de la pluralidad y la diversidad lingüísticas, dando voz a las repúblicas americanas, en el fondo, obedecía a una intención –con evidentes resultados–, de unificación y preservación del castellano, acotado por instituciones oficiales. Y es que a pesar de respetar las diferencias locales, el entramado de varias academias nacionales y una academia “madre” implicaba la colaboración mutua y por lo tanto, potenciaba la unidad. Narvaja de Arnoux y Del Valle¹⁷⁴ apuntan que al haberse convertido el español en el objeto discursivo preferente alrededor del cual se podía imaginar la comunidad panhispánica, en 1870

the RAE engaged in the creation of a network of subsidiary language academies in Latin America that would protect the quality and unity of Spanish and, most importantly, retain the right to manage the language within an institutional framework controlled by the Spanish corporation (132-133).

La importancia de la lengua como nexo fundamental y su valor integrador, al instituirse, además, como plataforma común de expresión es un relevante punto en común entre todas las corrientes del hispanoamericanismo, y era una idea ya defendida a ultranza por Miguel de Unamuno¹⁷⁵. Sepúlveda señala los valores psicológicos en tanto que medio de comunicación social y su función articuladora del pensamiento individual (El sueño 214). Igualmente, en la época de estudio, Antonio Macipe afirmaba desde *Mundo Hispánico* (Núm. 56 noviembre de 1952) que los mejores vínculos de unión entre pueblos hispanos son el idioma y el libro¹⁷⁶ (23). No es pues de extrañar que

¹⁷⁴ Los ensayos recogidos por José del Valle en la obra *A political history of Spanish. The making of a Language* analizan el estrecho vínculo entre idioma, política, historia e ideología, partiendo de la teoría según la cual la lengua es una construcción social basada en metadiscursos e ideologías. Del Valle puntualiza que “Spanish is approached as a discursively constructed political artifact that, as such, contains traces of the society in which it is produced and of the discursive traditions that are involved – and often even invoked– in its creation,” (“Language, politics”18). Volveremos a insistir en las tesis defendidas por esta obra en el apartado 4.2.3.

¹⁷⁵ En este sentido, leer por ejemplo a Monteagudo, Henríque. “Spanish and other languages of Spain in the Second Republic”. *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 106-122.

¹⁷⁶ Hablaremos de la situación concreta del comercio del libro en el apartado 3.2.1.1. Al mismo tiempo son dos elementos, lengua y libro, básicos en nuestro estudio, ya que ambos confluyen en la literatura, cuya recepción en España es el tema de nuestra tesis.

se llevaran a cabo una serie de medidas destinadas a fomentar el uso de la lengua castellana: se potenció y fortaleció la alfabetización y la educación primaria, pero también algunas de las actividades y eventos del propio movimiento hispanoamericanista, como el soporte a la investigación a nivel académico y con la movilidad transoceánica de estudiantes y profesores e incluso libros, respondieron a este objetivo. Con todo, el número de hispanohablantes era muy considerable –más de cien millones en la época-, en contraste con la escasa importancia del idioma en el ámbito de la ciencia y de la cultura internacional.

2.2.3.3.1. El panegírico

La actitud y la opinión de *Raza Española* serán, previsiblemente, un fiero alegato a favor de la unidad idiomática. Citemos dos ejemplos. El primero, en el número 129-130 de septiembre-octubre de 1929, cuando se publica el editorial “Por nuestra lengua”– que tiene, evidentemente tras ella, la eminente directora de la revista- y que habla del castellano en términos religiosos y étnicos:

nuestra lengua, verbo augusto de España, consagrada por monumentos insuperables, que no solamente es alma colectiva de nuestra gran familia de naciones, sino arteria caudalósísima por donde circulan, con el ímpetu generoso y la potencia asimiladora de la sangre común, los más pingües y vitales intereses de los pueblos hispánicos: los del origen y la tradición, que mantienen viva la continuidad étnica de la descendencia española, y los de la vida actual, imperativa y apremiante, que han de resistir el asalto de las competencias codiciosas y han menester de un núcleo unificador y de una fuerza común. Para la difusión y defensa de los inmensos intereses morales y materiales de la estirpe, no hay vehículo ni fuerza impulsora y expansiva como la lengua, que es fuerza intelectual, viviente y animadora, fuerza del espíritu (22).

El editorial comenta el proyecto de García Mansilla, Embajador de la Argentina, de fundar una Asociación Cultural Hispanoamericana para conservar el idioma, considerado como

noble anhelo, ya tradicional en los grandes escritores hispanoamericanos, no es una predilección fortuita; es algo tan hondo como un instinto, como el instinto de conservación de la estirpe, cuya continuidad histórica, cuyas nacionalidades y cuya alma colectiva son una cosa con la lengua y en ella residen y animan. No por casualidad, sino para el cumplimiento de una misión providencial, nacieron en la América española los grandes filólogos modernos, Andrés Bello, Rufino José de Cuervo y Miguel Antonio Caro; y actualmente, dos argentinos que no teorizan pero que predicán con el ejemplo: Ocantos (...) y Larreta, que ha transfundido a las letras argentinas una generosa vena de castecismo español en su ya clásica *Gloria de Don Ramiro*, y desde las páginas de *Zogoibi* ofrece a nuestro Diccionario un caudal vivo de criollismos y localismos de su patria (23).

Al incluir la misma Hispanoamérica en el discurso y anhelo unionista, se dificultan las posibilidades de crítica y de acusación de imperialismo cultural.

Finalmente se transcriben las palabras del mismo embajador, para el cual la lengua es el tronco del hispanoamericanismo, sin el cual devienen extremadamente difíciles “las relaciones comerciales, la recíproca simpatía y la comprensión política, los acercamientos de carácter social, toda la euritmia del Continente” (26). Su proyecto de Asociación se concreta en iniciativas de fomento del uso de la lengua a nivel de educación primaria, así como a intensificar su estudio y promover actividades como juegos florales y premios literarios (29).

La misma defensa apostólica de la lengua es expresada en el discurso de recepción de Fernando de los Ríos y de Guzmán en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y en la contestación de Emilio Llach y Costa, y que *Raza Española* recopila en su número 143-144 de noviembre-diciembre de 1930, bajo el artículo “El idioma español, “nexo de dos mundos”. Así, el primero asegura que

el idioma español, la ígnea lengua de España -llamarada de ideas- nos une más estrechamente que los vínculos de la sangre y que hasta los del espíritu; más que las paridades de la Historia; más que las velas de los galeones y las chimeneas de los buques (38).

Y el segundo, continúa el panegírico clamando que

Hablar del lenguaje, síntesis y compendio de nuestro ser, condensación de todo nuestro espíritu, traducción viva de todos los anhelos y de todas las ansias, que acerca a los hombres, que borra sus diferencias y que junta razas y naciones y las funde en la llamada encendida y cordial del verbo; que con sus resplandores hace de la variedad inmensa de sentimientos, aspiraciones y creencias una sola alma y una suprema idealidad, es empresa para ser abordada tan solo por

quien cuenta con los arrestos y dispone de los elementos que halla a su alcance el académico que llega y que por todos es recibido con tanto contento y regocijo (47).

También en 1930 A.G. expone desde *La Gaceta Literaria*, -y con una actitud bastante alejada a la De Torre en la misma publicación en la ya mentada polémica meridianista-, la importancia y vitalidad del español expresando los vínculos entre lengua e imperio:

aquel imperio asombroso donde no se ponía el sol, se ha convertido en un magnífico reino espiritual: el reino de la raza hispánica y del idioma castellano (...) España y la América nacida al calor de su espíritu y al fuego de su sangre, continúan formando un bloque unido por el indisoluble vínculo de la raza y de la lengua. No ha habido, por consiguiente, ninguna puesta de sol (247).

En cambio, con un talante muy distinto, se expresa Luis Trabazo en *Índice* veintiséis años más tarde en el artículo “Si conocer es amar...” que aboga por mejorar el conocimiento español de América:

en el caso de España y América, hay algo más que pueblo y pueblo, es decir: que si se tratara de otros pueblos cualesquiera; pues hay la hermandad de la historia común en tantas cosas, de la tradición y de la cultura común, y, sobre todo, de la lengua. Aunque todo muriera, mientras la lengua hermana permanezca viva habrá siempre un lazo profundo, entrañable e irrompible de sentimiento y, por su medio, de comprensión, acercamiento y afinidad (7).

2.2.3.3.2. El uso “correcto” de la lengua

Un ejemplo de debate sobre el uso correcto de la lengua es el acaecido tras la aparición del cine sonoro. Este, por su potencial influencia en los usos sociales, la educación y la propaganda, generó una nueva polémica en el mundo hispanohablante y puso sobre la mesa las diferencias idiomáticas entre dicha comunidad. Por parte de los hispanoamericanistas, fue contemplado, como señala Sepúlveda, desde dos dimensiones

opuestas: como un nuevo peligro de debilitación de la cultura hispánica transoceánica y al contrario, como una nueva vía de afianzar dicha comunidad mediante el conocimiento mutuo (El sueño 222).

Así, el 18 de enero de 1930 los principales productores hollywoodienses llegaron al acuerdo de doblar las películas en el castellano de España, lo que obtuvo el rechazo entre importantes sectores argentinos y mexicanos que acusaban, cita Sepúlveda, a la Academia Española y a los escritores peninsulares, de “pretender asumir la dirección intelectual y la tutela moral de los países hispanoamericanos” (El sueño 222). Dicha controversia terminó con la reunión del 6 de diciembre de 1930 en San Francisco, promovida por el cónsul español en la ciudad norteamericana, con sus iguales de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela y con la firma a favor de la unidad de la lengua y de la versión española de la misma. Destacó la ausencia de México, contraria a la resolución tomada. *La Gaceta Literaria* del 15 de abril de 1931, -un día después de la proclamación de la Segunda República-, nos informa del acta:

El idioma español presenta una unidad completa en todas las naciones que lo hablan, salvo las pequeñas diferencias dialécticas que son peculiares a las distintas regiones de las mismas. El idioma español que hablan las gentes de la América-hispana es tan gramaticalmente correcto y castizo como el que hablan en España esa misma clase de personas” (107).

Aparentemente, pues, la lengua española se presenta en igualdad de condiciones y valor en ambos lados del Atlántico. Sin embargo, las otras dos conclusiones de dichas actas desmienten el párrafo anteriormente citado:

2ª Consignamos como una bella aspiración la de que todos los países que hablan nuestro idioma acomodasen su pronunciación a la normal española. Siendo el cine parlante uno de los mejores medios para obtener esta uniformidad del lenguaje hablado, sería de desearse que los actores que en las cintas sonoras tomen parte, acomodasen su pronunciación a la más pura y castiza (...).

3ª Existen en los países hispanoamericanos, como existen en las diversas provincias de España, acentos y modalidades peculiares a cada región, que no pueden admitirse en las cintas habladas, a menos que se trate de caracterizar personajes de esos mismos países o regiones” (107-108).

El español de América es tan correcto como el español peninsular, pero el primero no puede tener lugar en las películas sonoras, bajo el pretexto de “pérdida de uniformidad”, puesto que solo se acepta la versión de la meseta, la “más pura y castiza”. De hecho, la supuesta “corrección” de la lengua, como veremos, se convertirá en una constante. Al mismo tiempo, hablar de corrección y de igualdad, ya implica de algún modo la posibilidad de desigualdad y de “incorrección”. España se considera la más adecuada, y de hecho la única, autorizada para decidir lo que es y lo que no es correcto en términos lingüísticos, escudándose ya sea en ser “madre”, origen, fuente o bien en la larga tradición literaria castellana. América solo habla un castellano conforme si lo dice España, o aún mejor, si usa el español de la España central.

Igualmente el artículo de *la Gaceta* expresa el sentir de los cónsules para con España: la “gran admiración, cariño y respeto que nos inspira nuestra gloriosa madre a cuya raza nos enorgullecemos de pertenecer” (108). Queda patente, pues, la actitud sumisa y subyugada a España de dichos diplomáticos americanos.

Otra de las cuestiones que podía poner en peligro la “unidad idiomática” y también relacionada con su uso “correcto”, será la independización lingüística de los países americanos. Veamos algunos ejemplos.

En marzo de 1928, *España y América* publica la carta de Alfonso Fernández del Castillo, Interventor de Hacienda de Cádiz dirigida al entonces embajador español en Argentina, Ramiro de Maeztu, titulada “El idioma castellano en América”, y en donde expresa alarmado que “nuestro idioma en América española va desapareciendo entre la grande confusión producida por los múltiples lenguajes que allí concurren” (27). Señala como enemigos del castellano las ansias de “gran cantidad de maestros que sueñan con las justas y positivas grandezas de su patria, y como complemento sueñan con el idioma propio, con propia literatura” (27), así como la importante colonia “italiana y francesa

que desea el triunfo del latinismo en bien de sus respectivas naciones” (27) y, finalmente, los intereses norteamericanos que pretenden ensanchar, gracias al inglés, su hegemonía en el continente. Para combatir esos peligros, es necesaria una organización efectiva y fuerte, y de estímulos como premios, publicaciones, etc. Entre las iniciativas destaca la de que “el día de la Fiesta de la Raza, llegara a manos de los niños hispanoamericanos el texto de la Gramática Castellana, como presente de amor que en tan señalado día les ofreciera la antigua Madre Patria” (27). A señalar, en una publicación que defiende un “hispanoamericanismo práctico”, la paternalista alusión a una Madre Patria que entrega a sus “hijos” –y entre ellos, a los niños- el texto a seguir, para su correcta educación.

La Gaceta Literaria del 15 de julio de 1928 publica el artículo de Jorge Luís Borges, “El idioma de los argentinos”, que denuncia la existencia de dos deliberaciones opuestas, la pseudo-plebeya y la pseudo-hispánica, que dirigen la escritura contemporánea y de la que son notables excepciones tanto Eduardo Schiaffino como Güiraldes (2) y propone una tercera vía:

Muchos, con intención de desconfianza, interrogarán: ¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación argentina? Yo les respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir (2).

La diferencia no está en el léxico específico ni en su significado, sino en el ambiente y las connotaciones de las voces (2), lo que da un sabor único a “el idioma argentino” sin que por ello se ponga en cuestión la inteligibilidad y la unidad transnacional. No olvidemos que la polémica del meridiano está aún caliente y que Borges fue, precisamente, y desde *Martín Fierro*, uno de sus más fieros atacantes.

José María Salaverría, en la *Revista de las Españas* de octubre-diciembre de 1930, comenta la situación del castellano en América. A las voces que critican el maltrato o uso incorrecto de la lengua, asegura que en Argentina, “las personas que

nacieron en el país y que han recibido una seria educación escolar y universitaria, hablan un castellano correcto y corriente” (503), y así los diarios y los grandes escritores como Larreta, Lugones, Rojas, Capdevila o Gálvez. De todos modos, hace un llamado al cuidado del idioma:

puesto que la naturaleza nos ha unido en el mismo idioma, el deber y el propio interés (sin contar el amor), nos invitan a que todos, mancomunadamente, trabajemos por el decoro y el éxito de un lenguaje en el que se han dicho cosas de tanta sublimidad y belleza (505).

Guillermo de Torre reflexiona en *El Sol* del 8 de mayo de 1932 sobre el pasado reciente del idioma español en Argentina en “Nuestro idioma y la Argentina. Victoria Ocampo o el drama lingüístico de una época”. De Torre explica cómo “durante bastante tiempo ciertas clases sociales y algunos medios intelectuales mantuvieron una actitud desdeñosa, un concepto despectivo de lo español” (8) causado en gran parte por los mismos españoles: “Somos –o más bien son nuestros antecesores- parcialmente reos de este complejo de inferioridad hispánica, certero en su intención revalorizadora interior, pero perjudicial en sus alcances trasatlánticos” (8) Para cambiar esta situación, clama la rehabilitación del idioma y la cultura españoles en América. Destaquemos la alusión del autor a Enrique Larreta, considerándolo una de las pocas excepciones en este desdén a Enrique Larreta, “primer argentino en la revalorización y el acercamiento de España” (8).

En el segundo número de *Tierra Firme* (1935) aparecen las opiniones de Américo Castro en “Cuestiones lingüísticas de América”. Rechaza que el lunfardo¹⁷⁷ sea nada más que una “inútil y grave chiquillada” y asegura que

¹⁷⁷El diccionario de la RAE acepta dos acepciones del término lunfardo, una, como sinónimo de delincuente y una primera como “habla que originariamente empleaba, en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, la gente de clase baja. Parte de sus vocablos y locuciones se introdujeron posteriormente en la lengua popular y se difundieron en el español de la Argentina y el Uruguay” (“Lunfardo”). Existen distintas hipótesis sobre su génesis, ya sea como lenguaje carcelero utilizado por los presos para poder hablar sin que los guardias pudieran comprenderlos y otra que lo vincula a la oleada de inmigración europea –en especial italiana y española- de finales del siglo XIX, que fueron incorporando extranjerismos, a la vez que nuevos vocablos y también alteraciones en la pronunciación de palabras ya

quienes piensan con responsabilidad en el futuro de la Argentina saben y dicen que solo dentro del castellano –lengua de alta cultura– pueden continuar modelándose su fisonomía nacional. Rojas, Lugones, Larreta, Gálvez, Capdevila, Obligado, Gerchunoff, la Storni, Ghirardo, Luisa Israel, Borges y cien más que acuden al azar de la memoria (sin contar a los científicos y a los técnicos) figurarán en la literatura de lengua española, o castellana, según ellos prefieren (184).

Rechazando la asociación entre fronteras políticas y fronteras idiomáticas vincula al mismo tiempo los principales escritores argentinos con la tradición literaria castellana, tradición de prestigio. De este modo dignifica no solamente a los autores mencionados, sino también al mismo idioma español, lengua considerada de “alta cultura”.

Años más tarde, en octubre de 1948, J.E. Casariego escribe en *Mundo Hispánico*, en “Misión hispánica de la gran Argentina”, que “para mí, la Argentina de hoy es, tal vez más que ninguna otra, la ‘Nueva España del futuro’ (68). Sobre la lengua, asegura que el país rioplatense habla en buen español,

con su voseo, sus arcaísmos gratos, que ennoblecen y dan regusto a la lengua y a sus agudos modismos criollos. Un español, incluso, superior al que se habla en muchas regiones de la Península, donde predominan las formas dialectales (68).

El Correo Literario es una de las revistas que más se ocupa de la temática lingüística. Así pues, Antonio Oliver explica en agosto de 1950 que al intento de “crimen” contra la Hispanidad, es decir de la “muerte y corrupción del habla materna” castellana de las naciones americanas recién independizadas, sus propios habitantes “reaccionaron viril e inteligentemente”, aunque añade que dicho intento de “asesinato” hubiera fracasado igualmente al ser el “logos” de España ya imposible de desarraigar de aquellos pueblos (12). Para el autor, el logos, el habla, concede el tipo de nacionalidad

establecidas. En un principio asociado a los bajos fondos, rápidamente se vinculó con el tango y fue filtrándose en el lenguaje cotidiano de clases bajas y medias, hasta convertirse en un símbolo de identidad porteña, e incluso traspasar fronteras hacia otros países hispanoamericanos. No se puede considerar un idioma propio al carecer de sintaxis y de gramática sino que recibe la clasificación de habla o jerga. Con todo, en 1962 se creó la Academia Porteña del Lunfardo, dedicada a su estudio y difusión.

más alto y glorioso que puede extenderse por encima de nacionalidades individuales ligadas al “topos”, puesto que no “sabe de diferencia de razas ni de clases” (12). Es decir, que las fronteras políticas tienen un peso menor que las lingüísticas, siendo la lengua elemento constitutivo de la Hispanidad.

Manuel Fraga Iribarne, en verano de 1951 y en el artículo “El verdadero concepto de la Hispanidad” de *Cuadernos Hispanoamericanos*, defiende que “la unidad de destino de la Hispanidad lo es en la rica diversidad de españolidad, mexicanidad, etc.” (136) y que “el español es de todos, y más de quien lo hable mejor, sea Cervantes, Gallegos o Larreta” (136). Nos encontramos con un tono conciliador y pretensiones de igualdad idiomática entre todos los países hispanohablantes. Sin embargo, Fraga Iribarne alude a escritores prestigiosos y que se adecuan a la norma castiza.

En la misma revista y cuatro años más tarde, Pedro Laín Entralgo en “Lengua y ser de la Hispanidad” se muestra consciente de las diferencias y las particularidades de la lengua castellana en América: “desde hace varios decenios, el escritor hispanoamericano suele emplear la palabra vernácula con una grave preocupación por lo que ella es y representa en la realidad viviente de quien habitualmente la usa” (8), puesto que la “preocupación por la búsqueda de su identidad y autenticidad ha sido una constante en América y en su literatura”(8). Sin embargo, no duda en asegurar que los escritores hispanoamericanos aun haciendo figuración plástica de “ese nuevo modo de ser hombre” (7) –cita a Hilario Ascasubi, José Hernández, César Vallejo, Domingo F. Sarmiento, Manuel González Prada, Juan Montalvo, José Martí, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Jorge Icaza- han conseguido con su arte “enriquecer, agilitar y vigorizar con savias nuevas el cuerpo insenescible del idioma común” (6). Para el autor es claro que la Hispanidad, en tanto que región cultural cuyos elementos constitutivos son la lengua, la idea del hombre y el

hábito de sentir y de pensar, se alza con un gran vigor y ambición, junto a otras regiones culturales tales la Sajonidad y la Lusitanidad (12).

Citemos asimismo el artículo de Alberto Insúa “El pandero del idioma” aparecido en *La Vanguardia Española* del 18 de mayo de 1956, que critica la perseverancia de los intentos de escisión del castellano en Hispanoamérica, en especial en Argentina. Insúa insiste en

la perennidad de la lengua española en las repúblicas hispanoamericanas, en sus dos formas: la popular o local, con sus licencias, modismos y familiares no mayores que los usados en las provincias españolas, y la literaria o académica, sostenida ‘allá’ tanto como ‘aquí’ por escritores que merecen el calificativo de maestros (5).

Así, sin negar la existencia de variantes lingüísticas locales, como las rioplatenses, asegura que a pesar de la voluntad secesionista de algunos individuos, no se logrará alterar el “orden natural de las cosas”, mientras el “pandero del idioma” esté en manos de escritores de la talla de un Enrique Larreta, un Manuel Gálvez, un Arturo Capdevila, un José León Pagano, un Rafael Alberto Arrieta, un Ángel Battistessa, un Martínez Zuviría, un Francisco Luis Bernárdez, etc, y ejemplifica la veracidad de sus palabras y la fuerza del castellano con el hecho de que la descendencia de los inmigrantes italianos en Argentina, hable español.

También *La Estafeta* se hace eco del tema y en la sección “Valija del exterior” publica “El porvenir de nuestro idioma” (1957), la carta de José S. Molina desde la Argentina sobre el temor a la desintegración lingüística. Asegura que “en Argentina, y en general en toda Hispanoamérica, el lenguaje, a pesar de que se vio corrompido por la mezcla de los dialectos peninsulares, estuvo unificado desde el principio” (3). El idioma castellano, pues, evoluciona normalmente hacia la uniformidad, en parte gracias a la corriente migratoria española y a la vez, se enriquece con nuevas palabras. Finaliza sentenciando que “sin dármelas de profeta puedo asegurar que el provenir de nuestro idioma se vislumbra bello, tan bello como el de nuestro común destino” (3).

Tanto los artículos de Salaverría, Castro, Insúa, Casariego, De Torre, y las palabras de Molina se refieren al caso argentino. Fraga Iribarne habla de un escritor venezolano y de uno rioplatense y Pedro Laín Entralgo enumera varios autores americanos, es decir, se refieren a la realidad de todo el subcontinente gracias a una operación metonímica de la parte por el todo. Al mismo tiempo, la insistencia en Argentina se debe a que es uno de los principales y primeros países en plantearse y proclamar su particular identidad nacional en todos los sentidos, entre ellos, el étnico y el lingüístico, y ya hemos hablado de las particulares relaciones hispanoargentinas. Asimismo, recordemos su papel protagonista en la polémica meridianista. De este modo, si Argentina habla un buen castellano, las otras repúblicas también.

No obstante, existen también voces alarmantes, como por ejemplo, la breve alusión al castellano de la Argentina realizado por Ángel Dotor al comentar la obra de Pedro Joaquín Chamorro en el número 234 de febrero de 1932 de *España y América* (“Dos novelistas de la raza”): Chamorro ostenta un estilo brillante y una dicción de gran pureza gramatical “que parece arrancada de la añeja solera castellana clásica, cosa por demás meritoria tratándose de aquel continente, donde si hay algunos buenos hablantes, tantos son los corruptores del idioma” (16).

O el artículo “El castellano de América y el ‘pasa la página tal’” de A.G aparecido en *España y América* de noviembre de 1935 y que es en parte contradictorio. Empieza subrayando la superioridad del castellano americano por encima del peninsular,

el idioma español que se habla en América es, en general, más correcto, en léxico e incluso en pronunciación, que el que se habla en España, a pesar de las ‘eses’ Y del dejillo lánguido y el ‘ánde no más’. No debemos olvidar que España no es solo Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, etc., y que las capitales y villas no son más que un oasis de cultura en el inmenso desierto de la ignorancia nacional (123).

Sin embargo, a continuación avisa de la existencia de “unos términos, que ‘se las traen’, aparte de otros que tienen una significación completamente trastocada y absurda” (123) que deberían ser corregidos por la Real Academia Española, que no cumple con su labor, y que pueden llegar a corromper el castellano ibérico, por lo que el peligro existe, y procede de América:

¿Por qué no lo hace? Si su papel es limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, que es el alma de la raza, ¿cómo abandona su deber?

Debe considerar, además, que la imperfección idiomática hispanoamericana concluirá por corromper el castellano en España (123).

También años después, Alejandro Sux en enero del 1955 y en *El Correo Literario*, exhibe su preocupación por el estado y el futuro de la lengua castellana en Hispanoamérica, amenazada especialmente por la influencia norteamericana -“¿Cómo puede admitirse que todo un continente repleto de futuro naufrague vergonzosamente en un mar de dólares?”- así como por los italianismos, aztequismos y anglicismos que fomentan la creación de “dialectos populares y nacionalistas alejados progresivamente del padre idioma español y que puede conllevar su desaparición como el latín.

Félix Restrepo, director de la Academia Colombiana de la Lengua, escribía en *La Estafeta* en septiembre 1956, el artículo “‘Señales de alarma’ en el idioma castellano”. A pesar del “alarmismo” del título, no teme por la desintegración idiomática, sino que llama a preocuparse más por la pureza lingüística en vez de simplemente defender su unidad. Pide, como ya había hecho Dámaso Alonso, que se establezcan unas “señales de alarma” que avisen en cuanto surja una cuestión filológica dudosa, lo que comportaría solucionarlo con la colaboración de las Academias de la lengua. Al no hacerse, “esta falta de ‘señales de alarma’ hace que, aún en el presente, el actual diccionario siempre sale viejo” (3).

En cambio, María del Rosario R.M. de Diogiovanni en octubre de 1958 y en *Mundo Hispánico* asegura, en un tono dramático, que “las deformaciones regionales y

las influencias foráneas nos llevan insensible, pero vertiginosamente, a una individualización lingüística” (22), una corrupción de la lengua que debe de dejar de ser observada pasivamente para empezar a actuar contra ella. Para la autora, “el primer paso debe ser formar la conciencia en todos –profesores y alumnos- de la necesidad e importancia de conservar ese vínculo” (22).

2.2.3.3.3. Defendiendo la unidad

El chileno Antonio de Undurraga se plantea en septiembre del 1952 en *El Correo Literario* a partir de los problemas relacionados con la libre circulación de libros entre los territorios hispanohablantes, la posibilidad y la necesidad de crear una verdadera patria de lengua castellana (1).

Las voces pro unidad de la lengua no solamente proceden de España, sino también de los propios países hispanoamericanos¹⁷⁸. Así pues, Eduardo Carranza, consejero cultural colombiano, expresa convencido en *El Correo Literario* del 15 de marzo de 1954 (núm. 92) como en Colombia se habla uno de los mejores castellanos del mundo y repite que, por encima de la nacionalidad colombiana y en parte gracias a la lengua, se encuentra la gran nacionalidad hispánica (1):

nuestro destino planetario, al ser hispánico, que entendemos como una profunda unidad y comunidad de pasado, presente y futuro. Unidad en Dios y en la lengua con que hablamos a Dios, de nuestros hombres, nuestras tierras y nuestros mares (14).

La misma idea es defendida en el artículo anónimo “Guión” del número 7 de noviembre de 1954 de *El Correo Literario* (2ª época), donde se asegura que desde la América hispana se realizan más estudios acerca del idioma castellano que en la propia España puesto que el despertar nacional derivado de las independencias políticas no

¹⁷⁸ Igualmente, ya hemos indicado que la Hispanidad no es un concepto ni un leitmotiv de exclusividad española sino que también es defendido en y desde América.

hizo sino agudizar la conciencia del tronco común con España y de pertenecer a la comunidad hispana (s/p).

En semejante tónica unitarista, en mayo de 1955 y en *Mundo Hispánico* (“Hispanoamérica defiende el idioma”), se comenta que en la X Conferencia Interamericana celebrada en Caracas, “las Delegaciones hispanoamericanas trataron un tema propio y común: la defensa del español, que es su idioma oficial, su lengua culta y el habla individual de ciento diez millones de americanos” (9).

Pedro Sainz Rodríguez escribe en *Índice* a finales de 1956, “Ante Hispanoamérica”, donde rete homenaje a Menéndez Pelayo y su *Historia de la literatura*, asegurando que “la afirmación de la personalidad americana y la incorporación de su literatura a nuestro imperio lingüístico, son los dos ideales que iluminan la obra de Menéndez Pelayo” (7).

Asimismo, el ex ministro, acaba aludiendo al imperio:

Así como Nebrija consintió que su Gramática fuese presentada a los Reyes Católicos como un instrumento para la expansión de nuestro imperio, ‘pues la lengua fue siempre compañera del imperio’, así don Marcelino procuró un lenitivo a su amargura patriótica, poniendo al frente de su libro, como una bandera, unas elocuentes palabras del gran humanista Lorenzo Valla, recordando que allí donde vive la lengua todavía vive el imperio (7).

El Imperio como sinónimo de la propiedad común de toda la comunidad hispánica, motivo de orgullo y de unidad, pero que no deja de ser imperio, por lo que tiene de connotaciones bélicas, de acumulación de poder, dominación, aculturación y encabezado con un líder, que en este caso, no hace falta ni nombrar.

Otra muestra de la preocupación acerca de la lengua castellana y a favor de su unidad son los dos Congresos de Academias de la Lengua que se dan en los años cincuenta -1951 y 1956- y de los que se hacen eco las revistas culturales. En el primero, celebrado en México en 1951, España no participó, según *Cuadernos Hispanoamericanos* “a causa de los ataques del delegado del Gobierno de Méjico en la

ONU” (“Nuestra lengua milenaria”, junio-julio 1956)¹⁷⁹. A pesar de criticarse la existencia de distintas academias de la lengua castellana en vez de una sola y aglutinadora, -división calificada de “escisión” por *El Correo Literario* del 1 de julio de 1951 (“La Hispanidad difícil”, núm. 27)- la misma publicación narra que la mayoría de congresistas se postularon contra la disidencia, salvo Uruguay y Paraguay (7). Asimismo, *El Correo Literario* del 15 de junio de 1951 publica el discurso de clausura pronunciado por José Vasconcelos y titulado “En defensa del idioma. Los pueblos de Castilla, aristocracia para la especie humana”. Se trata igualmente de un llamado a la unidad y a la no fragmentación idiomática: “aquí fuimos llamados para fortificar el baluarte de la lengua, para añadir torres y cúpulas a la catedral de su grandeza, no para dispersarla en capillas de reproducido nacionalismo” (1). Muestra una clara defensa de la idea de la Hispanidad, tan apreciada en el franquismo, y el orgullo consecuente de pertenecer a una misma familia de lazos no solo lingüísticos, sino también espirituales: para el mexicano, los idiomas son una plasmación ágil e invisible de los espíritus y “hombre español es todo aquél que piensa en castellano” (1).

El segundo Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en Madrid en la primavera de 1956 –del 24 de abril al 2 de mayo-, reunió a las academias de Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay, Venezuela y la academia Argentina de Letras. Dicho evento es reseñado en distintos medios culturales como ya hemos visto en el apartado de “Eventos”, como *La Estafeta Literaria*. Desde sus páginas, Ernesto Salcedo, en el artículo de significativo título “Veinte naciones sin torre de Babel” (Núm. 41, 29 de abril 1956), ya enfatizaba la unidad y ausencia de discordia en el tema lingüístico:

¹⁷⁹ Ya hemos aludido al I Congreso de Academias de la Lengua y a la no participación española en el apartado 2.2.2.9.

Si la unidad es el símbolo de la fuerza, para un idioma es el símbolo vital de su existencia. Para la comunidad hispánica, el idioma es algo más que el instrumento de comunicación social. Cuando los congresistas estén defendiendo y apoyando esta unidad fundamental del idioma español, estarán apoyando y defendiendo la existencia y la protección real de una cultura, de una civilización, de un estilo y de un pensamiento de común origen y de común raíz. De una cultura secular que tiene echada sus raíces en la cohesión espiritual que une y unifica a estos pueblos (1).

Igualmente, *Cuadernos Hispanoamericanos* le dedica especial atención en verano de 1956 (“Segundo Congreso de Academias de la Lengua”). Desde sus páginas se publica el debate sobre el mantenimiento o no de la unidad de las academias entablado entre los independentistas y los “unionistas”. Así pues, los secesionistas claman contra el coloniaje lingüístico perpetrado por España, exaltan los sentimientos nacionalistas de cada país y aluden a los sentimientos de inferioridad hispanoamericanos (236). De todos modos, la revista señala que como conclusión a dicho congreso, las Academias Hispanoamericanas se proclaman colegisladoras del idioma común y el americanismo voz y potencia de vigencia universal, que aspira a convertir al español en el idioma universal de mañana (237). Asimismo se plasman las opiniones de Pedro Laín Entralgo, Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Dámaso Alonso y del ecuatoriano Francisco Espinosa Pólit, todos ellos claros defensores de la unidad del castellano pero también de la necesidad de entendimiento y reglamentación comunes entre sus hablantes. La voluntad es que, como indica Laín Entralgo, la unidad sea norma y no cárcel (248). Igualmente, Gregorio Marañón, consciente de las transformaciones incesantes y vitalidad de un idioma, defiende que “el vasto idioma común, el castellano ecuménico, debe adaptarse a la vida diversa de los dos lados del mar” (269) y Dámaso Alonso considera oportuna la creación de un organismo interacadémico para impedir su fragmentación y garantizar su pureza (288).

Otros eventos destacados pro unidad de la lengua son las dos *Jornadas de Lengua y Literatura*, las primeras celebradas en Salamanca en 1953 con el apelativo de Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana, y las segundas, que

cambian el adjetivo “Hispanoamericana” por el de “Hispánicas”, en Santiago de Compostela el año siguiente y de los cuales ya nos hemos ocupado en el apartado de “eventos”. Fijémonos solamente en algunos de los discursos oficiales, como las palabras inaugurales de Antonio Tovar, rector de Salamanca en 1953—resumidas por *El Correo Literario* en julio de 1953 (“Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana”), y que reflejan intenciones del encuentro:

romper con ese aislamiento nacionalista que está corrompiendo la unidad inevitable de nuestra lengua y nuestra literatura por la vía del conocimiento, superando ese aislamiento por la vía del conocimiento y encontrando esa unidad no por el camino de un acartonamiento academicista, sino por el camino de comprender que la lengua española puede ser variada (10).¹⁸⁰

No es de extrañar, pues, que las conclusiones de dichas jornadas sigan la misma línea y sean reseñadas tanto por el mismo número de *El Correo Literario* del 15 de julio (76) como por *Mundo Hispánico* en agosto. Se declara que

la literatura que se produce en lengua castellana en los distintos países hispánicos es una y la misma y que por lo tanto, y para evitar posibles escisiones, debe ser enseñada en su integridad por colegios y universidades, expuesta en su integridad en las historias de la Literatura y considerada como una sola por antólogos y editores de textos clásicos.

Las Segundas Jornadas, esta vez bautizadas *II Jornadas de Literatura Hispánica*, propugnaron igualmente por un programa único de literatura hispánica para todos los países hispanohablantes, que se materializó con proyectos asimismo “unionistas” como la revista de poesía y crítica, un premio para galardonar el mejor libro publicado en lengua castellana y una agencia de colaboración mutua. En lo que se refiere a la unicidad de la literatura hispánica, en la tercera comisión se definió un anteproyecto de programa único de literatura,

acordando en principio que este podría dividirse en dos partes: a) Literatura española en castellano desde el siglo X hasta principios del XIX. Esta sección podría ser muy similar en los programas de Hispanoamérica y de España. b) Literatura de una determinada nación hispánica

¹⁸⁰ *Revista de Indias* (núm. 13, enero del 53) añade el comentario de Tovar sobre la literatura hispanoamericana: Hispanoamérica “es un continente riquísimo donde cada región, cada país, tiene su constelación completa, sus propios poetas, sus propios novelistas y críticos (...) la misma lengua (...) la que crea esta maravillosa unidad (467).

con referencia a las otras naciones hispánicas. (...) Se pide que se cuide de no clasificar como literatura extranjera dentro del ámbito hispánico a la de cualquier otro país hispánico.¹⁸¹

Las Jornadas nos presentan otro debate, que a pesar de ser menos virulento, es también interesante en el marco de nuestro trabajo: es el del estudio de la literatura de lengua castellana como un solo bloque o bien separada por países. Muchos intelectuales defenderán un ideal ecuménico de fraternidad y unión entre ambas orillas, a pesar de que dicha idea, en ocasiones, en especial cuando proviene de instancias oficiales, pueda conllevar cierta voluntad imperialista: si todos están unidos en un tronco común, la deuda para con la Madre Patria es aún mayor y cualquier obra que destaque será una gloria común, es decir, en última instancia, española.

En cambio, otros críticos defenderán lo contrario. Hay que mencionar también la opinión expresada por Miguel Dolç en *Destino* en mayo de 1948 cuando haciendo un “Último retrato de Leopoldo Lugones” dentro de un repaso de la literatura argentina, defiende que

No solo desde el punto de vista pedagógico, sino por razones intrínsecas, merecen las literaturas hispanoamericanas un estudio independiente, aunque a menudo sean un reflejo o consecuencia, de la literatura hispana (14).

En el caso de las revistas culturales en sí, muchas de ellas se dedicarán al estudio de las particularidades nacionales, redactando y recopilando, por ejemplo, panoramas de cada literatura en las revistas culturales, como es el caso de *Mundo Hispánico*. No en vano, la revista recibe el subtítulo de “la revista de veintitrés países” hasta mediados de 1958. No es de extrañar, pues, que se dediquen números especiales a cada una de las repúblicas –incluyendo a Brasil y Filipinas–, a partir de los años 50, a Puerto Rico (octubre de 1953), Cuba (febrero de 1954), República Dominicana (diciembre de 1954), Venezuela (febrero de 1955), Colombia (mayo de 1955), Panamá (noviembre de 1955),

¹⁸¹ Texto reproducido en *El Correo Literario*, núm. 5, septiembre 1954, s/p.

Ecuador (diciembre de 1955), México (mayo de 1957) y Guatemala (noviembre de 1957).

Igualmente *El Correo Literario*, antes de las ya mencionadas palabras de Figueroa, apunta un estudio de las distintas literaturas americanas, a pesar de que no se lleve finalmente a cabo. Ejemplo de ello son las secciones “Notas para un panorama actual literario de Hispanoamérica” de F. Gil Tovar, dedicados a Ecuador (15 de abril de 1951 núm. 22), Perú (1 de mayo de 1951, núm. 23) y Nicaragua (15 de septiembre de 1951, núm. 32), o bien “Cómo son las letras en...” de Ángel Valbuena Briones, del que igualmente habrá tres casos de estudio: de nuevo Perú, (1 de mayo 1952. núm. 47), Chile (1 de agosto de 1952. núm. 53) y Puerto Rico (1 de septiembre de 1952. núm. 55).

De hecho, este será el común denominador de los intentos de estudio de las letras nacionales de la América hispanohablante en la prensa: que ninguna publicación, en el período considerado, conseguirá realizar un esquema de todas ellas, sino que los panoramas restarán incompletos, sea ya por falta de información, de interés o bien por problemas internos, o incluso por el cese de las publicaciones.

En efecto, en aquellas revistas que muestren un interés real por la literatura transatlántica, al menos en algunos de sus artículos, la tendencia es la de separar las literaturas según nacionalidades, aunque sea por motivos prácticos- abarcar un panorama total de las literaturas hispánicas desborda las posibilidades de una publicación periódica¹⁸². Así lo harán en especial *Mundo Hispánico*, como ya hemos comentado, pero también *Cuadernos Hispanoamericanos*, pese a su oficialismo y a la

¹⁸² Por ejemplo, *La Estafeta Literaria* dedica dos páginas en su número 14 de octubre de 1944 a unas “Breves noticias de los libros de América a los 186 años del Descubrimiento de América”. Se trata de una encuesta cuya pregunta central es la de ¿qué obra se considera como la más representativa actualmente en cada país americano? Las noticias incluyen a Argentina, Uruguay, Venezuela, Brasil, El Salvador, Nicaragua, Ecuador, Colombia, Perú, Cuba, Estados Unidos y Chile, y *La Estafeta* se escuda tras la excusa de la premura en la preparación de la doble página no haber podido incluir las restantes repúblicas americanas. Claro está, que una panorámica completa desborda las posibilidades de un número de la publicación.

tendencia ideológica de ciertos editoriales y colaboradores. Y, sobre todo y debido a su carácter, *Revista de Literatura*. Posteriormente veremos qué ocurre con las monografías, los estudios y las historias literarias.

Tanto desde España como desde América, la lengua castellana recibirá laudatorias y elogios. Sin embargo, íntimamente vinculado a su exaltación está también el temor a su desintegración, tanto a la desaparición del idioma en sí, como a una posible “corrupción” o desviación de su “uso correcto”, que respondería a las ansias “nacionalistas y antiespañolistas” de los países americanos. Al mismo tiempo, esta unidad es vista en ocasiones como elemento enriquecedor, al facilitar el acceso a un amplio abanico de literaturas y al defender la afinidad cultural entre ambos mundos. En cambio, en otros casos, detectamos, de modo más o menos camuflado o consciente, un resabio de imperialismo cultural por parte de España.

La lengua castellana y su unidad intercontinental, con la meseta como modelo, es defendida por los intelectuales peninsulares a lo largo de todo nuestro período de estudio, en especial a finales de los años 20 y principios de los 30 y durante la década de los 50, dejándose un poco de lado durante el período inmediatamente anterior y posterior a la guerra civil. Asimismo, a pesar de que en el franquismo se agudiza la retórica pro unidad lingüística -y sus connotaciones religiosas e incluso imperialistas-, también hemos visto ejemplos de este talante durante la República.

A modo de síntesis veamos el artículo “Elogio del idioma español” de Alejandro Quijano publicado, en plena República, en el suplemento *La vida literaria de España y América* de marzo de 1934, y que resume y condensa los tres subtemas analizados. Quijano empieza realizando, como indica el título del texto, una alabanza de la lengua, a la que considera como “la más acabada y bella de las hablas que tuvieron como raíz la lengua virgiliana” (27) por su armonía morfológica y fonológica, su riqueza léxica y su

musicalidad y eufonía (27). A continuación procede a resumir una historia de la lengua española y su literatura, tanto en España como en América, deteniéndose en la situación actual de la novela. Seguidamente, alerta de la diversidad y anarquía léxica en América, que hace temer que, “en vez de la siempre deseada unidad lingüística, vayamos hacia el fenómeno medieval de la disgregación...lo que en este caso podría derivar, por la gran variedad de naciones y pueblos en juego, en la formación de varios nuevos idiomas americanos...” (28). Es decir, la lengua corre peligro. Y termina por defender firmemente su unidad y pureza, en un tono casi sacro:

Los que ansiamos que sobre estas tierras nuestras se afirme una raza inteligente, pujante y noble, debemos propugnar porque, a través de aquella diversidad de matices idiomáticos, se guarde siempre el nexo con la lengua madre, se conserve siempre la unidad del habla española. Porque el idioma no es la raza; pero indudablemente que la lengua común es vía de mejor inteligencia, de más fervorosa comunión de espíritus. Por eso, porque ansío que nuestros pueblos formen una sola idea en marcha, hago aquí mi más íntimo voto por que esta lengua...siga siendo para la eternidad, la santa lengua nuestra (28).

2.2.3.4. La identidad hispanoamericana

En las próximas líneas hemos intentado resumir la opinión reflejada por la intelligentsia en la prensa cultural peninsular sobre la realidad y la identidad americanas. Mayoritariamente se trata de intelectuales españoles, aunque también damos la voz a los americanos que se expresaron en dichos medios y territorio, y es que, generalmente, su pensamiento coincide con el de los peninsulares y concuerda con la ideología de la publicación, de la época y/o del gobierno de turno. Asimismo, la

reflexión sobre América, muchas veces aparece de manera indirecta o aparentemente “casual”, mezclado con otros temas y precisamente con frecuencia relacionada con o inserta en el comentario literario¹⁸³.

2.2.3.4.1. Lo esencial americano

Esta idea fundamental, que hemos sintetizado en una frase, es expresada, con distintos matices y a raíz de diversos temas, tanto por parte de intelectuales peninsulares como americanos, sobre todo a finales de los 40 y principios de los 50. La defensa de la Hispanidad y de la tradición hispánica de base católica entronca a la perfección con el discurso franquista coetáneo, en especial en el lapso mentado. Empecemos con algunos ejemplos de americanos que apoyan la causa de la Hispanidad.

Uno de los pocos artículos publicados durante la Segunda República es este del historiador salvadoreño Rodolfo Barón Castro, –futuro colaborador del Instituto Fernández de Oviedo–, en el número 4 de *Tierra Firme* (1935). En él, remarca como la América independizada sigue siendo española, o incluso lo es más, continuando las normas de vida implantadas por España que le abren amplios horizontes de universalidad. Consecuentemente, ser antiespañol en América es sinónimo de ser antiamericano (42). Sobre la conquista española, afirma que

con España llegó al Continente un sentido hondamente vital, humano, que engendró el mestizaje. Naciones auténticamente nuevas nacieron del cruce fecundo. No fue suya la expansión de gentes que apartan búfalos e indios con gesto idéntico, sino empresa entrañable y creadora, sentida con profundidad y hecha con ardimiento (53-54).

En marzo-abril de 1947 es reseñado en *Arbor* el libro del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, presidente internacional del Instituto Cultural Iberoamericano, titulado

¹⁸³ Sobre la identificación entre realidad y literatura, volveremos más adelante.

Entre la Cruz y la Espada, cuya tesis principal es que Hispanoamérica o la Hispanidad, -puesto que América empieza en los Pirineos-, ha heredado la tarea de reunir el poder de Roma, el saber de Atenas y el amor de Jerusalén. No puede renunciar ni al elemento indígena ni al español y logrará esa fusión integral gracias al catolicismo (275).

Un año más tarde, desde *Mundo Hispánico*, otro americano, esta vez argentino, Juan Sepich, director del Instituto de Filosofía de Mendoza, publica “La Hispanidad como problema y como destino” y no duda en afirmar que Hispanoamérica “comenzó a sentir la fraternidad de Europa en el inmenso y maternal regazo de aquella España imperial por su corazón y por el entendimiento de la vida histórica” (8) y define la Hispanidad como “los pueblos de Hispanoamérica; cuya gloria es de España, así como la de España es nuestra, porque fuimos y somos de una misma estirpe y de un mismo espíritu” (9).

El mexicano J. Guisa y Azevedo en *Mundo Hispánico* y en 1949 critica la acusación que se hace de antiamericanismo a lo español –en una línea parecida a la de Barón Castro-, puesto que “nuestra raza mestiza es americana, nuestras instituciones sociales son americanas, nuestra civilización es americana. Y todo esto porque España se hizo americana” (3) y es que “si hay algo americano que valga y que continúe viviendo en nuestras propias vidas y en la vida social es precisamente lo español” (3).

En el artículo ya mencionado del nicaragüense José Coronel Utrecho de *Cuadernos Hispanoamericanos* se defiende que la América española ha sido una realidad viva, popular y prácticamente inalterable desde la Conquista formando “una extraña amalgama racial y espiritual con una misma lengua” cultura y religión (175), es decir, la Hispanidad, que consigue dar unidad a un continente dividido a nivel étnico-racial y político. Utrecho concluye: “Somos la España americana” (182).

En septiembre de 1955 y en *Estudios Americanos*, el argentino Atilio García Mellid, en su “Introspección americana”, expone que “América necesita que España siga siendo España –que sea cada día más España- para que ella pueda ser cada día más América, más verídica, auténtica y original en la creación propia del orbe histórico de América” (288). En un continente carente de unidad política y étnica, la herencia de España se presenta como la unidad sustancial, de base religiosa y de dimensión universal (289), y por lo tanto, “esa España (múltiple y no constante uniforme, compacta y sin embargo diferente) ha sido y debe seguir siendo nuestro modelo” (289), aunque no dude en afirmar que lo hispánico no es una propiedad de España, sino una comunidad de sentimientos, un estilo de vida y una concepción del mundo que se mantiene en perpetua elaboración (291).

También el colombiano Eduardo Caballero Calderón, transcrito por Pedro Mario Herreo desde *La Estafeta* en mayo de 1956, afirma que es el amor por y la visión de la Madre Patria lo que vincula a todos los sudamericanos (4), y en cambio lamenta el desinterés y desconocimiento españoles de Ultramar.

Asimismo existen voces disidentes, como la del peruano Alberto Zum Felde, a cuya obra tenemos acceso de forma indirecta, es decir, se nos expone para ser rebatido: Su libro *El problema de la cultura americana* es reseñado en el artículo ya citado de *Arbor* de julio-agosto de 1947, y considerado como una muestra de los efectos que puede producir una sistemática campaña difamadora sobre España. Zum Felde afirmaba, como vimos, que los dos enemigos de ‘nuestro destino’ eran la Hispanidad y el nacionalismo, este último considerado como una separación artificiosa y hostil entre los pueblos que dificulta la universalidad generosa. Por otra parte, la Hispanidad implicaba la hegemonía de España sobre América, y “la medida y valoración de nuestra cultura por el meridiano de Madrid” (135). Frente a ello, Zum Felde defiende la pura

‘americanidad’ en la que los valores hispánicos sean solo un ingrediente más. *Arbor* considera fuera de lugar los ataques de reaccionarismo e imperialismo en el contexto español contemporáneo (136).

Múltiples son los peninsulares que también se apuntan a sostener la esencia española de América. Así, por ejemplo, Federico Suárez en 1949 y en *Estudios Americanos*, en el artículo “El problema de la independencia de América”, mantiene el vínculo intercontinental ya que España fue el cordón umbilical que unió el Nuevo con el Viejo Mundo (237) y por lo tanto es necesaria para comprender tanto la historia como las crisis americanas.

Una de las ideas predilectas y más repetidas desde la Península es defender el mantenimiento de dichos valores y vínculos hispánicos que posibilitarán cumplir el glorioso destino histórico que corresponde al Mundo Hispánico, idea ya defendida por Primo de Rivera y retomada con fuerza por el primer franquismo. Veamos algunos ejemplos de ello: en *El Correo Literario* del 15 de julio 1950, Jaime Delgado, a raíz de la crítica “Francisco Bilbao y la unidad de Hispanoamérica”, expresa cómo los pueblos del Mundo Hispánico, hijos de Roma cristiana, diferenciados por nuestras diversas y exuberantes personalidades, pero unidos en el espíritu, son los depositarios de la única verdad redentora y perdurable, que puede devolver a los hombres “el recto sentido de la vida y de la muerte, el triunfo sobre la naturaleza y la alentadora virtud de la esperanza” (8).

En el mismo año, el sevillano Francisco L. Otero Nieto, desde *Estudios Americanos* asegura también en “Esencia y misión de Hispano-América, que “ni España puede desentenderse de sus criaturas –merced a ella elevadas a un plano de hermandad, ni los países americanos pueden soltar alegremente las amarras (469), para poder llevar a cabo su gran destino histórico.

José María Souvirón en *Arbor* de 1953 justifica en “Notas sobre lo hispánico” el alejamiento americano postindependencias puesto que “la España de quien se independizaron los países hispanos era la España menos admirable y más menguada que ha existido en la historia (42). Sin embargo, España, a pesar de haber sido acusada de atraso material, técnico y económico, ha mantenido siempre valores verdaderos del hombre (44), y frente a la descomposición, el desconcierto, la duda, las vacilaciones del hombre moderno, y las dañinas influencias extranjeras norteamericanas, francesas, inglesas y rusas, “lo hispánico tiene que dar una clara noción de certeza, de valores eternos, de esperanza y de continuidad” (52).

Finalmente, de nuevo en *Arbor* pero un año más tarde, Francisco de A. Caballero, comentando “La misión de Milton Eisenhower y su Informe sobre la América hispana” asegura la unidad esencial del mundo iberoamericano, que actúa como bandera invencible y cristiana frente al peligro comunista, que necesita una complementación económica. Dicho comentario fecha de 1954, es decir, después de los acuerdos con Estados Unidos de 1953, y muestran el cambio de rumbo de la política franquista, que en estos años de guerra fría pretenderá erigirse como bastión anticomunista¹⁸⁴.

2.2.3.4.2. El carácter mestizo de América

¹⁸⁴ Tras la dura posguerra española y la derrota de las potencias del eje, España debe además hacer frente al aislamiento internacional. Su estrategia es desentenderse de todo fascismo, y clamar el anticomunismo y un ferviente catolicismo como bandera.

El adjetivo “mestizo”, empleado en personas hace referencia al cruce de razas, en especial entre blanco/a e indio/a, aunque también se hable de culturas mestizas, o bien de animales y plantas. En América, el mestizaje se aplica a la comunión, coexistencia y fusión de razas y culturas que tuvo lugar después de la llegada de los españoles, y de modo simplificado, se utiliza para hablar de la combinación de elementos indígenas y españoles –excluyendo la mayoría de las veces al componente de origen africano-. Si bien el mestizaje americano es reconocido y proclamado unánimemente, lo que variará según el autor o ideología es el grado de énfasis y valor otorgado a los elementos integrantes.

Ya la *Revista de las Españas* en octubre-diciembre de 1930, transcribe el discurso “La raza hispánica”, pronunciado por el colombiano Martín Restrepo Mejía, en la Academia Colombiana de la Historia en ocasión de la celebración del 12 de octubre y que igualmente ya mencionamos. En él, se destacaba, entre el amalgama de razas y pueblos que la constituían, el predominio de “la poderosa sangre peninsular” (506). A notar tanto el “predominio” como el “poderosa”: es decir, un mestizaje desigual, con elementos dominantes y superiores a otros.

Otros ejemplos de ello serían la opinión del peruano Guillermo Hoyos Osoreo en *Mundo Hispánico* de marzo 1952, cuando reclama la necesidad de una nueva historia de los hispanoamericanos que “nos revelaría el secreto de la admirable simbiosis por cuya virtud la raza conquistadora y la conquistada se fundieron en unidad de espíritu sin perder sus rasgos propios”, como lo prueba el hecho de que los pueblos de más fuerte tradición indígena –El Perú y México- son también los más hondamente españoles de América (18). Asimismo, el mexicano Alfonso Reyes, citado por Enrique Ruiz García en *La Estafeta* y en septiembre de 1956 (“Diálogo con Alfonso Reyes, maestro de las letras mejicanas”) afirmaría que “soy fundamentalmente un hombre de contextura

hispanica. Somos, al fin y al cabo, el resultado de la mezcla de lo español con motivos indígenas, por lo que no debe causar extrañeza mi actitud” (5).

También su compatriota Efraín González Luna, desde *Mundo Hispánico* en julio de 1956 alaba “la obra unificadora de las razas, niveladora de diferencias, dispensadora de cultura y de salvación para el indio, es decir, el mestizaje, esfuerzo y gloria de España” (7).

La idea del mestizaje es también propugnada desde las instituciones académicas españolas, como muestran los dos artículos siguientes. El primero, el comentado anteriormente en el apartado sobre nomenclatura, de Florentino Pérez Embid acerca de la importancia de los nombres (“Conceptos históricos de la formación de Hispanoamérica”), alude a la presencia histórica en América – a la cual rechaza el calificar de “conquista” en la mayoría de casos (213)-. El historiador considera que al coincidir dos sociedades dispares, primero hay el encuentro, con el que se amplían las concepciones geográficas de ambas, especialmente de la más culta, luego coexisten, se influyen mutuamente y se cruzan para finalmente estabilizarse y establecerse una sociedad mixta, resultante del cruce entre ambas que son los criollos y mestizos de Hispanoamérica (213). Encuentro –con el aprendizaje correspondiente-, coexistencia e influencia y cruce.

Francisco Morales Padrón, en *Estudios Americanos* (1954), afirma que Hispanoamérica existe como realidad física y espiritual y con características propias, y su historia está englobada dentro de la historia de Occidente (37). Es necesario, sin embargo, conseguir un equilibrio entre las tendencias nacionalistas decimonónicas que enfatizan dicho período y las actuales que sobredimensionan la etapa prehispánica (38). A pesar del tono mesurado y pseudocientífico –se afirma la autonomía de América en

tanto que entidad- , Morales Padrón defiende la importancia –aunque no exclusiva- de la etapa virreinal americana, y de clara presencia española.

Finalmente, en *Índice* encontramos dos artículos signados con el pseudónimo de Ibérico –o Ibericus-. Dicho apelativo fue utilizado por el antropólogo Claudio Esteva Fabregat en sus colaboraciones con dicha publicación, entre las que destaca su sección “Mirador de América”, de la que proceden los dos artículos comentados. En el primero, de enero 1957, bajo el título “¿Adónde va la cultura Hispano Americana?”, comenta el ensayo “De literatura ecuatoriana” de Alfredo Pareja Diez-Canseco, el cual niega el influjo del Siglo de Oro y de la tradición hispánica. Para Ibérico, “a medida que el hombre americano cobra conciencia mestiza, o sea, conciencia de estar resuelto a una entidad biocultural doble, quiérase o no india y española, tiende, paradójicamente, a querer irse de todo lo que es substancial en su elaboración histórica” (29). Sin embargo, Ibérico admite que

si bien podría ser discutible la posible influencia directa y admitida de la literatura española del Siglo de Oro, no lo es, en cambio, la influencia substancial de su concepción del mundo, de su organización social y sus identificaciones éticas de personalidad (29).

Igualmente, desde la misma tribuna y meses más tarde, publica el artículo “Bases para una filosofía de lo americano.” (num. 104, agosto 1957). Ibérico admite la propia autoridad –e identidad- hispanoamericana, y la conciencia de su carácter mestizo, que sustituye a los radicalismos intransigentes como el europeísmo, el hispanismo o el indigenismo. Cita el pensar de Alberto Calvo sobre la visión naturalista y de algún modo panteísta del mundo que tiene el hombre americano, y de que “América todavía no es sino que está siendo (21), es decir, en proceso de formación. Esta idea de “work in progress” y de autobúsqueda, la encontraremos en varias ocasiones, sobre todo trasladada al ámbito literario.

El pensamiento de Ibérico dista ya mucho de los violentos y retóricos llamados a la Hispanidad y a la unidad hispánica, y entronca con el ambiente intelectual crítico con el régimen que rodeaba a la revista *Índice* y a su director Juan Fernández Figueroa, contrario especialmente al atraso y a la baja calidad de la cultura oficial¹⁸⁵. Sin embargo, a pesar de que Claudio Esteva Fabregat pueda integrarse en una corriente hispanoamericanista progresista y opuesta a la oficial, ya hemos visto que también considera como básicas la influencia y la contribución españolas al devenir hispanoamericano.

2.2.3.4.3. La importancia de la naturaleza

Otra de las ideas recurrentes es la de subrayar la preponderancia de la naturaleza en Hispanoamérica. Ya desde la Conquista española y en muchas de las Crónicas, nos encontramos con la expresión de la grandiosidad de la naturaleza americana, de unas proporciones inimaginables para un europeo. Friedrich Hegel definió a América como pura geografía, y por lo tanto, quedaba fuera de la Historia, ya que esta “supone actividad del espíritu que empieza a conocerse” (212), como recuerda José M^a González-Estefani en “Notas en torno a la problema de América”, publicado por *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1952. González-Estefani considera innegable el influjo decisivo de los elementos naturales y telúricos –ya planteados igualmente por Domingo F. Sarmiento y Hermann Keyserling- y que se manifiestan de manera singular en la literatura (213), aunque asegura que América es algo más que oscura geografía sin

¹⁸⁵ El mismo Esteva Fabregat, según Capel, define a *Índice* como “un despertador de consciencia crítica” en España, cuya “fuerza intelectual y política coincidió con la fase de aparición en España de una generación universitaria que le había perdido el miedo a la dictadura y que comenzaba a oponerse abiertamente”.

historia (213). Sin embargo, continúa, la gran importancia de la geografía americana ha generado dos actitudes: una actitud heroica, de espíritu de lucha contra la realidad opresiva del medio, que sería la del europeo conquistador o inmigrante, y otra, pasiva, y panteísta que acepta resignadamente esta realidad, propia de los indígenas (214).

Eduardo Caballero Calderón también defiende la novedad de la naturaleza de América por oposición al espesor histórico de Europa en varios artículos. Por ejemplo, en primavera de 1948, asegura en *Cuadernos Hispanoamericanos* que el hombre europeo es un “hombre histórico, que tiene una cultura detrás de sí y para quien no existe, propiamente hablando, la sugestión del paisaje (387), contra el americano, que es “un hombre espacial, para quien la tercera dimensión del espíritu no es la Historia, sino la Geografía” (388), y es que “para nosotros solo hay una realidad, que es el paisaje, y solo un tiempo del verbo, que es el futuro. El paisaje en América es una perspectiva, una invitación a la conquista, a la vida, a la superación de sí mismo” (392). A pesar de ello, Caballero Calderón, también defiende el elemento clave hispánico, sobre todo en la lengua y la religión, y admite la influencia francesa. En el mismo artículo también encontramos alusiones al tema de las naciones americanas¹⁸⁶.

En la misma publicación, cinco años más tarde y hablando de los novelistas hispanoamericanos, el colombiano insiste en que el europeo es un hombre histórico y el hispanoamericano es un hombre espacial (49), por lo que resulta lógico “que el contorno y el paisaje constituyan durante mucho tiempo, incluso en las primeras décadas de este siglo, el factor o el personaje principal en la literatura y en la novelística hispanoamericanas” (50). A ello volveremos más adelante.

¹⁸⁶ Y continúa: “En Hispanoamérica el sentimiento nacional no ha acabado de formarse, y el concepto oficial de la nación se confunde con el Estado, y este puede rectificarse impunemente en los mapas y las cancillerías...importancia decisiva que puede tener el Estado entre nosotros como fautor o creador de una conciencia hispanoamericana” (399).

De nuevo en *Cuadernos Hispanoamericanos* (marzo-abril 1950, núm. 14), el chileno Gabriel Cuevas, desde Santiago, comenta el libro de Pedro Laín Entralgo, *Viaje a Suramérica*, publicado por Ediciones Cultura Hispánica un año antes. En él se asegura que “lo primario de América es el paisaje” (381) y por lo tanto, la realidad americana, “necesita ser interpretada desde el punto de vista de esa peculiar presencia del paisaje, relación del hombre con la naturaleza” (381), aunque no por ello pueden olvidarse las ciudades, puesto que “la colonización española fue de tipo urbano (381). A partir de ahí, Laín Entralgo entronca con el primer subtema mencionado, el del vínculo con España. Establece un criterio y una clasificación de los hispanoamericanos de acuerdo con la índole de afección a ella: los hispánicos, los alienizados, los indios, los indigenistas y los originalistas (382). Cuevas no duda en formular rectificaciones a la obra de Laín Entralgo, en especial critica su carácter españolista y el intento de trasladar a América algo válido para España, lo que desemboca en que dicha tipología deje fuera a la gran mayoría de los hispanoamericanos (385).

José Luís López Aranguren en “Sobre América y la poesía” aparecido en *Arbor* en marzo de 1950, reemprende uno de los tópicos aplicados al continente desde el Renacimiento: el de América como un nuevo mundo lleno de posibilidades, un horizonte de inmensidad y libertad a ojos del europeo descubridor: “‘la vida nueva’, la gran aventura, el país donde se podían cumplir increíbles hazañas y lograr sobrehumana nombradía, la tierra inmensa. Los gigantes montes, árboles y ríos, una nueva y descomunal vaharada de *libertad*” (46). Sin embargo, lo que ha decidido la visión de América no es tanto su geografía y su etnología, sino “el cambio de actitud ante la vida acaecido a quienes allí van” (47) es decir, a pesar de implicar un cambio de actitud, la visión de América depende de los europeos. Considera asimismo significativo que sea Rubén Darío, un poeta, el que haya revivificado la comunidad hispánica después del

distanciamiento post-independencias, es decir, la poesía como vínculo de hermanamiento (48).

André Siegfried, desde París, escribe su “Panorama del continente americano”, transcrito en *Cuadernos Hispanoamericanos* en mayo-junio de 1950, en donde apunta que la diferencia fundamental entre América y Europa es la grandiosidad de la naturaleza americana, desbordante y amenazante, tanto en la América del Norte como en la del Sur. Igualmente, insiste en el factor mestizo, puesto que “la América moderna ha sido hecha por la inmigración europea, que la ha poblado de una raza blanca y poderosa, dinámica, creadora, venida a sobreponerse, a veces mezclarse, a la raza india autóctona” (503). Así, en la constitución de América intervienen tres factores: geográfico, histórico –influencia europea- y de edad, el de la juventud continental (498).

Incluso Azorín, desde *El Correo Literario* y un año más tarde, remarca la importancia del paisaje americano: “En América lo que me atrae es la naturaleza: bosques, ‘llanos’ montañas, ríos. (...) Creo esenciales, en el desenvolvimiento de un país a la par que el espíritu –siempre el espíritu-, el suelo y el cielo (1). Y termina insistiendo en la unidad idiomática y su corrección, a lo que ya hemos aludido al hablar de la lengua.

2.2.3.4.4. Las nacionalidades americanas

Otra de las subtemáticas recurrentes en el imaginario español es el cuestionamiento sobre la existencia de “naciones” en América y sobre la validez de

aplicar los términos que sirven en el caso europeo, así como la defensa de la unidad supranacional.

En enero de 1951 y desde *Estudios Americanos*, Osvaldo Lira comenta la “Esencia de las nacionalidades hispanoamericanas”. Según el chileno, esta viene determinada por un principio formal o determinante, que en este caso sería la cultura española, y un principio material, brindado por las masas indígenas, aunque junto a ellas, se deban contar las influencias francesas, italianas, alemanas o norteamericanas (30). Con todo, asegura que “podemos formular la homogeneidad esencial de la cultura hispanoamericana con la cultura española” (31).

Carlos Alonso del Real en *El Correo Literario* de 1 de noviembre de 1951 se cuestiona la existencia de las naciones en América. Uno de los problemas fundamentales para ello es la población indígena, aún no incorporada a la cultura de la nación. Cree asimismo necesario establecer previamente una definición unánime del término ya de por sí equívoco. Considera también que, si en Europa el Estado ha surgido de y por la nación, en Hispanoamérica es al revés: ha sido el Estado el que ha forjado la nación. En el mismo artículo, también se expresan otras personalidades, como Fraga Iribiarne o Ernesto Garzón. Este último, continúa la idea insinuada por Lira, al afirmar que en Hispanoamérica “las conciencias nacionales no se han ‘despertado’ como en los países del Occidente europeo, sino que han sido ‘creadas’ (11).

José Luíz Bustamante y Rivero en *Cuadernos Hispanoamericanos* de enero de 1952 también se cuestiona la presencia de “naciones” en América, según los términos de la sociología y filosofía del Derecho¹⁸⁷. Así pues, el concepto clásico de nación iría dejando lugar a otros criterios, como el de nación interpretada como “conjunto de

¹⁸⁷ Es decir, en tanto que “cierta forma social de agrupación originada por una suma de elementos aglutinantes en el tiempo, ya naturales (territorio, clima, raza, riqueza agrícola), ya morales (religión, lengua, tradiciones, paridad de inclinaciones o afectos, convivencia política) de cuya fusión o combinación resulta ‘el sentimiento de la nacionalidad o el ‘yo nacional’ (23).

habitantes de un país regidos por un mismo Gobierno” (22), y de este modo, Iberoamérica se iría configurando como un conjunto o agregación de Estados. Finalmente, diferencia entre una Organización de Estados Americanos, de carácter geográfico y jurídicopolítico, dirigida esencialmente a la preservación y defensa material del continente y una Comunidad Iberoamericana, una asociación de fines más idealistas y ecuménicos (29), y en la cual, consecuentemente, hay lugar para España.

Otra idea postulada es la superación de los nacionalismos¹⁸⁸ para lograr una unidad supracontinental que se establecería como una tercera fuerza mundial, al lado de Estados Unidos y la URSS. Algunos de los autores que la defienden son el erudito italiano Giovanni Papini (*El Correo Literario*, 15 de julio de 1952, núm. 52), puesto que

el paso de la Colonia, tan homogénea y prometedora, a la Independencia, les ha alterado y dislocado más de lo conveniente. Hay una especie de regionalismo nacionalista, absurdo, que es indispensable superar. Urge una Confederación Sudamericana independiente de los Estados Unidos y de Rusia. Solo ustedes, unidos, pueden crear la tercera fuerza y un nuevo estado de conciencia que defienda a todos los hombres (9).

Fraga Iribarne coincide con el italiano en este deseo de unidad supranacional. Así, el 15 de noviembre de 1952, también en *El Correo Literario*, crítica el concepto de nación aplicado a América por inadecuado y postula una comunidad de pueblos hispánicos, una superior unidad espiritual que se adecua a la comunidad de idioma, tradiciones y creencias, “proyectada hacia un futuro, no contemplativo, frente al Wall Street o a Moscú” (10).

La idea de Comunidad Hispánica de Naciones, después de la derrota del Eje y bajo el ministerio de Martín Artajo, será un frecuente sinónimo o sustituto del de Hispanidad, -unido al pensamiento nacional-católico, la nueva dirección anticomunista y el hispanoamericanismo franquista- en un intento de conseguir mayor neutralidad y respaldo internacional, sobre todo por parte de los países americanos.

¹⁸⁸ Propuesta similar a la de Zum Felde.

Finalmente, en *Ínsula* y en marzo de 1958, Julián Marías en “Hispanoamérica: ‘Dramatis personae’”, acepta la falta de homogeneidad americana, y se plantea si sus países, más que naciones, no serían como regiones de una colosal sociedad (5), puesto que precisamente es el origen español, con el idioma común como máxima expresión, lo que liga a las diferentes naciones americanas (8)¹⁸⁹.

2.2.3.4.5. Los problemas de América

En fecha tan temprana como el 15 de noviembre de 1930, *La Gaceta Literaria* en su “Homenaje a Pedro Sainz”, denuncia que “El problema vital de los países hispanoamericanos es que son pueblos con mucho gas y poco lastre, y que necesitan buscarse una tradición para afirmar su personalidad” (242), y para ello la tradición indigenista no les ha bastado para constituir ni moral ni sistema político y la española se les ha presentado como anticivilizadora (242). Desde *La Gaceta* se reclama que debe cambiarse esta visión, puesto que actualmente “en España el sentido de tradición está depurado, y se pueden extraer del pasado unas normas morales e históricas de conducta eficaces genéticas” (242). España es, pues, el modelo a seguir para superar los “problemas” americanos.

Antonio Tovar, en *Cuadernos Hispanoamericanos* y en 1950, contempla a América como el continente de la soledad, lo que explicaría en parte la fragmentación política. Es un mundo no cristalizado en donde todos los hombres, incluso los indígenas, son vistos como inmigrantes, y cuya única esencia –y por lo tanto posible

¹⁸⁹ Ya Arturo Capdevila en *Babel y el castellano*, insinúa que el idioma español es el único elemento aglutinante en un continente sin unidad de ningún otro tipo.

solución- es la conquista. Serían el reciente orgullo y la conciencia criollas las que afanarían a los hombres a identificarse con la tierra poblada.

El chileno Ricardo Krebs, desde Santiago y también en *Cuadernos Hispanoamericanos* pero el año siguiente centra su discurso en la historia y en la falta de historicidad americana: “América Latina comparte dos tradiciones, la hispanoeuropea y la indígena precolombina, que coexisten sin haberse compenetrado ni alcanzado una unidad armónica”, por lo cual no han sido integrados en la conciencia americana (409). Hispanoamérica depende de la técnica y del pensamiento extranjeros en el presente “y esta dependencia de elementos y fuerzas ajenas hace que su presente no le pertenezca plenamente.” (412). Un pasado no integrado y un presente que le pertenece a medias. ¿Tendrá un porvenir propio? ¿Serán la falta de historicidad y el hecho de ser el continente de las posibilidades, ventajas? (413).

¿Cómo solucionar sus problemas?

En la *Destino* de la primera época -en octubre de 1939-, aún teñida de belicosa ideología pro-alzamiento, en el editorial ya mentado “Misión americana de la juventud española”, denuncia la perniciosa influencia extranjera en Sudamérica, que ha sido buscada en el fondo por los propios intelectuales americanos para suplir su “pugna indecisión y vacío intelectual” (1)¹⁹⁰. Así,

la América española [que no latina, insiste] ha vivido conscientemente a espaldas de España, a pesar de ser ella su madre y educadora: su creadora. De ella recibió el sentido de la vida y de universo: un modo de ser y de conducirse. Pero hija extraviada que aspira a ideas, normas y modos de vida repugnantes a aquella su prístina base de civilización hispánica” (1), ha seguido el camino equivocado. La “salvación” –y la palabra no es en vano un préstamo religioso- “está en la vuelta a lo español como punto de partida de su civilización y su historia, del mismo modo que nuestra resurrección se ha realizado mirando a Roma, nuestra madre (1).

¹⁹⁰ Y prosigue: “Es impresionante el acento patético de las mejores sensibilidades sudamericanas, reconociendo el vacío íntimo de sus pueblos y su carencia de originales creaciones y normas de vida. Intenta resolverse esta su pugna indecisión y vacío espiritual en la importación literal de lo francés y anglosajón o en ciertas caídas en casticismo localista. Y su vida colectiva, carente de móviles incitantes a empresas impares, se ha deslizado, a partir de su independencia política, bajo la opresión del yanqui atento a debilitarles con revueltas interiores y bazofia espiritual nórdica que faciliten su dominio sobre ellos” (1).

Doce años más tarde, Octavio Gil Munilla en *Estudios Americanos*, expresa la misma idea, aunque con tono menos retórico y agresivo. Lamenta que América haya vivido durante más de cien años sin cultura propia, con las soluciones que le ofrecía Europa (461) y que por lo tanto no eran las más adecuadas para ella. De ahí que a menudo hayan sufrido el desdén europeo, sobre todo español, ya que

a veces son los españoles los más propicios a mostrar esa desdeñosa superioridad. Que en el fondo esté justificado el desdén –siquiera sea afectuoso-, por la falta de autenticidad que se advierte en el hispanoamericano, cuando quiere mostrarse como un europeo más, es otro cantar (462).

El problema sería la falta de personalidad derivado de querer desarraigarse de su pasado (462). Es necesario lograr un equilibrio entre lo europeo y lo americano, una fusión de la materia indígena y del elemento iberocatólico, al ser la característica primordial de las repúblicas americanas el mestizaje, racial y espiritual (463).

Gil Munilla cree posible llevar a cabo una política cultural de estrechas relaciones con España que no lleve oculta ninguna aspiración de anexión económica ni territorial:

creo que no hay ningún imperialismo, ningún intento de primacía, en afirmar la vinculación entre España y América, su común modo de ser, y la conveniencia de consolidar la propia personalidad de cada uno de los pueblos hispanos, permaneciendo fieles a la esencia común y viviéndola de acuerdo con sus características peculiares (473).

Igualmente, Rafael Gutiérrez Girardot, desde *Cuadernos Hispanoamericanos* en el verano del 55, afirma que

para los que discuten los problemas del ser y de la historia de Hispanoamérica, la herencia española no significa lápida o piedra, sino, en cuanto es pasado, objeto de ‘absorción’ (en sentido hegeliano), de asunción, de asimilación; en cuanto presente, objeto de cultivo, de ensanchamiento y mantenimiento, es decir, objeto de cultura (239).

En la actualidad, pasados los rencores post independencia y post guerra civil española, se puede producir el verdadero hermanamiento y “españoles e hispanoamericanos de todas las corrientes espirituales vuelven sus ojos al espíritu hispánico, porque comprenden que este ha sido y siempre será el mismo” (243).

A modo de síntesis, veamos el artículo de Jaime Delgado “La unidad de Hispanoamérica” publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* (septiembre de 1956, núm. 81), que agrupa la mayoría de puntos que hemos señalado. Es significativa la fecha de su publicación: 1956, es decir, el año en que termina el denominado “sexenio liberal” encabezado por el ministerio de Ruiz-Giménez, pero también el principio del decaimiento ideológico –aunque lento- del régimen.

Para Delgado, América, continente desunido geográficamente, es unificada por la historia y la cultura: “más que un continente geográfico, es un contenido histórico-cultural” (233). Dicha cultura americana es mestiza, “resultante de la conjunción histórica del elemento hispano y del elemento indio, puestos en contacto y colisión fecunda a partir del Descubrimiento y posterior penetración de españoles y portugueses” (233). Fue precisamente el elemento hispano lo que le dio superior unidad a la individualista y tribal variedad del elemento amerindio (233). Los problemas han surgido de la entrada e invasión de ideas extrañas a su ser y sentido, procedentes de Francia, Inglaterra y Estados Unidos (241). España, a pesar de no haberla abandonado nunca, como dicen malas lenguas, tiene parte de culpa al no haberse ocupado siempre correctamente de ella, con falta de comprensión o con visión defectuosa y equivocada de los problemas hispanoamericanos (242) Para solventarlo, “es preciso que Hispanoamérica salga definitivamente de la Babel nacionalista (244), es decir, que rechaza los nacionalismos y que siga los lazos comunes –religiosos, espirituales, idiomáticos, artísticos, jurídicos, etc. (245)- con el resto del Mundo Hispánico.

Lo hispánico como esencial, el mestizaje entre el elemento indígena y el español, la preponderancia de la geografía y el paisaje, la desunión política y los problemas derivados de esta fragmentación y de haber olvidado su esencia -es decir, lo

hispánico-. La reflexión sobre la identidad hispanoamericana es como un círculo vicioso, donde todas las ideas y discursos se entremezclan y vuelven al mismo punto.

Al analizar los distintos comentarios y artículos nos damos cuenta de dos hechos significativos: casi todos fechan de finales de los años 40 y principios de los 50, es decir, que esta es la época en la que la identidad hispanoamericana se convierte en foco de interés y preocupación importante en la península. Asimismo, observamos que, en la mayoría de los casos, hablar de Hispanoamérica es asimismo una forma de alzar la Hispanidad y los vínculos intercontinentales. Si lo esencial de América es lo hispánico -por ser el elemento que da unidad a un continente inmenso, disgregado étnica y políticamente y que se pierde en una naturaleza desbordante-, el mayor peligro que le podría acechar sería traicionar su esencia¹⁹¹ .

En España, el planteamiento sobre la identidad y el ser de Hispanoamérica acecerá tanto desde el verdadero interés y la conciencia del desconocimiento español sobre el continente, propio de un talante hispanoamericanista progresista, como a partir de actitudes cercanas al espíritu conservador y panhispanista. Sin embargo, lo importante a destacar es que cuando España se autoerige en tanto que autoridad capacitada para emanar juicios y definiciones, de algún modo implica la “incapacidad” americana para conocerse y definirse a sí misma¹⁹². España tiene voz y da la voz, un poco como en la metáfora de la central telefónica de Arturo Capdevila, aunque adquiriendo connotaciones más complejas. De hecho, la maniobra de “reconocimiento” y exploración, era uno de los pasos previos en la instauración de un sistema colonial. Conocer al otro devenía imprescindible para su sistematización y dominación. En esta actitud podemos ver algunos resabios colonialistas, aunque solo sea en este creerse con

¹⁹¹ Ello ya era defendido a finales del XIX por Menéndez Pelayo.

¹⁹² Ya hemos mencionado el papel que se otorga a menudo España como puente o meridiano entre América y Europa, y en el próximo apartado seguiremos estudiando el rol que se inculca España para con los territorios ultramarinos.

el derecho a “hablar de”, de ser los interlocutores válidos e incuestionables. Dicha autoridad se respalda y legitima en la tradición, la tradición comuna de la raza y la cultura hispánica, cuya máxima expresión es la unidad idiomática. Hablar de, conocer y definir al desconocido, al otro, para volverlo cognoscible, aprehensible y por lo tanto también dominable. Es el poder que puede ofrecer la palabra. O el querer poseer, -y mantener-, el poder gracias a la palabra.

Con todo, hubo voces disidentes. Miguel Maticorena Estrada en su artículo “Esto no es Hispanoamérica” de *Estudios Americanos* y en invierno de 1955, reseña el libro de Tibor Mende titulado “América Latina entra en escena”. Para Maticorena Estrada

en su mayor parte la versión extranjera sobre Hispanoamérica participa de una cierta mentalidad que llamaríamos ‘colonialista’. Es decir, una actitud crítica en el sentido de subestimar todo lo que es ajeno o diferente a los estrictos cánones culturales europeos o norteamericanos. Y, tiene su origen en la superficialidad del conocimiento; en los prejuicios ideológicos y religiosos; o en una necia presunción cultural, que es la negación más radical de una sana disposición para conocer (75).

Es el desconocimiento, la ignorancia y una serie de ideas preconcebidas y establecidas –fijadas- a priori, las que determinan la realidad. Todo ello en gran parte aplicable a España, y reforzado igualmente por la mayoría de personalidades americanas mentadas. En nuestro caso, es esta la que habla, y por lo tanto, la que decide cómo quiere que sea y por lo tanto, cómo es Hispanoamérica. La realidad, el efecto, la durabilidad y la verosimilitud de sus palabras son otros temas. España dixit.

2.2.3.5. El rol de España

Otro de los elementos constantes a lo largo de todo el discurso hispanoamericanista es el destacado lugar que en él España se otorga. Ya hemos visto

ejemplos en la prensa de la mayoría de estas actitudes, al hablar de nomenclatura, de la unidad de la lengua, del meridiano intelectual y de la identidad hispanoamericana, sobre todo de lo que se refiere al “presente” de dicho papel, aunque también se ha aludido a la Madre Patria y a la comunidad hispánica. Sin embargo, en las páginas que siguen, pretendemos mostrar la expresión explícita de este rol e importancia vital que cree tener España para con Hispanoamérica y en las relaciones intercontinentales, tanto en el pasado, con su papel “maternal” por excelencia, como en su gran tarea futura de guía¹⁹³ y unificadora de pueblos.

2.2.3.5.1. La maternidad como retórica

En los preliminares de nuestro estudio, hemos ya comentado la importancia que Sepúlveda concede a la metáfora “Madre patria”. En lo que se refiere a la historia de dicha expresión, no se le conoce

autoría determinada y su origen se rastrea con antelación al proceso emancipador; si bien su uso se generalizó en las ya independientes repúblicas americanas, en parte como reacción a las corrientes de pensamiento antihispanista que cuestionaban la continuidad cultural respecto al período colonial. Empleada como muestra de sincero reconocimiento o con propósitos laudatorios, la recepción de la expresión en España tuvo usualmente más carácter de muestra de afectividad que de pretensiones de preeminencia; más que solicitarse, se aceptaba, de forma condescendiente por parte de los sectores conservadores, y con cierta dosis de inquietud por parte de los progresistas; de ahí que mientras los primeros la usaran con prodigalidad, éstos se abstuvieran de utilizarla. De hecho, la Segunda República (en cuya legislación por primera vez se contempló la doble ciudadanía para los americanos residentes en España) trató enfáticamente de sustituir la expresión de Madre Patria por la de *República Hermana*. La instrumentalización que durante el franquismo hizo de ella el régimen, como en general de todo el tema americanista, vacunó a las generaciones futuras para su uso en España; sin embargo, sigue siendo común tanto en los medios de comunicación como en el lenguaje cotidiano de toda América (El sueño 16-17).

En el primer número de *Mundo Hispánico* (febrero de 1948), el mexicano Alfonso Junco describe a España como “materna, descubridora y fundadora de pueblos,

¹⁹³ La idea de España como guía espiritual de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas no es nueva y fue una de las principales reivindicaciones por ejemplo del regeneracionista Rafael Altamira. Para mayor detalle, ver, por ejemplo, Valero, *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América*.

misionera y civilizadora” (8), gracias a la cual “quedó potencialmente incorporado nuestro hemisferio a la civilización y cristianismo” (8).

Meses más tarde, en la misma publicación, Juan Aparicio, en el artículo de significativo título “Siempre dar”, define el alma española como “la más vivaz, plástica, moldeadora de hombres y vocablos del mundo” (7), matriz donde se han “han revuelto y se han engendrado estirpes, cultos, costumbres y conversiones” (7). Es decir, Aparicio utiliza un lenguaje corporal específico sobre la maternidad fisiológica, aunque empleado de modo metafórico: “matriz”, “engendrar”.

También en ocasión de la Fiesta de la Hispanidad y continuando en *Mundo Hispánico* Santiago Magariños escribe un año más tarde sus “Reflexiones para un 12 de Octubre” en donde se alaba el estilo moral de España, que siempre ha sido “el refugio de los hondos dolores y el cobijo de las injustas amarguras” (3), una España “‘origen de tantas patrias’ que plantó gozosa su semilla en un alegre 12 de octubre de 1492, y, que al decir del poeta, ‘será siempre la más grande de las naciones si se mide con el fiel del alma’ (3).

Continúan, pues, las referencias al momento creador, aunque en este caso, el adjetivo “seminal” aluda a una acción “masculina”. En cambio, los sustantivos “refugio” y “cobijo” de “hondos dolores e injustas amarguras”, entroncan con la devoción mariana de la *mater dolorosa*, esa madre sufriente, compasiva y llena de dolor ante los sufrimientos y la muerte de su hijo, el hijo de Dios. Establecer un paralelismo entre dicha figura de culto y España en el contexto ultracatólico de finales de los años 40, implica no solamente ensalzar el valor de la nación española, de su espiritualidad y de su gran gesta “pasada”, sino también legitimar el presente.

Años después, también en *Mundo Hispánico*, aparecen las ya mencionadas “Visiones de Hispanoamérica” de Ernesto La Orden Miracle, sobre su viaje por el Plata,

el Pacífico y la Gran Colombia, en donde se subrayaba la grandeza de la engendradora labor española y se apuntan de nuevo, una serie de tópicos sobre la maternidad: vista como un acto generoso, altruista, sacrificado –un dispendio de sangre y energía vertidos generosamente- que al mismo tiempo llena de orgullo, satisfacción y alegría de ver a sus hijos crecer sanos y felices. Sin embargo, otra vez encontramos una referencia a la “paternidad”. España, en tanto que nación es feminizada, como buena musa y fuente de inspiración poética y laudatoria, en un remanso de la feminización de la nación propia del siglo XIX. En este sentido, Sepúlveda apunta que

la feminización de los atributos de la nacionalidad fue muy utilizada a lo largo de todo el siglo XIX; lo cual tenía un implícito objetivo emocional, promoviendo la vinculación afectiva del ciudadano con la nación, que venía a desempeñar el papel de joven madre que daba la esencia de su vida a cada descendiente y por la que todo patriota debía sacrificarse (El sueño 17).

Sin embargo, la Madre Patria solo se rodea de los adjetivos y roles “nobles” tradicionalmente atribuidos al género femenino, es decir, los de la maternidad por excelencia. En cambio, en el resto, a pesar de continuar refiriéndose a ella en femenino, sigue más bien los tópicos del *pater familias* latín –por oposición al de *mater familias*, a quién se le otorgaba un papel muy limitado y puramente doméstico-. En la antigua Roma, el *pater familias*, es decir, el hombre mayor y más poderoso dentro de una unidad familiar, era también el que ostentaba el poder –*potestas*- de decidir sobre la vida y la muerte de los que vivían bajo su tejado. Igualmente, disfrutaba de la *auctoritas*, que le concedía la capacidad moral para emitir juicios y opiniones cualificadas. Sin que la España de nuestro período de estudio llegue a estos niveles, los resabios colonialistas de actitudes y discursos que podemos vislumbrar, están basados en dichos poderes “paternales”, en especial en lo que se refiere a la “autoridad” para hablar en nombre de y para juzgar, tal y como ya hemos visto en el apartado anterior.

España descubre y crea, moldea, guía a sus hijos por el buen camino. Veamos más ejemplos de esta responsable y grandiosa tarea histórica. En cuanto al

descubrimiento, es frecuentemente interpretada como una hazaña de designio divino. Así lo explica Antonio Ballesteros-Beretta en el proemio del primer número de *Revista de Indias* (1940):

Los designios de Dios señalaron el destino de España con la gloria del descubrimiento y la civilización del Nuevo Mundo, asignándole una trascendental personalidad histórica que debe asumir siempre, y más aun en esta hora nuestra de revisiones y también de rectificaciones (5).¹⁹⁴

Finalmente, en octubre-diciembre de 1952, *La Revista de Literatura*, revista teóricamente específica sobre letras, se hace eco del discurso ya citado de Rodolfo Reyes pronunciado en el Instituto de Cultura Hispánica en ocasión de la Fiesta de la Hispanidad. En él, se alude al “español conquistador, el gobernante, el misionero, el educador, el mismo encomendero” (441) que fueron formando, gracias al mestizaje racial y espiritual, las naciones americanas, en este caso, la mexicana (441). De nuevo, la gran labor educadora, guiadora, modélica, meritoria y responsable del pueblo español. Seguiremos hablando con más detalle del descubrimiento en el próximo capítulo.

2.2.3.5.2. España como guía

La reinterpretación de la historia de España –en especial la de su acción en América-, es una de las tareas pseudo científicas que se llevaron a cabo durante el franquismo, en especial, en lo que se refiere a lavar la imagen peninsular de la “leyenda negra” –Sepúlveda habla de “leyenda blanca o rosa”, lo que implica una versión edulcorada, y por lo tanto alterada y/o parcial del pasado (El sueño 228)-. Dicha contraofensiva de doble vertiente, historiográfica y sobre todo publicista que pretende

¹⁹⁴ Otra encendida alabanza del descubrimiento, son las palabras de Francisco López de Gómara ya citadas en los propósitos del primer número de *Mundo Hispánico* (febrero 1948). Volveremos al descubrimiento en el capítulo siguiente.

reivindicar la labor española en América, básicamente centrándose en la tarea realizada de expansión del cristianismo, puede trazarse desde el siglo XVIII, aunque es con Menéndez Pelayo cuando adquiere especial relevancia (228-229)¹⁹⁵.

Así, nos encontramos con opiniones como las de Vicente Palacio Atard en *Arbor*, la revista del CSIC, en la que atribuye la leyenda negra a la incompreensión del mundo moderno hacia España, más que a la malevolencia (172). Después de un período de derrota y desmoralización –posterior al siglo XVII-, a España finalmente le corresponde una reincorporación histórica a las tareas directivas de la Humanidad, una labor que no será un “regalo del cielo” (173) ni “un simple buscar los principios de una nueva espiritualidad, sino la concreta tarea de afirmar la espiritualidad cristianocatólica en las bases de la cultura” (174). Para ello, es necesario empezar por América, aglutinando el gran Mundo Hispánico para que sus formas de vida destiñan sobre el resto de Occidente (174). Una acción que, clama Palacio Atard, está lejos de los ideales imperiales y de intereses temporales.

Dicha idea de agrupar la comunidad hispánica recorrerá el imaginario colectivo durante la década de los años 50, tanto a uno como al otro lado del Atlántico. Basada en el principio de unidad propio de la Hispanidad, y en la mayoría de los casos dando especial énfasis al componente espiritual, hay diversas propuestas y tipologías de agrupación, así como del lugar que en ella debe desempeñar España¹⁹⁶. Carlos Hamilton, profesor de la chilena Universidad del Estado, expone en *El Correo Literario* del 15 de agosto de 1950 y en el artículo precisamente titulado “Comunidad hispánica de naciones”, que

¹⁹⁵ Igualmente ya hemos referido como el mismo Rafael Altamira pretenderá defender la labor española en América. Valero constata que a pesar de que admite errores en el pasado, sobre todo debidos a “la codicia de algunos colonos y no a la acción del gobierno” (49), ensalzó los aspectos positivos y minimizó los negativos (49).

¹⁹⁶ Ya hemos aludido anteriormente a la Comunidad Hispánica de Naciones del ministro Martín Artajo. En los párrafos siguientes, citaremos al propio ministro.

la Hispanidad del siglo XX no ha de aislarse provincianamente frente a la Humanidad, sino que ha de dar su raíz jurídica y humana a una real sociedad humana en la que la igualdad, la libertad y la fraternidad se funden en el españolísimo respeto cristiano a la dignidad de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios Nuestro Señor (12).

Mariano Aguilar Navarro, autor del artículo ya mentado “Una comunidad hispánica” en *Estudios Americanos*, opinaba que de hecho, la acción en América ha sido determinante en la constitución de España misma (583). Afirmaba que España es, “Presente en Europa, viviendo en el seno de América, y aspirando a ensamblar a todos los pueblos en la única y gran comunidad” (585) y aludía a la petición de la Asamblea de Universidades Hispánicas a los gobiernos respectivos de que se haga efectiva la nacionalidad cultural hispánica” (583).

Una idea parecida, indicando la importancia no solo de España en América sino de América para España, es la expresada un año antes por José Luís Herrero en *El Correo Literario* del 15 de octubre de 1952, cuando afirma que “es en América donde el español se completa y crece” (9) porque lo español se re-crea en América (9). Remarquemos también que, en el mismo artículo, Herrero admite el “abandono al que hemos tenido a América hasta hace pocos años” (9).

También el ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo y en el mismo número de *El Correo Literario*, alude a la responsabilidad española de ser poseedores “de un altivo concepto de la dignidad humana y de su mejor cultura” (7), una “voluntad de sangre y de cultura que está llamada a representar en el concierto de las naciones un papel de preeminencia en el triple ámbito social, político y humano” (7).

Más adelante, en 1957 y en *Cuadernos Hispanoamericanos*, el ministro continúa desarrollando la idea de la Comunidad hispanoamericana, que no puede concebirse sin España, ya “que en la relación funcional Europa-Hispanoamérica juega nuestra Patria un papel esencial” (332). Dicha comunidad es descrita sin agresión ni ofensa, abierta y

generosa, cuyo “pacífico fin es el servicio de un prestigio y de una tradición secular” (332).

También en 1957, aparecen las “Notas sobre la cultura hispánica” de Gilberto Freyre, en *Cuadernos Hispanoamericanos*:

Una de las características del mundo del mañana serán las culturas supranacionales y entre estas tendrá gran importancia la hispánica si, conciliando la unidad con la diversidad, reúne las condiciones necesarias para servir a la causa de la personalidad humana, hoy amenazada por excesos colectivizadores y mecanizadores” (89)

y consigue aunar la civilización europea con los aportes tropicales (89). Para ello es necesario potenciar el intercambio cultural, aún insuficiente a pesar del “creciente sentido de responsabilidad para con el orbe hispánico” por parte de España (89). Responsabilidad con tintes paternalistas esta vez en el ideal de una comunidad con un gran futuro.

Alfredo Sánchez Bella en el mismo año y revista, en “Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica”, también afirma la indudable existencia de una Comunidad de Naciones Hispánicas, una comunidad “tanto espiritual como material, y exige un quehacer nutrido de tradición y actualidad” que es la razón de ser fundamental de los Institutos de Cultura Hispánica (s/p)

El último artículo que comentaremos es el de Blas Piñar, “Dimensión política y espiritual de la Hispanidad” publicado en *Mundo Hispánico* en octubre de 1958. El tono es aparentemente más conciliador. La España actual es vista como “una más entre los pueblos hispánicos, tan hija de la Madre progenitora como puede serlo Ecuador o Venezuela” (19), que aleja los temores que pudo haber en el pasado de argucia creada para recobrar la hegemonía pretérita. Cada vez más, en la actual era de los grandes sujetos supranacionales, se va abriendo paso esta empresa hispánica “de comunidad iniciada en áreas regionales económica y geográficamente definidas, como un paso firme y seguro hacia la estructura más amplia, completa y general” (20).

A pesar de todos estos discursos y voluntades, la perspectiva histórica nos permite afirmar que la tan clamada comunidad hispánica de naciones no se hizo realidad en ninguna de sus posibilidades. Igualmente, los ejemplos mencionados en este apartado, todos ellos publicados durante el régimen franquista, nos muestran cómo el rol de España para con Hispanoamérica fue utilizado con fines programáticos y propagandísticos. España sería líder del Mundo Hispánico y salvadora de Occidente. Sin embargo, el “papel protagonista” de España no se limitó al régimen de Franco, aunque este lo agudizara, sino que es recurrente a lo largo de todo nuestro período de estudio –aún las voces que clamaron la falta de conocimiento, de interés y de relaciones, continuaron poniendo a España en el centro de su discurso-¹⁹⁷.

Como hemos demostrado, prácticamente no se puede hablar de Hispanoamérica desde la Península sin hablar de España, incluso cuando aparentemente se tratan otros temas. En el imaginario colectivo promulgado por *intelligentsia* –siguiesen o no instrucciones oficiales- e instituciones, el protagonismo español en el devenir hispanoamericano se retrotrae al pasado, continúa en el presente y se proyecta en el futuro. En el pasado, empieza con el descubrimiento y se prolonga en la conquista y época colonial, en un intento además de combatir la leyenda negra. En el presente, se muestra con el reestablecimiento de -o la voluntad de reestablecer- las relaciones intercontinentales: mediante realidades físicas tales eventos, instituciones y organismos, o imaginadas, como proyectos, -la mayoría de ellos irrealizables-, pero, sobre todo, con el retoricismo, que festeja a España como plaza mayor, punto de unión y enlace con Europa. Finalmente, en el futuro, se manifiesta tanto en la promesa de un destino histórico y glorioso del pueblo hispánico, o bien en tanto que “comunidad de naciones hispánicas”- entidad más o menos definida, política y/o espiritual y cultural-.

¹⁹⁷ Incluso en ocasiones se aceptan los errores y desconocimiento “pasados”, pero no en el presente, como en el mentado artículo de José Luís Herrero, se habla de un abandono “hasta hace algunos años”, es decir, excusando el período actual.

En todo caso, a pesar de vestirse en muchas ocasiones con los ropajes de la fraternidad, y de intenciones exclusivamente culturales, predomina la voluntad de erigirse como líder, y es que España siempre ha buscado algún tipo de beneficio en las relaciones con América, de tipo material –consiguiendo ventajas económicas, comerciales, políticas en épocas de aislamiento, etc.- o de tipo espiritual –influencia, irradiación, vía de escapatoria-, incluso en época republicana. Lo que cambia es el talante, el énfasis, la agresividad, la utilización y la manipulación político-ideológica.

CAPÍTULO 3. LA NOVELA HISPANOAMERICANA EN ESPAÑA

3. LA NOVELA HISPANOAMERICANA EN ESPAÑA

3.1. ¿DES-CUBRIMIENTO O DES-CONOCIMIENTO?

Muy soberano señor: La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de Indias; y así, las llaman Mundo Nuevo.

Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*

La novela de allá tiene contenido y es digna de mayor consideración entre nosotros que, si somos sinceros, admitiremos nuestra falta de aprecio del esfuerzo de los escritores de América del Sur (...).

José Vila Selma, “El gaucho en el tiempo y en la novela”

Ya hemos empezado a ver la importancia que la intelectualidad española da a lo largo del segundo tercio del siglo XX, y en especial en los tres primeros lustros del franquismo, al descubrimiento de América y al papel de España como “descubridora”, “civilizadora” y “madre” de las naciones hispanoamericanas. España, al ser los Reyes Católicos los patrocinadores del periplo de Colón, se convertía en la protagonista, la impulsadora, y la responsable del cumplimiento de la misión divina. América existía, pues, tal y como era, gracias a España, que la halló y mostró al mundo y le dio su cultura, tradición, religión, lengua e idioma, es decir, su “alma” y esencia.

El diccionario de la Real Academia Española nombra tres acepciones del término “descubrimiento”:

1. m. Hallazgo, encuentro, manifestación de lo que estaba oculto o secreto o era desconocido.
2. m. Encuentro, invención o hallazgo de una tierra o un mar no descubierto o ignorado.
3. m. Territorio, provincia o cosa que se ha reconocido o descubierto. (“Descubrimiento”, def. 1, 2, 3).

La tercera definición se refiere directamente al objeto encontrado en sí. La segunda alude al momento, a la acción de encontrar algo que no era conocido anteriormente. Fijémonos que la Real Academia Española utiliza el sustantivo “invención” como sinónimo de “encuentro” y “hallazgo”, lo que nos recuerda las teorías postuladas por O’Gorman y Mignolo cuando se referían a la “invención” de la idea de América. Quién encuentra, de alguna manera crea e inventa, la nueva realidad. Es el poder del Sujeto conocedor. Asimismo, los ejemplos de “objetos encontrados” utilizados por la misma academia de la lengua son básicamente geográficos (tierra, mar, territorio, provincia), puesto que en general se emplea este sustantivo para referirse a novedades orográficas, aunque el descubrimiento por excelencia sea el del continente americano.

Vayamos ahora a la primera definición: algo oculto, secreto o desconocido. Etimológicamente algo que se des-cubre es que se des-vela, que se muestra, que es vuelto visible y “conocible” gracias a esta acción descubridora. Es España quien muestra América, aunque la primera cosa que se aprecie de ella –su nombre- haya escapado al protagonismo español. De ahí el deseo de llamarla Hispanoamérica: para enfatizar la labor de España.

Como también ya hemos apuntado, Edmundo O’Gorman, en su ensayo *La invención de América*, estudia la historia de la idea del descubrimiento: cómo, cuándo y por qué surgió la idea de que el continente había sido “descubierto”. Para el mexicano,

el término descubrimiento implica por definición un acto intencional (39), es decir, que si no se tiene una idea previa de algo no se puede descubrir o hallar. Esta terminología correspondería con una concepción providencialista de la historia, y el descubrimiento sería la ejecución –consciente o no- de un designio divino, por parte de un hombre – Colón- que habría sido escogido para este fin. Esta manera de comprender la historia y el tiempo, rectilínea, progresiva y teleológica es, como recuerda Mignolo, un elemento consustancial al pensamiento occidental y eminentemente eurocéntrico (The Idea 51).

Así, el descubrimiento español lleva implícito la importancia del componente religioso y convierte a España, en palabras de Sepúlveda, en “un instrumento divino para la ampliación del ámbito territorial y humano de la fe católica” (El sueño 104). De ahí que se insista en que la principal aportación de España a la humanidad ha sido la evangelización de América, -incluso se llega a afirmar literalmente que le ha dado el alma-. Este hecho también tiene repercusiones en el presente: España, en tanto que pueblo elegido por Dios para conservar la religión cristiana, al reforzar la unión con el resto de países hispanos, debería conseguir una mayor influencia mundial y prestigio, tanto para ella misma como para la raza hispana en general.

El providencialismo y misión histórica de España derivados de esta comprensión del descubrimiento, encajan perfectamente con el pensamiento panhispanista, pero también con la del destino glorioso –futuro que engloba pasado y presente a pesar de la aparente paradoja- de la Hispanidad. Incluso para el hispanoamericanismo progresista, a pesar de la relativa relevancia que le atribuía a la religión, la importancia dada al descubrimiento le beneficiaba de todos modos, justificando la reafirmación de vínculos, así como la presencia y el prestigio españoles en el continente.

Observemos algunos ejemplos de opinión de la prensa escrita en relación al descubrimiento y la conquista que son indicativos del talante general. La visión de *Raza*

Española en relación a la labor histórica de España ya ha sido reflejada en ocasiones anteriores. En cuanto al descubrimiento en sí, el colombiano Antonio Gómez Restrepo, fiero defensor de la ideología panhispanista y colaborador habitual de la publicación, se expresa con rotundidad en 1927:

El descubrimiento de América divide en dos la historia de la Humanidad, desde Cristo hasta el presente; y ese hecho único, con su consecuencia inmediata, la colonización del continente, obra es de España, sea cual fuere el lugar donde naciera el propio Descubridor (13).

Igualmente, la directora de la misma revista, Blanca de los Ríos, en el artículo “España, educadora de pueblos” del número 129-130 de septiembre-octubre de 1929, defiende la labor cultural española atacando la perniciosa “leyenda negra”:

Sabido es que los detractores de España no nos disputan la gloria de haber descubierto, en unión con los portugueses, las tres cuartas partes del mundo (...) lo que dan por nulo y nunca existido, es nuestra obra cultural de América y todo el valor científico de nuestros descubrimientos y de nuestra colonización (15).

Quince años más tarde, Miguel de Tormo, en “Un español de América”, artículo dedicado a Juan Ruiz de Alarcón y publicado en *Destino* en octubre de 1942, afirma que

los españoles de la Península y los españoles de Ultramar, no fueron, desde los primeros tiempos del descubrimiento y de la conquista no fueron nada más que eso: españoles. Sin diferencias de ningún género, sin vanidades, sin orgullos, sin desprecios, sin humillaciones. Al soberbio Imperio de las Indias Occidentales le supieron dar nuestros Reyes toda la inmensa importancia que en verdad tenía para la grandeza del Reino. Y no tanto por las riquezas materiales que de esas Indias pudieron ser aprovechadas y traídas en los famosos galeones, como por la singular capacidad que para la civilización cristiana mostraron desde el primer momento (7)

Compara la conquista española con la británica, llena de prejuicios raciales y de vanidad hacia los locales. En cambio, “en España, proceder de las Indias, ser americano, era un título de honor que se distinguía al que se hallaba en condiciones de ostentarlo, y que contribuía a abrirle todas las puertas” (7). Ya hemos mencionado en dos ocasiones el artículo “Conceptos históricos de la formación de Hispanoamérica” de Florentino Pérez Embid en donde pone en cuestión el mismo término “conquista” al hablar de la acción española en América y se aleja de la tradicional “leyenda negra”.

Cuadernos Hispanoamericanos, en enero de 1956, publica “La incorporación española y el destino de Hispanoamérica” de Augusto Iglesias que considera

el descubrimiento y conquista de América, determinantes de la formación del Imperio Castellano, tuvo, asimismo- a semejanza del Renacimiento, la Reforma y la Revolución francesa, un carácter de ‘mensaje’ (s/p),

un mensaje que pasó por “la fusión material y espiritual de España con la sangre aborigen” y que implicó una reconciliación con el pasado de España, cumpliendo la profecía del Cid de recuperar la honra tras todas las invasiones: “libre España de la invasión árabe gracias al empuje de las armas castellanas y católicas, recibe de seguida por manos de su Reina Católica y castellana, la ofrenda fabulosa de un nuevo mundo” (s/p). Y concluye que “la superioridad de la colonización sajona sobre la ibérica es un mito”(s/p).

En términos generales, si España había des-cubierto a América para el resto del mundo (o sea, para Europa), a ella le correspondían unos privilegios, influencia y una situación de “superioridad” y un cierto dominio, como por ejemplo el atribuirse ser meridiano-interlocutora-puente entre los dos mundos. Como las independencias políticas de las naciones americanas son muy recientes, todas conseguidas a lo largo del siglo XIX, la única esfera posible de “influencia” para España, sin ser acusada de “neocolonialismo”, era la “cultural”.

Sin embargo, en el segundo tercio del siglo XX, el desconocimiento de América en España es generalizado, la situación político-social y económica es especialmente convulsa y el país se encuentra ensimismado en su propia problemática. Incluso a nivel cultural se muestra encerrado en su idiosincrasia –actitud agudizada en el franquismo temprano-. A pesar de que algunos intelectuales empiezan a ser conscientes y lamentan la ignorancia y el desdén que recibe América en tanto que productora literaria y claman la necesidad de mayor atención, en general, la mirada hacia América está teñida de nostalgia y de ideas preconcebidas.

La paradoja está servida: España descubre a América como territorio, pero la ignora y “cubre” literariamente. Y es que precisamente cuanto más alaba el descubrimiento y la pasada gloriosa acción española, menos esfuerzo, menos interés por su realidad actual. España da a conocer América a Europa y en cambio la desconoce realmente para sí misma.

Después de haber visto las alabanzas a España y a su acción americana, así como de su imagen de América, veamos ahora la aparente contradicción, es decir, los comentarios y referencias al desconocimiento español que la intelectualidad reflejó en las páginas de las revistas culturales del período, pero centrándonos ya en la literatura hispanoamericana¹⁹⁸.

En el tan comentado artículo origen de la polémica del meridiano intelectual, Guillermo de Torre también acepta el desconocimiento español de la literatura hispanoamericana del que sin embargo, juzga responsables “los torpes excesos del hispanoamericanos infausto” y que se solucionará con la mediación española que permitirá “la instauración de un nuevo espíritu amistoso entre dos mundos fraternos” (22).

En *España y América* en junio de 1927, Ángel Dotor, al hablar de Carlos María Ocantos, rebate el prejuicio español de que América no tiene prosadores de calidad y explica en parte la

ignorancia popular de la copiosa y selecta producción novelística americana contemporánea, porque es notorio que las obras maestras de este género producidas allende el océano no se encuentran en las librerías españolas, de donde resulta que solamente adquieran fama y renombre populares, por lo que toca a los autores americanos, aquellos que publican aquí sus obras. Lo que no acertamos a comprender es que haya profesional de las letras...para el que no tengan valor, el altísimo valor que todos los demás disciernen sin restricciones, a los nombres de Larreta, Barrios, Gálvez, Ocantos, Díaz Rodríguez, Quiroga, Prado, Reyles y algunos más (65).

¹⁹⁸ Como antecedentes a ello, Pike señala la ignorancia española sobre la literatura y la historia hispanoamericana y la queja de Blanco-Fombona sobre la indiferencia y menosprecio peninsulares hacia Hispanoamérica expresadas en *La Nación* de Buenos Aires en 1906 y en la revista *Unión Ibero-Americana* en noviembre de 1909, respectivamente (185).

De nuevo en *La Gaceta* un año más tarde, Ramiro Ledesma Ramos se pregunta por la identidad literaria de Hispanoamérica al comentar la obra literaria de José C. Artuña.

Está aún por definir el alma de América; no sabemos en realidad con arreglo a qué cánones hemos de justipreciar sus valores ni si son legítimas nuestras unidades europeas. Esperamos esa Definición, que ha de hacer, debe y puede hacer solamente un europeo genial –¿nos la traerá Ortega de su próximo viaje? –siguiendo rigurosas –esenciales– derivaciones...queremos saber, en una palabra, señores americanos, quiénes son ustedes y qué papeles gallardos pueden representar entre los valores culturales del siglo (...) con mucha frecuencia sus libros-aun los mejores- no despiertan en nosotros admiraciones amplias. Pero lo interesante de esto reside en que no nos atrevemos a decir que son mediocres (227).

Reconoce, pues, la ignorancia española pero clama su voluntad de saber y de aprender, afán que no es satisfecho por los propios hispanoamericanos y es que, en la misma línea de las palabras de Marx, solo podrá ser definida por los europeos –sea o no sea el genial Ortega-. A pesar de ello, confiesa la posibilidad que las “unidades europeas” no sean las adecuadas para juzgarlo, es decir, que no sean aplicables los mismos modelos y por lo tanto que Europa deba repensar sus categorías de pensamiento y de aprehensión, idea que Maticorena Estrada recogería casi treinta años más tarde. Pero también apunta un principio de juicio negativo y es que con la frase “no nos atrevemos a decir que son mediocres”, se insinúa una calidad literaria “baja”.

En noviembre de 1930, Rafael Marquina entrevista a Pedro Sainz Rodríguez a la vuelta de su periplo americano en *La Gaceta Literaria* (“Pedro Sainz Rodríguez nos habla de su viaje a América”). Este afirma que “en general, nos conocen ellos a nosotros mejor, mucho mejor que nosotros a ellos” (325). Por eso, para solventarlo y

contribuir a la difusión de la literatura de Hispanoamericana, vamos a emprender muy pronto – están ya muy avanzados los trabajos- la publicación en varios volúmenes de la ‘Historia de las literaturas Hispanoamericanas’. En cada tomo se estudiará una de ellas y para cada uno escribiré un estudio preliminar de conjunto. Al mismo tiempo, y con un criterio de rigurosa selección, publicaremos una ‘Colección de Clásicos de Hispanoamérica’ (unos 25 tomos a lo sumo), cuya mejor garantía creo que es haberla puesto bajo la dirección de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña” (...) Además, y para remediar ese desconocimiento absoluto que, en términos generales, tenemos de la literatura de Hispanoamérica, y que ha hecho posible que pudiera parecer admisible el lamentable y deplorable ‘Panorama’ de Daireaux, he planeado la publicación en nuestra GACETA LITERARIA de unos Panoramas de las literaturas Hispanoamericanas, donde se las dé a conocer con perfecto y completo conocimiento de causa (325).

A partir de este momento, *La Gaceta* publicará algunos artículos destinados a esbozar los panoramas literarios de Chile, Guatemala y Uruguay, pero no llegará a cumplirse el programa esbozado.

Después del silencio republicano, del conflicto armado y de la posguerra, en 1944, José Tudela pone de nuevo sobre la mesa el desconocimiento español de la literatura americana. Así pues, al reseñar la obra *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos* de Barón Castro, escribe en la *Revista de Indias* en 1944 que la colección ‘Cisneros’, dirigida por Ciriaco Pérez Bustamante publica, con frecuencia, bellos libros americanos, poco conocidos en España” (705). Añade que la poesía americana y sus antologías son más conocidas y frecuentes, pero en cambio, son rarísimas las antologías de prosistas hispanoamericanos y muy escaso su conocimiento en España (706).

De modo muy parecido se expresa Carlos Seco cuando dos años más tarde en la misma *Revista de Indias* comente la *Antología de literatura dominicana* editada por el Gobierno dominicano, y vaticine que para muchos lectores españoles esta antología será un descubrimiento de valores inesperados (926), a pesar de incluir solamente a autores ya fallecidos en el momento de su publicación.

Más claramente se expresa José Vila Selma en mayo-junio de 1946 en *Arbor* al hablar de la evolución del personaje del gaucho y de su representación en la ficción,

la novela de allá tiene contenido y es digna de mayor consideración entre nosotros que, si somos sinceros, admitiremos nuestra falta de aprecio del esfuerzo de los escritores de América del Sur, por crear una literatura genuina, digna de elogio y fama y nombre, equiparable a la de Occidente. Y una de las razones de nuestra falta de criterio para apreciar y valorar la novela hispanoamericana es la poca difusión que ha alcanzado entre nosotros (401).

Jorge Campos, en “Literatura de la América Hispana”, del número 27 de marzo de 1950 de *Destino*, admite,

la falta de atención a una literatura que ocupa casi todo un Continente y a la que contribuyeron veinte países. Cervantes y Lope de Vega sabían más de lo que se escribía a otro lado del Atlántico que cualquier crítico de siglos posteriores. La incompreensión del movimiento de independencia hizo que se adoptara una postura como la de esas familias que no quieren saber nada del pariente con que no se hablan. Después, Menéndez Pelayo, arrancando desde su exaltación de lo hispánico, llegó al estudio minucioso de lo que en América se había escrito (8).

Sin embargo, Campos termina asegurando que, finalmente, “ahora, ya a mediados del siglo XX, la literatura hispanoamericana logra la atención que mereciera” (8).

Dos años después, en *Estudios Americanos*, en el “Balance de un año” G.M. asume la ignorancia española de sus excolonias: “el tipo medio español se encuentra, por desgracia, con una idea equivocada –si es que realmente la tiene- acerca de la vida, costumbres y cultura de América” (165)”. Y anima a conocerla mejor asistiendo a la exposición del salón del Club, si la voluntad comuna es que

la Hispanidad deje de ser un simple recurso oratorio, y solo cuando los hispanoamericanos queden firmemente persuadidos de que todo el Mundo Hispánico tiene el mismo concepto de la vida, se podrá llegar a una comprensión económica, política, etc., de un alcance infinitamente más hondo que en la actualidad (170).

En julio de 1952, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, T. Salinas Mateos comentando la novela mexicana (“Novelistas de México”), anima a mejorar el conocimiento de América a través de la literatura: “para amar a América hay que conocerla, y no hay mejor camino para el conocimiento que participar en sus obras” (154).

Mucho más contundente y crítico se muestra Carlos José Costas se cuestiona en *El Correo Literario* del 15 de noviembre de 1952,

el motivo “desdichado” por el cual los escritores españoles desconocen la literatura iberoamericana, aunque quizás conozcan algunos nombres de ella. Este desconocimiento es penoso siempre, aunque en algunos casos vaya apadrinado por un imbécil orgullo. Orgullo y desconocimiento no existirían si se pensase que somos, los de acá y los de allá, ramas de un mismo tronco, que todos pertenecemos a la misma literatura, porque todos usamos el mismo idioma: el castellano (9).

Unos meses después, ya en enero de 1953 y en la sección bibliográfica de *La Revista de Indias*, M. Iglesias Ramírez comenta la obra de Agustín del Saz, *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*, y aún admitiendo la falta de conocimiento español del quehacer literario hispanoamericano, considera que el interés por el estudio de dichas literaturas ha ido aumentando a medida que se alejaba del tronco virreinal y que se han ido presentando “como un gran experimento de transformación de su lengua y literatura propias hacia tipos y formas influidos por el medio” (412). De todos modos, añade que, en general

los libros hispanoamericanos nos llegan de un modo irregular. Faltan o escasean las historias de esas literaturas jóvenes y las compilaciones críticas. El comercio defectuoso de España a América lo es mucho más, y casi falta, de América a España. Los escritores hispanoamericanos que se quejan a veces de no hallar entre nosotros la merecida atención, deben tener en cuenta estas circunstancias (413).

Igualmente, desde *El Correo Literario*, Jaime Delgado (“Claroscuro de México”) se suma a los intelectuales que desean una mayor aproximación a la realidad mexicana, que podemos extrapolar a la de todo el continente americano:

En tal esfuerzo, varias voces españolas se han dejado ya escuchar, y a aquellas quiero yo ahora unir la mía, no menos cordialmente interesada en el empeño de comprender a México y a sus hombres y propagar el conocimiento de aquella nación, principalmente en España, donde tanto se ignora todavía, desgraciadamente la fisonomía espiritual y física, de los pueblos hispanoamericanos (1).

En febrero de 1953, Carlos Lacalle también admite, desde su sección “Correo de Ultramar” de *Mundo Hispánico*, la falta de conocimiento, así como la intención de solventarlo: “un problema serio lo constituye la falta de información, dentro del bloque hispánico, de las obras literarias que se producen en las distintas patrias. Para resolverlo, el Instituto de Cultura Hispánica propició la creación de *Correo Literario*” (56).

A pesar de la conciencia generalizada del “alejamiento” y desconocimiento peninsular, en el mismo año 1953 y en *Mundo Hispánico* (“Cómo se estudia América en España”), Jerónimo Toledano pasa revista al modo en que América es estudiada en

España, y cita las instituciones, museos y demás organismos que se dedican a ello, contradiciendo las opiniones anteriormente mentadas. Afirma que

para el español, Hispanoamérica es un complejo de afectividad y necesidad de estudiarla y conocerla, atendido por el Estado y muchos particulares (...). Ciertamente es asombrosa la cantidad de organismos públicos y privados esparcidos por toda España que miran específicamente a Hispanoamérica (17).

Cita la Biblioteca Colombina de Sevilla, la Escuela de Estudios Americanos de la misma localidad, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del CSIC con sus dos publicaciones, *Miscelánea Americana* y *Revista de Indias*, el Archivo General Militar, el Museo Naval de Madrid, la Escuela Oficial de Periodismo que cuenta con una sección hispanoamericana, la Biblioteca América de Santiago de Compostela, la Asociación Cultural Iberoamericana con ramificaciones por toda España, la Casa de América de Granada, la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz y el Instituto Iberoamericano de Valencia.

También en 1953, *Ínsula* publica “Una charla con Miguel Ángel Asturias” de José Corrales Egea desde París y admite

nuestro insuficiente conocimiento de unas literaturas que, bajo muchos aspectos, nos son hermanas. Y esto se aplica particularmente a la novela, género que ha tardado más años en liberarse de la tutela europea que la poesía, pero que hoy busca –como aquella– el hondón popular, su expresión propia (2).

Quizás el más elocuente sea el comentario de Jorge Campos, cuando a raíz de analizar la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert en *La Revista de Indias* y en enero de 1954, vuelve a incidir en que “durante largo tiempo se ha considerado por muchos que en Hispanoamérica o no existía creación literaria o era un simple remedo de la española. Y el reflejo de tal creencia se advierte en la falta de estudios sobre ella” (228). Es por ello que alaba la existencia de obras como la del argentino que vienen a combatir el desconocimiento y la falta de información (228),

esfuerzo que, según el crítico, se ha llevado a cabo en el último tiempo para subsanar el gran vacío que existía en este aspecto de la cultura y las letras. Así pues,

los nombres de Henríquez Ureña, Luís Alberto Sánchez, Torres-Rioseco, Julio A. Leguizamón, y algunos más desde el lado de allá del Atlántico, se unen a otros peninsulares para reflejar el interés por una literatura que, desgajada de la española, se ha repartido hoy por veinte países de indiscutible personalidad (228).

Sin embargo,

no es este el momento de buscar las razones –económicas, políticas e incluso históricas- de este alejamiento, sino de insistir solamente en una de ellas: la que Anderson Imbert viene a combatir con este libro: el desconocimiento y falta de información (228).

El colombiano Eduardo Caballero Calderón, miembro de la Asociación Cultural Iberoamericana de Madrid, reflexiona sobre la realidad literaria en “Hispanoamérica en sus novelistas” publicado por *Cuadernos Hispanoamericanos* en abril de 1955. Concretamente discurre sobre la novela- producida en Hispanoamérica y su conocimiento y reconocimiento internacional. Considera que sin respaldo político, se les desprecia y acusa de incultos y salvajes por culpa del desconocimiento (56), y, especialmente,

donde todavía se nos ignora, por desgracia, es en España, y para que ella sea el denominador común de la cultura hispana, que nos comprende a todos, debería mostrar mayor interés por lo que estamos haciendo al otro lado del mar (57).

De lo que es muestra “que los libros hispanoamericanos no son leídos en España; a nadie le interesan, y raras veces merecen benevolencia de un comentario circunstancial” (57), a pesar de que la novelística hispanoamericana existe y además, “está en capacidad de aportar un valioso contingente a la cultura literaria, y especialmente a la de habla española” (58), habiendo sido receptáculo de influencias europeas durante más de 150 años (57).

En la primavera de 1956 en la *Estafeta*, Pedro Mario Herrero cita al mismo Caballero Calderón: “a España no le interesa América. Hay un desconocimiento profundo de todo lo nuestro” (4), por lo que asegura haber creado la editorial

Guadarrama, “con el proyecto ambicioso de dar a conocer en América libros españoles y de presentar en España lo más florido de la literatura sudamericana” (4).

En lo que parece un cierto cambio en la percepción de lo americano en la península, Alberto Gil Novales, también en mayo de 1956 y en *Cuadernos Hispanoamericanos* (“De literatura hispanoamericana”) destaca la importancia de la literatura transatlántica, la cual opina ya ha llegado a su “primera madurez intelectual (188) y lamenta el desconocimiento peninsular

a pesar de ser de capital importancia para nosotros. Los españoles conocemos muy mal, quizá para acreditarnos de provincianos desteñidos, que es lo que se piensa de nosotros en algunos sitios). La literatura hispanoamericana –en sus mejores manifestaciones- interesa ahora en Europa, ya no, como pudo ocurrir en el siglo pasado, como mera curiosidad, sino como expresión de algo pleno, consciente y, a veces, demasiado humano. Es una literatura auténtica (188).

España ya no puede ser el centro exclusivo del mundo hispanohablante,

Para el porvenir cultural de Hispanoamérica –y cultura a la larga significa emancipación-, el hecho de que el idioma castellano empiece a tener tres grandes centros de gobierno –Buenos Aires, Madrid y Méjico- es de incalculable valor. Ante este hecho, ante esta novedad de que Madrid abandone su cetro hasta ahora único, los españoles solo podemos sentir un contento interior muy grande. Es contribuir a dar sentido a la empresa americana, capital en nuestra historia (189).

Sin embargo, Gil Novales alude a la “empresa americana” capital en la historia española, es decir, entronca con el discurso tradicional y anti leyenda negra que subraya la importancia histórica –y ecuménica- del descubrimiento americano por parte de España, y por lo tanto, se aleja de planteamientos más novedosos.

En una tónica semejante, en septiembre del mismo año, Ruiz-Giménez publica en *Mundo Hispánico* el artículo “También la técnica es regalo de Dios”. Admite el desconocimiento español de América y la importancia que el nuevo continente juega en la misma identidad española –“para comprender bien a España hay que recorrer América de palmo a palmo y enamorarse de ella, como la novia más bella” (5), como una hija fiel, y asegura que las cosas son distintas en la actualidad ya que

felizmente Dios ha puesto a España en un instante de resurrección espiritual, y a medida que nuestra vida interior se iba haciendo más holgada, que nuestro espíritu ha recobrado el amor y la esperanza por las grandes empresas, hemos vuelto irremisiblemente nuestros ojos hacia Hispanoamérica y nos hemos encontrado con una Hispanoamérica que nos esperaba desde siempre (6).

En cambio, Luis Trabazo expone las palabras del director de su revista, *Índice*, en el otoño de 1956 y en el artículo “si conocer es amar”, frase que resume las ideas planteadas en el mismo. Así pues, Fernández Figueroa admite que en España

conocemos muy mal América. Conocemos mal su historia, sus costumbres, su genio, su geografía, sus hombres representativos, en fin, todo lo que importa conocer de allí. Y conocemos también mal su cultura: su literatura y su ciencia, su filosofía. Es preciso que conozcamos mejor esto, que al fin y al cabo tiene tantos lazos con lo que es nuestro, con lo que nosotros amamos. Pero, es el caso –añadía- que los propios americanos, entre sí, tampoco se conocen mucho mejor. Hay inmensos abismos de ignorancia –y por lo tanto puede haberlos también de recelo- entre muchos países de América. A mí me gustaría hacer algo, aquí en INDICE, que contribuyera a disipar esa ignorancia, algo que también acercase América más a España y al propio tiempo que sirviera de trampolín y vehículo para el recíproco conocimiento de los pueblos americanos entre sí mismos (6).

Su propuesta es la de crear una “página regular a informaciones sobre cosas, hombres y libros, principalmente libros y revistas, bibliografía, de Hispanoamérica” (6). Así, a través de la información se contribuirá a la concordia universal, imprescindible en la humanidad y en especial entre pueblos hermanos, en tradición, cultura y lengua. Es la cultura, más que las relaciones diplomáticas incitadas por los Gobiernos, la que asegura una mayor y más universal solidez: “es el pensar en común, el hacer en común y el amar y desear en común” (6). Dicho proyecto, al menos hasta finales de 1958 –el límite cronológico de nuestro estudio- no se hará realidad, aunque la información y el interés por la realidad hispanoamericana sean patentes. La idea de Figueroa de fomentar el conocimiento vía la prensa cultural no es nueva y se vio en parte materializada en los números especiales dedicados a los países hispánicos de *Mundo Hispánico*, o bien en *La Gaceta Literaria*, sin embargo, su proyecto nos remite directamente al ya expresado por Rafael Marquina en *La Gaceta Literaria* 26 años antes: la situación ha cambiado apenas.

En abril de 1957, José María Deleyto habla desde *La Estafeta Literaria* del premio “Fraternidad Hispánica” 1956, otorgado a Manuel Calvo Hernando, miembro de la sección de Información del Instituto de Cultura Hispánica. La existencia misma de este premio implica ya la falta de “fraternidad”. Así, el galardonado, admite que

no es ninguna novedad afirmar que, dentro del campo natural, uno de los problemas más vivos es el de la información, o, mejor dicho, el de la falta de información. Se ha hablado de que, frente al telón de acero de las naciones comunistas, existe entre las naciones de nuestro Mundo Hispánico un telón de terciopelo que evita y ahoga la comunicación cordial y fraternal entre las naciones de habla hispánica. Esta cortina de terciopelo es, por ahora, imposible de rasgar, a pesar de los meritorios esfuerzos que se han hecho. Solo una acción conjunta, una federación de periódicos y emisoras de nuestros países, respaldada por los gobiernos o por las grandes entidades industriales, estaría en condiciones de producir este milagro que necesitamos cada día con más urgencia. En realidad, hemos avanzado mucho en los últimos diez años, pero todavía nos falta coordinación y unidad de acción (5).

Labor que debe de ser continuada especialmente en el intercambio de libros y revistas, lo que permitiría la consagración de los valores culturales hispánicos, y para lo que propone una gran distribuidora hispanoamericana (5). El artículo continua listando y alabando los logros del Instituto de Cultura Hispánica –y el agradecimiento a *La Estafeta Literaria* por su sensibilidad y preocupación por Hispanoamérica–, aunque finaliza con el llamado a la empresa colectiva “por encima de propaganda y chauvinismos, que a nada conducen, podemos llegar algún día a tener en el mundo voz propia y peso específico” (5).

Como colofón a nuestro repaso, veamos las palabras de Gil Novales un año más tarde, en *Cuadernos Hispanoamericanos* al reseñar al venezolano Arturo Uslar Pietri:

naturalmente, el desconocimiento de esa literatura en español implica, lo mismo que antes, la ignorancia de lo que esos pueblos son, a lo sumo nuestras ideas sobre Hispanoamérica llegan hasta donde llegan las cartas de los parientes radicados en Buenos Aires, Medellín o Méjico. Muchos añaden, además, un tonillo imperialista, pues está claro que los españoles no acabaremos de aprender nunca (...) ya lo calificó Ortega de ‘provincialismo’. Constituimos una nación provinciana (105).

Así pues, provincialismo del pueblo, pero no solo del público peninsular, sino también, en lo que parece una tímida crítica a la censura y al aparato franquista, del “frío burocratismo que cela nuestras lecturas” (107).

3.2. LA RECEPCIÓN

Muchos malentendidos en la comunicación internacional vienen del hecho de que los textos no importan su contexto con ellos.

Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*

3.2.1. Selección

3.2.1.1. La situación del libro y el comercio con América

Antes de empezar a analizar la presencia y la recepción concreta de la narrativa hispanoamericana en España, detengámonos un instante a considerar la situación editorial española -y, dentro de ella, la tipología de editoriales que se interesaron en la publicación de novela hispanoamericana-, así como el comercio editorial entre América y España durante el segundo tercio del siglo XX. Esta fue una temática recurrente en la prensa cultural y nos permitirá comprender mejor la relación entre ambos continentes.

Según Fernando Larraz Elorriaga, a finales del XIX y principios del XX el mundo editorial español está básicamente constituido por empresas familiares de escaso capital financiero, cuyos fundadores, como Gustavo Gili, Saturnino Calleja, José Espasa o Gregorio Pueyo, constituyeron la primera gran generación de editores españoles¹⁹⁹. Los años veinte ses la época de las primeras distribuidoras del libro español, como CALPE o la Sociedad General Española de Librería, “que consiguieron hacer llegar los

¹⁹⁹ Se refiere a editoriales como Reus (1852), Espasa (1865), Calleja (1876), Sopena (1896), Salvat (1897), Gustavo Gili (1902) (199).

libros publicados a lugares que anteriormente carecían de puestos de venta, haciendo crecer significativamente el consumo interno” (201). Sin embargo, existe una situación de “crisis crónica del libro”, derivada del subdesarrollo económico, el analfabetismo, el desprestigio intelectual en el exterior y la dificultad de acceso a la cultura, lo que implicaba escasez de lectores (202), y que no va a empezar a solventarse hasta principios de la década de los 30.

Hacia finales de los años veinte coinciden una serie de fenómenos que contribuyen a cambiar la situación del libro: la irrupción de la CIAP y de las editoriales llamadas “de avanzada”²⁰⁰, la aparición de las doctrinas estéticas del “Nuevo Romanticismo”, y de las Cámaras Oficiales del Libro de Barcelona y Madrid, la celebración de la Conferencia Nacional de Amigos del Libro (203), así como la oficialización en 1926 de la Feria del Libro. Estos factores combinados, juntamente con la proliferación de reseñas críticas en los medios culturales, “supuso un incentivo tanto para la producción y comercialización como para la venta de libros” (203)²⁰¹. De este modo en los años 30 va quedando atrás el mentado malestar del libro y la industria editorial vivirá un momento pujante, llegándose a triplicar el número de libros editados respecto a principios de siglo²⁰².

Al inicio de nuestro período de estudio, la situación editorial se concentra en Madrid y Barcelona²⁰³, y se podía dividir, según Larraz Elorriaga, en cuatro grandes

²⁰⁰ Nos referiremos en breve a ellas.

²⁰¹ Indica Jesús A. Martínez Martín que “con todas estas experiencias, el mundo editorial estaba en 1930 en un proceso de despegue sobre el que se sobrepuso la nueva política [republicana] y el ambiente despertado en torno al libro. La prensa y los libros, como instrumentos privilegiados de transmisión de ideas y de crítica política, protagonizaron un desarrollo espectacular durante la República” (480).

²⁰² Comenta María Fernández Moya que “el número de títulos publicados [en España], indicador de la capacidad de la industria, pasó de 724 en 1901 a 2.010 en 1931” (208).

²⁰³ Jesús Martínez Marín apunta en este sentido que “en Madrid, la centralización del Estado liberal y la articulación del mercado hizo que los editores buscaran en la capital el acomodo de su negocio y las posibilidades que ofrecía la demanda de la capital y la privilegiada situación técnica y política para la difusión de libros e impresos. Además de foco de atracción de la intelectualidad, donde autores y editores confluyen en la búsqueda del éxito económico y el reconocimiento social. En Barcelona, el desarrollo de su proceso industrializador de las artes gráficas, las posibilidades de un mercado en crecimiento, también

tipos de editorial según la amplitud y tipología de catálogos. Así, habría un primer grupo formado por poderosos engranajes empresariales que controlaban producción, distribución, propaganda y venta, con una gran capitalización, amplios catálogos y numerosas colecciones (204). Tanto la CIAP como Espasa-Calpe forman parte de este primer grupo, y de algún modo podemos incluir también a las primeras grandes distribuidoras como la SGEL.

Un segundo grupo de editoriales, para Larraz Elorriaga, estaría constituido por varias editoriales en expansión, con catálogos diversificados, “en que la literatura era solo uno de sus campos y que, en general, no filtraban las obras editadas en razón de su calidad artística” (204). Al tener menor capacidad de inversión acostumbraban a publicar valores seguros, aunque en ocasiones solo podían optar por autores desconocidos y que a veces resultaron éxitos inesperados (204). Perteneceían a ellas Sopena, Aguilar, Juventud, Pueyo, Renacimiento²⁰⁴, Mundo Latino, Araluce, etc.

Un tercer grupo fueron las editoriales “de avanzada”. Se trata de empresas fundadas entre 1927 y 1932, con el objetivo ideológico de propagar la literatura y la doctrina sociales en España y que por lo tanto priorizaban los libros políticos y de izquierdas. Forman parte de este grupo: Ediciones Oriente (1928-1933), Historia Nueva (1928-1931), Cenit (1928-1936), Ulises (1928-1932), Jasón (1929), Zeus (1930-1933), Hoy (1930-1933), etc. La creación y el éxito –aunque minoritario– de las editoriales de avanzada, como apunta Raquel Sánchez García, es testimonio de la existencia de un público de bajo poder adquisitivo que pedía obras de formación y que no solo buscaba el ocio en la lectura. Este movimiento, juntamente con la labor realizada por las

orientado a tierras americanas siguiendo una trayectoria anterior, y la revitalización de una pujante demanda cultural y social en el ámbito catalán, fijaron en Cataluña el otro centro neurálgico de la edición” (178).

²⁰⁴ En cambio, Martínez Martín coloca en el mismo grupo a la editorial Renacimiento y a Revista de Occidente, ambas vistas como “producto de esta idea de misión civilizadora y europeísta de la regeneración del país cultivada por las clases medias intelectuales” (175).

editoriales convencionales, impulsó el paso de la lectura popular a la lectura militante, aumentando las expectativas culturales de la población, esfuerzo que, sin embargo, quedó truncado con el advenimiento de la guerra civil (267-268).

Finalmente, encontramos una serie de editoriales minoritarias que no se movían tanto por motivaciones mercantiles sino que formaban parte de un cierto elitismo cultural y se encargaron de obras de escasa tirada. Ejemplo de ella sería la Revista de Occidente.

La política cultural republicana, con su énfasis en la alfabetización²⁰⁵, benefició los editores: Juan Miguel Sánchez Vigil señala la creación de nueve mil bibliotecas, que fueron dotadas de presupuestos para sus fondos (87). El período comprendido entre 1931 y 1936 fue una de las etapas de mayor desarrollo de ciertas casas editoriales -como por ejemplo Espasa-Calpe-, así como una de las más creativas (89)²⁰⁶. En lo que se refiere a la producción de libros, si en 1929 se editaron 2443 nuevos títulos, la cantidad aumenta considerablemente a lo largo de los primeros años de la nueva década, llegando a 3246 en 1935²⁰⁷.

²⁰⁵ Martínez Martín continúa: “el despegue de la industria editorial estuvo ligado al proceso de democratización de la lectura, con una oferta más barata y diversificada para un público más numeroso y plural. El mercado del libro se disparó. Libros nuevos y de ocasión, impulso de la demanda social de lectura y acoplamiento de la oferta fueron síntomas de el nuevo panorama atenazado todavía por los altos índices de analfabetismo” (480).

²⁰⁶ Sánchez Vigil cita el ejemplo de *La diosa número 2*, una iniciativa de experimento editorial de la revista *La Esfera* para crear una novela popular escrita por varias manos, cuatro de los de más tirada y colaboradores del grupo Prensa Gráfica: Alberto Insúa, José Francés, Concha Espina y Hernández-Catá. Fue publicada finalmente en 1931 por Renacimiento.

²⁰⁷ Sánchez Vigil lo detalla (94):

Producción de libros (1931-1936)	
<u>Año</u>	<u>Títulos</u>
1931	2436
1932	2448
1933	3194
1934	2566
1935	3246
1936*	1927
Total	15817

*Solo datos del primer trimestre

Este crecimiento quedó truncado por el estallido de la guerra civil: la mayoría de las editoriales y las imprentas fueron incautadas, el libro fue politizado por parte de ambos bandos, adquiriendo la gran parte de las publicaciones un carácter propagandístico, pero también las hubo de contenido sentimental, de aventuras, es decir, lectura de evasión. Ello indica que la producción nunca se paró completamente²⁰⁸, a pesar de la debacle²⁰⁹.

Tras la contienda, la mayor parte de los negocios editoriales habían cerrado, sobreviviendo solamente aquellos con amplio fondo y algunas empresas familiares, como apunta Sánchez Vigil (102). En vistas del panorama peninsular, algunos editores se dirigieron al mercado hispanoamericano. La reanudación de la actividad en España fue lenta y ardua, sin a penas medios para desarrollarla, con los añadidos de la penuria económica, la falta de iniciativa, el exilio de buena parte de los intelectuales, y la estricta censura (102), así como la escasez de papel debido al racionamiento. El mismo autor considera que la década de los 40 es de “supervivencia”, dedicándose las editoriales a dar salida a los escasos fondos que quedaban en los almacenes y publicando libros populares a bajo precio (103). Fue la literatura popular la más solicitada en este período. Con todo, los datos de la producción de libros no son tan negativos, recuperando las cifras prebélicas desde inicios de los 40²¹⁰.

²⁰⁸ Sánchez Vigil cita datos oficiales, que no definitivos –los que las editoriales enviaron a la oficial revista Bibliografía Hispánica, que hablan de un total de 4944 libros editados entre 1936 y 1939, siendo los centros editoriales más importantes Zaragoza, Salamanca, Valladolid, Sevilla y Cádiz, quedando muy atrás los antiguos centros editores (98).

²⁰⁹ El editor Manuel Aguilar señala que durante la contienda, pasó de editor a librero (Blas Ruiz, 46), lo que muestra el cambio de situación.

²¹⁰ Concreta Sánchez Vigil (110):

Producción de libros (1940-1946)	
<u>Año</u>	<u>Títulos</u>
1940	2587
1941	4047
1942	3489
1943	5277
1944	4523
1945	4263
1946	9539

Un impulso importante para la industria editorial española fue la Ley de Protección del Libro Español del 18 de diciembre de 1946, al establecer

ventajas económicas como la exención de tributos por el concepto de derechos reales, exención del impuesto de utilidades sobre los beneficios y la devolución de los impuestos de consumo sobre el papel usado en libros para exportación (Sánchez Vigil 110).

La década de los años cincuenta fue básicamente de afianzamiento de las editoriales clásicas y de expansión de las recién creadas como Gredos (115). Otra característica es la expansión del mercado americano, siendo tan atractivo que muchos editores españoles se trasladaron –básicamente a Buenos Aires, México y Cuba- con la intención de expandir su negocio (119).

En lo que se refiere al comercio con América, como señala Fernando Larraz Elorriaga, una de las preocupaciones principales de los editores a principios del siglo XX era el “hecho de que sus colegas franceses, alemanes y, en menor medida, británicos e italianos, acapararan la edición y venta de libros en español en los países de Hispanoamérica” (200). Determinadas casas editoras españolas se lanzaron a los mercados americanos, en un intento de satisfacer las demandas de sus lectores, y aun no estar suficientemente preparados para ello, algunas de ellas se convirtieron en pioneras en la distribución de libros en América, como Biblioteca Renacimiento, Sempere o Calleja (200). La Primera Guerra Mundial supuso un punto de inflexión: la neutralidad española benefició la economía española en general, y la parálisis de las industrias francesas y alemanas permitió un aumento del volumen de negocio español en América, siendo conscientes los editores españoles de la oportunidad y el reto que significaban los mercados hispanohablantes americanos. Larraz afirma que en 1930 había un 167% más de casas editoriales que a principios de siglo (177). Sin embargo, continúa,

el encarecimiento de los costes de producción (España debía importar papel y maquinaria de los países en guerra) y la incapacidad de la economía nacional para transformar sus estructuras

industriales negaron al libro español las posibilidades comerciales que la guerra mundial ofreció a otros sectores (200).

Aún así, es precisamente a lo largo de los años veinte cuando España llegó a convertirse en la principal potencia exportadora del libro a América, aunque de forma lenta y gradual, y en especial en los países donde la lectura y la educación estaban más extendidas, sobre todo, Argentina y, secundariamente, México, Chile, Cuba, República Dominicana y Uruguay (200).

Entre las demandas que los editores solicitaron a los gobiernos de turno en la década de los 20 con vistas a solventar el “malestar del libro”, se contaban las de reforzar la protección de la propiedad intelectual de autores y traductores y llegar a acuerdos internacionales en este sentido, así como potenciar la libertad comercial para el libro, rebajando e incluso suprimiendo protecciones arancelarias, y a recibir primas de exportación para contrapesar los aranceles, de la cual solo se logró satisfacer en 1928 (202). Hubo, además, una gran presión por mejorar y abaratar las comunicaciones con América: los libros se mandaban por correo postal, lo que hacía el periplo largo y muy costoso, por lo tanto, muy poco competitivo. Los editores fueron organizándose para abrir almacenes y luego sucursales en Argentina y de ahí al resto del continente (203). Lentamente se fueron firmando convenios postales para mejorar tarifas, y se consiguió abaratar el precio el papel. Por último, se reclamó el patrocinio estatal “de las exposiciones en el extranjero, y demás iniciativas de las Cámaras Oficiales del Libro” (203). En cambio, las peticiones para la extensión popular de la lectura fueron escasas.

Durante la guerra civil, algunas editoriales buscaron oportunidades y una mayor libertad de acción en la América de habla española, como Espasa-Calpe, pero también los intelectuales en el exilio crearon nuevas editoriales como Losada, Sudamericana, Emecé, Fondo de Cultura Económico, etc. Finalmente, en los años cincuenta, asegura Sánchez Vigil, la expansión en América es una realidad, llegando el mercado americano

a cobrar tal auge, que muchos de los editores españoles se trasladaron directamente a Argentina, México, Cuba, y otros países del continente (119)²¹¹.

3.2.1.1.1. La voz intelectual

Distintas son las voces que a lo largo de nuestro período de estudio claman la necesidad de una organización efectiva y “seria” de los productores y distribuidores del libro, así como la colaboración y la intervención de los propios gobiernos. Un claro ejemplo de ello es el de Guillermo de Torre, que en fecha temprana como 1928, y con la polémica del meridiano intelectual aún reciente, reflexiona al respecto en *La Gaceta Literaria*: en la serie de artículos que escribe a raíz de la Exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid, afirma que los editores y libreros hispanoamericanos no han hecho suficiente esfuerzo por darse a conocer, restando en un “individualismo insolidario”. Para solventarlo, en el número 39 del 1 de agosto 1928, propone una solución, y es que cree que al poner los libros hispanoamericanos

en todos los mercados de España y de América en parejas condiciones de precio y de presentación a los libros españoles –mezclándolos en los escaparates de Madrid con la producción general hispánica-, se habrá dado el primer y más eficaz paso para hacer real y efectivo el conocimiento intelectual hispanoamericano, suprimiendo de raíz todos los equívocos y recelos. Después vendrá la hora de las diferenciaciones y de las evaluaciones (243).

Guillermo de Torre considera que la creación de un gran consorcio -idealmente a nivel suramericano- permitiría trabajar y avanzar en bloque. Asimismo, postula Madrid como centro y entidad librera de todo el ámbito hispánico, lo que a su parecer facilitaría la distribución no solamente dentro de la Península sino también al resto de países americanos, porque cree que “transcurrirá mucho tiempo todavía antes de que el

²¹¹ Por ejemplo, Aguilar abre su primera rama latinoamericana en Buenos Aires en 1946. En 1947 es el turno de México. Las sucursales y agencias continuaron multiplicándose en otros países americanos, pero ya en la década de los 60 y 70. Las intenciones de Manuel Aguilar eran las de difundir su fondo en América, contactar con escritores americanos para incorporarlos a su catálogo y, aprovechando la ausencia de censura, editar algunos títulos que posteriormente serían importados a España (Blas Ruiz 68 y ss)

conocimiento interamericano pueda efectuarse directamente, sin necesidad de utilizar el cable de España” (243). Madrid se convierte otra vez en foco de atención, aunque sin que esta vez las palabras de De Torre causen el furor de su anterior y famoso artículo²¹². Al mismo tiempo, al contrario que otros críticos que clamaban el desconocimiento peninsular de las letras americanas, considera que

en España no se conocerá con precisión detallada las obras y valores de cada país, pero sí se posee una visión continental más amplia que la que suelen tener las nacionalidades americanas de cada una de sus vecinas en el espacio. Menos restringida y localista. Más ecuménica y generosa (243).

La serie de artículos de *la Gaceta* de 1928 y 1929 dedicados a la exposición del libro argentino e uruguayo en Madrid, mostrará también la opinión de los editores bonaerenses, como Samuel Glusberg, Manuel Gleizer, Pedro García, Jacob Samet o Juan Roldán. Mientras algunos de ellos se muestran partidarios de la propuesta de De Torre, como Glusberg o García, entre otros motivos por ser el precio de impresión de los libros menor en la Península, Manuel Gleizer considera que es necesario primero ayudar al editor argentino en su propio país (*La Gaceta* 41, 1 septiembre 1928). Juan Roldán insiste en el desconocimiento interamericano de las literaturas vecinas y en la necesidad de la ayuda eficaz de la prensa y los centros intelectuales para paliarlo (1 de enero 1929, num. 49). Jacob Samet destaca el libro argentino como el más prestigioso y leído de entre los hispanoamericanos, pero se lamenta del factor geográfico y la posición excéntrica de Buenos Aires como una de las causas más graves de dicho desconocimiento, así como el excesivo individualismo de editores y libreros porteños. “El mercado español todavía no cuenta para nosotros” (359), concluye el 15 de marzo de 1929. Pedro García apunta que el tipo medio de producción literaria

²¹² A la polémica hace igualmente referencia especificando que en realidad “entraña más bien un problema editorial y librero que una cuestión literaria. La supuesta hegemonía intelectual hispánica, cuya intención nos han atribuido hiperbólicamente, y la virulenta reacción provocada en la epidermis susceptible de ciertos espíritus lógicamente puntillosos de su independencia literaria y fieramente jactanciosos de ser ‘ellos’, no pasa de reducirse a un choque de inteligencias mutuas, que se disipará merced al conocimiento, como todos los equívocos y ‘quid pro quos’” (243).

hispanoamericana es bastante bajo y poco consumido, con algunas excepciones, como por ejemplo el *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, del cual se enorgullece ser el editor (15 de octubre 1928, num. 44) y asegura que se deja de lado la producción literaria extranjera, en especial la española.

Incluso Julián Urgoiti, delegado español en Buenos Aires de Espasa-Calpe, reclama más producción intensiva, mayor exigencia en la selección, una adecuada organización editorial que encauce la producción argentina e “interesar al lector peninsular, siempre y cuando se le documente previamente acerca del valor de los escritores americanos, labor que corresponde a los centros de cultura”, e igualmente ampliar la sección de libros americanos -y argentinos en particular- en las librerías españolas, como “La casa del Libro” (1 de abril 1929, num. 55). De hecho, el protagonismo cultural y literario de esta nación se confirmará progresivamente. Así pues, empezada la década de los 50, Antonio Macipe afirma en *Mundo Hispánico* (“Intercambio y comercio del libro hispánico”), que los tres vértices de consumidores del libro hispano, son la ya mentada Argentina, México y España. La misma idea es expresada en el artículo comentado de Gil Novales “De literatura hispanoamericana”, al hablar de los tres grandes centros de gobierno del idioma castellano: Buenos Aires, México y Madrid (189).

De modo parecido a Guillermo de Torre postula tres años más tarde Anselmo Sánchez Villalba en *La Gaceta*, cuando al hablar de la expansión del libro español en América reclama la intervención estatal para proteger la venta y circulación del libro peninsular en Ultramar creando un cuerpo de agregados culturales en las embajadas españolas -y proponiendo precisamente a De Torre para Buenos Aires- (“La expansión del libro español en América”). Insiste que Madrid sea el cauce editorial de América, y aun más, puesto que “es natural que al serlo editorial lo sea también intelectual; pero

como vehículo únicamente del pensamiento europeo y americano, en una palabra, mundial” (210).

Así pues, y a pesar de la opinión contraria de De Torre, la falta de libros y el derivado desconocimiento de las letras hispanoamericanas en la Península es un hecho compartido por la mayoría de intelectuales que se interesan por la materia. Aparte de las exposiciones, como la de Sevilla de 1929 o la de Madrid, algunos centros culturales intentaron paliar esta situación sin conseguir un gran alcance. Ángel Valbuena Prat anunciaba desde Puerto Rico y en fecha tan temprana como agosto de 1928 y en *Revista de las Españas* (“Unión Iberoamericana. Vida social”), el servicio gratuito establecido en la Unión Iberoamericana

encaminado a facilitar en España la adquisición de libros y suscripciones y anuncios a periódicos hispanoamericanos, y consistente en que los autores y editores americanos de libros escritos en español e impresos en pueblos del mismo idioma puedan tener un depósito de sus obras, durante un año, en nuestro domicilio social (...) a disposición de los libreros y particulares que deseen adquirirlas (402).

O bien la ya mentada exposición permanente de libros modernos hispanoamericanos en la Biblioteca Nacional de Madrid, prevista para finales de 1929.

El paréntesis republicano, -en el que, como veremos, se produjo un auge en la publicación de novelas hispanoamericanas-, y el devenir de la guerra civil, acallan el clamor intelectual y las iniciativas en pro de una mayor circulación de libros, por lo que no es de extrañar que tres lustros más tarde la presencia de las letras hispanoamericanas en la Península continúe considerándose deficitaria. José Luís Pinillos afirma desde *Arbor* - la revista del CSIC íntimamente ligada a la ideología franquista-, y en la primavera de 1947 (“Presencia de Hispanoamérica”), que a pesar de que la presencia cultural de Hispanoamérica es cada día más intensa en los medios intelectuales españoles así como la literatura en las librerías, aún se continúan echando de menos muchos libros y autores. Pinillos continúa enfatizando la importancia del Instituto de

Cultura Hispánica y subraya la misión ecuménica de España, no solo como mediadora entre Europa y América, sino como tabla de salvación de Occidente:

La Península ibérica, geográfica e históricamente lanzada hacia el mundo iberoamericano, presenta posibilidades económicas y espirituales que están en la misma línea de quienes se esfuerzan en salvar al Occidente y al mundo del suicidio (558).

Una de las posibles causas de la débil circulación de los libros expuesta es la de la cotización de las divisas. Para Antonio Macipe, en el ya mentado artículo “Intercambio y comercio del libro hispano” de 1952, el mayor problema es precisamente el derivado de la falta de divisas para realizar los pagos y propone un convenio entre cámaras, institutos, sociedades de lectores y gobiernos para autorizar sin limitaciones las importaciones y créditos para facilitar los pagos. De modo parecido se expresa Menéndez Pidal en la misma revista en “Diálogos sobre la Comunidad hispánica” (núm. 80, noviembre de 1954) cuando clama la necesidad de organizar mejor el comercio de libro y evitar que el cambio de moneda suponga un problema. Para el historiador de la lengua, es necesario mejorar el intercambio de intelectuales y artistas en general: “Debemos conocernos más y mejor (...).Y los pueblos hispánicos y de raíz hispánica poseen, para unirse, el vehículo cohesionador de la lengua (...). No son extranjeros entre sí” (55).

Igualmente, desde la tribuna de *El Correo Literario* del mismo año, en “¿Es posible una patria de lengua castellana?”, Antonio de Undurraga habla de las dificultades prácticas de circulación de los libros que resume en: el encarecimiento artificial del precio del papel, los derechos consulares, los trámites engorrosos e interminables de aduanas e inspectores, así como el nacionalismo aislacionista. Todos ellos impedirían la utilización de la técnica y los medios de transporte contemporáneos y con ello desarrollar un importante y potencial mercado de consumo y de lectores y la consecución de una “verdadera patria de la lengua castellana” (1), patria que considera en términos espirituales y de confraternidad. Asimismo lamenta la escasa atención de

los mismos críticos españoles para con las literaturas americanas, salvo contadas excepciones como la de Agustín del Saz, problema que podría solventarse con la participación activa de estudiosos, editores, rectores universitarios que deberían organizar y reunirse en un congreso internacional (1). En este sentido se expresa igualmente y en el mismo medio un año más tarde (1 de marzo 1953, num. 67) Marcelo Arroita-Jáuregui cuando hablando de la novela regional se pregunta por qué razón los escritores de habla castellana, que pueden escribir para un mercado de lectores importantísimo numéricamente, se empeñan en un nacionalismo literario totalmente estéril” (5).

En el mentado informe de las II Jornadas de Literatura Hispánica de *Mundo Hispánico*, Juan Gich apunta que la IV comisión de dichas jornadas “dedicó especial atención a los ‘problemas’ del ‘libro hispánico’”(s/p)²¹³.

En el mismo número también se adjunta la ponencia de Caballero Calderón sobre la difusión del libro español e hispanoamericano, en dónde lamenta la escasez de obras americanas que llegan a la Península (situación que se da de manera paralela en el otro sentido) y atribuye como causas “el mutuo desconocimiento de los países hispanoamericanos, y en la falta de un sistema de propaganda cultural y de distribución comercial que abra el camino a las obras y al mismo tiempo les dé el gran ámbito lingüístico que deberían tener” (s/p). Es decir, un triple problema de distribución, de abaratamiento del libro y de propaganda. Para solventarlo propone un acuerdo por parte de los libreros en lo que se refiere a la liquidación de divisas, obligar a los gobiernos a establecer cuotas de compensación, igualando exportaciones e importaciones y convertir

²¹³ Y continúa: “En este sentido, se acordó crear una gran empresa distribuidora al servicio de este libro y crear también un servicio de traducciones que cuidaría todo lo relativo a una amplia colocación del libro hispánico en las grandes editoriales y mercados del mundo, toda vez que es muy precaria la cantidad de libros hispánicos que se han traducido en el último quinquenio en relación con el volumen mundial de traducciones. Al propio tiempo se estudió una ponencia del señor Caballero Calderón, sobre la difusión del libro español e hispanoamericano” (s/p).

al Instituto de Cultura Hispánica y sus sucursales en el centro nervioso de la propaganda de los libros escritos en el Mundo Hispánico, valiéndose de sus publicaciones así como de la creación de una gran revista bibliográfica y literaria, todo ello contando con el respaldo de los respectivos gobiernos. De este modo, concluye, “cuando un escritor español o hispanoamericano cuente con cien mil lectores afectivos, gracias a la propaganda y a la distribución, el libro bajará considerablemente de precio y comenzará a interesar en los países que no hablan español” (s/p).

Si bien en varias ocasiones se repite que el precio de impresión de los libros es menor en España, esta cuenta con el handicap de un coste más elevado del papel, por lo que Antonio Macipe desde el número 5 de *Novedades Editoriales españolas* -artículo reproducido por *El Correo Literario* en mayo del 54- aplaude la Ley de protección al libro español que pretende precisamente nivelar la desproporción que existe entre el coste del papel fabricado en España y el producido en los países caracterizados como productores de pastas celulósicas. Esta medida resulta insuficiente según los editores españoles y, al mismo tiempo, es tildada de competencia desleal por parte de algunos medios editoriales de otros países, que la denuncian como un “malévolo propósito de torpedear la producción editorial en los demás países hispanos” (s/p).

Gonzalo Losada, escribiendo desde Buenos Aires aunque publicando en *Ínsula* y con un talante muy distinto, reclama aún en 1958 mayor atención hacia las letras americanas: considera imprescindible para aumentar el intercambio literario entre España y América, fomentar la curiosidad y el interés del público por las otras literaturas, curiosidad que “debe de ser promovida por los mismo escritores americanos, por sus críticos, por sus editores y por los libreros” (8). Cree necesario asimismo olvidar fronteras y nacionalismos y crear conciencia de la unidad cultural y espiritual que

implica compartir un mismo idioma y no desaprovechar los ciento cincuenta millones de lectores potenciales.

En resumen, durante más de treinta años los intelectuales se lamentan en los medios culturales de la insuficiente e insatisfactoria circulación y acceso al libro hispanoamericano en España, y para ello arguyen varios motivos: económicos, geográficos, sociales y políticos, problemas de cambio o falta de divisas, complicados trámites en las aduanas, desconfianzas y recelos supuestamente nacionalistas por parte de editores y librerías, precios abusivos y desiguales de impresión y del papel, las difíciles comunicaciones debido a la orografía americana, así como una ausencia generalizada de interés, tanto por parte de los gobiernos que no facilitan ni dan soporte al intercambio, como de la intelectualidad en general, cuya desatención tiene como consecuencia el desconocimiento e ignorancia -y por lo tanto falta de demanda- del público ordinario. Todo ello deriva en una pérdida importante de mercado potencial, a nivel comercial -sumando en la época la población de habla castellana un total de 150 millones-, así como a nivel cultural y espiritual. Contra esta situación se alzan voces y propuestas de las que hemos hecho eco, de modo más o menos aislado, y que se intensifican a principios de los años 50, en especial por lo que se refiere a la conciencia del problema.

La situación no se resolverá en apariencia hasta finales de la década de los cincuenta y muy especialmente a principios de la siguiente cuando se da lugar el denominado “boom de la literatura hispanoamericana”. Pero esto ya es otra historia²¹⁴.

²¹⁴ Ángel Rama subraya, como causas del boom, el surgimiento de un nuevo público lector, en especial en América Latina, pero también generalizado, ligado a un proceso de avance de los medios de comunicación, de aumento demográfico, de industrialización y desarrollo urbano y de progreso de la educación primaria y secundaria (La novela 237).

3.2.1.2. Las novelas hispanoamericanas publicadas en España

En el período aproximado de 1927 a 1958, se publican en España unas 200 novelas o recopilaciones de obras –novelas escogidas, obras completas- de autores hispanoamericano²¹⁵ muchas de ellas reediciones de originales publicados en América, pero también un número considerable de obra inédita, la mayoría de ella aprovechando la estancia –temporal o no-, y por distintos motivos políticos, diplomáticos, intelectuales, etc.- de los autores en la Península.

Algunos de los que realizan estancias más o menos largas en España son: Rómulo Gallegos, exiliado durante la dictadura de Juan Vicente Gómez; Felipe Sassone, que pasa la mayor parte de su vida en Madrid, aunque con intervalos, como el de la guerra civil; Alfonso Hernández-Catá, con su doble nacionalidad española-cubana; José Vargas Vila, también a temporadas en Madrid desde 1909, y muy especialmente Barcelona, en donde fallece en 1933; el argentino Carlos María Ocantos, en Madrid desde 1918 hasta su muerte en 1949; el mexicano Martín Luís Guzmán, expatriado de su país, vive en España de 1925 hasta 1936, colaborando en *La voz* y *El Sol*; José Rubén Romero ejerce de Cónsul General en Barcelona de 1930 a 1932. También María Enriqueta residirá en España de 1916 a 1948, después de quedar atrapada en Europa con su marido, representante diplomático en Bélgica, a causa de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución mexicana, y se trasladará a Madrid dónde entablará amistad con Rufino Blanco-Fombona. El escritor venezolano también habitará en la capital española –aunque de modo irregular- desde 1914 a 1937, etc.

De todos modos, la presencia y los viajes de diplomáticos, intelectuales y escritores hispanoamericanos a y en España, es relativamente habitual en el primer

²¹⁵ Para mayor detalle ver 6.2.

tercio del siglo XX, mientras que después de la guerra civil, irá en descenso y, cuando exista, en la mayoría de los casos implicará el silencio político, como en el caso de María Enriqueta o Larreta, o un carácter abiertamente pro-franquista, como el de Felipe Sassone o Gustavo Adolfo Martínez Zuviría –más conocido por su pseudónimo Hugo Wast-.

Hemos tratado de recopilar y reseñar no solo la primera edición española sino también las posteriores reediciones, aunque en la mayoría de los casos, no existan en nuestro período de estudio. Observaremos que las editoriales que concentran más títulos de novelas hispanoamericanas son cuatro: Aguilar, Espasa-Calpe, Araluce y Cenit, aunque también merezca la pena mencionar la CIAP, la editorial Cervantes y casos especiales como la barcelonesa Ramón Sopena, -que publicará las obras completas de Vargas Vila-, y Aldecoa, que desde Burgos y Madrid, editará la mayoría de las novelas de Hugo Wast. También debemos atender al fenómeno de las “colecciones literarias en España”, en auge en especial durante las primeras décadas del siglo. Aludiremos más detalladamente a ellas en el apartado “3.2.2. Marcado: editoriales y paratextos”.

Observamos que existen dos momentos diferenciados, separados por la guerra civil. A finales de los años 20 y principios de los 30 se editan más novelas de autores hispanoamericanos y especialmente obra inédita, sobre todo en los primeros cuatro años de 1930. En cambio, prácticamente no se publica durante la guerra civil y la primera posguerra. La situación se recupera, relativamente, a mediados-finales de los 40 y en los 50. Todo ello se corresponde, como ya hemos visto, con la situación editorial española general.

Si nos fijamos en la tipología de las obras, la diferencia también es clara. A principios de los treinta, es el momento de la novela llamada –posteriormente- “criolla”, “regionalista” o incluso “indigenista”, que trata el tema local y lo propio, otorga especial énfasis al medio, y frecuentemente refleja el conflicto entre campo y ciudad, o, parafraseando la teoría de Sarmiento, entre barbarie y civilización, aunque con distintas soluciones, puesto que cada autor interpreta el binomio a su manera. Encarnarían la búsqueda de la propia identidad y expresión que algunos autores hispanoamericanos clamaban necesaria ya desde el siglo XIX y principios del XX, como Esteban Echeverría y José Enrique Rodó²¹⁶. También es el momento de la novela “social”, denunciadora de injusticias, que manifiesta espíritu de lucha y revolución, presente no solo en las novelas que tratan de tema “bélico”, -como las que retratan la Revolución mexicana, las de guerras de independencia, la guerra de Chaco o bien los amenazantes afanes imperialistas extranjeros²¹⁷-, o las que muestran la conflictividad social interna de los países americanos. También mencionamos la novela *La vida manda*, de Ofelia Rodríguez-Acosta, que trata la homosexualidad femenina en fecha tan temprana como 1929.

Todo ello coincide con el nacimiento y devenir de las editoriales de avanzada y tiene correspondencia con la situación político-social española, con el fin de la dictadura de Primo de Rivera y el advenimiento de la República.

A pesar de ello, hay casos y autores que no siguen la tónica general: María Enriqueta Camarillo vivirá un momento de auge a finales de la década de los 20 para

²¹⁶ Ejemplo de ello son, *La vorágine* (1932) de José Eustasio Rivera; *Tamborito* (1932) de Agustín del Saz; *Los sangurimas* de José de la Cuadra (1934); *El valle del Sol* (1934) de Diómedes de Pereyra y las obras de Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Benito Lynch o Carlos Reyles,

²¹⁷ Aparte de las novelas de la Revolución, también son ejemplo de ello *Odisea de tierra firme* (1928) de Mariano Picón Salas; *El estudiante* (1932) de Germán Arciniegas; *El indio Juan* (1933) de José Leiva; *Don Goyo* de Demetrio Aguilera Malta (1933), *El infierno verde* (1935) de José Marín Cañas y las obras de Rosa Arciniega, César Falcón, Hernán Robleto o José Rubén Romero.

desaparecer prácticamente del panorama literario posterior. También Rufino Blanco-Fombona y Adolfo Hernández-Catá editarán entre finales de los 20 y principios de los 30, principalmente en colecciones literarias, es decir, en tanto que autores “populares”, y Vargas Vila será publicado casi exclusivamente en el intervalo republicano, como el mexicano Jaime Torres-Bodet. Asimismo hemos visto unos autores que se publican de modo casi continuo entre finales de los 20, los 30, 40 y en algunos casos en los 50. Nos referimos a Carlos María Ocantos, Felipe Sassone²¹⁸ y Hugo Wast, todos ellos claros ejemplos de hispanofilia.

La situación cambia con la guerra civil. A partir de este momento, se publicarán muchos menos libros y generalmente, de temática más neutra o más “universal”, incluso novela psicológica, “intimista”, quedando a un plano muy secundario la novela “criollista”. Es un período en el que sobre todo abundan las recopilaciones de obras completas o selectas²¹⁹, en especial a finales de los 40 y 50, lo que muestra la apuesta por los valores seguros. Cronológicamente encontramos *Todas las novelas de Hugo Wast* (1942), las *Obras Completas* de Enrique Larreta (1948), las *Obras escogidas* de Manuel Gálvez (1949), las *Novelas escogidas* de Rómulo Gallegos (1951), las *Obras Completas* de Tomás Carrasquilla (1953), las *Obras Selectas* de Mariano Picón Salas (1953), las *Obras escogidas* de Miguel Ángel Asturias (1955), las *Obras Completas* de Hugo Wast (1956), las *Obras Completas* de Gallegos (1958) y las *Novelas Completas*

²¹⁸ No hemos incluido en nuestra “selección significativa” las obras de María Enriqueta Camarillo, Rufino Blanco-Fombona, Jaime Torres-Bodet, Felipe Sassone y Alfonso Hernández-Catá, al no cumplir los criterios de selección. Igualmente, no hemos priorizado en nuestro trabajo las obras consideradas “populares”, porque nos interesa especialmente la recepción crítica, es decir, de parte de la intelectualidad, y no tanto la buena acogida por el público general. La temática de estas obras es igualmente de tipo “universal”, sin intenciones de reflejar América ni temáticamente ni estéticamente. Sin embargo, debemos destacar, como de estos autores, solamente Sassone es publicado después de la guerra civil, siendo los otros tres silenciados, a pesar de no haberse pronunciado políticamente. El rastro de sus afinidades republicanas –o al menos no pro franquistas– es aún patente.

²¹⁹ Con todo, en 1941 aparece *Se llevaron el cañón para Bachimba*, de Rafael F. Muñóz, en Espasa-Calpe Madrid, en el mismo año que también aparece en Buenos Aires –llevaba 10 años publicada en México–. Sin embargo, dicha edición resulta en la actualidad ilocalizable.

de Ciro Alegría (1959). Wast, Larreta y Gálvez entroncan con la ideología del franquismo, son autores americanos –y argentinos- hispanófilos, y el primero y el último mostraron abiertamente sus simpatías por el régimen.

Lo anterior no solo es reflejo de la precaria situación editorial española de posguerra y de las dificultades para la edición, sino también de las expectativas, necesidades e intereses del público –o de los intereses que se quiere que tenga- y de las de las editoriales, vigiladas muy de cerca por el aparato censor estatal. Escasean, pues, las novelas “sociales”. Con todo, los conflictos sociales y bélicos, trasfondo de muchas novelas americanas, aludían a sus realidades particulares. Es decir, se hablaba de situaciones de injusticia e inestabilidad, se denunciaba la opresión, la esclavitud, la miseria, las condiciones de los peones, de los indios, la amenaza estadounidense, pero no se ponía en cuestión valores, tensiones y conflictos, que pudieran comprometer a España. Eran “de América”.

Es significativo el interés por la Revolución mexicana –que se desarrolla aproximadamente en la década de los 10-, y en cambio se ignore un conflicto poco posterior y del mismo país. Hablamos de la guerra Cristera (1926-1929)²²⁰, sobre la cual no se publica ninguna obra en nuestro período de estudio. De hecho, la mayoría de novelas sobre el tema, como *Al filo del agua* de Agustín Yañez, *Pensativa* de Jesús Goytortúa Santos o *El luto humano* de José Revueltas, fechadas en los años 40, un momento histórico imposible en España para debatir el peso, la participación social, y de rebote la legitimidad, de la Iglesia Católica.

²²⁰ La guerra Cristera, o guerra de los Cristeros o Crisfada, fue un conflicto armado que tuvo lugar en México entre 1926 y 1929 después que el gobierno de Plutarco Elías Calles estableciera una serie de leyes y medidas orientadas a restringir la participación de la Iglesia Católica en la vida pública y civil y en los bienes nacionales. Enfrentó al gobierno con las milicias –formadas tanto por laicos como religiosos-, que se oponían a dicha reforma.

Procederemos a un análisis detallado de las obras en sí, aludiendo a su aspecto físico y paratextual, aunque solo de una selección significativa de ellas, en el apartado precisamente titulado “3.2.2.1. Una selección significativa”.

3.2.2. Marcado: editoriales y paratextos

Ya hemos hablado de las dificultades del comercio e intercambio de libros entre España y América y de cómo la voz intelectual se levantaba al respecto. Sin embargo, a pesar de limitada por todos estos factores, la novela hispanoamericana es presente en España. Llegan ediciones hispanoamericanas, como reflejan las noticias y reseñas de las mismas, pero también se publican novelas americanas en la Península, algunas de ellas inéditas a las cuales atenderemos ahora. Las editoriales que las editan obedecen a distintas razones: intereses económicos -intentando emular algún éxito comercial americano-, preferencias personales de los propios editores, motivos políticos, ideológicos, o incluso por el contacto directo con los autores americanos, muchos de ellos realizando estancias, más o menos largas o definitivas, en España.

Bourdieu remarca la importancia de la elección de dónde publicar –en un sentido amplio, editor, revista, galería, periódico-, porque a cada autor y a cada forma de producción y de producto les corresponde un lugar natural, fuera del cual están condenados al fracaso (Bourdieu, Las reglas 250)²²¹. En este capítulo no nos interesa la

²²¹Igualmente, puntualiza Bourdieu, “cada editorial ocupa, en un momento dado, una posición en el campo editorial, que depende de su posición en la distribución de los recursos raros (económicos, simbólicos, técnicos, etc.) y de los poderes que ellos confieren sobre el campo; es esta posición estructural la que orienta las tomas de posición de sus 'responsables' (Intelectuales 224). Sin pretender entrar en un análisis del campo editorial español, lo que desbordaría la presente tesis, las palabras de Bourdieu reafirman la importancia del dónde se publica. La siguiente descripción de las principales editoriales

elección del autor, sino la del editor: es el dónde, y por lo tanto también el cómo aparecen publicadas las obras. Más allá de su éxito o fracaso, y por lo tanto de estrategia comercial o editorial, lo que nos interesa es ver cómo las obras llegan ya “marcadas” al público –no solo con su aspecto físico sino también con todo el aparato paratextual, que ya empieza con la tipología misma de editorial y colección- y, consecuentemente, cómo pueden predeterminan e influir una determinada atención y reacción por parte de la intelectualidad. Así lo confirma Gisèle Sapiro

La recepción está mediatizada por las modalidades de la publicación y de la difusión: paratexto (prefacio, postfacio), soporte (prensa, artículo en una revista especializada, folleto o libro), lugar y contexto en el soporte (en la página del periódico o la colección). El contexto puede así orientar la recepción de un texto en un sentido muy diferente de las intenciones del autor, sobre todo en períodos de vigilancia de la palabra (“Una aproximación” 159).²²²

Las obras que analizamos están publicadas en un país determinado, España, en editoriales afincadas en las dos metrópolis españolas, Madrid y Barcelona, a excepción de la editora de muchas de las obras de Hugo Wast, Aldecoa,- la cual inicialmente tenía sede en Burgos aunque luego también editará en Madrid-, y de las colecciones literarias, esparcidas por el territorio peninsular. Aunque en el apartado anterior hemos dibujado a grandes rasgos los tipos de editorial españoles del período, revisemos ahora brevemente las principales editoriales que publicaron novela hispanoamericana.

Nicolás María de Urgoiti, fundador de los diarios *El Sol* y *La Voz*, creó CALPE (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones) principalmente como distribuidora en 1918. Rápidamente se convirtió en la primera casa editorial española y una de las más importantes de Europa, en especial tras su fusión con Espasa en 1926, editorial que había sido creada en 1860. Igualmente en 1926, la editorial abre una

españolas que publicaron novela hispanoamericana, juntamente con la descripción de las tipologías editoriales del apartado anterior, permite situarnos y comprender qué tipo de novela y por qué motivos se publica.

²²² De modo parecido se había expresado Bourdieu “Así, con la inserción en una colección, la añadidura de un prefacio, por el contenido del prefacio, pero también por la posición del prologuista en el espacio, se encuentran operadas una serie de transformaciones, incluso de deformaciones del mensaje originario” (Intelectuales 165).

delegación en Argentina. En su plan de internacionalización moderno, la apertura de sucursales en América (en 1930 en México, 1932 en Cuba, etc.) consiguió aumentar la exportación. En 1937, a causa del conflicto peninsular y al quedar inactivos los talleres y oficinas de Madrid, se empezó a editar desde la Argentina, distribuyéndose los libros al resto de países americanos y dicha filial se constituyó en sociedad anónima. Su responsable fue Gonzalo Losada, hasta que se separó del grupo editorial por desavenencias con Manuel Olarra para fundar la empresa de su nombre en 1938. Superviviente a la guerra civil, Sánchez Vigil señala que Espasa-Calpe experimentó un gran crecimiento y pasó de un puesto medio a la cabeza de edición (105).

Entre sus logros, destacan dos colecciones: la colección Universal –iniciada en 1930, dirigida por Manuel García Morente y clausurada en 1935 con más de mil volúmenes- y la colección Austral. Esta fue una iniciativa de la delegación argentina – en concreto de su director Losada, que contó con la colaboración de Guillermo de Torre-, y editó su primer volumen el 30 de septiembre de 1937: *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset. Pionera en el libro de bolsillo en español pretendió ser una versión modernizada de la colección Universal de la cual heredó la mayoría de fondo editorial²²³.

Durante la guerra civil española, Espasa-Calpe fue una de las editoriales que más libros suministró a la Península y, después del conflicto, Manuel Olarra, solicitó que se

²²³ En cuanto al diseño de las emblemáticas cubiertas y sobrecubiertas de la colección Austral, esta cayó en manos del italiano Atilio Rossi, y se inspiraba en las de las ediciones de bolsillo de la inglesa Penguin. Así, se estableció un diseño sobrio y una encuadernación por colores. Indican Sánchez Vigil y María Olivera, que el azul enmarcaba las novelas y los cuentos el verde el ensayo y la filosofía, el naranja las biografías, el negro los viajes y los reportajes, el amarillo la política, el violeta para el teatro y la poesía, el gris para los clásicos, el rojo para las novelas policíacas, de aventuras y femeninas, y desde 1940, el marrón para la ciencia y la técnica (32). Igualmente, se mostraba visible el logotipo de la cabra con cola de pez que simboliza la constelación de Capricornio. Precisamente, en la zona templada del hemisferio Norte, en junio, se puede ver esta constelación cerca del horizonte austral.

continuara imprimiendo la colección Austral desde Argentina por la alta rentabilidad – bajo precio del papel, etc.- que suponía²²⁴.

Miguel A. López-Morell y Alfredo Molina Abril clasifican la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (1924-1931) como la primera gran corporación editorial en castellano, de verdadera vocación internacional y revolucionadora del mercado editorial hispano con una serie de iniciativas adelantadas a su tiempo, como los contratos en exclusiva a los autores, el uso intensivo de publicidad, la instauración de premios literarios, la búsqueda de nuevos canales de comercialización y la expansión en los mercados hispanoamericanos (112).

A partir de 1927 y en buena parte gracias a su consejero editorial, Pedro Sáinz Rodríguez, la editorial comenzó un impresionante proceso de expansión, basado en la adquisición de editoriales ya establecidas como Renacimiento, Mundo Latino, Hoy, Atlántida, Mercurio, y de publicaciones como *La Gaceta Literaria*, etc. No obstante, al estar íntimamente ligada a la casa Bauer y su fortuna, el proyecto empresarial terminó de modo abrupto y temprano con la quiebra de esta última a principios de los años treinta.

Aguilar (1923-1986), fue fundada por Manuel Aguilar, que ya contaba con una importante experiencia editorial en Hachette y la SGEL y que según Larraz Elorriaga se puede considerarse un “editor puro”, es decir, un editor que se ocupaba de todo el proceso, desde escoger personalmente los materiales de fabricación, como seleccionar las obras y supervisar gerencia y distribución (207). Destaca su colección Crisol (1943-1959) que nace con la pretensión de publicar las obras más importantes de la literatura universal. Su tamaño de bolsillo, con papel biblia, y la variedad de temas –incluye todos

²²⁴ La existencia de la sede argentina y de su importancia en la edición de la colección Austral dificulta la tarea de establecer las novelas que se publicaron exclusivamente en España. En muchas ocasiones no se especifica o se indican dos lugares de edición –Madrid y Buenos Aires-. A todo ello hay que añadir que, según Sánchez Vigil, debido a la tupida red de la censura peninsular, tuvieron que cambiarse determinados títulos en los catálogos españoles (104).

los géneros literarios-, la convirtieron en un éxito. Los volúmenes estaban encuadernados en piel, con un color distinto según la temática –la novela, juntamente a los cuentos, los viajes, las aventuras y las biografías, de color rojo- e incluían una lámina en huecograbado con un diseño inspirado relacionado de algún modo con la obra, una nota preliminar sobre el autor y el contenido y en algunos casos, ilustraciones (Blas Ruiz 210). De entre los más de 400 volúmenes publicados, 12 son novelas de autores hispanoamericanos²²⁵. Otra de las colecciones de la editorial es la Colección Autores Venezolanos, del que se publicaron 6 volúmenes, a los cuales aludiremos más adelante, entre 1954 y 1955. De formato parecido a la colección anterior²²⁶, se editó en Madrid, en colaboración con J. López Elías (Caracas). Otra de las colecciones literarias de Aguilar que publicó novela hispanoamericana –básicamente obras completas y selectas²²⁷-, es Joya, que pasó por distintas etapas y formatos²²⁸.

Algunos de sus más destacados asesores literarios, que firmaron muchos de sus prólogos, fueron Federico Carlos Saínz de Robles y, en su substitución ya en la década de los 50, Arturo del Hoyo.

La editorial Cervantes fue creada en 1916 en Valencia de la mano de Vicente Clavel²²⁹, y se trasladará a Barcelona en 1920, en su época de esplendor. Teniendo el

²²⁵ Todos ellos publicados a partir de 1948 y hasta mediados de los cincuenta. Son: Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra* (1948); Roberto J. Payró, *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira. Los tesoros del Rey Blanco* (1948); Enrique Larreta, *La gloria de Don Ramiro* (1948); Hugo Wast, *Desierto de piedra* (1948) y *Valle negro* (1953); Manuel Gálvez, *Hombres en soledad* (1948); Rómulo Gallegos, *Canaima. Seguida de La Rebelión y El piano viejo* (1952), *Pobre negro. Seguida de Pataruco. Pegujal. Marina* (1952), *El forastero. Seguida de Los emigrantes. El milagro del año* (1952); *La brizna de paja en el viento* (1953); Eduardo Mallea, *Todo verdor perecerá* (1952); Eduardo Barrios, *Gran señor y rajadiablos* (1954).

²²⁶ Encuadernados en piel verde con estampaciones doradas –el retrato del autor, el logotipo de la colección (las letras CAV con una orquídea)- y en papel biblia.

²²⁷ Asturias, *Obras escogidas* (1955), Gallegos, *Novelas escogidas* (1951); Gálvez, *Obras escogidas* (1949)

²²⁸ Uno de los motivos de la supervivencia y el éxito de la editorial en la posguerra fue la utilización del papel biblia, no sometido a las restricciones que gravaban el papel normal.

²²⁹ Clavel fue consejero y vicepresidente de la Cámara Oficial del Libro desde 1922. Igualmente fue el instigador de la creación del Día del Libro. A pesar de que su propuesta defendía el 7 de octubre, la fecha escogida finalmente en el momento de su institución en 1926, es el 23 de abril, por ser la de la muerte de Cervantes, y fue concebida como la Fiesta del Libro Español.

ensayo político y la poesía como divisa, apostó por los autores hispanoamericanos. Después de un cambio de rumbos iniciado con la posguerra y basado en la “supervivencia”, desaparecerá definitivamente a mediados de los años 60. En 1930 surge la colección *Novelistas Hispanoamericanos*, de la cual, sin embargo, aparecerán únicamente dos volúmenes: *La risa de la fuente*, de Alfonso Mejía Robledo y *Atavismo*, de Pedro Pérez Piña.

Cenit (1928-1936) fundada por Rafael Gimenez Siles, Juan Andrade y Graco Marsá, llegó a ser la editorial de avanzada más importante y de más larga vida. Una de las razones del éxito de Cenit, según Larraz, fue el de equilibrar la publicación de ensayos políticos con el de obras de ficción, de contenido revolucionario²³⁰ (210), llegando a publicar más de 200 títulos. Entre sus colecciones destaca *Panorama literario español e hispanoamericano*, del cual comentaremos sus cinco títulos. Todos ellos, por temática y por ideología de los autores, se alinean perfectamente con la mentalidad de la editorial.

La editorial Araluce (1900/1915-1967), fundada por el santanderino Ramón de San Nicolás Araluce, que había aprendido el oficio en México, aunque afincada en Barcelona, se especializó en literatura infantil y juvenil, habiendo adaptado los clásicos a un público de corta edad o publicando obras concebidas para ellos. Es, sin embargo, la editorial que publicó por primera vez *Doña Bárbara*, de Gallegos, dando a conocer al autor venezolano en España, y de las primeras a publicar el resto de sus obras.

Otro fenómeno editorial de la época es el de las “colecciones literarias”, que ha sido especialmente estudiado por Alberto Sánchez Álvarez-Insúa²³¹. Se trata de la

²³⁰Entre ellos, como serían *Imán*, de Ramon J. Sender, *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos; *Demian* y *El lobo estepario*, de Hermann Hesse, así como de numerosos autores soviéticos.

²³¹Para ello ver, tanto el capítulo “Colecciones literarias”. *Historia de la edición en España 1836-1936*. Ed. Jesús Martínez Martín. Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 373-395, o su *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*. Madrid: Libris, 1996. Sin embargo, al no ocuparnos de la literatura denominada “popular”, en la presente tesis prácticamente no aludiremos a las obras editadas en

publicación periódica –la mayoría semanal- de literatura –básicamente cuentos y novelas²³²- de formato y coste reducido. Iniciadas a principios del XX, se desarrollan y adquieren gran relevancia sobre todo en el primer tercio de siglo, aunque, como indica Sánchez Álvarez-Insúa, no desaparecen ni con la guerra civil ni con el devenir del primer franquismo. Al contrario que con las editoriales tradicionales, concentradas en Barcelona y Madrid, los centros de edición de las colecciones literarias son mucho más diversos, como por ejemplo, antes de la guerra civil, Valencia, Sevilla, Huelva, Zaragoza, Bilbao, Galicia y Palma de Mallorca (Bibliografía 28). Publicaron, en su gran mayoría, obras de tipo popular, dirigidas al gran público y de autores apreciados y conocidos, así como best-sellers.

Estuvieron vinculadas y a la vez fueron responsables, de la progresiva socialización de la lectura, de la reducción del tamaño de los volúmenes y del abaratamiento de los costes editoriales. De hecho, para Sánchez Álvarez-Insúa, las consecuencias de las colecciones literarias son numerosas y relevantes, como por ejemplo su contribución a dignificar el oficio de escritor, que ve mejorar sus condiciones salariales hasta tal punto que por primera vez podrá vivir de la pluma: los escritores ya no serán solamente de origen elitista, sino de extracción social diversa. Igualmente se producirá un considerable –y sin precedentes- intercambio de autores con Hispanoamérica, como por ejemplo Alberto Ghirardo, Alfonso Hernández-Catá, etc.

La gran velocidad de edición a la cual estaban sometidas, en un principio implicó baja calidad, y numerosos errores tipográficos, aunque las ilustraciones eran abundantes. Progresivamente, edición y formato irán mejorando. Algunas de las colecciones literarias más importantes en la época fueron *La novela semanal* –aunque

las revistas literarias.

²³²El género narrativo es el que mejor se presta a las características de las colecciones literarias, en especial el cuento y la novela corta, género marginales desde el siglo de Oro, pero también se potenciará la novela larga, consagrándose definitivamente como género.

cronológicamente quede fuera de nuestro período de estudio-, *La Novela de Hoy*, *Revista literaria “Novelas y Cuentos”* o *La Novela del Sábado*. Todas ellas publicaron obra de autores hispanoamericanos. Pasemos revista brevemente a las características y a las novelas hispanoamericanas publicadas por estas cuatro últimas:

La Novela de Hoy sustituyó en éxito a *La novela semanal*. Nacida en 1922 de la mano de Artemio Precioso y que llegó a publicar más de 500 volúmenes. Su director terminó exiliándose a causa de los problemas con la dictadura de Primo de Rivera, por lo que a partir de 1929 la dirección fue asumida por Pedro Sainz Rodríguez. Entre otros títulos, publicó algunas novelas de Rufino Blanco-Fombona, tales *Una mujer como hay muchas* (1929), *El sexo triunfante* (1930) o *El hombre que huía de su mujer* (1931), de Hernández-Catá, *El cristiano errante* (1927), *El fabricante de sueños* (1928) y *Manicomio* (1931).

La Novela Hispano-Americana, editada primero en Valencia en 1927, y en 1929 desde Huelva-, publica *El misterio de su muerte* (1927) de María Enriqueta. *La Revista literaria “Novelas y Cuentos”*, edita *La máscara heroica* (1935) de Blanco-Fombona o *Ciudad romántica* (1934) de Tulio M. Cestero, *Tenía que suceder* (1954), de Larreta, o *La que no perdonó* (1956) de Hugo Wast.

Ya en pleno franquismo, actúa la madrileña *La Novela del Sábado* (1953), “cuyos 100 números muestran la recomposición de la nómina de escritores tras el final del período autárquico del franquismo, y los nuevos valores literarios emergentes” (Bibliografía 39). Entre ellos, destacan el peruano de origen y español de adopción, Felipe Sassone.

3.2.2.1. Una selección significativa

Debido al número considerable de novelas de autores hispanoamericanos publicadas en España, nos hemos visto obligados a realizar una “selección significativa”, basándonos en los criterios que mencionamos seguidamente, y que nos permite tanto el análisis como la extracción de conclusiones partiendo de un corpus delimitado pero representativo.

Nuestro criterio de selección se basa en la existencia de uno o varios paratextos susceptibles de influenciar la interpretación y recepción de las novelas: nos referimos a los prólogos, las portadas ilustradas, los glosarios y los subtítulos. Si bien los prólogos funcionan de modo explícito, exponiendo unas determinadas ideas, opiniones y valoraciones, los otros tres actúan de modo mucho más inconsciente: una portada, en tanto que paratexto visual, puede orientar, ya desde antes de abrir el libro, un determinado prejuicio y predisposición –incluso atraer o repeler al lector-. Los subtítulos mentados son de tipo “nacional”, es decir, especifican el origen de los autores, o bien clasificatorios, especificando la tipología de las novelas. Así, nos encontramos con novelas “colombianas”, “mejicanas”, “panameñas”²³³, “proletarias”, “de la naturaleza”, “de la Revolución mexicana”, etc., lo que no solo funciona a título informativo, sin que de algún modo preconditiona igualmente la lectura. Finalmente, los glosarios de americanismos, todos ellos al final de las obras, son indicativos de la “extranjería” de la misma, del desconocimiento idiomático, real o no, entre los lectores

²³³El hecho de especificar la nacionalidad de una novela señala que nos encontramos ante una obra “de fuera”. Al tratarse de la América de habla española, la compleja maquinaria del nosotros-ellos y todas las implicaciones conscientes e inconscientes, se pone en marcha, al mismo tiempo que la obra se reviste de un cierto extrañamiento o exotismo. Volveremos a ello en el capítulo 4.

de una misma lengua²³⁴. Todo ello forma parte del “marcado” de las obras, juntamente con otro elemento importante: el dónde se publican, es decir, en qué casa editorial.

Las ediciones que comentaremos a continuación, salvo mención expresa, son las primeras aparecidas en España –fuesen o no inéditas en América- y en la mayoría de los casos, son ediciones únicas, es decir, que no se reeditaron en la Península, al menos durante el resto de nuestro período de estudio. Hemos seguido un orden cronológico en nuestra exposición, salvo en algunas excepciones, como por ejemplo en la presentación de las novelas de la Revolución mexicana. También hemos dedicado un espacio particular a ciertos novelistas que fueron prolíficamente publicados en España, como Carlos María Ocantos, Enrique Larreta, Hugo Wast, Ricardo Güiraldes, Rómulo Gallegos, José Vargas Vila, o también, por ser el caso contrario, Ciro Alegría.

La primera obra a la cual prestamos atención es *Un perdido* de Eduardo Barrios publicada en Espasa-Calpe, en su colección Contemporánea en dos volúmenes y en 1926²³⁵. Subtitulada “novela chilena”, incluye una biografía del autor y un prólogo de la mano del también escritor Manuel Gálvez²³⁶. En la biografía se tilda a Barrios del mejor novelista chileno, siendo *Un perdido* el más destacable ejemplo de su género, que es asimismo “todo lo célebre que puede ser un libro en los países hispanoamericanos” (7). Por su parte, Gálvez insiste en considerar la presente obra como quizá la mejor novela producida por un hispanoamericano e incluso también por un español contemporáneo (9). Subraya igualmente el valor social de la novela que retrata la sociedad americana: “es una de las pocas verdaderas novelas americanas y una de las pocas que reflejan, con

²³⁴Después de haber leído y analizando el panegírico intelectual sobre la unidad de la lengua española, puede sorprender la inclusión de dichos glosarios.

²³⁵ A pesar de encontrarse fuera de nuestro límite cronológico, incluimos tanto *Un perdido* de Barrios como *El inglés de los güesos*, de Lynch. En el primer caso por la repercusión en la prensa y por el significativo prólogo de Gálvez, y en el segundo, por encajar su temática con muchas de las novelas hispanoamericanas publicadas en los años siguientes, en especial a principios de los treinta.

²³⁶ El ya mentado varias veces narrador, poeta, ensayista, historiador y biógrafo argentino, destaca por su ferviente catolicismo y su defensa del legado cultural hispánico en Hispanoamérica.

exactitud y síntesis, la vida de estos países” (9). La novela narra, con visión pesimista, que ya podemos deducir del título, la historia de Luis Bernales, todo ello con el trasfondo del ambiente urbano chileno.

En la portada de *El inglés de los güesos* de Benito Lynch (Madrid: Espasa-Calpe, 1926)²³⁷, una cabeza de mujer ensimismada se coloca encima de un estampado con motivos geométricos y zoomórficos, en un diseño que recuerda a los de las culturas precolombinas: es decir, prevemos un importante personaje femenino, que traerá “problemas”, y elementos propios de la América “nativa”. De hecho, la interpretación tradicional de la obra es la de mostrar el enfrentamiento entre la civilización europea representada por Mister James, el extranjero, y la vida del campo argentino, el mundo primitivo y, de algún modo, puro. Al postular sus simpatías por este último, el paradigma sarmentiano de civilización y barbarie invierte escenarios y cuestiona protagonismos. La obra también incluye una pequeña biografía del autor.

El terruño, de Carlos Reyles es publicado en Madrid, por la SGEL²³⁸, en 1927, en edición “retocada y definitiva”. Viene con un prólogo de José Enrique Rodó, escrito en Montevideo en marzo de 1916, a la ocasión de la primera edición uruguaya. Dicho prólogo, visto a posteriori, es como un resumen de la imagen de la literatura hispanoamericana de casi todo el siglo XX. Postula la relación filial de la obra con la realidad circundante cuyo olvido ha privado de carácter –hasta 1916- a la mayor parte de obras (XII). Sin ser la única, la vida de los campos es, sin embargo, considerada como “la de originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de una literatura propia” (XII). Rodó

²³⁷ Publicada en Calpe por primera vez en 1924 –el original es de 1922- , fue reeditada por Espasa-Calpe en 1926, 1930 –la primera encontrable en la Biblioteca Nacional- y 1933.

²³⁸ Dirigida inicialmente por Manuel Aguilar, la SGEL fue fundada en Barcelona en 1914, en 1940 se traslada a Madrid debido a su ingente desarrollo.

afirma que Carlos Reyles consigue con la presente realizar “la gran novela campera” y refleja, como ya Sarmiento, el conflicto entre campo y ciudad, aunque esta vez es la semicivilización agreste la que representa el bien y la salud del organismo social por comparación con el desasosiego estéril y la cultura vana y sofisticada de la ciudad (XVII). El gaucho es visto en su primitiva y noble entereza, que entronca con la tradición de la épica clásica, pero también con la epopeya castellana (XXI), lo que remarca el parentesco y la unidad de las letras hispánicas. De nuevo el enfrentamiento entre civilización y barbarie aunque, como en el caso anterior, tenga una solución compleja y que se aleja de simples binarismos.

Los de abajo, de Mariano Azuela, en la edición de Biblos (Madrid, 1927), muestra en su portada un dibujo de un revolucionario –del cual solo vemos rostro con sombrero y los cartuchos del fusil-. Subtitulada “novela mexicana”, incluye una biografía del autor, y un prólogo, del mexicano G. Ortega, aunque escrito en Madrid. En él, se considera que *Los de abajo* es “la expresión literaria” de la Revolución mexicana, novela síntesis, de estilo seco, preciso y hondo. Explica el lento devenir y descubrimiento de la novela, desde su primera publicación en Texas, hasta su aparición en México en 1924 y su llegada a España en 1926, cuando “espíritus perspicaces” como Enrique Díez-Canedo y Fabián Vidal se ocuparon de ella, hasta llegar a la categoría de la presente edición, que no hubiera sido posible sin “la penetrante estimación” de la juventud española por México (10). Es decir, alabanza del autor y la novela, pero muy especialmente de España y el interés de juventud e intelectuales hacia América, paradoja si tenemos en cuenta el desconocimiento real de su realidad –y sobre todo de sus letras-. Al final de la novela, se añade la letra de la canción *Adelita*. Aparte de ser una de las canciones –corridos- más populares de la Revolución mexicana, “adelitas” o

soldaderas es el nombre con que se conoce a las mujeres que participaron activamente en el conflicto²³⁹.

La edición de Espasa-Calpe de 1930, e ilustrada por M. Benet, presenta en su portada de nuevo los típicos y tópicos elementos revolucionarios: un sombrero, un fusil con sus cartuchos, un vaso supuestamente lleno de alcohol –quizás mezcal- y un revólver humeante. El sombrero lleva una insignia que posiblemente represente un águila –por alusión a la bandera mexicana-. Esta edición lleva como subtítulo “novela de la Revolución mejicana”, lo que determina la temática de la obra, y no incorpora ni prólogo ni biografía del autor, pero sí la letra de “Adelita”.

La portada de *El águila y la serpiente*²⁴⁰, de Martín Luís Guzmán, tanto en la edición de Aguilar como en la de CIAP de 1928, presenta dos partes: un revolucionario en la banda superior, con el sombrero típico mexicano y un fusil –con los cartuchos correspondientes- y en la parte inferior, los dos elementos del sintagma del título: un águila y una serpiente. En ambas ediciones, se trata de un águila real, dorada, de frente y con las alas extendidas, mientras una serpiente se enrolla por encima de ella. El águila y la serpiente han sido parte integrante de la bandera de México –con modificaciones- desde la época colonial, recogiendo la leyenda de la fundación de México-Tenochtitlan, según la cual el dios Huitzileoptzli indicó a los mexicas que fundaran una ciudad en el lugar donde encontrarán un águila devorando una serpiente sobre un nopal. Las portadas nos indican claramente que nos encontramos ante una novela sobre México, y de “lucha masculina”.

²³⁹ *Los de abajo* es la primera de las denominadas novelas de la Revolución mexicana, -es decir, que tienen el conflicto armado mexicano como argumento principal-, publicadas en España. A ella le seguirán, como veremos, *El águila y la serpiente* (1928), *Campamento* (1931), *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) y en un cierto modo, *Tierra caliente* (1935).

²⁴⁰ Tenemos noticia de ediciones de *El águila y la serpiente* en 1928 –cuando se publica por primera vez- por parte de cuatro editoriales distintas, Juan Pueyo, Iberoamericana, CIAP y Aguilar, siendo estas dos las únicas a las cuales hemos tenido acceso real. En 1932, Espasa-Calpe saca su particular edición.

Campamento, “novela mexicana”, de Gregorio López y Fuentes, publicada por primera vez en Madrid, bajo el sello de Espasa-Calpe en 1931, también se engloba dentro del ciclo de novelas de la Revolución mexicana. Todas ellas presentan elementos parecidos en sus cubiertas²⁴¹. Así, en este caso, observamos un revolucionario en primer plano, con sombrero, fusil y corneta. Al fondo, otro guerrillero en posición abatida, posiblemente durmiendo. A pesar de no incluir glosario, a lo largo de sus páginas encontramos anotaciones al pie de página de expresiones mexicanas, ya sean regionalismos, palabras indígenas, argot, etc, como por ejemplo “tecorrales” por cerca de piedra; “tronar” por fusilar; “tepocate” por guijarro ahumado; o “chero”, por cárcel.

¡Vámonos con Pancho Villa! (Madrid: Espasa-Calpe, 1931²⁴²) de Rafael Muñoz, también coincide en el diseño de la cubierta con el de las anteriores novelas de la Revolución, pues de nuevo vemos el revolucionario con sombrero y fusil, aunque esta vez con bigote y actitud firme y decidida, posiblemente pretenda representar a Pancho Villa. El texto viene acompañado por un prólogo con la biografía del escritor y una descripción del contenido de la obra; una fotografía de Pancho Villa –lo que pretende dar veracidad a la obra, consiguiendo que la novela adquiriera tintes biográficos y se confunda verdad con verosimilitud- y una nota previa que también subraya este aspecto: “los sucesos referidos aquí son ciertos, uno por uno. El autor atribuye todos a un mismo grupo de hombres, para hacer una novela de audacia, heroísmo, altivez, sacrificio, crueldad y sangre, alrededor de la figura imponente de Francisco Villa” (5).

Tierra caliente, de Jorge Ferretis, aparece inédita en Espasa-Calpe en 1935. El título de la misma no solo es una forma de hablar de una zona cálida –o desértica si

²⁴¹ El lector, pues, solo al observar la portada del libro, identifica al temática de la obra y sitúa su universo de lector –y de expectativas-.

²⁴² Existe una segunda edición en 1935. En 1949 se incluye en la colección Austral, editándose desde Madrid y Buenos Aires.

hacemos caso de la portada, que muestra un cactus sobrevolado por aves rapaces, posiblemente zopilotes, en un desierto arenoso- sino que es realmente el nombre de una de las regiones de México. Igualmente, lleva el subtítulo de “los que solo saben pensar”. Todo ello aparece reforzado por la nota previa del autor, en dónde admite que ha escrito una “historia inspirada en un pedazo de México, sobre unas tierras de pesadilla, en donde el jadeo y la lujuria oxidan pronto el oculto ‘resorte del alma’”, y que pretende que su libro sea útil, mostrando “lo que nos turba y nos cohíbe” para provocar reacción, como ocurre con las vacunas (5). De hecho, el argumento de *Tierra caliente* alude a un episodio del inicio de la Revolución mexicana, por lo que, de algún modo, se podría incluir en el ciclo sobre dicho conflicto.

En 1958 y en la editorial Aguilar, pero cuando ya edita en Madrid, México y Buenos Aires, se publica el primer tomo de la antología *La Novela de la Revolución Mexicana*, de la mano de Antonio Castro Leal, profesor de literatura mexicana en Universidad Nacional de México²⁴³, el cual se ocupa de la selección, y de las notas introductorias, así como de los elementos complementarios. El segundo tomo se publicó en 1960, por lo que haremos poca referencia al mismo. En cuanto a los paratextos visuales, en la guarda interior del libro, encontramos una escena ilustrada de guerra, en donde se enfatizan los elementos de lucha y muerte: en un primer plano, vemos un soldado con un cuchillo atravesándole el cuello y con los ojos abiertos y los brazos en cruz. El resto del cuadro, un frenesí de cuerpos brazos en alto, puños, espadas, cabezas, destrucción. Más adelante, se reproduce un cuadro de Diego Rivera titulado *Emiliano Zapata*. Todo ello sitúa al lector: guerra, muerte, la Revolución mexicana.

En la introducción, titulada “La novela de la Revolución mexicana”, se define este subgénero como “el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el

²⁴³ En concreto, catedrático precisamente sobre “La novela de la Revolución Mexicana”. También fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución” (xvii), considerada como una de las más valiosas manifestaciones de la literatura moderna de lengua española por la viva presentación de una realidad intensa y por las novedades técnicas que incorpora (xviii).

Castro Leal procede a historiar el conflicto armado y luego a exponer sus características principales: los reflejos autobiográficos, la estructura en cuadros y visiones episódicas, la esencia épica –de acción heroica y popular, cuyo protagonista es el mismo pueblo mexicano-, y la afirmación nacionalista.

Los autores y obras incluidos en la antología son: Mariano Azuela: *Los de abajo*, *Los caciques*, *Las moscas*; Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente*, *La sombra del cuadrillo*; José Vasconcelos: *Ulises Criollo*; Agustín Vera: *La revancha*; Nellie Campobello: *Cartucho*; *Las manos de Mamá*. Cada obra aparece encabezada por una pequeña biografía de su autor junto con una breve descripción y valoración de las obras incluidas en el tomo y un listado del resto de su producción narrativa.

Veamos lo que opina de los considerados más importantes novelistas de la Revolución según la crítica peninsular. Sobre Mariano Azuela, Castro Leal apunta que es el iniciador del género con su obra magna *Los de abajo*, aunque más que la novela de la Revolución sea la novela de ese primer momento del enfrentamiento en que principia la lucha con una cólera ciega y un afán de venganza reprimido durante muchos años, un momento de caos, incertidumbre y fracaso, retratado con un estilo cortante e impresionista sin retoques, que inaugura una nueva técnica en la literatura narrativa moderna que se asemeja a una cinta cinematográfica (2)²⁴⁴. De Martín Luis Guzmán

²⁴⁴ Sobre *Los caciques* apunta que es una excelente caracterización de los personajes por sus acciones y sus rasgos más impresionantes, y una sugestiva pintura del ambiente (3). En cambio, *Las moscas*, por su movilidad y sus cuadros casi enteramente dialogados, colinda con el teatro (3).

comenta poca cosa más que su biografía y la trama de sus novelas. Insinúa la naturaleza particular de *El águila y la serpiente*, que en ocasiones se escapa del paradigma tradicional de la novela (160).

La obra se completa con una serie de apéndices que pretenden situar al lector en el universo físico, lingüístico y humano del México revolucionario. Así, se nos ofrece un “Censo de personajes reales y ficticios”, un “Índice de lugares” y un “Vocabulario” que recoge aquellos mexicanismos que no se encuentran en los diccionarios españoles.

En cuanto al segundo tomo, citemos solamente las novelas incluidas: *Apuntes de un lugareño* y *Desbandada* de José Rubén Romero; *Campamento, Tierra* y *¡Mi general!* de Gregorio López y Fuentes; *Tropa vieja* de Francisco L. Urquijo, *En la rosa de los vientos* y *Frontera junto al mar* de José Mancisidor, *¡Vámonos con Pancho Villa!* y *Se llevaron el cañón para bachimba*, de Rafael F. Muñoz, *El resplandor* de Mauricio Magdalena y *La escondida* de Miguel N. Lira.

Dejando ya de lado el ciclo de novelas de la Revolución, en 1929, aparece *La vida manda*, de Ofelia Rodríguez-Acosta y bajo el sello de la editorial Biblioteca Rubén Darío. En la nota introductoria de los propios editores, se asegura que la autora es una de “las siluetas más sobresalientes de la literatura hispano-americana” (7), de voluntad rebelde, espíritu de vanguardia y pluma combativa (8). Consecuentemente con el carácter “rebelde” de la autora, en lo que se refiere al contenido, la presente obra recoge “todas las ansias de libertad que en el presente momento histórico acucian a la mujer, bullen con ardor contagioso en *La Vida manda*, novela de ancho horizonte mental (...)” (7). El hecho de que la obra plantee el tema del lesbianismo, confirma pues, tanto el carácter subversivo y libertario de la autora, como de la propia editorial, que publica la obra inédita de la escritora cubana. No se publicaran más obras de Rodríguez-Acosta en España y en nuestro período de estudio.

La risa de la fuente (Barcelona: Cervantes, 1930), de Alfonso Mejía Robledo, presenta una portada con una figura femenina y al fondo una fuente. Subtitulada “novela colombiana”, es la primera obra de la colección “Novelistas Hispanoamericanos”, siendo asimismo obra inédita. Precisamente en su prólogo, nos encontramos con una declaración de intenciones de Vicente Clavel, acerca de dicha colección, ideada desde el momento de creación de la editorial en 1916 a partir de una conversación con José Enrique Rodó, el cual había apuntado

el interés que había de despertar en la América hispana la publicación de una Biblioteca en la que tuvieran generosa acogida todos los escritores que con acierto y buen gusto cultivaron el género de la novela en todos los países americanos de habla española (V),

género que había ido siempre por detrás de la poesía en el continente, consiguiendo así hermandar a los escritores hispanoamericanos limitados por “el sistema de fronteras que nunca debió existir en las ubérrimas tierras de América, las dificultades de comunicación y el desconocimiento existente entre los hombres y las culturas de cada una de aquellas Repúblicas” (V). De este modo no solamente se conocerían entre ellos los novelistas hispanoamericanos, sino también se difundiría su obra en la “Madre patria”, y dicha biblioteca “solo podía tener realización en España” (VI). España, pues, toma un rol protagonista y unificador. Clavel continúa alabando las letras hispanoamericanas y su obra literaria de primera que ha “contribuido modernamente a la gloria de nuestra recia y sonora lengua”.

Consideramos relevante añadir el comentario que aparece en la prensa sobre dicha novela (*España y América*, junio 1930, núm. 214, suplemento *La vida literaria* 42), por hablar, más que de la novela en sí, y que por lo tanto estaría fuera de lugar en el presente apartado, sino de la iniciativa de la editorial Cervantes:

La Editorial Cervantes, sensible siempre a las manifestaciones de alta cultura de que están dando gallardo ejemplo los países americanos de nuestra lengua, ha lanzado el primer volumen de una nueva serie literaria llamada a imponerse desde el primer momento. Se titula ‘Novelistas Hispanoamericanos’ y el tomo inicial ‘La risa de la Fuente’, escrito por el laureado prosista y poeta colombiano Alfonso Mejía Robledo, a quien debemos esta nueva novela bien estructurada, fiel trasunto de la vida provinciana de Colombia (71).

La segunda –y última²⁴⁵- novela de la colección *Novelistas Hispanoamericanos* de la editorial Cervantes es la también inédita *Atavismo* (Barcelona: Cervantes, 1930), de Pérez Piña. En su portada, vemos una pirámide maya, y en un primer plano, dos figuras de espaldas vestidas al modo “occidental”, con abrigos largos y sombreros. No presenta ningún prólogo ni presenta más similitudes con la primera que la inclusión en la colección y la existencia de un subtítulo, en este caso, el de “novela mexicana”. Clasificada como novela costumbrista, retrata la vida yucateca.

Leyendas de Guatemala, la opera prima de Miguel Ángel Asturias, fue publicada por primera vez en 1930 y precisamente en una editorial madrileña de avanzada: Ediciones Oriente²⁴⁶. Su portada presenta un fondo blanco con letras rojas y negras y un dibujo central con motivos de inspiración maya, amarillo sobre negro, con figuras antropomórficas y fantásticas, vegetales y animales –en el interior del libro se especifica que “este libro se ilustró con motivos ornamentales mayas”. Asimismo, el título de la obra refuerza el componente fantástico y el ambiente “de leyenda”, y concreta el país centro-americano de donde proceden, tanto autor como relatos. El contenido de la obra es una renarración de leyendas y relatos tradicionales guatemaltecos, de la época precolombina, con paralelismos con la oralidad, también en el estilo. Al final de la obra, a modo explicativo” se incluye un “Índice alfabético de modismos y frases alegóricas”.

Para Raquel Sánchez García, el esfuerzo de las editoriales de avanzada de aunar literatura contemporánea con las nuevas tendencias estilísticas y artísticas, en especial de vanguardia, se puede observar en muchas de sus cubiertas, de clara influencia

²⁴⁵ A pesar de la declaración de intenciones y el proyecto inicial, dicha colección termina de forma abrupta después de dos números.

²⁴⁶ Ya hemos clasificado la editorial Oriente dentro de las “de avanzada”. Como indica Jesús A. Martínez Martín, del núcleo originario de Ediciones Oriente, promovido por José Venegas y que pretendía promover la literatura de posguerra de tipo social alemana o americana y la literatura revolucionaria soviética, proyectando el compromiso político de los intelectuales –de izquierdas- con el pueblo. De Ediciones Oriente se desgajarán las editoriales Cenit, Zeus, Ulises y Ediciones Hoy (Martínez Martín 481).

cartelística. Todo ello coincide con la progresiva preocupación por la apariencia del libro y el cuidado de la forma –combinación de la información visual con la textual– que se inicia en el primer tercio del XX (244). Ejemplo de ello es esta portada de *Leyendas de Guatemala*, con la disposición de letra y dibujo y la combinatoria de colores blanco, negro y rojo, aunque que, como veremos, el esfuerzo y la novedad en el diseño de las cubiertas no será exclusivo de las editoriales de avanzada.

Solo el título de *Odisea de tierra firme*, subtitulada “*vida, años y pasión del Trópico*” (Madrid: CIAP, Renacimiento²⁴⁷, 1930²⁴⁸) de Mariano Picón Salas, ya nos sitúa: la acción transcurre en el Trópico, se trata de una odisea o periplo largo, de “años”, con complicaciones previsibles, y hay “pasión”. Si nos fijamos en la colorida portada, vemos una bota con espolones –¿militar?, ¿conquistador?– que pisa y avanza por suelo firme –el mar ondea detrás–, un trozo de sable y un suelo firme que es la misma Venezuela, las letras de cuyo nombre podemos entrever por debajo del zapato²⁴⁹.

La novela plantea, de nuevo, el enfrentamiento ambiguo de amor-odio entre el hombre urbano y el medio natural. Igualmente considera que “nuestra América requiere afirmaciones” y no tanta perífrasis, que hasta ahora “nos ha impedido descubrir nuestra realidad” (9). Es decir, la búsqueda de la propia realidad como una constante en el ser americano. Al final de la obra se incluye un glosario “Algunas palabras criollas empleadas en el relato”, que van desde “arepa” a “zamuro”.

Sangre en el trópico, de Hernán Robleto, fue publicada en el mismo año 1930 en México y en Madrid, por Cenit. La portada presenta un soldado avanzando y alzando

²⁴⁷ Fundada en 1910 por Gregorio Martínez Sierra, José Ruiz Castillo y Victorino Suárez, Renacimiento terminó siendo absorbida por la CIAP y siguió su mismo desenlace. Según, Antonina Rodrigo, “supone el despegue definitivo con un talante moderno de la edición de calidad en España (...) logra convertir al libro en objeto de arte sin perder su función intelectual y social” (95).

²⁴⁸ Existe una edición española anterior, de 1928, aunque de editor desconocido. No obstante dicha edición no se encuentra disponible.

²⁴⁹ El texto viene antecedido por unas palabras del autor, que afirma “la conciencia de inquietud y protesta –muy suramericana– de un hombre urbano, como soy yo y como parecen serlo los personajes que amo más en mis relatos, ante un medio que les es inferior por el imperativo bárbaro de la vida. Tienen mis personajes y yo mismo, como para evadirse de ese sino histórico, la reparación que les da el paisaje” (9).

el puño, mientras con la otra mano sujeta un fusil, en el marco natural tropical –las hojas extensas del suelo no pueden indicar otro ambiente-. Se trata del primer ejemplo de los que veremos de la editorial Cenit y que se corresponde con la voluntad de cuidar la estética de las publicaciones, el espíritu revolucionario y el afán vanguardista. Fijémonos igualmente en la nota previa firmada por la misma editorial, se explicitan las intenciones y la ideología de la casa de “recoger la labor intelectual moderna que representa una inquietud social viva, un movimiento ideológico arraigado en la colectividad” (7). Considera que *Sangre en el trópico* no es solo “la novela del imperialismo norteamericano en Nicaragua” (7), -de cuyo yugo opresor pretende liberarse, a modo de reconquista, el pueblo nicaragüense- sino también una descripción de la “imponente naturaleza tropical” y de la explotación humana, ya sea en las plantaciones, las minas o las selvas” (7). Otra vez los dos clichés del Trópico: naturaleza imponente y agresiva y conflictividad social.

Uslar Pietri escribe *Las lanzas coloradas* en París entre 1929 y 1930 y las publica en 1931 en la editorial madrileña Zeus²⁵⁰. Su portada presenta a un hombre a caballo, vestido como un soldado español, luchando contra unos hombres de color más oscuro y desnudos, que se defiende a lanzas. Muy probablemente, la figura a caballo represente al general José Tomás Boves, un militar español, apodado “la bestia a caballo”. La obra narra un episodio de la Guerra de la Independencia de Venezuela (1813-1814), cuando el comandante Boves asola la región de los llanos. Sin embargo, a priori, la única información que tenemos es la de una lucha desigual, y de unas lanzas coloradas, seguramente manchadas por la sangre de los combatientes. En la solapa se presenta a Uslar Pietri como un joven autor desconocido para el público peninsular,

²⁵⁰Otra de las editoriales de “avanzada”. Según Larraz, fundada por Graco Marsá (1930-1933), se dedicó a la edición de libros de autores españoles de izquierda que distribuía también la CIAP (210).

pero asegura la editorial que “esta obra merecerá la mejor acogida del lector español” (s/p).

Los caranchos de la florida de Benito Lynch, aparece publicada en la colección Contemporánea de Espasa-Calpe²⁵¹ (1931). El dibujo de la portada, firmado por Benet, presenta, al lado de un cactus, un personaje con sombrero, pañuelo y chaqueta, posiblemente un habitante típico de las estancias bonaerenses, lo que entronca con la voluntad de la novela de retratar el viejo ambiente campero rioplatense, con la excusa de un conflicto generacional. Las cactacias, por su parte, son plantas casi exclusivamente de origen americano. No se incluyen más paratextos.

El tungsteno de César Vallejo, dentro de la colección “La novela proletaria” y encasillada como “novela social”, es publicada por vez primera en Cénit y en 1931, encajando con la voluntad de publicar obras de propaganda socialista de la editorial. En la cubierta observamos, en un primer plano, dos rostros, uno de ellos de rasgos indígenas, y el otro, de raza blanca. Acompañando al primero, un cactus y una llama, símbolos de la tierra y de lo nativo. En el segundo, una explotación minera, símbolo de la industria. El tungsteno o wolframio es considerado un material estratégico y clave para las sociedades “modernas”, por sus usos industriales, en especial en la producción de maquinaria y bombillas. Perú, juntamente con Bolivia, es uno de los principales países americanos proveedores de dicho mineral. Así pues, ya desde la portada se expone el binomio, dos realidades contrapuestas, lo que nos anticipa lucha y oposición. Asimismo, se ha considerado la novela como una obra de denuncia de los peligros imperialistas a través de las compañías transnacionales mineras y de una influencia clave en el desarrollo de la narrativa indigenista peruana.

²⁵¹ Solo se encuentra disponible la segunda edición de Espasa-Calpe, de 1931, siendo el original argentino de 1916.

Tamborito de Agustín del Saz, es publicada por primera vez en Madrid en JM^aYagües²⁵² y en 1932. Subtitulada “novela panameña”, muestra en su portada una pareja vestida con trajes típicos –sombrero, pañuelo, camisa-sayo y pantalón él, falda acampanada ella, mientras en el fondo podemos intuir un paisaje típicamente tropical, con palmeras, arbustos y el mar. La pareja parece estar bailando, lo que aludiría al título de la novela, precisamente el nombre del género musical y baile típico panameño. La obra en sí contiene una nota previa titulada “Al lector” y en ella se alude a la doble naturaleza, española y panameña, de Agustín del Saz (9), plasmada en la dedicatoria, a Castilla y al istmo de Panamá²⁵³. Al final de la misma, encontramos “Algunas papeletas para un vocabulario de panameñismos”, que resultan, según nota del mismo autor, “necesarias para comprender ciertas partes del texto” (277)²⁵⁴. Se inicia con “abrebocas” y se cierra con “yuca”.

La primera edición española de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, es de 1932²⁵⁵, de la editora Aguilar. Presenta una portada compleja: a primer plano, una mano con un cuchillo que rasga el tronco del árbol, del cual salen vetas blancas del caucho desbordante. El tronco del árbol, sin embargo, puede recordar el cuello de una persona, en especial si no se sabe de qué trata la novela. Es decir, violencia asegurada. En la hoja de la cuchilla, unas manchas negras podrían ser siluetas de árboles. La novela viene acompañada de un prólogo del colombiano Antonio Gómez Restrepo titulado “Una novela colombiana”. En él destaca la poesía “altiva, selvática y ardiente”, llena de

²⁵²Editorial fundada en Madrid en 1929 y relacionada con el libro escolar. Como indica Antonio Viñao, faltan estudios sobre muchas editoriales de la época, entre ellas, la mentada.

²⁵³ “A Castilla del oro: a esas verdes tierras hospitalarias de allá donde bailan tamborito, improvisan décimas, se aparecen las silampas y se habla castellano. Al alma inédita del capitalino, pueblano, campeano e indio del istmo de Panamá, con la fruición de un español que la recuerda gratamente” (7).

²⁵⁴“Al momento de editar el presente libro he pensado en la necesidad de explicar ciertas palabras que son desconocidas o poco frecuentes entre los españoles, y, como estoy preparando la publicación en breve de un vocabulario de voces y modismos panameños, he entresacado de mi fichero unas cuantas papeletas y otras necesarias para comprender ciertas partes del texto” (277).

²⁵⁵Siendo el original colombiano de 1924.

energía y capaz de “encerrar en molde artístico toda la inmensidad de nuestras llanuras orientales” (5) y captar asimismo un estado social despótico y alejado de la civilización (5). Es decir, la inmensidad y poderío de la naturaleza y la conflictividad social aparecen claramente remarcados. No en vano, *La vorágine* ha sido considerada la novela de la naturaleza por excelencia y a la vez, un claro ejemplo de novela de denuncia social, al mostrar la problemática cauchera. Asimismo, el propio Rivera aparece contemplado como heredero de los conquistadores –españoles- que manejaron el arcabuz y la lira (6). De este modo, a pesar de admitir que se trata de una de las obras más típicas y originales de la literatura nacional colombiana (6), se entronca con la tradición y el espíritu hispánicos.

La mística del Sacro-Monte, de Rodolfo González Hurtado (Madrid: Espasa-Calpe, 1932), no ostenta una portada significativa –fondo blanco con letras en negro y el rostro pensativo o triste una mujer-, sin embargo, en el prólogo, el mexicano José de Jesús González subraya las descripciones maravillosas, el colorismo y los cuadros de costumbres típicos y pintorescos que ha realizado el escritor. En definitiva, “leer a González Hurtado es conocer tipos, costumbres y paisajes muy nuestros” (7) que producen gran emoción estética. México –y por extensión América- como continente del color y el folklore pintoresco.

Don Goyo, de Demetrio Aguilera Malta, novela publicada por primera vez en Madrid, por la editorial Cenit, en 1933, forma parte de su colección “Panorama Literario Español e Hispano-Americano”²⁵⁶. Todas las obras de dicha colección presentan la misma portada, simplemente con la diferencia de los títulos y autores y del color de

²⁵⁶ Los títulos de la colección son 5, por orden: *Don Goyo* (1933); *Los estrangulados*, de Hernán Robleto (1933), *El conflicto del Chaco a la luz de la historia*, de J. Nieto Peña y Ramiro de Sas Murias, también de 1933, pero de él no nos ocuparemos puesto que se trata de un ensayo y no de novela, *Los sangurimas* (1934) de José de la Cuadra y *Mosko Strom* (1934) de Rosa Arciniega.

fondo: se trata de un mapa de la América de habla española que incluye a España y las Islas Canarias –es decir, todo el territorio hispanohablante-. En *Don Goyo* el color general es el amarillo y el país resaltado, Ecuador, y viene subtitulada “novela americana”. En las palabras previas de la obra, que acompañan una pequeña biografía del autor, se muestra la voluntad de la editorial de

recoger un trozo palpitante y auténtico del Trópico, con toda su belleza natural y toda su injusticia social, presentadas con una riqueza de colorido y una fuerza de expresión que hacen acreedor a su autor a un destacado puesto de vanguardia en el frente literario de lucha formado por las juventudes americanas (8).

En este párrafo encontramos una serie de tópicos: por un lado la “belleza natural” del Trópico, palpitante y llena de colores, a la par que escenario de injusticias sociales, un retrato auténtico de esta región caracterizada por la naturaleza y el conflicto social realizado por un joven autor americano, joven y dinámico como su propia literatura.

Los estrangulados de Hernán Robleto, también inédita (Madrid: Cenit, 1933) y de la misma colección –portada en rojo con Nicaragua como país resaltado-, lleva como subtítulo “El imperialismo yanqui en Nicaragua”, es decir, que ya anticipa que se posiciona contra la acción, tildada imperialista, de Estados-Unidos en Nicaragua. No incluye prólogo, aunque sí recoge un glosario, en el apartado “Algunos americanismos usados en este libro”, que van desde “aguaje” a “zopilote”.

Otra obra de la colección es *Los sangurimas* (Madrid: Cenit, 1934)²⁵⁷, de José de la Cuadra y también inédita, esta vez con la portada en verde y con Ecuador resaltado. Se subtitula “novela montuvia ecuatoriana”, aunque aparte de esta novela corta incluya cinco cuentos más de temática afín. El libro viene encabezado por una nota previa signada por la editorial, que nos informa de la satisfacción de publicar la obra del “joven

²⁵⁷ Dentro de la misma colección se publicó *Mosko Strom*, de Rosa Arciniegas en 1934. Sin embargo, en los pocos ejemplares que hemos podido consultar, no había sobrecubierta, con lo que no podemos confirmar que siga la misma estética que las demás obras de la colección. Tampoco incluye más paratextos significativos, por lo que no la añadimos en nuestra selección.

y rebelde escritor ecuatoriano”, no desconocido por el público hispanoamericano, -en él incluye el español- ni internacional. El adjetivo “rebelde” encaja perfectamente con la voluntad subversiva de la editorial Cenit. La novela relata la historia de la familia de los Sangurimas, familia llena de conflictos y leyendas.

¡Écue-Yamba-ó!, de Alejo Carpentier, fue publicada en versión definitiva en París en 1933, aunque fue escrita en 1927 en la cárcel de la Habana. En el territorio peninsular también aparece en 1933, bajo el sello de la madrileña editorial España. Su portada recuerda la de *Leyendas de Guatemala* de Asturias, al mostrar igualmente un dibujo -en blanco sobre fondo negro- de características mágico-oníricas, una especie de figura antrozoomorfa moviéndose en un horizonte oscuro, de vegetación extraña. Al final de la obra se añaden 10 páginas de glosario. Igualmente, en el cuerpo de la obra encontramos fotografías de elementos de culto y rituales propios de la mitología afrocubana. Considerada una obra clave para comprender el acontecer cubano de las tres primeras décadas del siglo XX, es también una muestra de las nuevas tendencias artísticas y estilísticas de las vanguardias.

En la portada de *El valle del Sol* de Diómedes de Pereyra -publicada por primera vez en la madrileña editorial Araluce y en 1934-, significativamente subtitulada “La novela de la naturaleza”, aparece la cabeza de un indio, vestido con una pluma en la cabeza atada a una cinta, en un gesto altivo. El texto viene encabezado por dos prólogos. El primero, escrito por “el glorioso” aviador Francisco Iglesias desde Madrid, confirma el alto valor documental de la obra (8) como fiel descripción de aquella naturaleza salvaje, maravillosa y exuberante, un verdadero “infierno verde”. Pero, añade, si las intenciones de Pereyra no fueron las de reconstruir la nueva América sobre bases típicamente indígenas, sino “con el aliento vivificador del espíritu de la raza hispánica” (12): de nuevo el tópico de América -que ya se planteó en el momento de su

descubrimiento- como “nuevo” mundo de posibilidades, a ser realizadas por Europa –en este caso, España-, que se recrea en él, y marca el rumbo en estos “mares agitados de la lucha social” (12).

El segundo prólogo se titula “Crítica” y está firmado por Jacinto López, escrito desde Nueva York en enero de 1931. En él se describe el argumento y los personajes de la obra, y como la lengua original de la obra fue el inglés, traducida a posteriori por el propio autor. Considera a Pereyra como un escritor de la “nueva generación americana” (16) y que su novela simboliza “el triunfo del hombre sobre la naturaleza” (15), como corresponde al “rey de la creación” (15). López expone, pues, de nuevo el tópico de civilización contra barbarie, y la “juventud” literaria de América. La obra, pues, aúna extensas descripciones de la selva amazónica –la naturaleza- con las aventuras y ciertos aspectos de las culturas indígenas precolombinas.

El infierno verde, de José Marín Cañas (Madrid: Espasa-Calpe, 1935²⁵⁸), subtitulada “la guerra del Chaco”, viene anticipada por un soldado-esqueleto rojo que empuña una espada sangrante ante un incendio de llamas verdes, probablemente personificación del teniente Zavala, si tenemos en cuenta el argumento de la novela, en el marco del infierno verde de la selva en guerra, -de la guerra del Chaco²⁵⁹ como el subtítulo indica-. La edición se limita a incluir el texto.

Las tres novelas de Benito Lynch recopiladas en el mismo volumen, *Raquela*²⁶⁰, *La evasión* y *El antojo de la patrona* (Madrid, Espasa-Calpe, 1936), llevan como subtítulo “novelas argentinas”. La portada pretende reproducir la llanura argentina de forma simplificada con tres rasgos significativos: una extensa área de tierra, un árbol,

²⁵⁸ Fue publicada primero en el mismo año 1935 en crónicas de la Hora -publicación costarricense-, y meses después aparece en Espasa-Calpe.

²⁵⁹ La guerra del Chaco fue un conflicto bélico que enfrentó a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935 por el control del Chaco Boreal. Provocó un gran número de bajas, no solo a causa de las armas, sino también de las duras condiciones climáticas, la aridez del terreno y las enfermedades, convirtiéndose en una de las guerras más importantes del siglo XX en América del Sur.

²⁶⁰ Publicada en Buenos Aires por primera vez en 1918, *La evasión* fue publicada a su vez en 1925.

una valla. Al fondo, observamos una humareda, incendio o explosión, que nos sugiere problemas y aventuras. En la introducción de Vicente A. Salaverri, español de nacimiento y uruguayo de adopción, se comenta la producción de Lynch. Opina que *Los caranchos de la Florida* es “el libro que mejor refleja la vida en el campo platino” (5) y que según Julio Cejador se trata de una de las tres mejores obras escritas en castellano en los últimos tiempos, lo que implica una visión unitaria de la literatura producida en esta lengua. *Raquela* añade un nuevo valor artístico a las calidades artísticas de Lynch – sinceridad, emotividad, observador agudo-, que es la “gracia”, y sus descripciones están al mismo nivel que las de Pereda –es decir, de la tradición castellana-. Termina afirmando que el prestigio y la popularidad de Lynch en su país natal se están extendiendo a otros países. Las tres novelas incluidas, se han clasificado como novelas sentimentales, que relatan el conflicto entre clases sociales o tema de amor y honor, con el marco de la pampa.

En 1942 aparece *Toa* de César Uribe Piedrahita, publicada en Espasa-Calpe, ya en la colección Austral²⁶¹. La obra se subtitula “narraciones de caucherías”, por lo que nos ubicamos de nuevo en el horizonte del caucho y la selva. La portada de la obra es la típica de Austral, esta vez en azul. El prólogo es del colombiano Antonio García, escrito en Manizales en agosto de 1933. Se refiere al ambiente natural de la novela como paraíso e infierno a la vez (14) y compara la presente obra con *La vorágine*, considerando la presente de algún modo superior a su predecesora, a la que crítica su falta de fondo humano por culpa de la fiebre poética (13). En cambio, Uribe es “más novelista que Rivera. Capta con más justeza y mayor intensidad” (13), buscando el

²⁶¹ Ya hemos aludido a la dificultad de separar totalmente el catálogo de obras editadas por Espasa-Calpe en Buenos Aires y en Madrid. El presente caso es ambiguo, puesto que si en las ediciones revisadas, el lugar de edición en 1942 es Buenos Aires, según el catálogo worldcat.org, en esta fecha se produce una edición compartida entre la capital española y la argentina.

aspecto más hondo de la vida (13). Al final se incluye un glosario de palabras y frases, que va desde “abierto” a “y se las pelaron”.

Todo verdor perecerá de Eduardo Mallea sale en la colección Austral²⁶² de Espasa-Calpe (Madrid-Buenos Aires) en 1945, y se adecua a la estética de la colección. En la solapa se habla del autor: “Mallea merece un triunfo porque ha hallado el estilo y la amenidad argentina, erigiendo la inteligencia sobre los extensos y magníficos paisajes que van de la costa a la pampa y a la montaña”. De nuevo, pues, la importancia del paisaje y la naturaleza en la literatura americana, la cual consigue sus mayores logros cuando, aparte de reflejar lo propio, es capaz de llegar a universalismos, como Mallea, que descubre “una Argentina universal, y por eso está siendo traducida a diversos idiomas”. Es considerada igualmente una novela psicológica que se ocupa del desamor, la locura y el existencialismo.

La misma obra será editada años más tarde, en 1952, por Aguilar, en la colección Crisol. La obra incluye 6 relatos más: *Sonata de soledad*; *Confesión*; *La causa de Jacob Uber, perdida*; *La rosa de Cernobbio*; *La celebración*; *La razón humana*, que van precedidos por un prólogo de Guillermo de Torre, el cual no duda en considerar a Mallea como uno de los contados escritores americanos, casi el único, “que merece ser puesto al nivel de los mayores novelistas europeos contemporáneos” (11). Justifica su afirmación alabando el equilibrio entre lo argentino y lo universal del autor: “Si la esencia, si la raíz de sus preocupaciones y de sus temas privativos es esencialmente argentina, su lenguaje de ideas posee un radio superfronterizo, es de

²⁶²En la solapa se especifica que “La colección Austral publica: Los libros de que se habla; los libros de éxito permanente; los libros que usted deseaba leer; los libros que aun no había usted leído porque eran caros o circulaban en malas ediciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros que son actuales ayer, hoy y siempre. La Colección Austral ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. La colección Austral publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector”.

inteligibilidad pluralmente humana” (12). También alaba su lenguaje, que permite aunar de algún modo a los habitantes y hablantes de ambos continentes: “De suerte que el lector joven español, el lector hispanoamericano en general, nada encontrará en su lenguaje que pueda rechazarle, antes al contrario” (33).

También se incluye la “Carta escrita por Stephen Zweig dos años antes de su muerte al autor de *Todo verdor perecerá*”, firmada en Petrópolis (Brasil) el 24-12-1941, y que alaba la obra de Mallea: “no sé de ninguna obra reciente, dentro de tal literatura, que pueda comprarse con la suya” (38). En ella, afirma, “he sentido también la pampa argentina” (38). De nuevo, la representación del paisaje vernáculo y prototípico.

Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira. Los tesoros del rey blanco de Roberto J. Payró aparecen en Madrid en 1948 en la colección Crisol de Aguilar. Aparte de una fotografía del autor, la obra es prologada por Guillermo de Torre, que tilda al argentino de uno de los máximos creadores de la narrativa de su país (XVII) –siendo la presente obra uno de sus hitos considerables (XXVI) y lo entronca con la tradición española, -la picaresca²⁶³ y Galdós-, consiguiendo el ideal de forjar una literatura nacional aunando elementos vernáculos y la expresión castellana tradicional (XXI) y “los escisionistas resentidos” que defienden un “nacionalismo de vía muerta” (XXI), puesto que, opina, “lo primero será hacer literatura; el carácter o el acento iberoamericano vendrán por añadidura” (XXIV). Juan Moreira es presentado como un gaucho legendario de origen gallego.

Hombres en soledad, de Manuel Gálvez, aparece en Crisol, de Aguilar, en 1948²⁶⁴. Sin portada significativa, incluye un retrato del autor y un prólogo, firmado con

²⁶³ “Al prolongar esta línea de la novela clásica española tan felizmente, Payró consigue asimismo crear sus más típicas ficciones argentinas. Es curioso como tal género, sin descendencia moderna en España, vino a encontrar nuevas encarnaciones en América” (XXIV).

²⁶⁴Publicada en Buenos Aires en 1938.

las siglas F.S.R. –por Federico Carlos Saínz de Robles-, integra al argentino en la trilogía de los novelistas hispanoamericanos de fama universal juntamente con Wast y Gallegos, e incluso afirma que si bien los otros dos le superan en número de traducciones, Gálvez “los vence en ser el más literato de los tres, aquel cuya obra ha penetrado más en los medios de la alta y rigurosa crítica literaria europea” (13). Cita las opiniones de Eduardo Barrios, para el cual Gálvez es el “maestro argentino” (13) y del español Cansino-Assens, para el cual “aseñorea sobre el plano total de la literatura española, y es, desde luego, suya la herencia de Galdós” (14), entroncando con la tradición castellana y unificando la literatura hispánica. *Hombres en soledad* retrata el ambiente porteño de la época.

Las *Obras escogidas* de Manuel Gálvez (Madrid: Aguilar, 1949)²⁶⁵ recopilan *La maestra normal*, *El mal metafísico*, *La sombra del convento*, *Luna de miel*, *Miércoles santo*, *El gaucho de los cerrillos* y *Una santa criatura*. Aparecen precedidas por un retrato de Gálvez, un prólogo del mismo autor, una nota biobibliográfica y una entrevista con Juan Carlos Moreno. En el prólogo, Gálvez cree no ser enteramente ignorado por el público español, al haber publicado tres de sus obras en suelo peninsular –*El Solar de la raza* (1920), *Pequeña sinfonía en Blanco y Negro* (1924) y *Vida de don Gabriel García Moreno* (1945), y una próxima novela pendiente de ser publicada en la colección Crisol-. Reivindica la esencia española de sus obras y la influencia española, de Galdós, Palacio Valdés, etc. Y se autoerige, con sus 18 obras, como uno de los pocos novelistas hispanoamericanos fecundos –considera al escritor hispanoamericano perezoso por naturaleza y falta de verdadero público- aparte de Hugo Wast y Mariano Azuela.

²⁶⁵ Desde finales de la década de los años 40, y en especial la de los 50, unas cuantas editoriales españolas –Aguilar, Plenitud, Ediciones y Publicaciones Españolas, Fax-, dedicarán un esfuerzo considerable a editar las obras completas –o escogidas- de un buen número de autores americanos.

Aplaude la iniciativa de su editor, Manuel Aguilar, para difundir el conocimiento en España –a la que tilda de Madre Patria-, de ocho escritores americanos: José Hernández, Leopoldo Lugones, Enrique Larreta, Ricardo Güiraldes, Arturo Capdevila, Roberto J. Payró, Hugo Wast y Manuel Gálvez, puesto que “hasta ahora, los editores españoles no se habían interesado sino excepcionalmente por la literatura argentina” (16). De este modo considera posible estrechar “los lazos que nos unen. Dos pueblos no pueden amarse y comprenderse sin conocerse, y el mejor modo de conocerse es que en cada uno sean leídas las buenas novelas que en el otro se escriben” (17). En la nota biobibliográfica se le considera como uno de los mejores novelistas hispanoamericanos, al mismo nivel que Gallegos y Wast (18). Finalmente, la entrevista de Juan Carlos Moreno expone el pensar y las opiniones del escritor.

Zurzulita, de Mariano Latorre, aparece publicada por primera vez en España en Aguilar en 1949, en su colección Crisol –el original fecha de 1920- precedida de un prólogo del crítico chileno Ricardo Latcham, titulado “El criollismo de Latorre”. De Latorre señala “su formación estilística de rica cepa española” (15) y la influencia de las lecturas de modernos franceses y anglosajones, y descarta el paralelismo que la crítica peninsular ha establecido frecuentemente con Pereda.

Latcham hace igualmente referencia a

las llamadas novelas ejemplares, que interpretan a cabalidad el escenario en que se mueve el hombre autóctono.

Ellas son, sucesivamente, *Los de abajo*, de Mariano Azuela (1916), *La vorágine*, de José Eustasio Rivera (1924), *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes (1926), y *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos (1929). *Zurzulita* puede equipararse al ciclo que resume admirablemente las modalidades, ora trágicas, ora elementales, ora épicas, del habitante del suelo continental, sea este un revolucionario mejicano, un cauchero colombiano, un gaucho argentino o un llanero venezolano (14-15).

En este sentido, también ve en *Zurzulita* la lucha entre lo europeo y lo indígena que termina con la victoria de la tierra sobre el individuo de ciudad” (19), y cómo puede resultar ayuda adecuada para que los europeos puedan “apreciar el grado de nuestra

evolución intelectual y el asombroso arraigo del castellano castizo en lejanos confines del grandioso ámbito ibérico” (22), siendo el castellano americano, barnizado y vitalizado por los criollismos (22). Finalmente, refiriéndose al público español a quién va dirigido el presente volumen, indica que “día a día, admira a nuestros autores y solicita las producciones intelectuales de nuestro continente” (22). Así pues, Latcham continúa con el tópico del criollismo como “captador” de la esencia americana –el paisaje y la lucha entre civilización y barbarie o entre lo europeo y lo indígena- y sus novelas por excelencia. Sin embargo, también destaca la evolución intelectual americana –digna de admiración-, el enriquecimiento del lenguaje con las expresiones americanas -la obra incluye un “Glosario mínimo”, de tres páginas, al final-, y el aprecio del público español: las letras americanas tienen valor propio.

*El socio*²⁶⁶, de Jenaro Prieto, aparece en edición española en 1949 en la colección Crisol de Aguilar. La obra viene precedida, como es habitual en las de Crisol, por un retrato del autor y por un prólogo, de nuevo de la mano de Ricardo Latcham, que identifica al héroe de la novela con la psicología moderna de todos los chilenos y de la mayoría de hispanoamericanos (16). Continúa lamentando el desconocimiento de los hispanoamericanos de sus propios escritores, y en especial que en Europa solo suenan “unos cuantos nombres privilegiados de la literatura escrita en español en el mundo de Colón” (22). A destacar la metáfora “el mundo de Colón” pronunciada por un crítico americano: al subrayar el rol del almirante y con él el origen español de la expedición, insiste en el protagonismo peninsular. De hecho, la sociedad chilena a la que Jenaro Prieto pertenece y que plasma en su obra, “conserva mucho de lo ibérico a pesar de sus específicos rasgos mestizos” (24), es decir, apela a la unidad y al vínculo de la “raza hispánica”. Asimismo, Prieto es presentado como un autor típicamente chileno pero que

²⁶⁶ Publicada en 1928 por primera vez en su país de origen.

ha conseguido alcanzar un plano de interés universal (23), por lo que faltaba precisamente una edición de sus obras en España. El argumento de *El socio* responde más bien al de novela psicológica –para disimular sus miedos en el mundo de los negocios, un hombre inventa la existencia de un socio, que termina siendo tan real, que le lleva al suicidio-. A destacar, sin embargo, que el socio ficticio sea “inglés” –es decir, las inversiones, los negocios, proceden del extranjero-.

Las *Obras completas* de Tomás Carrasquilla son recopiladas en Madrid por Ediciones y Publicaciones Españolas en 1952. En el prólogo, de Federico de Onís, se establece un paralelismo entre la suerte del autor antioqueño y el modo de vida editorial de la América española, es decir, el aislamiento y el desconocimiento: “solo los autores que vivieron en Europa y publicaron sus obras en las casas editoras de Paris, Madrid o Barcelona fueron conocidos en España y por la vía española o francesa en los demás países de América” (XII). Esta edición española es vista como el paso definitivo para el reconocimiento de la obra clásica e imperecedera del autor (XIII). España, pues, como meridiano editorial de América.

De Onís continua expresando como en América la región es reflejo de vida auténtica “la expresión más genuina del carácter original y distinto de América entera y de sus modalidades nacionales” (XIX), con ejemplos como el gaucho o llanero, el guajiro, el cholo o el indio. En el caso concreto de la provincia de Antioquia, le otorga un sentido universal hispánico, al entrever muchos paralelismos con las cualidades españolas. Termina expresando su intuición sobre el florecimiento de la novela hispanoamericana contemporánea, que convierte “la busca de lo propio -tierra, pueblo, lengua- en el fondo último alienable de la verdadera originalidad” (XXIV). De nuevo la autobúsqueda de la esencia y de su expresión, y el valor de la literatura hispanoamericana. Con todo, se sigue promulgando la unidad hispánica.

Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba, la extraordinaria novela de Teresa de la Parra, aunque original de 1924, no fue editada en España hasta 1952, por la editorial Surco, de Barcelona²⁶⁷. La sobrecubierta representa a una joven vestida elegantemente con dos mujeres de pelo blanco y una criada negra detrás, además de unas plantas tropicales, indicándonos de que nos encontramos en un ambiente “americano”. Sin embargo, el estilo de la portada es el típico de las novelas “femeninas”. Igualmente, el prólogo, de Francis Miomandre²⁶⁸, a pesar del tono laudatorio de la obra, utiliza un lenguaje y unos adjetivos para describirla que entroncan con las novelas “de mujeres”: así, la novela de Parra es ingenua, natural, fresca, sincera, intimista y elegante, como debe ser una dama y como debe escribir. En “Unas palabras más sobre Ifigenia”, el segundo prólogo del mismo crítico francés –por considerar el primero, publicado en la aparición de la novela, insuficiente-, habla también del exotismo del contexto de la novela visto con ojos europeos, nostálgicos del pasado colonial:

¡Aunque no fuese más que el exotismo aquel tan seductor para nosotros los lectores europeos! Es un mundo entero el que se revela ante nuestros ojos, Una sociedad medio moderna y medio colonial, cuyos contrastes tiene un sabor fuerte mezclado a un ambiente florido y perfumado que nos hace soñar como sin darnos cuenta en nuestras queridas ‘Islas’ de antaño. ¡Oh, el encanto de aquellos patios constelados de jazmines, sembrados de naranjos, bajo cuya sombra la siesta debe deslizarse con tan lánguida dulzura! Aquellos campos del trópico, con sus bosques misteriosos poblados de mariposas diez veces más grandes que las nuestras, aquellas noches profundas de perfume embriagador; ¡aquel edén! (11).

Siervo sin tierra, de Eduardo Caballero Calderón, aparece publicado primero en Ediciones del Alcázar de Madrid en 1954 –en tanto que obra inédita-, precisamente en la Colección Escritores Colombianos Contemporáneos, colección que solo publicó este número, a pesar de sus intenciones, expresadas claramente en la presente novela:

²⁶⁷ Aparte de su lugar de edición y de que publicó obras a principios de los años cincuenta, no encontramos más información sobre el origen, desarrollo, actividades y carácter de la mentada editorial.

²⁶⁸ Francis de Miomandre es el seudónimo del escritor francés François Félicien Durand (1880-1959), ganador del premio Goncourt de novela en 1908.

Estará integrada la Colección por dos series de volúmenes, todos ellos en la más pulcra y nítida presentación tipográfica. La primera se dedicará a la novela y al ensayo la segunda (...). De este modo tendrán cabida en ella todas las figuras importantes del mundo cultural colombiano contemporáneo. Todas las obras que se publiquen serán rigurosamente inéditas” (o que nunca se han publicado en forma de libro) (s/p).

La novela relata la lucha de un campesino pobre, indígena, ignorante y sin tierras. El siguiente volumen anunciado –y nunca editado- fue *Burla burlando*, de Lucas Caballero Calderón (KLIM). La segunda edición de *Siervo sin tierra* (1955) aparece ya en la Editorial Guadarrama, fundada por el propio autor en 1953²⁶⁹, en la que también aparecerá, en 1955, *La penúltima hora*²⁷⁰, otra obra inédita del escritor colombiano.

En 1954 es editada en España *Gran señor y rajadiablos* de Eduardo Barrios, en la colección Crisol de Aguilar. En la “Nota preliminar”, sin firma, se señala la calidad de gran psicólogo y fino observador de su autor, en lo que coincide la mayoría de la crítica, en este caso, citando a Luisa Luisi. Barrios. Es presentado como un gran literato, “orgullo de su patria y de la novelística en habla castellana” (xv). Sobre la presente obra, apunta que “descuella como la novela representativa de la vida chilena y como una de las capitales en la literatura hispanoamericana” (xv).

Crónica de la reja, de Justino Zavala Muñiz, aparece en Madrid por Aguilar y bajo la “Colección literaria novelistas, dramaturgos, ensayistas, poetas” en 1954²⁷¹. La obra presenta dos prólogos, uno del periodista y crítico uruguayo Julio Caporale Scelta, en donde básicamente se alude a la biografía del autor y a su ascendencia hispana –ya clara en sus dos apellidos-, y el segundo, una carta de Miguel de Unamuno, escrita previamente y refiriéndose a una obra anterior de Zavala Muñiz: la *Crónica de Muñiz*, de 1921: “Ya tengo un hombre más –nada menos que todo un hombre- en mi panteón

²⁶⁹ Fundada en 1953 por el mismo Caballero Calderón, afincado en España desde 1952 a 1956.

²⁷⁰ En la serie Los libros del Sauce. No incluye ningún paratexto significativo para nuestro estudio.

²⁷¹ Publicada por primera vez en su país de origen en 1930.

de hombres americanos, de héroes, y es el que usted ha creado, su abuelo, hijo de usted en otro respecto” (24).

Aguilar edita la colección Autores Venezolanos en los años 50. Forman parte de la misma 6 volúmenes, tres de los cuales de novela.²⁷²

Así pues, *Mené. Seguida de Nocturno de los tres ladrones, Cardona, Fuga de Paisajes* de Ramón Díaz Sánchez ve la luz en 1954. La portada de la edición de tapa dura tiene un pequeño grabado con el retrato del autor. Ya dentro del volumen, encontramos una fotografía del venezolano y un prólogo de su compatriota José Ramón Medina. En él reivindica la literatura venezolana como una de las mejores del continente, “por la claridad de sus obras y por el vigoroso número de los autores que en ella concurren” (24), y dentro de la cual afirma la existencia de la novela venezolana con características propias y diferenciadas²⁷³. *Mené* es presentada como una genuina representación de ella (26). Díaz Sánchez es un escritor “que honra a su país y un venezolano integral que ha dedicado vida y talento a desentrañar” (23) la realidad venezolana.

En el mismo año y la misma colección, aparece otra obra de Díaz Sánchez, *Cumboto. Cuento de siete leguas*, esta vez con un prólogo de Manuel Rojas. El escritor chileno considera necesario poner en relación un escritor con la literatura de su país y de todo el continente, en especial en un continente que comparte una lengua (13). Admite no conocer detalladamente la producción de todas las repúblicas americanas aunque sí una idea general de ellas (14). En lo que se refiere a *Cumboto*, asegura que el lector no encontrará

²⁷²El resto de volúmenes de la Colección Autores Venezolanos de Aguilar son *Comprensión de Venezuela*, de Mariano Picón Salas, publicado en Madrid y Caracas en 1955, los cuentos de *Tiempo de contar* de Uslar Pietri (1954), y los *Poemas* de Ida Gramcko, publicados en Caracas en 1955.

²⁷³ Esta opinión es compartida por otro venezolano, el escritor Arturo Uslar Pietri, como veremos en el apartado 3.2.3.1.

lo que suele encontrar en muchos escritores venezolanos o hispanoamericanos, contemporáneos o anteriores a este escritor: el afán de descripción del paisaje y de la Naturaleza, que llena desde hace muchos años millares de páginas de la literatura novelística continental (27),

puesto que *Cumboto* tiene intención renovadora y se adentra en el estudio del hombre, se aparta de las imágenes poéticas y se interesa por la reproducción de lenguaje popular (28 y ss). Se admite, pues, tanto la importancia y presencia del paisaje en la literatura hispanoamericana, lo ya es un lugar común esperado por el lector. *Cumboto* es considerada también como una novela social, que plasma el conflicto de razas.

Otra de las obras de la colección, es *Tres palabras*, de Lucila Palacios, también de 1954 y que viene seguida de *La gran serpiente; Niebla; Tierra de leyenda; Guayana; El "demonio" de Stefan Zweig*. Prologada por el escritor, periodista y crítico venezolano Pedro Díaz Seijas, es considerada como “la sucesora de nuestra Teresa de la Parra” (11) por poseer rasgos afines a la mentada, aunque se haya impuesto por su valor propio (11). Considerada una novela intimista –como corresponde a una novela escrita por una mujer– y una magnífica contribución a la novelística psicológica venezolana (20), destaca que el paisaje no constituye un elemento primordial en la novela (14), lo que implica que generalmente lo ha sido en la novela americana, como ya apuntaba, entre otros, Manuel Rojas en el prólogo a *Cumboto*.

Las *Obras escogidas de Miguel Ángel Asturias*, publicadas por Aguilar en 1955, y como todos los compendios de obras publicadas por dicha editorial, llevan un dibujo particular impreso en la parte interior de la tapa dura. En este caso, una cabeza maya en el centro, y el resto lleno de dibujos y motivos precolombinos. El primer tomo de ellas incluye *Leyendas de Guatemala, El señor presidente y Hombres de maíz* en prosa, aparte de la obra en verso. En el prólogo de José María de Souvirón se alaba sobre todo el excelente equilibrio conseguido por el autor entre los elementos y la tradición española –los clásicos y la generación del 98– con las calidades americanas (ix). Es este

dar consistencia universal a los valores entrañables, lo que identifica a los grandes escritores iberoamericanos, que según Souvirón serían, aparte de Asturias, Güiraldes, Rivera, Barrios y Gallegos (xii). En lo que se refiere a la búsqueda para hallar lo “verdaderamente americano” denuncia tanto el autoctonismo desmedido, el uso de un vocabulario regional e incomprensible a nivel intercontinental –del cual Asturias se salva al usar un castellano fuerte y enriquecido-, y la teoría de América como el continente de lo telúrico, así como fundamentar el arte y el pensamiento iberoamericano en el contacto con lo natural, lo que considera una maniobra segregacionista. Es decir, los tópicos de la literatura hispanoamericana vistos como una “maniobra segregacionista” y, por lo tanto, negativamente. Termina afirmando que Asturias es uno de los más grandes escritores actuales de habla española.

3.2.2.1.1. Casos especiales

3.2.2.1.1.1. Enrique Larreta

Ya hemos empezado a apuntar la estrecha relación entre Enrique Larreta y España, es decir, la filia del argentino por la que considera “la Madre Patria”, y el interés y aprecio del público y la crítica –la prensa reseña la mayoría de sus visitas, obras, etc.- así como la recepción de honores y premios, tales el ya mentado galardón Miguel de Cervantes en 1950 por *Orillas del Ebro*-. En lo que se refiere a la publicación de sus obras, su caso es paradigmático: algunas de ellas aparecen por primera vez precisamente en el territorio español, como *La gloria de don Ramiro* (1908), reeditada por Espasa-Calpe en 1930 y 1935 –sin paratextos significativos- y en 1948 por la editorial Aguilar y por la *Revista literaria Novelas y Cuentos* (año 10, núm. 896), así

como *Orillas del Ebro* en 1949 en Espasa-Calpe. Precisamente la primera es una novela ambientada en el Ávila del siglo XVI y *Orillas del Ebro* describe la vida española contemporánea.

Otras de las obras publicadas²⁷⁴ en España es *Gerardo o la Torre de las Damas* que aparece en 1953 en Aguilar –simultáneamente editada en Buenos Aires-. Esta edición viene encabezada por una “Nota preliminar” en la que básicamente se alude a la hispanofilia de Larreta, que se remonta a su primera novela:

¿Cuál es la razón de que un argentino como es Larreta –se preguntaba en sus días Miguel de Unamuno- haya podido penetrar en el alma de nuestra España más castiza?” (...) ‘Es que Larreta ha nacido y se ha criado en un país que deriva de la España del siglo XVI, tanto acaso como nuestra España de acá.’ Tal fue la explicación que halló Unamuno al milagro de *La gloria de don Ramiro* (xi).

Y refiriéndose a *Gerardo*, en ella, “vuelve a ahondar en la vida y en los hombres y en las tierras de España” (xii), puesto que de nuevo “nos hallamos ante una excepcional novela española de Larreta, gran argentino y español no menos grande por el amor que a España profesa” (xii).

Tres años más tarde aparece una nueva edición de *Gerardo*, esta vez en Espasa-Calpe y con prólogo de Berenguer Carisomo titulado “Las dos últimas novelas de Enrique Larreta”. El crítico argentino considera a Larreta “igualmente fuerte en el tratamiento de asuntos así españoles como argentinos” (9), ambos entremezclados en su sangre con la misma vigencia (9), y prosigue analizando distintos aspectos de la novela. Mencionemos solamente cómo destaca la vocación de llanura de Larreta y que es de los

²⁷⁴También se han publicado algunas de sus obras de teatro. Citemos como ejemplo *El linyera y Pasión de Roma* (Madrid, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1944): si bien la portada no presente características significativas al ser editada en la colección Austral, y por lo tanto siguiendo su estética neutra, la solapa nos informa de la valoración del autor y de sus principales obras. Es presentado como “incuestionablemente, el escritor argentino que por su vida y por su obra ofrece mayor interés en la historia de la literatura americana (...) y uno de los grandes maestros de la prosa castellana”. Es decir, se postula la unidad de las letras hispánicas. En cuanto a su producción, *La gloria de don Ramiro* alcanza la “perfección estética” y es considerada unánimemente por la crítica como “la mejor novela americana”. A su vez *Zogoibi* encarna “la visión más real e insuperable de la moderna pampa argentina, visión que se prolonga en la presente obra *El linyera*”.

pocos autores que conoce bien la Pampa nativa (14), estableciendo asimismo ciertas afinidades entre la Pampa hispida y la propia Alhambra. De hecho, entronca la larga tradición que viene del berber africano, continúa con el andaluz y se convierte en “nostalgia infinita en el más lejano descendiente de esta línea desértica: el gaucho” (25)²⁷⁵.

También se publica *Tenía que suceder*, en *Revista literaria* el 14 de noviembre de 1954. Como palabras previas a la obra y en la misma cubierta, la obra es definida cual “Novela dramática completa: Un historia de corazones, de sentimientos, en las que el amor y el sacrificio son la médula de la vida, con sus cambiantes, azares e íntimos infortunios”.

En cambio, dos de sus novelas fundamentales, *Zogoibi* (1926) y *Las dos fundaciones de Buenos Aires* (1933), no serán editadas en España durante nuestro período de estudio. Casualmente o no, estas retratan la realidad argentina y no la española como *La gloria de don Ramiro* u *Orillas del Ebro*.

Las *Obras completas* de Larreta aparecen en 1948 en la editorial madrileña Plenitud, y son reeditadas en 1958, coincidiendo con el cincuentenario de *La gloria de don Ramiro*. En la nota previa firmada por los editores se considera la obra del argentino “una significativa e inexcusable representación de las letras hispanoamericanas”, digna compañera de las obras completas y selectas de otros autores españoles, tales Unamuno, los hermanos Machado, Ramón Gómez de la Serna o Teresa de Jesús. El siguiente párrafo es aún más revelador:

La producción literaria de Larreta, como la de todos los escritores hispanoamericanos, a los que estimamos orgullosamente como propios, constituye el más apreciado fruto de nuestra magna labor descubridora y colonizadora en el continente transatlántico, y contribuye al

²⁷⁵ En el apartado 3.2.2.3. encontraremos un artículo con el mismo título publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* (marzo de 1956, núm. 75).

engrandecimiento del acervo literario castellano; una de las más ingentes cimas en el panorama de las letras universales (11).

3.2.2.1.1.2. *Hugo Wast*

El caso de Hugo Wast, pseudónimo de Gustavo Martínez Zuviría, es particular. Se trata de uno de los autores más vendidos de la época²⁷⁶. En España no publica obra inédita, sino que se trata de reediciones –fue igualmente traducido a muchas lenguas europeas-. Será principalmente la editorial Aldecoa (Burgos-Madrid) la encargada de editarlas en formato libro, aunque algunas habían aparecido en los años treinta en la editorial barcelonesa Juventud. Igualmente, algunas de ellas aparecerán en colecciones literarias²⁷⁷ y posteriormente también en Aguilar, como es el caso de *Desierto de piedra* (1948) y *Valle negro* (1953). Igualmente, la editorial Fax publicará dos volúmenes recopilatorios de sus obras, uno en 1942 –*Todas las novelas de Hugo Wast*- y *Obras completas* en 1956.

Veamos lo que se escribe de él en la nota preliminar de *Desierto de Piedra* (Madrid: Aguilar, 1948, colección Crisol): “su fama es inmensa. Es sin discusión, el escritor hispanoamericano aquí más leído y conocido en el mundo” (XII), habiendo sido traducidas sus obras a todos los idiomas cultos (XII), contándose 209 ediciones hasta el momento en castellano y habiéndose vendido 1.500.000 ejemplares (XIII-XIV). Se alude asimismo a una clasificación de sus novelas en históricas, de ambiente campero, de la ciudad, de ideas, de aventuras, de historia y exégesis bíblica y diversas (XIV).

Se considera que Wast representó “valores universales” en sus obras, yendo más allá de su condición y origen americano. Sin embargo, plasmó el ambiente propio de su

²⁷⁶ Teniendo en cuenta el número de obras supuestamente vendidas, -1.500.000 según indica el prólogo seguidamente mencionado de *Desierto de piedra* (Madrid: Aguilar, 1948, p. XIV)-, se le puede considerar un best-seller de la época.

²⁷⁷ Para mayor detalle, ver el apartado 6.2.

Argentina natal en algunas de ellas, tales las clasificadas anteriormente como novelas camperas: *Flor de durazno*, *Valle negro*, *Desierto de piedra*, *Una estrella en la ventana* y *Sangre en el umbral*, pero también en algunas de sus novelas de aventuras, como *El camino de las llamas*.

Si nos fijamos en la fecha de aparición de la mayoría de sus obras, observaremos que predomina la década de los 40. En plena posguerra española, y teniendo en cuenta la precariedad de la situación editorial postbélica, Wast es publicado con insistencia. Se trata de un autor precisamente germanófilo –basta para ello ver su pseudónimo de reminiscencias germánicas, "Hugo Wast"-, ultracatólico y antisemita –posiciones mostradas en especial en las novelas *Kahal* y *Oro-*, que demostró simpatías por el nazismo y por el franquismo y que en 1954 recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

3.2.2.1.1.3. Ricardo Güiraldes

Las obras de Ricardo Güiraldes en España aparecen básicamente en la editorial Espasa-Calpe y en la década de los treinta. En concreto, la primera edición de *Don Segundo Sombra* es de 1930 –reeditado en 1934-, *Xaimaca* de 1931 y *Raucho* de 1932, todos ellos forman parte de la Colección Obras de Ricardo Güiraldes. La existencia de esta misma implica la notoriedad del escritor, que merece colección propia²⁷⁸. Dichos volúmenes no muestran paratextos significativos, las portadas son neutras, no se incluyen prólogos ni comentarios ni glosarios.

²⁷⁸ Paradójicamente, de dicha colección solo se publicarán cuatro de los seis volúmenes previstos, y además, no de modo ordenado: *Don Segundo Sombra* es el número VI, *Raucho* el III, *Xaimaca* el V, siendo el primero los *Cuentos de muerte y sangre* (1933).

Tendremos que esperar hasta 1948 para una reedición de su obra más conocida en Aguilar, dentro de la colección Crisol. En esta edición, se incluye una nota preliminar de Julio Molina Aguirre, en la que, aparte de biografiar el autor, expresa la conciencia del propio Güiraldes de haber escrito, después del *Martín Fierro* de José Hernández y de *La guerra gaucha* de Leopoldo Lugones, la tercera obra cumbre de la literatura argentina (17). Apunta igualmente la importancia y la presencia de la pampa en toda la obra (19), siendo la pasión por la cultura universal aunada a un profundo amor por la tierra natal, una característica de los grandes argentinos (24). Igualmente, la edición de Aguilar incluye un prólogo de Leopoldo Lugones²⁷⁹, en la que describe el modo de vida gaucho. Lugones subraya la importancia nacional de *Don Segundo Sombra*, al personificar el gaucho en prosa, tal y como el *Martín Fierro* había hecho en verso, gracias a la fusión de protagonistas y paisaje. Al final del texto, se añade asimismo un índice de voces y giros argentinos, de la mano de Amando Lázaro Ros, precedido de una nota introductoria y justificatoria, que de algún modo responde a las críticas que el lenguaje de Güiraldes suscitó en la Península²⁸⁰:

Hay entre los americanismos de Güiraldes muchísimas palabras y giros de la más rancia raigambre popular española, y que el lector español descifra a poco que reflexione. Otros están tomados del medio ambiente campero y resultan una incógnita para quienes lo desconocen (...) no pocos lectores rioplatenses agradecerán este pequeño índice explicativo. Pero a quienes va principalmente destinado es a nuestros lectores de España y de los restantes países hispanoamericanos (497).

3.2.2.1.1.4. Carlos María Ocantos

Nacido en Buenos Aires en 1860, realizó una ascendiente carrera diplomática hasta que la abandonó para dedicarse plenamente a la creación literaria. Considerado

²⁷⁹ Recordemos que Leopoldo Lugones había fallecido diez años antes, en 1938.

²⁸⁰ A ellas aludiremos más adelante.

uno de los máximos exponentes de la corriente realista argentina, recibió el aplauso y soporte de otros importantes escritores realistas españoles como Juan Varela, José María de Pereda y Benito Pérez Galdós²⁸¹. Asentado en Madrid desde 1918, en 1897 había ingresado como miembro de número en la Real Academia Española.

Destaca en su producción las novelas que se han agrupado con el apelativo de *Novelas argentinas*, cuyos 20 tomos fueron publicados en España por distintas imprentas –la Imprenta Moreno, la Imprenta Montaner y Simón, la Imprenta de la Revista de Archivos y la Imprenta G.Hernández y Galo Sáez–, aunque la mayoría de ellas ya habían sido publicadas previamente en Argentina. En el tomo XVIII de las mismas, el dedicado a *Tulia* (Madrid: Imp. Hernández y Galo Sáez, 1927), aparecen presentadas como “una serie de novelas en las que se estudia y describe la vida argentina contemporánea en sus diversas manifestaciones”. En concreto, son *León Zaldívar; Quilito, Entre dos luces; El candidato; La Ginesa; Tobi; Promisión; Misía Jeromita; Pequeñas miserias; Don Perfecto; Nebulosa; El peligro; Riquez; Victoria; La cola de paja; La ola, El secreto del doctor Barbado; Tulia; El emboscado; Fray Judas*. Se ha valorado el conjunto de las *Novelas argentinas* como un retrato de la vida cotidiana y la lucha del núcleo criollo de estirpe hispánica en la Argentina de las oleadas inmigratorias.

En la mayoría de las *Novelas argentinas*, como por ejemplo *El amazona del amor* (Madrid: Imp. Galo Saéz, 1936), existe un apartado introductorio y sin paginar, al actuar como especie de anuncio, titulado “Obras de Carlos María Ocantos”, en dónde se citan algunos fragmentos de la obra de Theodore Andersson, *Carlos María Ocantos y su obra* (Madrid: SGEL, 1933)²⁸² referidas a las *Novelas Argentinas*: “No hay en toda la literatura hispanoamericana que se acerque siquiera a este monumento del

²⁸¹ Galdós llegó a calificarle de “honra y gala de la tierra argentina”. Ocantos, por su parte, tituló una de sus novelas *Don Perfecto* (1902), en clara alusión a la obra casi homónima del español.

²⁸² A la cual nos referiremos a continuación en el apartado 3.2.3.1.

americanismo, tres veces grande: grande por lo auténtico del ambiente, grande por lo vasto de su esfera de acción y grande por la acendrada cultura con que está escrito” (s/p). Y seguidamente, “Lo particularmente español, lo que designamos con el término españolísimo, es lo que define el arte del patriarca de la novela argentina” (s/p).

Aparte de recopilar otras críticas, las novelas en cuestión no presentan más paratextos interesantes según nuestros criterios. Su estilo realista, al modo decimonónico, se aleja en forma y espíritu de la mayoría del resto de novelas mencionadas. Asimismo, nótese que la mayoría de ellas son de finales del siglo XIX. Su nombre, será, pues, apenas mentado en las obras críticas y antológicas de la literatura hispanoamericana –aún siendo la de Andersson una de las pocas dedicadas al autor americano-, y también encontramos escasas alusiones en la prensa cultural de la época.

3.2.2.1.1.5. Rómulo Gallegos

Las principales novelas de Rómulo Gallegos fueron publicadas en España²⁸³ básicamente en tres sellos editoriales: Araluce²⁸⁴ y Espasa-Calpe, en su colección Austral²⁸⁵, y Aguilar, en Crisol²⁸⁶. Las ediciones de Araluce no presentan prólogos, glosarios o notas introductorias. Sin embargo, algunas de sus portadas son significativas. Fue precisamente la editorial barcelonesa la que publicó por primera vez a *Doña Bárbara* en 1929 - aprovechando la estancia de Gallegos en la Península-. Esta obra fue la que lanzó la fama del autor, a nivel español e internacional, aunque

²⁸³ Todas, salvo *Doña Bárbara*, aparecieron primero en su país natal. Por orden cronológico: *Reinaldo Solar* (1920), *La trepadora* (1925), *Doña Bárbara* (1929) *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935), *Pobre negro* (1937), *Sobre la misma tierra* (1943), y *La brizna de paja en el viento* (1952).

²⁸⁴ Después de *Doña Bárbara* (1929), seguirán, sin respetar por lo tanto el orden de la escritura, *Reinaldo Solar* (1930) *La trepadora* (1932), *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935) y *Pobre negro* (1940).

²⁸⁵ Ya en la década de los 40: *Doña Bárbara* (1944), *Reinaldo Solar* (1947), *Cantaclaro* (1940), *Canaima* (1940), *Pobre negro* (1942) y *La trepadora* (1943).

²⁸⁶ *Doña Bárbara* (1929), *Reinaldo Solar* (1930) *La trepadora* (1930), *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935) y *Pobre negro* (1940).

seguramente no por el lugar de edición, como clamaran los intelectuales españoles, y no por la calidad de la obra.

Las portadas de Araluce cambian con las sucesivas ediciones. En esta primera edición aparece con una a todo color. Una bella mujer en primer plano, y la extensión verde de la llanura detrás, con una palmera y un gran cielo azul. En otras ediciones, observaremos un paisaje con palmeras y un lago. En *Reinaldo Solar* (1930) vemos el dibujo de un árbol de tronco robusto pero al que le están cayendo las pocas hojas que le quedan: símbolo de decadencia, aunque en alguna otra edición aparece un jinete a caballo. En *La trepadora* (1930), se repiten los motivos vegetales, pero esta vez vemos una planta trepadora que reptaba sobre un tronco. Tanto *Cantaclaro* (1934) como *Canaima* (1935) son portadas neutras y sin imágenes. Tampoco la primera edición de *Pobre negro* (1940) presenta ilustración alguna, solamente el título, aunque en posteriores ediciones podremos ver la silueta de un hombre de color cargando un gran peso.

Las de Espasa-Calpe, ya en la década de los cuarenta, se limitan a publicar el texto, y el diseño de las portadas sigue el estándar y el estilo neutro de la colección Austral.

En cuanto a Aguilar, ya nos vamos a inicios de los años cincuenta²⁸⁷, sin que presenten portadas significativas. En la colección Crisol aparecen tres volúmenes: *Canaima, seguida de La Rebelión y El Piano viejo; Pobre Negro, seguida de Pataruco, Pegujal y Marina; y El Forastero, seguida de Los inmigrantes y El milagro del año*, los tres de 1952, así como *La brizna de paja en el viento*, en 1953. Fijémonos en los prólogos. El de *Canaima*, F.S.R., de nuevo las siglas de Federico Carlos Sainz de

²⁸⁷ En Crisol, aparecen *Canaima. Seguida de La Rebelión y el piano viejo* (1952); *Pobre negro. Seguida de Pataruco, Pegujal y Marina* (1952); *El forastero. Seguida de Los emigrantes. El milagro del año* (1952), y *La brizna de paja en el viento* (1953).

Robles, señala la importancia decisiva y trascendental de su novelística desde el punto de vista de nacional venezolano, puesto que en todas ellas “refleja con primor el ambiente y el ámbito, los personajes y las costumbres de su país” (12). Así, según F.S.R., *Reinaldo Solar* retrata la juventud venezolana; *La trepadora*, la antigua sociedad aristocrática y semifeudal; *Doña Bárbara*, la supervivencia del feudalismo campesino; *Cantaclaro* es la novela de la llanura; *Canaima* de la selva cauchera guayanesa; *Pobre negro* la del mar bravío y símbolo de un problema social; *Sobre la misma tierra*, del problema del petróleo y *El forastero* del caudillismo (12-13). Subraya asimismo su maestría para crear un clima de fuerza telúrica, y expresa su preferencia por *Canaima* en vez de *Doña Bárbara*, por ser menos detonante y nerviosa pero más pletórica de tipos, pasiones, emociones y angustias humanas (15). Finalmente es el turno a la lengua utilizada por Gallegos, al que se le atribuye un gran dominio del idioma, un vocabulario de incalculable riqueza y sobre todo que “no destroza el castellano con galicismos, neologismos o localismos” (15-16), sino que lo ama y lo mima y pule (16).

El prólogo de *El Forastero*, más breve y de nuevo de la mano de F.S.R., se limita a hablar de la presente novela a la que define como “un cuadro impresionante de la vida rural venezolana” (13), una vida que se repite en otros lugares de América y de Europa, y aunque no utilice la misma técnica descriptiva llena de colorido y calidez que en anteriores novelas, no hay duda de que el pueblo retratado, *Angustias*, es ceñidamente venezolano (13-14). La nota preliminar de *Pobre negro*, también de F.S.R., no añade nada nuevo y describe la obra de Gallegos en general. Destacamos, pero, la comparación con *La vorágine*:

El ambiente tropical, con sus pasiones bárbaras, su clima angustioso, sus peligros infinitos, sus colores enteros y violentos, sus personajes inquietantes, sus maleficios y brujerías, sus calenturas del alma y del cuerpo, jamás ha sido pintado con tan asombrosa exactitud. En este aspecto, las novelas de Gallegos en nada desmerecen de *La vorágine*, de Rivera (12).

En cuanto a *La brizna de paja en el viento* (1953), incluye una nota preliminar de Blanca García de los Ríos, firmada en Valencia (Venezuela) en noviembre de 1952. Califica a Gallegos de “venezolano universal” (13) y a pesar de considerar la presente obra a un nivel inferior al de *Doña Bárbara*, *Canaima* o *Cantaclaro*, es vista como una “hermosa novela: un jirón de historia cubana” (15), aunque lejos de la descripción geórgica y folklórica del campo venezolano característica de Gallegos.

Es igualmente bajo esta editorial que se publicaron los dos recopilatorios de las obras de Gallegos durante nuestro período de estudio. El primero, dedicado exclusivamente al género novelístico y de 1953, son sus *Novelas Escogidas*, en la colección Joya, e incluyen cinco obras: *Doña Bárbara*, *Reinaldo Solar*, *Cantaclaro*, *Sobre la misma tierra*, y *La trepadora*. Vienen acompañadas por un prólogo de Federico Carlos Sainz de Robles, en donde se expone el tópico de la preeminencia en América del género lírico por encima del narrativo, y que responde a la visión tradicional –y occidental- de que “se aprende antes a cantar que a narrar”, y por lo tanto, la novela hispanoamericana es un hecho relativamente reciente, y que después del romanticismo y el realismo –siempre comparando con el devenir canónico de la historia literaria occidental- es cuando llega la importancia trascendental de la novela hispanoamericana, con una generación nutrida y varia con autores como Roberto J. Payró, Manuel Gálvez, Hugo Wast, Arturo Cancela, Carlos Reyles, Joaquín Edwards Bello, Eduardo Barrios, Horacio Quiroga, Benito Lynch, Ricardo Güiraldes, José Eustasio Rivera, Enrique Larreta y Rómulo Gallegos (XIII). Así, en la actualidad y temáticamente, la novela quedaría subdividida en novela social, criolla o de la tierra, histórica o de asunto foráneo (XIV). Y es en el preciso momento que la novela americana está a punto de alcanzar su rango universal que aparece la figura de Gallegos, que plasma en sus novelas el ambiente, personajes y costumbres de las

distintas regiones de Venezuela (XIX). Maestro de la fuerza telúrica y de la lengua española –al contrario que muchos otros hispanoamericanos que destrozan y adulteran el castellano con galicismos, neologismos y localismos (XXI)-, es para el prologuista el mejor novelista venezolano, digno de emparejar con los más destacados españoles (XXIII), y de los 6 mejores hispanoamericanos –junto a Güiraldes, Reyles, Gálvez, Rivera, Payró y Barrios (XXIV)-.

Las *Obras completas* de Gallegos, también bajo el sello de Aguilar, aparecen más tarde, en 1958-59, al límite de nuestro período de estudio. Como en muchas de las obras completas de la editorial, la parte interior de la cubierta aparece decorada, esta vez con troncos de árboles, lo que liga el autor al suelo y al paisaje autóctono, y remarca a importancia de la naturaleza en su producción. El prólogo es del escritor español Jesús López Pacheco²⁸⁸, para el cual en Gallegos está simbolizado “el viejo sueño de la unidad continental, el progreso, el espíritu y la cultura de todos los pueblos latinoamericanos” (XV). A resaltar el uso de “Latinoamérica” y ya no Hispanoamérica o Iberoamérica.

Sobre la novelística galleguiana, comenta la importancia de la naturaleza y la sociedad, que provocan los conflictos (XXV). Así, el hombre se encuentra en lucha contra esa geografía y sociedad de las cuales él mismo forma parte. Es el conflicto entre civilización y barbarie que ya planteaba en Sarmiento (XXVII) y que de hecho es el problema fundamental de América Latina, que ve su solución en *Doña Bárbara*, con el triunfo de la esperanza de progreso y civilización (XXVIII). Y es precisamente esta obra la novela que plasma la epopeya y el alma de su continente (XXXI). Termina afirmando como conclusión la grandeza del escritor y la unidad de las letras hispánicas: Rómulo

²⁸⁸ No olvidemos que por su órbita ideológica López Pacheco mantendrá una relación límite con el régimen de Franco, y tras su participación en las revueltas estudiantiles de 1956 será temporalmente encarcelado.

Gallegos, “clásico de las letras y de la lengua²⁸⁹ ídolo en vida de un continente, es un caso extraordinario en la literatura de España y de América. Como hombre y como escritor” (XXXII).

3.2.2 1.1.6. José Vargas Vila

Mención aparte merece también el prolífico escritor colombiano afincado en Barcelona desde la década de los 10 hasta su muerte en 1933. Considerado asimismo controvertido por la carga crítica contra la moral y las costumbres y los cánones estético-literarios –en su larga y variada producción, arremetió contra la Iglesia, el fanatismo, la tradición, la injusticia, los problemas sociales, el caudillismo, el imperialismo, la opresión y la represión sexual-, sus obras estuvieron siempre rodeadas del escándalo, el rechazo, pero al mismo tiempo fue muy leído y popular. En Barcelona acordará la publicación de sus obras completas con la editorial Ramón Sopena²⁹⁰, la mayoría de las cuales fueron escritas en los tres primeros lustros del XX. En total, se trata de 61 títulos, entre novelas, cuentos, libros de arte y literatura, pensamiento, historia, etc. Sin embargo, dicha edición no es totalmente rigurosa y en algunos casos se publican bajo títulos diferentes cuentos y capítulos de novelas, lo que dificulta determinar el número exacto de sus obras. De todos modos, más que interesarnos la rigurosidad y las ediciones de Sopena –que no presentan ningún paratexto significativo y se limitan a publicar el texto en sí- lo que llama la atención es que todas ellas aparecieron en el intervalo 1930-1936, es decir, coincidiendo con un período muy específico de la historia político-social española: es el momento previo y

²⁸⁹ En una nota al pie, asegura que “su manejo del idioma castellano es de una precisión que pocos escritores, incluso entre los nacidos en España, han logrado” (XXXII).

²⁹⁰ También publicará en Maucci y, en nuestra época, en Bauzá, como por ejemplo *Tardes serenas* (1930) o *Italo Fontana* (1930).

contemporáneo a la Segunda República, una época en la que, ideológicamente hablando, el discurso reivindicativo y antitradicionalista de Vargas Vila, podía tener un lugar.

3.2.2. 1.1.7. *Ciro Alegría*

Resulta significativo que el escritor peruano *Ciro Alegría* no sea publicado en España hasta 1959. A pesar de encontrarse fuera de nuestro período de estudio, consideramos importante detenernos brevemente en su caso. Se ha clasificado a *Alegría* como uno de los máximos representantes de la denominada narrativa indigenista, que tiene como tema principal la denuncia de la opresión y explotación indígena. Vinculado asimismo al partido aprista²⁹¹ –al cual fue afiliado desde 1931 hasta 1948-, por lo que fue perseguido, encarcelado, torturado y pasó períodos en el exilio. Teniendo en cuenta el contenido de sus obras y el carácter revolucionario y subversivo de su autor, no es de extrañar que en España no se publique hasta no se muestren signos de apertura ideológica en la dictadura.

La primera obra editada en la Península fue sus *Novelas completas*, aparecidas bajo Aguilar en 1959 con prólogo de Arturo del Hoyo. Incluyen *La serpiente de oro* (1935); *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941).

²⁹¹ Los principios y el programa del APRA –o Alianza Popular Revolucionaria Americana-, fundada en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre, aunque oficializada en 1930, se resumen en el artículo “What is the A.P.R.A.” del mismo Haya de la Torre aparecido en la publicación inglesa *The Labour Monthly* en diciembre de 1926:

- (1) Action of the countries of Latin America against Yankee Imperialism.
- (2) The political unity of Latin America.
- (3) The nationalisation of land and industry.
- (4) The internationalisation of the Panama Canal.
- (5) The solidarity of all the oppressed people and classes of the world (756).

En el prólogo, Arturo del Hoyo repasa la biografía del autor. Asegura que, a pesar de solo haber escrito tres novelas es una de las grandes plumas de América, habiendo realizado en ellas “la crónica de hermosura e injusticia de la vida peruana” (18). Señala la importancia de la naturaleza, en *La serpiente de oro*, el Ande y el río Marañón, en *Los perros hambrientos*, la sierra y el altiplano (26). En *El mundo es ancho y ajeno*, la naturaleza dominante y su fuerza iluminadora consiguen darle una significación sobreindigenista, extralocal, general y humana (36). Y es que para del Hoyo, a pesar de la clasificación de Alegría entre los escritores indigenistas, no es ni folklorista, ni regionalista, ni indigenista “sino un escritor de inusitada potencia para describir su ancho mundo” (34).

Fijémonos en el último párrafo del prólogo:

Acaso lo que hasta aquí va dicho sea lo primero que sobre Ciro Alegría se escribe en España. Deuda y agradecimiento a quién, desde América, es continuador, en nuestra lengua común, de una gran tradición hispánica (40).

Se expresa la conciencia de ser el primer libro de Ciro Alegría publicado en España –no obstante, como demostraremos en el apartado de reseñas y comentarios en la prensa así como en las obras críticas y antológicas, sí se había escrito sobre él-. Igualmente, la última frase defiende la unidad de la lengua y de las letras hispánicas, por lo tanto, una clara alusión a la posición oficial, aunque ya a finales de 1959 se pueda empezar a concebir un margen de maniobra. El comentario quizás esté relacionado con la propia personalidad del prologuista, y su delicada situación pasada con el régimen.

Al final de la obra se incluye un vocabulario y un epílogo titulado “Yo me llamo Ciro Alegría”, y escrito por el propio autor, en el cual narra su vida de forma episódica.

3.2.2.1.2. A modo de síntesis

En lo que se refiere a las editoriales, centraremos nuestra síntesis en las tres más relevantes: Espasa-Calpe, Aguilar y el grupo de editoriales de avanzada. El resto de casas editoras publicaron escasas novelas, en muchos casos solo una²⁹², con lo que no presentan características “comunes” como para poder extraer conclusiones, o bien ya han sido comentadas en el devenir de nuestro estudio, como es el caso de Cervantes, Araluce, las colecciones literarias, Aldecoa, Sopena y Galo Sáez²⁹³.

En especial, destacamos la continuidad de Espasa Calpe, que publica tanto *Un perdido*, de Eduardo Barrios, en 1926, como *Gerardo* de Larreta treinta años más tarde (1956), mostrando no solo su capacidad de adaptación a los distintos cambios de gobierno y una buena gestión interna, como su apuesta por los autores hispanoamericanos. Sin embargo, observamos un momento álgido a inicios de los años treinta y antes del estallido de la guerra civil, después de la cual ya no publicará obra inédita, sino que sigue una línea más conservadora, prefiriendo valores seguros como serían por ejemplo las obras de Rómulo Gallegos, editadas en plena posguerra. Con todo, Espasa-Calpe, es de las editoriales privadas más activas durante el conflicto. Sobresale asimismo el interés mostrado por la editorial en publicar la novela de la Revolución mexicana en los primeros 30, posiblemente por intereses económicos – éxitos de ventas y demanda lectora-. En cuanto al aspecto físico de sus novelas, es especialmente cuidado en la década de los 20 y de los 30, cuando las portadas representan elementos relacionados con los argumentos –como en el caso de las novelas

²⁹² Es el caso de la SGEL, Biblos, José María Yagües, España, Surco, Alcázar, Ediciones y Publicaciones Españolas, Fax, Plenitud, o incluso de la CIAP.

²⁹³ Estas tres últimas especializadas en un autor: Hugo Wast, Ocantos y Vargas Vila, respectivamente.

de la Revolución- o bien con el medio ambiente circundante, es decir, con el paisaje²⁹⁴ y que ha predisponían a la lectura a priori. En cambio, ya hemos mencionado la estandarización que implicará la creación de la colección Austral en 1937, lo que imposibilita hablar de diferencias a nivel de portadas, aparte de su color. No obstante, formar parte de la colección implicaba ya una cierta categoría, debido al catálogo heterogéneo e internacional, y su voluntad de aunar -y divulgar, gracias al formato bolsillo- lo más relevante de la cultura occidental.

También hemos hablado de las editoriales de avanzada y del tipo de obras que publican, básicamente novela social reivindicativa de lo propio y local frente a los enemigos externos, y en un diseño de cubiertas que entronca con las novedades artísticas y estilísticas de la vanguardia: cuidadas e innovadoras, con diseño frecuentemente esquemático de reminiscencias cartelísticas. Por todo ello, dichas editoriales hacen digno honor a su nombre de “avanzadas”. El devenir de estos experimentos editoriales es breve, aunque es evidente que no hubieran sobrevivido en el contexto de la dictadura franquista.

El caso de la editorial Aguilar es distinto. A pesar de haber editado *El águila y la serpiente* en 1928 o *La vorágine* en 1932, la mayoría de novela hispanoamericana publicada en su seno es de finales de los años 40 y de los años 50. Si bien la editorial nace en la década de 1920 y crece hasta el estallido de la guerra civil, este conflicto supone la ruina del editor y la necesidad de volver a empezar de cero a partir de 1939. Con todo, consigue resurgir de las cenizas y se convierte en una de las más importantes editoriales madrileñas supervivientes a la guerra civil. Dio especial importancia a la publicación de volúmenes de obras completas o escogidas -muchas de ellas en la

²⁹⁴ Nos referimos a *El inglés de los güesos* (1926), *Los de abajo* (1930), *Campamento* (1931), *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), *Los caranchos de la Florida* (1931), *El infierno verde* (1935), *Tierra caliente* (1935) o *Raquela, La evasión y El antojo de la patrona* (1936).

colección Joya-. También destaca la existencia de la Colección de Autores Venezolanos, muy significativa para nuestro estudio a pesar de su reducido catálogo. Y finalmente, la colección Crisol, que proclamaba editar las “mejores obras” de la literatura universal. Formar parte de ella implicaba acceder a un cierto rango.

La atención prestada al diseño de las sobrecubiertas es mucho menor para esta editorial que para las de avanzada, aunque haya excepciones, como las dos novelas mencionadas, *El águila y la serpiente* (1928) y *La vorágine* (1930), que sí presentan un claro colorido y cuidado visual. Igualmente, ya hemos señalado el detalle en las guardas de las *Obras escogidas* de Gálvez y las *Obras completas* de Gallegos, la primera con el dibujo de una iglesia, aludiendo a la catolicidad de su autor, y la segunda, con unos árboles, en representación de la naturaleza. Con todo, la tendencia es hacia la sobriedad y la neutralidad en los años 40 y 50.

En cuanto a los subtítulos, observamos que la mayoría son de carácter nacional, aunque también se refieren al subgénero de novela o a la temática. La editorial que realiza un mayor uso de ellos es Espasa-Calpe, seguida de cerca de Cenit y de Cervantes. Así, en el primer caso tenemos a *Un perdido. Novela chilena* (1926), *Los de abajo. Novela mexicana* en Biblos (1927) y *Novela de la revolución mexicana* en Espasa-Calpe (1930), *Campamento, novela mexicana* (1931), *El gaucho florido. Novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo* (1943), o *Raquela, la evasión y el antojo de la patrona. Novelas argentinas* (1936). Cenit presenta su *Don Goyo* como “novela americana”, *Los sangurimas* como “novela montuvia ecuatoriana”, *Los estrangulados* como “novela del imperialismo yanqui en Nicaragua” y *El tungsteno* como “novela proletaria”. Otros ejemplos son los de Cervantes –*La risa de la fuente. Novela colombiana* o *Atavismo. Novela mexicana*, ambas de 1930-, *Los de abajo. Novela*

mexicana, de Biblos (1927), *¡Écue-yamba-ó! Novela afrocubana* (1933) y *El valle del Sol. Novela de la naturaleza*, de Araluce (1934). Observamos igualmente que la profusión de subtítulos se da especialmente entre fines de 1920 y la Segunda República, haciéndose más extraños posteriormente. Ello se corresponde con el interés por lo local y particular, también en lo social, propio del período prebélico, que también se detecta en la tipología de obras publicadas y coincide con la insistencia en la estética de las portadas. No olvidemos que los subtítulos también actúan como preconditionadores de la lectura.

La mayor parte de de glosarios o notas aclaratorias referentes al lenguaje americano fecha de los años treinta, aunque también encontremos algunos ejemplos en época franquista, como en *Toá* de Uribe Piedrahita (1942), *Zurzulita* de Latorre (1949) o el mismo *Don Segundo Sombra* (1948), cuyos argentinismos y localismos habían sido el objetivo principal de sus críticas. Sin embargo, la mayoría de novelas hispanoamericanas publicadas en España aparecen sin explicación idiomática, puesto que de hecho, la existencia de regionalismos no impedía la comprensión de los textos. La inclusión de ellos responde más bien a la voluntad de los autores o editores y en algunos casos puede implicar o buscar un cierto exotismo lingüístico. La unidad idiomática es una de las constantes clamadas especialmente desde la Península, por lo que insistir en las diferencias léxicas o en la incomprensión sería contradictorio con el discurso general.

En lo que se refiere a los prólogos, observamos que no son un elemento indispensable y constante en las novelas hispanoamericanas publicadas en España, siendo, por ejemplo, prácticamente ausentes en las editoriales de avanzada –a pesar de que en ocasiones incluyan notas introductorias y aclaratorias de los mismos editores-, y

también son poco frecuentes en los libros de Espasa-Calpe, con las excepciones significativas del prólogo de Manuel Gálvez a *Un perdido*, el de Jesús González a *La mística del sacro monte*, o del de Vicente Adolfo Salaverri a *Raquela*, *La evasión* y *El antojo de la patrona*. Como ya hemos mencionado, la colección Austral no incluye prólogos por definición.

La editorial que hace del prólogo un elemento casi indispensable de sus novelas, es Aguilar, en especial en la colección Crisol, aunque también cuando publica obras completas o escogidas, y por lo tanto, los prólogos abundan en los 40-50. Igualmente, muestra una gran variedad de “prologuistas”, siendo en su gran mayoría hombres de letras, escritores ellos mismos o críticos e historiadores de la literatura, tanto españoles, como hispanoamericanos, entre los cuales destacan Ricardo Latcham – eminente crítico chileno-, Guillermo de Torre –afincado en Argentina desde la guerra civil-, o bien Federico Carlos Sainz de Robles, que ostentó el cargo de asesor literario de Aguilar durante años.

El hecho de encontrar un número considerable de prologuistas americanos hace pensar en una cierta apertura: no es España exclusiva la que tiene la voz para hablar de la obra de América. Sin embargo, cómo ya hemos visto, en la mayoría de los prólogos se repiten las mismas ideas y tópicos, tanto por parte de críticos peninsulares como americanos, es decir, la importancia de la naturaleza, de lo social, de captar la esencia de Hispanoamérica -que se encuentra básicamente en el “campo”- y el vínculo con lo hispano, juntamente con la realización de un panegírico de la obra y del autor”²⁹⁵.

²⁹⁵Algunos ejemplos de ello son las palabras de Manuel Gálvez a *Un perdido*, de José Ramón Medina a *Mené*, de Guillermo de Torre en *Todo verdor perecerá*, o de Sainz de Robles a *Hombres en soledad*, entre otros.

3.2.3. Lectura

Gisèle Sapiro, analizando las relaciones entre literatura e ideología, afirma que además de las modalidades de publicación y difusión, la recepción también está mediatizada

por las interpretaciones y las apropiaciones de las que la obra es objeto a través de esos intermediarios que son los lectores, ya pertenezcan al campo literario (revistas, jurados, academias) o sean externos a él (tribunales, partidos políticos), ya sean institucionales (censores, asociaciones, ligas de moralidad) o individuales, profesionales (críticos, otros escritores) o *amateurs* (“Una aproximación” 160).

Sostiene que el proceso de recepción resulta fundamental porque es el que confiere a las obras su dimensión ideológica (165). Igualmente, considera que desde el punto de vista de las apropiaciones y de los usos ideológicos, son precisamente los actores profesionales e institucionales los agentes más interesantes a estudiar (160). Es por este motivo que los estimamos esenciales en nuestro estudio.

Así, en este capítulo nos centraremos en las opiniones, valoraciones, juicios – con las apropiaciones y usos ideológicos inherentes- que la intelligentsia –críticos, historiadores de la literatura, escritores- tanto de origen español como americano pero escribiendo desde la Península, expresa en distintos medios: en las obras críticas, historias de la literatura y antologías por un lado, y por el otro, en los comentarios, reseñas y demás artículos que publican en la prensa escrita.

3.2.3.1. Obras críticas y antologías de narrativa hispanoamericana

En el presente apartado nos dedicaremos a analizar los estudios críticos y las antologías sobre literatura hispanoamericana publicados en España durante el intervalo 1927-1958 referidos a la novela de la época. Con todo, dejamos un cierto margen de

maniobra temporal al incluir obras que se encuentran fuera del límite cronológico²⁹⁶ y espacial, ya que también aludiremos a aquellas que no fueron editadas en el territorio español, pero que, por su importancia e influencia, fueron comentadas y reseñadas en las revistas culturales peninsulares, como serían las de Enrique Anderson Imbert, Arturo Torres Rioseco y Pedro Henríquez Ureña.

Tampoco nos hemos limitado a los estudios realizados por autores españoles, sino que hemos priorizado el lugar de edición, considerando que los hispanoamericanos que publican en España reflejan igualmente el ambiente, ideas e ideología predominantes en la Península, aunque tendremos en cuenta su origen a la hora de analizarlos para captar posibles diferencias y enfoques. Igualmente, aparte de revisar las obras en sí, añadimos aquellos comentarios y reseñas de las mismas que aparecieron en la prensa, porque muestran igualmente la opinión y el interés españoles por la literatura hispanoamericana y sus estudios.

Antes de pasar a las obras en sí, merece la pena que nos detengamos brevemente en el antecedente de Marcelino Menéndez Pelayo y de su *Antología de poetas hispanoamericanos*. En 1892, la Real Academia Española encarga al filólogo santanderino dicha antología con el fin de conmemorar el IV Centenario del descubrimiento. A pesar de ocuparse solamente de la producción poética y de autores fallecidos en el momento de publicación (1894), tuvo una influencia decisiva tanto sobre las futuras selecciones de textos como sobre el modo de pensar las letras americanas en España y en la misma América²⁹⁷. En ella, la poesía americana, totalmente concebida como parte integrante de

²⁹⁶ Aparte de referirnos a obras literarias inmediatamente anteriores, como *La vorágine*, (1924) o *Don Segundo Sombra* (1926) –especialmente porque en la Península fueron publicadas más tardíamente–, en cuanto a los estudios en sí, comentaremos dos obras que se encuentran fuera de nuestro marco temporal, *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, de Unamuno –originalmente de 1905 pero reeditada en 1947–, y *Claves de la literatura hispanoamericana* de Guillermo de Torre, publicada en 1959.

²⁹⁷ En el caso argentino, Degiovanni señala que tuvo “tres consecuencias principales desde el punto de vista canónico: la incorporación oficial del legado colonial a las letras nacionales, la eliminación de cualquier texto del pasado que afirmara una perspectiva emancipatoria y a la consagración de la

las letras castellanas, es vista, en palabras de Fernando Degiovanni, como uno de los productos más egregios de la triunfal colonización española y una manera de afirmar los lazos comunes de origen e idioma entre españoles y americanos (55). España se presenta como la guardiana de dicho legado, ostentando una clara supremacía cultural, y la lengua castellana aparece como el arma más poderosa de para reafirmar su liderazgo cultural en un momento de decadencia política (56), quedando, pues, los criterios políticos a un segundo plano. Es, continúa Degiovanni, el inicio de una política de redistribución estratégica del capital simbólico español para reafirmar su hegemonía cultural (58) e implicaba que apartarse de lo español suponía alejarse igualmente de lo propiamente americano (59). Marcelino Menéndez y Pelayo, junto con Emilio Castelar y Juan Valera, forma parte de los intelectuales españoles considerados “latinoamericanistas” que trabajan para difundir la literatura americana y que por lo tanto, reconocen la existencia y los méritos de sus creaciones y creadores, aunque, subraya Carlos M. Rama, sin renunciar a la política colonialista, al imperialismo pacífico y a la unidad de la raza (330). Resultará interesante ver de qué modo este legado afecta en nuestro lapso.

En el segundo tercio del XX nos encontramos con distintos tipos de obra crítica: análisis generales de literatura universal, castellana o hispanoamericana que incluyen un apartado más o menos extenso, sobre la novela de la América de habla hispana; obras dedicadas específicamente al género narrativo hispanoamericano; o bien trabajos más especializados sobre determinados países o autores. En el presente estudio, sin pretender ser exhaustivos, hemos procurado señalar la mayor parte de ellas, en especial las más importantes y significativas. En general, salvo alguna excepción, fechan de las décadas de los 40 y los 50, es decir, de la época franquista. Es cierto que para poder hablar con

gauchesca en su calidad de vínculo entre ambas culturas” (58) y rearticulando en términos prohispanicos una serie de textos americanos ya conocidos (63).

cierta perspectiva y conocimiento de causa es necesario que haya transcurrido un cierto intervalo de tiempo –las obras de los años 30 no incluyen la producción contemporánea–, pero al mismo tiempo, no podemos desdeñar el contexto político-social, e ideológico español de esas décadas a la hora de analizarlas.

En concreto, lo que nos interesa para nuestro estudio son los juicios y opiniones sobre la literatura hispanoamericana en general, y, específicamente, sobre la novela, cuáles son los países y los autores más apreciados, y en qué términos se expresan los críticos. Sin embargo, no hay unanimidad: el número de escritores comentados varía según cada obra y tampoco se repiten siempre los mismos, aunque sí predominen unos cuantos nombres²⁹⁸. Encabezan la lista, y con diferencia, la triada formada por José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos y Ricardo Güiraldes, -no solo en la cantidad de menciones, sino también en la extensión de los comentarios-, seguidos de Benito Lynch, Alcides Arguedas, Teresa de la Parra, Hugo Wast, Ciro Alegría, Enrique Larreta, Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, Rufino Blanco-Fombona y Carlos Reyles.

3.2.3.1.1. Obras publicadas en España sobre narrativa hispanoamericana

3.2.3.1.1.1. Los creadores de la Nueva América de Benjamín Carrión (1928)

El también escritor, político y diplomático ecuatoriano Benjamín Carrión²⁹⁹, publica desde París, y con la manifiesta intención de dar a conocer las letras americanas en Europa, esta obra dedicada a José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Francisco García

²⁹⁸ Por este motivo, para poder trazar un panorama general y extraer conclusiones, hemos realizado un listado en donde se especifica qué novelistas son analizados y/o citados en cada caso –ver 6.3-. Partiendo de él, hemos seleccionado aquellos que aparecen con mayor frecuencia y de ellos nos ocuparemos en la siguiente exposición, incluyendo los comentarios sobre los mismos aparecidos en las obras analizadas.

²⁹⁹ En tanto que intelectual comprometido, sufrirá problemas con los gobiernos de turno en América Latina, en especial en su propio país.

Calderón y Alcides Arguedas y que viene prologada por la poetisa chilena Gabriela Mistral.

En la nota preliminar, Carrión destaca dos ideas: la de la autobúsqueda de América: “la América Española se halla (...) buscando su verdad, su ideal, y los caminos que hacia allá la lleven” (19) y la voluntad de unidad, de “la marcha unánime de todos nuestros pueblos, a la conquista de su ideal idéntico” (20). En el prólogo, Gabriela Mistral realiza una defensa del Trópico, del cual se ha dicho “tanta majadería”, y espera el momento en que “ser ecuatoriano, o peruano o mexicano, se volverá nobleza natural” (7).

De los autores que analizamos, solamente encontramos a Alcides Arguedas. Más que a su producción literaria, básicamente se refiere a su punto de vista social, y alaba su manera de ver y decir la verdad de forma comprensiva y valiente (177), convirtiéndose en uno de los preparadores del espíritu para el Advenimiento de América, tras la debacle de una Europa minada por el odio y la guerra (216).

3.2.3.1.1.2. *Mapa de América*, de Benjamín Carrión (1930)

La Sociedad General Española de Librería publica en 1930 una nueva obra de Carrión, que, como su nombre indica, pretende trazar un mapa –literario- de “nuestra América Hispana”, en sus diversos géneros³⁰⁰, una geografía que no responde a ningún meridiano, sino a descubrimientos personales (23). Esta vez los autores tratados, son Teresa de la Parra, Pablo Palacio, Jaime Torres Bodet, Vizconde de Lascano Tegui, Carlos Sabat Ercaasty y José Carlos Mariátegui, a pesar de que se mencionen otros

³⁰⁰ En el prólogo, Ramón Gómez de la Serna afirma que Carrión “destaca los valores más verdaderos de América, y no se deja llevar por los que están en los diplomas oficiales. Arraiga el mapa del espíritu americano porque ha sabido elegir, y todos los escritores contenidos en este volumen prueban en las críticas de Benjamín Carrión su preeminencia, su intrincada originalidad, su destacarse por comparación. (14)”

escritores por afinidad, comparación, etc. La obra es prologada por un intelectual de la talla de Ramón Gómez de la Serna.

Carrión considera a Teresa de la Parra al mismo nivel que Jorge Isaacs y el primer Enrique Larreta. De ella destaca su sentido primordial de la elegancia (36), la pulcritud, la inteligencia y la bien medida ironía, y manifiesta su preferencia por la segunda obra de la escritora venezolana -*Memorias de Mamá Blanca*- en vez de la más famosa *Ifigenia*.

La prensa se hizo eco de dicha obra de Carrión. Así, en los dos números sucesivos de *España y América* de febrero y marzo de 1931 (núm. 22 y 23, concretamente en sus suplementos *La vida literaria* núm. 50 y 51) y en el apartado “Bibliografía”. En el primer caso, se indica que Carrión “descubre ante los públicos de habla española el telón de una moderna literatura riquísima en valores de la más poderosa originalidad, no todos ellos conocidos ampliamente” (24). En el siguiente número, *Mapa de América* aparece reseñada como

“una galería por la que desfilan vivientes, las figuras intelectuales más representativas del actual momento literario americano, y es por lo tanto un libro que no puede dejar de ser leído por quienes se interesen del presente renacimiento admirable de la literatura española” (36).

3.2.3.1.1.3. *Historia de la literatura castellana. Estudio histórico crítico que comprende la literatura hispano-americana*, de Abigail Mejía de Fernández (1933)

La presente edición de 1933 es una versión aumentada y corregida por su autora de la original publicada en Santo Domingo en 1926. Esta obra está al límite cronológico de nuestro período de estudio pero nos interesa precisamente por su carácter liminar. Se trata de una síntesis de las lecciones impartidas por la educadora dominicana en la Escuela Normal declarada obra de texto por el Consejo Nacional de Educación de Santo

Domingo en 1928, como lo muestran las ordenanzas y comunicaciones oficiales reproducidas que preceden la historia literaria en sí. Asimismo se incluye el informe realizado por la Inspección Técnica, que alaba la excelencia de la obra así como su capacidad de rellenar el vacío que existía en educación secundaria, y todo ello realizado por un autor nacional³⁰¹.

Mejía de Fernández engloba la literatura hispanoamericana, como el título indica, dentro de la literatura “castellana”. Sin embargo, si nos fijamos en el contenido, veremos que dedica un espacio muy considerable a las letras americanas: 200 páginas – de la 275 a la 473-. Esta segunda parte, titulada “Historia crítica de la literatura hispanoamericana”, viene encabezada por una cita de Rufino Blanco Bombona de *Grandes escritores de América* que insiste en la deuda para con España y su importancia vital en el devenir y la personalidad hispanoamericana:

España nos dio su lengua, nos enseñó a pensar, nos amamantó con sus obras y nos insufló su espíritu. Es nuestra madre. Lo más loable de nuestro ser, las cuatro gotas primordiales de sangre blanca, cuyas son: por ella somos herederos y continuadores de la civilización europea. Si algo valemos, si algo somos, ella debe regocijarse; lo que produzcamos es, en último análisis, de España que nos ha producido a nosotros (275).

Dentro del capítulo 33, teóricamente centrado en el teatro, “Grandes figuras del teatro”, encontramos un apartado denominado “El criollismo o americanismo en literatura”, definido como “el arte de trasladar a las páginas del libro lo criollo, lo nuestro” (417), esas “ciertas cualidades heredadas de allá y transformadas de diferente manera en cada una de las Repúblicas, adaptadas a nuestro ambiente” (417). Esta corriente saca “a relucir nuestra fauna, nuestra flora, los valles y las selvas, el lenguaje

³⁰¹ “El nuevo texto representa una labor altamente afirmativa plausible, por su valor intrínseco como obra literaria y didáctica y por el vacío que viene a llenar en los institutos de segunda enseñanza de la República. Ella resume en apropiadas síntesis las lecciones señaladas en el respectivo programa oficial, y representa el primer esfuerzo que nosotros sepamos hecho aquí de esta especie, principalmente en lo que se refiere a la parte que se dedica en la obra al estudio de la literatura americana y muy especialmente a la dominicana. (...) debe tomarse en cuenta la consideración patriótica de que se trata en este caso de una obra de autor nacional (...). J.R. Aristy, Inspector General Técnico, 1928” (6).

de los campos y el de las ciudades –que es imposible que sea el mismo que el de los madrileños o santanderinos” (418). Y juzga que precisamente por eso “muchas obras de autores americanos no son obras americanas ni en el fondo ni en la forma, por no atender a nuestra realidad” (418).

El capítulo 34 está dedicado a “La novela americana”. La visión de la autora sobre este género es bastante crítico y considera que no está al mismo nivel que el de la poesía o el pensamiento y que solo hay una cumbre que pueda equipararse a la europea, “la imprescindible *María*, del romántico Isaacs” (276). Fijémonos en los autores³⁰² a los que otorga más importancia: Larreta, “un castizo y atildado escritor moderno, aplaudidísimo por la novela de tema criollo *Zogoibi*, y *La gloria de don Ramiro*, de prosa tan señorial y pulquérrima como si fuera de un autor peninsular” (434), y con una obra casi perfecta que “a pesar de ser de un gran escritor argentino, no tiene nada de argentina” (435)³⁰³.

El argentino Benito Lynch, autor de *El inglés de los güesos*, *Plata Dorada*, *Raquela*, *La Evasión*, etc., y considerado como uno de los mejores novelistas contemporáneos (439),

nos ofrece en *Los Caranchos de la Florida* otra novela gauchesca, de tipos y costumbres pampas, en pintoresco lenguaje, bien transcrito y verídico, con sabroso y llano estilo que le hacen atrayente aun para los menos interesados en ver la pampa una vez más a través de la literatura (439).

Igualmente recibe alabanzas Ricardo Güiraldes, uno de los maestros de la novela argentina, cuya obra cumbre es *Don Segundo Sombra*, magnífica novela de costumbres gaucha que tuvo un éxito rotundo y sin parangón por ser fiel reflejo de la vida de las

³⁰²Las referencias a los autores son irregulares, en algunos casos comenta e incluso cita fragmentos de obras y en otras apenas les dedica unas escasas líneas. Habla de José Joaquín Fernández de Lizardi, José Mármol, Alberto Blest Gana, Cirilo Villaverde, Magariños Cervantes, Nicolás Heredia, Mercedes Cabello de Carbonera, Jorge Isaacs, Daniel Barros Grés, Manuel de Jesús Galván, Enrique Larreta, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Armando Chirveches, Horacio Quiroga, Roberto J. Payró, Benito Lynch, Ricardo Güiraldes, Jesús Castellanos, Pedro Cesar Dominici, Manuel Díaz Rodríguez, Rómulo Gallegos, Teresa de la Parra, Gustavo Martínez Subiría, Hugo Wast, u Ofelia Rodríguez Acosta.

³⁰³Rechaza el calificativo de novelistas a Alcides Arguedas –el cual sería más bien historiador o sociólogo-. Del chileno Eduardo Barrios, comenta que “lleva editadas varias preciosas novelas de intensa y melancólica emoción, como *El hermano asno*” (437).

pampas y (439). Asimismo menciona *Xaimaca*, de semejante acabado estilo y castizo lenguaje (439).

Doña Bárbara de Gallegos es calificada como el mejor libro del mes, a su aparición, por una junta de escritores españoles, y es “en efecto una novela americana completa, extensa e intensa” (440), que recrea con naturalidad y realismo personajes, fonética y lenguaje del llano (441). De Teresa de la Parra se subraya su mezcla de talento y hondura psicológica, así como su obra maestra, *Ifigenia* -primer premio del Concurso de novelistas americanos en 1924 en París-, pero también *Memorias de Mamá Blanca*, aunque Mejía de Fernández la considera cualitativamente inferior (443). Tanto Gallegos como Parra se llevan la palma de la naturalidad y el criollismo (440). Finalmente menta a Gustavo Martínez Zuviría, ‘Hugo Wast’, autor de la premiada *La Casa de los cuervos*, *Valle negro* y *Desierto de Piedra*, que trata tanto el cosmopolitismo como los temas históricos (444).

Destaca el capítulo 35 denominado “Más poetisas y escritoras contemporáneas”, dedicado a mujeres de letras, que, a pesar de su brevedad, es raro en una historia literaria, especialmente en la época. José Eustasio Rivera aparece incluido en el capítulo 36: “Polígrafos, grandes críticos y ensayistas” y solo se comenta que se distinguió tanto en prosa con *La vorágine* como en verso con *Tierra de promisión*”.

La obra termina con un párrafo inmediatamente colocado tras este capítulo, que justifica la ausencia de algunos autores puesto que “solo se puede juzgar en paz a los lejanos” (473)³⁰⁴.

³⁰⁴El párrafo completo: “Aquí hemos de poner fin a nuestros modestos apuntes (que se harían interminables si seguimos deteniéndonos en escoger y estudiar los innumerables valores que aún hay en las letras contemporáneas), con estas palabras de la primera edición, para excusa de nuestro silencio, un si no es tardío:

SOLO SE PUEDE JUZGAR EN PAZ A LOS LEJANOS...

FIN” (473)

3.2.3.1.1.4. *Narradores hispanoamericanos*, de José Sanz y Díaz (1942)

Publicada en Madrid por Ediciones Hymasa en 1942, de cubierta de tapa dura de fondo marrón rojizo, detrás del título en letras doradas y ondulantes, vemos el dibujo en negro de una carabela. Teniendo en cuenta que dicha editorial imprimía un detalle diferente en cada obra, no nos extrañaría que este navío aluda al descubrimiento y que las letras sean un reflejo el movimiento del piélago.

La obra consta de dos partes: un largo prólogo a modo de introducción que pretende resumir de manera general la situación narrativa en Hispanoamérica, y una segunda dedicada a los autores en sí. Esta última constituye una selección de los narradores que Sanz y Díaz ha considerado más relevantes, clasificados por países y con una pequeña nota que presenta aspectos importantes sobre su vida, su producción o su valoración, junto con un fragmento de alguna de sus obras, generalmente, cuentos.

En el prólogo, partiendo de la premisa de la independencia literaria de las naciones hispanoamericanas³⁰⁵, el autor procede a cumplir con su intención: “estudiar, cronológica y geográficamente, la gestación y desarrollo de la narración hispanoamericana” (5). Puesto que “en España se desconoce, aún más de lo que muchas veces se ha dicho y de lo que comúnmente se piensa, cuanto respeta a la Historia de la Literatura Hispano-Americana” (5). Afirma la importancia del idioma, del nervio hispánico, la fe católica, las costumbres y la raza españolas en la constitución de las personalidades americanas, pero a todo ello hay que añadir las especificidades geográficas, étnicas y culturales de cada estado, claves para la constitución de las

³⁰⁵“Dentro del variado mundo de la Hispanidad, es un hecho indiscutible hoy que los distintos pueblos hispano-americanos tienen cada uno su literatura nacional, independientes entre sí y con fisonomía propia” (5).

distintas nacionalidades³⁰⁶. Del criterio geográfico ya es testigo el índice, que separa entre América del Norte, Central, del Sur y Antillana³⁰⁷.

Tras exponer un amplio panorama cronológico de nombres, fechas y obras, comenta aspectos de la cultura literaria de cada país. En ocasiones se nos ofrece una gran cantidad de información en un espacio reducido, -algunos párrafos son meras enumeraciones de obras y autores separados solo por punto y coma-. Igualmente, se exponen ideas y comentarios que se repiten, ya sea en el mismo prólogo o bien más adelante -avances que son luego expuestos con más detalle- o aclaraciones y añadidos.

El final del prólogo funciona como justificación a las posibles omisiones y defectos del libro, arguyéndose problemas de tiempo, espacio y acceso a las obras en sí y a la voluntad de mostrar “lo más típico y nacional”³⁰⁸ y dedica su libro al “glorioso Mundo de la Hispanidad” a la cual pertenece; es decir, no olvida el contexto español de 1942.

En lo que se refiere a la selección antológica en sí, se repiten muchos de las ideas y juicios ya expresados. Igualmente, nos preguntamos si los presentes autores y

³⁰⁶ En lo que se refiere al género narrativo, afirma que “lo primero que notamos en el proceso de desarrollo y culminación de las narraciones –novela, cuento, leyenda, etcétera- del Nuevo Mundo es que a la acción del idioma, del nervio hispánico, de la fe católica, del ambiente geográfico y político, del medio costumbrístico y a los caracteres de la Raza se añade naturalmente el valor formativo o negativo de la organización social de cada país.” (5-6). Así, la configuración geografía, étnica y cultural de cada Estado serán decisivos para la constitución de su propio carácter nacional (6). El autor señala las diferencias nacionales que crean elementos como la presencia de los indios, la pampa, el gaucho, el exotismo (6).

³⁰⁷ América del Norte, con México; América Central, englobando a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá; la América Antillana, con Cuba, República Dominicana y Puerto Rico; y finalmente, América del Sur, con Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina y Uruguay.

³⁰⁸ “En este primer estudio antológico quisimos reunir los más diversos aspectos y estilos, dando preferencia a lo que en nuestras lecturas halláramos de más típico y nacional. Quedó el propósito conseguido a medias, por la abundancia de libros y de autores notables, por la variedad de temas interesantes y la imposibilidad de dar con lo mejor y más representativo. Además la dificultad mayor estribó en la falta de textos en que espigar, con la prisa del editor y la lentitud del correo, que hizo imposible la comunicación normal con Hispano-América.

Todo ello nos ha obligado a dar un panorama de narradores hispano-americanos en un solo volumen, con el sincero dolor de haber tenido que dejar maravillosos relatos que no pudimos conseguir y plumas insignes del Nuevo Mundo a las que rendimos tributo de admiración en este prólogo.

Sin embargo, sabemos del gran interés de esta obra, de esfuerzo que supone su realización, y se la ofrendamos satisfechos, puesto que es suya, al glorioso Mundo de la Hispanidad” (47).

fragmentos de obras responden realmente a “lo más relevante y destacado” o bien a lo “más accesible”, como ya apuntaba al final del prólogo su autor las dificultades de acceso y comunicación son importantes. Dichas irregularidades -cantidad de información ofrecida y sin seleccionar, de datos, fechas, autores y obras, como la repetición de ideas y comentarios, así como un cierto desorden-, dificultan la asimilación del contenido, y, en algunos países determinar cuáles son los narradores más importantes según Sanz y Díaz.

En cuanto a la división por países, se observa claramente una preferencia por las narrativas venezolana³⁰⁹ y colombiana, y, en menor grado, por la argentina y la chilena. En especial destaca tres novelistas venezolanos: Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, Teresa de la Parra y Rómulo Gallegos. Igualmente señala el alto nivel de la narración, el cuento y la novela colombianos, “debido al carácter eminentemente imaginativo de aquel gran pueblo hermano” (22) y, sobre todo, José Eustasio Rivera, “una de las cumbres de la narración hispano-americana, quien mejor acertó a expresar el turbión de pasiones y de instintos que a veces se desencadena en los bosques americanos del sur” (24).

De Argentina subraya a Alberto Ghirardo y Benito Lynch, considerado como uno de los mejores prosistas y novelistas de la última generación hispanoamericana (417); a Eduardo Mallea, uno de los más personales escritores argentinos; a Hugo Wast, el novelista hispanoamericano de más extenso radio de lectores, cuyas obras, de encanto indiscutible, se leen con vivo interés (42); y a Ricardo Güiraldes, captador de la poesía nostálgica de la pampa.

³⁰⁹ “Las letras venezolanas sobresalen en la historia de la cultura de Hispano-América, por la suprema calidad de los humanistas que les han influido y por la categoría primerísimo que han logrado en nuestro tiempo el cuento y la novela en dicho magnífico país; hasta tal punto que la crítica habla ya de la narración de Venezuela como de un valor literario específico” (19).

La obra continúa comentando la narrativa –y los autores- del resto de países americanos, señalando asimismo aquellos que tienen limitada producción, como Costa Rica y Paraguay, y termina sin ofrecer conclusiones.

3.2.3.1.1.5. *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos*, de Rodolfo Barón Castro (1944)

Selección de prosistas modernos hispanoamericanos, escrita por el salvadoreño afincado en España Rodolfo Barón Castro³¹⁰, es una antología publicada en Madrid por Ediciones Atlas, en la colección Cisneros, en 1944. Lo primero que Barón Castro destaca es el movimiento denominado “americanismo literario, un “género literario atemperado a las condiciones del ambiente y celoso de reflejar el espíritu de cada una de las naciones hispanoamericanas” (10), y al cual se ciñen muchos de los cultivadores de la prosa moderna americana, inaugurada con el *Facundo* de Sarmiento (10), Ricardo Palma, Jorge Isaacs o Rufino Blanco-Fombona, pero no Rubén Darío, Enrique Gómez-Carrillo, Amado Nervo, María Enriqueta Camarillo o Felipe Sassone (11).

En lo que se refiere a la autovaloración de su obra, el crítico admite que los prosistas incluidos en el tomo abarcan

solamente a un reducido número de los que podrían figurar como representativos de cada país. No se trata de una antología en la que obligadamente estarían representados los diversos géneros, épocas, escuelas, estilos y tendencias, sino de una selección encaminada a poner al lector en contacto con algunas de las principales figuras de la moderna prosa hispanoamericana, ya consagradas por la fama (12).

Su intención es la de representar los principales géneros, épocas y tendencias en general y no los de cada país en concreto debido a las limitaciones de tiempo y espacio, pero según él mismo, consiguiendo dar una idea bastante exacta de lo que es la moderna prosa hispanoamericana, e incitar la curiosidad del lector (12).

³¹⁰ Relacionado con Américo Castro y la republicana revista *Tierra Firme*, más tarde colaborará en el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

Después del prólogo, y como el título de la obra indica, se procede a una selección de autores por países, incluyendo sus fechas y lugares de nacimiento y muerte juntamente con un fragmento de alguna de sus creaciones³¹¹. El libro incluye obras de finales del siglo XIX y de los primeros 40 años del siglo XX, tanto de novelas en sí como de ensayos o cuentos.

José Tudela reseñó la obra en *Revista de Indias* (núm. 5, 1944) en el artículo ya mencionado:

Este librito nos revela (...) la finura y excelente calidad literaria de autores totalmente desconocidos, al menos para nosotros, que podemos incluirnos en el medio nivel que, por las lecturas americanas, alcanzamos los españoles (706).

3.2.3.1.1.6. *Resumen histórico crítico de la Literatura hispanoamericana*, de Crispín Ayala Duarte (ed. 1945)

La primera edición de la obra es de 1927 en Caracas, en la editorial Sur-América, mientras que esta segunda, revisada y ampliada, aparece en Madrid en 1945 bajo el sello de Saeta³¹², y es esta la que recibe nuestra atención. Incluye dos prólogos: el original del autor venezolano de julio de 1927 y el realizado expresamente para la segunda edición de la mano de José María Castro y Calvo.

³¹¹ Concretamente, de nuestra época señala: de México apunta a María Enriqueta, Mariano Azuela, Artemio de Valle Arizpe; de Guatemala, Rafael Arévalo Martínez; de El Salvador, Francisco Gaviria, Arturo Ambrogi, Julio Enrique Avila; de Honduras, Froilán Turcios y Rafael Heliodoro Valle; de Nicaragua, Hernán Robleto; de Costa Rica, Ricardo Fernández Guardia y Moisés Vincenzi; de Panamá, Octavio Mendez Pereira; de Cuba, Alfonso Hernández Catá y Jorge Mañach; de la República Dominicana, Fabio Fiallo y Tulio M. Cestero; de Colombia, José María Vargas Vila y José Eustasio Rivera; de Venezuela, Rufino Blanco-Fombona Luis M. Urbaneja Achelpohl, Rómulo Gallegos; de Ecuador, Gonzalo Zaldumbide, de Bolivia, Alcides Arguedas, Alberto Ostria Gutiérrez y Adolfo Costa Du Rels; de Chile, Rafael Maluenda; de Argentina, Enrique Larreta, Alberto Ghirardo, Manuel Ugarte, Benito Lynch, Ricardo Güiraldes; de Uruguay Carlos Reyles; y de Paraguay, Juan E O'Leary y Carlos Zubizarreta.

³¹² Correspondiéndose con su estancia en España y con el ambiente franquista postbélico –Ayala Duarte es designado Cónsul General de Venezuela en Barcelona en 1942- y residirá en la Península hasta su muerte en 1958.

En el de Crispín Ayala Duarte, este declara firmemente que la literatura hispanoamericana forma parte de la historia general de la literatura española: “La independencia cambió el régimen político, que introdujo otra variante; pero la literatura de Hispano América no ha dejado de ser por eso esencialmente castellana” (IX). Igualmente expresa su intención de rebatir “la tergiversada historia de su raza insigne, de aquella raza que halló, pobló, ilustró y cristianizó el Nuevo Mundo” (IX).

Por su parte, José María Castro y Calvo la considera una “obra de acrisolado mérito científico” (V), que responde a la “necesidad de un manual que en pocas páginas, relativamente, compendiasse la literatura española de América, sistematizada por siglos y capítulos, de un modo cronológico y gradual, y con abundantes lecturas para comprobar así la teoría y la doctrina” (V). Una literatura de lengua española nacida y cultivada alrededor de los clásicos españoles que debe de ser conocida por el lector español para fomentar el intercambio espiritual y fraternal (V).³¹³ Igualmente repasa la biografía de Ayala Duarte, subrayando su vínculo e interés con y por España, y por “estrechar las relaciones iberoamericanas, especialmente las intelectuales” (VII)

La *Historia* pasa revista a las letras americanas desde la conquista a la actualidad por países y por géneros, priorizando la poesía. Así, atiende a México, América Central, Las Antillas (Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico), Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, la República Argentina, Paraguay, Uruguay, e igualmente, Brasil. Sin embargo, de la mayoría de países no comenta nada de su producción novelística de nuestro período de estudio, sino que se refiriere a historiadores, filósofos y prosistas en general más que a novelistas. Excepciones de ello serían los bolivianos Alcides Arguedas, como autor de la novela indígena *Wata-Wuara* y *Pueblo Enfermo*, Armando

³¹³ “No vamos a recordar lo que la Madre España llevó y dio a la América española, ni tampoco lo que el Nuevo Mundo devolvió a la vieja Patria” (VII).

Chirvelles o Jaime Mendoza. Igualmente cita algunas obras de Hugo Wast, Manuel Gálvez e incluso a José Eustasio Rivera, pero en su faceta de poeta.

El texto va acompañado de fragmentos de obras y se complementa con una bibliografía al final de cada país y con un índice onomástico de personas. Esta segunda edición añade asimismo, algunos juicios de la primera, de los cuales reproducimos extractos de los dos procedentes de publicaciones españolas. El P.C. Eguía, en la revista *Razón y Fe* número del 25 de junio de 1928, alaba: “en el corto margen de este libro un cúmulo tal de noticias, juicios particulares y síntesis generales sobre esa misma riquísima literatura (...)” (441). *España y América*, del 1 de diciembre 1927³¹⁴, destaca la tesis de Ayala Duarte expresadas ya en su prólogo:

como indica el título mismo de la obra, se trata solo de un resumen, y por consiguiente, los juicios e indicaciones tienen que ser forzosamente rápidos si han de tener representación adecuada todos los nombres que tanto abundan en la exuberante literatura hispanoamericana (...). Lo que hay que aplaudir de veras en C. Ayala es su concepto generoso y amplio de la exuberante literatura hispanoamericana. Ambas literaturas están estrechamente enlazadas y escribir la una, prescindiendo de la otra, constituiría una mutilación lastimosa. La literatura americana forma parte integrante de la literatura general española. Hasta la época de la independencia ambas lites tienen sus elementos comunes. La sola variante, como indica el autor, se origina de la pintura del paisaje americano (442).

3.2.3.1.1.7. *Historia de la Literatura Universal*, dirigida por Ciriaco Pérez (1946)

Dentro de la *Historia de la Literatura Universal* dirigida por Ciriaco Pérez Bustamante (Madrid: Atlas, 1946), encontramos capítulos dedicados a varias literaturas, sin que haya un criterio claro, lingüístico o nacional, de clasificación: orientales, hebraica, griega, latina, bizantina y griega moderna, inglesa, norteamericana, alemana, holandesa, escandinavas, francesa, italiana, española, hispanoamericana, portuguesa, brasileña, rumana, eslavas, húngara, finlandesa, árabe y turca. En el prólogo se expone

³¹⁴ Y que, por lo tanto, se refiere a la primera edición del *Resumen*.

que “por primera vez en España se intenta un tratado de historia literaria universal, didáctico, inspirado en un método riguroso y en su integridad redactado por especialistas” (XIV).

El apartado sobre literatura hispanoamericana está dividida en dos partes: una sobre las épocas prehispánica y colonial, escrita por Rodolfo Barón Castro, y una segunda, sobre la época moderna, por el catedrático de historia peruano Guillermo Lohmann Villena, englobando un total de 39 páginas, 22 la primera y 17 la segunda. Nosotros nos ceñiremos a esta última.

Rodolfo Barón Castro en las palabras preliminares aclara que

como literatura hispanoamericana, propiamente dicha, podemos considerar la producida en la América hispana, en lengua castellana, por autores originarios de aquellos países; entendiendo que tal idioma es en ellos –a partir de la Conquista–, cada vez más, el idioma *nacional*. También añade literaturas indígenas y escritas en otros idiomas como el latín (625).

Lohmann Villena divide su resumen en “Romanticismo”, “Modernismo” y “Las corrientes actuales”. Son precisamente estas corrientes las que se corresponden cronológicamente con nuestro período de estudio. Repasa autores y obras por países, con breves comentarios³¹⁵. Así, por ejemplo, Rómulo Gallegos es presentado como el autor de una de las novelas ya clásicas en América, *Doña Bárbara*, José Eustasio Rivera como el realizador de una enérgica pintura realista y a la vez sentimental de la selva tropical, y el de mayor trascendencia en Colombia después de *Frutos de mi tierra* de Carrasquilla (661). De Hugo Wast subraya su inmensa popularidad y de Ricardo

³¹⁵De Venezuela destaca una importante producción novelística, rasgo distintivo de su literatura, con ejemplos como Manuel Díaz Rodríguez, Rafael Pocaterra, Rómulo Gallegos, Teresa de la Parra, Mario Briceño Iragorri, Luis Urbaneja Achepohl. De Colombia subraya Tomás Carrasquilla y José Eustasio Rivera; de Ecuador, Gonzalo Zaldumbide; de Perú, César Vallejo, Abraham Valdelomar, Ciro Alegría y José María Argüedas; de Bolivia, Alcides Argüedas y Adolfo Costa du Rels; en Chile, Pedro Prado, Magallanes Moura, Rafael Maluenda y Joaquín Edwards Bello. De México destaca Alfonso Reyes, Torres Bodet, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia y Mariano Azuela. Del Salvador menciona a Raúl Contreras, de Nicaragua a Eduardo Avilés Ramírez, de Cuba a Jorge Mañach, de la República Dominicana a Tulio M. Cestero y de Puerto Rico básicamente la poesía. De la Argentina, cuya literatura, en el último medio siglo, ha obtenido una floración extraordinaria gracias a la novela gauchesca, la cosmopolita y el ultraísmo (662), tenemos a Hugo Wast, Eduardo Mallea, Enrique Larreta, Benito Lynch y Ricardo Güiraldes. Y finalmente, de Uruguay, Carlos Reyles.

Güiraldes el que haya logrado el libro de mayor categoría literaria en la escuela gauchesca (663).

En general, cita un número relativamente escaso, tanto de países americanos como de novelistas y novelas, sin dedicar apenas comentarios y en muchas ocasiones limitándose a describir el argumento o temática de las obras, lo que concuerda en una obra generalista como una historia de la literatura universal de un solo volumen. El mismo Lohmann lo admite, pero también asegura que a través de estas líneas “es posible llegar a descubrir la índole propia y típica del espíritu americano” (664) y de una literatura de “provenir halagüeño y promisor” (664).

3.2.3.1.1.8. *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, de Miguel de Unamuno (1905, 1947)

La editorial Espasa-Calpe edita en 1947 una recopilación de artículos del escritor vasco aparecidos diseminadamente en la prensa a principios de siglo. Así, el denominado “Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana”, que da título al volumen, fue publicado en la revista *La lectura* el 1905. A pesar de ser una obra que se escapa largamente de nuestro período de estudio, merece la pena dedicarle un breve comentario, no solamente por haber sido reeditada en 1947, sino por contener ciertas ideas relevantes sobre las letras hispanoamericanas, algunas muy avanzadas para 1905. El artículo, inspirado por la tesis de José de la Riva Agüero *Carácter de la literatura del Perú independiente*, impresa igualmente en 1905, alaba y coincide en muchos aspectos con el pensar del joven peruano. Fijémonos en algunas de las conclusiones a las que llegan ambos autores referidas a las letras andinas pero extensibles al resto de naciones americanas: la literatura peruana forma parte de la

castellana, y no solo en el idioma, sino que es “española en el sentido de que el espíritu que la anima y los sentimientos que descubre son y han sido, si no siempre, casi siempre, los de la raza y la civilización de España” (92). Unamuno considera la lengua como la sangre del espíritu social (89) y rechaza todo temor a una desintegración idiomática del castellano en América, afirmando que el lenguaje hablado en los distintos pueblos americanos se diferencia mucho menos del de España de lo que se cree comúnmente a ambos lados del Atlántico (90).

La segunda conclusión se refiere al carácter incipiente, en período de formación, de las literaturas de la América Latina³¹⁶ (93), de ahí que en ellas predomine la imitación sobre la originalidad (93), y se detiene en la ambigua relación mantenida con la literatura francesa. Por otro lado, Unamuno rechaza el “desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura” (96) que en muchas ocasiones España pretende ostentar, y que puede hacer peligrar la “hermandad espiritual” (97):

Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no solo dándoles (97).

Al mismo tiempo, y a pesar de haber asegurado que la literatura hispanoamericana forma parte de la española, Unamuno no lo ve contradictorio con el sostener que las literaturas de Ultramar se distinguen en el fondo y la forma de la peninsular (97), y cómo la influencia que ejercen dichas literaturas es en ambas direcciones, también del continente a la Península aunque la producción americana sea todavía escasa (98).

Lamenta que los americanos no se detengan más en describir su propia tierra, como si no hubiesen sabido ver la vida que se desarrolla en América o no se hubiesen

³¹⁶ El término “América Latina” es usado por Riva Agüero y no corregido por Unamuno.

dejado impresionar por ella (99). Termina Unamuno reclamando mayor poesía, que no literatura, para suplir la falta de idealidad y el materialismo que tiene postrados a los pueblos hispanoamericanos (108).

Es conocido el énfasis de Unamuno en la unidad nacional y su filia por la lengua española, la cual defiende, en palabras de Henrique Monteagudo, “as the spiritual foundation of the Spanish Empire” (110). Con todo, a pesar de su carácter de algún modo “imperialista”, es sutil y capaz de ver diferencias y especificidades de las letras y la realidad americana. A pesar de que las diferencias de Unamuno con el régimen franquista, contemporáneo en el momento de reedición de su obra, teniendo en cuenta el peso y la autoridad de su figura –según Monteagudo podría decirse el intelectual español más influyente de su tiempo (107)- y su significativa contribución, junto con otros intelectuales nacionalistas, al proyecto de nacionalización de la cultura española (Monteagudo 108), es imposible que no tuviera algún tipo de repercusión en la interpretación de la literatura hispanoamericana de la época.

3.2.3.1.1.9. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, de Ramón D. Perés (1947)³¹⁷

De las más de setecientas páginas que contiene la *Historia*, se le conceden 162 a la literatura hispanoamericana (de la 559 a la 721). El repaso se realiza por países, incluyendo solamente Méjxco, Cuba, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Nicaragua, aunque de este último solo se menciona Rubén Darío.

³¹⁷ Dicha obra es reeditada –y ampliada- en posteriores ediciones -1960, 1964, 1970, 1974, 1975, 1980-. Por cuestiones cronológicas, nosotros solo hemos revisado la de 1947.

Sobre el acontecer de la literatura hispanoamericana, escribe que “la encina secular de la literatura española, que antes no ostentaba más que el viejo, venerable tronco, empezó a echar retoños que fueron convirtiéndose en otros tantos árboles frondosos” (559). A pesar de la independencia política, asegura que “no se rompen tan fácilmente en el dominio de lo intelectual los vínculos de raza, las enseñanzas del pasado, ni países en plena organización nueva y en luchas intestinas van a crear enseguida una literatura con caracteres propios” (560), sino que los clásicos americanos fechan de mediados del siglo XIX. Contempla la poesía, por su abundancia y esplendor, como el género dominante y unificador del continente (560).

En general, predomina el interés y la atención por este género, dejando muy breve espacio y comentario a la narrativa, en especial la contemporánea. De hecho, al referirse a la prosa, asume su limitado conocimiento y remite a otras obras para poder ampliar conocimientos, como por ejemplo *Narradores hispanoamericanos* de José Sanz y Díaz, *La joven literatura hispanoamericana* de Manuel Ugarte o *La literatura argentina* de Ricardo Rojas.

Para poder encontrar narradores de nuestro período de estudio, tenemos que ir al apartado dedicado a Venezuela, con Rómulo Gallegos, la mayoría de obras del cual, continúa, han sido impresas, con elogio, en la colección Austral de Espasa-Calpe (608), o bien Blanco-Fombona. Asegura que en Colombia no hay prosa. De la Argentina subraya Larreta –*La gloria de don Ramiro y Zogoibi*– y Hugo Wast, que “a pesar de su popularidad, o quizá por ella misma, Hugo Wast parece ser aún más apreciado en España que en su propio país, donde no siempre la crítica se ha mostrado muy dulce y respetuosa con él (696). En cambio, opina que “la generación joven no se presenta como muy apegada al cultivo de la novela. Otras son sus aficiones” (696). De Uruguay

sobresale Carlos Reyles, cuya obra *El gaucho florido* “es la gran novela de la vida en las pampas, estudiada a fondo por un buen conocedor de ellas” (707).

Veamos cómo es reseñada la obra de Perés en la prensa: En *Cuadernos de literatura* de noviembre-diciembre de 1947, Pablo Cabañas, desde la sección de “Crítica y bibliografía”, comenta la obra de Perés a la que otorga un “indudable valor vulgarizador. Libro muy personal, nos gana muchas veces la claridad expositiva, el juicio crítico oportuno, la presión sintética de su autor” (549). La literatura hispanoamericana, sintetizada en poco más de 150 páginas, nos muestra “no solamente la amplitud de lecturas y conocimientos de su autor, sino también su extraordinaria capacidad de análisis” (549). Aplaude su carácter antológico subdividido en nacionalidades, siguiendo el criterio de Menéndez Pelayo, Blanco García y Ayala Duarte, frente a Torres Rioseco, Leguizamón y Luis Alberto Sánchez, aunque lamenta la ausencia de una bibliografía sistemática (549).

3.2.3.1.1.10. *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*, de Agustín del Saz (1949)

El *Resumen de historia de la novela hispanoamericana* de Agustín del Saz, publicado en Barcelona por la Editorial Atlántida en 1949, es un panorama de la novela hispanoamericana de los siglos XIX y, muy especialmente, XX: de un total de 238 páginas, las 20 primeras combinan prólogo e introducción, 5 sintetizan la novela realizada durante la colonia española, otras 50 están dedicadas al siglo XIX y, 125 al XX.

La portada de la edición de *Atlántida* es obra de Adrián Bello, y representa el relieve de la tumba del novelista Jorge Isaacs realizada por el escultor también colombiano M. Tobón Mefía. *María*, su obra por excelencia, es una de las principales realizaciones del romanticismo americano y se considera que ya anunciaba el despegue de su literatura. El prólogo, firmado por José María Castro y Calvo- que también había prologado la de Ayala Duarte-, expresa que en España cada vez hay más interés “fraternal” hacia Hispanoamérica, como lo demuestra la creación de las cátedras de Historia de América y de Historia de la Literatura Hispanoamericana, y subraya la “afinidad histórica y literaria” que une ambos mundos. A pesar de ello, aún es necesario mejorar el conocimiento español de la realidad literaria americana –y viceversa-, por lo que alaba la erudita síntesis de su compañero³¹⁸.

En la “Introducción”, Del Saz nos expone sus consideraciones sobre la novela americana. Este género tiene en Hispanoamérica el lugar ideal para desarrollarse:

Ningún medio, ninguna manera de vivir ha sido más favorable a la novela que el clima moral del continente americano, injertado de vida europea. La aventura, los peligros, el ansia de rápida fortuna y el paso sin solución de continuidad de la modestia y la monotonía provincianas hispanas a los escenarios americanos deslumbrantes de posibilidades, aptos para la vida fresca y valiente en el choque con la naturaleza y luego con el indio, con el negro y con los mestizajes (10).

Sin embargo, a pesar de la existencia de novelas anteriores al siglo pasado, Del Saz considera, apoyándose en afirmaciones de otros críticos y de los mismos hispanoamericanos, “la novela americana no ha tenido vida hasta sus primeros éxitos de

³¹⁸ “Es preciso que hoy se conozcan y se difundan nuestros clásicos en los pueblos de América, y que aquí, en nuestra España, se conozcan los mejores autores hispanoamericanos. Esta es una obra lenta, que puede decirse que se comenzó en los tiempos de Menéndez Pelayo, y ha de continuarse indefinidamente, durante siglos. Y a este propósito y para este fin escribe Agustín del Saz, sus libros. (...) Hoy se pretende construir una historia de la literatura americana, que abarque por igual ambos extremos; que sobre la base indiscutible de la erudición, se asiente la obra de un crítico literario, de buen gusto. (...) Y eso es, en resumidas cuentas, el libro del profesor Saz; una síntesis todavía de literatura americana, como fruto de vastas y copiosas lecturas y una doctrina estética como resultado de una reflexión sobre ellas. Ambos extremos ha logrado el autor con singular acierto. Que Dios se lo pague y la patria no lo olvide. Y sobre todo que el lector bisoño, aprenda en él muchos nombres, que por sernos muy gratos, ningún español debiera olvidar” (7-8).

1925” (16). Es en 1925 cuando el autor fecha la aparición de *La vorágine* de José Eustasio Rivera –aunque realmente fuera en 1924-. Afirma que

la novela hispanoamericana ha llegado a nosotros sin perder sus calidades de origen, su romanticismo, su amor a la tierra y a lo indígena y su progresismo, ya que no han dejado de ensayar todos los movimientos literarios posteriores, como el realismo y el naturalismo (...). El naturalismo ha logrado grandes éxitos en la novela de América porque se apegó a la tierra y nos dio sus tipos como si fueran un producto, un fruto natural de sus ríos caudalosos, de sus imponente sierras y glaciares, de sus impenetrables selvas, de sus miasmas mortíferos (75).

Y es que para Del Saz, la originalidad y la autenticidad de la novela americana llegó con la criolla, y cita el llanero de Gallegos, el cauchero de Rivera y el gaucho de Güiraldes como ejemplos de personajes y de expresión propios (17). Del Saz concluye su obra afirmando que en el siglo XX han vivido gran cantidad de novelistas –en sus propias palabras “una orgía de novelistas”- que han sentido la fuerza de una naturaleza deseada y querida, a la vez que peligrosa y devoradora, y que proporciona escenarios inconmensurables para unos personajes conmovidos por esa grandeza y por pasiones irrefrenables (206). Este florecimiento de la novela indica la entrada a la madurez de las literaturas americanas de lengua española con toda fecundidad (214).

En lo que se refiere a la estructura de la obra en sí, el autor admite la dificultad de clasificación y delimitación de subgéneros y temáticas y de establecer una conexión histórica: “se han producido tantas y tan buenas novelas hispanoamericanas que resulta difícil ordenar una producción tan rica y tan abrumadoramente compleja” (125). Igualmente, lamenta el carácter de catálogo cronológico que en algunas ocasiones adquiere la obra al tener que enumerar autores y obras. Sin embargo, considera que “el lector puede formarse una idea bastante completa de lo que es y significa en el mundo de la literatura la novela hispanoamericana (20).

Comenta –y menciona en el índice³¹⁹- a una treintena de novelistas de nuestro período de estudio, aunque a los únicos a quienes dedica capítulos enteros son Hugo

³¹⁹ Los nombres que resaltan de nuestro período de estudio por darles categoría suficiente como para aparecer mencionados en el índice son: Mariano Latorre, Enrique Larreta, Carlos Reyles, Roberto J.

Wast y Rómulo Gallegos³²⁰. El primero es considerado como el “más popular de los novelistas argentinos” (114), sin embargo,

aunque hay en sus libros descripciones de la naturaleza americana, por el desarrollo de sus argumentos, por la primaria humanidad de sus personajes, es un novelista de cualquier parte donde haya un lector. Su patria argentina está en todas sus páginas pero, lo está más en la idea que en el estilo” (114).

No obstante, puntualiza: “nos encanta en Hugo Wast su sentido de lo español. España es citada siempre con orgullo y cariño (115). De entre su extensa producción novelística, *Del Saz* destaca *Desierto de Piedra* (1924), con la que llega a su plenitud literaria y que recibió el Gran Premio de Literatura de la Academia Argentina en 1927 (121).

En cambio, Rómulo Gallegos es la “figura cumbre de la novela hispanoamericana” (151), el novelista de Hispanoamérica: “su vocabulario, su estilo, su expresión, sus sentimientos, sus personajes, y todo cuanto se mueve en su novela tienen vida propia hispanoamericana (151). De *Doña Bárbara* subraya el triunfo de la verdad y el bien, de la civilización frente a la barbarie, y que “el problema que resuelve el novelista no es solo humano, sino además social y de la tierra y hasta de la patria venezolana y hasta de toda Hispanoamérica (154). Gallegos consigue, según *Del Saz*, como José Eustasio Rivera, una verdadera creación al mismo nivel de la realizada en poesía por Rubén Darío, pero además, librándose de la imitación extranjera (151). Rivera fue la figura cumbre inicial de una “grandiosa” novelística (133) aunque fuese autor de una sola novela. Esta originó un gran revuelo a su aparición en Bogotá y las

Payró, Méndez Pereira, Manuel Gálvez, Anze Matienzo, Hugo Wast, Ricardo Güiraldes, Enrique Amorim, José Eustasio Rivera, Uribe Piedrahita, Alcides Argüedas, Edwards Bello, Luis A. Martínez, Teresa de la Parra, Benito Lynch, Rómulo Gallegos, Alfredo Pareja Díez Canseco, Pedro Jorge Vera, Leónidas Barletta, Salvador Reyes, Ulises Petit, Ciro Alegría, Jorge Icaza, Lino Novás Calvo, Alfredo Varela, Eduardo Mallea, José Luís Borges, Carlos Onetti, Pedro Prado, Jenaro Prieto, Torres Bodet, Xavier Icaza, Rogelio Sinán.

³²⁰ Con todo, a lo largo de su resumen de la novela hispanoamericana, y a pesar de no nombrarlos en el índice, *Del Saz* cita y enumera a muchos otros escritores. Como muestra de ello, el extenso índice de autores americanos incluido al final de la obra, uno de los más exhaustivos de entre las obras críticas analizadas.

posteriores ediciones, argentinas (1932) y madrileña (1932), –curiosamente después de *Doña Bárbara*- terminaron de culminar su fama en el mundo de habla española (135).

En cuanto a la llamada novela indianista, opina que resulta fácil confundirla con la criolla y la social, al estar los tipos humanos mezclados en los relatos, así como la realidad de explotaciones mineras y caucheras, y es que el componente y la reivindicación sociales son casi inseparables de la novela americana³²¹. Por ello, remite a *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas, que incluimos en nuestro análisis a pesar de haber sido publicada en 1919:

es una novela agoniosa, no circunscrita al cuadro de la costumbre urbana o rural, sino hacia el hombre y para destacar su papel en la tierra y elevarlo de su inferioridad moral y física”: es decir, no se trata solamente de un libro de entretenimiento sino un documento de la vida de nuestro tiempo (17).

Destacará igualmente la novela gauchesca, que significaría “la vuelta –en un estallido pánico- a la naturaleza por el culto del instinto, por la glorificación de la aventura, por el despegue a la vida normal y urbana y por el inenarrable hambre de libertad” (133), cultivada por Larreta, Ricardo Güiraldes –al que considera el gran guión moderno de la literatura gauchesca (128)-, Benito Lynch, Amorim, etc. Igualmente no olvida la novela de la Revolución mexicana con Azuela, Martín Luíz Guzmán y Franco, Gregorio López y Fuentes, y también insiste en otros autores tales Manuel Gálvez, Ciro Alegría, Luis A. Martínez y Lino Novás Calvo.

Se trata de un panorama general aunque bastante completo para la época en cuanto a inclusión de nombres. Su tesis, que volveremos a encontrar en otras obras suyas, afirma que existe una novela hispanoamericana de alcance y valor universal a partir del primer cuarto del siglo XX, con una serie de elementos en común que ya formaban parte de las características literarias americanas, tales la búsqueda y la

³²¹ “Difícilmente encontraremos una novela americana en que no se puedan apreciar los gérmenes de la viva protesta social de las clases humildes y el deseo de hacer destacable el bajo nivel de vida de los trabajadores” (186).

exaltación de lo propio, la importancia y presencia de una naturaleza desbordante que influye en los personajes, el interés por lo social y una manera auténtica, veraz e intensa de representarlo³²².

En lo que se refiere a los comentarios aparecidos en la prensa, en el número 4 de octubre de 1949 de *Estudios Americanos*, FLE, Lo valora muy positivamente: “el título del libro es engañoso: no resumen, sino manual sobre la materia, de lo más completo que existe, aparte de los estudios especializados, aquí de difícilísima consulta, de Torres Rioseco y de otros críticos americanos” (808). Es vista como una buena guía para iniciar un conocimiento de la novela de Hispano-América, que reconoce la existencia de una creación literaria en la novela, y con estilo propio a partir de 1925 suficiente como para entrar en la literatura universal (808). Parafrasea su clasificación de la novela el XX en “modernista, histórica moderna de temas autóctonos, criolla, social y de protesta contra la desigualdad, y las formas de novela de los últimos veinte años” (808).

Enrique Casamayor, en el artículo “Hispanoamérica en el espejo de su novela” del número 29 de mayo de 1952 de *Cuadernos Hispanoamericanos*, comenta igualmente la obra de Agustín del Saz. Para Casamayor fue concebida como libro de texto para acercar al estudiante la literatura hispanoamericana, siendo concreto, claro, e incluyendo una gran cantidad de de autores y obras y fenómenos históricos (214). Sin embargo, se le pueden hacer algunas objeciones complementarias, como haber prescindido de documentos precolombinos o de literatura oral, que a pesar de no ser ‘novelas’ han pesado ostensiblemente en la novelística y el cuento americano actuales, en especial en el movimiento indigenista (214).

Califica de insuficiente la importancia literaria, política, religiosa y social otorgada a la novela indigenista. En cambio, le reconoce haber dedicado un buen

³²² Al final de la obra, Del Saz añade un apartado de bibliografía para aquellos que deseen ampliar conocimientos, clasificada en “general”, “sobre novela Hispanoamericana”, y “por países”.

espacio a los grandes novelistas de la tierra y del hombre americano, como *Doña Bárbara* y *La vorágine*, y a las novelas de la pampa, “las formas gauchescas de la prosa americana que parte del *Martín Fierro* y culmina en *Don Segundo Sombra* de Rómulo Gallegos” (215), y de los cuales son continuadores de alguna forma Enrique Larreta, Roberto J. Payró, Benito Lynch, Arturo Capdevila, Enrique Amorim. Igualmente cita a Eduardo Barrios, y Eduardo Mallea, Ciro Alegría, Miguel Ángel Asturias, pero también a un autores muy poco comentado hasta la fecha como Jorge Luís Borges.

Del mismo modo, en la Sección bibliográfica del número 13, de enero de 1953 de *Revista de las Españas*, M. Iglesias Ramírez reseña la obra de Del Saz, a la vez que admite que

el interés que ofrece para nosotros el estudio de las literaturas hispanoamericanas ha ido aumentando a medida que se alejaba del tronco virreinal (...). Las literaturas hispanoamericanas se le presentan [al estudioso español] como un gran experimento de transformación de su lengua y literatura propias hacia tipos y formas influidos por el medio (...) Otra cuestión no menos atractiva e importante es la de cómo esas literaturas se van diferenciando entre sí y van adquiriendo rasgos nacionales (412).

Denuncia la llegada irregular de los libros de América, fruto del comercio defectuoso entre ambos continentes -y que ya comentamos anteriormente- y la falta o escasez de las historias de esas literaturas así como de las compilaciones críticas, lo que explicaría en parte la poca atención por parte de España de la realidad americana (413). Destaca algunos de los escritores presentados por Del Saz, como Larreta, Hugo Wast, Rivera, Bello, Uribe, Gallegos, considerado “uno de los más grandes novelistas de lengua española de todos los tiempos”, la novela de la tierra en su conjunto y las últimas direcciones en narrativa (413).

3.2.3.1.1.11. *Antología hispanoamericana*, de Jorge Campos (1950)

En la introducción a su antología, Jorge Campos admite que las letras hispanoamericanas

no son tan conocidas como debieran. Aun es fácil encontrar quien ignora su potente novela actual, quien cree que su poesía se mantiene en linderos de vago romanticismo trasnochado o se enreda en sonoridades modernistas sin contenido. Apenas si algún nombre, como el de Rubén Darío, ha logrado dominar al público en general, y aun no son totalmente populares las novelas de Rivera y Gallegos (1).

Partiendo de esta base, su intención es la de

contribuir a hacer más conocida –y si hemos trabajado con acierto, mejor conocida- la literatura de Hispanoamérica, igual a la española en el habla, largo tiempo seguidora de temas y estilos, como una hermana menor, y siempre entroncada con nuestro pasado literario (2).

Intención que es, a ojos del crítico, satisfecha con la presente obra, especialmente en lo que se refiere al público peninsular, su receptor potencial (3). Así pues, se trata de una antología hecha por y para un público español y desde una perspectiva española. La literatura peninsular se considera “hermana mayor” y por lo tanto, guía, consejera y detentora de una cierta “superioridad” con respecto a la hispanoamericana, quien debe su pasado y herencia cultural y lingüística a España.

Toma como premisa la unidad de las letras americanas, ya que a pesar de las diferencias de matiz, enfoque y aprovechamiento de temas, de calidad expresiva y de voluntad estética propia de cada país, considera que “domina un tono de unidad, que no solo se desprende del pasado cultural común, sino también de la vida determinada por esa herencia literaria” (3).

La elección y la clasificación que presenta la antología, admite el autor, viene determinada tanto por su gusto personal, como por la intención de dar a conocer lo más característico de aquella literatura, aunque no corresponda exactamente con lo más logrado (1). Para Campos, la obra que se aparta del modernismo e inaugura la mayoría de edad de la novela hispanoamericana, es *La vorágine* (1926)³²³, de Rivera, “la primera obra plenamente universal que domina el argumento, condiciona caracteres y presiona

³²³ También Campos equivoca la fecha de publicación del original de Rivera, 1924.

sobre los acontecimientos, es típico de la novela de Hispanoamérica” (497), obra precisamente inspirada por la tierra americana (497). Así pues, *La vorágine* como referente en lo que se refiere a temática y características de las letras americanas. Igualmente destaca a Rómulo Gallegos, César Uribe Piedrahita, Ciro Alegría, Benito Lynch y Enrique Amorim, Teresa de la Parra, Mariano Latorre, Enrique Laguerre o Alejo Carpentier (497), el cual supone una innovación en la serie de autores comentados.

Asimismo, subraya los ciclos de novelas derivados de acontecimientos históricos o políticos como la Revolución mexicana o la guerra del Chaco citando a Mariano Azuela y Martín Luís Guzmán, Óscar Cerruto, Arturo Uslar Pietri, Augusto Céspedes o Rubén Romero, o bien a temáticas más universales, aunque partiendo de lo local³²⁴.

En cuanto al vocabulario utilizado para describir a autores y obras hispanoamericanos, predominan las referencias a la tierra: “escritor del terruño” o “terrígena”, “pampero”, “gracia picaresca”, “panfletario”, o bien se destaca su aspecto “localista”, “paisajista”, “folklórico”, “el color y ritmo”, “el brío” etc.

Pasemos a ver cómo es recibida esta antología. En el número 40 de *Índice* con fecha 10 de mayo de 1951, Luís Landinez publica su crítica de la obra de Jorge Campos. Por un lado manifiesta el desconocimiento peninsular de las letras hispanoamericanas y por el otro alaba el trabajo de Campos:

Uno se pregunta, asombrado, cómo haya habido que esperar a 1951 para poder tener en la mano un volumen que ofrezca, en panorama, la literatura de Hispanoamérica desde sus orígenes, remotamente precolombinos, hasta nuestros mismísimos días. Y este hueco, aquí, sí es verdad – viene a taponarlo con amplitud, rigor y solvencia la *Antología Hispanoamericana*, de Jorge Campos (9).

³²⁴También se referirá a autores de temáticas e inspiraciones más universales, aunque partiendo de lo local, menciona también a Eduardo Barrios –considerado cercano al modernismo–, Vicente Huidobro, Eduardo Mallea, y María Luisa Bombal, próxima a la reciente de la novela europea femenina (498).

Considera los prólogos de cada capítulo atinados y contextualizadores para el lector de la situación social y cultural americana, e igualmente alaba la selección de la *Antología* al estar “bien ponderada y bien hecha” (9), aunque eche de menos “algo del *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes, y tal vez algo del galdosiano novelista Ocantos, o una buena poetisa uruguaya, Luisa Luisi” (10). Igualmente, entre las virtudes del libro destaca la capacidad de Campos de resaltar las particularidades de las letras americanas sin perder de vista la unidad intrínseca de la literatura de habla castellana:

domina en Campos un gusto por lo pintoresco y lo, en general, emotivo humano, que le hace entresacar los trozos de mejor lectura en cronistas y novelistas. Subrayando, siempre que puede, lo diferencial americano, pero sin soslayar en ningún caso lo hispánico común (9).

Y concluye afirmando que se trata de un libro “al que habrá de volver una vez y otra, y que ofrecerá, desde hoy, una introducción mejor a todo internarse por esas selvas literarias de las Repúblicas hermanas” (10).

Sobre Jorge Campos, Jaime Delgado señala en *Cuadernos Hispanoamericanos* de 1948 (septiembre-diciembre de 1948, núm. 5 y 6), es decir, dos años antes de la publicación de la *Antología*, la aparición de un joven historiador de la literatura hispanoamericana, que quizás pueda solventar las ausencias en la historia de la literatura hispanoamericana, y es que “a pesar del renovado y ascendente impulso de simpatía y acercamiento cultural que España dio siempre –ahora más que nunca- hacia sus hijas americanas, el fenómeno literario ha quedado siempre un poco en las segundas filas” (210), hecho que no es explicable solamente con la excusa de la falta de manifestaciones culturales americanas (210).

3.2.3.1.1.12. *Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos*, de César González Ruano (1952)

César González Ruano realiza su particular retrato de veintidós escritores hispanoamericanos en el libro de título homónimo publicado en 1952 en Madrid por Ediciones Cultura Hispánica, dentro de la colección Hombres e Ideas. Se tratan de, como el mismo autor admite en el prólogo, de “instantáneas fugaces, de apuntes de urgencia”, que engloban vivencias y recuerdos del propio González Ruano³²⁵, noticias actuales, rasgos físicos, ideología, religiosidad, del carácter y la biografía de los escritores, así como eventos, viajes, anécdotas, sin ahondar en las creaciones literarias en sí. Los autores tienen en común el haber vivido en España, Madrid por excelencia, en dónde González Ruano les ha conocido –salvo Godoy–.

Los escritores en cuestión son: los hermanos Pablo y Xavier Abril de Vivero, Rufino Blanco-Fombona, José María Chacón y Calvo, Ventura García Calderón, Alberto Ghirardo, Oliveiro Giroldo, Armand Godoy, Enrique Gómez Carrillo, Alberto Guillén, Alfonso Hernández Catá, Vicente Huidobro, Enrique Larreta, Gabriela Mistral, Roberto Nuñez y Domínguez, Alfonso Reyes, Felipe Sassone, Alfonsina Storni, Jaime Torres Bodet, César Vallejo, José Vargas Vila y Eduardo Zamacois³²⁶. Todos ellos autores prestigiosos y más o menos conocidos en la época, la mayoría de ideología de izquierdas. Teniendo en cuenta el carácter controvertido de César González Ruano, ello sería muestra de la versatilidad del mismo, capaz de moverse en todos los ambientes y círculos, también intelectuales y literarios.

³²⁵ Prolífico escritor y periodista, fue corresponsal en varias ciudades europeas. Sin que haya pruebas materiales de ello, se le considera un personaje dudoso y contravertido, se le acusa de tráfico de mercancías, información, influencias, y de haber mantenido relaciones con todos los bandos durante la segunda guerra mundial. En este sentido, la Francia liberada le condenó a 20 años de prisión por colaboración con el régimen nazi, aunque nunca llegó a cumplir la pena.

³²⁶ A señalar que engloba a Eduardo Zamacois, nacido en Cuba de padres españoles a pesar de haber vivido casi siempre en España –y es que “él era español o cubano, según la conveniencia de las cosas le aconsejaba” (131) y a Felipe Sassone, a quién sin embargo, considera “uno de los nuestros”: “Y su condición de peruano se nos olvida, teniéndole. Como le tenemos siempre, presente con un fondo de la ciudad de Madrid” (99).

La prensa cultural se hace eco de la obra: así, en la sección de reseñas bibliográficas del *Anuario de Estudios Americanos* de 1952, escrita por Francisco Morales Padrón, aparece descrita como “una galería de retratos, con notables notas de observación, según los ha visto personalmente el autor. Junto al perfil psicológico va la anécdota o la descripción física, lográndose magníficas glosas de personajes” (718).

Igualmente es escuetamente reseñada en *Mundo Hispánico* (número 58, enero de 1953) en la sección “Correo de Ultramar” de Carlos Lacalle, aunque solamente se esboce su contenido.

3.2.3.1.1.13. *Medio siglo de literatura americana*, de Arturo Berenguer Carisomo y Jorge Bogliano (1952)

A primera vista el libro resulta visualmente atractivo por su sobrecubierta a todo color: el título está escrito con letras blancas sobre fondo rojo –que recuerda las portadas de la colección *Hombres e Ideas*-. Sobre un fondo neutro azul encontramos asimismo los escudos de quince repúblicas hispanoamericanas. En sendas solapas se hallan las biografías de los dos autores argentinos. La cubierta en sí corresponde al modelo de la colección “Ambos mundos”: sobre un fondo blanco, el título en letras rojas y el escudo del Instituto de Cultura Hispánica en rojo, gris azulado y oro.

En lo que se refiere a su estructura, después de una “Advertencia preliminar” y de una introducción al Modernismo, los autores dedican capítulos a figuras individuales de relevancia del siglo XIX³²⁷. Posteriormente, se centran en la época contemporánea, empezando con una nota introductoria y prosiguiendo con una clasificación por

³²⁷ Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Guillermo Valencia, Amado Nervo y José Enrique Rodó.

géneros: poesía lírica, prosa narrativa (novela y cuento), teatro y cinematógrafo y ensayo, para terminar con unas palabras finales³²⁸.

En la “Advertencia preliminar” se exponen las intenciones de síntesis y rigurosidad –aunque sin pretender ser exhaustivos ni pedantes- y su destinatario principal, es decir, el público español³²⁹. Igualmente, teniendo en cuenta el contexto de publicación, el Madrid franquista de principios de los años 50, y de la editorial, Ediciones Cultura Hispánica, no nos sorprende encontrarnos con alabanzas al Instituto de Cultura Hispánica y a la “Madre Patria”:

Solo nos resta agradecer al Instituto de Cultura Hispánica, siempre tan noblemente al servicio de los más puros ideales hispanoamericanos, el haber hecho posible la parición de este volumen, y anhelar que su publicación estreche –si cabe más. El mutuo conocimiento de la madre patria con la obra que realizan en las viejas Indias seculares sus hijos de Occidente (9).

Pasemos ahora al contenido en sí. Nos centraremos en el capítulo dedicado a la prosa narrativa, de 60 páginas y en la que se mezcla la atención por la novela con algunos breves apuntes sobre el cuento. Berenguer y Bogliano pasan revista a la mayoría de países latinoamericanos: Uruguay, Argentina, Chile, Venezuela, México, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Colombia, Centroamérica (Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá y Guatemala), Cuba, República Dominicana y Puerto Rico. Se observa una atención especial por las letras del Río de la Plata, sobre todo por Argentina, consecuencia de la nacionalidad de sus autores, y a cuya literatura se vuelve al final del capítulo, al referirse a la actualidad y las nuevas tendencias, psicológica e imaginativa, o bien del relato humorístico.

³²⁸ La obra se complementa con una Bibliografía dividida en tratados generales, por países, el modernismo, ciclo del modernismo, y formas contemporáneas.

³²⁹ “Un libro como el presente, que no aspira a dejar exhausta su materia, destinado al público español especialmente, y que solo atiende a divulgar el estado literario de América durante este último medio siglo, no puede adoptar un criterio erudito ni agobiar al lector con exceso de doctrina ni peserosa floración de nombres y títulos.

Debe, pues, ceñirse, en la medida de lo posible, a una exposición rigurosa, limpia y generalizada de las principales corrientes y señalar –a riesgo de algunas omisiones dolorosas- solo aquellas figuras, aquellos títulos que por su significado, su gravitación o su singular destino merezcan destacarse del conjunto.” (7).

Mencionan un número considerable de autores, la mayoría de ellos desconocidos en la Península, aunque en general los comentarios no sean muy extensos³³⁰, sin seguir un orden ni cronológico ni estrictamente geográfico, sino que en su revisión por países se intercalan alusiones a otros tipos de clasificación, como a las novelas de la selva, a los ciclos de la Revolución mexicana³³¹ y de la guerra del Chaco, o bien la temática criollista o indigenista.

Igualmente, hay algunas novelas y autores que son mentados varias veces, ya sea por similitudes temáticas o por recalcar su importancia. Nos referimos a *La vorágine*, *Don Segundo Sombra* y *Doña Bárbara*. Así, *La vorágine* consigue situar a primer plano continental la literatura colombiana (227), y abre las puertas a prosistas de estilo cuidado y madurez para la estructuración narrativa (228). Asimismo, con esta obra la selva amazónica se incorpora de manera definitiva e intensa a la novela americana (210). Pero las alusiones a esta obra son continuas y casi pasan desapercibidas, por ejemplo, al hablar de *El tigre* de Flavio Herrera (1934) “se valora como uno de los mejores ejemplos del neocriollismo posterior a *La vorágine*” (230), o bien, “con Laguerre la novelística puertorriqueña adquiere calidad como para entroncar con *La vorágine* y *Don Segundo Sombra*” (234).

³³⁰Con las excepciones de Enrique Larreta –a quién consideran tan español como argentino (202), cuya obra *Orillas del Ebro* es sólida muestra de la madurez del novelista y de su conocimiento profundo del ser y la mentalidad de la raza (204)-, Manuel Gálvez, Ricardo Güiraldes, Rómulo Gallegos y Mariano Azuela a quienes se les dedica al menos una página, y en menor medida a Carlos Reyles –como uno de los escritores que mejor pueden representar la evolución del medio intelectual de su país y del continente entero (200)-, José Eustasio Rivera, Gustavo Martínez Zuviría –el más popular de los escritores hispanoamericanos-, Joaquín Edwards Bello, Eduardo Barrios, Augusto d’Halmar, Arturo Uslar Pietri, Martín Luís Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Jorge Ferretis, Demetrio Aguilera Malta, Alfredo Pareja Díez-Canseco, Jorge Icaza, Ciro Alegría, que representa un momento progresista de la literatura sudamericana (227), y Miguel Ángel Asturias. De Teresa de la Parra señala la “deliciosa intimidad” de sus obras (212).

³³¹ Mariano Azuela no es considerado como un gran prosista pero la galería de tipos de *Los de abajo* constituye una comedia humana mejicana y su obra encarna el primer estadio de la novela de la Revolución mexicana (214). Martín Luís Guzmán ya sería representante de la segunda actitud, que adquiere valor de balance: la perspectiva cobra profundidad y la novela surge ordenada (216).

De *Don Segundo Sombra* se comenta su calidad de obra maestra que da la medida de sazón alcanzada por una literatura, y que tiene, además,

el valor impar de haber incorporado un tema nuevo y una nueva actitud estética a la novelística hispanoamericana: la metáfora entonada, sin estridencias rebuscadas, a la prosa de ficción. A partir de esta novela, la prosa criollista usará aquel procedimiento, normal en poesía, para los temas de la tierra (210).

Rómulo Gallegos, según los autores, consigue en *Doña Bárbara*, recrear a la perfección el lenguaje de sus personajes venezolanos “y no tendrá par en el relevamiento del mapa social de su tierra” (212). Con el resto de sus obras, continuará “gestando su gran panorama, abundante en episodio menudo, pero con la profundidad analítica que da el fruto de la creación de un prototipo literario” (212).

Para Berenguer y Bogliano, en el siglo XX ya no se puede hablar de novela americana –sobre lo americano- sino específicamente de novela de lo americano: la novela que descubre a un continente (176). Dividen la narrativa hispanoamericana del XX en dos etapas: una primera que atiende a los primeros 25 años, caracterizada por la

intención nacionalizadora, distintiva, que parte de la voluntad estilística del modernismo y paulatinamente va incorporando nuevos instrumentos expresivos (...). Los novelistas han preferido buscar rasgos característicos en el paisaje agreste y en los pobladores de llanos, montañas, selvas, para plasmar en aquellas vidas insulares un nuevo mundo artístico (200).

No obstante, también hay novelas y cuentos que se inspiran en el tema de las ciudades, y en general “buscan la nota reveladora donde afloran los conflictos sociales” (200).

La segunda etapa de la literatura del siglo XX aparecería bajo el signo de la vanguardia, aunque con una profunda visión de los problemas nacionales (208) y con una nueva actitud estética, con mayor atención al estilo, y a lo regional, pero ya no desde un punto de vista pintoresco, sino buscando captar su vocabulario y su alma. Esta literatura pretendería, pues, plasmar el “valor definitorio de una época y una latitud, y

acaso pudiera señalarse la aparición de tipos literarios característicamente americanos” (208).

En las “Palabras finales”, los autores aluden a la llamada “crisis de las letras universales”, en la América también participa, aunque con “cierto cariz propio” (247)³³².

Igualmente, y anticipándose a posibles críticas, se alude nuevamente –como ya se había hecho en el prólogo- a la dificultad de acceso a la información como el motivo principal de fallas y omisiones: “Ya hemos dicho que las fuentes de información reciente son muchas veces inaccesibles y que la dificultad para deslindar valores se hace, con la cercanía, espinosa y temeraria” (274).

La obra de Berenguer y Bogliano destaca por encima de todo, la nota diferenciadora de la literatura hispanoamericana, su voluntad de buscar en lo propio, el paisaje, las ciudades, la historia y conflictos sociales, sus problemas nacionales particulares para encontrar una voz propia y característicamente americana. No olvidemos el origen americano de sus autores.

En lo que se refiere a las reseñas de *Medio siglo de literatura americana*, con fecha 15 de diciembre de 1952, *Índice* publica un comentario a en el apartado *Libros*. *Cuaderno de literatura* de la página suelta dedicada a la misma, firmado por RGG. Su opinión es clara:

La visión de conjunto que ofrece este ensayo es de indudable utilidad. Reúne el inmenso material disperso de cincuenta años de producción literaria hispanoamericana. Aparte de *Las corrientes literarias en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña y de la *Historia de la Cultura en la América hispánica* del mismo, son pocos, casi ninguno, los ensayos que logran esta finalidad (s/p).

³³² “Por su juvenil condición de continente muy nuevo, por su adolescencia artística y por la innumerable serie de urgentes problemas inmediatos que aún debe resolver, sufre el impasse del mundo con cierto cariz propio, que es el que hemos pretendido señalar en el capítulo final de este volumen” (274).

Sin embargo, se comentan y critican errores y omisiones, como por ejemplo la ausencia de un índice onomástico, una bibliografía más escogida y extensa, y una clasificación por generaciones en vez de por géneros literarios. A pesar de que dichas objeciones “no invalidan el utilísimo esfuerzo que han llevado a cabo los autores. Este libro, como el de Zaldumbide, difunde las letras americanas, y esto, por el momento, ya es algo”(s/p).

Igualmente, en el *Anuario de Estudios Americanos* de 1952, Francisco Morales Padrón reseña la antología de Berenguer Carisomo y Bogliano aunque se limite a describir su estructura.

3.2.3.1.1.14. *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, de Luís Alberto Sánchez (1953)

Luís Alberto Sánchez, a pesar de su origen peruano, es un autor conocido en España. Así, publica *Proceso y contenido de la novela hispano-americana* en la Península (Madrid: Gredos, 1953). La obra, más que dedicarse a analizar a autores y obras en sí, pretende estudiar el origen, el desarrollo y la esencia de la novela en Hispanoamérica³³³ y va dirigida al público español.

La primera parte de su obra la destina a reflexionar sobre el género de la novela en sí, como problema en general y luego sobre su especificidad en América. Para el peruano, se trata de un género muy difícil de asir, así como de clasificar y delimitar con exactitud:

³³³ En la introducción, explica y declara intenciones: “El aspecto genético justifica el vocablo ‘proceso’, en el título. Se refiere a cómo apareció el género entre nosotros, y a sus relaciones con lo español, primero, y con otros países, después. Trata de seguir la pista a las modas literarias, desentrañando hasta donde soy capaz los elementos propios y los adaptados. El aspecto temático explica la palabra ‘contenido’. Trata de examinar los asuntos más generalizados entre nuestros novelistas, bien sea de índole individual, bien de colectiva” (8).

la novela retrata el ambiente general del país en donde nace, de suerte que cada uno de sus protagonistas es como un ser viviente, histórico, peculiar, intransferible. Por tanto, el estudio de la novela cubre no solo una zona estética o literaria, sino también sociológica, histórica y psicológica, lo más urgente en mi trabajo (65).

Sostiene su preferencia por el término “americano” frente a ‘latinoamericano’, ‘indoamericano’, ‘iberoamericano’ o ‘hispanoamericano’, puesto que establece un íntimo vínculo entre la novela “del sur” con la norteamericana³³⁴. Dicha unificación en el concepto “americano” supone una novedad y cabe destacar que sea precisamente un autor “americano” el que lo proponga. Las diferencias entre el norte y el sur serían básicamente económicas, pero no telúricas y humanas. Es decir, aboga por la unidad continental³³⁵. De este modo, llega a establecer un paralelismo entre *La vorágine* y *Manhatan Transfer*, con la diferencia del escenario, en el primer caso, rural y en el segundo, urbano³³⁶.

Al hablar sobre la existencia de la novela americana, cita y comenta las ideas de críticos como Felipe Massiani o Benjamín Carrión. Para este último, “estamos asistiendo al nacer de la novela en América (...). La novela americana, creo yo, es la novela con paisaje americano (...) escrita por americano, pero llena de contenido mestizo, con estructura y espíritu mestizo” “(53), a lo que Sánchez añade, dudoso, “mas en América, ¿quién es el que no es mestizo? ¿Y en el mundo?” (54). Igualmente, apunta una sospecha interesante -pero que no desarrolla-, del ideario de Massiani: al considerar la novela americana como adolescente, también desde el Nuevo Continente, ¿no se están aplicando subconscientemente los prejuicios y dudas europeos sobre la

³³⁴ Para el autor, los novelistas americanos “comprenden por igual a los rubios angloparlantes del Norte y a los morenos hispanoparlantes del Sur (46).

³³⁵ Concretamente, opina que “como la novela americana se diferencia de la europea exactamente en que mientras esta domina a su objeto, la nuestra es dominada por él, resultaría que la novela americana, aplicando los conceptos del polígrafo español, se acerca más a la epopeya que a la novela clásica, rasgo de suma importancia para establecer nuestra edad histórica” (18).

³³⁶ “Así como en la novelística nuestra predomina el medio ambiente (selva, río, pampa, Ande, helada meseta), en la norteamericana ejercen inequívoca acción análogos elementos y, además, los creados por el hombre (rascacielos, grandes grúas, muelles extensos, urbes confusas, calmas ciudades provincianas). La diferencia reside en una simple variante: en la una, el caos es rural; en la otra, urbano” (62).

existencia de una novelística americana? (53). Así se estaría continuando “la actitud mental de los cartógrafos y marinos que, en ocasión crucial, se opusieron al Almirante’ (53) incrédulos ante “la nueva tierra”.

Su tesis es que aún no existe una gran Novela esencial y definidora, ya que

mientras carezcan de tono propio, carecerán también de personalidad, lo cual equivale, a mi juicio, a la virtual inexistencia de una novela, (o novelística) aunque haya muchas novelas o libros impresos conteniendo tramas novelescas (49).

Pero, a pesar de ello, “América, novela sin novelistas, empieza a integrar aquélla y a tener estos” (66), en pleno siglo XX.

A pesar de establecer una continuidad entre la novela del norte y sur americanos, se refiere exclusivamente a la narrativa de habla española. Entre sus intenciones, disponer una clasificación de las novelas que vaya más allá de la difundida triple sistematización de Arturo Torres Rioseco en novelistas de la tierra (Azuela, Rivera, Gallegos, Güiraldes y Lynch), de la ciudad (Barrios, Gálvez y Edwards Bello) y modernistas (Reyles, Díaz-Rodríguez, Prado y Arévalo Martínez) (9)³³⁷, al no parecerle esta la más adecuada. Así pues, después de haber analizado la protonovela colonial, hablará de novela idealista y sentimental, psicológica, imaginativa, autobiográfica, costumbrista, naturalista, regional, histórica, de guerra, de aventuras, política, biográfica y social, señalando que ante la dificultad de clasificación de una obra, por su ambivalencia de estilo y temática, y por la propia idiosincrasia del género novelístico, “la incluyo en forma principal ahí donde más corresponde por sus caracteres predominantes” (9). Dicho método lo lleva por ejemplo a clasificar a *La vorágine* como novela regional, pero afirma que se la puede incluir igualmente entre las sentimentales, naturalistas, antiimperialistas, y/o agrarias (10). Es justamente esta obra la que inicia “la gran novela de la naturaleza americana”, a pesar de que embrionariamente la novela

³³⁷ Más adelante incluimos otros comentarios a la obra de Torres Rioseco.

apareciera mezclada con las crónicas en el siglo XVII y fuera evolucionando hasta hallar su personalidad en el XX (53)³³⁸.

El 15 de agosto de 1953 aparece en *Ínsula* una reseña de la obra de Sánchez de la mano de Ricardo Gullón (5). El crítico defiende ante todo la unidad de la literatura de habla española, que

no debe abordarse como si fuera un mosaico cuyos fragmentos pudieran ser estudiados aisladamente, prescindiendo de los restantes. Las raíces de esta novelística, sea peninsular, sea ultramarina, prenden en la misma tradición, en la misma tierra, y sobre todo, están alimentadas por corrientes espirituales comunes (...). Declaro que la novelística hispanoamericana, con escenarios propios y temas peculiares, se me aparece como un hermoso y vasto distrito autónomo del magnífico conjunto integrado por ella y por la novelística peninsular (5).

Gullón, en lo que se convierte en el primer escenario de un debate crítico –y estamos en 1953–, estima preferible una clasificación más flexible y menos contradictoria y amputadora que la de Luís Alberto Sánchez y también rechaza la analogía establecida por el peruano entre las novelas americanas del Norte y las del Sur. En cambio, establece paralelismos entre obras hispanoamericanas y españolas como *El Señor presidente* de Miguel Ángel Asturias y el *Tirano Banderas* de Valle Inclán, ambas siendo un “estudio de la tiranía y la violencia, de la abyección y el miedo” (5). Y es que al referirse a la literatura hispanoamericana en concreto, admite que vive

un momento de pujanza y crecimiento. No tuvo aún su Cervantes, su Dickens, su Dostoiewsky, o, para decirlo de otra manera, todavía no tuvo su Rubén Darío. Falta el novelista genial, pero existieron algunos de considerable estatura (5).

Destaca la existencia de temas, personajes y tipos propios, como el negro, el antillano, paisajes como el río, la selva, la pampa, los llanos, la ganadería, el arrozal, el oro, el caucho, pero en seguida entronca con la tradición española, puesto que su

³³⁸ “La gran novela de la naturaleza americana se inicia, mucho más que con Fenimore Cooper, representativo del norte, con José Eustasio Rivera y su caos amazónico. Y como se trata de un rasgo característico que calza estupendamente con el espíritu regional de nuestros días, puede asegurarse que la novela americana apareció embrionariamente, mezclada a la crónica, en el siglo XVII; se perfila como descripción, rama de la geografía y como relato de la sociología en el siglo XVIII; se perfecciona técnicamente en el siglo XIX, y halla su personalidad, su rumbo, solo en el XX. Las excepciones no ‘hacen’ clima, apenas lo anuncian” (53).

novelística resulta próxima y fraterna, formando parte del clan ibérico (5). Así, incluso un personaje tan americano como Don Segundo Sombra tiene para Gullón similitudes con el Cid y don Quijote³³⁹.

Índice, en su número 65-66 de agosto-septiembre de 1953 también publica una crítica a la obra de Sánchez firmada por JAV³⁴⁰, que la considera “el estudio más completo que hasta ahora se ha realizado sobre ella, aun teniendo en cuenta la importante labor de quienes, como Arturo Torres Rioseco, se habían dedicado antes a la elaboración de este tema” (29). Asimismo, interpreta como lo más característico de la realidad americana su desbordante mundo de paisaje, aventura, naturaleza y tipología humana que dificulta su aprehensión por los mismos narradores:

Incluso alguno de los más genuinos creadores de la novela americana puede dar ejemplo fiel del poder desbordante del objeto que la novela trata de ‘apresar’. Tal es, a mi modo de ver, el caso de José Eustasio Rivera. Y tal vez sea esto lo que da más singular carácter a la novela hispanoamericana, lo que la dota de extrañeza y la peculiariza, lo que la hace ser, en fin, a pesar de todos los influjos que tan intensamente han soplado desde el viejo continente, ella misma (29).

JAV también subraya el nacimiento tardío de la novelística americana que, como Luís Alberto Sánchez señalaba, empieza a cumplirse con caracteres verdaderamente definitorios, ya en el siglo XX, y en este sentido cita igualmente a Pedro Henríquez Ureña para el cual 1926 “hace pensar que se inicia una nueva era para la literatura de imaginación en América, con el éxito fulminante y simultáneo de unos cuantos libros en Buenos Aires: a la cabeza el poderoso *Don Segundo Sombra* de Güiraldes y el *Zogoibi* de Larreta” (29).

³³⁹“El gaucho de Güiraldes, llenando la pampa con su prestigio casi mítico, con su recuerdo y la memoria de su existencia (...) creo traslucir como razón y como origen de un vigor y de su autenticidad, una raíz entrañable de romancero, de personaje cuya ascendencia se encuentra en los tipos inmortales que desde los romances populares hablan y actúan como siguen hablando y actuando los hombres del pueblo, de nuestra recia casta hispánica, trasplantada con tan admirable pujanza al otro lado del mar. En Don Segundo Sombra tan argentino y americano, reconocemos al castellano viejo que junto al Cid cabalga, al amigo de Alonso Quijano” (5).

³⁴⁰ Posiblemente José Ángel Valente.

En el número 98 de febrero de 1954 de la revista *Arbor*, Mariano Baquero Goyanes reseña la obra de Sánchez, asegurando que es un libro logrado en general, y que los defectos en él perceptibles son solo fruto de la dificultad de organizar y de comentar tan copioso material literario (306). Considera asimismo que

a despecho de los matices y diferencias que las fronteras suponen, presenta los suficientes rasgos afines como para permitir ver de una manera unitaria el proceso histórico de la novela hispanoamericana, considerada como un conjunto orgánico y con fisonomía propia (306).

Señala asimismo que la principal tesis de Sánchez es la de América como novela sin novelistas, es decir, de temas novelescos que no han encontrado o que solo ahora empiezan a encontrar su expresión (306): una lenta conquista de tono y personalidad literaria propias. La novela según Sánchez, continúa Baquero Goyanes, encuentra su rumbo en el siglo XX, cuando aborda

ya problemas propios, posee tipos y temas característicos. Aun así, esta etapa (...) es únicamente un comienzo, y los múltiples temas novelescos, latentes en el mundo hispanoamericano, esperan su expresión literaria, el encuentro con la mano certera capaz de revelarlos (308).

Igualmente, destaca la importancia de la naturaleza en la novela americana, vista de manera general como “conjunto de obras en las que se advierte un predominio del mundo vegetal y mineral sobre las personas” (307).

En junio de 1954, en *El Correo Literario* se alude al libelo entre el crítico chileno Ricardo Latcham³⁴¹ y Luís Alberto Sánchez, surgido a raíz de la publicación de *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, y del cual citamos este artículo como ejemplo y resumen de la polémica. Latcham critica la obra de Sánchez en *El Correo literario* (1 diciembre de 1953) con el artículo “Una historia llena de errores”, el cual será replicado a su tiempo por el peruano (1 de febrero de 1954). En junio de 1954 de nuevo Ricardo Latcham lanza una incisiva contra Sánchez –“sabelotodo limeño” (3)- y defiende su primer artículo, que había sido “solicitado para atender a la curiosidad de

³⁴¹ Recordemos que fue uno de los fundadores del partido socialista chileno (PS) en 1933. Asimismo, destaca la participación en política de Luís Alberto Sánchez, y su afiliación al partido arpista.

muchos escritores madrileños que se dieron cuenta de la endeblez de múltiples asertos del ‘Proceso’ que el autor calificó, con rara humildad, de libro único ya que en él existía un ‘ambicioso ordenamiento e interpretación’” (6).

3.2.3.1.1.15. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, de Ángel Valbuena Prat y Agustín del Saz (1944 y 1956)³⁴²

En su obra *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, Ángel Valbuena Prat y Agustín del Saz, a pesar de lo que indica el título, no dedican ningún capítulo específico a la literatura hispanoamericana. La presencia de comentarios de autores y obras de estas latitudes es mínimo, muchas veces solamente de pasada. Así, al final del capítulo denominado “La generación del 98”, encontramos el apartado “Novelistas hispanoamericanos”, en el cual se destacan

los argentinos Enrique Larreta, autor de la notable novela modernista, evocación de la Ávila castellana del siglo XVI, *La gloria de don Ramiro*, narrador, entre otras obras, de motivos de su tierra gauchesca, y Ricardo Güiraldes (1886-1927), cuya novela pampera, rica en paisajes y tipos, *Don Segundo Sombra* (1926), entronca en gran parte con la tradición picaresca española. Esos ambientes argentinos se dan también en las obras de Benito Lynch (1885), *El inglés de los güesos* y *Los caranchos de la Florida*, así como el uruguayo Carlos Reyles (1868-1938), el chileno Joaquín Edwards, autor de *El roto*, sobre el tipo popular de la tierra, o el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946) (*Raza de bronce*, *Pueblo enfermo*). El peruano César Vallejo, también poeta, traza en *Tungsteno* la novela de los mineros de su país (271).³⁴³

Finalmente, añaden unas líneas a José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos, considerados como los dos novelistas creadores de la novela propiamente criolla (272), a pesar de que continúan afirmando equivocadamente la fecha de publicación de *La Vorágine*, apuntando 1925 en vez de 1924. Según los autores, esta novela “nos da al

³⁴² Hemos basado nuestro comentario en la edición de 1956 ya que la primera edición, de 1944, resulta ilocalizable.

³⁴³ También citan a otros autores de lo que denominan igualmente novela social como Abraham Valdelomar, Ciro Alegría, Alberto Blest Gana, Salvador Reyes, Humberto Salvador, Alfredo Varela, Mariano Latorre, o bien de novela histórica moderna: Ricardo Palma, Manuel de Jesús Galván, Artemio del Valle-Arizpe, Roberto J. Payro, Arturo Uslar-Pietri, Manuel Gálvez, Mariano Azuela, Martín Luís Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Rafael Felipe Muñoz, Hernán Robleto, Hugo Wast (272).

hombre en lucha angustiada en la selvas amazónicas, novela que ha influido muchísimo en la prosa del continente americano” (272). Rómulo Gallegos con *Doña Bárbara* “publicada en España, da un valor universal al mundo criollo. Es una novela de los llanos a la que siguieron otras como *Canaima*, verdadera poemática de las devoradoras selvas del Orinoco” (272). Subrayan especialmente la publicación y descubrimiento españoles de la valía del escritor venezolano. Encontramos de nuevo la exaltación de la naturaleza americana y de su relación con la literatura y de la novela criolla, insistiendo asimismo en lo social, lo histórico, la pampa y el indio.

3.2.3.1.1.16. *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, dirigida por Guillermo Díaz Plaja (1957)

Dentro de la *Historia general de las literaturas hispánicas*, dirigida por Díaz Plaja, Agustín del Saz es el responsable del apartado sobre literatura hispanoamericana de los siglos XIX y XX (novela y poesía)³⁴⁴. Del Saz no ofrece gran novedad respecto a sus obras anteriores, en especial el *Resumen*, aunque actualiza algunos datos y autores. Continúa afirmando que la novela, en literatura, ha sido el símbolo de la mayoría de edad intelectual de los hispanoamericanos, tal y como lo reconocían Rodó, “que habla de ‘hallazgo de la propia esencia’ y Julio A. Leguizamón, que afirmaba que ‘está constituyéndose en el testimonio emocional de la vida americana’” (524)³⁴⁵. Y como ya había defendido en el *Resumen*, es especialmente importante la novela criolla, la que permite captar “magistralmente el ritmo de sus selvas, de sus ríos y de sus aires y

³⁴⁴ Las referencias a la novela del XX se hallan incluidas en el capítulo “La novela hispanoamericana del XIX (excepto México, Cuba y Santo Domingo)” pp. 477-553, del IV volumen, titulado “Siglos XVIII-XIX”, 2ª parte, y aparecido en 1957. Aproximadamente desde la página 496 se alude a la corriente realista y se empieza a hablar del siglo XX, aunque solo de dedican apartados específicos a dos de los novelistas de nuestro período de estudio, Larreta y Güiraldes.

³⁴⁵ Del Saz asegura que “ha sido la gran lección en novela que nos ha dado América, después de la que nos dio en poesía Rubén Darío. Pero la de este no tuvo la intensa personalidad criolla y de la tierra que ha sabido captar la novela” (524).

consiguen que la naturaleza se funda en los sentires y pesares del hombre americano” (524).

Del Saz propone una clasificación poco sistemática, arguyendo que “se han producido tantas y tan buenas novelas hispanoamericanas en estos años que resulta difícil ordenar una producción tan rica y tan abrumadoramente compleja” (524). Habla de la novela gauchesca como la que se refiere al habitante de las pampas rioplatenses, “por lo general mestizo de español e indio, con características de andaluz e hispanoamericano, dedicado a la ganadería o a la vida errante y siempre jinete” (524), que se iniciaría con *Los caranchos de la Florida*, de Benito Lynch, en 1916, y culminaría con *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes, en 1926³⁴⁶. Sin embargo, Del Saz, en su alabanza de la novela criolla, afirma que

En el siglo XX se han producido tres grandes obras: *Don Segundo Sombra* (...); *La Vorágine* (1924)³⁴⁷, del colombiano Rivera, en la que culminan los grandes temas de la naturaleza y del hombre hispanoamericanos iniciando una novelística de gran fuerza y originalidad; y *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, la más viva expresión de la gran novela moderna del continente. (538).

También habla de la novela social, considerando que “el problema social y político de hecho, se plantea, más o menos incidentalmente en todas las novelas de América” (534) y la novela de protesta social, que manifiesta la estimación del indio ideológicamente considerado fundamento de la raza americana (535), entre las cuales sobresalen los escritores bolivianos, como Alcides Arguedas con su *Wuata Wara*, intensa y verdadera defensa del indio a la vez que descripción maestra de la naturaleza

³⁴⁶ El gaucho adquiere relevancia puesto que “aumentada la decadencia gauchesca, fue identificándose, sin perder alguna de sus características, con el criollo de toda América” (527). Así pues, lista una serie de novelas similares a la gauchesca como “*Blas Gil* (1896) de Marroquín, *Risaralda* (1936) de Bernardo Arias Trujillo, *El roto* de Joaquín Edwards Bello (1920 o 1922) Arguedas con *Vida criolla* (1905), *Pueblo enfermo* (1913) con prólogo de Maeztu, gran impresión en Bolivia” (528).

³⁴⁷ Después de haber citado en las otras dos obras comentadas a 1925 como fecha de aparición de *La vorágine*, finalmente aquí utiliza el año correcto (1924).

(536), el ciclo de las novelas de la Revolución mexicana de 1910 y las de la guerra del Chaco³⁴⁸.

Llega a la misma conclusión que en ocasiones anteriores: en el siglo XX “hay ya una novela hispanoamericana con puesto legítimamente ganado en el mundo de la narración y sus éxitos en el mundo van añadiendo nuevas y brillantes páginas al acervo común literario de la humanidad” (538) a pesar de la presencia permanente de las influencias europeas (538).

Por lo que respecta a su apreciación, en el número 119 de noviembre de 1955 de *Arbor*, Jorge Campos considera la *Historia de las literaturas hispánicas* como un libro fundamental en el propósito y en gran parte de lo conseguido, que o resuelve las dudas o apunta referencias para su resolución (591), en especial de los problemas de las literaturas hispanoamericanas a las que admite “tan poco se ha atendido hasta el presente en nuestros estudios de historia literaria” (591).

Dos años más tarde, y en la misma revista, Jorge Campos reseña de nuevo la obra. Afirma que Del Saz es

uno de los pocos historiadores literarios españoles que ha mostrado interés y dedicado horas al estudio de las letras hispanoamericanas, ha realizado la difícil labor de darnos unos interesantes y valiosos panoramas de la literatura en todos aquellos países a que no ha correspondido un apartado especial (265).

En este sentido, Campos considera adecuado el título general de la obra, ya que el calificativo ‘hispánicas’ hace referencia a “la entrada de las literaturas en lengua castellana del otro lado del Atlántico” (265). Sin embargo, califica de quizás excesivo y exagerado en algún caso el deseo hispanoamericano de apartarse de la metrópoli para conseguir la emancipación literaria de sus letras, aunque resulte de algún modo innegable y beneficioso (265).

³⁴⁸ Igualmente enumera la novela criolla de Chile, con Mariano Latorre como su máximo representante, de Ecuador, con Luis A. Martínez, de Venezuela o del Río de la Plata.

3.2.3.1.1.17. *La novela hispanoamericana: la novela de las selvas caucheras y la novela psicológica, de Agustín del Saz (1954)*

La obra recoge las ponencias pronunciadas en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona por Agustín del Saz en el marco del curso de conferencias “La Novela en América”, organizado por la Cátedra y el Seminario de Lengua y Literatura Españolas los días 23 y 24 de marzo de 1953 dirigido por José M^a Castro y Calvo, vicerrector de la Universidad³⁴⁹.

Las conferencias vienen precedidas por unas “Palabras previas” del Excmo. Sr. Dr. D. José M^a Castro y Calvo, que recuerda la impresión producida por su primera lectura hispanoamericana -*El zarco* de José I. Altamirano-: “encontrarme ante un paisaje, que si bien de muy distinta latitud, y un mundo diverso del mío, era no obstante, tierra querida y conocida por mí, no sé de qué manera, ni por qué modo” (5). Describe, pues, la familiaridad de paisajes e incluso de personajes, un nexo espiritual plasmado ya en la prosa: “era una auténtica fraternidad entre tierras y hombres de España y los de la América Española” (5). Es bajo esta aureola que Castro y Calvo enmarca la novela hispanoamericana.

En lo que se refiere a las ponencias de su compañero, afirma que “revelan las vertientes de la novela de América del Sur: tierras o almas, quizá mejor, tierras que son almas y almas pegadas a la tierra” (5), unas tierras, paisajes y almas tan amados por los españoles (6). Resulta interesante destacar como en la obra, tanto el autor Agustín del Saz como su prologuista, utilizan en varias ocasiones el término América del Sur como un sinónimo de la América hispanohablante. Igualmente, el vínculo entre naturaleza y

³⁴⁹ El resto de comunicaciones no fueron publicadas y de hecho no sabemos nada más de su contenido aparte del título genérico de la novela en América, puesto que no ha quedado rastro alguno ni en el mismo Archivo Histórico de la Universidad de Barcelona.

personajes es ya puesto de relieve en el prólogo, que continúa con un breve comentario de los cinco autores analizados por Del Saz: la selva es la auténtica protagonista de Rivera, siguiendo cauces poemáticos, mientras que en Uribe Piedrahita adquiere un sentido trágico. Los personajes de Gallegos aparecen despegados como un altorrelieve de la tierra y en Barrios y Mallea, el personaje es hijo del paisaje: se ha pasado del elemento telúrico al psicológico (5-6).

Las conferencias se dividen en dos partes, una dedicada a la novela de la selva – con estudios sobre *La vorágine* de Rivera, *Toá* de Uribe Piedrahita y *Canaima* de Gallegos, y una segunda sobre la novela psicológica, con Eduardo Barrios y *Los hombres del hombre*, y *Todo verdor perecerá* de Eduardo Mallea.

La primera ponencia, titulada “La novela de las selvas caucheras”, empieza comentando el marco ambiental de las tres obras –la selva de los ríos Amazonas y Orinoco–, y cómo este había de desembocar en literatura. Ya la novela indianista *Raza de bronce*, del boliviano Alcides Arguedas es vista como un documento social pesimista sobre la vida del indio (7)³⁵⁰.

Para Del Saz, desde su primera aparición, la novela hispanoamericana aparece vinculada a la descripción de paisajes, que en el romanticismo reflejaban el estado anímico de los personajes. Dicho sentimentalismo se fue reforzando con el patriotismo localista de las nuevas nacionalidades (8).

La vorágine causó sensación en América del Sur³⁵¹ tras su aparición en 1924 y posteriormente en todo el ámbito hispano “no solo por ser una exaltación lírica de la selva colombiana, sino por su fuerza de documento” (9) y en donde la naturaleza

³⁵⁰“Del yermo y las gentes del lago que ni saben cuál es el sabor de la leche, en su última edición (Losada 1945) agregaba una nota final del autor en la que reconocía que su obra había actuado durante veinte años sobre la conciencia de su país de tal modo que los hechos de la novela ‘salvo en detalles de pequeña importancia’, no podrían darse ahora” (7), lo cual demostraba la efectividad de la novela sobre el medio social (7).

³⁵¹ De nuevo otro ejemplo de la identificación entre América del Sur y América hispanohablante.

deviene protagonista³⁵². Esta norma del paisaje como protagonista –en el caso de *La vorágine*, la selva amazónica-, será seguida por las grandes novelas de la lengua española, como el llano en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y en la pampa de *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Pero Del Saz también señala el contenido social de la novela.

Al ser el hombre el antagonista de la selva (12) presentado según su condición de criollo o de indio, esto abre las puertas a comentar –y defender- la situación de este último: “no hay polémica ni protesta social en Rivera, pero hay un innegable documento social de una vibrante potencia efectiva” (14).

La segunda obra comentada es otra novela colombiana posterior: *Toá*, de César Uribe Piedrahita, que en la conferencia de Agustín del Saz aparece con el epíteto de “una novela cauchera de sentido nacional colombiano”, en donde la protesta contra el extranjero, también presente en *La vorágine*, se agudiza³⁵³. Su técnica literaria sigue caminos tremendistas³⁵⁴.

La tercera novela, que aparece precedida por el título “La atracción por el mundo selvático del indio”, es *Canaima* de Rómulo Gallegos. Se enmarca en un ambiente parecido al de las obras anteriores, aunque esta vez el río en cuestión sea el Orinoco. Para Del Saz, Gallegos consigue con esta novela, -cuyo nombre alude a un canto al indio de la selva-, captar el mundo indio y profundizar en sus miserias sin entrar en los tremendismos de las otras dos. Los indios de Gallegos no serían los del socialismo y de

³⁵² Queda subrayada la importancia de la naturaleza: “los escenarios se convierten en robustas personalidades y los personajes, anonadados por los ambientes, aparecen como simples accidentes del paisaje como un árbol, o un mono o una hormiga” (8). Una selva monstruosa, tremendista, devoradora y brutal, expresada con un deslumbrante neonaturalismo, con patetismo angustioso (10).

³⁵³ Del Saz explica también que el nombre “toá” significa fuego, mujer y la flor del amaicare (16), pero sobre todo quiere subrayar la “premeditada intención social y de protesta, pero esta no es proletaria sino nacional: los derechos de Colombia, su patria y la de los caucheros colombianos” (17).

³⁵⁴ Tanto la naturaleza como el hombre son enemigos entre sí, un hondo patetismo literario de lucha inevitable que convierte los reales horrores descritos por el colombiano en novela (16). Los personajes, como en *La vorágine*, como accidentes, pero esta vez no de la selva sino del hombre, sus ideas y sus símbolos como la bandera y la moneda (17). Del Saz habla de un pesimismo tremendista, lo que pudiera llamarse el 98 colombiano (17).

protesta de la novela ecuatoriana, sino que culmina la línea de literatura “optimista del indio” que para Del Saz se había iniciado con Bartolomé de las Casas³⁵⁵.

Finalmente, Del Saz compara las tres novelas: coinciden en la técnica, y gracias a su estructura adquieren valor de verdaderos poemas con ideología a base de repeticiones y símbolos y son plenamente naturalistas en la copia descriptiva (23). Y concluye afirmando que están igualmente unidas por el eje la explotación de la selva cauchera: expresan con una prosa literaria de rica belleza, su angustiosa opresión, muestran los graves problemas de la selva y claman a los gobiernos colombiano y venezolano (24), cada una a su manera³⁵⁶.

La segunda ponencia está dedicada a la novela psicológica³⁵⁷. A pesar de que admite que este subgénero es más abundante en Europa, señala la existencia de maestros americanos como Barrios y Mallea.

Eduardo Barrios, natural de Chile, “uno de los países americanos en que el desarrollo literario ha adquirido una mayor personalidad” (29), basa su novelística en la preocupación psicológica (30). Procede Del Saz a analizar *Los hombres del hombre*,

³⁵⁵ En el momento de su publicación, “ya ha empezado a aparecer la novela indianista agresiva y de protesta social y la novela ha llevado consigo los problemas de los trabajadores y especialmente los del indio, el más débil de los componentes sociales americanos. La novela-problema se hace tan repetida que sus títulos ya se confunden con el ensayo” (20).

³⁵⁶ “*La vorágine* es la naturaleza plena, la selva en toda su explosión, un documento objetivo y aleccionador (24) mientras que ‘Toá’ acusa más la preocupación nacional aunque es más sombría, prioriza los hechos y da mayor importancia al hombre que *la anterior* (23). Ambas son criticistas y de pesimismo criollo y son un intento de civilizar la selva. En cambio, “‘Canaima’ es la protesta del indio y la voluntad criolla de un mundo mejor de colaboración del criollo y del indio con la selva” (24). Así, en vez de intentar criollizar la selva como las dos anteriores, propone ‘indianizar’ el criollo (24). Rómulo Gallegos, con más claridad objetiva y menos patetismo (23), sin retórica y sin sentimentalismo muestra asimismo preocupaciones criollas y nacionales (24).

³⁵⁷ Para Del Saz, “los problemas sociales del trabajo en las explotaciones y los del trabajador indio que apuntaban ‘*La vorágine*’ y ‘*Canaima*’, se hacen cada vez más agudos en las novelas siguientes en las que se llega a plantear, con intención socialista muy marcada, la cólera proletaria y su violenta protesta” (27), del cual serían ejemplo las novelas de Ciro Alegría, de Humberto Salvador, de Jorge Icaza, etc., en las que la vida es opresora, apesadumbrada y sin horizonte. Son novelas proletarias que terminan a sangre y fuego y que describen la vida de la colectividad aunque se centren en una sola familia o ejemplo (27). Finalmente, pero, los escritores hispanoamericanos sentirían la fatiga del tremendismo y de las angustias sociales y proletarias, por lo que sienten una reacción hacía el interior del hombre y la novela psicológica se intensifica (28). Sin embargo, “la narración no pierde su carácter naturalista –en mi concepto lo predominante- sino que va a desarrollarse la novela psicológica sobre las bases conocidas de la naturaleza y de los problemas humanos” (28).

novela originalísima en la que “la anécdota real ha enlazado a un mundo de sombras del alma sin que pierda un momento ni el ámbito humano ni la poesía de los sueños” (36).

Argentina se va distinguiendo, en los últimos años, en la novela psicológica, y en ella, “el arte de Mallea, agónicamente introspectivo, parece calar el alma argentina en una especie de novela psicológica nacional” (37)³⁵⁸. No obstante, el paisaje es también importante en sus obras, estableciéndose un paralelo entre el alma de la naturaleza y la de sus personajes³⁵⁹. La novela estudiada es *Todo verdor perecerá*, una “novela de almas infortunadas en espinosos caminos hacia la locura” (42). Para concluir, compara y afirma el valor de ambos, muestra de la madurez de la narrativa hispanoamericana³⁶⁰.

Dicha obra aparece reseñada en la prensa, por ejemplo en *La Vanguardia Española* del 21 de julio de 1954, en el artículo “La novela en Hispanoamérica”, de M. Fernández Almagro, aunque no se mencione que formase parte de un ciclo universitario.

¿Se sigue en España el desenvolvimiento de la literatura hispanoamericana con la atención que indudablemente merece? Si somos sinceros, contestaremos no. Y eso que ha habido momentos, largos momentos, no ya de conocimiento más o menos al día, sino de colaboración (8)³⁶¹.

Fernández Almagro afirma el impulso emancipador de la literatura hispanoamericana, en especial en la novela, caso perfectamente explicable por la presión que sobre el género narrativo ejercen los factores vernáculos: paisaje, ambiente, costumbres” (8).

En cuanto al contenido del volumen, el crítico considera que su valor fundamental “radica en su virtud de incitación, de llamamiento a la atención del público

³⁵⁸ A notar el uso del adjetivo “nacional”, y por lo tanto del concepto de lo nacional diferenciado.

³⁵⁹ En lo que se refiere a su estilo, subraya la “sobriedad y estatismo y los rasgos patéticos, que no faltan, se incrustan en la narración con una fría objetividad de reproducción” (37).

³⁶⁰ “En el escritor chileno de ‘Los hombres del hombre’, la psicología se basa en simbología humana; en Mallea en el paisaje y en su alma y en las costumbres rústicas y urbanas. ‘Todo verdor perecerá’, mantiene un plano de novela naturalista y otro psicológico en el alma de los personajes. Eduardo Barrios y Eduardo Mallea son dos ejemplaridades vigorosas de imaginación y de técnica de los que tanto vienen aprendiendo los novelistas hispanoamericanos que tantas pruebas de madurez nos dan” (42).

³⁶¹ También señala la presencia en la Península de los mejicanos Icaza, Urbina y Amado Nervo, el peruano Santos Chocano, los venezolanos Blanco-Fombona y Pedro Emilio Coll, los argentinos Larreta y Manuel Ugarte, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, etc.

letrado hacia unas literaturas que son parte preciosa del imperio lingüístico y cultural que Cervantes rige” (8), y considera que “a nuestro juicio, la naturaleza y el indio determinan lógicamente el carácter de la novela hispanoamericana, en tesis general” (8).

Meses más tarde, el 30 de diciembre de 1954 y en el mismo periódico, es el turno del prologuista de la obra de Del Saz, José María Castro y Calvo, de aludir a la obra y a la novela de la selva en su artículo “La poesía de la selva” (7): señala la emoción de las narraciones de la selva americana tales *Raza de Bronce*, *El infierno verde* de Rangel, *Green Mansions*, *María*, casi toda la obra de Gallegos y *Don Segundo Sombra*, aunque

la concepción profundamente poética de la selva, germen de vida y destrucción, eterno crear y morir, con voracidad y lujuria, con fiebre y delirio, corresponda a dos novelas modelos en el género: “La vorágine”, de José Eustasio Rivera, y “Toa”, de César Uribe Piedrahita (7).

Sobre la obra de Agustín del Saz en sí, afirma que “ha escrito con mucho acierto sobre la novela hispanoamericana. En su útil monografía sobre el tema se conjugan dos extremos difíciles: puntual información y, al mismo tiempo, feliz captación de valores estéticos. Su labor merece todo elogio” (7).

3.2.3.1.1.18. *Breve historia de la novela hispanoamericana*, de Arturo Usler Pietri (1954)

Esta obra tiene la significativa particularidad de haber sido publicada por la editorial Edime, con sede en Madrid y Caracas, y a la vez, de la pluma de un escritor venezolano. Todo ello contribuye a explicar la diferente forma de concebir la literatura hispanoamericana³⁶². Así, esta obra presenta considerables diferencias con la visión generalizada de la literatura hispanoamericana en la Península, no tanto en los autores ni

³⁶² Ya hemos visto también ciertas diferencias en otros autores americanos, como Berenguer, Bogliano y Sánchez.

en las características generales atribuidas a la novela, sino en el vínculo con España. El mismo autor editará en España en 1958 *Hombres y letras de Venezuela*, que será comentada a su turno.

A pesar de que Uslar Pietri se refiera a la historia de la novela americana desde sus orígenes, en lo que atañe a nuestro período de estudio, debemos fijarnos a partir del capítulo sobre el modernismo criollista. Blanco-Fombona es presentado como un autor intuitivo, sensible, apasionado, violento, que lleva a la novela temas de ensayo, puesto que toda su literatura es instrumento (95). Alcides Arguedas, de tono satírico y reformista, es considerado uno de los más valiosos iniciadores de la novela contemporánea, sobrepasando a sus contemporáneos y anunciando a los novelistas posteriores con su manera de ver y expresar el hombre y el mundo americanos (98). Su obra cumbre, *Raza de bronce* es una de las primeras novelas contemporáneas que elevan la Naturaleza a la categoría de personaje central (98).

En cuanto a la época contemporánea –confluencia de lo criollo popular y de lo culto universal-, supone la culminación y el momento de mayor riqueza de la novela hispanoamericana (101). La divide en tres etapas: de 1909 a 1915, de 1917 a 1927, y de 1928 a 1937. Dedicar de una página a un párrafo por autor y citar a un número considerable de novelistas, extendiéndose en especial en los tres autores más citados: Gallegos, Güiraldes y Rivera.

Concretando por etapas, explica que predomina lo urbano, lo psicológico y lo satírico (102), y abundan los novelistas chilenos: d'Halmar, Edwards Bello, de obra extensa, aguda y personal (102), Latorre, visto como el novelista rural de Chile, en donde predominan los urbanos (104), Eduardo Barrios, autor de obras disímiles (108), Pedro Prado, etc.

También habla de Manuel Gálvez, cuya producción en su conjunto es una de las más amplias y vigorosas de las letras criollas (106). Hugo Wast, es “el más leído de los novelistas hispanoamericanos, uno de los pocos que allí han escrito con el ojo puesto en el gran público y no en preocupaciones estéticas, doctrinarias o políticas” (107), por lo que ha recibido un cierto desdén por parte de la crítica a causa del bajo nivel de su obra, a pesar de sus calidades de novelista.

De Mariano Azuela señala dos períodos, uno inicial de criollismo realista, tocado de sentimentalismo y psicología, hasta *Los de abajo* (112). Después de esta, - hasta ahora la novela por excelencia de la Revolución mexicana, insuperable en equilibrio artístico, y verdad humana, epopeya elegíaca cuyo personaje es el pueblo mexicano (112)-, Uslar Pietri señala que cae en el psicologismo banal (113), aunque salva *La luciérnaga*, novela psicológica y regional, sabiamente construida y observada (113).

La segunda época de la novela contemporánea (1917-1927), continúa pletórica de grandes nombres, en que aparecen algunos de los más famosos novelistas de la literatura hispanoamericana, como Güiraldes, Gallegos y Rivera. En ella, ve la presencia avasalladora de la naturaleza (114) y la mezcla de lo popular –lengua, tipos, costumbres- con lo culto y artístico –estilo, composición, técnica- se hace más completa y perfecta que en la etapa anterior (114). A Benito Lynch, le considera un retratista objetivo del gaucho, sin atuendo heroico ni dimensión simbólica (114). Ricardo Güiraldes conseguiría convertir al gaucho en mito estético y símbolo moral, marcando *Don Segundo Sombra* un hito en la historia de la novela americana, como herencia moral y personificación de lo más hondo y vital de la Argentina (116). Uslar Pietri le juzga fruto de una reacción antieuropea, un regreso simbólico a la americanidad fundamental, la fuente de una tradición que puede salvar a su país del coloniaje

intelectual (117). Visto desde este punto de vista, el gaucho ya no puede considerarse como una herencia hispánica.

Rómulo Gallegos sería el novelista más completo de este tiempo. Sus obras son vistas como “amplios frescos de la vida venezolana caracterizados por el gusto de la descripción de la Naturaleza y por la penetración en los resortes psicológicos y morales de la vida popular” (119). *Doña Bárbara*, culminaría la epopeya moral de civilización contra barbarie siendo una mezcla de costumbrismo, paisajismo, popularismo, simbolismo moral (120).

Rivera realiza con *La vorágine*, un relato exaltado y tenso protagonizado por la Naturaleza —en este caso la selva— con su demoníaco poder fascinador y destructor (121). Lleno de patetismo realista que llega a la deformación romántica, es un libro profundamente americano por la manera y la materia pero de difícil clasificación (122). Teresa de la Parra, tras la prosa pulida, elegante y espontánea de *Ifigenia*, llega a una mayor madurez y equilibrio con *Memorias de Mamá Blanca* (129).

Es en la tercera etapa, de 1928 a 1937, cuando la novela acentúa algunos de sus rasgos distintivos, acrecentando el tema social, fruto de grandes conmociones históricas, sociales y económicas, una más atinada combinación de lo culto y lo popular y una renovación de la técnica y las formas en parte gracias al contacto con la literatura extranjera (131). La tendencia criollista se afirma y llega a constituir la corriente más rica y propia de la novela hispanoamericana.

Dedica igualmente un apartado a la novela de la Revolución mexicana, que divide en tres momentos: el primero representado por Azuela, sería el movimiento popular en marcha. El segundo, con Guzmán, presenta una visión de la Revolución como pasado y la tercera, de la mano de Ferretis y Romero, muestra el conflicto como desengaño (132). Finalmente, se dedica a la novela indigenista, cuya temática es la

explotación del indio y que tiene conexiones con la novela proletaria –con raíces en la ideología marxista y socialista e incluso en Mariátegui- y la novela de la Revolución. Uslar Pietri fecha su origen en 1930 y la sitúa en Ecuador, Perú y Bolivia, con Clorinda Matto de Turner y Alcides Arguedas como predecesores. Destaca a Ciro Alegría, que se expresa con dolor y armoniosa serenidad (144), y su *Serpiente de oro*, en donde la Naturaleza grandiosa y enemiga, es su principal personaje (145).

Sin embargo, es en el apéndice en donde encontraremos la opinión de Uslar Pietri sobre la literatura hispanoamericana –o criolla, puesto que se sirve de ambos epítetos como sinónimos- y en donde vemos las diferencias con las ideas dominantes. Concibe dicha literatura como separada de la española, aunque esta sea la más próxima de las literaturas occidentales. Las diferencias y rasgos distintivos empezaron a fraguarse desde el momento mismo del descubrimiento. América era un mundo nuevo para los europeos en todos los aspectos, en especial a nivel físico y geográfico. También la sociedad hubo que formarse, puesto que no era ni indígena ni europea. La literatura que emergió era distinta en tono, actitud, formas, concepción del mundo, y temática a la europea, diferencias que se fueron acentuando. A pesar de que prácticamente el vínculo idiomático es el único que permanecía, los españoles tardaron en admitir el hecho diferencial: “todavía a fines del XIX Menéndez Pelayo habla de la literatura hispanoamericana como parte de la literatura española” (157) aunque algunos reaccionaron, como Unamuno o Federico de Onís, pero incluso Díez-Canedo habla de la unidad profunda de las letras hispánicas (158)³⁶³. Para justificar su punto de vista, Uslar Pietri expone las características que considera propias de la literatura americana y que

³⁶³ De hecho, como ya hemos visto, la mayoría de intelectuales españoles y americanos que publican en la Península, se alinean en la posición de Menéndez Pelayo, e incluso Unamuno y Onís conciben la unidad hispánica, aunque con distintos matices.

se alejan de las que Menéndez Pidal había determinado como castellanas³⁶⁴ –habiéndose por ejemplo lo castizo solo rozado superficialmente (159)-, Así, los rasgos más persistentes y extendidos y aplicables “en todas las épocas y zonas de la literatura hispanoamericana” (162) son la presencia y la importancia de la naturaleza, fuerza trágica, destructora y dominante; el mestizaje y el gusto por las formas arduas y artísticas; el primitivismo, lo intuitivo, lo mágico y lo simbólico, la lucha entre civilización y barbarie, la intuición, la emoción y el sentimiento y la importancia de lo social que se manifiesta en la utilización de la literatura como instrumento de lucha, condicionada por la política.

La “desunidad” de las literaturas hispánicas es una novedad en nuestro momento y en el discurso dominante; sin embargo; no podemos concebir la visión pietriana como común; sino más bien marginal. Con todo, Uslar Pietri sigue utilizando los mismos criterios -tópicos y etiquetas incluidos- que el resto de críticos al hablar de literatura americana, en especial al comentar la importancia de la naturaleza, de la lucha entre civilización y barbarie y la denuncia social, o bien de las clasificaciones como novela de la Revolución mexicana, novela indigenista, etc., y también se sirve del término “literatura hispanoamericana”. Curiosamente, en cambio, la mayoría de críticos españoles mencionados consiguen ligar todas estas especificidades americanas con la tradición española.

No hemos encontrado referencias a dicha obra en la prensa española de la época.

3.2.3.1.1.19. Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y ponencias (1956)

³⁶⁴ Estas serían “la tendencia a lo más espontáneo y popular; la preferencia por las formas de verso menos artificiosas; la persistencia secular de los temas; la austeridad moral; la sobriedad psicológica; la escasez de lo maravilloso y de lo sobrenatural; el realismo y el popularismo” (159).

La Universidad de Salamanca recoge las conferencias pronunciadas en el seno de las Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana de 1953 y las publica tres años más tarde en dos volúmenes. Hemos ya hecho mención a alguna de las comunicaciones, que más que a la literatura en sí, aludían a la “Hispanidad”. Ahora es el turno de presentar brevemente las ideas principales de aquellas centradas en la narrativa hispanoamericana.

El argentino Carlo Andrés Seri, en “Lo gauchesco en la literatura”, no duda en considerar *Don Segundo Sombra* como una de las mejores novelas hispanoamericanas y alaba la figura del gaucho y la Madre Patria. El gaucho es el “espíritu inmortal a cuya luz se agiganta la grandeza moral y material de un pueblo joven: el argentino, hijo orgulloso de la madre España” (201).

Igualmente destaca el interés por la narrativa indigenista, a la que se le dedican numerosas ponencias, como la de la estadounidense Pauline Marshal, “La novela indianista de López y Fuentes”; la del ecuatoriano Humberto Toscano Mateus, centrado en el habla de la novela indigenista de su país; la del guatemalteco Adrián Recios que analiza la literatura indigenista vernacular; o el colombiano Rafael Gutiérrez Girardot que en “Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza”, separa entre indianismo –novela de “emoción exótica-” e indigenismo –novela de reivindicación social- (455)³⁶⁵. También el ecuatoriano G. Vascónez Hurtado remite a la novela indigenista, aunque asegura que *Huasipungo*, la novela de más éxito editorial en su país, cae en el mismo error que sus antecesores: un argumento lleno de convenciones (466), y Edmundo Meouchi se ocupa de la de su país natal, México. Meouchi rechaza que la Revolución mexicana –ni su expresión literaria- fuese indigenista si no es de

³⁶⁵ Según Girardot, la literatura indigenista evoluciona a la par que la figura misma del indio y la considera literatura comprometida, que pretende mostrar la injusticia, la deshumanización y violencia implícita en el trato al indio, así como conseguir un objetivo político: es decir, lograr justicia social y reformas sociales, políticas, económicas y culturales (459).

modo indirecto, a pesar del peso que dicho movimiento tomara en ella (481-482), y asegura que la novela de la Revolución inauguró “la más significativa, integradora y brillante literatura de nuestra historia” (487). En lo que se refiere a la literatura indigenista, cree que ya ha dado todo lo que tenía que dar y que debería dejar paso a los narradores que puedan dar una ancha y verdadera visión de la vida mexicana (493).

El ecuatoriano A. Darío Lara, en “Hispanismo e indoamericanismo”, aúna el elogio a las literaturas hispanoamericanas con el del espíritu hispánico y de la magna labor civilizadora española. Así,

Enrique Larreta, Mariano Azuela, Blest Gana, Ricardo Güiraldes, Manuel Gálvez, José Eustasio Rivera, Hugo Wast, Rómulo Gallegos, Miguel Ángel Asturias, Ciro Alegría, Alcides Arguedas, Jorge Icaza, Gil Gilbert, José de la Cuadra, no son sino un pequeño grupo, sin duda el más brillante y representativo, de todo un gran capítulo de las letras hispanoamericanas, gracias a quienes las letras castellanas de este siglo adquirieron el prestigio y el valor humano universal (462).

El argentino Juan Antonio Ahumada, en “Lo criollo, universal de la literatura hispanoamericana” se plantea qué es lo español –o lo hispánico en sí- y cómo se manifiesta según la literatura americana (221), puesto que es la clave mental de su historia y de su cultura. Así, según Ahumada, España no está asentada totalmente en lo cultural, sino que también está fuertemente arraigada en la naturaleza, en lo terrígena, y a la vez es profundamente cristiana. América, en tanto que “tierra”, será fecundada por lo telúrico español, logrando una conjugación de ambos telurismos.

Finalmente, mentemos la conferencia “Naturaleza y destino humano en la literatura hispanoamericana, del rumano Vintila Horia³⁶⁶. Según Horia, el hombre americano se encuentra integrado en un proceso de lucha permanente, con un ambiente que no controla todavía, que al contrario, domina al hombre. Ante ello, hay dos actitudes, la del conquistador, que busca adueñarse del ambiente, humanizarlo,

³⁶⁶ (1915-1992). Escritor, profesor y diplomático rumano que escribió en español y francés. Por sus simpatías con el fascismo tuvo que renunciar al premio Goncourt que se le había otorgado en 1960. Fue socio primogenio de Carmen Balcells.

dominarlo e integrarlo en el marco de la civilización cristiana (212), y la segunda, la de “indigenizarse”, de entregarse a una fuerza indomable y eternamente soberana, de inclinarse frente a los elementos naturales (213). Esta conducta en cierto modo romántica, habría inspirado buena parte de las realizaciones literarias hispanoamericanas, en donde el personaje principal es la naturaleza, como *La vorágine*, de José Eustasio, *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría, *El Lago argentino*, de Juan Goyanarte. Sin embargo, para Horia, “una literatura hispanoamericana, verdaderamente representativa no es posible sino más allá de los límites estirados de las supervivencias románticas” (221), donde el hombre sea ya vencedor del ambiente según la enseñanza de la revolución cristiana (221), la cual contempla el divorcio entre hombre y naturaleza.

3.2.3.1.1.20. *Escritores representativos de América*, de Luís Alberto Sánchez (1957)

Luís Alberto Sánchez pretende en esta obra, publicada en Madrid por Gredos en 1957, y tal y como indica el título, reunir una serie de escritores representativos de América, sobreentendiéndose con ello, de la América hispanohablante. Los autores expuestos, ordenados cronológicamente, responden a los criterios del crítico peruano y a las limitaciones de la obra, como él mismo alude en el prólogo: “Prevención al crítico: *no están todos*; hay omisiones por necesidad; descártese la ignorancia en la mayoría de los casos” (7). Asimismo, se incluyen solamente autores fallecidos, aunque ya estén “escritas las monografías de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes, Franz Tamayo, Rafael Arévalo Martínez (8), etc. Con esta declaración Sánchez subraya la excelencia de dichos autores al mismo tiempo que se dignifica a él mismo y a su obra. Sin embargo, no nos encontramos ante un manual de historia

literaria o una antología de textos, sino con una serie de capítulos dedicados cada uno a un autor “representativo” y que son una mezcla de apuntes biográficos y etopéicos, fragmentos y comentarios de obras, tanto de críticos ajenos como reflexiones personales de Luis Alberto Sánchez.

La estructura de la obra es clara: se divide en dos volúmenes y el índice muestra el listado de autores de cada uno³⁶⁷. En general predominan los poetas y encontramos relativamente pocos novelistas, sobre todo del siglo XX³⁶⁸.

José Eustasio Rivera (1889-1928) es presentado como el más alto novelista de Colombia en el siglo XX que

abrió el camino a los Uribe Piedrahita, Zalamea Borda, Caballero Calderón, todos ellos marcados a fuego por el hierro de *La Vorágine*. Este libro vino a quebrar la línea idílica iniciada por *María*: fue como la reapertura del realismo: con todo, pese al fragor del paisaje, la palabra conservaba indeclinable señorío (248).

La vorágine no es, pues, solo una exitosa novela que dio fama a su autor, sino que determina un renacer y un reentendimiento de la novela americana, más que *Don Segundo Sombra*³⁶⁹ porque encarnaba el tono de América (255): caótico relato, tumulto de sensaciones y de episodios que se alejan constantemente del tema central (252).

La vorágine es la primera gran novela que evade todo plan, se deja arrastrar por el azar, olvida psicologías y neurastenias, se deja avasallar por el escenario natural y exhibe pasiones primitivas, sobre las cuales no cabe el apretado y pulido traje europeo de los románticos, salvo

³⁶⁷ El tomo I empieza con Alonso de Ercilla y Zuñiga y termina con Ricardo Palma. El tomo II incluye a José Hernández; Ignacio Manuel Altamirano; Jorge Isaacs, Eugenio María de Hostos; Manuel González Prada; Manuel Acuña; José Martí; Salvador Díaz-Mirón; Juan Zorrilla de San Martín; Tomás Carrasquilla; José Asunción Silva; Rubén Darío; Macedonio Fernández; José María Eguren; José Santos Chocano; Delmira Agustini; José Eustasio Rivera; Teresa de la Parra; J. Rubén Romero; César Vallejo; Vicente Huidobro; Andrés-Eloy Blanco. Teniendo en cuenta que solamente nos ocupamos de la novela y de la producida entre 1927 y 1958, corresponden con ello Carrasquilla, Fernández, Rivera, De la Parra, Romero y Vallejo. Tomás Carrasquilla es un autor poco reseñado, posiblemente porque su obra más conocida, *Frutos de mi tierra*, es de 1896. El caso de Macedonio Fernández, al cual encontramos escasísimas referencias -aparte de la obra de Sánchez es solamente mentado en Berenguer y Bogliano- sea posiblemente explicable gracias a su naturaleza de escritor “inclasificable” que escapa de los cánones tradicionales.

³⁶⁸ “Rómulo Gallegos, pertenece a la familia de nuestros Balzac. En él se impuso lo español (...). Gran prosista eso sí, y de los más ricos y mejores” (141). Sánchez aprovecha para mentar algunos de los escritores importantes de las letras americanas que por estar vivos no figuran en su estudio. Pero igualmente resulta interesante la frase “en él se impuso lo español”. Dedicó igualmente un capítulo a Macedonio Fernández (1874-1952) y a César Vallejo (1892-1938) del cual básicamente se refiere a su faceta de poeta.

³⁶⁹ Nótese que Ricardo Güiraldes es uno de los ausentes en la selección de Sánchez.

Isaacs y unos pocos (...) En él [Rivera] halló América, más que un intérprete o vocero, un médium. Su involuntario sino es el de un iluminado (255-256).

De Teresa de la Parra (1890-1936), Sánchez cita y comenta sus dos novelas, *Ifigenia* (1924) y *Memorias de Mamá Blanca* (1929), la cual de algún modo continúa la historia de la primera. Con *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, obtuvo el premio del concurso de autores americanos de novela en París y conquistó la fama continental y parisiense (259).

Alaba el estilo de la venezolana por su concisión de reminiscencia francesa y por una sencillez mezcla de naturalidad y elaboración (262) y la sitúa en esa tradición de mujeres prosistas que hablaron de sí mismas –como por ejemplo “Clorinda Matto, que en pleno auge naturalista, había construido su *Aves sin nido*, a base de experiencias personales directas” (262) aunque no se confesaran con la intimidad irrestañable de Parra, sin cuya existencia, continúa Sánchez, quizás no hubiesen aparecido Trina Larrade, Chela Reyes, María de Villarino, etc. (262).

Sánchez comienza el capítulo de José Rubén Romero (1890-1952) sentenciando que “no es el novelista de la Revolución, pero sí el del México revolucionario” (263), puesto que en sus seis novelas capta las esencias populares de México (266)³⁷⁰.

3.2.3.1.1.21. Literatura española e iberoamericana: Segundo año de Bachillerato.

Quinto curso CC.LL., de Alfonso María Landaraech (1958).

³⁷⁰ Comparado con el resto de los grandes escritores de la Revolución: “frente al pesimismo de Mariano Azuela, el empuje cruel de Martín Luís Guzmán, los relatos folkloristas de G. López y Fuentes, la intención épica de Mauricio Magdaleno, la vivacidad cinematográfica de Rafael Muñoz, el humor irónico de Jorge Ferretis, se alza la picaresca de J. Rubén Romero, un hombre que contó solamente lo que sus ojos vieran, lo que sus lomos aguantaran y sus risas amargas celebraran” (266). Y concluye afirmando su grandeza: “si alguien pudiera reclamar en la novela mexicana el derecho a la primogenitura de Lizardi, no sería Mariano Azuela, con toda su espléndida fuerza, sino José Rubén Romero, por su picardía, su casticismo y su riqueza idiomática” (271), por su incomparable lirismo y su fluidez sin que ha contribuido a “enriquecer, sin convulsiones ni estridencias, el majestuoso y seguro caudal de la narración popular americana” (272).

La obra de Alfonso M^a Landaraech citada a continuación, es un ejemplo peculiar. Se trata de un libro de texto de literatura del externado de San José de San Salvador de 1945, según el programa oficial del 2º año de Bachillerato, sin embargo, publicado en Valencia por Ecir en 1958. Resulta interesante al ser un libro de texto hispanoamericano pero publicado en España y con una visión muy limitada y simplista de las letras americanas, en especial sobre novela. De las casi 200 páginas de la obra, 126 son de literatura española y 61 de la hispanoamericana. Para nuestro estudio solo nos concierne el último capítulo, y concretamente, la primera parte, que alude a *La vorágine*, *Don Segundo Sombra* y *Doña Bárbara*³⁷¹ y ³⁷².

José Eustasio Rivera es visto como el gran poeta colombiano que resulta igualmente “un notable escritor realista que marca una nueva etapa en la historia de la novela americana” (195) con *La vorágine*, “tenida por la novela más intensa y genuinamente americana” (195). Landaraech establece un paralelismo entre el protagonista de la novela y su propio autor;

La vorágine es la apoteosis de la selva virgen, la exaltación de una naturaleza salvaje que crea y mata con espantable inexorabilidad. Y ante esta naturaleza sublime, el hombre refinado en la ciudad –el poeta José E. Rivera, se siente arrebatado por una mezcla de terror y de entusiasmo (196).

Igualmente, Landaraech subraya la intención de Rivera de revelar y denunciar los crímenes y la situación de los caucheros (196). Esta y la propia selva terminan por ser más interesantes que el argumento original, lo que se considera propio de casi todas las novelas netamente americanas” (196).

De Ricardo Güiraldes comenta la que considera su obra capital, *Don Segundo Sombra*, perfecta interpretación del gaucho y al mismo tiempo ve, como en el caso de

³⁷¹ 8. El costumbrismo y el realismo en Iberoamérica (*Facundo*, *La vorágine*, *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*). La crítica, el ensayo (Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Martí y Rodó, Masferrer).

³⁷² Al repasar el capítulo 36 “Polígrafos, grandes críticos y ensayistas”, encontramos a Rufino Blanco Bombona, que aparte de autor de novelas como *La máscara heroica*, *El hombre de Oro* o *El hombre de hierro*, también fue poeta, narrador, periodista y, especialmente, crítico.

Rivera, como el autor se ha pintado, de cuerpo entero, en su novela (198). Don Segundo Sombra se convierte en más bien un mito que un ser humano de carne y hueso es el gaucho ideal, el símbolo de las pampas” (198).

Finalmente le llega el turno a Rómulo Gallegos, considerado como uno de los más grandes novelistas hispanoamericanos” (199). El venezolano muestra su maestría de escritor costumbrista en las descripciones de los valles venezolanos, retratando personajes que tienen vida propia (199). También cita a *Canaima*, a la que considera novela émula de *La vorágine* (200) y otras obras como *La trepadora*, *Cantaclaro*, *Pobre negro*, o *La brizna de paja en el viento*

3.2.3.1.1.22. *Claves de la literatura hispanoamericana*, de Guillermo de Torre (1959)

La última gran obra crítica generalista que revisitaremos son las *Claves de la literatura hispanoamericana* (1959), que no pretende historizar sus letras sino “descifrar ciertas posibles claves de interpretación que nos permitan avistar las constantes y los rasgos fisionómicos capitales de las letras hispanoamericanas” (8). Incluimos esta obra a pesar de haber sido publicada en 1959 por servir de colofón a nuestra mirada retrospectiva de las obras críticas españolas sobre Hispanoamérica. Además, es precisamente la polémica del meridiano del mismo Guillermo de Torre, la que inauguraba nuestro estudio. Entre estas dos fechas, sus circunstancias vitales han cambiado: se ha casado con la hermana de José Luís Borges, -con quién, no olvidemos, se había enfrentado intelectualmente a raíz del mentado artículo-, y se ha mudado a Buenos Aires, entre otros motivos, por razones políticas. España ha vivido el fin de una dictadura, una república, una guerra civil, y veinte años de franquismo.

El ensayo de De Torre parte del cuestionamiento sobre la independencia literaria de la América Española, así como su unidad. Para ello, además de su propia reflexión cita a autoridades como los americanos Henríquez Ureña, Uslar Pietri³⁷³, Luis Alberto Sánchez, Alfonso Reyes, o los españoles Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Julián Marías o Díez-Canedo, entre otros.

Para el autor, la característica fundamental de dicha literatura sería el “mestizaje”, entendido como amalgama de elementos, ya sea a nivel espiritual y de influencias –con una constante lucha dialéctica con lo español y una combinación constitutiva de americanismo y europeísmo–; el mestizaje estilístico, por la convivencia de elementalismo y refinamiento; y temporal, con un sentido particular del tiempo que rechaza la línea progresiva y teleológica europea por el asincronismo, las discontinuidades y la discordancia temporal. De Torre observa que se ha insistido mucho en la importancia del espacio americano en la literatura, y en cambio se ha ignorado el tiempo (30).

En lo que se refiere al concepto de unidad, De Torre recoge con agrado la frase de Díez-Canedo de “unidad y diversidad de las letras hispánicas” para hablar de la realidad hispanoamericana. Según De Torre, la literatura hispanoamericana nace con el mismo descubrimiento³⁷⁴ (13), y, como ya afirmaba Henríquez Ureña, sería el sustrato español el que determinaría la unidad básica de la familia hispanoamericana (18). Luego, gran parte de las diferencias que existen entre los países se deben a sus bases: las grandes culturas prehispánicas o bien las europeas (20). Para entender la literatura hispanoamericana es necesario, pues, no olvidar ni los elementos europeos ni los indígenas. Al mismo tiempo, sin pretender negar la individualidad de las literaturas

³⁷³ Sin embargo, las diferencias con el escritor venezolano son notables, el cual defiende, como ya hemos señalado, la total separación entre la literatura española y la americana, una diferenciación que empezó a partir del mismo momento del descubrimiento.

³⁷⁴ En cambio, según Uslar Pietri en *Breve historia de la novela hispanoamericana*, con el descubrimiento empezaba la diferenciación entre las literaturas americanas y peninsulares.

nacionales, contemplarla como conjunto permitiría una mayor comprensión y valoración, tanto entre las propias naciones americanas en sí, como a nivel internacional:

al amputar la tradición y las tradiciones y al acentuar sus diferencias e insistir en el predominio de los caracteres regionales o nacionales sobre los generales o hispanoamericanos en conjunto, se cierran a la comprensión de otras literaturas y otros países hermanos (50).

En lo que se refiere a la novela, considera que en el plano imaginativo, la novelística de los últimos lustros es probablemente el género que con más abundancia suma carácter y calidad (66) y acepta la existencia de una falta de reciprocidad en la atención por la parte de España (72).

3.2.3.1.2. Obras publicadas en España sobre literaturas nacionales concretas

3.2.3.1.2.1. Novelistas de Méjico, de J.F. Arias Campoamor (1952)

La intención de Arias Campoamor queda clara en el subtítulo: *Esquema de la historia de la novela mejicana (De Lizardi al 1950)*. Para el autor, que apoya su discurso en autoridades como José Vasconcelos o Enrique Díez-Canedo, la lengua española es factor de unión indiscutible entre todas las naciones hispanohablantes. Así, partiendo de la misma raza hispánica y compartiendo un pasado, la originalidad les ha progresivamente separado, lo que ha dado lugar a las diferentes características y caracteres de cada país hispanoamericano, aunque “acaso ninguno como Méjico representa una fisonomía más singularizada” (16).

Concretamente, es a principios del siglo XX en que “la voz mejicana se hace distinta, netamente distinta. Prolonga, sí, sus luchas del XIX, pero les da una profundidad social tensa, activa, austera y nueva (...) plasmadas su inquietudes sociales

y políticas” (17). En lo que se refiere específicamente a la novela, esta nacería fundida con el periodismo político de Lizardi, “maestro indiscutible de la novela mejicana y quien en verdad trasplantó el género novelesco al Continente americano” (17).

Tras una breve pincelada introductoria –o perfil como denomina al capítulo inicial en sí-, Arias Campoamor procede a exponer su resumen de la historia de la novela: rechazando posibles precedentes “oscuros” y afirma que “no hay novela en Méjico más que a partir del siglo XIX”. Así pues, inicia propiamente su esquema con Lizardi, pasando por Romanticismo, Clasicismo, Realismo, Naturalismo, Modernismo - deteniéndose especialmente en los denominados novelistas de la Revolución-, sin olvidar colonialismo e indigenismo. También ofrece espacio al cuento al género biográfico y termina con unas pinceladas sobre el panorama actual.

La novela mexicana del XX, según Arias Campoamor, aparece vivamente marcada por su guerra civil, que le concedió fisonomía propia, y a pesar de que no se pueda hablar aún de figuras universales, destaca el genio de Mariano Azuela (18), al que dedica un capítulo entero. Escritor semiignorado en su propio país, sería el mejor historiador, a través de obras de ficción, de la Revolución mexicana.

De entre su producción destaca *Los de abajo* y *La luciérnaga*. Esta última es presentada como “sumamente confusa en su primera parte y hay que adentrarse en el relato para que gane interés” (114). En lo que se refiere a su obra maestra, parafraseando a Torres Rioseco, es considerada como “la única capaz de resistir los embates del tiempo” (118).

En lo que se refiere a su recepción en la Península, el paralelismo con la realidad y la esencia de España son constantes:

Los españoles que leyeron *Los de abajo* antes de la guerra que estalló en 1936 la gustaron entonces, pero hoy la comprenderán mejor ante la pasmosa semejanza de los tipos mejicanos y españoles, como si las virtudes y defectos de una raza esencialmente guerrera hubiese permanecido intacta a pesar del mestizaje mejicano, o como si el mestizaje hubiera reforzado las cualidades esenciales que la raza ya tenía antes del cruzamiento (117).

Asimismo, va más allá al considerarlo, aunque siempre cualitativamente por debajo, como “la réplica mejicana de Baroja, con menos variedad de horizontes el mejicano, con menos fuerza creadora, con menos originalidad y variedad, pero de un contenido similar” (116).

Prosigue enumerando y comentando aspectos biográficos y bibliográficos de los novelistas de la Revolución, en especial en su relación con España y de las que denomina sus figuras principales: Gregorio López y Fuentes, Martín Luís Guzmán, José Rubén Romero y Rafael F. Muñoz, entre otros. Martín Luís Guzmán sería el más conocido en España, en donde publicó sus obras más importantes y colaboró en la Prensa, aunque no llegase a ser un novelista conocido y popular (124).

Arias Campoamor dedica un capítulo a las novelas coloniales e indigenistas. Incluye dentro del indigenismo a la literatura gaucha, “un movimiento poderoso que había que madurar espléndidamente en la hora actual en esa magnífica obra de Güiraldes *Don Segundo Sombra* y en las de Lynch” (148).

Finalmente, considera que en la época contemporánea conviven autores de varias generaciones: “una gran abundancia de novelistas, aunque de entre todos ellos no haya surgido la figura extraordinaria y ciclópea que sea síntesis de un período histórico y lo caracterice” (174).

Arias Campoamor concluye su estudio afirmando el valor y el vínculo con la literatura española de las letras mexicanas, cuyos novelistas son aún desconocidos en gran parte en la Península, salvo Azuela y algunos otros de la Revolución, y que ‘merece la pena’ conocerlos, estudiarlos y amarlos (...) y mucho más por nosotros, los españoles” (178), sin tener en cuenta si su literatura es mejor o peor que otras de lengua

española, lo que que sería un problema del “yo soy más que tú’, pueril, inútil y necio” (178):

Méjico no tuvo en su siglo XIX un Galdós, ni tampoco tiene en el actual un Pío –Baroja; pero descontadas estas figuras excepcionales, todas las demás son tan excelentes, tan mediocres o tan malas como las de cualquier otro país de madura cultura, con una circunstancia realmente significativa para nosotros: que esta literatura de mestizos conserva en su mezcla mucho de la sangre preciosa de la raza” (178).

El libro de Arias-Campoamor no pasó desapercibido en la prensa. Así, en el *Anuario de Estudios Americanos* de 1952 aparece una nota bibliográfica descriptiva de *Novelistas de Méjico*:

Comprende un esquema de la historia novelística mexicana que va de Lizardi a 1950 (...)Se procura dar breves datos de la vida de los autores y relación de sus obras, de muchas de las cuales se ofrece un extracto del tema (709).

Igualmente, en julio de 1952, *Índice* publica la reseña de G.Z.³⁷⁵ de *Novelistas en Méjico*, considerado como un estudio muy completo y documentado sobre la historia de la novela mexicana, comenzando por Fernández de Lizardi para terminar aludiendo a los valores actuales, tales como Guillermo Jiménez, Acevedo Escobedo, Gómez Robleda, José Meana, Martínez Ortega, María Luisa Ocampo, etc, un panorama literario considerado completo y abigarrado.

Y en *ABC*, el 27 de abril de 1952, en el “Censo de publicaciones recientes” (31-32), *Novelistas de Méjico* aparece reseñada como estudio completo y minucioso tanto por la información como por los “atinados juicios” de su autor, y de suma utilidad para el lector español al contribuir muy eficazmente al conocimiento en España del género novelesco en Méjico desde Lizardi hasta 1951 (31-32).

³⁷⁵ Posiblemente Gonzalo Zaldumbide.

3.2.3.1.2.2. *Literatura boliviana: Introducción al estudio de las letras nacionales del tiempo mítico a la producción contemporánea*, de Fernando Díez de Medina (1954)

La portada de la obra es bastante neutra y con motivos decorativos y geométricos. Sin embargo, incluye un dibujo de unos laureles, que podría ser una alusión a la excelencia de la literatura: las coronas triunfales de Apolo, señal de victoria en la mitología y cultura griega clásica. La solapa repasa la vida de su autor, intelectual miembro de la generación de la fe, generación post-guerra del Chaco y muy comprometido con su país y su reconstrucción, y se destaca su libro *Nayjama*.

El prólogo, de la mano del Dr. Hugo Bohórquez R. -profesor de Filosofía e Introducción a Derecho de la Universidad Tomás de Frías de Potosí-, escrito en La Paz en 1954, es igualmente un panegírico a Díez de Medina: “hombre de pensamiento y hombre de acción, el más representativo valor de las nuevas generaciones bolivianas” (12).

Para el Dr. Bohórquez hay una importante diferencia en el origen de los escritores. Considera que los europeos son profesionales o al menos especialistas de un género literario. En cambio, en América del Sur, dónde es la emoción la que reina, “hombre y escritor se confunden en el desorden general de la vida criolla, y es difícil darles clasificación” (11).

En lo que se refiere a *Literatura boliviana*, afirma no ser una simple obra didáctica o de investigación, sino que es un vasto retrato, ágil y movido de Bolivia a través de su pensamiento (19) que ha sido adoptada como texto oficial en los colegios nacionales de secundaria (20)³⁷⁶.

³⁷⁶ Igualmente, cita las réplicas españolas a dicha obra: “*Cuadernos Hispanoamericanos* lo califica de ‘canto coral donde se funden y armonizan el indio y la encrespada Naturaleza. Obra maestra de la

Pasemos a la obra en sí. En la Introducción, Fernando Díez de Medina se dedica tanto a analizar el concepto de literatura nacional en Hispanoamérica como a trazar el pasado prehispánico de Bolivia. Nos interesa especialmente la pregunta sobre la existencia o no de las literaturas nacionales en Sudamérica, cuya respuesta, según Díez de Medina, depende del enfoque, y se detiene a comentar los puntos de vista de los “negadores” y de los “afirmadores”³⁷⁷. Ante esta dualidad de opiniones, Díez de Medina propone el término medio: “Hay una literatura boliviana, no tan famosa como piensan algunos ni tan ignorada como creen otros” (34), que no sigue tendencias ni escuelas definidas (34). A la hora de hablar del camino a seguir, apunta que “solo podremos hablar de una genuina literatura nacional, cuando, en vez de simples contempladores, nos convirtamos en modeladores el cosmos circundante” (39). Considera asimismo el telurismo y el folklorismo como

dos caminos para alcanzar el horizonte nacional. Telúrico es lo que brota del fondo de la tierra, volver al propio núcleo para extraer savias entrañables; folklórico es lo epidérmico y circunstancial, la anécdota. La literatura boliviana debe partir de lo telúrico-ancestral. La vuelta a la tierra es un imperativo biológico, porque toda la cultura se origina en la tierra –Spengler-, y si queremos incorporarnos a la geografía literaria del planeta, debemos comenzar por ser fidedignos en la expresión de lo que somos (40).

La literatura boliviana ya tiene lo primordial: tema y sujeto ricos de novedad y sugestión. Solo falta una técnica madura para expresarlos (40). Otras dificultades para la unidad que expresa en el segundo capítulo, son la abrupta geografía nacional, que dificulta la coordinación regional, la no homogeneidad de la raza y la constante y desigual lucha entre el hombre y una naturaleza excesiva.

reivindicación del alma india” (18), y *Mundo Hispánico* la ve como “una verdadera rapsodia boliviana. Un excelente poema en prosa lírica, impecable” (18).

³⁷⁷ Los negadores aceptan que hay buenos libros y con mensaje propio en cada país como *La vorágine*, *Don Segundo Sombra*, *Raza de bronce* o *Doña Bárbara*, pero que son la excepción a una mayoría mediocre, debido en buena parte a la división política en pequeñas repúblicas, la heterogeneidad de razas y lenguas, el analfabetismo y la ausencia de un ideal colectivo (30): falta originalidad en las ideas y en la técnica (31). Los afirmadores conciben que “la historia de la literatura es la historia del alma humana, y por lo tanto, donde hay un pueblo organizado, habrá una tradición literaria que lo exprese, ya sea oral o escrita (31). Denuncian el enjuiciamiento europeo, puesto que no sirven los criterios europeos para la realidad criolla, cuando hay un hecho indio y un fenómeno mestizo que se entrecruzan con la urdimbre occidental (32). Existe, pues, una cultura sudamericana en formación y unas literaturas nacionales que lo expresan (33).

En lo que se refiere a la historia de las letras bolivianas en sí, a pesar de que Díez de Medina se ocupa desde sus orígenes, a nosotros solo nos concierne el segundo tercio del XX, que encontramos en los tres últimos capítulos. Su discurso peca en ocasiones de un cierto desorden y de repeticiones o de aclaraciones y añadidos a comentarios anteriores. De los autores comentados, nos detendremos solamente en Alcides Arguedas, que aparece, con apartado especial, en el capítulo XI “El siglo XX: realistas y exotistas”, por su gran influencia en el moderno pensamiento nacional (274). Escritor polifacético, se dedicó a la historia, la novela, la sociología, el ensayo y la crítica. Gracias a sus viajes a Francia y España entró en contacto con sus literatos y publicó sus primeros libros en Madrid para conseguir difusión internacional. De entre sus obras, destaca *Raza de bronce*, su mejor novela y de proyección continental. Arguedas es el primero que novela el indio, su sentir y su drama y se convierte en el precursor del movimiento nativista americano (278).

Díez de Medina habla, entre otras, de la novela de la guerra del Chaco, a la que le sigue una floración de la novela social e indigenista (368). En este sentido, el autor se plantea la posibilidad de haber llegado a un estado de saturación en la literatura indigenista a nivel continental –cita a Mariano Azuela y Martín Luís Guzmán en México; Enrique López Albújar y Ciro Alegría en Perú; Rómulo Gallegos en Venezuela; Jorge Icaza, Joaquín Gallegos Lara y Demetrio Aguilera Malta en el Ecuador; o bien los nacionales Alcides Arguedas y Jaime Mendoza (368)-, y termina hablando del panorama actual de la novela boliviana³⁷⁸.

En las “Reflexiones finales”, Díez de Medina afirma que “hemos producido algunos de los mejores y muchos de los peores libros del hemisferio sur. Nuestra producción media es todavía una masa amorfa, incolora, perdida en la garrulería

³⁷⁸ No añadimos más detalles de autores y obras porque nuestro objetivo no es el de trazar un panorama concreto y exhaustivo de la literatura boliviana, sino comprender los juicios generales y la interpretación de la narrativa hispanoamericana.

continental” (383). En respuesta a las críticas de los negadores, declara la existencia de una literatura boliviana naciente, aún en formación y rechaza que la naturaleza predomine sobre la cultura, puesto que se ha comenzado ya el análisis de los conflictos sociales y espirituales.

En el número 54 de junio de 1954 de *Cuadernos Hispanoamericanos*, Carlos Peregrín F. Otero critica la obra de Fernando Díez de Medina por su falta de sistematización y expone la necesidad de estudiar y clasificar la literatura hispanoamericana por países para poder llegar a identificar las obras maestras del continente:

el nutrido libro de Díez de Medina pone bien de manifiesto la necesidad de historiar por países la literatura hispanoamericana, hasta lograr síntesis nacionales (la obra de Díez de Medina no lo es, pues carece de la suficiente decantación y de una exposición sistemática y ordenada) que permitan elaborar la síntesis hispanoamericana definitiva, según una rigurosa escala de valores que permita distinguir la obra del mero intento o del logrado esbozo (341-342).

3.2.3.1.2.3. *Hombres y letras de Venezuela*, de Arturo Uslar Pietri (Caracas 1948, Madrid 1958)

La obra del escritor venezolano fue publicada por primera vez en 1948 en Caracas. Es al cabo de diez años que aparece una edición española, a cargo de la editorial Edime, con sede tanto en Caracas como en Madrid. En la nota a esta segunda edición, se asegura que a pesar de la incursión de nuevos trabajos –lo que la aumenta considerablemente- la obra no aparece desnaturalizada (9) y tampoco esta vez tiene pretensiones de historia literaria, para lo cual sería incompleta y demasiado versada en los hombres y los sucesos (9).

En el preámbulo de la primera edición, también incluido en la presente, queda claro el posicionamiento de su autor sobre la literatura hispanoamericana: “Ya nadie

duda de que existe una literatura hispanoamericana fuertemente caracterizada con rasgos propios de la que no puede hablarse de ningún modo como de una provincia de la literatura española (11). Admite que las letras americanas tienen mucho en común y que puede hablarse de ellas en conjunto, pero también la existencia de diferencias de tono, matiz y sentido entre las distintas nacionalidades (12).

En lo que se refiere a la novela, va más allá al afirmar que “la novela hispanoamericana es hoy la más importante de lengua española; y, dentro de ella, ninguna aventaja a la novela venezolana” (129). Desde el comienzo del siglo, puede hablarse ya de un movimiento de conjunto, que cobra “vigor social y sentido nacional” (129).

Considera que los rasgos que permiten el nacimiento y el desarrollo de la novela venezolana, e hispanoamericana en general, son el realismo -“ven la realidad con ojos de forastero. Andan a la caza de lo pintoresco, lo curioso, el color local” (134)-; la permanencia de lo romántico, que llega a ser casi como una segunda naturaleza de los hispanoamericanos, con preferencia por el personaje rebelde, el prometeico, el héroe civilizador, -personajes que son a menudo símbolo; y la voluntad de reformismo. Los conflictos esenciales del héroe novelesco son contra la naturaleza -una naturaleza terrible, poderosa, rodeada de un sentimiento trágico-, o bien sociales, siguiendo el modelo ya apuntado por Sarmiento en *Facundo*, de civilización contra barbarie. De los tres elementos constitutivos del género novelesco, en la novela americana, el más importante es el ambiente, el clima material o moral; el personaje viene luego, casi siempre como una respuesta a ese ambiente, y finalmente, la trama es lo menos importante (137).

En lo que se refiere a escritores en sí, se extiende con Rómulo Gallegos, a quién dedica varias páginas. Por haber conseguido “concebir y lograr la novela como un todo

artístico en su difícil complejidad” (144). Considera que todas sus obras –menos a caso *Cantaclaro*- siguen la misma estructura: el escenario natural venezolano presentado a través de un conflicto ético y sentimental, que se combina con la pugna reformista entre civilización y barbarie, en un relato lento, equilibrado y medurado (145). Asimismo, sus obras muestran una vasta galería de cuadros regionales de Venezuela: el llano y el cafetal en *La trepadora*, la selva de la Guayana en *Canaima*; el Barlovento en *Pobre negro*, y el lago de Maracaibo de *Sobre la misma tierra*. “Gallegos cierra (...) el equilibrio y la fusión de las corrientes que se habían separado en el criollismo naturalista y el modernismo artístico. Su obra cumple además la gran misión de presentar la novela venezolana a la atención universal” (146), consagración que le llega con *Doña Bárbara* en 1929.

Aparte de Gallegos, menciona, entre otros, a Rufino Blanco-Fombona, con su “naturalismo satírico, despectivo y despiadado” (138) y a Teresa de la Parra, a quién dedica un capítulo para hablar del carácter testimonial, de una época, de un orden social y de la situación de la mujer, de su viva y rica obra.

La monografía de Uslar Pietri es reseñada por Carlos Sentís en “Venezuela piedra de toque. La cuna caraqueña” (*Destino*, 7 enero de 1950, núm. 648). Según Sentís, solo son citados tres nombres dignos de mención: Blanco-Fombona, Gallegos y el mismo Pietri, y crítica sutilmente el orgullo del autor al asegurar que la novela venezolana es la más importante de lengua española (3).

3.2.3.1.2.4. *Proceso histórico de las letras cubanas*, de Juan José Remos (1958)

La obra del cubano Juan José Remos *Proceso histórico de las letras cubanas* fue publicada en Madrid en 1958 por la editorial Guadarrama, aunque Remos había ya

escrito varios estudios sobre literatura cubana en su país de origen. Pretende abarcar la historia literaria de Cuba desde sus orígenes hasta la actualidad.

Antes de analizar el contenido en sí, fijémonos en la “Justificación”. En ella encontramos un énfasis en el vínculo con España –de idioma, religión y cultura, así como de tradición literaria-, aunque subraya fuertemente la especificidad y autonomía de la literatura cubana y de las otras repúblicas hispanoamericanas. Estas diferencias serían fruto del medio –naturaleza, clima, historia, raza, etc-. No obstante, asegura que sus fuentes principales están en la literatura española, porque es “nuestra propia lengua” (12). El idioma sería el vínculo más fuerte entre ambos continentes y el mejor instrumento de su cultura. Remos, quién fue miembro de la Academia Cubana de la Lengua, elogia igualmente la Real Academia Española y su labor rectora³⁷⁹.

Para poder formarse un criterio cabal de cualquiera de las literaturas nacionales de Hispanoamérica asegura ser necesario conocer la realidad hispanoamericana (13):

Como las demás literaturas americanas, de cualquiera de los idiomas que hablan las naciones del Continente, la cubana es una literatura trasplantada. Sin embargo, de esto a afirmar que sean ramas de la literatura originaria de la lengua en que se han producido, hay un abismo. Las letras de América alcanzan su fisonomía propia, su expresión peculiar, su don exclusivo; producto de su naturaleza, de su historia, del tipo humano, que surge de la mezcla de razas, bajo la influencia del clima; todo lo cual hace cuajar en cada país de América su complejo estético (11).

Para sus afirmaciones, se apoya en autoridades como Pedro Henríquez Ureña, Miguel de Unamuno o Raimundo Lazo. Y defiende la justa medida como posición ideal a adoptar, una mezcla entre el espíritu hispanoamericanista en general y el espíritu nacionalista de cada república: “Sostenemos la autoctonía americana. Debemos partir de estas premisas: pertenecemos a la cultura occidental, y pertenecemos, unidos por el hilo hispánico” (14). Seguidamente, procede a una sintética descripción del clima, la geografía, y las razas y mestizaje cubanos.

³⁷⁹ La lengua española es “el nexa que más vigorosamente la vincula hoy a la metrópoli de ayer y por medio de su Academia de la Lengua, colabora en esa defensa, al igual que los otros países de su idéntico rigen, con la Real Academia Española, que es la institución matriz, que por su precedencia y su eficaz historia, bien merece la rectoría” (15).

En lo que se refiere a la obra en sí, su intención es la de transmitir la historia de las letras cubanas desde sus orígenes a la actualidad: “nuestra única preocupación es dar a la información de quienes nos ignoran la noción de un proceso que justifica la personalidad de un pueblo” (22). Para encontrar referencias a autores de nuestro período de estudio, debemos acudir al capítulo “Nuestro siglo” en donde en el apartado 3, “La novela y el cuento”, aparecen listados los novelistas que considera más significativos, clasificados por subgéneros y no por generaciones. Algunos aparecen remarcados, otros solo citados, y en muchas ocasiones los autores y obras comentados son anteriores a nuestro período. En general, menciona a relativamente pocos escritores³⁸⁰. La obra no presenta apartado de conclusiones.

3.2.3.1.3. Obras publicadas en España dedicadas a autores concretos

Veamos algunas obras dedicadas a autores individuales. No solo nos interesan por la valoración del autor en sí, sino también porque en las obras aparecen otros tipos de enjuiciamiento, sobre literatura americana, sobre nomenclatura o sobre las relaciones con España.

3.2.3.1.3.1. Vida y literatura de Rufino Blanco-Fombona, de F. Carmona Nanclores (1928)

La obra de Francisco Carmona Nenclores, publicada en 1928 en Madrid por Mundo Latino pretende repasar la vida y la obra del escritor de origen afincado en

³⁸⁰ Entre ellos a Luis Rodríguez Embil, Gustavo Robreño, Raimundo Cabrera, Carlos Lobería, Luis Felipe Rodríguez, Enrique Serpa, Miguel de Carrión, Dulce Maria Loynaz, Ofelia Rodríguez Acosta, Enrique Labrador Ruiz, Alfonso Hernández-Catá, Alejo Carpentier –el cual tiende a lo mágico y lo fantástico (274)-, Lino Novas Calvo, etc.

España desde 1914. Sin embargo, no nos encontramos ante un estudio exhaustivo y objetivo, sino ante una narración personal y subjetiva, casi retórica. A la hora de valorar al escritor, admite su calidad polifacética: “pocos escritores contemporáneos reúnen la cantidad de facetas que Blanco-Fombona posee” (65), y lo ve como un novelista de estirpe balzacuiana” (101) que va de la vida a la literatura, al contrario que Balzac (103). En cuanto al estilo y a la técnica afirma que esta no existe para él (107) y que su literatura es un poco de todas las escuelas sin pertenecer a ninguna (108).

Pero la obra de Carmona Nanclares no solo habla de Blanco-Fombona, sino que también pone sobre la mesa el vínculo cultural entre España e Hispanoamérica y el papel que esta ha y sigue desempeñando. Todo ello puede observarse en el vocabulario y expresiones utilizadas, tales “nuestros hermanos de América” (23), como en explicaciones como la siguiente:

España creó una civilización en Ultramar, y esta civilización, que se expresa en lengua española, produce algunos frutos buenos, regulares otros, malos muchos, pero casi todos con un acento característico que no podemos desconocer. Tampoco podemos negar sistemáticamente a aquellos autores, a menos de aminorar la obra de nuestro esfuerzo civilizador en la historia del mundo. Ese absurdo ha venido cometiéndose; es hora de que cese. Pero no debe sustituirlo un absurdo nuevo: la idea de que todo lo que se produzca en España debe de ser por fuerza superior a todo lo que se produzca en América, o de que todo lo que se produzca en América debe ser un simple eco de España o un opaco remedo de lo nuestro.

Nosotros somos un pueblo de muy superior cultura literaria a las Américas de lengua española y de lengua inglesa; pero ellos tienen una sensibilidad que no es la nuestra y producen personalidades de primer orden (...)” (63).

Igualmente transcribe la visión de España de Blanco-Fombona:

España es un pueblo que posee este taro diamante: carácter. Unos la aman; otros no. Pero nadie puede quedar indiferente ante ella.’

Y sigue Blanco-Fombona: ‘El defecto máximo de España, si ello fuera defecto –consiste precisamente en un exceso de personalidad (...). Tampoco le interesan cosas ajenas, los otros pueblos. Vive en sí, para sí, carece de curiosidad’(181).

En lo que se refiere a las formas de nombrar el continente, utiliza tanto Hispanoamérica, como “Las Américas” –con o sin el especificativo de “de habla española”, pero también de forma sinónima el adjetivo “latinoamericano”, como por ejemplo en el sintagma “letras latinoamericanas”.

3.2.3.1.3.2. *Carlos María Ocantos y su obra*, de Theodore Andersson (1933)

Theodore Andersson, profesor de Yale, realiza un estudio de la obra del argentino afincado en España Carlos María Ocantos. Dicho texto será traducido del inglés por Francisco Aguilera y publicado por la SGEL en 1933. Se trata de un panegírico del escritor al que se considera “uno de los padres de la novela argentina” (11) y un análisis de su obra –en concreto las *Novelas argentinas*- de acuerdo con las tres tendencias que según Andersson conforman las letras americanas: el americanismo, los elementos franceses y el españolismo, y de las cuales la producción de Ocantos es perfecta síntesis. Sin embargo, asegura el profesor, es precisamente lo castizo lo que más llama la atención del lector y le imprime carácter e individualidad (29)³⁸¹. En especial, se extiende en el paralelismo con Galdós y el realismo peninsular, y asegura que, como su compatriota Manuel Gálvez, tiene la visión de una “España donde todavía perdura intensa vida espiritual” (194).

La obra incluye asimismo un boceto biográfico del novelista y se inicia con una introducción sobre la literatura hispanoamericana, en donde se extiende en explicar la corriente “americanista”. Así, considera que su mejor definición es la proclama de Esteban Echeverría de 1834 y que reivindica la necesidad que la poesía [o la literatura en general] refleje los colores de la naturaleza, costumbres, ideas, sentimientos, pasiones y cultura propios y circundantes (18). Dicha demanda, aunque referida originariamente a la poesía, es extensible al resto de géneros y se convertirá en punto de partida de la crítica literaria hispanoamericana. Desde este punto de vista, el americanismo en literatura sería “la cualidad que refleja la idiosincrasia del pueblo y las

³⁸¹ “Inconfundibles por lo típico e indígena del tema y argumento, impregnadas de fervoroso patriotismo y de devoción por la tradición española que mantiene unida a Hispano América, y escritas en un estilo derivado de la rancia cultura del Viejo Mundo, las *Novelas argentinas* constituyen un monumento único e imponente de americanismo literario” (192).

peculiaridades del medio ambiente” (55). Andersson continúa señalando que “los iberoamericanos, con razón, consideran a este elemento indígena la esencia misma de su expresión literaria, y, por lo tanto, en una forma u otra, lo cultivan como un ideal” (55).

Sopresa que la influencia francesa se justifica por su supremacía en las letras y las artes y por lo formal, racional y emulador de su pensamiento (21) y la española, algo natural y latente, es mucho menos insignificante de lo que quisieran mucho críticos (28).

3.2.3.1.3.3. *María Enriqueta y su obra*, de Ángel Dotor (1943)

Otra personalidad literaria muy popular en la época y a la que se dedicaron numerosos elogios y homenajes, es la de María Enriqueta Camarillo Roa de Pereyra, de cuya vida y obra se ocupa Ángel Dotor en *María Enriqueta y su obra*, publicado por Aguilar en 1943. El crítico procede a describir su estilo y temas, así como a referir varios artículos aparecidos tanto en la prensa peninsular - *El Sol*, *El heraldo de Madrid*, *El Debate*, *La Tribuna*, *La Libertad*, etc.- como internacional, en especial, la americana, elogiando la escritora. También dedica un capítulo a la erección del monumento a la escritora en su ciudad natal y la repercusión que tuvo en la prensa de América y España.

Su juicio es contundente: María Enriqueta es, “sin duda alguna, la más ilustre escritora de América. Esta genial artista, en quien no se sabe qué admirar más, si el sentido lírico y humano de su prosa o la alquitarada perfección de su verso, cuenta con una labor muy sólida” (7).

3.2.3.1.3.4. *Procedimientos y técnicas en Rómulo Gallegos*, de José Vila Selma (1954)

La obra de José Vila Selma, *Procedimientos y técnicas en Rómulo Gallegos*, fue publicada en Sevilla, por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos en 1954. Englobada dentro de la colección Mar Adentro, el símbolo de la cual son unas líneas ondulantes como el océano y una rosa de los vientos, de ella se habla en la solapa:

La colección Mar Adentro se propone presentar –como último resultado de una elaboración investigadora completa- una serie de monografías de síntesis sobre el pensamiento hispanoamericano.

La Historia de América está exigiendo una imprescindible labor de interpretación capaz de poner en claro, con nervio y rigor, el auténtico existir histórico de los pueblos hispánicos (s/p).

Al cual contribuirá dicha colección publicando obras de autores de ambos lados del Atlántico y que atañan a temas filosóficos, jurídicos, literarios, artísticos, sociales y culturales de América.

La solapa también nos informa de que la presente obra fue la tesis doctoral de su autor –junto con algunas líneas acerca de su biografía-, y que plasma

con la técnica más rigurosa y nueva de la crítica, todo lo que es valor ‘monumental’, arte, poesía, en la creación de ‘Rómulo Gallegos’. Nos expone –y nos hace evidente con un rico y precioso caudal de textos- la visión e interpretación de la realidad, las sensaciones internas, el mundo ideológico, los temas, etcétera, de este novelista excepcional que partir de ahora podrá ser mejor conocido y admirado por sus muchos lectores (s/p).

En la Introducción crítica la ausencia de una crítica literaria americana: opina que la problemática hispanoamericana está todavía por elaborar (V), ya que aún falta una crítica literaria operativa, que señale la verdadera significación y el camino que abren cada uno de los momentos y de cada una de las obras literarias hispanoamericanas (VII). Esta sería la intención de la presente obra, puesto que en la actualidad, un escritor como Rómulo Gallegos se presenta como “una individualidad más en el paisaje literario hispanoamericano, en el que tantas obras personales se yerguen en medio de la indiferencia general. Y aún de la incomprensión” (VII).

Considera asimismo que para acercarse a la personalidad de la cultura hispanoamericana es importante estudiar el problema de la originalidad literaria, y el de las influencias españolas y europeas recibidas, la primera vista como natural y formando parte de una gama de realidades interdependientes, mientras que la influencia europea, para darse, precisaba de otros factores y de hecho, no todos los movimientos europeos se trasladaron a América (VI).

Vila Selma estudia la luz, las sensaciones internas, la naturaleza y las referencias literarias en las obras de Rómulo Gallegos. Subraya la importancia de la luz en la obra del argentino, que adquiere connotaciones y usos metafóricos, y cómo las sensaciones internas de los personajes, explícitas o implícitas, condicionan sus conductas y el desarrollo del relato. En lo que se refiere a la naturaleza, es de una importancia narrativa clave en sus novelas, una naturaleza que alcanza rango mítico e influencias místicas³⁸² y que Vila Selma diferencia del paisaje.

Las novelas galleguianas conseguirían desencadenar su vigor contra “una sociedad apática e indiferente, que oprimía la idiosincrasia nacional” (167). Y es que para Vila Selma, toda la temática de Gallegos se puede resumir en que “el universo no es extraño al hombre” (179).

La obra de Vila Selma es un estudio detallado de la obra de Gallegos desde una perspectiva bastante novedosa a la vez que rigurosa y objetiva. El autor pretende encontrar constantes en las novelas, sin embargo no presta atención al lenguaje como

³⁸²Dicha naturaleza aparece muchas veces por endopatía, es decir, “la semejanza entre la vida natural del protagonista y aquella con que la naturaleza exhibe su magnificencia viva” (51), o bien por personalización, y él mismo crítico las clasifica en personificaciones directas, auditivas visuales y táctiles, descriptivas y argumentadas o verbales y adjetivadas. Igualmente, apunta que “en Rómulo Gallegos vamos a encontrar una tendencia hacia la Naturaleza, un afán de acercarse a ella; porque es lógico que un escritor venezolano de las calidades de Gallegos, se sienta atraído por la magnificencia de la naturaleza, en sus dos formas predominantes en Venezuela, la selva y la llanura” (76).

han hecho otros críticos. Destaca asimismo su actitud sin pretensiones paternalistas ni de superioridad española.

3.2.3.1.4. Obras críticas no publicadas en España

A continuación mencionamos una serie de obras críticas escritas por autoridades en la materia como Arturo Torres Rioseco, Pedro Henríquez Ureña o Enrique Anderson Imbert, todos ellos hispanoamericanos, y publicados en América. Se trata de estudios de gran profundidad y envergadura que obtuvieron especial resonancia y trascendencia en la época –hoy en día son considerados clásicos-, y que fueron reseñados en la prensa cultural peninsular y a los cuales, de forma indirecta, ya hemos ido haciendo referencia. A pesar de no haber sido publicados en España, la existencia de los comentarios atestigua que fueron leídos y difundidos en la Península y que pudieron influenciar en la interpretación y recepción crítica española de la literatura hispanoamericana. Por lo tanto, resulta pertinente que nos ocupemos, no de las obras en sí, sino de las opiniones recabadas sobre ellas en los medios de comunicación intelectual peninsulares.

3.2.3.1.4.1. La gran literatura iberoamericana, de Arturo Torres Rioseco

La gran literatura iberoamericana aparece en Buenos Aires en 1945 de la mano de EMECE editores. El *Anuario de Estudios Americanos* de 1946, José Vila Selma aplaude la clasificación de Arturo Torres Rioseco de la novela por temas: novela realista, de la ciudad, artística, filosófica, psicológica y de la tierra, la cual se dividiría en tres subgrupos: “novela de la tierra propiamente dicha”, con *La vorágine* como

máximo representante; “novela gauchesca”, con *Cantaclaro* donde coincide también un sentimiento de la tierra y *Don Segundo Sombra*; y, finalmente, “novela de la tierra humana”, con *Reinaldo Solar* como paradigma, “cuya arquitectura está integrada no solo por una endopatía de la naturaleza, sino que también incluye ideología nacionalista” (1259).

Igualmente contamos con la reseña de la catedrática lusófila Pilar Vázquez Cuesta del 15 de septiembre de 1949 de la revista *Ínsula*³⁸³. Vázquez Cuesta admite que

escribir una historia de la literatura hispanoamericana no es tarea fácil. El autor cuenta siempre con demasiados datos que le impiden una visión esencial y nítida del tema. Excesivamente próxima en el tiempo y esparcida en el espacio a través de más de veinte naciones separadas por selvas, mares o cordilleras, pero unidas con el vínculo común de una lengua y una cultura, ofrece tal cantidad de nombres, en apariencia sueltos y desligados, que solo la labor de selección y jerarquización resulta ya abrumadora. Sin embargo, como dice en el prefacio de su libro el señor Torres-Rioseco, transcurridos los días de simple imitación de moldes extranjeros, la literatura de la América Latina está entrando en su Edad de Oro. (...) Por eso, es lo mejor de la literatura iberoamericana retrato acabado y fiel del ser moral y físico del continente: primitivismo y grandiosidad, profusión y sorprendentes panoramas (4).

Se trata de una obra concebida para estudiantes norteamericanos pero que según la reseñista puede resultar muy útil para el público español. En lo que se refiere a la novela contemporánea, el estudio es juzgado

desapasionado, ecuánime y completo (...). El enorme valor poético y social de la novela de la tierra, la novela del personaje masa, es puesto de relieve sin desdeñar la importancia de la llamada artística o psicológica, expresión de un fenómeno real de la vida al sur del Río Grande, el carácter aristocrático y minoritario de la cultura, e imagen también de la verdad americana a través de microcosmos individuales (4).

El 15 de septiembre de 1951 de *El Correo Literario*, Santiago Magariños se refiere a la misma obra como excelente historia que abarca toda la literatura hispanoamericana en bloque y que “ha sabido condensar en breves fronteras todo el alma y sentido de la literatura tan unida a la nuestra y a nuestro modo de pensar y sentir, por la comunidad de origen y lengua como por su valor intrínseco” (8).

³⁸³ Ya hemos mencionado que es precisamente en este artículo de Pilar Vázquez cuando aparece en *Ínsula* el apelativo América Latina sin ninguna connotación peyorativa, sino como mero sinónimo de Hispanoamérica.

Incluso en la monografía de Berenguer Carisomo y Bogliano aparecen comentarios a *La gran literatura iberoamericana*, a la que califican de “extenso y penetrante estudio” (200), y exponen su triple clasificación en novelas de la tierra, de la ciudad y del modernismo.

3.2.3.1.4.2. *Las corrientes literarias en la América Hispana*, de Pedro Henríquez Ureña

Las conferencias pronunciadas por Pedro Henríquez Ureña en la cátedra Charles Eliot Norton de Harvard fueron publicadas en inglés en 1945 y aparecieron en español en 1949 bajo el título de *Las corrientes literarias de la América Hispana*³⁸⁴.

Berenguer Carisomo y Bogliano la describen como “magistral estudio” (208) que destaca cómo las letras hispanoamericanas reflejan la lucha contra la naturaleza y el esfuerzo por dominarla (208).

En enero de 1950, en el número 10 de *Revista de Indias*, Jorge Campos también la reseña. Según Campos, nos ofrece “la más clara visión de conjunto de las literaturas de los países de habla hispana” (399). Campos se hace eco del desconocimiento de la literatura americana en España, como consecuencia de las guerras por la independencia, sin embargo, resalta que en la actualidad la literatura hispanoamericana ha logrado conseguir la atención merecida en Europa, habiendo incluso recibido un premio Nobel una escritora chilena, (400), nación “hermana”. En lo que se refiere a la novela, considera que es el género más original, puesto que “se ha desgajado más fuertemente del tronco hispano y encuentra su temática y su descriptiva en el paisaje o en los hombres de América, que tanto tiempo costó ver a las plumas distraídas por los

³⁸⁴ Según Odalís G. Pérez, “la crítica continental ha reconocido y entendido como aporte ejemplar a la historia literaria de la América hispánica. El libro creó las posibilidades de un estudio y análisis documental, diacrónico y comparativo de las ideas y vertientes literarias, cuyo fundamento idiomático y cultural hizo posible el desarrollo espiritual e histórico-literario de América” (15).

formulismos europeos” (400). La literatura hispanoamericana, hermana de la española, hallaría su mayor y mejor expresión y diferencia en la visión de la naturaleza y en sus individuos.

Campos también comentará la obra de Henríquez Ureña y hablará de la situación actual de la literatura hispanoamericana dos meses más tarde en *Índice*, utilizando términos e ideas muy parecidos. Critica de nuevo la falta de atención que se ha prestado a la literatura “hermana”:

Mucho tiempo ha durado la falta de atención a una literatura que ocupa casi todo un Continente y a la que contribuyeron veinte países. Cervantes y Lope de Vega sabían más de lo que se escribía a otro lado del Atlántico que cualquier crítico de siglos posteriores. La incompreensión del movimiento de independencia hizo que se adoptara una postura como la de esas familias que no quieren saber nada del pariente con que no se hablan. Después, Menéndez Pelayo, arrancando desde su exaltación de lo hispánico, llegó al estudio minucioso de lo que en América se había escrito. (...) Ahora, ya a mediados del siglo XX, la literatura hispanoamericana logra la atención que mereciera (8).

Y es precisamente la novela el género que se ha desgajado y ha logrado la expresión distinta del propio paisaje (8).

Otro crítico que reseña la obra es José Vila Selma en la revista *Arbor* de junio de 1950, Para Vila Selma, Henríquez Ureña afirma “la voluntad de demostrar cómo los elementos peninsulares de índole cultural sufren una rápida adaptación y, por tanto, transformación en el nuevo ambiente hasta conseguir un florecimiento genuino en una nueva idiosincrasia” (329), de unas diferenciadas personalidades políticas, sociales y nacionales (330), tras cuatro siglos de coexistencia con la cultura española.

3.2.3.1.4.3. *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert

Fue publicada por primera vez en México por Fondo de Cultura Económica en 1954. En el número 14 de la *Revista de Indias* de 1954, Jorge Campos se refiere a ella. Empieza admitiendo el desconocimiento y la falta de información sobre literatura

hispanoamericana en la Península, que se debe a razones políticas, económicas e históricas, al mismo tiempo que justifica la falta de estudios por la creencia difundida de que en Hispanoamérica no existía propiamente creación literaria o que era un mero apéndice de la española (228). Para rebatirlo, autores de ambas orillas del Atlántico como Pedro Henríquez Ureña, Luis Alberto Sánchez, Arturo Torres-Rioseco, Julio A. Leguizamón y algunos españoles, van mostrando con sus obras el interés creciente por una literatura que ya desgajada de la española “se ha repartido por veinte países de indiscutible personalidad” (228).

Posteriormente, aunque en otra publicación *-Cuadernos Hispanoamericanos-*, Campos comenta la segunda edición de la obra del argentino, revisada y aumentada con los autores nacidos entre 1915 y 1935 y la producción literaria posterior a la Segunda Guerra Mundial. Se incluyen a autores que hasta la fecha prácticamente no han sido mencionados como Donoso y Rulfo³⁸⁵,

y otros muchos todavía desconocidos para nosotros, tanto como lo son la mayor parte de los que llenan un apéndice en que Anderson abre un margen a las últimas hornadas y en que nuestra deficiencia informativa no impide que encontremos algún conocido: la poetisa uruguaya Dora Isella Rusell, el hondureño Ernesto Cardenal, etc (6).

Igualmente, *El Correo Literario* en agosto del 54 se hace eco de la obra de Anderson Imbert en el anaquel³⁸⁶. El reseñista asegura que novela hispanoamericana está en un gran momento pero lamenta su “evidente y penoso desconocimiento” en la Península, por lo que aplaude toda obra que pretenda un acercamiento, como la de Luís Alberto Sánchez de 1953. Asimismo hace referencia a la disputa intelectual entre Sánchez y Ricardo Latcham, que la misma revista reproduce y a la que ya hemos aludido. En lo que atañe a la obra del argentino Enrique Anderson Imbert, la considera excelente: “se trata de un compendio claro y bien expuesto, conciso, que da una idea

³⁸⁵ Autores que saldrían sin duda en un estudio sobre la recepción crítica de la literatura hispanoamericana posterior a 1958.

³⁸⁶ Este apartado está sin paginar.

esquemática y general del anchísimo mundo en la literatura hispanoamericana”, con una magnífica edición, índice y bibliografía.

En el número 5 de la *Revista de Indias* de 1944, José Tudela también la reseña. Empieza admitiendo el desconocimiento de los narradores y las letras hispanoamericanas en general en España³⁸⁷, cuyas antologías son muy escasas.

Destaca dos ideas principales que se convertirán en recurrentes: la primera, la estrecha relación e influencia de la literatura española en la hispanoamericana: “como es natural, la prosa moderna hispanoamericana sigue las orientaciones estéticas de la europea, de la de Francia, Inglaterra y muy especialmente, de la de España” (706). La segunda, la importancia de la naturaleza y el paisaje en las letras americanas: “Después de leída con atención esta *Antología*, nos sorprende la abundancia de trozos en los que se siente profusamente el paisaje, no a la manera puramente descriptiva de la escuela realista, sino con hondo y sereno lirismo” (707).

Sobre narrativa contemporánea, José Tudela destaca la producción de temática gauchesca, “frecuente en toda la literatura americana, como lo fue esta forma de vida del pastoreo heroico (708)”, en especial entre los argentinos y los uruguayos, citando a Enrique Larreta, Manuel Ugarte, Benito Lynch, Ricardo Güiraldes, Carlos Reyles, etc.

3.2.3.1.5. Otras obras críticas comentadas en la prensa española

Lo que sigue es un recuento de las breves notas y reseñas aparecidas en la prensa de otras obras críticas o historias de la literatura hispanoamericana de categoría mucho

³⁸⁷ “Este librito nos revela (...) la finura y excelente calidad literaria de autores totalmente desconocidos, al menos para nosotros, que podemos incluirnos en el medio nivel que, por las lecturas americanas, alcanzamos los españoles” (706).

menor a las anteriores, pero que muestran igualmente el interés peninsular por la literatura de América.

El 1 de septiembre de 1946, en el número 8 de *Ínsula*, el cofundador de la misma revista, José Luís Cano, reseña la obra del catedrático de literatura de la Universidad de Chile, Roque Esteban Scarpa, titulada *Lecturas chilenas* y publicada dos años antes en Santiago de Chile por la Editorial Zig-Zag. Cano la considera una extensa y concienzuda antología de la literatura chilena, desde las *Cartas* de Pedro de Valdivia y *La Araucana* de Ercilla a los más actuales poetas, como Pablo Neruda y Vicente Huidobro, y en resumen, un libro de extraordinario interés y utilidad para el curioso de las literaturas hispanoamericanas (7).

En el artículo ya citado de Carlos Seco de *Revista de Indias* sobre la *Antología de la literatura dominicana* editada por el Gobierno dominicano en Santiago en 1944, aunque solo incluye a autores ya fallecidos, omitiendo los contemporáneos, y por lo tanto, los que se ciñen a nuestro período de estudio.

En el siguiente número de la misma publicación, Campos comenta la obra *La novela en Puerto Rico* de Carmen Gómez Terra (Editorial Universidad de Puerto Rico, 1947). Campos subraya las palabras de la autora al afirmar que, en general, la novela es fruto tardío en toda la literatura hispanoamericana y que para Puerto Rico los orígenes son aún más tardíos por culpa de la falta de instrucción superior, el aislamiento puertorriqueño dentro del mundo cultural de la colonia y por el retraso de la imprenta y del periodismo. Sin embargo, asegura un aumento del cultivo del género en la isla, a pesar del gran desconocimiento que existe en el extranjero de él (919). No se comenta ninguna obra posterior a 1929, por lo que queda prácticamente fuera de nuestro límite cronológico.

En el número 4 de 1948 de la revista *Mundo Hispánico*, aparece mencionada la *Historia de las letras paraguayas*, de Carlos R. Centurión, publicado en Buenos Aires (1947-1948) por la editorial Ayacucho. Se indica simplemente que abarca las letras paraguayas desde la conquista hasta la independencia y se lamenta la falta de síntesis críticas y de juicios valorativos (57).

Igualmente se menciona en el número 18 de septiembre del 49 la llegada a España del *Panorama de la literatura ecuatoriana* de Augusto Arias, publicado, en su segunda edición, en Quito y por la Universidad Central el año precedente.

En el número 10 de enero de 1950 de *Revista de Indias*, Campos reseña la *Historia de la literatura cubana* de Juan J. Remos, aparecido en La Habana por Cárdenas y Compañía en 1945 y considerada la más importante y amplia visión de las letras cubanas (401):

Obras así son las que los países hispanoamericanos necesitan, porque solo de un conocimiento detallado de las literaturas, por países, puede salir la visión de conjunto de esa gran literatura que ocupa casi todo un continente y en la que, si abundan los rasgos de diversidad de uno a otro país, no deja de existir una potente unidad, fruto del encuentro de las raíces hispanas con los elementos telúricos y raciales que operan desde regiones menos clasificables en ensayos y monografías (403).

Entre las “Reseñas breves de libros extranjeros” de las páginas centrales y sin numerar de *Ínsula* en el 15 de julio de 1950, encontramos el comentario de *Temas y aptitudes* (Lugones, Güiraldes, Quiroga, Arlt, Marechal, Bernárdez, Borges, Molina) de Juan Carlos Ghiano, publicado en Buenos Aires por Ollantay en 1949. El reseñista, que firma bajo la inicial H, opina que Ghiano ha realizado una “admirable introducción a la moderna literatura argentina, ofreciendo “lo que él considera más importante en la obra de un grupo de escritores si no representativos totalmente de la literatura actual argentina, sí muy significativos para el entendimiento de aquel gran sector de las

literaturas hispánicas”, que según Ghiano, presenta la realidad más variada e importante de los países hispánicos en los últimos treinta años³⁸⁸.

En *El Correo Literario* del 1 de octubre de 1953, Marcelo Arroita-Jáuregui comenta *Constantes de la literatura argentina* del mismo Juan Carlos Ghiano, publicado en el mismo año en Buenos Aires y lo presenta como un “estudio muy claro de la evolución de las literaturas hispanoamericanas, señalando las etapas que se advierten en ella y acentuando el carácter especial de la literatura argentina, motivado por la especial situación del país” (4). Destacar que dedique el cuarto ensayo a Ricardo Güiraldes y el quinto a Eduardo Mallea.

Arroita-Jáuregui asegura que “en los mejores grupos intelectuales americanos, Europa ha dejado de constituir una preocupación fundamental. Ya no se escribe ni se trabaja mirando a Europa, esperando la palabra definitiva de la crítica europea, buscando la consagración europea” (4) y que “América se interesa porque su literatura supere localismos y nacionalismos para insertarse en la literatura universal” (4). Considera asimismo que la vía apuntada por Ghiano del ‘dolor local’ puede ser un buen camino para insertarse en lo universal, puesto que “raramente lo que no está bien afincado en lo local, en lo telúrico si se quiere, alcanza posibilidades de universalidad” (4).

En julio-septiembre de 1955 y en *El Correo Literario*, José Simón Díaz comenta la obra de José Antonio Núñez Segura, *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos*, publicada en Medellín por la editorial Bedout un año antes. Considera que se trata de una obra pedagógica que pretende facilitar el estudio y el conocimiento de los valores más representativos de la literatura colombiana (135). A pesar de alabar la exacta y objetiva información sobre el período español, Díaz critica el

³⁸⁸ Como ya hemos empezado a ver, existe un especial interés en la prensa por la realidad y las letras argentinas.

uso de la denominación “colonia”, apelativo que según él es desmentido por las mismas palabras y citas de Nuñez Segura (135) y admite que la sangre criolla “nos resta franqueza y nos hace impuntuales e inconstantes” (135).

Pedro Sainz Rodríguez³⁸⁹, en el número doble de *Índice* 95-96 de noviembre-diciembre de 1956, analiza la *Historia* de Menéndez Pelayo en su artículo “Ante Hispanoamérica” (7):

A veces, es una verdadera historia de la cultura, y siempre palpita en ella esta preocupación de orden superior, de orientar a los hispanoamericanos por el camino de la afirmación y la defensa de su auténtica personalidad. Trata de fijar, con su genio sintético, las características generales de toda la literatura de Hispanoamérica (7).

Para el ex Ministro, es clara la labor iniciadora y decisiva de Menéndez Pelayo,

marca un jalón decisivo en esta marcha hacia la unidad de la cultura y del espíritu. Antes de él no se había escrito ninguna obra de conjunto sobre la literatura hispanoamericana. Su obra, a pesar de haber transcurrido medio siglo desde su elaboración, continúa viva y es una fuente obligada de cuantos aborden el asunto. A partir de ella se inicia la publicación de obras de conjunto, como las del norteamericano Coester (1829) y las de los hispanoamericanos Isaac Barrera (1935); Luís Alberto Sánchez (1944); Julio Leguizamón (1945), y Pedro Henríquez Ureña (1947), sin contar algunos manuales franceses e italianos (7).

Sainz Rodríguez defiende asimismo los dos grandes ideales de la obra de Menéndez Pelayo, que son la afirmación de la personalidad americana y la incorporación de su literatura al imperio lingüístico español (7), en una alusión a las famosas palabras de Nebrija ““pues la lengua fue siempre compañera del imperio”” y entroncando asimismo con las del “humanista Lorenzo Valla, recordando que allí donde viva la lengua todavía perdura el imperio” (7).

En 1957 y en *Insula*, Jorge Campos menciona dos importantes libros sobre literatura de Puerto Rico, una *Historia de la literatura puertorriqueña* de la mano de Francisco Manrique Cabrera aparecido en la Biblioteca puertorriqueña, Nueva York 1957, y el *Diccionario de Literatura Puertorriqueña* de Josefina Rivera de Álvarez de 1955. Para el crítico, responden al deseo y la necesidad de “un estudio previo de cada

³⁸⁹ La personalidad de Pedro Sainz Rodríguez ha sido tildada de compleja: si bien colaboró activamente en el alzamiento y formó parte del primer gobierno franquista en tanto que Ministro de Educación, posteriormente renunció a su cargo por divergencias políticas e incluso partió al exilio, regresando para dedicarse exclusivamente al estudio de la historia y la literatura.

una de las literaturas nacionales de la América Hispana, antes de emprender el enfoque general que reúna las diferencias y similitudes de las diversas producciones literarias enlazadas por la comunidad de idioma e influencias” (5).

Antonio Amado en *Cuadernos Hispanoamericanos* y también en 1957, reseña la obra de Alberto Escobar *La narración en el Perú*, publicado en Lima por la editorial Letras peruanas en 1956. Al explicar el devenir de su literatura, se destaca el importante papel de España: antes de Rubén Darío, se produce un “largo y lento proceso de formación en el que fructificó la siembra cultural de los pueblos peninsulares derramada sobre el légamo de las sociedades primitivas” (239). De hecho,

casi al mismo tiempo de la lucha emancipadora y de la afirmación de las nacionalidades se vive en el terreno cultural el fenómeno romántico a imitación de Europa; careciendo, por tanto, el hombre americano de las primeras generaciones emancipadas de tregua para reflexionar sobre su propio ser y su contorno (239).

Será pues, precisamente esta, “la gran tarea de generaciones de pensadores y literatos más próximos a nosotros en razón del tiempo” (239), como son, entre otros, Henríquez Ureña, Mariategui, Vasconcelos, Gallegos o Luís Alberto Sánchez. De este último, cita expresamente su idea del nacimiento, evolución y consolidación de la novelística hispanoamericana desde el siglo XVII a la actualidad. Asimismo, asegura que los literatos peruanos más representativos son, a su parecer, Beingolea, López Albuja, Alegría y Vallejo, Argüedas (240).

3.2.3.1.6. A modo de síntesis

Como hemos podido observar, tanto en las obras críticas y antologías de la narrativa hispanoamericana como en las reseñas de las mismas aparecidas en la prensa española, se repiten una serie de constantes en cuanto a la interpretación y concepción

de la literatura transatlántica: el desconocimiento español de dichas letras, la importancia de la naturaleza y del género narrativo, la unidad literaria continental y el vínculo con España.

La falta de conocimiento y atención prestada a la realidad literaria americana por parte de España, a pesar de en ocasiones justificarse por la ausencia de un buen intercambio y comercio literarios, es criticada por intelectuales como Sanz y Díaz, Fernández Almagro, De Torre, Arias Campoamor y, en especial, Campos.

La presencia omnipresente de la naturaleza en las novelas -en algunos casos incluso considerada la verdadera protagonista de los relatos-, generalmente contemplada como un todo amenazante y poderoso y que encarna lo realmente americano, será subrayada y defendida por Mejía de Fernández, Barón Castro, Ayala Duarte, Unamuno, Del Saz, Valente, Campos, Uslar Pietri o Vila Selma, pero también por Zum Felde, Henríquez Ureña y Torres Rioseco. De ahí que se considere comúnmente la “novela criolla” o “regional” como la más original y auténtica de la América de habla hispana, porque encarna “su ser más íntimo”³⁹⁰. Algunos autores, como Barón Castro, Mejía de Fernández o Andersson, hablan del movimiento del “americanismo literario”, como precisamente este afán de retratar lo propio, que es la naturaleza por antonomasia. De algún modo, este movimiento se extiende y se asimila con la totalidad de la literatura hispanoamericana.

Igualmente, se estima que si bien la poesía ha sido el género literario preponderante en América hasta el primer cuarto de siglo -idea sostenida por Mejía de Fernández, o Perés-, esta ha ido dejando paso a la novela, que a pesar de ser “fruto

³⁹⁰ Aunque haya asimismo alguna nota disidente, como la del rumano Vintila Horia en su ponencia “Naturaleza y destino humano en la literatura hispanoamericana” de las Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana; y opiniones “originales” como la de Ahumada, en el mismo congreso, que subraya el telurismo español.

tardío”, simboliza la madurez literaria de América, como afirman Del Saz, Valente, Campos, Sánchez o Uslar Pietri, entre otros.

En lo que se refiere a la “unidad literaria”, la mayoría de autores, tanto peninsulares como americanos, coinciden en destacar rasgos comunes en las diversas literaturas nacionales hispanoamericanas que permiten englobarlas en un mismo conjunto –aunque se admitan las especificidades geográficas, étnicas y culturales-. De hecho, muchos autores priorizan clasificaciones temáticas –indigenista, de la tierra, etc.- o por ciclos –de la Revolución mexicana, de la guerra del Chaco, etc- en vez de seguir criterios estrictamente nacionales, como es el caso de Campos, Berenguer y Bogliano, Valbuena Prats y Del Saz, entre otros. Incluso los autores que dedican sus estudios a literaturas nacionales concretas, como los mentados Díez de Medina, Arias Campoamor, Remos, o Uslar Pietri admiten que se puede hablar de las letras hispanoamericanas en conjunto, como este último indica, “a pesar de las diferencias de tono, matiz y sentido” (Letras 12). Como caso extremo de esta convicción, la idea de Luís Alberto Sánchez de unidad “americana”, basada en las grandes afinidades en la expresión literaria tanto del norte como el sur del continente, en comparación con la literatura europea.

Asimismo, en general, los autores comentados consideran que el principal motivo de esta unidad continental es el vínculo con España: la tradición literaria, la raza, las costumbres, y sobre todo, la lengua. Así, las literaturas americanas y la literatura peninsular se agruparían bajo la etiqueta de “letras hispánicas”, como muestra el cambio de nombre de las Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana, -así llamadas en su primera edición (1953)-, y que recibirán el apelativo de II Jornadas de Literatura Hispánica, en la segunda (1954). De este modo opinan Benjamín Carrión, que utiliza el término “literatura española” para ambas, -así como Unamuno había hecho lo suyo en

1905 bajo el apelativo de “literatura castellana” y también Mejía de Fernández-, Sanz y Díaz, Ayala Duarte –que asegura que la independencia literaria no fue paralela a la política y que la sola variante entre ambas literaturas se origina en la pintura del paisaje americano-. Del mismo parecer son Perés -con su metáfora de ramas de un frondoso tronco común-, Campos, -que tilda a América de hermana menor-, Ricardo Gullón, Castro y Calvo, Arias Campoamor, o De Torre, que parafrasea a Díez-Canedo y su “unidad y diversidad de las literaturas hispánicas”, etc.

El hecho de que las obras críticas comentadas fuesen publicadas en España, muchas de ellas escritas por autores peninsulares y en su gran mayoría en el contexto del régimen franquista, condiciona y potencia el énfasis en el vínculo hispánico y de algún modo, la dependencia de las literaturas ultramarinas hacia la Madre Patria, dificultando aceptar la especificidad y la autonomía literaria americana. Sin embargo, comparando las opiniones de los intelectuales de distintas posiciones ideológicas, observamos que, en el fondo, no hay una gran diferencia entre las opiniones de los de “izquierdas” y los de “derechas” en lo que se refiere a la interpretación de la literatura hispanoamericana, aunque la mayoría de los que se dedican a su análisis y estudio, procedan de las filas liberales. Es decir, existe un mayor interés por su realidad y por un mayor conocimiento de ella por parte de este sector, pero la idea del vínculo y del legado hispánico aún presente y trascendente, sea bajo metáforas fraternales o maternas, es compartido por todas las corrientes hispanoamericanistas. Lo que cambiará es sobre todo el tono, la retórica y la exaltación del régimen, pero no la forma unitaria de entender las letras de ambos lados del Atlántico.

Ello también se aplica a los autores hispanoamericanos que publican en España: los argentinos Berenguer y Bogliano, al publicar con el sello del Instituto de Cultura Hispánica, están obligados a alabar la labor española pasada y actual para con América,

aunque no dejen de destacar la nota diferenciadora americana y su constante búsqueda de la propia identidad y expresión³⁹¹. Otro ejemplo es el del cubano Juan José Remos, que también defiende la particularidad y autonomía de las literaturas hispanoamericanas sin dejar de enfatizar el vínculo hispánico y alabar la labor de la Real Academia Española. No obstante, en general, los críticos americanos hacen mayor hincapié en la especificidad y diferenciación de las letras americanas respecto a las peninsulares, como Carrión y Berenguer y Bogliano, que destacaban la autobúsqueda americana de lo propio, Luís Alberto Sánchez y su defensa de una novela americana, pero también Remos, Díez de Medina, etc. Con todo, solo Uslar Pietri predicará una clara separación entre la literatura de ambos continentes: tanto en *Breve historia de la novela hispanoamericana* como en *Letras y hombres de Venezuela*, rechaza la unidad de las letras hispánicas como una falacia y clama la independencia de las literaturas hispanoamericanas –las cuales entre sí muestran rasgos comunes–, y cuyo proceso de diferenciación empezó con el mismo descubrimiento. Igualmente, tilda la novela hispanoamericana de superior a la española, en especial la venezolana. Pero, como ya hemos indicado, mantiene el término “hispanoamericana” como el más adecuado, lo que enfatiza el elemento hispánico.

Otra idea bastante subversiva, teniendo en cuenta el ambiente general, es la de Felipe Massiani citada, -pero no desarrollada-, por Luís Alberto Sánchez en *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, al preguntarse si en la atención y el juicio sobre la novela hispanoamericana, considerada “adolescente”, no se están aplicando los prejuicios y dudas europeos, en la misma actitud mental de los primeros cartógrafos y marinos renacentistas que dudaron de la existencia de una “nueva” tierra (53). Y ya

³⁹¹ Dicha búsqueda también ha sido defendida por Carrión y de hecho, también subyace en la idea de América, novela sin novelistas, y que por lo tanto, se está buscando, de Sánchez.

hemos mencionado la “unidad continental americana” frente a la europea que defiende el crítico peruano. Sin embargo, estas opiniones son más bien una excepción.

Comprender o no la literatura escrita en lengua española como una unidad, también determina su estudio. Así pues, el debate está servido entre los partidarios de estudiarla como conjunto o según países. En este sentido, es interesante incluir el artículo de Alfredo Carballo Picazo “Bibliografía de la literatura hispánica”, publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* en octubre de 1953. Carballo Picazo expone las dos actitudes: una partidaria de englobar las literaturas de ambos continentes en un mismo conjunto –idea que, afirma, es defendida por Menéndez Pelayo, Groussac, Carlos Roxlo, Cejador, o Salcedo, entre otros- y otra de contemplarlas por separado, como postulan Luís Alberto Sánchez o Arturo Torres Rioseco (233).

Igualmente podemos añadir las opiniones expresas y ya mentadas a este asunto, como la de Jorge Campos, que al reseñar la obra de Juan Remos en *Revista de Indias*, y en enero de 1950, considera que un análisis por países posibilitará precisamente la tan deseada visión de conjunto. En cambio, también hemos visto el comentario de M. Iglesias Ramírez a *Resumen de historia de la novela hispanoamericana* de Del Saz, que considera importante y atractivo estudiar cómo las literaturas hispanoamericanas se han ido diferenciando entre sí y adquiriendo rasgos nacionales (*Revista de Indias* 13, enero 1953). También Carlos Peregrín F. Otero, al criticar la historia de Díez de Medina (*Cuadernos Hispanoamericanos*, junio de 1954, núm. 54), valora clave una historia por países para lograr síntesis nacionales.

Así, básicamente, las dos actitudes resumidas por Carballo Picazo son también las posiciones mayoritarias que hemos recopilado en el presente apartado –salvo la excepción de Uslar Pietri-. Y con todo, también queda claro que la visión unitaria será

la privilegiada en la Península, como ya habían reivindicado las dos Jornadas sobre Lengua y Literatura de los años 50.

En cuanto a los autores y países más comentados y valorados, -hemos centrado nuestro análisis de las obras críticas en los más los más repetidamente citados³⁹²-, destacan, por encima, de todo la triada capitolina de Rivera-Güiraldes-Gallegos: no solo aparecen mencionados en la mayoría de las obras, sino que en muchos casos, se les reserva un lugar de excepción, como en los estudios de Lohmann Villena, Del Saz, Berenguer y Bogliano, Landarech, Uslar Pietri, etc. En cuanto a los análisis “nacionales”, abundan las referencias a la Argentina, Chile, México, Colombia, Venezuela y Bolivia, aunque no exista una diferenciación y una especialización tan clara como veremos seguidamente en el caso de los comentarios y reseñas en la prensa cultural.

3.2.3.2. Comentarios, críticas y reseñas en la prensa

Creo que hay que leer los periódicos como fuente de información sobre cómo los contemporáneos construían los sucesos, antes que como fuente de información sobre los sucesos mismos.

Robert Darnton, *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*

³⁹² Rivera, Güiraldes, Gallegos, Lynch, Alcides Arguedas, Parra, Wast, Alegría, Larreta, Guzmán, Azuela, Blanco-Fombona y Reyles.

Burkhart Pohl distingue entre peritexto, aquello que forma parte material del libro, y el epitexto, que engloba “todos los enunciados y paratextos que acompañan el perfil exterior de un texto, tales como entrevistas y otras operaciones mediáticas (= epitextos públicos) o diarios, epistolarios, etc (epitextos privados)” (167), que no tienen una función puramente comercial, sino que transmiten, conscientemente o no, una toma de posición cultural. Así pues, los artículos a continuación comentados formarían parte de la categoría de epitextos públicos y reflejarían la toma de posición cultural de los intelectuales -en tanto que individuos y en tanto que representantes de una colectividad-. Asimismo, no solamente encarnan la recepción crítica en sí, sino que tienen la capacidad de influir en posteriores lecturas e interpretaciones. Por lo tanto, atenderemos al papel de los intelectuales -en tanto que intermediarios que mediatizan, y de algún modo también crean, apropiaciones y usos ideológicos, al decir de Sapiro-, pero al mismo tiempo tendremos en cuenta el dónde aparecen sus comentarios.

La cantidad de artículos y reseñas dedicados a la literatura hispanoamericana ha superado nuestras expectativas iniciales. Por este motivo, no solo hemos realizado una tarea de clasificación según países, autores y temas más generales, sino que dentro de ella hemos hecho una nueva operación selectiva que nos permitirá la reflexión y extracción de conclusiones en base a un corpus abordable, y a la vez evitaremos caer en redundancias. Hemos elegido y comentado los artículos más significativos, tanto por la cantidad y la pertinencia de información que recaban, por los autores y obras que reseñan o incluso por la relevancia de los propios críticos.

3.2.3.2.1. Sobre narrativa hispanoamericana

Empecemos por los artículos genéricos, dedicados a la narrativa hispanoamericana o a la literatura en general pero que aluden a la novela. La mayoría de ellos proceden de los años 50, con algunas excepciones, como el siguiente artículo de Guillermo de Torre de 1927. Publicado en *Revista de las Españas* -revista de talante nacionalista y más bien conservador- en enero-febrero de 1927, dentro de su sección “Revista literaria americana”. En él, se subraya la importancia de las letras hispanoamericanas en el declinar de 1926 y el alba de 1927, caracterizado por una vigorosa afirmación de la novela, que quizás sea muestra de la mayoría de edad de las literaturas trasmarinas (76). Entre los autores que destaca, los chilenos Eduardo Barrios, Pedro Prado y Edwards Bello, y en cuanto a obras, *La gloria de don Ramiro* y *Zogoibi* de Larreta, así como *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, las dos últimas de 1926.

Cuatro años más tarde, esta vez por parte de autores americanos, encontramos dos artículos significativos en *La Gaceta Literaria*³⁹³. El primero, del poeta y novelista mexicano Jaime Torres Bodet (1 de enero de 1931, núm. 97), titulado “Las letras hispanoamericanas en 1930”, menciona a *La vorágine*, *Los de abajo* y *Doña Bárbara*. El mexicano, a raíz del *Panorama de la literatura hispanoamericana* de Max Daireaux, crítica las simplificaciones en que se cae a la hora de analizar e individualizar los países: “en Europa, las soluciones unilaterales –trópico, tierra caliente- se aceptan a menudo respecto de América, porque son cómodas. Pero la comodidad no ha sido nunca la mejor consejera de los investigadores” (6).

En marzo, en el número 100 de la misma revista, el también escritor venezolano Mariano Picón Salas, en “Correo de Chile: *Más afuera*, por Eugenio González”, clama

³⁹³A pesar de no ser artículos de la primera época de la revista, no dan muestra del giro hacia el fascismo de Giménez Caballero.

la necesidad de “superar el realismo fácil y el pintoresco costumbrismo de gauchos, llaneros o charros, de grandes sombreros en día de fiesta, a que algunos quisieran circunscribir el panorama de nuestra literatura hispano-americana, y lanzarse al descubrimiento de nuestra vida intelectual” (75) e interior. Es decir, una proclama contra los clichés y encasillamientos, y una visión simplista -de origen eminentemente europeo- de y para con América.

El siguiente artículo es uno de los pocos que encontramos en la década de los 40. Titulado “Desarrollo y perspectiva de la literatura hispanoamericana” y de la mano de Nicolás González Ruiz, aparece en la portada de *La Vanguardia Española*, el 11 de octubre de 1942. El artículo admite el “numeroso plantel de escritores de calidad extraordinaria” (1) de la América española y su magnífico desarrollo literario. Para ello, han necesitado encontrar las fórmulas literarias de genuino carácter nacional (1), y la novela ha debido “salir a la vastedad de los campos, introducirse en las selvas y navegar por anchos ríos turbulentos” (1), hasta conseguir obras de la talla de *Zogoibi*, *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra* o las novelas de Hugo Wast. Pero González Ruiz no solo alaba la producción literaria americana y su estrecha vinculación con la naturaleza como manifestación de lo propio, sino que también subraya que muchos de sus autores son “hijos de España en cuanto a la mente y al idioma” (1) y que los matices propios de su vida nacional se enmarcan siempre dentro de una comunidad nativa de herencia española, que viene a demostrar como “la Hispanidad no es una teoría sino un hecho histórico” (1). Es decir, entronca perfectamente con el ideal franquista de la Hispanidad.

También en 1946 pero en *Arbor* y de la mano de José Vila Selma, encontrábamos el artículo “El gaucho en el tiempo y la novela” en el que se lamentaba el escaso conocimiento y difusión de la literatura americana en España a excepción

de *La vorágine* y *Doña Bárbara*, juntamente con *La gloria de Don Ramiro*, y también las obras de Hugo Wast, se puede decir que casi ninguna otra novela ha alcanzado entre el gran público la aceptación que merecen tantas y tantas obras (402).

En marzo-abril de 1949 y en *Cuadernos Hispanoamericanos*, se publica el artículo de G. R. Coulthard “La novela latinoamericana” escrito desde Londres, lo que permite una mayor distancia y autonomía, y aparecido originariamente en el *Boletín del Instituto Español* en octubre de 1948³⁹⁴. Antes que nada, retengamos el adjetivo “latinoamericana”, raro en la Península en estas fechas como ya indicamos. Coulthard también considera que “los mejores aciertos de la novela se encuentran precisamente en la interpretación del ambiente americano” (472), consecuencia del hecho de vivir en medio de una naturaleza poderosa e impresionante que condiciona no solo la vida humana en lucha perpetua contra ella, sino que ello se convierta en el tema fundamental de su novelística, faltando aún la novela de tipo psicológico (473). Coulthard distingue entre novela indigenista y novela de la tierra: ambas describen la vida del campo, la sierra o la selva, pero la primera tiene un marcado contenido político, está centrada en los problemas del indio, y su máxima expresión es *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría (473). Entre las novelas de la tierra, destaca *La vorágine*, *Doña Bárbara* y *Don Segundo sombra*.

El Correo Literario del 1 de septiembre de 1953 transcribe el comentario “Eso de la novela de América” aparecido en *El Diario ilustrado* de Santiago de Chile firmado con las siglas LG y que cuestiona la existencia de una novela representativa del continente americano en una línea parecida a Luis Alberto Sánchez. Así pues, a pesar de admitir la existencia de muchas novelas en los países de habla española, la crítica espera “una síntesis de la psicología, la idiosincrasia y el sentido vital del hombre sudamericano en la lucha con su destino” (13). La aparición de una obra tal viene dificultado por la juventud intelectual y literaria del continente y por su heterogeneidad, con países de geografía física, humana y económica muy dispar, por lo que sería más

³⁹⁴Lo que podría explicar el apelativo “latinoamericana”.

fácil conseguir una representación novelística del continente con un ciclo de novelas (13).

José Ángel Valente, escribe “La novela y la emancipación literaria de América” en *Cuadernos Hispanoamericanos* (marzo de 1955, núm. 63). Valente considera que la novela, aunque fruto tardío, es la “expresión más viva y más rica de la América española” (412), en tanto que testimonio, documento y expresión del alma continental y que es símbolo de la “emancipación literaria de América” (415). Señala, como ya había hecho Guillermo de Torre casi veinte años antes, la fecha de 1926 como significativa en la novela hispanoamericana, con la aparición de *Zogoibi* y de *Don Segundo Sombra*. También destaca a Azuela, Gallegos, Larreta, Quiroga e Icaza. A pesar de ser una de las publicaciones oficiales del Instituto de Cultura Hispánica, dicha revista mostrará un ligero aperturismo dando voz a figuras en cierto sentido críticas o incluso opuestas al franquismo, como podría ser José Ángel Valente, el cual mantuvo una tensa relación con el régimen³⁹⁵.

Eduardo Caballero Calderón, un mes más tarde y en la misma publicación (abril de 1955, núm. 64) subraya que el contorno y el paisaje son “el factor o el personaje principal en la literatura y en la novelística hispanoamericana” (50), como demuestran *La vorágine*, *María*, *Manuela*, *Doña Bárbara*, *El infierno verde*, etc. Sin embargo, sostiene que ha habido una evolución, desde los ingenuos costumbristas del XIX a los novelistas telúricos del XX con José Eustasio Rivera a la cabeza, para desembocar en escritores que se detienen a estudiar los tipos humanos, puesto que el hombre hispanoamericano ya se ha convertido en amo de su destino (55-56).

En octubre de 1957 aparece el artículo de Gil Novales -ya comentado en el apartado 3.1.- sobre Arturo Usler-Pietri en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Afirma

³⁹⁵ Para mayor detalle, ver 6.1.1.

rotundamente que la América española ha llegado a su primera madurez intelectual (188) y cómo su literatura presenta, desde dentro, los problemas del indio y de la tierra mestiza (190). Al mismo tiempo, Gil Novales pone el énfasis en el desconocimiento español de dicha literatura –y su ausencia en los manuales de literatura- a pesar de la importancia que dicho despegue intelectual americano tiene para España, por la interacción recíproca y los efectos positivos que puede tener en la Península y porque remarca la importancia de la acción y de la presencia española en el continente: “España está profundamente introducida en América, que forma indisolublemente parte del fondo telúrico de la tierra” (191).

Finalmente, comentemos un artículo de Ibérico³⁹⁶, desde su sección “Mirador de América” de *Índice* a finales de 1956. En él, reflexiona a partir de un ensayo del chileno Waldo Ross, para quién la principal manifestación de la literatura americana es un sentimiento cósmico que cobra realidad dramática con el choque infinito del hombre con la naturaleza salvaje (33), lo que convierte sus letras en un respiradero de fuerzas vírgenes donde predomina un sentimiento de libertad física. Así pues, se trata de una literatura áspera y dramática, sensual y enojada³⁹⁷ (33).

La idea de novela como fruto tardío, también se detecta en Lucio R. Soto (*Cuadernos Hispanoamericanos*, abril 1952, núm. 28), valorando al *Martín Fierro*:

En nuestra América, en plena evolución y elaboración de una cultura propia, se sucede el mismo fenómeno: primero aparece el *Martín Fierro* de Hernández, este coetáneo de Poe y Withman, poetas también; y recién medio siglo después., aparece la novela, o sea, la prosa: *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, o *La vorágine* de Eustasio Rivera, pongamos por caso (44-45).

Naturaleza protagonista, búsqueda de lo propio y característico y de su expresión auténtica, y emancipación literaria. Una tríada de propiedades de la novela íntimamente

³⁹⁶Ya hemos hablado de Ibérico y de Índice en el apartado 2.2.3.4.

³⁹⁷ Encontramos ciertos paralelismos entre esa visión de la literatura hispanoamericana y la que, posteriormente, se darán durante el llamado boom. Volveremos a ello más adelante.

relacionadas entre sí. Y que resumen la visión general de la narrativa americana reflejada en la prensa a lo largo de 30 años, a pesar de algunas voces disidentes.

En cuanto a la clasificación de las novelas, no existe una opinión unánime y frecuentemente las mismas novelas aparecen ordenadas bajo diferentes tipologías - novela de la tierra, novela de la selva, novela criollista, indigenista, regional, etc. No obstante, a la hora de definirse, vemos que dichas etiquetas tienen mucho en común. Igualmente, también se agrupan según “ciclos” o temáticas, como la Revolución mexicana, la guerra del Chaco, etc. Como ejemplo de la diversidad de nomenclatura, veamos unos cuantos artículos.

El doce de julio de 1930, José María Salverría escribe en *ABC* el artículo titulado “La novela de las selvas”, con cuyo sintagma describe *La vorágine* de José Eustasio Rivera, obra que, lamenta, es aún desconocida para la mayoría de españoles.

En “Tres interpretaciones del paisaje hispanoamericano” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto de 1949, num. 10) Guillermo Kaul³⁹⁸, desde Buenos Aires, declara que uno de los caracteres fundamentales de la actual novela hispanoamericana –“expresión auténtica de una nueva y fecunda literatura” (195)- es el paisaje. Tal y como el título manifiesta, Kaul presenta tres visiones del mismo ejemplificadas en estas novelas: la visión espiritualizada de la pampa de *Don Segundo Sombra*, fuerza contenida y serena; la pasión tropical, la lujuria, la violencia, la destrucción y la tragedia condensadas en *La vorágine*; o bien el valor poético de una nivelación cósmica entre naturaleza y hombre y fuerte simbolismo de *Doña Bárbara*, que plasma igualmente a la perfección el conflicto entre civilización y barbarie.

En el artículo sin firmar de *Estudios Americanos* de marzo de 1952 titulado “El problema indigenista” se listan una serie de autores y obras representativas de este tipo

³⁹⁸ Discípulo de A. Alonso, Henríquez Ureña, Ricardo Rojas o J. A. Batisttesa, y estimulado por Lugones y Vasconcelos.

de novela, como por ejemplo las de Azuela, Icaza, Aguilera Malta, Falcón, Alegría, Vallejo, etc. Pero no solamente se alude a las novelas que refieren el problema de la raza, sino también de la sociología familiar y de las clases sociales, de las revoluciones -la Revolución mexicana por excelencia-, del medio y su sorda lucha contra la hostil naturaleza (274) que se expresa en dos actitudes, una de íntima unión y otra de oposición y lucha continua, y que se ejemplifican en *La vorágine*, o bien *Doña Bárbara* y *Don Segundo Sombra*.

Edmundo M. Meouchi, en “La novela indigenista de México” (*El Correo Literario*, 1 septiembre de 1953, núm. 79), reclama la necesidad de superar no solo a los novelistas de la Revolución, que como indicaba Fernández Arias Campoamor ya han dado todo lo que tenían que dar, sino también a los indigenistas, para dejar paso a los narradores de raza “aquellos que puedan ofrecer, no una visión parcial, regional de la Patria, sino una ancha y verdadera visión de nuestra vida y de nuestras cosas” (14). Es decir, un modo de salir de ahogadoras y limitadoras clasificaciones.

Alfredo Carballo Picazo en “La novela indigenista” y la política” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre de 1953, núm. 47), reafirma las palabras de Luis Alberto Sánchez según el cual la novela es la expresión literaria más importante de la América del siglo XX (218) y cómo la novela realista, al reflejar la angustiosa situación social de sus protagonistas, presenta también un problema esencialmente político (218), *La vorágine* y *Doña Bárbara* han tenido una influencia decisiva (219) en todo ello, novelas clasificadas como novelas realistas e indigenistas.

El famoso crítico chileno Alone (Hernán Díaz Arrieta) responde las preguntas de Antonio R. Romera en *Índice* la primavera de 1956, y declara su desconfianza ante el “criollismo literario”: “Hay pintores de la tierra que la aman sinceramente y son encantadores. Pero abundan quienes la explotan sistemáticamente, porque tiene público,

porque atrae lectores y compradores, porque proporciona gloria y dinero. Y eso es infecto” (3). Todo ello cuadra en una publicación como *Índice* bajo la dirección de Figueroa.

Finalmente, en *Cuadernos Hispanoamericanos* (julio-agosto 1957, núm. 91-92), Gerardo M. Ebanks, desde América, realiza un estudio más extenso de la novela de la tierra y su concepto. La importancia de dicho subgénero, otramente llamada novela regional, es ese sabor telúrico “que la ha convertido en la novela típica de Hispanoamérica; síntesis del criollo y la naturaleza amalgamados entrañablemente” (16). Para caracterizarla, se sirve de la definición de Luís Alberto Sánchez de novela regional, la cual

se diferencia de la costumbrista en que carece de ironía y caricaturismo; de la histórica, en que no se apega a una época ni pretende ser su espejo; de la psicológica, en que no gira entorno a un personaje. La novela regional tiene algo de todas ellas y, además, se orienta hacia lo universal, ahondando en lo propio de la región que describe (16).

Continúa citando al peruano, según el cual la gran novela de la naturaleza americana se inicia con *La vorágine* y con ella Hispanoamérica se halla finalmente disfrutando del prestigio literario merecido en el gran concierto de la novelística mundial, con un sello propio y peculiar (17). Así pues, la novela de la tierra comunica el drama humano de América, denunciando injusticias, desigualdades políticas, sociales, económicas, pero siempre sincronizada al factor paisaje (19) y se distingue de los novelistas de la ciudad de orientación más europea (20). Diferencia asimismo en tres tipos: la de la selva, de la cual sería prototipo *La vorágine*; la del llano, que escenifica la lucha con el medio, los animales y el latifundio, con *Doña Bárbara*; las novelas de protagonistas en masa, subdividida en novelas de la Revolución mexicana, con *Los de abajo*, y la novela de tema indígena.

No obstante, termina clamando contra los tópicos aplicados a Hispanoamérica, arguyendo “que no todo es selva, belleza panorámica, reliquias coloniales, exotismo,

música sensual, ritmos intoxicantes y plácido vivir. Hispanoamérica es mucho más que estas importantes superficialidades” (25).

En resumen, es a principios de la década de los 50 cuando encontramos mayor cantidad de referencias y reflexiones generales acerca de la narrativa hispanoamericana. Dicho momento coincide con el denominado “sexenio liberal” de Ruiz-Giménez, y por lo tanto, con un momento de mayor apertura a nivel cultural en la España de la dictadura. Así, no ha de chocar que se admita la existencia de una novela propiamente americana y de la madurez de su literatura, a pesar de que el mismo De Torre ya lo insinuaba en 1927, y es que muchas ideas postuladas a mediados de los 50 ya se intuían en sus artículos, y de hecho, como veremos, se remontan a principios de siglo.

Muchos de los comentaristas son de origen americano, escribiendo desde ambos lados del Atlántico. Sus ideas no difieren en exceso, aunque los que insisten con más fuerza en la unidad y el vínculo con España sean españoles. Igualmente, ya hemos hablado de la importancia de la tríada naturaleza-autobúsqueda-independencia literaria, y de la insistencia en la clasificación de la novela, a pesar de caer en contradicciones y de algunas voces contrarias a ello. En especial, este afán clasificatorio que ya vimos en el apartado anterior, y que no solo sistematiza la realidad de modo artificioso, sino que también la simplifica. La novela hispanoamericana por excelencia es la novela que reproduce el paisaje y sus conflictos, enraizada en la tierra. En un segundo plano quedan las novelas urbanas, psicológicas, frecuentemente vistas como una etapa posterior.

Pasemos ahora a ver lo que ocurre con los distintos autores y países, que también repercutirá en la idea general de la narrativa hispanoamericana.

3.2.3.2.2. Argentina

Las referencias a la narrativa argentina son desiguales. Así, podemos encontrar comentarios peyorativos, como el de C.M. Arconada en *La Gaceta Literaria*³⁹⁹ y en fecha tan temprana como el 15 de noviembre de 1927 a raíz de la novela *Tráfico* de Enrique M. Amorim: “En Buenos Aires, donde la producción media es mala” (132). Años más tarde, en *La Estafeta Literaria* (núm. 18, 15 diciembre de 1944) también se asegura que la novela argentina es numérica y literariamente inferior al resto de géneros (23). No obstante, paradójicamente, tres de sus novelistas -Larreta, Güiraldes y Wastson de los más comentados y alabados en la prensa.

El elemento más característico y mencionado por la crítica es el personaje del gaucho: es cantado de modo elegíaco, como figura en extinción, solitario e individualista pero a la vez profundamente arraigado a la tierra, con lo que entronca con la importancia del paisaje en la literatura. También se le otorga un destacado papel en la formación de la nacionalidad argentina, como indicaba por ejemplo Vila Selma en su ya mencionado artículo “El gaucho en el tiempo y en la novela”, porque el carácter rural y agrícola de la nación argentina es obra del gaucho y de la tierra (410). Igualmente es un personaje “viril”, hostil a lo extranjero y lo foráneo, en tanto que extraños a su forma de sentir y a su tierra (407)⁴⁰⁰. Contradiendo aparentemente dicha afirmación, también se hace entroncar al gaucho con la tradición hispánica, como ya vimos que realizaba Rodó en 1916. También Vila Selma defendía su carácter eminentemente nacional, de naturaleza mestiza -ascendencia materna india y padre español: la madre le daría el panteísmo y el padre le cedería el orgullo, la actitud temeraria, la gallardía, etc. (411)-.

³⁹⁹ Arconada formó precisamente parte del primer comité redactor de la revista.

⁴⁰⁰ Dicha idea también es defendida por Lucio R. Soto en “*El Martín Fierro* y su valoración” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, abril 1952, núm. 28), cuando habla de la actitud abiertamente hostil a todo lo extraño, pero -aclara- no lo español y lo portugués, sino lo italiano y lo inglés por temer que le viene a disputar lo suyo (56).

Antonio Montarcé Lastra en “El fondo español de lo gauchesco” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto de 1948, núm. 4), asegura que el gaucho “invoca a su espíritu en una alegoría esencialmente católica, demostrativa de que el habitante autóctono es un producto de la conquista hispánica en todo el sentido épico y misionero” (51), y es que dicha figura, aun con distintos nombres -enlazador, baquiano, rastreador, resero, cantador, etc., representa la hidalguía de los conquistadores y “constituye el legado de España, tan rico como la tierra que pisamos, y tan antiguo como los siglos de su existencia” (71). Incluso Berenguer Carisomo, en el prólogo a *El Gerardo* (1956), hacía retroceder los orígenes del gaucho hasta el berber africano (25).

Una idea parecida había sido expuesta por Ramiro de Maeztu, ya hablando de las representaciones literarias del gaucho. Así, desde *El Sol* (11-12-1926) elevaba la novela de Güiraldes a la categoría de mito y analizaba su nombre, el cual condensaba su esencia: “Segundo” porque el primero fue *Martín Fierro*, “Sombra” porque es un fantasma literario, un mito, y el “don”, es marca de un profundo españolismo, ya que “al ahondar en sus raíces históricas y cordiales, los escritores hispanoamericanos, no pueden menos de volver a España” (2). Posteriormente, en 1933, en la tradicionalista, ultraconservadora y pro Hispanidad revista *Acción Española*, Maeztu escribía “El ser de la Hispanidad IV, la tradición como escuela”, donde igualmente aludía a Fierro y Sombra y los tildaba de dos ejemplos de un don Quijote gaucho y a la vez, de las figuras literarias de más envergadura que han navegado por aguas de América (13) y las dos consideradas la representación literaria por excelencia del gaucho.

Ricardo Güiraldes

Don Segundo Sombra es “la novela de la pampa”, idea repetida hasta la saciedad. Álvaro Guillot Muñoz en “Recuerdo de Güiraldes” (*La Gaceta Literaria*, 15

de abril de 1931, núm. 194) afirma que “Güiraldes tiene la Pampa en el pulso y en los ojos, en su querer y en sus esperanzas” (106). José Escofet en *La Vanguardia* del 14 de marzo de 1931, cita asimismo, y en fecha temprana, el resto de los tópicos que se aplicarán a la novela: el hecho de conseguir la más completa y profunda visión de la vida del gaucho (7), el sentido simbólico y nacionalista (7), así como el uso de un lenguaje que dista mucho de la “pureza castellana”, con infinidad de párrafos ininteligibles para un lector español, que muestra la gestación de una lengua propia entre los suramericanos (7). Una idea parecida había sido expresada por Guillermo de Torre en su “Revista literaria americana” de enero-febrero de 1927 de *Revista de las Españas*, al señalar la cantidad ingente de giros pamperos y de un vocabulario sembrado de expresiones gauchas y típicamente locales que dificultarán la tarea al lector español, aunque no por ello deja de ser de merecida recomendación lectora (78)⁴⁰¹. Ya hemos hablado de la importancia de la “corrección” y de la unidad ideal de la lengua común en el apartado 2.2.3.3., otra idea clamada por el hispanoamericanismo.

Las revistas no solo publican reseñas y comentarios de novelas hispanoamericanas, sino que también aparecen anuncios de libros, financiados por los editoriales, como estos de Espasa-Calpe sobre *Don Segundo Sombra* aparecidos en *El Sol*⁴⁰² la describen como “una de las novelas cumbre de la literatura argentina. La vida de la pampa y el gaucho evocada en toda su poderosa magnificencia. Vida ruda y terrible, de caracteres recios”.

En el artículo de G. R. Coulthard sobre “La novela latinoamericana” ya mencionado, hay espacio para hablar de *Don Segundo*, interesante al representar “la culminación y fin de una tradición literaria argentina vieja (...) para sintetizarlo en una novela de gran perspicacia psicológica” (473). También en el de Guillermo Kaul

⁴⁰¹ Más adelante, citaremos de nuevo un ejemplo de crítica a la ininteligibilidad del lenguaje de Güiraldes. Ya hemos indicado igualmente que en la edición de Aguilar de 1948 se incluye un glosario.

⁴⁰² Por ejemplo, entre otras fechas, el 27-12-1930.

(*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto de 1949, núm. 10) se subraya que *Don Segundo Sombra* contiene la pampa en el alma de sus personajes, embellecido de una suave melancolía ahondada de horizontes pacíficos y serenos (197)

Y, ya en el segundo semestre de 1958 y en *Revista de Literatura*, Juan Collantes de Terán, en “Rosaura en el estilo literario de Ricardo Güiraldes”, destaca el afecto a la tierra y la sinceridad, así como la original expresión de la vida pampeana, cargada de matices metafóricos y de gran profundidad de sentimientos (198). De este modo, Güiraldes encaja con la literatura argentina contemporánea, aunando la adherencia a las nuevas corrientes literarias y la tradición vía su veneración por el tema gauchesco (200).

Aparte de *Don Segundo Sombra*, Espasa-Calpe se ocupa de publicar las obras completas del autor, aunque, como ya dijimos en su momento, queden interrumpidas. En lo que se refiere a *Raucha*, es presentado por Enrique Díez-Canedo como un “libro de dos caras, una que mira a la pampa y otra a París” (*El Sol*, 17-4-1932). El anuncio de Espasa-Calpe, por ejemplo en *España y América* en marzo de 1932, la presenta como “digna hermana de *Don Segundo Sombra*” y que completa “la admirable pintura de la vida rústica argentina” de su autor (63), o *Xaimaca*, también descrita por sus anunciantes de Espasa-Calpe como un “bello libro de viajes”, “la revelación de la forma de ser y de pensar de Güiraldes” y también “una guía sentimental a través de tierras y mares americanos” (*El Sol*, 3-8-1931).

A pesar de esta preferencia e insistencia en el gaucho y la tierra, también encontramos opiniones dispares, aunque minoritarias. El periodista y poeta argentino Cayetano Córdoba Iturburu, al reseñar la obra de su compatriota Roberto Arlt (*La Gaceta Literaria*, 1 de marzo de 1931, núm. 100), reflexiona sobre la literatura argentina en general y afirma que ha habido una evolución desde el paisaje y el medio a

lo interior, siendo ahora el hombre y la ciudad los materiales de la nueva narrativa por oposición a la anterior (59). Teniendo en cuenta la fecha de su publicación, 1931, se avanza a su tiempo, -también en lo que refiere a comentar a un escritor como Arlt, cuya primera novela, *El juguete rabioso*, fecha de 1926- lo que tampoco sorprende en una revista como *La Gaceta*, en especial antes del giro hacia la derecha autoritaria de su líder.

Manuel Gálvez

Manuel Gálvez es relativamente poco reseñado en la prensa cultural, y cuando lo es, es básicamente para ensalzar el vínculo hispánico. Con todo, citemos algunos ejemplos: Guillermo de Torre en el otras veces mencionado artículo de su “Revista literaria americana” de enero-febrero de 1927 de *Revista de las Españas*, alude al prólogo de Manuel Gálvez a la edición española de *Un perdido* de Eduardo Barrios, que también nosotros hemos analizado. De Torre opina que Gálvez la ha exaltado hiperbólicamente, en una falta de sentido crítico, puesto que no es la mejor novela de Barrios, por detrás de *El hermano asno* (77).

El 1 de diciembre de 1944, en *La Estafeta Literaria*, la revista “oficial” del régimen”, se conmemora el 30 aniversario de *El Solar de la raza*, en el artículo de título significativo “*El Solar de la raza* en el 30º aniversario de su aparición adquiere la máxima actualidad”. *El Solar de la raza* narra el periplo del argentino por tierras españolas de los años 1909 y 1910 : “era el español de América -sin dejar de ser profunda y sustancialmente argentino- que recorría con emoción y agudeza El Solar de su raza y anotaba, con verdad y rigor, cuanto la realidad le iba poniendo ante los ojos” (23). Posteriormente en *La Vanguardia Española* el 30 de septiembre de 1950, es tildado de “canto a España” y situado al mismo nivel que *La gloria de don Ramiro*,

como una de las expresiones más hondas y argumentos más sólidos en pro de las realidades históricas y étnicas del Mundo Hispánico, aceptando asimismo las distintas variantes territoriales (5). Gálvez es pues, un “escritor glorioso que comparte con Enrique Larreta la cúspide de la literatura argentina y es un mantenedor incansable de nuestro genio, que es el suyo mismo, por herencia” (5)⁴⁰³.

Enrique Larreta

El caso de Enrique Larreta es particular: encontramos un gran número de referencias y de artículos dedicados al escritor argentino, pero más que referirse a su producción literaria en sí, se trata de entrevistas, crónicas de sus visitas, homenajes y premios que se le otorgan: Larreta es uno de los primeros escritores hispanoamericanos que se convierte en un personaje público y mediático. Lo más reiterado de Larreta es su profundo amor y vínculo hacia España, que lo convierte en el más español- o hispánico- de los letrados hispanoamericanos, al haber plasmado en sus tres novelas *-La gloria de don Ramiro*⁴⁰⁴, *Orillas del Ebro* y *Gerardo o la torre de las damas*, la esencia de la España castiza y profunda, en especial su espiritualidad, valor que será especialmente enaltecido en el régimen de Franco.

Veamos algunos ejemplos de la expresión de afecto mutua -tanto de Larreta hacia España como de esta hacia aquél-. En 1929, desde *El Sol*, “R.S.” transcribe una conversación con Larreta en Madrid (25-5-1929): “El señor Larreta opta por la tradición hispánica, que da un tipo de vida más intenso y elevado” (8). Dos años más tarde, en la misma publicación y ya en tiempo de la Segunda República (*El Sol*, 5-9-1931), se le realiza una nueva entrevista, cuyo contenido es resumido en el título: “Escuchando a

⁴⁰³ En el *Anuario de Estudios Americanos* de 1954, la obra de Gálvez es mencionada como la excepción más destacada a la ausencia de novela histórica o historia novelada en Argentina (616).

⁴⁰⁴ *La gloria de don Ramiro* fue publicada en 1908, precisamente en Madrid, tras la estancia inspiradora del escritor en Ávila.

Don Enrique Larreta. El gran escritor afirma que se habla y escribe el español mejor que nunca en la Argentina”. Asegura que ya ha habido la esperada reacción contra el lunfardismo (1) y que la influencia del español continúa, siendo no solo una cuestión de sangre, sino de tono, ya que a pesar de que medio país sea de origen italiano, el italiano se hispaniza y no influye en la sociedad argentina (1). En 1935, Alardo Prats también platica con Larreta en *El Sol* en “Conversación con D. Enrique Larreta, el insigne autor de *La gloria de don Ramiro*. El apasionado peregrino de las tierras de España”. En el mismo, el argentino alaba la labor republicana:

-Yo soy testigo viejo: vengo a España desde hace varios años y la transformación de España y el resurgimiento de su prosperidad es inmenso. Europa está metida en la trayectoria de una fatalidad trágica. España está fuera de ella (5).

Las alusiones y artículos al escritor hispanófilo, resurgen con fuerza a partir de finales de los años 40. En *Destino* (17 de julio de 1948, núm. 571), en “Entre líneas. Larreta en su España”, se afirma que “Larreta es, en efecto, el más español de los escritores hispanoamericanos” (14), o bien en *Mundo Hispánico* (agosto de 1948, núm.7), de nuevo “Larreta ha vuelto a encontrarse con España, la España tan sentida y amada por él en las páginas de su libro más famoso. Y España le ha recibido con emoción y gratitud” (51), sobre todo al escuchar su fuerte vínculo prohispanico: “siempre he pensado que para ser un buen argentino, había que ser primero un buen español” (51). O bien en *Índice* del 15 de septiembre de 1952, el mismo escritor declara que “soy español de sangre y de lengua, ya que no de nacimiento” (24). De nuevo, la importancia de la “hermandad” y del aprecio americano.

En lo que se refiere a los honores recibidos, ya en época franquista encontramos alusiones a la entrega de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, reseñada por ejemplo por J.A.C en “Enrique Larreta y su novia para siempre”, en *Mundo Hispánico*⁴⁰⁵ de

⁴⁰⁵ Dicha revista siempre ostentará un carácter más propagandístico que el de sus publicaciones hermanas *Cuadernos Hispanoamericanos* y *El Correo Literario*.

septiembre de 1948; varias menciones a la concesión del premio Cervantes -al que ya aludimos al hablar de los eventos hispanoamericanistas-, o bien al homenaje nacional que se le concede a Ávila, plasmado por Rafael Gómez Montero, en “Así se escribió *La gloria de don Ramiro*”, en *La Estafeta Literaria*, (2 de febrero de 1957, núm. 81), que sirve de excusa para tildar dicha novela de “la obra cumbre de la literatura hispanoamericana” (7). Dicha valoración no es de extrañar en el contexto, puesto que se trata de una obra que alaba la historia, el casticismo y la espiritualidad castellanos.

Finalmente, en cuanto a comentarios sobre sus obras en sí, observaremos que lo más resaltado es igualmente su condición hispánica, incluso al hablar de *Zogoibi*, novela que retrata la pampa argentina. Por ejemplo en *Ínsula* (15 de agosto de 1948, núm. 32), Blanca Antón explica que en *Zogoibi* “palpita también ese amor de horizontes ilimitados y de tierras amplias con que trata a nuestra Castilla. Y también en esta obra una sutil atmósfera mística va envolviendo su esencia” (7), puesto que el autor tuvo la voluntad de “reunir a España y a Sudamérica en su obra” (7).

Como premonición a *Orillas del Ebro*, en *La Vanguardia Española* del 15-6-1948, en el artículo “Larreta es nuestro huésped” se alude a una nueva visita del argentino,

no trae a España Larreta proyectos literarios, pero no es difícil tampoco que de alguna de estas excursiones, o tal vez del conjunto de ellas, la claridad de su inteligencia, su exquisita sensibilidad y la pureza de su prosa cincelada, nos ofrezca un día, como un recuerdo de este viaje por España a la que tanto ama, un nuevo libro que sea otro florón a engarzar en esa diadema tan legítimamente conquistada en el cuadro de la literatura de idioma castellano (4).

Un año más tarde, Leopoldo Panero describe, en *Mundo Hispánico* (julio 1949, núm. 16) “Una nueva novela de Larreta”:

Ningún otro escritor americano de genio –si exceptuamos a Rubén Darío- ha tenido una vocación hispánica tan fuerte, generosa y desinteresada, y ninguno ha sabido calar, como él lo hace, y al mismo tiempo, en el venero vivo del idioma y en la tenaz realidad espiritual de los hombres y de las tierras de España (55).

Su tercera obra de trama localizada en la Península, *Gerardo o la Torre de las Damas* es reseñada en el *Anuario de Estudios Americanos* de 1953:

La tercera novela del autor argentino desarrollada en ambiente español. Le corresponde ahora ser escenario a Granada. La acción no corresponde a pasado; está situada dentro de nuestra época de la cual constituye un testimonio más (705).

Para finalizar, mencionemos uno de los pocos artículos referentes a Larreta escrito por un autor hispanoamericano: el del también argentino Arturo Berenguer Carisomo, titulado “Las dos últimas novelas de Enrique Larreta” y aparecido en *Cuadernos Hispanoamericanos*, en marzo de 1956 (núm. 75)⁴⁰⁶. Admite que Larreta es “igualmente fuerte en el tratamiento de asuntos así españoles como argentinos” (327). Indica que Larreta “nos dio el tono de Castilla en su novela más ambiciosa y elaborada, trató la rioja alavesa en *Orillas del Ebro*, y Granada en *Gerardo*, aunque sin embargo, este “nace en la pampa” (327).

Larreta no se pronunció públicamente a favor de ninguna ideología política y siempre destacó por su deseo de afianzar y alabar tanto los vínculos hispánicos como España en sí, lo que puede explicar la continuidad del aprecio peninsular por su figura. Lo castizo, Castilla, la espiritualidad y la gloria del pasado no fueron patrimonio de ninguna ideología y fueron cantados tanto por la generación del 98 como por los defensores de la Hispanidad franquista.

Eduardo Mallea

Las referencias a Eduardo Mallea no son especialmente numerosas. Se concentran sobre todo durante el primer lustro de 1950, y subrayan su vinculación tanto con su país natal, como con España. Guillermo Díaz-Plaja, en *Cuadernos Hispanoamericanos* (marzo-abril de 1950, núm. 14), lo bautiza como “El meditador de

⁴⁰⁶ De hecho, el artículo es un fragmento del prólogo del mismo Berenguer Carisomo a la edición de *Gerardo* de Espasa-Calpe de 1956 y titulado igualmente “Las dos últimas novelas de Larreta”, al que ya hemos aludido.

la argentinidad”. Así, su obra surge con profundidad espiritual “huyendo tanto del orgullo de arrabal de Evaristo Carriego como del poncho pampeano de Ricardo Güiraldes” (266), e intentando asimismo discernir el arquetipo humano de la argentinidad y que va más allá del tópico del gaucho (276). Para el español, lo argentino es “una voluntad de decencia” (276). En este sentido, Díaz-Plaja arremete contra la simplificación y la identificación entre Argentina y el gaucho, tan común en cambio entre la crítica contemporánea.

Alfonso Paso, en *El Correo Literario* del 1 de septiembre de 1952, describe a “Eduardo Mallea, siempre”. Considera que su estilo y mentalidad creadora son europeos, puesto que su formación se ha basado en los clásicos y grandes escritores españoles, ingleses y franceses. Sin embargo, “Mallea también está cargado de americanismo. Mallea también es un escritor americano y, en mi opinión, un escritor sobre todo americano” (9), plasmable en su pasión, su ética sentimental, sus temas y cómo lo expresa. En lo que se refiere a los temas de Mallea, asegura que se resumen en tres: la tierra -hostil y enemiga-, la soledad del hombre, y la mujer. “Tierra, soledad y mujer. Paisaje y amor. Estos son los temas de la literatura americana” (9).

De nuevo en *Cuadernos Hispanoamericanos* (febrero de 1953, núm. 38), Francisco Alemán Sainz en el ya explícito artículo de nombre “Eduardo Mallea, español de Sudamérica”, considera que el argentino “sostiene por el Mundo Hispánico una actitud española” (168), lo que no ve contradictorio con afirmar que ve en Mallea “la mejor expresión de América” (172).

Hugo Wast

Otro de los autores más comentados es Hugo Wast, pseudónimo de Gustavo Adolfo Martínez Zuviría. Lo más destacado y reiterado a lo largo del tiempo del escritor

argentino es su popularidad y éxito, asumiendo la categoría de autor best-seller con un estilo sencillo y claro, dirigido al gran público y siendo en ocasiones desdeñado por la crítica. A partir de 1950 -aunque ya se habían apuntado maneras a finales de los veinte y comienzos de los treinta-, se enfatiza su vínculo con España y su catolicismo. Es precisamente en España donde se publicarán por primera vez sus obras completas.

Veamos algunos ejemplos: en *ABC* (7-1-1927) se asegura que Wast es un maestro en la prosa y en el asunto, y que, a pesar de la crítica, “el público lo sigue en una forma tal, que parece mentira en el ambiente literario de Argentina” (9). Igualmente, se menciona la defensa del personaje histórico español Alzaga realizada en *El jinete de fuego*. Días más tarde, en *El Sol* (18-1-1927), se repiten las mismas ideas: que las tiradas de sus obras llegan hasta los 50.000 ejemplares y que *Myram la conspiradora* y su segunda parte *El jinete de fuego* están escritas “con el nobilísimo propósito de borrar todo vestigio de animosidad entre argentinos y españoles” (9).

En el suplemento de *ABC, Blanco y negro* (24-2-1929), se le considera como seguramente el novelista más leído en España” (20), y se transcribe una entrevista con el mismo, en la que subraya el interés argentino por España: “interesa como lo que es; nuestra madre” (20). De nuevo, Wast, al hablar de su escritor argentino preferido, Manuel Gálvez, alude a *El Solar de la raza*, “que contiene impresiones sobre España. ¡Siempre, como ve, urge en hechos el interés por nuestra madre!” (21). No olvidemos el carácter conservador y católico del periódico.

En lo que se refiere a su argentinidad, los anuncios publicados en la prensa española, a finales de la década de los veinte, titulados “¿Qué leer de Hugo Wast?” dejan claro que “si hay un descriptor completo de costumbres y paisajes de la

Argentina, es Hugo Wast” (entre otros, *La Vanguardia*, 16 de mayo de 1929). También en el rotativo barcelonés⁴⁰⁷ se describe *El camino de las llamas* en estos términos:

hace vibrar nuestra alma describiendo los hermosos paisajes de los altivos Andes con ese melancólico lirismo que acompaña la existencia del gaucho y, al propio tiempo con esa fuerza de expresión que requieren la grandeza del escenario que ha escogido para su obra artística y lo profundo de las pasiones (...) (17).

Es también en la prensa diaria, como *La Vanguardia* y *ABC* donde se publicarán, por entregas, algunas de sus más famosas novelas, como *Tierra de jaguares* -en 1933- y *Lucía Miranda* -en 1934- en *La Vanguardia* y *Oro* en *ABC* -en 1935-.

A pesar de que las creencias religiosas de Hugo Wast sean bien conocidas - católico convencido, recordemos el antisemitismo de algunas de sus obras-, en pleno franquismo, interesa enfatizar dicho espíritu, así como sus simpatías pro régimen. En 1957, en *ABC*, aunque desde Buenos Aires, el corresponsal del rotativo en la capital del Plata José María Triana, comenta la “Entrega de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio a Hugo Wast”, y lo presenta como un escritor profundamente católico, de gran imaginación y claridad de estilo, de conocida fuerte amistad con España y que siempre “quedará su nombre unido al de la literatura argentina como un gran purista del idioma y excelente artífice de la novela” (23). En el mismo año, pero en *Revista de literatura*, a raíz de la publicación de sus *Obras Completas* en Ediciones Fax, Alfredo Hermenegildo cita al prologuista Néstor Noriea que lo considera “el máximo novelista hispanoamericano, por no decirse también de habla española” (122) y destaca su profundo e íntegro conocimiento del ambiente católico, fulminando los errores, los vicios y saliendo en defensa de las virtudes cristianas” (122).

Finalmente, a raíz de la aparición de sus *Obras completas* en 1952, en el número 128 de noviembre de 1958 de *Mundo Hispánico* se comenta brevemente “el atractivo de

⁴⁰⁷ Por ejemplo en el 5 de diciembre de 1934.

Hugo Wast escritor es enorme. Su estilo bullidor o reposado, gracioso o sublime, siempre fragante y limpio, tan dominado” (50).

3.2.3.2.3. Venezuela

Las referencias a Venezuela se concentran especialmente en la década de los 50. Carlos Sentís, en “Venezuela piedra de toque. La cuña caraqueña” (*Destino*, 7 de enero de 1950, núm. 648), alaba los vínculos hispánicos y considera a dicho país como uno de los de más recia personalidad y españolísimas raíces del vasto mundo americano (3), puesto que España le dio una “buenísima cuna”. Igualmente, como ya indicamos, comenta el libro de Uslar Pietri, *Hombres y letras de Venezuela*.

En *El Correo Literario* (1 de abril de 1952, núm. 45), el venezolano Guillermo Morón explica “Cómo son las cosas en...Venezuela”. Considera que el ritmo de la producción intelectual venezolana está muy por encima de la capacidad editorial, por lo que sus escritores deben buscar salida en Buenos Aires y México. Entre los autores destacados: Rómulo Gallegos, Ramón Díaz-Sánchez, Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri. Curiosamente, en el suplemento al número 83 de *Mundo Hispánico* y dedicado a dicho país (febrero 1955), solamente se comenta su producción poética.

Mucho más generoso es el artículo de José Ramón Medina “Escritores de Venezuela” de *Índice* (junio 1956, núm. 90), posiblemente por el carácter aperturista de la revista y por proceder de un autor venezolano. Medina califica de pujante y ambicioso el actual movimiento literario de su país -con jóvenes como Ramón Díaz Sánchez, Antonio Arraíz o Miguel Otero Silva-, que se suma a las figuras ya consagradas, como Gallegos, Picón Salas y Uslar Pietri. Así, en cuento y novela se siguen los caminos tradicionales de la gran narrativa hispanoamericana aunque actualizados, con la incorporación vital de sus elementos primarios, vida, historia y

telurismo (3). Termina proponiendo intensificar el conocimiento mutuo y el intercambio intelectual para enriquecer las relaciones culturales transatlánticas.

Teresa de la Parra

Las menciones a Teresa de la Parra siguen la tónica habitual: se subraya su elegancia, autenticidad, espontaneidad, equilibrio, e intuición, los rasgos típicos atribuidos a una literata femenina. Como síntesis de ello podemos ver el artículo de Adelina Vidal de Kaul sobre *Memorias de Mamá Blanca* (*Cuadernos de literatura*, enero-junio 1949, num. 13-15) y en que se realiza “la versión afectiva de los hechos, rasgo específicamente femenino” (190), su manera de intuir la realidad, la flexibilidad y espontaneidad, a la par que una concepción de la obra sencilla, fácil y amena, “como para ser leída por mujeres y niños” (195).

Rómulo Gallegos

No obstante, el escritor venezolano por excelencia es Rómulo Gallegos. Las alusiones a Gallegos empiezan en 1929, después de su publicación en Barcelona de *Doña Bárbara*. Probablemente la primera reseña aparecida en la prensa es la de José María Acosta en *ABC* (23-4-1929). Alaba la obra de un autor completamente desconocido hasta la fecha en España (8), de un arte y un realismo que dan sensación de vida intensa y algo primitiva, con unos caracteres excelentemente forjados y que concuerdan con el paisaje y una corrección de estilo “bastante depurado para lo que se acostumbra en los autores americanos”, que la coloca entre las mejores novelas hispanoamericanas de los últimos tiempos (8).

En cambio, el mes siguiente (*La Vanguardia*, 29 de mayo de 1929), José María Salaverría, pone de nuevo sobre la mesa el cliché de la lucha del hombre contra la

naturaleza en el artículo “Ideas y notas. De la Unidad americana”: “parecía agotado el tipo de hombre agreste y libre, en lucha contra las fuerzas de una naturaleza gigante y la emoción de las infinitas llanuras desiertas o de las salvajes y elevadas serranías” (5). Sin embargo, aparte de elogiar la obra de Gallegos, Salaverría pretende defender la unidad hispanoamericana, al indicar que en las páginas del venezolano “alienta continuamente el espíritu y el fervor españoles” (5) y se muestran unos hombres que cantan, sienten y sufren de modo acorde al alma y el corazón de España (5). También establece afinidades a nivel de el lenguaje: “el lenguaje de este libro habla con un acento tan nuestro, tan hondamente racial, que el lector español se siente como si su patria peninsular (...) se hubiera trasladado al Nuevo Mundo (5)”. Como ya indicaremos más adelante, Salaverría realizó un giro ideológico hacía posiciones ultraderechistas.

En el *ABC* del 5 de noviembre de 1929 se comenta la elección de *Doña Bárbara* como novela del mes en septiembre de 1929 -que propulsó su fama- por parte del comité compuesto por Gómez de Baquero, Pérez de Ayala, Miró, Salaverría, Díez-Canedo, Sainz Rodríguez y Ricardo Baeza. En cuanto a la novela, escrita por un nuevo valor de las letras hispanoamericanas desconocido por el público español, es una obra “robusta, típicamente suramericana, de un hondo dramatismo y una excelente factura literaria” (11).

Otro artículo interesante es el que aparece en *La Vanguardia* el 2 de diciembre de 1929, de la mano de José María Salaverría y titulado “El gaucho y el llanero”, en donde compara *Don Segundo Sombra* y *Doña Bárbara*. Básicamente, Salaverría demuestra el paralelo entre los llanos venezolanos y la Pampa argentina, con reses pastando en libertad en las praderas y hombres a caballo de carácter, hábitos, mentalidad, habla y modo de vida semejantes, así como literaturas abundantes, aunque la argentina se “abuse” del habla popular, lo que “empequeñece el radio de difusión de

la obra, tendiendo a lo contrario a que debe aspirar toda la literatura, o sea a la universalidad” (5). Critica que *Don Segundo Sombra* sea de difícil comprensión en otros países americanos y especialmente en España. En cambio, *Doña Bárbara*

no emplea los vocablos y modismos locales más que con una sobria discreción lo cual no impide que sea una obra en la que el ambiente se halla expresado con una fuerza y una veracidad excepcionales. Y así consigue cautivar la atención de los lectores de España y cualquier país del mundo, por su inteligibilidad y lo universalista de su fondo humano (5).

El artículo “Doña Bárbara” de Ricardo Baeza publicado en *El Sol* el 14-1-1930, analiza la obra⁴⁰⁸. Afirma que “el sr. Gallegos es el primer gran novelista que nos da Suramérica y que ha escrito una de las mejores novelas que hoy por hoy cuenta el idioma” (3). Admite la existencia previa de obras “estimables” de la mano de Barrios, Lynch, Carrasquilla o Gálvez, pero ninguno que hasta la fecha se equiparase al mismo nivel alcanzado en la poesía por Rubén Darío o la literatura especulativa con Rodó, sino que

la mayoría de las novelas suramericanas eran simples pastiches de la europea, como *La gloria de don Ramiro*...o bien...no pasaban de simples ensayos de orden absolutamente secundario y casi siempre escritos en un estilo paupérrimo y un castellano bárbaro (3).

Es de las primeras ocasiones en que *La gloria de don Ramiro* no recibe alabanzas. Tampoco es muy halagador con *Don Segundo Sombra*, aunque admite que “constituye un acontecimiento literario de orden continental y es una obra vivaz y vertebrada que anuncia un vigoroso temperamento (3) aunque es más que nada una promesa y específicamente “apenas puede decirse que sea una novela” (3).

Observa la aparición de *Doña Bárbara* “como la entrada de la literatura hispanoamericana en la edad viril” (3), al ser la primera gran novela americana (3): todo un clásico sin dejar de ser por ello una novela original y nueva. En cuanto a su clasificación, es tanto realista como poemática, descriptiva, de costumbres rurales,

⁴⁰⁸ Para López Rueda es el primer artículo dedicado a *Doña Bárbara*, cosa desmentida como hemos podido ver.

psicológica, de acción y de caracteres: “una maravilla de técnica, una verdadera proeza de arquitectura y de equilibrio interior” (3), cuyo verdadero protagonista es la naturaleza sin que por ello desmerezca el fino modelado psicológico de los personajes humanos (3). Asimismo, destaca el simbolismo político-social y el espiritual o telúrico, así como el derivado de los apelativos.

En cuanto a la lengua, afirma que su castellano es magnífico y muy superior al que hasta ahora nos sirviera ningún novelista americano” (3) usando con mesura modismos criollos y regionalismos, aunque no por eso peque de algunas taras o americanismos (3). Finalmente cita las influencias peninsulares de Gallegos, según el crítico: Pérez de Ayala y Gabriel Miró.

Las referencias a Rómulo Gallegos y a *Doña Bárbara* son constantes -su presencia e influencia se extienden a lo largo de todo nuestro período de estudio-. Ya hemos visto algunos ejemplos, ya que con frecuencia aparece comentada y/o comparada con *La vorágine* y *Don Segundo Sombra*. Por ejemplo, en el artículo “La diplomacia dice que no hay plagio” de *La Estafeta Literaria* (núm. 3, 1944) –que alude a la acusación de plagio por parte de Gallegos y en el que más tarde nos extenderemos-, pero también aparece en el de Guillermo Kaul (*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto 1949, núm. 100), cuando la interpretación del paisaje americano realizado por Gallegos es puesta en un nivel intermedio entre la entrega amorosa de Don Segundo a la pampa y la devoración trágica del cauchero de Rivera: el hombre del venezolano se mueve de forma altamente poética en el llano (199). O bien Salaverría en “La novela de la selva” (*ABC*, 17 de julio de 1930), al aludir a *Doña Bárbara* como la insuperable novela de los llanos venezolanos, llena de ganado y de majestuosa soledad (5)⁴⁰⁹.

⁴⁰⁹ Más adelante, ya tras la dura posguerra, López Rueda añade el artículo “Al margen de una novela” que Narciso Alonso Cortés publica en *El Norte de Castilla* (11-12-1948) Según López Rueda, Alonso Cortés empezaría admitiendo la excelencia de la novela de Gallegos y cita asimismo *Don Segundo Sombra* y *La*

A partir de los años treinta, sin embargo, la mayoría de artículos dedicados a Gallegos, aluden al resto de su novelística, a medida que aparecen publicadas en España. El 2 de julio de 1930, aparece la reseña de José María Sender “Reinaldo Solar y la provincia venezolana” en *El Sol*. Recordemos que esta novela, a pesar de ser anterior a *Doña Bárbara*, será publicada en España en 1930. La impresión del novelista español es negativa, de decepción. Según el mismo, la vida venezolana de *Reinaldo Solar* es la misma vida provinciana española de finales del XIX, por lo que pierde interés y solo confirma la impresión de que Venezuela es la provincia americana por excelencia (2). Igualmente, el protagonista carece de fuerza y de veracidad, siendo algunos personajes del coro más interesantes que Reinaldo. No duda en finalizar afirmando que “Después de *Doña Bárbara* viene *Reinaldo Solar* un poco forzada y vergonzosa. Su verdadero lugar está en el orden natural que vio la luz” (2).

En 1930 también se edita *La trepadora*, comentada por ejemplo en *El Sol*, (13-5-1930), por “B.A.A.” de la que se comentan tres aspectos: su lenguaje, “un castellano flexible y colorista, en el que ponen esencia aborígen los giros gramaticales vernáculos” (2); el mestizaje, puesto que en ella se muestra “la fusión de la sangre india de los guaraní con la de los orgullosos descendientes de los viejos fundadores” (2) y la naturaleza, presentada de forma realista y a la vez lírica.

En 1934 (*España y América*, abril 1934, núm. 260, *La vida literaria* núm. 88), de nuevo José María Salaverría toma la palabra comentando esta vez *Cantaclaro*. En él, se autoalude cuando afirma haber sido de los primeros -si no el auténtico primero, cosa

vorágine, aunque con dispar valoración: “de las otras dos grandes novelas hispanoamericanas que suelen paragonarse con la de Gallegos, es decir, *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo Güiraldes, y *La vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera, solo la del argentino alcanza la categoría de obra maestra, ya que la segunda se halla, en su opinión, muy por debajo” (70).

Sin embargo, la intención de Alonso Cortés es la de estudiar un defecto de sintaxis frecuente en *Doña Bárbara*: el mal uso del pronombre de tercera persona “le”, que aparece en vez de “les”, y que termina atribuyendo, teniendo en cuenta la grandeza de su autor, a un contagio del uso (70). Se trata asimismo de un error que se encuentra a menudo en el siglo XX sobre todo en escritores andaluces y americanos como Güiraldes y Reyes o Lezama Lima (71).

no cierta como vimos- en señalar la excepcionalidad de *Doña Bárbara* (42). De la nueva obra destaca que presenta la existencia heroica del amor y de la pelea en la naturaleza vehemente del trópico (42), naturaleza grandiosa de aliento bárbaro y primitivo.

También *Cantaclaro* es reseñada en *El Sol* (7-9-1934), en el que se insiste en la “intensidad de majestuosa grandeza y deprimente aniquilamiento del llano venezolano” (2). Igualmente, fijémonos en el entre paréntesis en el que afirma la “españolidad” de Gallegos: “(Parece innecesario advertir que, aunque venezolano, Rómulo Gallegos es un escritor español, puesto que las fronteras del idioma se extienden mucho mas allá que las fronteras geográficas de nuestra tierra) (2).”

Canaima, reseñada en *La Vanguardia* (27 de octubre de 1935), es descrita como una novela formidable que narra la leyenda trágica de la selva venezolana, virgen, atrayente y a la vez subyugadora (5). También aparece en *El Sol*, un año más tarde (5-1-1936). Para Lorenzo Varela, *Canaima* representa la fuerza-símbolo de la América virgen, por lo que la obra es vista como “la novela de América” (2).

El 4 de mayo de 1936, Concha Espina⁴¹⁰ publica en *El Debate* un artículo sorprendente por la época, titulado “Una mención de homenaje al libro hispanoamericano”:

Muchos años antes del boom, la novelista hace notar que las obras literarias hispanoamericanas son en muchos casos mejores que las españolas: 'realidad –añade la escritora- que esta vieja metrópoli no siempre confiesa y olvida a menudo'. Uno de esos casos de excelencia es el constituido por las novelas de Rómulo Gallegos, muy superiores, según Concha Espina, a las más acreditadas que por entonces se escribían en Europa (López Rueda 68-69)⁴¹¹.

⁴¹⁰ La escritora mostró sus simpatías tanto por la dictadura de Primo de Rivera como por el bando nacional tras estallar el conflicto civil, por lo que no sorprende su colaboración en el periódico conservador y católico de *El Debate*. De todos modos, en el presente artículo, su punto de vista en lo que refiere a la literatura hispanoamericana, no deja de ser innovador.

⁴¹¹ Dada la imposibilidad de consultar el periódico original, citamos la transcripción realizada por López Rueda.

Las obras de Gallegos continúan, según la novelista, aún siendo muy desconocidas en España. De entre ellas, aprecia especialmente *La trepadora* y *Doña Bárbara*. Y termina alabando su “novela rotunda, en fin, conseguida con donaire y garbo de gran prosapia, llena de castellana sonoridad y de los americanismos preciosos que ya atesora nuestro diccionario como fresca mina de agua corriente” (López Rueda 69).

En un tono mucho más moderado, Jorge Campos, en su reseña a *Sobre la misma tierra* de *Revista de Indias* de 1947, insiste en la intención de cantar al terreno de Gallegos, y termina su reseña afirmando la progresiva autonomía de la narrativa continental: “relatos con este vigor y contenido son la más firme realidad de la novela americana, naciente, impetuosa, cada vez más libre de tutelas ejemplares” (918).

En 1955 aparecerán varios artículos recordando el 25 aniversario de la publicación de *Doña Bárbara* y la celebración del evento en México⁴¹².

Mariano Picón Salas

Mariano Picón Salas es mencionado especialmente en su calidad de ensayista, aunque también se comente *Odisea de Tierra firme*, por ejemplo en *España y América*⁴¹³ en su suplemento, *La vida literaria* de junio 1931) que supuestamente capta todo el dolor de Hispanoamérica, bajo la tiranía de los caudillos (72), aunque también plasma el paisaje.

Las referencias a la obra crítica y ensayística de Picón Salas surgen alrededor de la publicación de sus *Obras selectas* en 1953. Se le considera al mismo nivel que

⁴¹²Por ejemplo, Viñuela de Latour, “Un nuevo libro de Rómulo Gallegos”. *El Correo Literario* 9, enero 1955, s/p, y “Los veinticinco años de Doña Bárbara”. *Ínsula* 109, 15 de enero de 1955, pp. 2 y 12.

⁴¹³Ya hemos mencionado el interés por las relaciones ultramarinas y por la literatura hispanoamericana - de la cual el suplemento *La vida literaria* es una clara muestra, de la revista gaditana y su carácter relativamente “progresista”.

Alfonso Reyes o Henríquez Ureña⁴¹⁴, y como uno de los mejores escritores del continente⁴¹⁵, merecido ganador del Premio nacional de literatura de su país y “Suramericano hasta los huesos”⁴¹⁶, y poseedor de un exacto y sólido conocimiento de América⁴¹⁷, aunque habiéndose nutrido en la lectura de los escritores españoles⁴¹⁸.

Para terminar con Venezuela, citemos de nuevo el artículo de Alberto Gil Novales “Arturo Uslar Pietri y el provincianismo español” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1957, núm. 94), en el que aparte de criticar el desconocimiento y la actitud española para con la literatura de América, se elogia al venezolano como uno de los mejores escritores hispanoamericanos.: “en la Península es raro el escritor vivo que alcance tanto dominio idiomático, tales dotes de artista narrador” (10) a pesar de que apenas se le conozca, aunque esto sea culpa del “provincialismo” aludido, pero también del “frío burocratismo que cela nuestras lecturas” (10), una razón de ambigua naturaleza: ¿el modo cómo se lee? ¿Las lecturas oficiales? ¿La censura? Comentario al límite en una publicación oficial del CSIC.

3.2.3.2.4. Colombia

Las alusiones a la narrativa colombiana son escasas y en un par de ocasiones incluso se insinúa la “ausencia de novela” colombiana, como por ejemplo en plena Segunda República (*España y América* 273, mayo 1935, suplemento *La vida literaria* 101), Ángel Dotor, en “Un gran escritor colombiano”, -artículo dedicado a Gregorio

⁴¹⁴ Campos, Jorge. “Sección bibliográfica. Obras selectas de Picón Salas”. *Revista de Indias* 14, enero 1954, p. 587.

⁴¹⁵ “Uno de los primeros escritores de lengua española”. *Índice* 105-106, septiembre-octubre 1957, p. 4.

⁴¹⁶ Telleza, Fernando. “Las obras selectas de Mariano Picón Salas”. *Índice* 74-75, mayo y junio 1954, s/p.

⁴¹⁷ Luís Alberto Sánchez. “Mariano Picón Salas. Sus personajes e ideas”. *Índice* 100-101, abril-mayo 1957, p. 25.

⁴¹⁸ “Jorge Campos comenta las Obras selectas de Mariano Picón Salas”. *Revista de Literatura* 9-10, enero-junio 1954, pp. 411-412.

Sánchez Gómez-, asegura que “no abundan los novelistas colombianos” (52). Posteriormente, en 1956, en el “Balance literario de 1956 en Colombia” de la sección “Valija del exterior” de *La Estafeta Literaria* (26 de enero de 1957, núm. 80): “A grandes rasgos puede apreciarse la diversidad de campos que ocupan el interés de los intelectuales colombianos. Se advierte un fallo: la falta de novela” (3). También, aunque no de modo explícito, en el suplemento al núm. 86 de *Mundo Hispánico*, número especial dedicado a Colombia (mayo de 1955), solo se dedica un apartado exclusivo a su literatura, y es a la poesía. En cambio, sí hallamos algunas referencias a novelistas colombianos dentro del “Panorama de la cultura colombiana” (63-65), en una conversación entre Juan Emilio Aragonés y Eduardo Carranza. Los autores mencionados son Tomás Carrasquilla, “el más grande de los novelistas colombianos” (64), José Eustasio Rivera, con *La vorágine* “bárbaro romance de los llanos orientales de Colombia y de la vida tremenda y alucinante de la selva amazónica” (64), Eduardo Zalamea Borda y José Antonio Osorio Lizarazo, “el más importante de los novelistas colombianos actuales (64).

Con todo, Colombia es la cuna de uno de los escritores, cuya única novela terminada, *La vorágine*, ocupa un espacio privilegiado, no solo en el número de referencias, sino en el imaginario de la literatura hispanoamericana y de algún modo, repercutirá en la interpretación de toda la literatura colombiana, anterior y posterior. De hecho, *La vorágine* marca un hito en la narrativa hispanoamericana, entre los escritores, pero muy especialmente entre la crítica. Más que al número de artículos dedicados exclusivamente a dicha novela, encontramos una influencia y presencia constante a lo largo de los años, en la mayoría de casos con menciones, referencias, comparaciones, etc. De todos modos, lo que se repite con insistencia es una particular interpretación de la misma: la de ser “la novela de la selva”, del enfrentamiento -y pérdida- del hombre

contra una naturaleza terrible, violenta y destructora. También se señala su condición de documento de denuncia de la situación y la explotación cauchera. Veamos primero los artículos dedicados plenamente a *La vorágine* para pasar luego a las alusiones en otros.

Una de las primeras referencias en la prensa es el artículo de José María Salaverría⁴¹⁹ “La novela de las selvas” (*ABC*, 12-7-1930), en dónde el crítico señala el desconocimiento en España de la novela colombiana: “es una obra que en Colombia y en las Repúblicas vecinas admiran con verdadero fervor los aficionados a las buenas letras; en Buenos Aires la conocen muy pocos y en España es ignorada casi completamente” (3). El paisaje descrito representa, además de revelar los crímenes inconcebibles cometidos por los buscadores del caucho,

el triunfo del árbol, la apoteosis del bosque impenetrable, la exaltación de una naturaleza inauditamente vigorosa que crea y mata con espantable inexorabilidad. Y ante esa naturaleza sublime y monstruosa, el hombre de la ciudad refinada, el poeta José Eustasio Rivera se siente arrebatado por una mezcla de terror y de entusiasmo, y escribe, en efecto, el libro de las selvas vírgenes que en nuestra literatura de lengua española estaba por hacer (5).

En *ABC* (17 de julio de 1930), en el artículo denominado “Responsabilidades históricas”, del mismo Salaverría, cuenta como *La vorágine* narra “la espantosa existencia que arrastran unos hombres indefensos, embrutecidos y envilecidos allá de la inmensa región de las selvas ecuatorianas americanas” (6). Aprovecha dicha ocasión para pasar a hablar de España y de la injusticia de la leyenda negra, en comparación con el resto de europeos colonizadores, y es que “a nadie se le han ajustado las cuentas con el rigor que a España” (6).

“Muerte y resurrección en las selvas tropicales” de S.P., aparecido en *El Sol* (24-3-1934), comenta la traducción de la novela al francés y cómo resulta curioso y doloroso que el lector español deba acudir a una traducción. Recordemos que *La vorágine* solo fue editada por primera vez en España en 1932. *La vorágine*, considerada

⁴¹⁹Ya hemos aludido a las opiniones de Salaverría y a *ABC* como una de sus tribunas de expresión.

el poema de las selvas tropicales a pesar de que solo una tercera parte de ella se desarrolle en este ambiente (7) es, pues, aún desconocida en España.

A mediados de la década de los 40, aparece el artículo en *La Estafeta Literaria* “La diplomacia dice que no hay plagio” que se refiere a la acusación de plagio de *La vorágine* por parte de Rómulo Gallegos en su *Doña Bárbara*, realizada por Jorge Añez. El autor del artículo pretende deconstruir esta idea, y por ello se sirve de las opiniones de dos autoridades. Por un lado, el escritor colombiano Antonio Oviedo, que descarta dicha acusación como pueril y arguye que el canto épico y fuerte de la lucha entre el hombre y la tórrida naturaleza se opone al enfrentamiento entre civilización y barbarie de *Doña Bárbara*, llena de placidez, claridad, optimismo, suavidad y ternura. Por el otro, la opinión de Cristóbal Benítez, profesor de sociología de la Universidad de Caracas, que ve ambas obras opuestas en técnica, desarrollo, fines y ambiente, es decir, en todo. Y asegura que Rómulo Gallegos es el novelista representativo de la actualidad (5).

En 1955, José Ángel Valiente publica “La naturaleza y el hombre en *La vorágine*, de José Eustasio Rivera”, en *Cuadernos Hispanoamericanos* (julio 1955, núm. 67), que la considera también como “la novela de la llanura y de la selva, pero sobre todo, de la tragedia de los hombres que viven en aquella geografía de catástrofe” (102), a la par que muestra la injusticia social de los caucheros. Es una “versión estremecedora de una naturaleza desconocida” (108), opuesta a la versión idílica de la naturaleza del Romanticismo.

La mayoría de artículos que se refieren a la novela hispanoamericana en general, y a la novela de la tierra en particular, aluden igualmente a *La vorágine*, presentada como considerada el paradigma de la naturaleza devoradora. Ejemplo de ello son muchos de los ya mentados en las características generales de la narrativa: Coulthard

(*Cuadernos Hispanoamericanos*, marzo-abril 1949, núm. 8), afirma que “la selva de Rivera es un microcosmos de donde quedan excluidos todos los sentimientos que hacen la vida humana posible, donde predominan las fuerzas del mal” (473). Kaul (*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto 1949, núm. 10) habla de una visión dantesca del paisaje terrorífico, monstruosa, de violencia y aniquilación, pasión tropical y lujuria vegetativa (198-199). También el artículo de Eduardo Caballero Calderón “Hispanoamérica en sus novelistas” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, abril 1955, núm. 64), al hablar de como a principios del siglo XX, escribe que “el paisaje, la selva, el río, la llanura, el páramo, avasallan al hombre y lo conquistan (...) la novela hispanoamericana naufraga en el paisaje” como en la de José Eustasio Rivera (52).

Pero las referencias a *La vorágine* también aparecen a la hora de comentar otros autores y de establecer comparaciones con demás obras. Ya hemos aludido a la tríada *La vorágine*, *Don Segundo Sombra* y *Doña Bárbara*, siendo, hasta bien entrados los años 50, las novelas más conocidas y valoradas por la crítica española. Citemos otros ejemplos, como el panegírico de Ángel Dotor a Sánchez Gómez (*España y América* núm. 273, mayo 1935, suplemento *La vida literaria*, núm. 101), entre cuyas líneas hay lugar para hablar del -siempre- malogrado Rivera, “otro gran plasmador del alma de las selvas inmensas” (101), o el dedicado a *El hombre bajo la tierra* de Osorio Lizarazo, escrito por Claudio de la Torre y aparecido en *Revista de Indias* (núm. 9, enero 1949), que alude que la perfección del retrato del ambiente de la mina tiene antecedentes: “la novelística colombiana, con *La vorágine* de José Eustasio Rivera a la cabeza, ha dado ya muchas pruebas de su maestría en la pintura dramática y realista de un ambiente” (789). En este caso, se insiste en otra de sus características que es la denuncia de las injusticias sociales.

3.2.3.2.5. México

El México literario está marcado por el sello de la Revolución y por las denominadas “novelas de la Revolución mexicana”. Casi todos los artículos, obras y autores mexicanos comentados a lo largo de todo nuestro período de estudio están relacionados con dicho subgénero. Incluso los anuncios de libros están vinculados con la Revolución, como por ejemplo el que aparece en *El Sol* (entre otras fechas el 29-9-1931) sobre la reciente aparición de *Campamento, Vámonos con Pancho Villa, Los de abajo* y *La sombra del caudillo*.

A pesar de que la mayoría de novelas mexicanas fueron publicadas a inicios de los 30, los artículos dedicados a ella son generalmente de la década de los 50, salvo algunas excepciones, y en buena parte se trata de reseñas a obras narrativas, como el artículo de “A.M.” a *Desbandada* de Rubén Romero (*La Vanguardia*, 16-12-1934), en la que se afirma que “la literatura mejicana va adquiriendo una amplitud y una madurez superiores a la de cualquier otra literatura hispanoamericana” (13).

T. Salinas Mateos, en “*Novelistas de México*” de *Cuadernos Hispanoamericanos* (julio 1952, núm. 31), destaca tres elementos de la novela: su nacimiento paralelo a la vida política del país, el enraízamiento con el suelo y con lo telúrico, extensible al resto de América, así como la exaltación de los valores sociales (154). Jaime Delgado, que dedica dos ensayos a la novela mexicana de la Revolución en 1955, explica en el primero (*Cuadernos Hispanoamericanos*, enero 1955, núm. 61), como dicho evento “implica una honda transformación del ser nacional de México” y que viene a ser una pugna por hallar una expresión mexicana auténtica, lo que les lleva a cultivar lo vernáculo y a enfrentarse con su propia realidad, sin dejarse llevar por modas extranjeras (75). Ello conlleva asimismo la reivindicación de su doble herencia, indígena y española, constituyentes de su carácter mestizo (75). La novela de la

Revolución deviene el primer género literario mexicano que trasciende amplia y triunfalmente sus fronteras (76) y ostenta un gran valor social, literario e histórico, en un llamado a la tierra y a la justicia social a la vez que retratando su pueblo y su manera de vivir (77-78). Todas estas intenciones justifican que se haya priorizado el fondo a la forma (80).

En el siguiente artículo, de agosto-septiembre de 1955 (núm. 68-69), reafirma sus ideas a la par que añade que es “novela de la Revolución” y no “revolucionaria”, ya que también muestran la desilusión y el desengaño, y que solamente se puede conseguir una visión de conjunto del conflicto tomándolas todas como ciclo y no individualmente, tal y como también fue varia la misma revolución (221).

Ya en 1957, en el número extraordinario de mayo que le dedica *Mundo Hispánico* al país norteamericano, hallamos un “Panorama de la literatura mexicana” que es de hecho una conversación con Juan Rulfo. En él aparece, por primera vez, otra realidad literaria, puesto que se alude a los escritores de la Revolución, pero también a la generación siguiente, afrancesada y negadora de la anterior, con Torres Bodet y Salvador Novo, y ya la “nuestra”, que heredó el vacío y la desorientación.

Los autores mexicanos comentados en artículos aparte, son varios, por ejemplo María Enriqueta Camarillo, muy alabada a finales de los años 20 y principios de los 30, apodada “la gran novelista de Hispanoamérica” por Ángel Dotor (*España y América*, noviembre de 1927, núm. 183, *La vida literaria* 11), o “la Emperatriz de las letras femeninas de América” por José I. Armida en la misma publicación (marzo 1934, núm. 259, *La vida literaria* 87) para desaparecer casi totalmente de la crítica posterior.

Igualmente, aparecen comentadas algunas de las obras mexicanas editadas en España, como *Tierra caliente*, de Jorge Ferretis en *España y América* (abril de 1935, núm. 272, *La vida literaria* núm. 100) considerada una “producción que proclama,

desde sus primeras páginas, rica observación y nada vulgar sensibilidad descriptiva” (47); o bien *Atavismo*, de Pedro Pérez Pina, en *España y América* en agosto de 1930 (núm. 216, *La vida literaria* 44):

‘Atavismo’ es una interesantísima novela en cuyas páginas, su autor, una de las más fuertes individualidades de la literatura mejicana contemporánea, plantea un eterno problema humano que se desenvuelve con dramáticos acentos sobre un fondo típicamente mejicano, trazado con maestría admirable y extraordinaria viveza (96).

También aparecerán reseñas de *Entre volcanes* de Alfonso Camín (*La Vanguardia*, 21-9-1928), así como la ya mencionada de *Desbandada* de Rubén Romero (*La Vanguardia*, 16-12-1934), *Campamento* de López y Fuentes (*La Vanguardia*, 17-1-1932), *El águila y la serpiente* (*El Sol*, 10-6-1928) o *La sombra del caudillo* (*El Sol*, 24-11-1929). Todas ellas clasificadas como novelas de la Revolución.

Mariano Azuela

Pero el escritor mexicano por excelencia es Mariano Azuela, aunque más por la fuerza y la influencia posterior de su obra *Los de abajo* en la producción literaria de su país, que no por sus calidades de novelista, en algunas ocasiones puestas en cuestión.

Según se insiste en varias ocasiones, el primer crítico español en hablar de *Los de abajo* es Enrique Díez-Canedo en 1926 (*El Sol* 3-9-1926), aunque su comentario sea bastante escueto: “Al lado de su interés documental hay en ella un puño de novelista. Lo que yo no sé es si este relato es un punto de llegada o puede ser, todavía, arranque para empresas mayores” (2). Díez-Canedo fue considerado durante mucho tiempo “el americano de España”, por su interés por la realidad y la literatura de esas latitudes. Con todo, casi no publica en España en nuestro período de estudio.

Ernesto Giménez Caballero, desde *La Gaceta* (15 de agosto de 1927, núm. 17), es mucho más enfático: “desde los poemas de Rubén Darío, nada comparable a esta novela de Mariano Azuela, *Los de abajo*. Méjico, país fronterizo, país volcánico de

temas políticos y sociales, tenía que dar este gesto creador y poemático de la novedad en arte” (101). Ogier Preteceille, desde *El Sol* (11-12-1930), elogia al libro y la atractiva edición española, con portada de Benet, “gran libro, en suma, y de los que quedan en la cima, no de popularidad pasajera” (2).

En 1931 y en *La Vanguardia* (14-2-1931), se le reprocha al autor no haber traducido el significado de los múltiples vocablos mejicanos del país, lo que le da valor documental, pero dificulta la inteligibilidad (32). En 1950 en *El Correo Literario* (15 de junio de 1950, núm. 2), se alude a la concesión del “Premio nacional de literatura de Méjico, al novelista Mariano Azuela”:

De Azuela arranca una generación de novelistas que encuentra en la vida y tierra mejicanas el tema más firme de su obra. Se puede decir que Mariano Azuela es el novelista tipo de esta media centuria mejicana (9).

De nuevo Jaime Delgado, que se presenta como gran conocedor de las letras mexicanas –recordemos fue catedrático de historia de América-, repasa la producción de Azuela en “Las novelas de Mariano Azuela”, en *Revista de Literatura* (núm. 11-12, julio-diciembre de 1954). Considerado como “el primer novelista del México contemporáneo” (316), que sin ser genial, puesto que le interesa más la verdad que la belleza (331), es el que más influencia ha ejercido en el arte novelístico posterior, ejerciendo de punto de partida de los contemporáneos (332). Afirma también que es el más vernacular, y que frente a los literatos anteriores que se dejaron influenciar por las formas europeas, “Azuela mojó su pluma en el más puro veneno del casticismo” (332).

3.2.3.2.6. Guatemala

Destacamos unos cinco artículos que se refieren a la realidad literaria e intelectual guatemalteca, dos de ellos de la década de los 30 y el resto, ya de los 50. El

primer “Panorama de la literatura guatemalteca” aparece en *La Gaceta Literaria* el 1 de marzo de 1931 de la mano de José Rodríguez Serna. En él se observan dos calidades: la belleza y una severa actitud analítica referente a los problemas nacionales. Seguidamente cita una serie de autores, entre los cuales, sobresalen Miguel Ángel Asturias y Carlos Wyld Ospina.

Revista de las Españas en julio-agosto de 1932, publica “La cultura intelectual en Guatemala” de Arturo Guevara Paniagua. Entre los autores mencionados, de nuevo Wyld Ospina, o bien David Vela. Pero lo más interesante del artículo es el énfasis puesto en la acción española en América. Así, el pueblo de Guatemala, “al ser, arrancado de las garras de la barbarie y puesto en el cauce de la civilización y su territorio ofrecido a la Humanidad entera, recibió de España –por ese solo hecho inmortal en América- tan rica y tan preciada herencia” (359).

Ya en 1953, D. Cirici Ventalló, publica un nuevo “Panorama literario guatemalteco” en *Cuadernos Hispanoamericanos* (junio 1953, núm. 42). Otra vez Miguel Ángel Asturias aparece mencionado, así como David Vela, con la novedad de César Brañas y de Rafael Arévalo Martínez, “seguramente el más conocido en la Península” (406).

En la misma publicación, pero ya en noviembre de 1955, Luís Mariñas describe “La revolución intelectual de Guatemala”. Considera la literatura guatemalteca como una de las más interesantes por su acusada personalidad y por representar la evolución de la literatura y el pensamiento nacional hispanoamericano (137). Después de referirse especialmente a la generación de 1920, de la cual ve a Rafael Arévalo Martínez como un compendio y a la vez puente entre la influencia europea y la literatura autóctona actual (145), subraya también la fuerza de dos novelas de Flavio Herrera de la década de los treinta: *El tigre* (1934) y *La tempestad* (1935):

son de un sentido elemental y descriptivo, y de un ambiente que las coloca en la misma línea de *La vorágine*, *Doña Bárbara* o *Don Segundo Sombra*, cuando se acababa de descubrir la enorme potencialidad literaria y artística de la Naturaleza americana y la lucha del hombre contra ella, cuyo resultado es siempre dudoso, ya que si generalmente vence el hombre, no deja la naturaleza de reclamar su triunfo (149).

También la obra de Miguel Ángel Asturias es vista como una mezcla del sentido de lo visual, lo imaginativo, lo tropical y el juego de las formas.

Para terminar, veamos el número especial de noviembre de 1957 de *Mundo Hispánico* dedicado a Guatemala que expone un “Resumen de la literatura guatemalteca” por M. Marsicotevere y Durán, en el cual básicamente se comentan las generaciones de 1910 y 1920 y sus autores, a destacar Rafael Arévalo Martínez, Wyld Ospina, César Brañas, David Velas, y Asturias.

Miguel Ángel Asturias

El único autor, pero, al que se dedican varios artículos es Asturias. En *Cuadernos Hispanoamericanos* (marzo-abril de 1950, núm. 14), Luis Aycinena escribe “Novela y dolor en Guatemala” en dónde básicamente alude a la importancia del medio, a pesar de partir del análisis de *El señor presidente*. Ve en las metáforas y el argumento un claro cuño americano y establece paralelismos con *La vorágine*, Rómulo Gallegos, Ciro Alegría o Jorge Amado, no solo de consanguinidad, al ser producto de la misma tierra, sino básicamente por esta la que manda inexorablemente (377). De nuevo la naturaleza devoradora: “se siente una fuerza superior, casi un fatalismo que pesa sobre la gente, la tritura, la deshace, la pulveriza y no queda sino ese gran medio telúrico, dominador, tragando hombres” (378).

Los otros dos artículos que mencionaremos son conversaciones con el autor, ambas en *Ínsula*, aunque con un intervalo de 4 años: la primera, por José Corrales

Egea⁴²⁰ desde París, en el que lamenta un “insuficiente conocimiento de unas literaturas que bajo muchos aspectos, nos son hermanas” (2), y presenta a Asturias como quizás el novelista guatemalteco más vigoroso (2). Asturias enumera los caracteres que engloban y unen a la literatura americana: hechos, esperanzas, pasiones, paisajes, problemas, un lenguaje que se nutre de lo popular, una fuerza creadora primitiva, el impulso telúrico, la personificación de la naturaleza y la magia verbal, aunque admite que aún no se ha llegado a su madurez (4). Igualmente, describe el género novelesco como el vehículo por excelencia para contar lo nuestro (4).

La siguiente charla es con Jorge Campos⁴²¹, en el número 133 del 15 de diciembre de 1957. Asturias apunta como novelas recientes dignas de mención *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría y *Yanacuna* de Jesús Lara, al mismo tiempo que señala la urgencia del intercambio entre escritores y poetas de ambos lados del Atlántico para afianzar el conocimiento mutuo, puesto que tanto el clima, como la pasión y la presencia de la tierra son elementos que unen ambos mundos (4).

3.2.3.2.7. Ecuador

La visión de la literatura ecuatoriana mostrada en la prensa cultural de la época viene marcada por el tema del indio y sus miserables condiciones de vida, así como por un autor por excelencia, Jorge Icaza, cuya obra más conocida, *Huasipungo*, es vista como la máxima expresión de la explotación indígena. De algún modo, pues, hay una identificación entre Ecuador e Icaza, o incluso entre Ecuador y *Huasipungo*, y es que en varias ocasiones, en artículos que según su título están orientados a hablar de la literatura ecuatoriana en general, terminan centrándose en dicho narrador. Veamos, no

⁴²⁰ Corrales Egea escribe desde el exilio. Su colaboración en *Ínsula* es muestra del carácter abierto, y en ocasiones enfrentado con el régimen, de la revista.

⁴²¹ De nuevo en *Ínsula*, un intelectual de ideas republicanas.

obstante, alguna de las ideas postuladas por el escritor y crítico de arte de origen español y colombiano de adopción, F. Gil Tovar, en sus “Notas para un panorama actual literario de Hispanoamérica. El Ecuador”, en *El Correo Literario* del 15 de abril de 1951. Aparte de hablar de *Huasipungo*, considerada como una de las más conocidas novelas de fronteras afuera aunque no represente lo mejor de la actual novelística ecuatoriana (10), presenta al país como es uno de los primeros que actúa con cierta independencia temática (10): iniciada con Juan León Mera y su *Cumandá* en el periodo romántico, “rebasó ya en gran parte la inquietud política y hoy cultiva con delectación los temas sociales” (10). Además de los temas sociales -siendo el indio el más claro-, veremos con insistencia otro tópico de la literatura hispanoamericana: el del paisaje: una naturaleza desbordante y palpitante. Es decir, se destaca el valor de descripción paisajística de las novelas. Por ejemplo en la reseña a *Lorenzo Cilda*, de Víctor M. Rendón (*España y América*, julio 1933, núm. 251, suplemento *La vida literaria*, núm. 79): como una transcripción fiel de los magníficos paisajes que se extienden en el Ecuador, “las cumbres refulgentes de los volcanes encima de la lujuriente vegetación tropical de la costa” (75).

Jorge Icaza

La gaditana Emma Calderón y de Gálvez, desde su sección “Revista literaria americana” de *Revista de las Españas* de enero-marzo 1935, compara al ecuatoriano con Dostoievsky, con su “stock de pantanos succionantes, cielos desfondados, árboles que laminan, incendios que consumen, miseria que orada” (69). Ante todo ello, *Huasipungo* representa un “grito de humanidad” y de “ira violenta contra el amo cruel” (69). Sin embargo, a nivel literario deja que desear y sospecha que Icaza rehusó a propósito hacer literatura (69) para crear un documento social. También echa en falta un

glosario explicativo de los muchos americanismos y provincialismos de la obra (69). Mencionemos también que Calderón alude al vínculo de España para con sus excolonias, como una madre que aún se preocupa por sus hijos independizados: “España, aunque hace largo tiempo que entregó la antorcha, sigue todavía con interés las fluctuaciones de su llama. Y le duele el indio, esclavo en la América libre” (69).

En *La Estafeta Literaria* del 10 de mayo de 1945, en el artículo sin firmar “Letras del Ecuador” se expone *Huasipungo* como “una de las novelas más ásperas que se han escrito en América” (23), de nuevo referido como un grito de protesta pintado con bríos de acuafortista que narra el drama de la dolorosa vida de inhumana esclavitud del indio en su tierra (23).

Rafael Gutiérrez Girardot, en “Jorge Icaza y su tiempo” (*El Correo Literario*, 1 de septiembre de 1953, núm. 79), acepta que Icaza es “el más difundido de los narradores ecuatorianos de orientación indigenista y social” (3), aunque critica cierta desmesura y exageración en la descripción de situaciones y de personajes, básicamente caricaturas grotescas. Señala, pues, como Calderón de Gálvez, que la voluntad política predomina por encima de la estética (3) y considera su recopilación de cuentos *Seis relatos* muy superior. Ya hemos visto igualmente el comentario de Gil Tovar sobre *Huasipungo* y de cómo no representaba lo mejor de la novela ecuatoriana

Finalmente, veamos el artículo también sin firmar de la sección “Galería” de *El Correo Literario* de un año más tarde (2a época. núm 1, mayo 1954), que simplemente confirma a Icaza en tanto que “el novelista ecuatoriano más notable en la actualidad” (s/p) y encuadra a *Huaspingo* dentro de la “novela social”, tendencia dentro de la cual figuran muchos -casi todos, añade- los mejores novelistas actuales de Hispanoamérica (s/p).

3.2.3.2.8. Otros países

Chile

El caso chileno resulta particular porque su presencia en la prensa cultural es mucho menor que en las obras críticas, en dónde se dedicaba un considerable espacio a sus escritores. En la prensa escrita, en cambio, básicamente aparece relacionada con los artículos de críticos chilenos que colaboraban en las publicaciones españolas, como Ricardo Latcham y Alone, o bien del también escritor chileno Salvador Reyes.

Alone, en 1931 y en *La Gaceta Literaria*, concluye su “Panorama de la literatura chilena” afirmando que dentro de cincuenta o cien años, no quedará casi ninguno de los autores que en ese momento parece indispensable mencionar, salvo Pedro Prado en narrativa (29).

En cambio, Salvador Reyes, 16 años más tarde (*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto de 1951, núm. 22), en “Apuntes sobre la novela y el cuento de Chile”, realiza un repaso de la novela desde el siglo XIX y subraya a Eduardo Barrios y Joaquín Edwards Bello como los novelistas chilenos de carácter más múltiple, de una época en que Chile deja de considerarse exclusivamente agrícola (70). Sobre la situación de la literatura hispanoamericana, considera que sería absurdo afirmar “que América ha roto o romperá los lazos que la unen a la cultura europea; pero se puede decir que, conservando la herencia recibida del viejo mundo, ella crea su obra original” (73).

Ricardo Latcham escribe tres artículos casi consecutivos para *Estudios Americanos* en 1955. El primero, dedicado a las viejas generaciones de la novela chilena actual (marzo de 1955, núm. 42), el segundo a los novelistas chilenos de la generación del 40 (junio 1955, núm. 45) y el tercero a la literatura imaginativa y novela femenina (septiembre de 1955, núm. 48). En todos ellos se concentra una gran cantidad de información y de autores, lo que dificulta su asimilación. Según Latcham, y en el

primer artículo, la novela chilena actual empieza a dibujarse a partir de los años 1940, y su madurez es ya “una compacta realidad” (234). Considera que las corrientes que ha seguido la narrativa han sido el naturalismo, el costumbrismo, la novela histórica, la psicológica, el neocriollismo, para conseguir llegar a un tipo de libro más universal.

Citemos también un último artículo sobre la novela chilena en general, ya que no hablaremos de ningún autor en particular, debido a los pocos artículos existentes - básicamente dedicados a Alberto Blest Gana, Fernando Santiván y Joaquín Edwards Bello-, aunque en “Cómo son las letras en.. Chile” de *El Correo Literario* (1 de agosto de 1952, núm. 3), se asegura que “pocos discuten el título de maestro de la novela chilena de nuestros días a Eduardo Barrios” (11). Así, en *La Vanguardia Española* del 19 de septiembre de 1944, H. Saez Guerrero, en el 134 aniversario de la independencia chilena, destaca como unos “firmes y positivos valores: Augusto D’Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Alberto Romero, Eduardo Barrios, Fernando Santivan y Salvador Reyes” (7). Y aprovecha para alabar y afianzar los vínculos transatlánticos, en especial en la conmemoración de su separación:

A través del Atlántico, el mar que vió pasar a los conquistadores, España, madre al fin, mira con inmenso cariño la tierra dorada de Arauco, aquella tierra de la que nos habla Ercilla y que don Pedro de Valdivia ganó para la Hispanidad, y en el centenario de su Independencia, esta Patria nuestra, vieja e hidalga, saluda emocionada a la hija mayor que sigue triunfante su camino (7).

Perú

El panorama literario peruano, al igual que el ecuatoriano, viene marcado por la huella del indigenismo, como lo muestran el artículo “El Perú actual” de Jorge Basarde aparecido en el tercer número de *Tierra Firme* y en 1935, y ya en la década de 1950, las “Notas para un panorama actual literario de Hispanoamérica” de Gil Tovar dedicadas a dicho país (*El Correo Literario*, 1 de mayo de 1952, núm. 23), también describe el

indigenismo como cuna temática de infinidad de producciones literarias (9). Entre los autores citados, César Falcón, Rosa Arciniega, Ciro Alegría o José María Arguedas.

El año siguiente, también en *El Correo Literario*, A.B. hace su peculiar descripción de “Cómo son las letras en...Perú”, y asegura que “la novela y el cuento se desarrollan bajo los signos señalados por el gran novelista Ciro Alegría” (9).

Alberto Escobar, en *Estudios Americanos* (abril de 1955, núm. 43), en su artículo “El cuento peruano”, a pesar de centrarse en este género, también alude a la narrativa en general. Confirma la influencia persistente del indigenismo (302) y alaba la obra de José María Argüedas y Ciro Alegría. Este último, “el más importante y representativo novelista peruano y uno de los mejores de América” (305), como “madurada consecuencia de este proceso de búsqueda de conciencia nacional en lo literario” (305). En cuanto a José María Arguedas, comenta su “arriesgadísima tarea con la lengua española, de la que esta ha salido revitalizada y poderosamente expresiva” (306).

A pesar de los mentados elogios a Ciro Alegría, no encontramos artículos dedicados exclusivamente a su obra, y, como ya explicamos en el apartado de selección de novelas publicadas en España, no es hasta 1959 en que se edita una obra suya en España, por lo que no sorprende en exceso la ausencia de comentarios específicos.

Felipe Sassone, peruano afincado y muy popular en España, es aludido en gran cantidad de ocasiones, en especial en lo que se refiere a su producción teatral, sus estrenos y éxitos en cartelera, pero también en su calidad de colaborador en la prensa. En cuanto a narrador, se le elogia básicamente su “casticismo”⁴²²

⁴²²En *ABC*, (15-8-1943), *Curruta Valdés* es considerada una “novela de limpia casta española” en la línea de *Pepita Jiménez* (2). En el mismo periódico, (1-2-1944), Francisco de Cossio asegura que “en Sassone hay españolidad, y esto da, no solo a sus palabras, sino a sus conceptos, un tono casticista” (3), y en el 21-6-1953, se cita el prólogo de Federico Carlos Saínz de Robles a *¡Estos mis papelitos, madre!*: “Pocos, muy pocos escritores le igualan en la limpieza, en la claridad, en la riqueza, en el casticismo de su prosa”.

Uruguay

El panorama literario uruguayo está relacionado en España con la figura y la obra de Alberto Zum Felde, y concentrado entre finales de los veinte y principios de los treinta, puesto que la mayoría de los artículos dedicados a dicha literatura están escritos por el crítico uruguayo o se refieren a su obra. El primero que encontramos en el tiempo es de 1931: “Panorama de la literatura uruguaya” aparecido en *La gaceta* (1 de mayo de 1931, núm. 105), de J.M Guarnido, comenta la obra de Zum Felde *Proceso intelectual del Uruguay*. Como novelistas, apunta a Justino Zavala Muniz, Carlos Reyles, Montiel Ballesteros o Manuel de Castro.

En la misma revista, el 15 de mayo de 1931, sigue el “Panorama uruguayo”, esta vez de la mano de Luis Riudavets de Montes, subtítulo “La raza al revés”. En él, se enfatiza la tarea histórica de España en América: “hizo el milagro de crear otro pueblo idéntico y unos hombres que tenían los mismos pensamientos (...) misma ideología, el idioma común, su grandeza infinita y hasta un rayo de sol de Andalucía” (172). En la misma *La Gaceta Literaria* encontramos con un elogio del descubrimiento y rol español en América.

También en *La Gaceta*, pero en octubre de 1931, se publica el “Índice literario del Uruguay” de Zum Felde. Se refiere a la juventud del continente, extensible igualmente a su literatura. Considera que América es una prolongación histórica de la cultura occidental, por lo que rechaza el americanismo que pretende la autoctonía y autonomía literaria. Para Zum Felde, la cultura no tiene límites geográficos ni políticos, es supranacional y supracontinental (298). Explica asimismo la importancia y la permanencia del motivo nacional del gaucho, puesto que el campo semibárbaro era la

única realidad original de América, frente a la novela europea de carácter urbano (298). Seguidamente prosigue con un listado de autores uruguayos.⁴²³

Horacio Maldonado es de los pocos escritores reseñados, y no recibe grandes elogios, sino más bien se apunta que “el campo novelesco no es el más apropiado a sus aptitudes literarias”, como indican Guillermo de Torre (*Revista de las Españas*, núm. 7-8, marzo-abril de 1927) y Benjamín Jarnés, en la misma revista (núm. 31-32, marzo-abril 1929).

Bolivia

Sobre Bolivia encontramos muy poca información. Básicamente se centra en la figura de Alcides Arguedas, y dos de sus obras: *Los caudillos bárbaros* y *Raza de bronce*. Sobre esta, y como opinión representativa, citemos el artículo de Fabián Vidal aparecido en *La Vanguardia* el 11 de agosto de 1928: como novela que impresiona y hace meditar, no solo por su interés novelesco, emoción y novedad, sino porque da la clave de muchos hechos de la vida interna centro y sudamericana (5). En cambio, Arguedas no es querido en su país natal por su papel de denunciador y crítico acerbo (5).

Cuba

En lo que se refiere a Cuba, los novelistas destacados varían según quién efectúe el juicio. Así, Alfredo del Valle Díaz, director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado cubano, entrevistado en *La Estafeta Literaria* (10 de noviembre de 1956, núm. 69), señala a Ofelia Rodríguez Acosta, Enrique Serpa y Enrique Labrador Ruiz. Posteriormente en *El Correo Literario* (enero 1955, núm. 9), hablando

⁴²³A la juventud literaria del continente también alude el artículo del mismo nombre y autor publicado un mes después en *Revista de las Españas* (núm. 63-64, noviembre-diciembre de 1931).

precisamente de este último, se subrayan igualmente a Lino Novás Calvo, Carlos Montenegro, Alejo Carpentier y Lydia Cabrera. También destacamos los tres artículos que Jorge Campos le dedicará a Carpentier en 1954 y 1955, a quién llega a considerar como uno de los primeros novelistas americanos de habla hispana⁴²⁴.

Costa Rica

Las alusiones a la literatura costarricense son muy escasas, con la excepción de un breve comentario de *Bajo El Sol tropical* de Jorge Orozco Castro (*España y América*, mayo 1934, núm. 261, *La vida literaria*, núm. 94). Dicha novela, publicada por Maucci en 1932, resulta ilocalizable en la actualidad.

Honduras

La literatura hondureña es escasamente reseñada. Encontramos un artículo refiriéndose a la cultura en general publicado en *La Estafeta Literaria* en 1957, en donde Juan José Palop Ruiz cita las palabras de Carlos Rigoberto Soto, representante de su país natal en España, que lamenta la falta de un acuerdo cultural transatlántico que unos lazos que ya existen: afirma que allí se piensa en español y se escribe en hispanoamericano, puesto que no hay cultura ni americana ni hispana propiamente, sino hispanoamericana (4), así como que se siguen las directrices españolas en lo literario, lo cultural y lo artístico (4). Se enfatizan, pues, los vínculos hispánicos. En cuanto a los autores reseñados, Arturo Oqueli y Hernán Robleto, de los que se subraya igualmente, su descripción de costumbres y paisaje⁴²⁵.

⁴²⁴ “Sección bibliográfica. Carpentier, A. *Los pasos perdidos*” *Revista de Indias* 14, enero de 1954, p. 586.

⁴²⁵ *El gringo lenca*, de Arturo Oqueli, es reseñado en *Mundo Hispánico* (núm. 9, octubre de 1958): “tiene un encanto especial por la fiel descripción de costumbres, paisajes y tipos humanos que nos son familiares en la hermandad y comunidad hispánicas de nuestros pueblos y nuestras tierras” (95). Froylán Turcios, en *España y América* (diciembre 1931, núm. 232, *La vida literaria* 60): “El tema al cual volverá con mayor

Nicaragua

De Nicaragua, en el único artículo dedicado a sus letras, “Notas para un panorama literario de Hispanoamérica. Nicaragua” (*El Correo Literario*, 15 de septiembre de 1951, núm. 32), Gil Tovar sentencia que en “Nicaragua no hay buenos narradores” (10). Entre los pocos libros comentados se encuentra *Sangre en el trópico*, de Hernán Robleto -publicado precisamente en España por Cenit en 1930, como ya hemos visto- del que se destacan su pasión, su carácter de “romancero hispánico” y los dos enemigos contra los cuales se lucha: la naturaleza salvaje de la selva tropical y el poder de los Estados Unidos (2). De hecho, más que los comentarios a las obras en sí, nos interesan las ideas generales sobre la literatura.

Ángel Dotor, también en la década de los treinta (*España y América*, febrero de 1932, núm. 234, *La vida literaria* núm. 62), reseña *Entre dos filos* de Pedro Joaquín Chamorro. Citamos el comentario porque alude al desconocimiento español de las letras hispanoamericanas:

Siempre que de escritores americanos de mérito se trata hemos de insistir en el consabido tópico que la obra conjunta de allá nos ofrece o sea su gran desconocimiento por parte del público español y aún del de otros países de aquel continente (...) La vinculación idiomática de la veintena de pueblos que articulan el verbo de Cervantes exige, para que aquella sea verdadera, el mutuo conocimiento de sus valores (15).

Subraya “la pureza gramatical de la dicción, que parece arrancada de la añeja solera castellana clásica, cosa por demás meritoria tratándose de aquel continente, donde si hay algunos buenos hablistas, tantos son los corruptores del idioma” (16), frase a la cual ya habíamos aludido al hablar de la unidad de la lengua. Asimismo, considera que Chamorro es uno de los mejores prosistas y narradores hispanoamericanos, lo cual

predilección será siempre esta noble tierra maya, ese suelo sagrado de la América Central, cargado de inmemorial historia” y ardorosa belleza (134).

se contradice con la posterior rotunda afirmación de Gil Tovar. De nuevo, naturaleza desconocimiento y uso “corrupto” de la lengua en América.

Puerto Rico

La literatura puertorriqueña es escuetamente mencionada. Encontramos dos artículos, uno en el suplemento al número 67 de octubre de 1953 de *Mundo Hispánico* dedicado a Puerto Rico, en el que Luís Hernández Aquino realiza un “Panorama actual de literatura puertorriqueña”. Puntualiza que la novela ha tenido escasos cultivadores, entre los cuales destaca Enrique A. Laguerre, el más importante novelista del presente (20). El mismo autor será enfatizado en “Cómo son las letras en...Puerto Rico” de Ángel Valbuena Briones (*El Correo Literario*, 1 de septiembre de 1952, núm. 55), a pesar de que casi dedica más líneas a Ciro Alegría, a quien tilda de el más relevante novelista peruano y uno de los más interesantes de la actualidad hispanoamericana (12), en esos momentos realizando una estancia en San José.

República Dominicana

La República Dominicana tampoco aparece largamente comentada, aun contar con un “Panorama de la literatura dominicana”, por M.V., en el número especial de diciembre de 1954 dedicado a este país de *Mundo Hispánico*. Mencionemos asimismo el artículo dedicado a *Cuatro cuentos* de José Mariano Sanz Lajara (*Mundo Hispánico*, mayo 1957, núm. 110), presentado como “uno de los escritores más conocidos y leídos hoy en América” (55), capaz de aunar su patriotismo dominicano con un acendrado amor a España (55).

El Salvador

Incluso menos atención recibe la literatura salvadoreña. Así en el “Panorama de las letras en el Salvador” de Manuel José Arce y Valladares aparecido en *Estudios Americanos* en marzo de 1956, se destaca especialmente a Francisco de Gaviria. Resulta interesante para nuestra temática la reseña sobre “El cuento salvadoreño” de Hugo Lindo aparecida en *El Correo Literario* (15 octubre de 1952, núm. 58), puesto que interpreta a Centroamérica como una sola verdadera nación, por lo que también considera que se debe hablar de un “cuento centroamericano” en general, que ha sido fuertemente influenciado por las corrientes literarias de Sudamérica, en especial *La vorágine* y *Doña Bárbara*, responsables de la afición por describir las selvas tropicales.

Panamá

De la novela panameña se destaca casi exclusivamente su atención por los problemas sociales y económicos como por ejemplo en el artículo “Panamá” de Reina Torres de Iannello (*Anuario de Estudios Americanos*, 1957). Sobre la novela del español de nacimiento y panameño de adopción Agustín del Saz, *Tamborito*, encontramos una reseña en *España y América*, (febrero de 1932, núm. 234, *La vida literaria*, núm. 62) en que se la describe como “una novela de ambiente panameño, muy bien observada y escrita. Los personajes, sin duda, son arrancados de la realidad” (24).

3.2.3.2.9. A modo de síntesis

Hemos visto que la mayoría de comentarios y de reseñas proceden de finales de los 20 y principios de los años 30 y, muy especialmente, de los 50, produciéndose un vacío considerable entre mediados de los treinta y los cincuenta. Dicha ausencia es

explicable teniendo en cuenta el inestable devenir español de finales de la Segunda República, la guerra civil y la cruenta posguerra, en dónde la crítica literaria queda en un lugar muy secundario. Será ya a principios de los años 50, momento que coincide con la apertura del sexenio liberal, y con el afán de renovar las relaciones internacionales, cuando se reanudará la crítica literaria y se atenderá con mayor interés la realidad americana.

En líneas generales, en la valoración de obras y autores del otro lado del Atlántico, hemos visto una preferencia por la novela “criollista” o “regionalista”, es decir aquella que entronca con lo telúrico y que describe una naturaleza grandiosa, atrayente, absorbente y peligrosa, así como por la “social”. Todo ello se enmarca bajo el pretexto de la “búsqueda de la propia identidad y expresión”, tópico repetido desde América -siendo Pedro Henríquez Ureña uno de sus máximos defensores- y desde España. Si lo “diferencial” de Hispanoamérica es básicamente el paisaje, el “espacio” y la geografía por comparación con la “historia” y el tiempo europeos –como reivindica entre otros, Caballero Calderón -, lo lógico es que quienes pretendan crear una literatura americana “propia”, se basen en ello. Igualmente, esta idea se corresponde con la imagen española.

Con todo, también se defiende el vínculo con España, sobre todo desde la Península, pero también desde América. Tampoco podemos decir que sea una idea exclusiva del período franquista, sino que hemos visto ejemplos muy anteriores, y también durante la República. Existe asimismo una voluntad general de aunar tradiciones y literaturas y sus defensores no ven contradicción alguna entre la unidad y el alegato pro autenticidad americana, ya que lo más profundo de América es, precisamente, lo español -o lo hispánico-. Todo ello formaba parte del pensamiento hispanoamericanista, en sus distintas corrientes.

La novela hispanoamericana, género que ha conseguido presencia y solidez, es vista como signo de la madurez y de la emancipación literaria del continente, una independencia, sin embargo, que no será nunca total, por el peso indiscutible de la tradición y sus vínculos.

En lo que se refiere a los países y autores más atendidos, encontramos una especial predilección, en cuanto a la extensión y al número de artículos, por Argentina y sus novelistas. Dicha atención puede responder a una multiplicidad de factores. Ya hemos hablado de la peculiar relación hispano-argentina desde mediados del siglo XIX. Al mismo tiempo, las relaciones comerciales y culturales entre ambos países serán muy importantes a lo largo del siglo XX. Argentina ostenta un protagonismo cultural y literario considerable en el siglo XX. Es uno de los países en donde la lectura y la educación estaba más extendida, con lo que no es de extrañar una mayor vinculación editorial -ya hemos hablado de la creación de almacenes y sucursales de editoriales argentinas, como por ejemplo Espasa-Calpe-. Asimismo, es de los principales países receptores de la inmigración española.

El respaldo del gobierno peronista al régimen franquista a partir de 1946 –visita oficial de gran revuelo mediático de Evita Perón incluida en 1947- agudizará el aprecio oficial por Argentina, en especial a nivel propagandístico, lo que puede justificar que se potencien de algún modo estudios y atención hacia las letras rioplatenses. Además, los principales novelistas argentinos publicados y comentados en España, hacen gala de una marcada hispanofilia: Larreta, Wast, Gálvez, e incluso Güiraldes, a pesar de su neutralidad al respecto, puesto que realiza el retrato del gaucho en prosa por excelencia, y ya hemos hablado de la atribución de calidades intrínsecamente hispánicas a dicha figura. Otros autores argentinos comentados con cierta asiduidad son Mallea y Gálvez, a los que frecuentemente también se atribuyen rasgos españoles.

También se dedica especial atención a México y a Venezuela, así como Ecuador, con Icaza, Guatemala y Chile. En un segundo lugar se sitúan Perú, Colombia e Uruguay y en última posición, las literaturas bolivianas, costarricenses, hondureñas, nicaragüenses, panameñas, puertorriqueñas, dominicanas y salvadoreña. Al único país al que no hemos encontrado alusión alguna es a Paraguay.

Las difíciles relaciones diplomáticas del régimen franquista con Venezuela y México -país con el que no se reestablecen precisamente hasta 1977- no permiten trazar paralelismos ni hipótesis sobre los motivos políticos del interés suscitado por sus literaturas, al menos durante el franquismo⁴²⁶. En cambio, son conocidas las buenas relaciones entre la Segunda República y México, ejemplificadas en el soporte diplomático y material prestado al bando republicano al iniciarse la guerra civil. Sin embargo, México fue otro de los destinos privilegiados de la emigración española, en especial tras el conflicto fratricida. Asimismo, de su literatura básicamente se comenta y se alaba el ciclo de las novelas de la Revolución, dejando poco espacio de maniobra a otros subgéneros con lo cual su literatura “se encasilla”. Es un alarde de virtudes “viriles”, al mismo tiempo que de algún modo “exótica” a ojos de los lectores peninsulares de todo el período. Y vende.

Venezuela es la patria por excelencia de Rómulo Gallegos, autor “descubierto” por España al haber publicado *Doña Bárbara*. Encarna asimismo -o se pretende que encarne- la lucha entre la civilización y la barbarie, y retrata las provincias venezolanas. También se comentan, en menor medida, Parra y Picón Salas. Colombia, con *La vorágine*, instauro la novela de la selva. Y Ecuador -con Icaza a la cabeza-, Bolivia y Perú aparecerán indisolublemente asociados al movimiento y a la literatura indigenista,

⁴²⁶ A no ser que, precisamente, escondan la voluntad de mejorar dichas relaciones.

siendo lo indígena otro tópico de las letras americanas. Todos los autores mencionados encajan con la idea general sobre cómo es y debe ser la novela hispanoamericana.

Con todo, también aparecerán autores “nuevos”, como Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, y en cambio, las alusiones a Rufino Blanco-Fombona, Alcides Arguedas y José Vargas Vila, muy comentados en las obras críticas, van perdiendo contemporaneidad, y por lo tanto, visibilidad y atención en la prensa. Las referencias a las escritoras son muy escasas, siendo las más mediáticas María Enriqueta -a finales de los 20- y Teresa de la Parra.

En lo que se refiere a las publicaciones podemos detectar ligeras diferencias en cuanto a las opiniones y valoraciones expresadas: un talante más abierto y liberal en *La Gaceta Literaria, España y América, Índice o Ínsula*, manifiesto no solo en las ideas sino en la ideología y la personalidad de sus colaboradores. A mencionar asimismo el caso particular de *Cuadernos Hispanoamericanos*, que expone en sus páginas una gran variedad de opiniones y tipologías de colaborador, muestra de su voluntad de no quedar encasillada como revista exclusivamente al servicio del régimen y de ganar credibilidad. En ella no habrá propaganda explícita ni elogios al caudillo. En el polo opuesto, *Acción Española, La Estafeta Literaria, ABC* o *La Vanguardia*, en el período que añade el epíteto “*Española*”.

Los intelectuales funcionan en tanto que intermediarios que mediatizan y, de algún modo, también crean interpretaciones, apropiaciones y usos ideológicos. Así, hemos visto que, en buena parte confirman la interpretación mayoritaria de línea continuista y conservadora- a pesar de algunas voces disidentes, sobre todo extranjeras, y de otras que se expresan con rigurosidad crítica y analítica, más allá de la simple repetición de clichés, cuya auténtica labor crítica no podemos desdeñar.

La mayoría de comentarios, de todos modos, demuestran la imposibilidad de una exposición exclusiva de temas literarios ya que se entremezclan con cuestiones políticas, históricas, con la realidad y la identidad hispanoamericanas, con los vínculos hispánicos, etc. Lo cultural hace gala de su multidisciplinariedad intrínseca, situándose claramente como un elemento más e indisoluble del entramado social. Ni siquiera una revista dedicada supuestamente a la literatura como *Revista de Literatura*, consigue escapar de dicha dinámica. En España, hablar de literatura hispanoamericana es, pues, poner sobre la mesa todo el debate hispanoamericanista.

CAPÍTULO 4. FIGURACIONES: LECTURA, PODER Y NACIÓN

4. FIGURACIONES: LECTURA, PODER Y NACIÓN

No existen representaciones verdaderas, ya que la verdad es, ea ipsa, una representación

Edward Said, *Orientalismo*

En el presente capítulo y partiendo de la recepción de la narrativa hispanoamericana en la Península estudiada en las páginas anteriores, pretendemos responder a la pregunta sobre el poder *performativo* de la palabra en la construcción de realidades y proyectos nacionales: más específicamente, ahondaremos en cómo son imaginados América y España desde la Península.

¿Por qué hemos titulado de este modo el capítulo?

“Figuración” es considerado un sinónimo de fantasía, imaginación, creencia, y antónimo de realidad. Sin embargo, nosotros entendemos y desarrollaremos el concepto en otra acepción del término, en cuanto que construcción mental, como algo creado, pero no por eso menos real.

Pasemos a la tríada “lectura, poder y nación”⁴²⁷. Por lectura nos referimos concretamente a la lectura literaria. La literatura forma parte de la cultura, en tanto que una de sus manifestaciones por excelencia. En los preliminares del estudio, ya

⁴²⁷ Tanto este subtítulo como el del capítulo 2 –“Escritura, poder y nación”–, son un guiño a la obra de Kevin Guerrieri *Palabra, poder y nación. La novela moderna en Colombia de 1896 a 1927*.

anunciábamos nuestra comprensión de la cultura, que se alineaba en la definición de Kevin Guerrieri como

un sistema de concepciones heredadas que se expresan en formas simbólicas por medio de las cuales la gente se comunica, se perpetúa y desarrolla su conocimiento de la vida y sus actitudes acerca de ella; por otro lado, se trata de la consciente politización de estos significados, el uso estratégico de las formas simbólicas y el reconocimiento de que los conceptos de la identidad se tornan un recurso político de cara a acciones de grupos (29).

Es decir, no la entendemos separada del resto de esferas sociales y tampoco solamente como un “algo”, sino que “su uso” deviene casi tan importante como su contenido. La cultura, pues, aparece estrechamente vinculada al poder, el poder de quién la ostenta, la transmite y también la inventa –recordemos el concepto de la “invención de la tradición” de Hobsbawm y Ranger-.

Según Alberto Sánchez-Álvarez Insúa, en el segundo tercio del siglo XX la literatura se convierte en España en un tema de interés y de difusión generalizada: surgen las colecciones literarias, las ediciones de bolsillo, y también resulta frecuente su aparición en la prensa cotidiana, en forma de reseñas, comentarios, o bien en publicación por entregas. Sánchez-Álvarez Insúa insiste en la contribución de la literatura a la reforma social, a nivel político y a nivel de costumbres (“Colecciones literarias” 386). Admite que, aparte de ser una de las formas más importantes y económicas de ocio y entretenimiento, también desempeñará un importante papel en la recepción y transmisión de información, conocimiento y difusión ideológica (Bibliografía 23).

También hemos comentado la relación entre cultura y nación. Edward Said subrayaba “el poder de la cultura en virtud de su posición elevada o superior para autorizar, dominar, degradar, prohibir y validar: en pocas palabras, el poder de la cultura para constituirse en agente de” (Cultura 21), y es que la cultura en sí da un cierto “poder”. Por este potencial de control, diferenciación, inclusión y autoridad, la cultura

se convierte rápida y fácilmente en “cultura nacional” y es un recurso fundamental del discurso identitario y nacionalista ⁴²⁸.

Otra idea que debemos de tener en cuenta es que los criterios, los prejuicios, las valoraciones por antonomasia, también los usados en nuestro período de estudio, son los occidentales, concretamente los de Europa, que son comprendidos como “universales” gracias a una potente operación ideológica. El peso de la tradición y de la autoridad recaen en Europa, que se alza como sujeto y lugar de la enunciación, al entender de Mignolo, como posición geocultural e ideológica. En este sentido, Felipe Massiani, citado por Luís Alberto Sánchez, insinuaba que las dudas sobre la existencia de la novela hispanoamericana reproducían la misma actitud de los primeros europeos a la llegada a América, asombrados y a la vez vacilantes ante aceptar la realidad de un “nuevo” mundo desconocido para ellos hasta la fecha. América supuso una sacudida a nivel ontológico para Europa, implicó repensar la concepción del mundo y del hombre, y por lo tanto, de algún modo, su existencia resultaba incómoda, pues no encajaba en los moldes tradicionales. También Ignacio M. Sánchez Prado habla de la incomodidad de la aparición de la literatura hispanoamericana en el panorama internacional, y cómo implicaba, de algún modo, repensar las posiciones mundiales, si entendemos el espacio literario mundial como un entramado de luchas de poder, rivalidades, desigualdades y jerarquías, y con distintas posicionalidades. Nos referimos a la metáfora de Pascale Casanova y de Franco Moretti, entre otros teóricos.

¿Resulta válido y aplicable este sistema en el contexto que nos concierne? ¿Qué ocurriría con el caso español y con la lengua castellana, ambos lejos de la centralidad galo-parisiense -recordemos que Casanova no duda en conceder a París el estatuto de

⁴²⁸ El mismo Said apunta “la clara interdependencia entre la cultura, el protectorado de la cultura y el marco y orden casi teológico del Estado” (El mundo 23).

centro por excelencia-? ¿Cómo es imaginada América? ¿Cómo se reconcilia la propia realidad española con la de otros pueblos, precisamente con aquellos con los que se han mantenido unas relaciones “imperialistas” durante tantos siglos y con los que se comparte un mismo vehículo de expresión? ¿Cómo se articula el vínculo entre nacionalismo y colonialismo? ¿Qué implica que la mirada sea española, tanto para América como para España? ¿Cómo se perfila España en base a todo ello? Responderemos a estas preguntas en las páginas siguientes.

4.1. FIGURACIONES DE LO AMERICANO: MECANISMOS DE SIMPLIFICACIÓN

Solo llega a España la punta del iceberg de la totalidad de la producción hispanoamericana, respondiendo a un proceso de homogeneización simplificadora construida desde la Península y proyectada hacia el resto de Europa.

Dúnia Gras, “Del lado de allá, del lado de acá: estrategias editoriales y el campo literario de la narrativa hispanoamericana actual en España”.

4.1.1. Lo propiamente (hispano)americano

Al analizar la interpretación las letras hispanoamericanas en España hemos detectado una serie de ideas fuertemente arraigadas, algunas de las cuales adquirirían categoría de clichés, y que funcionaban como modo de conocimiento. Se producía la paradoja de que a pesar de admitirse el desconocimiento de la literatura americana desde la Península, constantemente se la estaba definiendo, de manera más o menos consciente. Era el juego del conocer y desconocer, del cubrir y descubrir al que aludíamos al hablar del descubrimiento. Con todo, en la época, varios intelectuales señalaron un cambio de actitud y una mejora, en especial a mediados de los cincuenta, en cuanto a la atención y aprehensión de la literatura americana.

¿Cuáles son estas ideas recurrentes y preconcebidas que se aplicaron al hablar de la narrativa hispanoamericana y que de algún modo la definían? Dicha novelística se describía como enraizada al suelo, terrígena y telúrica, generalmente más “campesina”

que citadina, mostrando la eterna lucha del hombre contra una naturaleza poderosa e indomable, -aunque en ocasiones se dejara seducir o se fundiera con ella-. Sus paradigmas eran *La vorágine*, en el caso agónico con victoria de lo natural, *Don Segundo Sombra* en la serenidad y contención, y *Doña Bárbara* en el triunfo de la civilización. También podía plasmar el enfrentamiento del hombre contra el hombre, generalmente denunciando la injusticia social, o bien la explotación del indio, etc. En general, la literatura hispanoamericana –y aún más su novela- se asociaba e identificaba con la corriente “criollista”⁴²⁹, a la que se atribuía la búsqueda de lo local y lo “propiamente americano”.

La preponderancia de la naturaleza, entendida como rasgo propio y distintivo, y su trascendencia en la literatura -adquiriendo un papel casi protagonista-, también era defendida en América desde mediados del siglo XIX, y estaba vinculada a las reivindicaciones del “americanismo literario”⁴³⁰. A lo largo de nuestro trabajo hemos

⁴²⁹ No existe una definición unánime respecto al criollismo, ni de su periodización –que oscila entre finales del XVIII y principios del XX-, ni de los autores y obras que integra, ni de su uso exacto, etc. Por ejemplo, para Carlos M. Rama sería el embrión de un concepto de nacionalismo cultural y se remontaría al siglo XVIII, definido como “un provincialismo que se multiplica hasta asumir los rasgos de un nacionalismo, en primer término, cultural; por tanto, característico de una situación aspirante a la autonomía y, finalmente, a la independencia, por referirse al centro metropolitano, que pasa a considerarse colonialista” (29). El criollismo literario sería uno de sus aspectos y se situaría básicamente, según C.M. Rama, en el XIX, aunque otros autores hablan del criollismo del siglo XX. Igualmente existe confusión en cuanto a la nomenclatura ya que los autores y críticos atribuyen distintos nombres, tales criollismo, americanismo literario, mundonovismo, regionalismo, etc., a la misma voluntad de afirmación, defensa y plasmación de la realidad y la identidad americanas ligada a una mayor o menor conciencia literaria e independencia respecto a Europa.

En términos generales se acepta que en la América del XIX la literatura adquiere una importancia considerable al proporcionar soporte a la lucha ideológica de las capas criollas en la consecución de sus nacionalidades (Rodríguez y Salvador 11). Asimismo, para Jean Franco la literatura hispanoamericana surgió ligada a preocupaciones políticas y sociales (15) a la vez que era concebida como medio para modelar la conciencia social y crear un sentimiento de tradición (23). La autopercepción de su independencia respecto a España resultaría fundamental para poder hablar de una verdadera literatura hispanoamericana –a pesar de los precedentes de época colonial-. Del mismo parecer es González Echevarría, para el cual la cuestión más acuciante y persistente suscitada por la modernidad en América Latina fue la concerniente a la identidad nacional o cultural, así como a los vínculos existentes entre esta y la producción literaria (204). Como sintetiza Saúl Yurkievich, es ya un lugar común afirmar que “para los latinoamericanos, la literatura es el lugar del reconocimiento (...) nos ubica, nos refleja, nos dice qué y cómo somos” (4).

⁴³⁰ En el contexto de toma de conciencia de independencia literaria, la naturaleza desempeñó un importante papel, en tanto que el primer elemento diferenciador americano, juntamente a las bases ideológicas del pensamiento ilustrado europeo, afirman Rodríguez y Salvador (325). Así, continúa

mostrado ejemplos de esta importancia del medio y de su vínculo con la identidad nacional, fijémonos ahora detalladamente en algunos. En el epílogo a *Los Consuelos* (1834) –significativamente el primer libro de versos sueltos escrito por un autor argentino - Esteban Echeverría afirmaba, refiriéndose a la poesía,

La poesía entre nosotros aún no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad y que hoy goza entre las naciones cultas europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Solo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que produzca (12)⁴³¹.

Noe Jitrik, en su artículo “Echeverría y la fundación de una literatura nacional”, considera que el poeta argentino definía “las condiciones de una poesía nacional”⁴³² y

⁴³³. Las ideas de Echeverría se refieren a la poesía, pero son extensibles al resto de

González Echeverría, “los principales escritores del siglo diecinueve, esos fundadores de la literatura latinoamericana que fueron Bello, Sarmiento y Martí, imaginaron el problema a partir de un rico sistema metafórico que vinculaba al latinoamericano y su cultura con la geografía y la tierra” (205). Igualmente, los románticos americanos “vieron en esa particular naturaleza la posibilidad y el origen de una existencia singular, de una consciencia, precisamente, original –es decir, de un origen aparte y único” (205), una naturaleza con fisionomía, creencias y valores muy distintos a los europeos, y que, por lo tanto, tampoco podía expresarse con el mismo lenguaje. Sin embargo, deberemos esperar al criollismo de inicios del XX –o regionalismo, mundonovismo o americanismo literario, dependiendo de los críticos- para encontrar un reflejo y representación de la realidad política, económica, humana y social que se aleje del folklore sentimentalista romántico y del cosmopolitismo modernista. En este sentido, Jean Franco ve *La vorágine* de Rivera como la representación del conflicto entre el poeta-héroe europeizado contra la naturaleza salvaje que testimonia el final del concepto romántico y de origen europeo de la naturaleza en América Latina (145). Eran precisamente las regiones rurales y sus tipos las que se diferenciaban más de Europa, y al mismo tiempo las más ignoradas, también a nivel interno, por lo que intelectuales y escritores hispanoamericanos debieron hacer un esfuerzo por conocer y plasmar, tanto el medio como los conflictos sociales inherentes a sus pobladores (Franco 56-57).

Al mismo tiempo, es en la primera mitad del siglo XX cuando los hispanoamericanos empiezan a ser conscientes tanto de su pertenencia a Occidente como de su propia especificidad americana, lo que también afectará al modo de captar y representar la naturaleza. Es la mirada doble americana, que plasma e interpreta la vivencia física y cotidiana del medio junto con la experiencia literaria de la tradición europea de la cual forma parte.

⁴³¹En la versión consultada, la edición digitalizada de la Biblioteca Virtual Cervantes, el epílogo original de 1834 aparece transformado en una nota previa titulada “Notas del autor de *Los Consuelos*”..

⁴³²Se considera que el primer gran manifiesto literario americano es la *Alocución a la poesía*, de Bello (1823), en la que ya se anuncia la posibilidad de una literatura autóctona. Para Jean Franco, el primer verdadero movimiento artístico en América Latina es el Modernismo, anteriormente solo podemos hablar de posiciones individuales (16).

⁴³³ Así, su obra posterior, *La cautiva*, incorporaría el paisaje argentino a la gran literatura y daría comienzo a una particular forma de entender la poesía nacional y a una tendencia que Jitrik denomina “la gauchesca culta”, demostrando que es posible utilizar la literatura para expresar ideas y conceptos polémicos contemporáneos.

géneros literarios. Theodore Andersson, al analizar la obra del también argentino Carlos María Ocantos, saca a la luz este fragmento como perfecta definición del “americanismo literario”, subrayando la importancia de lo local y del medio ambiente, es decir de la naturaleza, en su literatura.

En la misma línea se sitúa el prólogo que José Enrique Rodó escribe desde Montevideo en 1916 para la primera edición de *El terruño* de Carlos Reyles. La edición española, de 1927 (Madrid: SGEL), incluye el mismo texto. A pesar de que ya hemos aludido a él, analicemos ahora más ampliamente su concepción de la originalidad en la literatura hispanoamericana.

Rodó asegura que

el principio de la originalidad local, en la obra del escritor y del artista, tiene, pues, un fundamento indestructible. Ampliamente entendido, es condición necesaria de todo arte y toda literatura que aspiren a arraigar y dejar huella en el mundo (x).

Y clama que en la literatura americana, es precisamente el olvido o el menosprecio de esa relación filial de la obra con la realidad circundante lo que ha privado de carácter la mayor parte de la producción propia hasta la fecha (xi), al ser la vida de los campos, -aunque no sea la única-, la que ostenta una “originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de una literatura propia” (xii)⁴³⁴.

Casi treinta años más tarde, Arturo Uslar Pietri, en el apéndice a *Breve historia de la novela hispanoamericana* (1954), lista las características más importantes de la literatura americana, a la que considera totalmente independiente de la española⁴³⁵. La

⁴³⁴ Ya hemos mencionado como la vida rural, a pesar de ser la más “original”, era también la más desconocida por los propios letrados (Franco 55 y ss).

⁴³⁵ Con todo, como ya indicamos, coincide en muchos aspectos con la idea general peninsular y que rechaza la separación entre literaturas.

primera de ellas es la presencia y la importancia de la naturaleza⁴³⁶, fuerza trágica, destructora y dominante, una de las particularidades más palpables y diferenciales entre el Nuevo Mundo y el Viejo⁴³⁷, y que marcaría la separación entre las literaturas de ambos continentes desde el inicio. También Luís Alberto Sánchez, desde *Proceso y contenido de la novela hispano-americana* (1953), afirma que “la novela retrata el ambiente general del país en donde nace, de suerte que cada uno de sus protagonistas es como un ser viviente, histórico, peculiar, intransferible” (65). Según estos críticos, resulta evidente que la literatura americana debe reflejar su geografía distinta y “propia”.

A pesar de ello, también hemos visto voces contrarias que reclaman la superación de este lugar común de vincular indisolublemente la literatura hispanoamericana con la representación de la naturaleza, en especial en los años 50, como por ejemplo el prólogo de Manuel de Rojas a *Cumboto* (1954) –en el que se subrayaba la intención renovadora y de focalizar el interés en el hombre en vez de en el paisaje-⁴³⁸, o bien, aunque con otra intencionalidad, las palabras del español José María Souvirón en las *Obras Completas* de Asturias (1955) que denunciaba la insistencia en lo natural como una maniobra segregacionista americana (xii), en vez de solamente ser visto como un aspecto “identificativo”.

Continuando con la descripción de la literatura hispanoamericana realizada desde España, otra de sus características es el mestizaje, puesto que incorpora el

⁴³⁶“La Naturaleza deja de ser un telón de fondo o el objeto de una poesía didáctica para convertirse en héroe literario. (...) Domina al hombre y muestra su avasalladora presencia en todas partes (Uslar Pietri, Breve 160).”

⁴³⁷“Cuando la novela hispanoamericana comienza a alcanzar dimensiones universales, se afirma como su rasgo más saliente el de la presencia trágica de la Naturaleza como héroe central. En ninguna otra novela contemporánea tiene la Naturaleza semejante importancia” (Pietri, Breve 161).

⁴³⁸ González Echevarría señala que la literatura posmoderna se complace en “demostrar que, al contrario de lo que se supone sobre el vínculo natural entre los americanos y la naturaleza, su relación es enteramente artificial y depende de todo tipo de lugares comunes literarios y políticos” (205).

elemento indígena, pero se enfatiza, ante todo, un profundo fondo hispánico. Se consigue combinar lo “exótico” –los escenarios, los conflictos, los personajes “primitivos”, el folklore- con lo español, que será lo más “propio”, al compartir la lengua y, según todo el discurso hispanoamericanista, una misma tradición y cultura. Así, el vínculo entre literaturas se rastrea en la esencia espiritual de escritores y personajes, las fuentes e influencias literarias -se establecen paralelismos con determinados personajes, como por ejemplo, entre Don Quijote, el Cid y el gaucho argentino-, o incluso en la misma afición a la tierra⁴³⁹, siguiendo, por lo tanto, una línea muy parecida a la ya señalada por Menéndez Pelayo.

Igualmente, se trata una literatura “unitaria”, no solo dentro del continente, con unas marcadas características comunes que permiten hablar de ella en tanto que bloque –a pesar de que se respeten las particularidades nacionales- sino que está asimismo fuertemente unida a la de la Madre Patria, consiguiendo entre las dos y con sus obras, ensalzar la gran tradición literaria del Mundo Hispánico. La conciencia y la defensa de la unidad subcontinental era igualmente un lugar común en América desde principios del XX. El énfasis en el vínculo hispano también será clamado por varios críticos y escritores americanos, como ya vimos al hablar del Hispanismo y la Hispanidad, y en especial entre aquellos que publican en y desde la Península-, pero adquirió ferviente clamor en España⁴⁴⁰. Volveremos a ello en el apartado siguiente.

⁴³⁹ Así lo indicaba el argentino Juan Antonio Ahumada en las I Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas. –teniendo en cuenta las características naturales y geográficas tan dispares de ambos continentes, el paralelismo casi parece irrisorio-. Otra cosa sería el valor de lo local o de lo propio, en una España atrasada.

⁴⁴⁰ Jean Franco asegura que “el interés en concebir a Latinoamérica como una unidad, dejando al margen nacionalismos estrechos, es uno de los rasgos sobresalientes de la vida intelectual posterior a 1900” (56). Al mismo tiempo, tras los acontecimientos de 1898 se empezó a enfatizar los lazos comunes raciales y culturales de la tradición mediterránea frente a la anglosajona, la cual empezaba a alzarse como amenaza imperialista. Ya hemos hablado del cambio de rumbo en la apreciación de España entre la intelectualidad hispanoamericana a partir de finales del XIX.

De este modo, lo esencial de la literatura hispanoamericana desde la perspectiva peninsular queda resumido en la importancia de la naturaleza y lo local y el mestizaje y la unidad continental e hispánica. A pesar de que sean características como ya hemos visto también promulgadas desde América, la diferencia estriba en que desde España predomina y se insiste en una visión más “monolítica” y en dónde otras interpretaciones y valoraciones se descartan por impropias o simplemente se obvian. Dúnia Gras, a pesar de referirse a un período posterior –el denominado “boom”–, afirma que solo llega a España la punta del iceberg de la totalidad de la producción hispanoamericana, respondiendo a un proceso de homogeneización simplificadora construida desde la Península y proyectada hacia el resto de Europa (27), una imagen única que repite el eterno problema del enfrentamiento entre centro y periferia (27). Una idea muy parecida es defendida por Ángel Rama al denunciar que el boom, en una operación reductora de gran arbitrariedad, engloba solo a unos pocos autores y responde a un afán de globalizar a Hispanoamérica recogiendo materiales de distintas procedencias como si fuera un todo (237 y ss).

Tal y como hemos visto en el capítulo 3, el número de escritores hispanoamericanos conocidos, leídos y comentados en la Península es muy reducido - básicamente Rivera, Güiraldes, Gallegos, Larreta, Gálvez, Mallea, Wast, De la Parra, Azuela, y en menor medida Picón Salas, Asturias, Icaza, Lynch, Reyes, Alegría, Guzmán, Blanco-Fombona y Alcides Arguedas-. Igualmente, la imagen general de su novela se resume en el vínculo con la naturaleza, con la realidad social y con lo hispano esencial. Todo ello nos permite aceptar el concepto de la homogeneidad simplificadora a la que aludían Dúnia Gras y Ángel Rama como válido también para nuestro período de estudio: la visión española de la literatura hispanoamericana es ya desde el segundo

tercio del siglo XX, simplificada y unitaria, construida en la Península y proyectada – con mayor o menor éxito- hacia Europa.

En el mismo sentido, Juan José Saer afirma que la expresión literatura latinoamericana, que “debería de ser una categoría informativa y secundaria destinada a informar sobre el origen de los autores, se ha convertido en un categoría estética, cargada de intenciones estéticas y portadora de valores, presupone temas, estilos” (266). Salvando el término “latinoamericana” que en la España de la época sería indiscutiblemente sustituido por el de “hispanoamericana”. Así, muchas de las ideas, clichés y simplificaciones incluidas, atribuidas a la narrativa del segundo tercio del XX, también son aplicables a la de los años 60, y viceversa, aunque con variantes y matices. Saer continúa: “se le atribuyen a la literatura latinoamericana la fuerza, la inocencia estética, el sano primitivismo, el compromiso político” (266). Lo que no encaja en este modelo es considerado “no auténtico”, como si no reflejara su verdadera esencia, y a Hispanoamérica solo se le permite reflejarse a sí misma -aunque en un espejo de talla europea y que por lo tanto refleja lo que Europa, y en nuestro caso España, quiere ver y reflejar-. Ello conforma, según Saer, el “ghetto de la latinoamericanidad”, como si hubiera temas y formas específicamente europeos y otros exclusivamente latinos (261). La nacionalidad literaria deviene un importante elemento discursivo, que determina el contenido y la forma de las producciones literarias y su interpretación.

Ello coincide con la importancia y la insistencia en las etiquetas, clasificaciones, nomenclatura, subtítulos y apariencia física de las portadas, que hemos podido observar y colabora en promover esta idea de la narrativa hispanoamericana. De este modo, solamente con identificar el subtítulo “novela argentina”, el horizonte de expectativas del lector se pondrá en marcha y este ya se encontrará inmerso en la Pampa. Una imagen de la selva o de lucha en la portada, también situarán al receptor, mucho más

que el nombre del autor, puesto que muchos de los escritores hispanoamericanos, -como los críticos lamentaban, pero sin conseguir remediar -, son prácticamente desconocidos. De este modo, el origen condiciona y marca⁴⁴¹, y en ocasiones, la mirada está tan condicionada por las ideas recibidas y aprehendidas, que no se conciben ni otras lecturas ni opiniones, lo que procura una interpretación sesgada, parcial e incluso empobrecedora de las obras.

Pero, ¿cuál es la relación entre literatura y realidad hispanoamericana?

4.1.2. La actitud textual

En el apartado 2.2.3.4. hemos resumido la visión general de la intelligentsia española expresada en la prensa cultural sobre la realidad hispanoamericana en cuatro características fundamentales: lo hispánico como esencial, el mestizaje, la preponderancia de la geografía y el paisaje, la falta de unidad política y los problemas derivados de esta fragmentación y de haber olvidado su esencia -es decir, lo hispánico-⁴⁴². Todas ellas características muy parecidas a las que se atribuyen a su literatura.

⁴⁴¹ E incluso puede llegar a ser negativo y contraproducente para las mismas obras: veamos la contundencia de Jorge Aguilar Mora, cuando al prologar *Se llevaron el cañón para Bachimba*, de Rafael F. Muñoz en su edición de 2007, asegura que el término “Novela de la Revolución Mexicana” es un compartimiento absurdo y dañino, creado por mala fortuna, por condiciones históricas adversas o por imposiciones de un discurso crítico de pensamiento holgazán y débil, y cuya única virtud sea la de haber salvado del olvido alguna novela. Sin embargo, dicha etiqueta los condena, incluso en la actualidad, al enclaustramiento y a ser exclusivamente consideradas como síntoma de una época, olvidando su valor como novelas (22-23). Con todo, una visión muy distinta de la novela mexicana de la Revolución de la postulada por los críticos contemporáneos.

⁴⁴² Recordemos la importancia otorgada al descubrimiento y a España en ella, compartiendo generosamente su alma y esencia, así como las ideas de Menéndez Pelayo preconizadas en su Antología.

Edward Said define como actitud textual, el “aplicar literalmente a la realidad lo que se ha aprendido en los libros” (Orientalismo 135). Según el comparatista palestino,

hay dos actitudes que favorecen la actitud textual. Una es la que se presenta cuando un ser humano entra en contacto con algo relativamente desconocido y amenazante que, hasta entonces, había estado lejos de él. En tal caso no solo recurre a las experiencias que ha tenido y que se puede aproximar a esa novedad, sino también a lo que ha leído sobre el tema (Orientalismo 135-136).

Recurrir a lo ya conocido, a lo anteriormente dicho y leído, de algún modo tranquiliza porque sitúa: ya no estamos en terreno desconocido. Se acude, pues, a las imágenes, tópicos, recuerdos, fantasías, lecturas, etc. acumulados sobre esta “realidad”, y, por lo tanto, también a las lecturas literarias. No sorprende, pues, la actitud de algunos críticos e intelectuales cuando recorren a lugares comunes o bien repiten ideas de otros autores.

La segunda actitud, para Said, es “su éxito aparente”, vinculada a la autoridad y aureola de prestigio con que se envuelve algunos géneros o obras literarias. En nuestro caso, y como ya hemos visto, sería aplicable a la novela regionalista, a la literatura gauchesca, a la novela de la Revolución mexicana, etc. Así, simplificando, Argentina estaría llena de gauchos, la selva tropical sería indomable y México estaría en revolución permanente. Y es que Said asegura que la actitud textual termina por crear no solo un conocimiento “sino también la realidad que parece describir. Con el tiempo, este conocimiento y esta realidad dan lugar a una tradición, o a lo que Michael Foucault llama un discurso” (Orientalismo 137).

Sin embargo, el caso hispanoamericano no es tan simple y unidireccional. La literatura influye en el imaginario, convirtiendo a los argentinos en eternos gauchos melancólicos, a los habitantes de la selva en constante lucha contra las fuerzas del mal, y a los mexicanos, guerrilleros con sombrero y fusil listos para combatir, en una lucha

varonil y despiadada, las traiciones de turno del intrincado avatar de su revolución. Pero la visión de la realidad americana también influye en la interpretación y valoración de la literatura, puesto que si esta no refleja, no se adecua a la imagen que se tiene de América –una imagen bastante estereotipada e inamovible-, entonces es considerada inauténtica, europeizante y que reniega de sus propias esencias. La literatura crearía conocimiento y realidad, produciría discursos y figuraciones –aunque siempre dentro de unos márgenes-; pero la realidad también se reforzaría con una literatura llena de ideas preconcebidas hasta tal punto que si dejara de amoldarse a estos criterios, ya no sería tan americana, porque no estaría siguiendo lo que los críticos y la tradición marcan. El vínculo funcionaría como un círculo vicioso y resultaría difícil determinar si en el origen se hallaba la interpretación de la literatura o de la realidad, puesto que ambas se complementarían⁴⁴³.

4.1.3. El remanso del colonialismo

Algunas de las actitudes con las que se contempla la literatura hispanoamericana desde la Península en este período –y ello va ligado al uso de clichés, simplificaciones y a la actitud textual-, adquieren un tono paternalista, sobre todo en los momentos en los que España se presenta como la autoridad competente -o como atalaya privilegiada de análisis, valoración y juicio de la literatura americana-, o bien cuando descaradamente

⁴⁴³ La actitud textual y la identificación entre literatura y realidad hispanoamericana que se produce en España a raíz de las lecturas comentadas y analizadas también sería respaldada por la corriente de pensamiento americana que busca encontrar su identidad cultural en la novelística. Así lo expresa Fernando Aínsa: “en buena parte, la identidad cultural de América Latina se ha definido gracias a su novelística (...) lo real y lo imaginario (...) conforman una identidad cultural específica, hecha de 'unidad y diversidad'” (“Hacia un nuevo” 36).

considera las letras nacionales por encima de las hispanoamericanas. Ello se correspondería con la denuncia de Miguel Maticorena Estrada⁴⁴⁴ de actitudes “colonialistas” europeas, las cuales procederían y se originarían en el propio sistema colonial instaurado en América por parte de Europa. A pesar de ocuparnos de la recepción española y de las figuraciones de lo americano en España, en este momento debemos ampliar nuestro horizonte y hacer referencia a una serie de actitudes que serían comunes en Europa -y derivadas de su dominación colonial e imperial- de las cuales España, en tanto que ex potencia colonial y país europeo, sería heredera.

Hernán Vidal se refiere a la Teoría de la Dependencia, según la cual América fue “organizada como ‘periferia’ de ‘centros’ imperiales cuya función era succionar plusvalía para mantener la cohesión económico-militar del sistema” (231). El subdesarrollo americano sería una consecuencia directa de esta estructura y organización.

Para Walter Mignolo, “America, as a concept, goes hand in hand with that of modernity and both are the self-representation of imperial projects and global designs that originated in and were implemented by European actors and institutions” (The Idea 6). Sin embargo, Mignolo va aún más allá al afirmar que Modernidad y “colonialidad” son dos caras de la misma moneda y que Europa se ha construido y constituido como tal gracias a América y a su explotación. Es su cara oculta:

The ‘Americas’ are the consequence of early European commercial expansion and the motor of capitalism, as we know it today. The ‘discovery’ of America and the genocide of Indians and African slaves are the very foundation of ‘modernity’, more so than the French or Industrial Revolutions. Better yet, they constitute the darker and hidden face of modernity, ‘coloniality’. Thus, to excavate the ‘idea of Latin America’ is really, to understand how the West was born and how the modern world order was found (The Idea xiii).

⁴⁴⁴“Esto no es Hispanoamérica”, en *Estudios Americanos* núm. 40-41, enero-febrero 1955, p. 75.

Como bien podemos observar en las mismas palabras de Mignolo, los términos Europa y Occidente aparecen frecuentemente como sinónimos. Establecer los límites de Occidente no resulta fácil⁴⁴⁵. Si bien Europa⁴⁴⁶ forma parte de Occidente, Occidente no es solo Europa, aunque sí lo sea en origen y esencia. De hecho, en su visión más restrictiva y antigua, Occidente se limitaría al territorio europeo, en tanto que “Cristiandad latina”. Así, originado con el Imperio Romano Occidental, del cual toma el nombre, Occidente continúa formándose durante el Medioevo y el Renacimiento, la Ilustración y la Revolución Industrial, despegando –y dominando- en el ámbito internacional con su expansión de conquista e imperialismo. Hoy en día la noción de “civilización occidental” engloba gran parte del planeta: serían occidentales todos aquellos territorios (América, Australia, Nueva Zelanda y Sud-África, aparte de Europa) que han sido – y son- área de influencia de la cultura europea, e incluso podríamos añadir, de la “cristiandad”⁴⁴⁷. El “resto” del mundo, en una habitual pero extremadamente reduccionista concepción binaria del planeta, conformaría Oriente, el “Otro” por antonomasia⁴⁴⁸. Dentro de Occidente, es Europa, por el peso de la tradición y, especialmente, por el protagonismo e importancia históricos adquiridos a partir de la “era de los imperios”, quien ha ostentado el poder de la palabra, aunque en la actualidad comparta el trono con la poderosa –sobre todo económica y políticamente hablando-, América del Norte, con Estados Unidos a la cabeza. Sin embargo, en nuestra época de estudio, es aún principalmente Europa “el locus of enunciation”. Así pues, aunque territorialmente los términos no coincidan, en muchas ocasiones usaremos Europa y

⁴⁴⁵ No es nuestra intención profundizar en el concepto y naturaleza de “Occidente”, con lo cual a continuación estableceremos una breve definición, que se corresponde a la utilización del mismo que hacemos en el presente trabajo.

⁴⁴⁶ Igualmente, las fronteras europeas no son claras. Nosotros, al hablar de Europa nos referimos a la parte más occidental de la misma, es decir, a la denominada “Europa occidental”.

⁴⁴⁷ Teniendo en cuenta el peso e importancia históricos que ha tenido esta religión.

⁴⁴⁸ Para continuar indagando en el concepto de Oriente, ver tanto *Orientalismo* de Said, como las aportaciones del mismo Anibal Quijano, entre otros trabajos, el mismo “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”.

Occidente como sinónimos porque nos referiremos con ambos a la centralidad y autoridad europeas.

Fijémonos también que Mignolo utiliza deliberadamente el término “colonialidad”⁴⁴⁹ y no el de colonialismo. Acuñada por Aníbal Quijano, la colonialidad permite ir más allá del colonialismo, al ser este entendido como un movimiento histórico y que, por lo tanto, llegó a su fin con la descolonización⁴⁵⁰. La colonialidad describe una serie de prácticas y de legados del colonialismo europeo que se iniciaron en la época moderna –que para Mignolo y Aníbal Quijano empieza con el descubrimiento de América- y que persisten vivas hasta el presente. La colonialidad, entendida, pues, como un remanso muy vivo del colonialismo y de sus prácticas.

La explotación americana se justificó con la idea de la expansión de la civilización y de la evangelización –sobre todo en el caso español-, y más adelante incluso con el argumento del “desarrollo”, valga la paradoja de que, como ya hemos indicado, el subdesarrollo era justamente consecuencia del sistema impuesto por los mismos que ahora pretendían “remediarlo”: “coloniality, therefore, points toward and intends to unveil an embedded logic that enforces control, domination and exploitation disguised in the language of salvation, progress, modernization, and being good for every one” (Mignolo, *The idea* 6).

María José Vega, en su libro *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*, afirma igualmente que la cultura occidental presupone y entraña el imperio como hecho fundante de Occidente. El imperio, a su vez,

produce textos (relaciones administrativas, tratos geográficos, estudios y etnográficos, leyes, decretos, libros de viajes, ficciones) y, a su vez, tales textos pueden juzgarse como vehículos de la autoridad imperial, o como soportes de la inscripción de autoridad (15).

⁴⁴⁹ Traducimos el anglicismo *coloniality* por “colonialidad”.

⁴⁵⁰ Aníbal Quijano también desarrolla la noción de “colonialidad de poder”, a la que aludiremos más adelante.

Estos textos producidos por el imperio generan “autoridad” y constituyen, como ya apuntábamos parafraseando a Foucault, discursos. Vega define el discurso colonial como “el conjunto de representaciones y -lo que es más importante- de reglas de representación que permiten pensar, conceptualizar o administrar culturalmente las relaciones coloniales” (16). Este discurso, que se extiende hasta la actualidad –a pesar de la desaparición física de los imperios- permite entender que se prolonguen asimismo actitudes “eurocéntricas”, sobre todo en lo que se refiere a la especulación teórica, y entronca con el concepto de la colonialidad.

En el fondo, se trata de un comportamiento etnocéntrico. El término etnocentrismo fue acuñado por el sociólogo estadounidense William Graham Sumner en su obra *Folkways* (1906). Definido como “the technical name for this view of things in which one's own group is the center of everything, and all others are scaled and rated with reference to it” (13), le servía para referirse a las justificaciones utilizadas precisamente por las potencias imperialistas en su acción exterior. De hecho, Walter Mignolo admite que toda cultura se coloca a sí misma en el centro del mundo (The Idea 262). El etnocentrismo lleva implícito en sí la concepción de la propia identidad grupal –valores, costumbres, creencias, etc- como “superior” a la del resto de grupos⁴⁵¹, lo que le convierte en un efectivo mecanismo para mantener el orden y el *status quo*, al conseguir solidarizar y cohesionar al grupo. No obstante, esta supuesta superioridad, no solo proyecta actitudes de desdén o sospecha ante otras “identidades grupales”, sino que, en casos extremos, puede desatar fácilmente conflictos con los demás.

⁴⁵¹“Each group nourishes its own pride and vanity, boasts itself superior, exalts its own divinities, and looks with contempt on outsiders. Each group thinks its own folkways the only right ones (...)” (Sumner 13).

En nuestro caso, hablaríamos de “eurocentrismo”, entendido como un tipo de etnocentrismo basado en la contemplación del mundo según los criterios y valores de la civilización occidental –de nuevo, la confusión Europa-Occidente, que en el fondo no hace más que subrayar la centralidad europea-. El eurocentrismo es, de hecho, según Anibal Quijano, otro de los elementos fundamentales del sistema-mundo global imperante, pero que en tanto que perspectiva de conocimiento hegemónica empezó a expandirse mucho antes⁴⁵².

El pensamiento de Vega se enmarca en lo que denomina la indagación sobre la política de la representación, movimiento intelectual iniciado por Edward Said con *Orientalismo* y que se ocuparía “de las relaciones de poder que se derivan de las formas de la representación literaria” (86), puesto que la literatura también forma parte del entramado y del discurso imperial. Según Vega, para Said

no existen representaciones verdaderas, ya que la verdad es, ea ipsa, una representación: que la ‘autenticidad’, la ‘experiencia’, la ‘presencia’ o la ‘realidad’ son constructos textuales, y que, por ello, no importa tanto indagar la supuesta adecuación de los textos a la realidad, cuando la estrategia y consistencia de las representaciones y los procedimientos por los que cobran autoridad (69).

Es decir, las representaciones, a pesar de no ser “verdaderas” ni “reales”, adquieren categoría de verdad y de realidad. Lo mismo ocurre con las “figuraciones”. Igualmente para Vega, Said utiliza la idea de representación para referirse al hecho de que un grupo cultural decida que otros grupos culturales no se representan adecuadamente a sí mismos, y que, por tanto, “actúen, hablen y escriban en su lugar, sobre ellos o por ellos” (86). Así, volviendo a nuestro caso, pareciera que, replica Sánchez Prado, en muchos casos y hasta fecha muy reciente, Latinoamérica siguiere siendo el lugar de producción de “casos de estudio”, pero no un *locus* legítimo de

⁴⁵²Anibal Quijano define el eurocentrismo como una perspectiva de conocimiento que se convierte en mundialmente hegemónica colonizando y sobreponiéndose a todas las demás, previas y diferentes, en un proceso que comenzó en el siglo XVII (218-219).

enunciación teórica” (9), es decir, el Objeto, pero no el Sujeto. De hecho hemos visto una actitud muy parecida en el apartado 2.2.3.4., cuando España se veía legitimada y autorizada para describir a América, sin contar con la opinión “local”, o bien cuando se otorgaba la autoridad en términos lingüísticos, regulando cómo debe hablar América en 2.2.3.3.

En los preliminares de nuestro estudio ya hemos citado la definición de “orientalismo” de Edward Said, en tanto que “disciplina sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular e incluso dirigir Oriente” (Orientalismo 22), el cual era entendido como el “otro” por antonomasia. Entonces, Occidente tendría el poder y la autoridad para representar y definir y partiríamos de una perspectiva “eurocéntrica”. También hemos apuntado el paralelismo que se puede establecer con el “latinoamericanismo” en tanto que construcción teórica creada por Occidente, concebido según Guerrieri como conjunto de representaciones teóricas sobre América Latina, realizadas tanto desde dentro como desde fuera del continente (17)⁴⁵³. Todo depende de quién y desde dónde sean creadas. Las similitudes entre ambas disciplinas, no serían tanto a nivel de contenido como a nivel conceptual, con todas las posibilidades de manipulación, construcción y márgenes de libertad –o no- implícitos. Es Europa/Occidente, quien sentiría la necesidad de conocer –y dominar- al Otro, y es la que ostentaría el discurso principal. Curiosamente, no existe ninguna disciplina llamada “occidentalismo”⁴⁵⁴ o “europeísmo”.

⁴⁵³ A pesar de que Guerrieri no concibe el “latinoamericanismo” como disciplina occidental, él mismo menciona la crítica de Santiago Castro Gómez, para el cual el latinoamericanismo es “un mecanismo disciplinario que juega en concordancia con los intereses imperialistas de la política exterior norteamericana” (17), la cual podría igualmente incluir la europea.

⁴⁵⁴ Mignolo se refiere al “occidentalismo” pero no en tanto que disciplina sino precisamente como “la construcción del lugar de la enunciación occidental”, así como la occidentalización sería “la expansión del lugar de enunciación” (cit. en Guerrieri 50).

¿Podríamos decir lo mismo del “hispanoamericanismo”? A pesar de que en el presente trabajo no lo hemos abordado como disciplina⁴⁵⁵, en tanto que movimiento e idea de origen y manufactura español es un constructo y una representación que responde y se corresponde con las intenciones y voluntades peninsulares. La coincidencia o no con la propia realidad americana es lo de menos. Igualmente, como veíamos, está íntimamente vinculado al nacionalismo español. Desarrollaremos más esta idea en apartado 4.2.

En el contexto de nuestro estudio –la España del segundo tercio del XX, no podemos hablar con rotundidad de colonialidad ni de discursos imperialistas eurocéntricos, sin embargo, sí de una cierta reminiscencia de ellos, hecho que se agudiza desde las instancias oficiales en los primeros tiempos del franquismo. Veámoslo un poco más detenidamente.

En lo que se refiere a la interpretación de la naturaleza que comentábamos al iniciar este apartado, idea clave para la identidad americana, clamada tanto desde dentro como desde fuera del continente, observemos la opinión de Mignolo sobre la relación entre naturaleza y discurso colonial:

when development replaced the civilizing mission as a project of the developed countries, the Third World was (and still is) equated with ‘nature’; that is, not with the ‘industries’ and ‘sciences’ of progress that put the First World ahead in the temporal imagination. If, in the sixteenth century, ‘nature’ was conceived in terms of lands and territories to be mapped or as the spectacle of the world through which its Maker could be known, from the beginning of the nineteenth century ‘nature’ became the fuel, the raw material, for the Industrial Revolution and the forward-moving engine of progress and capital accumulation (...) thus, the idea of ‘Latin’ America was coetaneous with the increasing value of South America as ‘nature’ and the increasing value of Europe’s new imperial countries as the sources of ‘culture’ (the university, the state, philosophy, science, industry, and technology) (The idea 82).

⁴⁵⁵ Con todo hemos aludido al artículo de Pérez Embid (“Panorama del americanismo español actual”, *Arbor*, núm. 22, julio-agosto 1947) que diferenciaba entre americanismo e hispanismo, el primero como conglomerado de actividades científicas referentes a la historia o la problemática de América y España – aunque siempre subrayando la dimensión hispánica- y el segundo a la actividad científica extranjera que tomaba como tema a España (81). Es decir, que incluso en tanto que disciplina es entendida desde España como indisolublemente ligada al vínculo intercontinental.

El tercer mundo, definido en términos económicos, se asocia con la naturaleza. En cambio, a Europa, el primer mundo, le corresponde la ciencia y la cultura. Esto demuestra la fuerza y la capacidad de manipulación del discurso colonial, que incluso consigue modificar el sentido atribuido a conceptos como “naturaleza” y “cultura”. Desde este punto de vista, y simplificando en extremo, América, sería pues, una masa de tierra rica y fecunda, pura materia, una visión que recuerda las impresiones de los primeros colonos europeos fascinados por una naturaleza desbordante, y se contrapone a la civilizada, educada, tecnológica y urbana Europa. Esta concepción entroncará en parte con el binomio decimonónico de civilización vs. barbarie popularizado por Sarmiento, de lucha entre el hombre cultivado, letrado, urbano y civilizado –europeo- contra la brutalidad del medio –americano-. Con todo, como ya hemos indicado, pronto aparecen las desidencias, cuando los americanos se dan cuenta de su dualidad intrínseca, de la necesidad de aceptar su realidad y de encontrar voz propia.

Así, ya en el XX, atribuir la preponderancia de la naturaleza y de la geografía al continente americano, tiene aún ciertas reminiscencias –desde Europa, y por lo tanto también desde España- de un discurso eurocéntrico y de algún modo “colonialista”, fuese de modo consciente o no⁴⁵⁶. En cambio, cuando defendida desde América resulta mucho más complejo y está relacionada con la búsqueda y definición identitarias entre lo propio, lo ajeno, lo heredado, lo original, etc.⁴⁵⁷.

⁴⁵⁶ Saer, -a pesar de tener en mente al boom-, expone que los escritores latinoamericanos proveen la metrópoli de aquellos productos que escasean, como el exotismo, la frescura, la inocencia (266), es decir, las primeras materias y que se corresponde con la idea de América Latina postulada por Mignolo como “a large mass of land with a wealth of natural resources and plenty of cheap labor” (Mignolo, *The Idea* 12). Observamos aquí cierta continuidad entre la interpretación de la novela del segundo tercio del XX y la del “boom”.

⁴⁵⁷ Ya hemos aludido al estrecho vínculo entre literatura e identidad nacional clamada por gran parte de la crítica latinoamericana, en especial, de la novela. Para profundizar en el tema, leer el volumen editado por Saúl Yurkievich *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura; La dorada garra de la lectura Lectoras y lectores de novela en América Latina* de Susana Zanetti, las obras de Fernando Aínsa, o *Teoría y crítica literaria de la emancipación hispanoamericana* y *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura*, de Teodosio Fernández, entre otros.

Al mismo tiempo, como también explicábamos en los preliminares, la novela no es un género neutro. Para Said ha sido un elemento histórico fundamental para procurar la visión cultural del mundo: en la experiencia de muchos lectores ha representado y representa la realidad (Vega 139), y por lo tanto favorece, por ejemplo, la mentada “actitud textual”. El género narrativo sería el más adecuado para la transmisión de conocimiento e información. Said encontraba también lógico que su nacimiento estuviera relacionado con el capitalismo y con la expansión imperialista –con *Robinson Defoe*–, es decir, con el advenimiento de la modernidad europea⁴⁵⁸, convirtiéndose en un soporte ideal de dicho sistema y en un elemento fundamental del binomio “cultura e imperialismo”⁴⁵⁹. Robinson Crusoe, náufrago inglés, “coloniza” una isla de Las Antillas aparentemente desierta y la organiza a la europea, convirtiéndose en héroe y modelo a imitar, se convierte en un ejemplo perfecto del uso de la novela para transmitir una determinada visión del mundo como la normalizada, concretamente, los valores y las acciones de la civilización europea se presentan como universales⁴⁶⁰.

¿Qué ocurre en Hispanoamérica? En nuestro período de estudio, la crítica contemporánea coincide en afirmar que la aparición de obras como *La vorágine*, *Don Segundo Sombra*, *Zogoibi* y el auge de la novela regionalista de los años 20 muestran la toma de cuerpo y consistencia de la novela hispanoamericana, incluso se habla de “madurez”. Es también en este momento cuando se dan algunos de los factores que se consideraron esenciales para el surgimiento de la novela, como la existencia de una

⁴⁵⁸ Walter Mignolo establecía el origen de la Modernidad en la “era de los descubrimientos” es decir, en el siglo XV, y no en el XVIII. Sin embargo, límites cronológicos aparte, en ambos casos se tratan de momentos y situaciones destacados de exploración y colonización europeas.

⁴⁵⁹ Ya vimos que la novela, en tanto que género propiamente burgués, requería de la existencia de una clase media y el planteamiento sobre la identidad nacional para desarrollarse.

⁴⁶⁰ Entendemos la novela como género eminentemente occidental -de origen europeo- al utilizar la lengua escrita-la prosa- y por lo tanto, derivado del desarrollo de la imprenta. Ya hemos citado en los preliminares la opinión de Ong al respecto, según el cual el mundo de lo impreso engendró la novela (145).

clase media y la búsqueda identitaria nacional⁴⁶¹. Recordemos las palabras del prólogo de Agustín del Saz en *Resumen de la novela hispanoamericana* (1949), que de algún modo nos describía un ambiente de exploración y de conquista que podríamos encontrar en Defoe o Kipling:

Ningún medio, ninguna manera de vivir ha sido más favorable a la novela que el clima moral del continente americano, injertado de vida europea. La aventura, los peligros, el ansia de rápida fortuna y el paso sin solución de continuidad de la modestia y la monotonía provincianas hispanas a los escenarios americanos deslumbrantes de posibilidades, aptos para la vida fresca y valiente en el choque con la naturaleza y luego con el indio, con el negro y con los mestizajes (10).

En este sentido, es relevante que fuese precisamente la novela regionalista⁴⁶² la que se considerara fundadora de la novelística americana, con su atención por lo local y lo particular, la búsqueda de la identidad⁴⁶³ -de la propia definición y expresión-, el conflicto entre civilización y barbarie, y la importancia del paisaje. Este será el tipo de novela más aplaudido, comentado y considerado como propio y como la novela hispanoamericana por excelencia, también en España. En cambio, Moraña alude a José María Arguedas, Carlos Onetti o Juan Rulfo como autores que se apartan del paradigma occidental de la novela, y que serían por lo tanto, poco reconocidos. Ello se confirma con el presente trabajo, al haber mostrado que las apariciones y referencias a estos autores son escasas y que su aparición no altera significativamente el canon⁴⁶⁴.

⁴⁶¹ A este respecto, Teodosio Fernández en *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura*, considera que la novela en América consigue cohesionar a los pueblos a la vez que indagar en la realidad profunda del ser humano.

⁴⁶² Ángel Rama y Efraín Kristal hablan de novela regional, Fernando Contreras de “mundonovismo”, etc.

⁴⁶³ Jean Franco ve en las novelas regionalistas una estructura de búsqueda que vincularía la realización personal de sus protagonistas con la regeneración nacional (207).

⁴⁶⁴ Concretamente Onetti aparece en dos de las obras de Agustín del Saz: *Resumen de historia de la novela hispanoamericana* (1949) –siendo uno de los autores aparecidos en el índice y categorizado como existencialista- y *La novela hispanoamericana* (1954). José María Arguedas en *Medio siglo de literatura americana* (1952) de Berenguer y Bogliano, en la *Historia de la literatura universal* (1946) dirigida por Ciriaco Pérez y en *Breve historia de la novela hispanoamericana* (1954) de Uslar Pietri. Rulfo, por su parte, no es reseñado en ninguna obra crítica peninsular de las estudiadas, pero sí es apuntado en la reseña de Jorge Campos a la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Anderson Imbert (*Revista de Indias* 14, 1954) y lo encontramos de nuevo a raíz de un “Panorama de la literatura mexicana” de *Cuadernos Hispanoamericanos* (132, mayo 1957). En este, es elegido como interlocutor que alecciona sobre las letras de su país, lo que le otorga una considerable autoridad. Igualmente, merece la pena hablar del caso

También la evolución de los géneros literarios americanos sigue el esquema occidental aunque adaptado a las circunstancias americanas: primero existiría un desarrollo importante de la filosofía y la poesía hasta que estas dejarían su lugar preeminente al género narrativo, y con él se llegaría a la “madurez literaria”. Este modelo y concepción de la literatura y de la novela ha sido de algún modo postulada por muchos de los críticos e historiadores mencionados, americanos incluidos: por ejemplo Abigail Mejía de Fernández, que no otorgaba mucha importancia al género narrativo hispanoamericano y lo consideraba inferior a la poesía y al pensamiento –la primera edición de la obra de Mejía de Fernández es precisamente de 1926, lo que no deja margen de maniobra para valorar la producción contemporánea-, pero tampoco Ramón D. Perés en los 40 le dedica apenas espacio. En cambio, ya a finales de la década, Agustín del Saz exaltaba el florecimiento de la novela –iniciado aproximadamente en 1925- que indicaba la “entrada a la madurez de las literaturas americanas de lengua española con toda fecundidad” (Resumen 214). Carmen Gómez Terra, desde su *La novela en Puerto Rico* y parafraseada por Jorge Campos (*Revista de Indias* 8, 1947), sentenciaba la novela como fruto tardío en toda la literatura hispanoamericana, y Lucio

particular de José Luís Borges. Si bien Agustín del Saz le dedica un lugar en su *Resumen* como uno de los representantes de la novela moderna argentina “no es un escritor criollista sino más bien expresionista que prefiere el soliloquio” (189), a menudo lo hallamos citado como crítico. Por ejemplo, como conferenciante: hemos mencionado la constancia de su participación en las sesiones de la Tertulia Literaria Hispanoamericana de la Asociación Cultural Iberoamericana, o bien en las Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana (Salamanca, 1953). También lo descubríamos a raíz de la “polémica del meridiano inelectual” como uno de los más fervientes atacantes des de las páginas de *Martín Fierro*, o bien en el artículo “El idioma de los argentinos” (*La gaceta literaria*, julio 1928) defendiendo el ambiente y las connotaciones diferenciales del castellano de Argentina que no interferían en la inteligibilidad y unidad transnacional de la lengua. En cuanto a las referencias mentadas en la prensa, Américo Castro lo incluía como uno de los principales representantes de la cultura argentina en castellano (*Tierra Firme* 2, 1935) y su nombre aparecía en la reseña a *Temas y aptitudes* (Lugones, Güiraldes, Quiroga, Arlt, Marechal, Bernárdez, Borges, Molina) de Juan Carlos Ghiano (*Ínsula* 55, 15 julio 1950). Igualmente, Enrique Casamayor lo mencionaba en “Hispanoamérica al espejo de su novela” (*Cuadernos Hispanoamericanos* 29, mayo 1952). Matamoro Rossi nos advertía de que fue precisamente esta publicación la que dio a conocer en España” la obra de nombres señeros de América como Borges, Asturias, Neruda y Paz” (93). Teniendo en cuenta lo anterior, podemos afirmar que en la época que nos ocupa, a pesar de la importancia y valoración que han recibido posteriormente, la cantidad y la extensión de los comentarios, alusiones y consideración a los precedentes está lejos de igualar la de otros autores.

R. Soto (*Cuadernos Hispanoamericanos*, abril 1952, núm. 28), valorando al *Martín Fierro*, se refería directamente al paradigma occidental, entendiéndolo como universal:

En nuestra América, en plena evolución y elaboración de una cultura propia, se sucede el mismo fenómeno: primero aparece el *Martín Fierro* de Hernández, este coetáneo de Poe y Withman, poetas también; y recién medio siglo después, aparece la novela, o sea, la prosa: *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, o *La vorágine* de Eustasio Rivera, pongamos por caso (44-45).

Más adelante, también Uslar Pietri (1954) no dudaba en afirmar la importancia – y preponderancia- de la novela hispanoamericana en el panorama hispanohablante, y Guillermo de Torre, en *Claves de la literatura hispanoamericana* (1959) consideraba que en el plano imaginativo, la novelística de los últimos lustros es probablemente el género que con más abundancia suma carácter y calidad (66).

4.1.4. El sistema literario mundial I (el lado americano)

La mirada española en el segundo tercio del XX parte de una configuración desigual del mundo, también en el plano literario y que se corresponde con el modelo de literatura mundial planteado por Pascale Casanova y Franco Moretti⁴⁶⁵.

En síntesis, Sánchez Prado, citando a Perry Anderson, define el concepto de República Mundial de las Letras acuñado por Casanova como una extensión al plano transnacional del concepto desarrollado por Pierre Bourdieu de “campo de producción cultural” -y más específicamente, del “campo literario”- (24). Igualmente, Sánchez

⁴⁶⁵ En este sentido, los textos recopilados por Sánchez Prado en el volumen *América Latina en la literatura mundial*, resultan especialmente interesantes: no solo se refieren a las teorías de Casanova y Moretti, con sus debidas críticas, sino que trasladan el debate sobre la literatura mundial al otro lado del Atlántico, dando voz a un “locus” que, generalmente, no ha sido considerado “digno” de enunciación teórica.

Prado añade otra concepción teórica del término, en tanto que “formación discursiva” a la Foucault (25). Este espacio literario mundial funcionaría como un mercado de bienes simbólicos, en el que se produce una acumulación de capital cultural por parte de figuras específicas (los clásicos), naciones y lenguas centrales, ante la mirada de “los retadores del status quo” (24), tanto dentro de cada espacio nacional como a escala internacional. Es decir, se trataría de un espacio desigual y jerárquico, concebido con gran autonomía. A pesar de la relatividad propuesta por Bourdieu, Casanova enfatiza esa autonomía y considera que la república funciona según lógicas internas que no dependen de un campo de poder externo (25). Los territorios literarios son delimitados y definidos según su distancia estética del lugar de ‘fabricación’ y consagración de la literatura, quedando el universo literario organizado según los conceptos geográficos de centro y periferia (40). Para la teórica francesa, París ostentaría la capitalidad literaria de la República, por ser el “lugar donde convergen el mayor prestigio y la más grande creencia literarios” (40).

Franco Moretti, por su parte, propone un método de análisis de “la literatura mundial” al concebir la literatura no como un corpus que se constituye en objeto de estudio, sino como una problemática ‘conceptual’ (Sánchez Prado 19) que necesita de nuevas formas de acercamiento. El método que idea, inspirándose en las ciencias sociales, es la “distant reading”. Sánchez Prado expone que “la lectura textual corresponde a los especialistas en literaturas nacionales o regionales, mientras que el crítico de la literatura mundial deberá conceptualizar buscando patrones en común encontrados, de manera independiente, en los trabajos críticos específicos” (20). A pesar de la novedad del método y de ofrecer nuevas vías de acercamiento al hecho literario, existen otros problemas inherentes a la “distant reading”, como la elección de los textos, de los especialistas nacionales, de las traducciones, etc. Moretti atribuye igualmente

una gran importancia y centralidad al género novelesco, como se puede observar en su *Atlas of the European Novel 1800-1900*.

Tanto Casanova como Moretti presentan un mundo literario desigual y jerárquico, compuesto de centros y periferias -y semiperiferias-, y de un sistema también desigual de relaciones de legitimación y configuración estética, pero en donde Europa siempre ocupa una posición central. Concretamente, Casanova basa su pensamiento en la centralidad gala y Moretti en la anglosajona, con lo que el locus de enunciación viene ya fijado y predetermina sin duda la lectura de la literatura mundial, a pesar de sus intenciones de salir de visiones eurocéntricas y nacionalistas, -por ejemplo, Moretti destaca el poder de la semiperiferia en lo que se refiere a las revoluciones literarias (22)-.

Compartimos la opinión de la mayor parte de los críticos respecto a dicho sistema “mundial”, en especial en lo referente a poner en cuestión la supuesta “autonomía” del campo literario, y a denunciar la postergación de actitudes eurocéntricas –o euronorteamericanas, como Sánchez Prado especifica- que implica la aceptación de estos esquemas. Sin embargo, más que su validez o no, lo que nos interesa en este apartado, es ver cómo de algún modo, esta configuración desigual y jerárquica del mundo y estos paradigmas occidentales se encuentran ya presentes en nuestro período de estudio, imbricados, de modo posiblemente inconsciente, en el discurso general, y en su concepción del mundo, literario o no.

Bajo este esquema, surge fácilmente la pregunta de qué ocurre con América. Si París –o Londres- son vistos como los centros por excelencia de este sistema, y los territorios se ordenan y sitúan en cuanto a la distancia estética de dichos centros, ¿qué lugar le corresponde a la América hispanohablante?

Según el pensamiento de Casanova existen tres grandes etapas en la génesis del espacio literario mundial: una primera, la de su formación inicial denominada “revolución vernácula”, producida en el curso de los siglos XV y XVI, y que reivindica el empleo intelectual de las lenguas vulgares, y la constitución de literaturas que pretenden rivalizar con la grandeza antigua. La segunda, la revolución lexicográfica o filológica, de finales del siglo XVIII y del siglo XIX, ligada a la aparición de nuevos nacionalismos en Europa; y la tercera, abierta con el proceso de descolonización, marcaría la llegada a la competencia internacional de protagonistas excluidos hasta entonces de la idea misma de literatura (70-71). Es en esta última, y con el denominado boom, en la que Casanova enmarcaría la entrada en escena de América Latina.

Casanova expone igualmente los factores que explicarían la “debilidad cultural de América Latina” (30), tales el analfabetismo, la inexistencia y precariedad de públicos, la falta de medios de comunicación y de difusión (editoriales, revistas, periódicos), la imposibilidad de especialización de los escritores en sus obras literarias, etc. (30). Todo ello justificaría su dificultad de competir con éxito en el “sistema literario mundial” y su posición “periférica”. También Jean Franco considera que los dos factores principales que impidieron el desarrollo de una tradición crítica permanente en América fueron el factor político –turbulento tras la consecución de las independencias- y la falta de un público preparado y crítico (17).

Sin embargo, considerar la descolonización –entendida como el proceso histórico que tuvo lugar tras el fin de la Segunda Guerra Mundial- y en concreto el boom, como el momento en que la literatura hispanoamericana empieza a existir –puesto que como ya mencionamos, Casanova asociaba la existencia al hecho de ser percibidos- no solo obvia y desvaloriza la producción anterior sino que cae en una perspectiva eurocéntrica y de algún modo basada en criterios comerciales, puesto que el boom tuvo mucho de

fenómeno editorial. Casanova parece olvidar momentos y figuras internacionales como el propio Rubén Darío, y ya hemos citado las opiniones de la crítica peninsular de la época que admitía la madurez de la novela americana en el primer cuarto de siglo. Nora Catelli admite que según el centro único de la república de las letras de Casanova los escritores hispanoamericanos son “recién llegados”, pero pone en cuestión que la república ostentase un solo centro. Igualmente, continúa,

América Latina ya poseía una conciencia centenaria de su pertenencia a la tradición de la república de las letras y su innegable irrupción en el panorama internacional a partir del boom no se hizo a partir de una suerte de gesto fundacional de reivindicación de autonomía, sino desde ya existentes centros autónomos, aunque sin mediación hacia el exterior (721).

Con todo, el boom implicó una fuerte sacudida y toma de conciencia internacional de su valor y de su tradición, “tradición que aun periférica y heteróclita en sus orígenes, se vio a sí misma a partir de este momento tan autorizada como la europea para usar el tronco lingüístico y cultural común” (714).

Pero volvamos a la perspectiva europea y eurocéntrica predominante en la época. Lo importante es ver, como indica Abril Trigo, que

la hegemonía de la literatura occidental no reside en su monopolio de la creatividad literaria, sino en la autoridad que poseen las instituciones y el poder que ejercen los agentes literarios occidentales sobre las reglas del juego, los modelos prestigiosos, los géneros de moda, el modo de producción, circulación y consumo que en última instancia definen qué es literario y qué no. Y esta hegemonía es producto de un complejo proceso histórico en el cual se imbrican el desarrollo del capitalismo, la expansión colonial y los modelos de la modernidad occidental (93).

Es decir, la hegemonía de la literatura occidental reside en el locus de la enunciación, ostentado y monopolizado por Europa porque posee la “autoridad”. Todo ello fruto del devenir histórico en el que, como Mignolo indicaba, capitalismo, colonialidad y modernidad formaban parte de un mismo fenómeno –consideremos que este proceso se inicia en el XV o en el XVIII-, siendo las particularidades nacionales y su grado de estructuración, menos trascendentes que el poder del “locus”.

Igualmente, continúa Trigo, la desigualdad no estriba tanto en la dirección desigual de los flujos de influencias, sino en la existencia de un sistema mundial mediante el cual los centros se apropian de la creatividad de las periferias (es decir, de la plusvalía literaria) (93), lo que entronca con la teoría de la dependencia aludida por Vidal, aunque esta vez aplicada directamente a la literatura. Así pues, a América Latina le correspondería un lugar periférico -o semiperiférico según Moretti⁴⁶⁶-, no tanto geográficamente, -a pesar de la distancia física de Europa, a América del Norte se la identifica próxima al centro-, sino por falta de autoridad y poder sobre las reglas del juego.

El sistema literario mundial entendido “a la Casanova” sirve para explicar buena parte de las dinámicas y dominaciones que han existido a lo largo de la historia de la literatura, pero sus fallas, las incomodidades, las grietas, todo lo que no encaja, son muestra de que no es un sistema adecuado sobre el cual batir una construcción teórica, porque posterga las situaciones que pretende evitar y condena a “simplificaciones unificadoras” y a la eterna lucha del centro contra la periferia a la que aludía Dúnia Gras. Lo mantenemos, pues, en el presente trabajo, solo como una forma de expresar y explicar una dinámica obsoleta, y como un complemento para la reflexión. Y es que, como indica Sánchez Prado, hay una gran diferencia entre la percepción que tiene Europa de la literatura latinoamericana y el lugar que esta ocupa en el mundo (35).

Así pues, más que preocuparnos por la posición que ocupa Latinoamérica dentro de este esquema, lo que debemos retener es el poder del lugar de la enunciación. La fuerza y el peso de la tradición, la epistemología y el conocimiento europeos son tan potentes que no ha sido hasta la segunda parte del siglo XX en que han aparecido voces

⁴⁶⁶ Franco Moretti es más conciliador y asigna a América Latina una posición “semiperiférica” y subraya el valor de las semiperiferias en la consecución de las revoluciones estéticas y artísticas, de las cuales el boom sería precisamente una.

disidentes y voces “de la periferia” que critiquen, cuestionen o simplemente sean conscientes de este modelo. Es quién habla quién decide y quien sitúa y organiza. En este punto, nos resulta útil el concepto de “colonialidad del poder”. Steve Martinot la define como “an expression coined by Anibal Quijano to name the structures of power, control, and hegemony that have emerged during the modernist era, the era of colonialism, which stretches from the conquest of the Americas to the present”. Estas estructuras inherentes impuestas por el colonialismo europeo, atañen tanto al orden social como al del conocimiento y es que en dónde la colonialidad del poder se expresa básicamente es en la mentalidad hegemónica, o sea, la europea. A este respecto, Aníbal Quijano afirma que “como parte del nuevo patrón de poder mundial, Europa también concentró bajo su hegemonía el control de la subjetividad, de la cultura y en especial del conocimiento, de la producción del conocimiento” (209).

América Latina forma parte de Occidente. Ya en nuestra misma época de estudio se alzan varias voces que claman y defienden su inclusión y participación: Vila Selma, en su artículo “El gaucho en el tiempo y en la novela” y en 1946, subrayaba el esfuerzo de los escritores de América del Sur por crear una literatura genuina, digna de elogio, fama y nombre y equiparable a la de Occidente. Y Juan José Remos, en *Proceso histórico de las letras cubanas* (1958), no dudaba en afirmar la pertenencia de Hispanoamérica en la cultura occidental, a la que estaba unida gracias al hilo hispánico (14)⁴⁶⁷. También Berenguer y Bogliano se referían a la producción americana como la “obra que realizan en las viejas Indias seculares sus hijos de Occidente” (9). Incluso

⁴⁶⁷ Igualmente, el argentino Juan Sepich en “La Hispanidad como problema y como destino” (*Mundo Hispánico*, julio 1948, núm. 6), afirmaba que Hispanoamérica “comenzó a sentir la fraternidad de Europa en el inmenso y maternal regazo de aquella España imperial por su corazón y por el entendimiento de la vida histórica” (8), y Federico Suárez en “El problema de la independencia de América” (*Estudios Americanos*, 1949, núm. 2), consideraba a España como el cordón umbilical que unió el Nuevo con el Viejo Mundo (237).

Arturo Uslar Pietri en varias ocasiones⁴⁶⁸ reivindica la integración de América Latina en la cultura occidental, y la bautiza como “el Extremo Occidente”.

Pero si bien América Latina integra la civilización occidental, no posee ni participa del poder de la palabra, de aquí que se sitúe en “el extremo”. El lugar de la enunciación –aún en nuestro período de estudio- es una exclusiva europea. Así, muchos de los valores y conceptos europeos -que surgieron para explicar su propia realidad-, se han considerado extensibles –y sobre todo, deseables- para el resto de su área de influencia, bajo la perspectiva eurocentrista de que su modelo es el válido y verdadero.

En la misma línea de ideas, Aníbal Quijano explica, usando una imagen especular, que

aplicada de manera específica a la experiencia histórica latinoamericana, la perspectiva eurocéntrica de conocimiento opera como un espejo que distorsiona lo que refleja. Es decir, la imagen que encontramos en ese espejo no es del todo quimérica, ya que poseemos tantos y tan importantes rasgos históricos europeos en tantos aspectos, materiales e intersubjetivos. Pero, al mismo tiempo, somos tan profundamente distintos. De ahí que cuando miramos a nuestro espejo eurocéntrico, la imagen que vemos sea necesariamente parcial y distorsionada (225)⁴⁶⁹.

El esquema europeo de evolución cultural, lineal y rectilínea, también en la producción literaria, es considerado un modelo universal y de ahí que se aplique también a Hispanoamérica. Walter Mignolo define la razón como el aliento vital del pensamiento occidental, una razón de tiempo rectilíneo que funciona desde Sócrates a Kant y desde Hegel a Marx (The Idea 51). Mabel Moraña, en el postscriptum de *América Latina en la literatura mundial*, se refiere a los paradigmas eurocéntricos –las generaciones, los estilos, los movimientos tales el romanticismo, el realismo, el naturalismo, la vanguardia, etc.- es decir clasificaciones y etapas histórico-literarias que

⁴⁶⁸ Como por ejemplo en *En busca del Nuevo Mundo* (1969), aunque este volumen quede fuera de nuestro período de estudio.

⁴⁶⁹ Y continúa asegurando que “aquí la tragedia es que todos hemos sido conducidos, sabiéndolo o no, queriéndolo o no, a ver y aceptar aquella imagen como nuestra y como perteneciente a nosotros solamente. De esa manera seguimos siendo lo que no somos. Y como resultado no podemos nunca identificar nuestros verdaderos problemas, mucho menos resolverlos, a no ser de una manera parcial y distorsionada” (225-226). Este planteamiento entronca con el ya mentado de la mirada doble americana hacia su naturaleza.

perteneciendo a otras realidades culturales –a Europa- que son aplicadas directamente a América Latina (321-322). También considerar el auge de la novela como el símbolo de la madurez de la literatura hispanoamericana responde a la misma maniobra.

No obstante, hemos ido encontrando voces a lo largo de nuestro estudio que ya criticaban la aplicación sistemática de modelos y criterios europeos a la realidad americana, como Jaime Torres Bodet y Mariano Picón Salas en *La Gaceta Literaria*, Gabriela Mistral desde el prólogo a *Los creadores de la Nueva América* a principios de los años 30, o bien Felipe Massiani, Miguel Maticorena Estrada y Gerardo Ebanks. Incluso Marcelo Arroita-Jáuregui se avanza a Casanova al referirse de algún modo a este sistema en 1953 en *El Correo Literario* (“Constantes de la literatura argentina”). Opina que “en los mejores grupos intelectuales americanos, Europa ha dejado de constituir una preocupación fundamental. Ya no se escribe ni se trabaja mirando a Europa, esperando la palabra definitiva de la crítica europea, buscando la consagración europea” (4) y que “América se interesa porque su literatura supere localismos y nacionalismos para insertarse en la literatura universal” (4). Sin embargo, bajo el concepto de literatura universal, encontramos de nuevo la común confusión entre universal y occidental.

Así pues, el problema no radica tanto en el lugar o la naturaleza más o menos “occidental” de América, sino en el propio sistema epistemológico eurocéntrico y narcisista -que se limita y se regocija contemplándose a sí mismo sin darse cuenta de la múltiple y compleja realidad- y en quién ostenta la voz. Quizás, como apunta Paul Verdevoye, para salir de este “cul-de-sac”, nada mejor que ser conscientes de que bajo unos mismos conceptos, a menudo se ocultan realidades distintas (260).

Con todo, en el segundo tercio del XX, este es el horizonte conceptual de la intelligentsia –española, europea, americana, occidental-, un horizonte imbricado en el

esquema y dinámicas eurocéntricas, y por lo tanto, el que debemos tener en mente a la hora de comprender las figuraciones de lo americano. A todo ello debemos añadir la especificidad española y sus vínculos histórico-identitarios con América, a los cuales ya hemos ido aludiendo, así como su particular interpretación de la literatura americana. La imagen de la identidad de Hispanoamérica se funde con la de su literatura y viceversa, y se integra en el propio discurso hispanoamericanista y en el contexto mental dominante en la Europa del momento.

4.2. FIGURACIONES DE LO ESPAÑOL: LA MADRE PATRIA EN EL ESPEJO

La primera entidad geocultural moderna y mundial fue América. Europa fue la segunda y fue constituida como consecuencia de América, no a la inversa.

Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”.

4.2.1. Colonialismo y nacionalismo

Juan José Saer afirma que el nacionalismo y el colonialismo son dos aspectos de un mismo fenómeno y que, por lo tanto, deben de ser estudiados en conjunto (261). La instauración de un régimen colonial tiene consecuencias para el colonizador, que se definirá en tanto que potencia colonial, pero también para el colonizado, al verse subyugado a las reglas, estructuras y valores políticos, sociales, económicos y culturales de la metrópolis. Todo ello repercute inevitablemente en el planteamiento y configuración de sus respectivas identidades nacionales.

Sin embargo, como ya hemos apuntado en el apartado 4.1., tras la descolonización y la independencia política de las excolonias, la dominación -y el vínculo- de talante cultural, lingüístico, literario y político no desaparece tan fácilmente. Es lo que Aníbal Quijano y Walter Mignolo, entre otros autores, postulaban y desarrollaban como los conceptos de colonialidad y de colonialidad del poder, y que ya definimos en las páginas precedentes.

En el caso español y en nuestro período de estudio, hemos hablado del estrecho vínculo entre hispanoamericanismo y nacionalismo, una de las principales tesis de Isidro Sepúlveda, y que funcionaba en dos direcciones: en el plano exterior, con el intento de recobrar el prestigio cultural internacional, -al no poder ser territorial-, en tanto que cabeza del mundo hispano; y en el interior, con la pretensión de recuperar la estima nacional y disminuir, o contrarrestar, la sensación de inferioridad respecto a Europa, en especial en unos años de gran inestabilidad política y gubernamental. Era la capacidad inherente del hispanoamericanismo “para dotar al nacionalismo español de un arsenal argumental que, al mismo tiempo que posibilita su proyección exterior, permite reforzar su legitimidad interior” (El sueño 409).

Mejorar la situación presente implicaba igualmente reivindicar la validez y la trascendencia de la labor española en América: hemos insistido en la importancia atribuida al descubrimiento desde España, el cual la convertía en protagonista de la historia. Resultaba necesario lavar su imagen histórica y convertirla en motivo de orgullo. De este modo, el pasado colonial –y por lo tanto el colonialismo- se disfrazaba de tarea civilizadora e incluso, durante las dictaduras, de labor evangelizadora, y al mismo tiempo potenciaba el nacionalismo. Esta recuperación de la historia se dará en mayor o menor grado, y admitiendo más o menos fallas y errores, a lo largo de todo el segundo tercio del XX, y será auspiciada tanto por parte de liberales, como por conservadores y progresistas. Desde el hispanoamericanismo progresista, y ya desde principios de siglo, América y la mejora de las relaciones con ella eran vistas como un excelente incentivo para la regeneración y modernización nacionales. En cambio, desde el pensamiento conservador, exaltar la gloria del pasado servía para mantener la tradición responsable de la hispanización de América, como indicaba Sepúlveda (El sueño 356), y les permitía poder seguir soñando con la misión providencialista y el

glorioso destino histórico de España. Como ejemplo citábamos el artículo de Florentino Pérez Embid de *Arbor*, escrito en pleno franquismo (1952) que rechazaba el término “conquista” para la mayor parte de la acción española en América y lo sustituía por la secuencia eufemística de descubrimiento, exploración, ocupación, pacificación, población -u organización del territorio- y finalmente, expansión geográfico-cultural (216). De esta suerte, desde ambos sectores, la presencia española en el continente quedaba plenamente justificada y es que, como asegura Eva Valero, en los albores del siglo XX coincide la emergencia del debate contemporáneo sobre la identidad de América Latina con la crisis de la identidad nacional española y su complejo proceso de redefinición (29).

El vínculo entre colonialismo y nacionalismo, pues, no solo fue clave durante la era colonial, sino también después de ella. De ahí la fuerza de la metáfora de la “Madre Patria”. Ya hemos visto, que España, en tanto que madre de naciones, se presentaba con los atributos y características típicas de la maternidad –generosidad, altruismo, sacrificio, orgullo de madre, etc.- muchas de ellas tomadas directamente de la devoción mariana, pero que también encajaban con el discurso nacionalista decimonónico. A pesar de que Sepúlveda indica los orígenes inciertos de la metáfora, que se remontan al XIX, esta se extiende a lo largo de todo el XX y se convierte en uno de los símbolos predilectos del pensamiento conservador, por su fuerte contenido aglutinante y emotivo, y por su gran potencialidad de utilización programática y propagandística. Con todo, también hemos indicado que la autoridad y el poder que en muchas ocasiones se autoasigna España para con América entroncaba más con el rol de la “paternidad” y el tópico del *pater familias* latino –de *auctoritas* y *potestas*-. España había engendrado a América y de ahí que se atribuyera ciertos privilegios y ascendencia.

España conseguía legitimar y encontrar su lugar en el presente internacional gracias a su vínculo histórico con América. Al decir de Mignolo, “from the perspective of the locus of enunciation, understanding the past cannot be detached from speaking the present” (The Darker 6): en nuestro caso, implicaba la unidad entre pasado, presente y futuro a la que aludíamos al hablar del rol de España. Un claro ejemplo de ello son las palabras del ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo (*El Correo Literario* 58, octubre 1952), el cual, desde un posicionamiento oficial, expresaba la responsabilidad española, consecuencia de su pasado histórico, de poseer una “voluntad de sangre y de cultura que está llamada a representar en el concierto de las naciones un papel de preeminencia en el triple ámbito social, político y humano” (7).

Pero si España “creó” a América –o al menos fue clave en su configuración, como preferirían decir los sectores más progresistas- América también fue vital para España. Mariano Aguilar Navarro, en el ya citado artículo “Una comunidad hispánica” de diciembre de 1953), consideraba que de hecho, la acción en América había sido determinante en la constitución de España misma (583). Y afirmaba que España era, “presente en Europa, viviendo en el seno de América, y aspirando a ensamblar a todos los pueblos en la única y gran comunidad” (585).

España era tal y como era gracias a América y a su acción en ella. José Luís Herrero, en *El Correo Literario* (15 de octubre de 1952, núm. 58), aseguraba que “es en América donde el español se completa y crece” (9) porque lo español se re-crea en América (9). Es donde había crecido, evolucionando y dando –según la visión glorificadora- “lo mejor de sí”, aunque algunas voces admitieran una labor con ciertas discontinuidades, como la del mismo Herrero, que asumía el “abandono al que hemos tenido a América hasta hace pocos años” (9). La experiencia americana –en su versión idealizada, glorificada, y por lo tanto, “construida”- devenía fundamental para la

constitución y la formación de España –en el imaginario colectivo, puesto que a efectos reales y prácticos, había sido la acción de los colonos y de los delegados de los gobiernos de turno, y por lo tanto, muy desligada de la realidad española y de la mayoría de su población-. América era vista como determinante para el devenir de España, y viceversa: la dependencia histórica era mutua y su presente no podía el mismo sin el pasado compartido⁴⁷⁰.

El debate sobre la identidad americana era importante porque así se podía tener un cierto influjo sobre ella –el poder que genera el conocimiento y el poder de definir-, pero también porque España se contemplaba, en su reflexión sobre la mismidad, en tanto a su estrecho vínculo –y su papel- para y con América. Mignolo lo expresaba así, aún refiriéndose al período colonial y al conjunto europeo:

In the process of describing otherness, our hypothetical observer helped redefine the concept of the self-same, that is to say, helped to construct the idea of Europe in the process of inventing a New World (...) a long process in which the invention of America forced a redefinition of Europe and its place on the globe (The Darker 264).

Pensando América, España se definía y se resituaba a ella misma. Lo fundamental no era tanto que la visión o la imagen de América se correspondiese con la realidad, sino el hecho de construir una imagen en sí -ya hemos visto el pensamiento de Said sobre las construcciones y la poca importancia que le concede a la adecuación con la realidad-.

En lo que se refiere a la literatura, como indica Diana Sanz Roig y como apuntábamos, en el ámbito hispánico, los debates entre literatura, política e identidad nacional están estrechamente vinculados y la autonomía literaria se consigue con la política (31) y sobre todo, después de ella. Para el reestablecimiento de las relaciones

⁴⁷⁰ Ya hemos indicado como para Mignolo, la Modernidad occidental empezó con el descubrimiento y hubiera sido impensable como tal sin el sistema colonial y todo lo que conllevó.

con Ultramar, fue indispensable el reconocimiento español de las independencias americanas, un proceso que se desarrolló paulatinamente a lo largo del siglo XIX. Al mismo tiempo, como hemos observado en los comentarios y las opiniones de los críticos peninsulares, no es hasta el segundo tercio del siglo XX que se empieza a admitir desde España la “independencia” literaria hispanoamericana, y es a la novela a quien se atribuye la llegada a la mayoría de edad -y por lo tanto, a dicha autonomía- de las letras americanas. Anteriormente, y durante mucho tiempo, admitía Jorge Campos (*Revista de Indias* 14, enero 1954), en la Península se había considerado “que en Hispanoamérica o no existía creación literaria o era un simple remedo de la española” (228).

Pero como ya hemos igualmente señalado, a pesar de aceptarse la autonomía, esta es “relativa”, debido a la voluntad general, y sobre todo por parte de la exmetrópolis, de incluir las producciones literarias americanas dentro de la gran familia de las letras hispánicas⁴⁷¹. Es precisamente esta insistencia española en la unidad, y en especial, el creerse con el poder de decidirlo, lo que nos interesa en nuestro estudio que se centra en el punto de vista peninsular. El ideal de unidad, fundamental en gobiernos de un nacionalismo férreo y conservador como el primorriverista y, sobre todo el franquista, es requerido tanto por sus efectos a nivel interno -defender la unidad nacional española-, como externos, para con América. La unidad es postulada como un principio político e ideológico, -siendo una de sus mejores síntesis “la unidad de destino en lo universal” de José Antonio Primo de Rivera-, y es extensible al ámbito de lo cultural y de lo literario. Si América y España siguen unidas, resulta lógico que también

⁴⁷¹ También desde América se acepta y se defiende la tradición literaria comuna. Ya indicamos el giro y cambio de actitud hacia España que la derrota de 1898 causó en la intelectualidad americana. Para Jean Franco es precisamente la conciencia de la unidad de la América “Latina”-que impera a partir de 1900- la que lleva a considerar con mayor generosidad a la antigua “Madre patria” (68). Con todo, lo que difiere fundamentalmente con el discurso peninsular es la aureola de tutelaje y de liderazgo que frecuentemente se atribuye España.

su literatura sea unitaria. Con todo, también el hispanoamericanismo progresista enfatizaba la unidad.

Uno de los objetivos de la presente investigación era responder a la pregunta planteada por Said sobre cómo la intelectualidad -en nuestro caso la española- rearticulaba su propia realidad -cultural, social, histórica- con la de los otros pueblos -en concreto el americano hispanohablante-, pero trasladada a la recepción de la literatura. Es decir, pretendíamos descubrir cómo se orquestraba la dialéctica de lo propio y de lo ajeno a través de la literatura y entre dos territorios que poseían tanto en común como España e Hispanoamérica. Ello se correspondía con lo que Burkhardt Pohl -a pesar de que se refería a la literatura del boom-, definía como “la identificación del texto ajeno como propio en términos de nacionalidad o internacionalidad” (182).

Parafraseando a Michael Werner, apuntaba que

los ‘procesos de aculturación se basan, igual que toda forma de identidad, en la dialéctica de lo propio y lo ajeno, de una definición de lo interior y lo exterior’ de manera que, dentro del transfer cultural y supranacional, cada discurso de recepción contiene forzosamente *nationalkulturelle Argumentationen*. Sin embargo, tales transformaciones culturales solo pueden ser consideradas en relación con los conflictos dentro del mismo campo de recepción, hasta el punto de que éstos constituyen el motor de una importación cultural (182).

De modo parecido se expresaba Bourdieu cuando señalaba que los malentendidos internacionales producidos en los intercambios literarios, estaban causados en buena parte por el hecho de que las obras no importaban su contexto de producción con ellas. Por este motivo, era necesario atender al campo de recepción, en dónde se daba la producción del valor y que además, según Sapiro, le confería a la obra su dimensión ideológica.

España se dignificaba gracias a su labor en América pero también gracias a la literatura hispanoamericana: esta era una de las muestras y las consecuencias más palpables de la grandeza de la acción española en América, ya que no existiría si España

no hubiese expandido lengua y cultura. La interpretación de la literatura hispanoamericana también contribuiría, pues, a la creación de una imagen gloriosa de España. De este modo, la recepción de la literatura hispanoamericana no solo estaba ligada a la forma de entender Hispanoamérica, sino también a la naturaleza de las relaciones intercontinentales y del papel que ocupaba España.

Así, la dinámica de lo propio y lo ajeno se presenta compleja y ambigua. América y su literatura eran lo “ajeno” –la naturaleza, el mestizaje, lo exótico, el conflicto social-, pero un ajeno muy próximo y que tampoco podía ser considerado “extranjero”. No solo existía el fuerte vínculo común – histórico, espiritual, racial, lingüístico, etc.-, sino que se sumaba lo que muchos críticos definían como una impresión de “familiaridad”⁴⁷².

Con todo, en ningún momento se confundían los autores de ambos lados del Atlántico, quedaba claro quiénes son ellos y quiénes eran “nosotros” –fueron los peninsulares los que recibieron una atención y cuidado especial tanto por parte de los medios como de los gobiernos, sobre todo el franquista-. Sin embargo, aún manteniendo cada cual su posición –escritores hispanoamericanos y españoles- y clasificar en novelas “argentinas”, “mexicanas”, etc., el discurso crítico oficial señalaba y aplaudía los elementos comunes y no los dispares, puesto que, al igual que el resto del entramado hispanoamericanista, dicha unidad servía para ensalzar la Madre Patria, su legado, su presente y su glorioso destino.

Al mismo tiempo, como ya mencionábamos al hablar de Estado y nación, el Estado puede, y muy frecuentemente se sirve, de la cultura, entendida como “cultura

⁴⁷² Como por ejemplo Castro y Calvo escribe en el prólogo a *La novela hispanoamericana: la novela de las selvas caucheras y la novela psicológica* de Agustín del Saz (1954) comenta que tras la lectura de *El zarco* de José I. Altamirano se encontró “ante un paisaje, que si bien de muy distinta latitud, y un mundo diverso del mío, era no obstante, tierra querida y conocida por mí, no sé de qué manera, ni por qué modo. (...) una auténtica fraternidad entre tierras y hombres de España y los de la América Española” (5).

nacional” –y de sus vías de difusión y consolidación- para extender el nacionalismo y autolegitimarse. Ello se agudiza especialmente en períodos en que la legitimidad estatal corre el peligro de ser puesta en cuestión, como en un golpe militar, dictadura, etc., lo que debe de impedirse a toda costa. Es el uso, y el mal uso, de la cultura –y de la literatura- en la construcción y legitimación de una identidad nacional. En nuestro caso concreto, la construcción de las culturas nacionales americanas remitía a su vez en la configuración de la peninsular.

La interpretación de la literatura hispanoamericana en España está, pues, ligada e influida por el propio nacionalismo español –con sus debidas conexiones con el hispanoamericanismo- y con el presente recuerdo del pasado y el vínculo colonial. Ello se da, con diferencias y matices y de forma más o menos aguda y enfática, a lo largo de todo nuestro período de estudio.

4.2.2. El campo intelectual hispanoamericanista

Al indagar en el campo intelectual español y atendiendo especialmente al subcampo intelectual hispanoamericanista, nos referíamos al campo de recepción de la novelística hispanoamericana. En él intervenían los intelectuales hispanoamericanistas, en tanto que agentes privilegiados del hispanoamericanismo y sobre todo en tanto que principales sujetos de la enunciación a la que dedicamos la presente tesis, es decir, de la crítica de la novela hispanoamericana.

Bourdieu considera que para la constitución de los campos culturales ha sido imprescindible la confluencia de tres factores: unos “productores de cultura”, un

creciente público que consumirá dichos productos culturales, y unas autoridades –entre las cuales se sitúan los intelectuales- que ostenten el poder de consagrar. Estas tienen una mayor o menor relación e independencia respecto a las estructuras estatales y oficiales, y son también integrantes del campo de poder. Así pues, en la consagración, definición y valoración de la narrativa hispanoamericana por parte de España, los intelectuales –o aquellos que se presentan como tales-, ejercen un importante papel. Su grado de autonomía responderá a múltiples factores: su prestigio y currículo intelectual –en nuestro caso, nombres como Rafael Altamira, Enrique Díez-Canedo, Guillermo de Torre, Díaz-Plaja, etc.- su vinculación con instituciones reputadas y/o financiadas por el Estado, y su visibilidad y capacidad de expresión –durante el franquismo, siendo silenciadas la mayoría de personalidades y opiniones contrarias a la ideología oficial, al menos en los primeros tiempos de la dictadura-. El carácter y talante de las publicaciones también ejerce poder e influencia sobre los individuos que en ellas escriben, así como las redes de contactos, asociaciones, afinidades, etc., a las que Gisèle Sapiro alude en sus investigaciones sobre el análisis de redes⁴⁷³.

La mayoría de intelectuales que se ocupan de la cuestión hispanoamericana⁴⁷⁴ – incluyendo la literatura- habían realizado estudios de Filosofía y Letras o Derecho, desarrollaron profesiones liberales tales el periodismo, la abogacía, la enseñanza universitaria, etc, y procedían en su gran parte de las filas de la burguesía, aunque también los había de ambientes más modestos. En lo que se refiere a su formación y conocimiento específicos sobre literatura hispanoamericana, muchos de ellos fueron autodidactas, teniendo en cuenta la escasa atención que la educación primaria y secundaria española prestaba a la literatura transatlántica y al lento desarrollo de los

⁴⁷³ A pesar de que resultaría muy interesante profundizar en el campo intelectual –e incluso realizar un análisis de redes a la Sapiro-, todo ello desborda las posibilidades y los objetivos de la presente tesis.

⁴⁷⁴ Para mayor detalle, ver 6.1.1.

estudios universitarios “hispanoamericanistas”⁴⁷⁵, que no se organizarán formalmente hasta el franquismo, a pesar de los intentos republicanos como la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos.

En cuanto a las relaciones entre intelligentsia y gobiernos de turno, ya vimos las tensiones entre Primo de Rivera y los letrados, poco proclives a satisfacer sus intereses. En cambio, el período republicano supone una importante fractura y politización del sector intelectual, entre los que dieron soporte –e incluso participaron- a la instauración y desarrollo de la República, y los que se discreparon de dicho sistema y se fueron organizando en la oposición. En todo caso, la intelectualidad jugó un papel destacado en el devenir y en el fin del gobierno republicano, lo que explicaba, según Bécarud y López Campillo, que posteriormente fuese siempre observada con sospechas por parte del bando nacional (135).

Tras la guerra civil una gran cantidad de los intelectuales contrarios a la mentalidad oficial habían desaparecido o habían sido forzados al exilio, y los que se habían quedado tenían escaso margen de libertad: o bien lograban sortear la censura, acataban la ley genérica y no se inmiscuían en temas políticos, o se ponían a su servicio, si no querían ser silenciados. A pesar de que existieron fisuras y ciertas posibilidades de libertad⁴⁷⁶, como muestran algunas revistas –tales *Ínsula* o *Índice*–, y ciertos autores, la mayor parte de los integrantes del campo intelectual español durante el franquismo –en especial en los años 40- asumieron muchos de los lugares comunes y las ideas

⁴⁷⁵ Si bien ya hemos comentado la dificultad de un análisis pormenorizado de los planes de estudio de literatura en la España del segundo tercio del XX, básicamente debido a la falta de información –ausencia, dispersión, destrucción de documentos, etc–, sí parece claro que no entra dentro de las prioridades educativas nacionales, que siempre priorizarán las letras peninsulares–en especial el siglo de Oro. Ello parece contradecirse con el discurso hispanoamericanista que postulaba la consecución de un programa único de literaturas hispánicas, el cual nunca se dio.

⁴⁷⁶ Tanto el período primorriverista como el franquista fueron, aunque en modo y grado distinto, períodos de “vigilancia de la palabra”, al decir de Sapiro (159), y, consecuentemente, con pocas posibilidades de maniobra y disensión intelectual

preconizadas en el seno del campo. Ello pudo ser fruto de un intento deliberado de legitimización –alinearse con la voluntad gubernamental les permitía recibir el respaldo oficial-, o simplemente por la gran fuerza y peso de los mentados clichés.

En capítulos anteriores hemos presentado el ambiente intelectual, y hemos recopilado y comentado muchas de sus apariciones públicas. Ahora nos fijaremos con mayor detalle en algunos de los intelectuales para constatar cómo las diferencias de origen, formación, ideología, etc., ⁴⁷⁷ sorprendentemente apenas influyeron en la aprehensión de la narrativa hispanoamericana. Por la frecuencia en que los hemos mencionado, por la contundencia o la trascendencia de sus opiniones, así como por su diversidad ideológica, hemos escogido seis figuras: José María Salaverría, Ricardo Baeza, Ángel Dotor, Guillermo de Torre, Jorge Campos y Jaime Delgado.

4.2.2.1. José María Salaverría (1873-1940)

La mayoría de apariciones en la prensa de José María Salaverría fechan de finales de los años veinte y principios de los 30, lo que se corresponde con su madurez personal y profesional. De origen social humilde y de formación literaria básicamente autodidacta, Salaverría se hizo un hueco en el universo literario contemporáneo gracias su empeño y vocación. Asimismo, a pesar de sus contactos iniciales con la generación del 98 realizará un giro ideológico hacia la derecha: su discurso, plasmado en múltiples artículos, entronca con el del panhispanismo conservador –Salaverría morirá un año después del fin del conflicto peninsular- y con un proyecto político ultranacionalista.

De este modo, no nos sorprende su ataque a ultranza contra el vocablo Latinoamérica, que supone, la “segunda expulsión de España, del continente que ella

⁴⁷⁷ Como ya hemos indicado, encontraremos una sintética biografía de los intelectuales en 6.1.1.

descubrió, pobló y civilizó” (*ABC*, 18-2-1928, p. 3), así como contra la injusticia de la leyenda negra, puesto que “a nadie se le han ajustado las cuentas con el rigor que a España” (*ABC*, 17-7-1930, p.6). Igualmente, expresa su amor por la lengua española, lengua que aúna las dos orillas del Atlántico, y que debe de ser cuidada mancomunadamente, y da muestras de conocer la realidad lingüística argentina (*Revista de las Españas* 50-52, oct-dic, 1930, p.505), como resultado de sus múltiples viajes transatlánticos. También la prensa se hará eco de sus periplos americanos, que muestran el interés y contacto con el continente, y sus múltiples conferencias, como por ejemplo el artículo de Francisco de Ayala que escribe para *La Gaceta Literaria* en 1927, “Madrid-América. Tres raids literarios”.

En lo que se refiere a los artículos sobre literatura hispanoamericana, demuestra poseer, o pretende demostrar, un conocimiento superior al de la mayoría de intelectuales peninsulares al referirse a novelas hispanoamericanas que eran aún poco conocidas en la Península en el cambio de década, como *Doña Bárbara*, *La vorágine* o *Don Segundo Sombra*: en *ABC* (12-7-1930) denuncia el desconocimiento de la gran novela colombiana (3), y en *España y América* (núm. 260, *La vida literaria* núm. 60, abril 1934), afirma haber sido de los primeros en hablar de la excepcionalidad de la obra de Gallegos-. Sin embargo, sus opiniones se alinean en la tónica general: describe el tópico del hombre en lucha contra el medio y la exaltación de la naturaleza vigorosa, establece paralelismos entre la pampa y el llano y subraya el vínculo y la unidad entre España e Hispanoamérica, clamando por ejemplo que en las páginas de *Doña Bárbara* alienta el espíritu, el alma y el corazón de España (*La Vanguardia*, 29-5-1929, p. 5).

4.2.2.2. Ricardo Baeza (1890-1956)

De ideología republicana, Ricardo Baeza se exilia en Argentina tras la guerra civil –para no regresar a España hasta 1952-, de ahí que la mayoría de artículos y apariciones en la prensa española fechen de finales de los años veinte y principios de los treinta, es decir, antes del estallido del conflicto.

Destaca su participación en la famosa polémica del meridiano intelectual: el 3 de septiembre de 1927, *El Sol* publica “¿Con Don Martín Fierro o con Don Quijote?”, en el que ataca duramente la revista *Martín Fierro* y su respuesta virulenta a la propuesta de Guillermo de Torre. Igualmente expresa la superioridad literaria de la literatura española ante la americana, la cual hasta la fecha, “no nos ha dado más calor literario positivo que Rubén Darío” (1).

Con todo, Baeza será uno de los integrantes del jurado de la Asociación del libro del mes que premiará dos años más tarde *Doña Bárbara*, y se convertirá en uno de sus más fervientes elogiadores, como muestra en “Doña Bárbara” (*El Sol*, 14-1939, p. 3). En este artículo, reafirma su opinión anterior sobre la mediocridad de las letras americanas hasta el momento, -con obras de estilo paupérrimo y castellano bárbaro, pastiches de la literatura europea y de orden secundario (3)-. En cambio, la obra de Gallegos es presentada como la entrada de la literatura hispanoamericana en la edad viril (3), por su originalidad, su técnica y estilo, el castellano magnífico, el simbolismo y la importancia de la naturaleza. Es decir, su opinión sobre las letras hispanoamericanas evoluciona, aumentando el aprecio y consideración.

4.2.2.3. Ángel Dotor (1898-1986)

A pesar de su larga vida, Ángel Dotor actúa en el escenario literario en tanto que crítico y comentarista entre finales de los años veinte y principios de los cuarenta. Fue un colaborador asiduo del suplemento “La vida literaria” de la revista *España y América*, especializándose en escritores hispanoamericanos, y sintiendo una especial predilección por la poeta mexicana María Enriqueta, a la que dedicó una monografía, - *María Enriqueta y su obra*-, en 1943. Debemos considerarlo en la misma línea que Guillermo de Torre, con el cual trabajó importante amistad, sin que sus artículos trasluzcan un claro ideario político-ideológico.

Dotor se suma a los intelectuales que lamentan el desconocimiento generalizado de las letras americanas y de su valor –rebatiendo las afirmaciones de quiénes desacreditan su calidad, como por ejemplo las de Baeza en 1927-, tanto por parte del público general, como de los mismos letrados españoles (*España y América* 178, junio 1927, p. 65) y trabaja para su difusión. Sin embargo, en cuanto a la lengua castellana – entendida como el principal vínculo de unión entre continentes-, no duda en denunciar el mal uso “corrupto” que de ella se hace en América (*España y América* 234, *La vida literaria* 62, febrero de 1932). España es quien ostenta la autoridad lingüística.

4.2.2.4. Guillermo de Torre (1900-1971)

Guillermo de Torre es uno de los intelectuales que en más ocasiones aparece en nuestro estudio, no solo porque por cuestiones biográficas desarrolla la mayor parte de

su actividad profesional a lo largo de nuestro intervalo temporal⁴⁷⁸, sino también por su íntima vinculación con la vida intelectual española y americana, y sus múltiples apariciones en la prensa, como comentarista de temas genéricos hispanoamericanos, o bien como crítico literario. Se le considera un gran conocedor de las letras y de la realidad americanas, constituyendo lo que podría denominarse un “hispanoamericanófilo”.

Guillermo de Torre es el responsable del artículo sobre el meridiano intelectual de América de abril de 1927 al que tantas veces hemos aludido: en un intento de combatir la “perniciosa” influencia francesa y blandiendo una supuesta generosidad y neutralidad, De Torre proponía a Madrid como punto de referencia para la cultura y la intelectualidad hispanoamericana, como lugar de encuentro y de mutuo conocimiento intercontinental.

Si bien según Anna Wayne Ashhurst, De Torre sería uno de los máximos artífices del cambio de mentalidad y actitud de la intelligentsia española para con Hispanoamérica, contraria a resabios paternalistas y capaz de admitir la valía y la autonomía de la literatura de América, ello solo es cierto en parte, puesto que el artículo del meridiano continúa entrañando una mirada colonialista: refuerza la unidad y el vínculo hispánico, aludiendo sobre todo a la lengua, pero también a la raza y el espíritu, y otorga un lugar preferencial a España, con su capital al frente. En este sentido, De Torre afirma igualmente que “siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española” (43) y que “atraemos hacia España intereses legítimos que nos corresponden” (43), e incluso atribuye en parte el desconocimiento peninsular de América “a los torpes excesos del hispanoamericanismo

⁴⁷⁸ Recordemos que hemos iniciado nuestro estudio con la polémica del meridiano y que hemos incluido su obra *Claves de la literatura hispanoamericana* (1959) como colofón a las obras críticas y antológicas, a pesar de encontrarse ya fuera de nuestro límite cronológico.

infausto” (43): es decir, no esconde una cierta autoridad y ascendencia sobre Hispanoamérica.

Más adelante, propondrá a Madrid como centro librero y editor del Mundo Hispánico, para crear un gran consorcio del libro en castellano, al poseer España un conocimiento y una visión más generosa y menos restringida y localista que en los distintos países americanos (*La Gaceta Literaria* 39, 1 de agosto 1928), lo que también ayudaría a combatir el individualismo insolidario de los editores y libreros americanos (243). De nuevo, la generosa mirada española y con una actitud desinteresada y hermanadora.

Incluso años más tarde seguirá subrayando la importancia de España en tanto que difusora internacional de las letras americanas, como plaza de encuentro (*Índice* 86-87, noviembre-diciembre 1955), es decir, la misma idea, aunque rebajada, que había postulado en 1927.

A pesar de que por motivos personales –se casa con la hermana de Jorge Luís Borges- y por razones políticas –de ideología republicana-, se traslada a Buenos Aires definitivamente al estallar el conflicto peninsular, continuará manteniendo un estrecho vínculo y apareciendo en el universo cultural e intelectual español –ya fuese en la prensa cultural, prologando novelas, escribiendo monografías, etc., gracias a su prestigio y a no rebatir abiertamente al régimen. Igualmente, como afirma Zulueta, será uno de los principales defensores de la reconciliación entre las dos Españas vía el intercambio y la comunicación intelectual (333).

En lo que se refiere a las referencias concretas a la literatura, defiende la novela como el género que inaugura la mayoría de edad de las letras hispanoamericanas, y el

intervalo de 1926-1927 como uno de los más fecundos, con *Zogoibi*, *Don Segundo Sombra*, etc.

Claves de la literatura hispanoamericana de 1959 presenta su visión más madura sobre las letras americanas. La tesis principal defendida es la de la “unidad y diversidad de las letras hispánicas”, parafraseando a Díez-Canedo. Sin dudar de la unidad intrínseca de ambas literaturas, concibe el mestizaje como la característica principal de las letras americanas, que se diferencian entre sí según el peso de la tradición europea o de la indígena, y defiende una aproximación en bloque de las mismas, para una mayor comprensión de su totalidad. Es decir, no se aparta mucho de las líneas generales.

4.2.2.5. Jorge Campos (1916-1983)

Jorge Campos colabora asiduamente en la prensa, en la mayoría de las revistas culturales e hispanoamericanistas de mediados del siglo XX, tales *Revista de Indias*, *Ínsula*, *Destino*, *Arbor*, *Índice*, *Revista de las Españas* o *Cuadernos Hispanoamericanos*, con comentarios y reseñas de carácter exclusivamente literario. Recordemos que Campos, de ideología republicana, será uno de los intelectuales que escogerán el silencio político y el exilio interior tras la guerra civil.

En líneas generales, la opinión de Campos sobre la literatura hispanoamericana es clara: ha existido un gran desconocimiento y desatención de las letras americanas por parte de España, por razones políticas, económicas e históricas —en especial a causa del alejamiento producido tras las guerras de independencia—, y no es hasta mediados del siglo XX en que finalmente se le otorga la consideración merecida. En varias ocasiones resalta, pues, el valor de las letras americanas, así como su unidad de base, la

importancia de la tierra y su vínculo con la literatura española, de la cual son “hermanas menores”. Así, aun admitiendo que su progresiva autonomía –siendo *La vorágine* la obra que inaugura la mayoría de edad de la novela hispanoamericana, como apunta en su *Antología* (497), tampoco duda en calificar en ocasiones de excesivo y exagerado el deseo de emancipación literaria de América (*Arbor* 119, noviembre 1955, p.265).

Se muestra conocedor de la literatura hispanoamericana, en especial de la narrativa, publicando incluso la mentada *Antología Hispanoamericana* en 1950. Sin embargo, también reseñará obras críticas de otros autores como Del Saz, Henríquez Ureña, Anderson Imbert, Juan José Remos, etc., e incluso se referirá a escritores que menos comentados, como Asturias o Carpentier. Según Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz en *La España de Franco: 1939-1975: cultura y vida cotidiana*, Jorge Campos es uno de los pocos críticos aparecidos en nuestro trabajo que destacó con su talento individual en medio de la mediocridad y cobardía generalizada (144). Con todo, también manifiesta una cierta ascendencia de la literatura peninsular, en tanto que “hermana mayor”.

4.2.2.6. Jaime Delgado (1923-)

El catedrático de Historia de América Jaime Delgado, responsable del Departamento de Historia del Instituto de Cultura Hispánica, es otro frecuente colaborador en la prensa cultural, como por ejemplo en *La Estafeta Literaria*, *El Correo Literario* o *Cuadernos Hispanoamericanos*. La mayor parte de su actividad intelectual se desarrolla durante el régimen franquista, por lo que plasma la ideología oficial del régimen en cuanto a Hispanoamérica. Enfatiza el elemento espiritual que aúna los pueblos del Mundo Hispánico, depositarios de la única verdad redentora y perdurable

que puede devolver a los hombres el recto sentido de la vida (*El Correo Literario* 3, 15 julio 1950, p. 8) y postula la unidad de Hispanoamérica. Así, siendo el elemento hispano el que dio superior unidad al individualismo indígena, el otro componente de su realidad mestiza, los pueblos hispánicos deben dejar de lado los nacionalismos y seguir los lazos comunes religiosos, espirituales, idiomáticos, etc. No obstante, acepta que España –sin haber nunca abandonado a América-, en ocasiones no la ha comprendido adecuadamente y aún la ignora espiritual y físicamente.

En cuanto a la literatura, muestra una especial predilección por México y la novelística de la Revolución –a la que dedicará varios artículos, enfatizando Azuela-, que considera el primer género literario mexicano que trasciende amplia y triunfalmente sus fronteras (*Cuadernos Hispanoamericanos* 61, enero 1955, p. 75). Todo ello sería fruto de su empeño en hallar expresión propia y a enfrentarse con su propia realidad (75), características que le parecen imprescindibles a Delgado para una literatura hispanoamericana de valía.

Salaverría, Dotor, Baeza, De Torre, Campos y Delgado son intelectuales peninsulares que compartirán momento histórico y actividad profesional –todos ellos se expresan y colaboran, especialmente en tanto que críticos literarios, en la prensa española-, aunque con ideologías y destinos postbélicos dispares –exilio interior, emigración forzada, éxito y reconocimiento oficial, tolerancia, silencio-. Sus ejemplos nos sirven para confirmar la relativa uniformidad de la recepción de la narrativa hispanoamericana en España, que se corresponde con las líneas básicas del discurso hispanoamericanista preponderante, sin que encontremos diferencias significativas entre corrientes progresistas y conservadoras, ni tampoco a lo largo de los años. La voluntad de unión con Hispanoamérica, también en lo literario, es seguramente una de las principales constantes que se mantuvieron en el imaginario colectivo a lo largo del

segundo tercio del siglo XX, cambios de gobierno incluidos. De hecho, al decir de Isidro Sepúlveda, ya se manifiesta en el mismo nombre de Hispanoamérica, aceptado y usado generalmente por todas las corrientes –también la progresista-, que subrayaba la conformación y el elemento hispánico en primer lugar⁴⁷⁹, e iba vinculada a una visión más bien conservadora y panhispanista.

La diferencia fundamental entre las dos corrientes no estriba tanto en la idea de base sino en el modo, el tono y el énfasis de su expresión, así como en los epítetos: desde el sector más liberal se postula un vínculo fraternal –tildándose las literaturas americanas de “hermanas”, aunque muchas veces se caiga en el desigual hermanas “menores”, como Campos-. Igualmente, la República privilegiará el sustantivo estirpe en lugar del de “raza”. En cambio, desde posiciones conservadoras se prefieren las metáforas de maternidad y paternidad, no solo en el “origen” sino también en el presente y en el futuro, lo que subraya la influencia y autoridad moral sobre su prole y la deuda americana para con España. Sin embargo, durante todo el período el fantasma de la Madre Patria planea en el imaginario colectivo español.

4.2.3. Lengua e imperio

Teniendo en cuenta el peso y el énfasis prestado a la lengua española⁴⁸⁰ por parte de la intelectualidad peninsular, detengámonos ahora en analizar brevemente todo lo que su instauración y uso generalizado en América implicó, también para España.

⁴⁷⁹ Sepúlveda citaba los argumentos utilizados en la defensa del término Hispanoamérica: de orden histórico –América como creación española-; político –América como una extensión territorial de España-; y filológicos –en alusión a la injusticia histórica hacia Colón y España al haber triunfado el vocablo “América” (El sueño, 353).

⁴⁸⁰ Entendemos la lengua española en tanto que vehículo de expresión –también literaria- de buena parte de la Península y de América Latina –toda producción realizada en otra lengua americana es

Mignolo recuerda que el castellano tuvo un papel fundamental en la expansión de la alfabetización occidental en el mundo colonial, gracias a personajes como Nebrija o Aldrete. Se consiguió extender la superioridad del alfabeto europeo y de la escritura como medidas civilizadoras en contraposición con la oralidad de las culturas “primitivas” a la que ya hemos hecho referencia:

During the process of colonization, however, the book was conceived by Spaniards as a container in which knowledge from the New World could be deposited, as a carrier by means of which signs could be transmitted from the metropolis to the colonial periphery. Printed books facilitated the dissemination and reproduction of knowledge, (...) and contributed to the colonization of languages (The Darker 122).

Así pues, la expansión del castellano resultó clave para la transmisión de la cultura occidental, lo que implicaba, entre otras consecuencias, la aculturación de las culturas nativas⁴⁸¹:

The spread of Western literacy, then, did not only take the form of reading and writing. It was also a massive operation in which the materiality and the ideology of Amerindian semiotic interactions were intermingled with or replaced by the materiality and ideology of Western reading and writing cultures (The Darker 76).

La difusión de las lenguas europeas, y con ellas de la alfabetización y la concepción histórica de la realidad, desempeñarán un papel trascendente en la consecución del colonialismo, y por lo tanto, también de la Modernidad, en la que Europa actuará como líder. Para Mignolo, todo ello es fundamental para entender la consecución del “master locus of enunciation” europeo, “which the very conception and writing of universal history became entrenched with colonial expansion and warranted imperial and the nation-state apparatus” (The Darker 329), y con ello se universalizaron

prácticamente inexistente bajo la mirada peninsular de la época y no atenderemos al resto de idiomas cooficiales del Estado español-.

⁴⁸¹ Henri-Jean Martin apunta que las tropas de Hernán Cortés, el clero católico y la Inquisición se esforzaron por anular cuanto les parecía de superstición y quemaron, si los había, todos los archivos de los vencidos (48).

los valores europeos y la mirada “eurocéntrica”⁴⁸², así como su terminología, como recordaba Verdevoye. En este sentido, Casanova habla de lenguas trasplantadas para referirse a los idiomas de las potencias europeas colonizadoras,- notablemente el castellano, el inglés y el portugués-, que se instalarán en América llevando consigo todo su aparato simbólico-histórico-cultural.

Las lenguas europeas fueron indisolubles aliadas de la expansión y dominación imperial, y por lo tanto, de algún modo impuestas, también en el caso español⁴⁸³. Ello contradice el discurso hispanoamericanista que alaba precisamente la difusión de la lengua -y de la cultura asociada y por ella transmitida- a una maniobra desinteresada, generosa, ecuménica y civilizadora⁴⁸⁴.

A pesar de ello, continúa Mignolo, el declive del imperio español también arrastró a la lengua castellana, que se convirtió en un idioma de segunda –en comparación con el inglés, el francés o el alemán, las lenguas de la Modernidad europea-. El castellano perdió poder como lenguaje generador de conocimiento (The Darker ix). Sin embargo, tras la independencia de las naciones americanas, prácticamente todas ellas lo elegirán como idioma nacional. Según Casanova, en este tipo de elecciones intervienen tanto la riqueza y literariedad de las lenguas como el nivel

⁴⁸² De este modo, casi podríamos decir que el eurocentrismo se inició en el mismo XVI.

⁴⁸³ A pesar de que defendemos, como entre otros autores Mignolo y Del Valle, la estrecha vinculación entre el idioma español y la búsqueda y consecución de la legitimidad política, mencionamos la opinión contraria de Ángel Alonso-Cortés, que en su reseña a *A political History of Spanish. The making of a language*, se posiciona contra el uso político del español. Igualmente niega su imposición en América durante la mayor parte de la época imperial: “la política lingüística del imperio español, como la del imperio romano con las lenguas europeas prerromanas y africanas, fue tolerante con las lenguas de América. El resultado es que, hasta la independencia americana, se conservó gran parte de la diversidad idiomática americana” (s/p), aunque admite que en 1770 se prohibieron oficialmente las lenguas americanas en América.

⁴⁸⁴ Con todo, también habrá voces que expresarán sin reparo la importancia del “imperio lingüístico”, como Sainz Rodríguez cuando al reseñar la historia de Menéndez Pelayo (“Ante Hispanoamérica”. *Índice* 95-96, noviembre-diciembre 1956), recuerde que la incorporación de la literatura americana al imperio lingüístico español es uno de los máximos ideales del historiador (7), y aluda a Nebrija “la lengua fue siempre compañera del imperio” y Lorenzo Valla, “allí donde viva la lengua todavía perdura el imperio” (7).

de desarrollo económico (112). Y es que a pesar del peso e importancia relativos del castellano, estos siempre eran más elevados que los de las lenguas indígenas.

El castellano contribuyó a la constitución de la “ciudad letrada” de Ángel Rama: no solo fue la lengua de la administración, sino de la evangelización, del comercio y los negocios, de la gestión ultramarina, de la comunicación intercontinental, y de la educación y al mismo tiempo se fue generalizando como vehículo de expresión artística, también por parte de plumas autóctonas. El idioma común facilitó la comunicación y el intercambio, tanto de mercancías como de ideas y bienes culturales, y devino clave en la configuración político, social -y cultural- de América. Pero continuaba siendo la lengua del colonizador. Todo ello contribuye a la asimetría del ser americano, que no puede prescindir de la carga simbólica -aunque adecuada y sumada a las nuevas circunstancias- inherente en las lenguas trasplantadas.

Aún en 1927, con la polémica del meridiano, encontrábamos, según Alemany Bay, la reflexión sobre la conveniencia o no de separarse definitivamente de la exmetrópolis y en qué aspectos y niveles, y de si debían seguir sus líneas culturales, así como el planteamiento sobre la coincidencia lingüística y el peso de la tradición literaria (14). ¿Se podía conseguir autonomía en el ámbito cultural compartiendo una misma lengua y una misma tradición? ¿Cómo se conseguía la originalidad y la voz propia? La lengua formaba parte del debate sobre la identidad cultural hispanoamericana.

Igualmente, para José Carlos González Boixo, la polémica ponía en entredicho la hegemonía y el porvenir de la misma lengua castellana (cit. en Alemany Bay 18). Ya hemos mencionado el potencial de este idioma, por su elevado número de hablantes y a la vez por las posibilidades económico-culturales, prestigio literario incluido –pero también político-sociales- que todo un subcontinente encierra y que serían muy distintas

si se limitaban al solo territorio español. ¿Podía ser el español el idioma universal de mañana con el que soñaba la intelectualidad española contemporánea?

Sin embargo, el debate sobre el idioma castellano no solo planteaba la (in)dependencia lingüística, política y cultural de las antiguas colonias, sino también la autoridad sobre la lengua en sí. José del Valle, basándose en Bourdieu, asegura que “with the imperial structure (...) the metropolis had been the principal source for the production and reproduction of the legitimate language (“Linguistic emancipation” 229), una centralidad y autoridad que se reforzó institucionalmente con la creación en 1713 de la Real Academia de la Lengua Española (229)⁴⁸⁵. Posteriormente, en el contexto de creación de las distintas academias americanas de la lengua, el español se convirtió según Del Valle, en no solo

a central instrument for the articulation of the nation-state –an instrument that must, therefore, be managed by agents of the state –but also a disputed symbol of both national and panhispanic identities, an object over whose control- over what it is, what it represents and who has the authority to settle linguistic disputes- fierce battles would be fought with both national and transnational interests at stake (“Linguistic emancipation” 229).

De esta suerte, el cuestionamiento sobre la propiedad y autoridad de la lengua –y su vínculo con el Estado-nación- sigue aún presente en el segundo tercio del siglo XX, como detectamos en el discurso de los intelectuales, pero también en los eventos, como los dos congresos de academias de la lengua (1951 y 1956) o las jornadas de lengua y literatura (1953 y 1956), lo que, siguiendo el pensamiento de Del Valle, era indicio de un fuerte remanso del colonialismo.

Sin embargo, si bien el uso y la validez de la lengua castellana fueron importantes temas de debate y reflexión en América, también lo fueron del

⁴⁸⁵ A pesar de no compartirla, mencionamos de nuevo la opinión de Ángel Alonso Cortés, para el cual es “injustificable afirmar que existe una conexión entre los objetivos de la Real Academia y la marginalización de los intereses regionales” (s/p).

hispanoamericanismo peninsular: hemos visto el elogio, el miedo a la corrupción y desintegración y la defensa de la unidad del idioma. Asimismo, en España y a lo largo del segundo tercio del XX, la enseñanza de la lengua devino una de las prioridades estatales. El mismo régimen primorriverista, según Alejandro Quiroga, lo concibió clave en su plan de nacionalización autoritaria y católica de la población. La lengua era entendida, continúa Quiroga, no solamente como factor unificador dentro de las fronteras estatales, sino también como aglutinante espiritual con los países americanos y por lo tanto, refuerzo del discurso pan-hispanista y neoimperial primorriverista (“Maestros” 192).

El considerable y amplio esfuerzo educativo republicano, aunque con fines muy distintos, tampoco fue en contra de la difusión y “normalización” lingüística. El franquismo pretendió continuar y superar la acción de la dictadura precedente, de modo que la historia y lengua nacionales, junto con religión y moral, se convirtieron en los pilares de la educación. A su vez, todo ello permitía revalorizar la labor española en América, justificándola en términos “civilizatorios”, y combatir la leyenda negra.

Igualmente, ya hemos hablado del resto de esfuerzos y acciones españoles para mantener la unidad y la “corrección” de la norma castiza, como la labor de la Real Academia Española y de las academias americanas –que actuaron en buena parte como sucursales-, el debate suscitado tras la aparición del cine sonoro, los glosarios incluidos en las obras literarias y las críticas ante la inteligibilidad de determinados textos, el intercambio de estudiantes y letrados, los congresos, el comercio editorial, etc-. Todo ello buscando una uniformidad que escondía el miedo a la corrupción, a la desintegración y, especialmente, a la pérdida del dominio y el prestigio literario, pero

también lingüístico, de España⁴⁸⁶. Y, como hemos visto, dicha actitud no fue exclusiva de ningún gobierno o ideología.

Asimismo, esta comunidad idiomática era un arma de doble filo: por un lado, un elemento enriquecedor y de un gran potencial comunicativo e interrelacional, por el otro, podía llevar implícito un cierto remanso del colonialismo español –puesto que la lengua fue siempre compañera del imperio, Nebrija y Sainz Rodríguez dixit-. Por lo tanto, si bien en América formó parte del debate interno sobre su propia identidad, desde España el énfasis en el idioma estuvo ligado al poder del *logos* y del *locus*. Es España quien tenía el poder –o más bien quien pretendía tenerlo- de la enunciación, vía la Real Academia, de gestionar y marcar el devenir y el modelo de la lengua.

Con todo, también se levantaron opiniones que rechazaron el monopolio peninsular de la lengua, y que clamaron que todos los escritores cultos –americanos y españoles- beneficiaban la lengua, como José María Salaverría (*Revista de las Españas* 50-52 octubre-diciembre de 1930), al asegurar que en Argentina, los diarios, los grandes escritores como Larreta, Lugones, Rojas, Capdevila o Gálvez y “las personas que nacieron en el país y que han recibido una seria educación escolar y universitaria, hablan un castellano correcto y corriente” (503). También Américo Castro en “Cuestiones lingüísticas de América”, (*Tierra Firme*, 1935, núm. 2) afirmaba que “quienes piensan con responsabilidad en el futuro de la Argentina saben y dicen que solo dentro del castellano –lengua de alta cultura- pueden continuar modelándose su fisonomía nacional” (184). Incluso Manuel Fraga Iribarne, en “El verdadero concepto de la Hispanidad” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto 51, núm. 22), defendía que “el español es de todos, y más de quien lo hable mejor, sea Cervantes, Gallegos o

⁴⁸⁶A este respecto, incluso hoy en día, España es el único país hispanohablante que ha tejido una red de Institutos Cervantes, bastiones del aprendizaje y la corrección del idioma.

Larreta (136). No obstante, ¿seguir la “norma” y la “corrección” no era ya seguir la norma y la corrección “españolas”? Puesto que, ¿quién los había establecido, si no España?

Sin castellano, todo el entramado colonial no hubiera sido posible, y por lo tanto, su mantenimiento y unidad respaldaban, aunque fuera de modo inconsciente, la postergación de actitudes “hegemónicas”. Teniendo en cuenta esta perspectiva, -y siendo la literatura la creación artística por excelencia de un idioma- podemos entender aún más la insistencia en la unidad de las letras hispánicas.

Volvamos ahora a la literatura.

4.2.4. El sistema literario mundial II (el lado español)

Como ya hemos indicado, el discurso hispanoamericanista predominante en el segundo tercio del XX se inserta en una configuración desigual del mundo, que en cierto sentido seguía perpetuando actitudes y visiones de talante paternalista y de herencia colonialista, también en el terreno literario. En este sentido, la noción de “espacio literario mundial” nos resulta útil porque visualiza precisamente esta situación desigual. Igualmente hemos visto que, según esta concepción, a América Latina le correspondería un lugar secundario, cuando no terciario –si se le asignaban categorías tercermundistas como en algunas ocasiones se ha pretendido- hasta bien avanzado el siglo XX. En todo caso, periferia o como máximo, semiperiferia.

¿Qué ocurría con España? En tanto que país europeo pretendía ocupar una posición mucho más “central” que el otorgado a sus excolonias. Ello no estaba reñido con la conciencia de la situación real y de la inferioridad de su prestigio exterior, en Europa y en especial respecto a Francia – hemos aludido a la violenta diatriba contra el vocablo Latinoamérica, que procedía en buena parte de esta rivalidad-. Fue precisamente para neutralizar esta situación que España se presentaba, o quería presentarse, en tanto que “cabeza del Mundo Hispánico” y como Madre Patria. ¿Qué ocurría con la literatura?

Habiendo tenido que aceptar la independencia política de las antiguas posesiones de Ultramar, era el momento de aceptar la literaria. ¿Qué papel le correspondería entonces a España? Si España no ostentaba, como mínimo, la capitalidad literaria y lingüística del mundo hispano, el mundo que, en tanto que “Madre generosa”, creó, ¿qué le quedaba?

La narrativa hispanoamericana empieza a destacar en el segundo tercio del XX, como iba mostrando la propia crítica peninsular, precisamente en un período en que las letras nacionales experimentaban cierto declive, con lo que los hispanoamericanos podían acarrear considerable sombra. De ahí que no sorprenda encontrar muestras de negación o minimización de la calidad y el valor de las letras hispanoamericanas, fuese de manera intencional o bien fruto de la misma ignorancia que a finales del XIX y principios del XX criticaban Valera, Blanco-Fombona o Unamuno. Este último, en 1909, sin dejar de concebir las letras de ambas orillas como integrantes de la castellana, arremetía contra la tendencia y voluntad española de ejercer el monopolio del casticismo y de no estar abierta a la recepción de las riquezas intelectuales que América pueda aportarle. También Carmona Nenclares, en *Vida y obra de Rufino Blanco-Fombona* (1928), e inspirado por el pensamiento del mismo autor, a pesar de alabar la

obra civilizadora de España en América, rechazaba como absurda la “idea de que todo lo que se produzca en España debe ser por fuerza superior a lo que se produzca en América, o de lo que lo que se produzca en América debe ser un simple eco de España o un opaco remedo de lo nuestro” (63). Igualmente, hemos citado las posteriores opiniones al respecto de Ángel Dotor y Jorge Campos.

Al mismo tiempo, al agrupar y engrandecer la literatura en lengua española y sumando esfuerzos y literaturas, se aspiraba a recuperar un lugar de honor en el sistema literario mundial, aunque con capitalidad española, puesto que en la comunidad - política, económica, cultural, espiritual y literaria- de naciones hispánicas, España se autopresentaba casi siempre como líder y guía, salvo lúcidas excepciones⁴⁸⁷. Se aseguraba que los grandes escritores hispanoamericanos habían bebido de y se habían formado con la tradición española, habiendo integrado la épica, la picaresca, a *Don Quijote*, etc., y se minimizaban las influencias indígenas y extranjeras. Se establecían paralelismos entre figuras y obras americanas y peninsulares –aunque casi siempre los españoles seran “mejores”-, como por ejemplo entre Azuela y Valle Inclán, entre Ocantos y Galdós, entre Gallegos y Gabriel Miró o Pérez de Ayala, entre *El señor presidente* de Asturias y *Tirano Banderas* de Valle Inclán, para citar algunos. Los parámetros de comparación seran también españoles. Y cuando no existía comparación o paralelismo posible, siempre quedaba la lengua.

Aunar las literaturas hispánicas en un solo bloque conseguía, además, obviar la mediocridad general de la producción literaria nacional, tras precisamente un período

⁴⁸⁷ Así lo expresa Gregorio Marañón en el artículo ya citado de *La Gaceta Literaria*, (núm. 28, 15 de febrero de 1928): “Si lo nuestro es igual a lo de los demás, podemos preferirlo, pero no imponerlo. Son intolerables en este punto las invocaciones a los lazos de sangre y al parentesco” (172).

que ha sido nombrado a posteriori, “Edad de Plata”⁴⁸⁸. Así, de algún modo, España se “apropiaba” del legado americano: las grandes obras hispanoamericanas, al ser escritas en español, eran interpretadas como gloria para la comunidad hispánica. De este canto a la “gloria común”, encontramos gran cantidad de muestras: ya en la reseña de *Mapa de América en España y América* (abril 1931, núm. 24), se aludía al “presente renacimiento admirable de la literatura española” (36). Fernández-Almagro, en “La novela en Hispanoamérica” (*La Vanguardia Española*, 21-7-1954), hablaba de unas “literaturas que son parte preciosa del imperio lingüístico y cultural que Cervantes rige” (8), y A. Darío Lara, en su ponencia de la Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana (1953), titulada “Hispanismo e indoamericanismo”, listaba a unos cuantos escritores ⁴⁸⁹, que “no son sino un pequeño grupo, sin duda el más brillante y representativo, de todo un gran capítulo de las letras hispanoamericanas, gracias a quienes las letras castellanas de este siglo adquirieron el prestigio y el valor humano universal” (462). También en la nota preliminar de *Gran señor y rajadiablos* (1954), Barrios era presentado como “orgullo de su patria y de la novelística de habla castellana” (xv). Pedro Laín Entralgo, en “Lengua y ser de la Hispanidad” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1955, núm. 70), citaba a otra serie de autores ⁴⁹⁰ como ejemplos de aquellos que habían conseguido con su arte “enriquecer, agilizar y vigorizar con savias nuevas el cuerpo insenscible del idioma común” (6)⁴⁹¹.

⁴⁸⁸ Para mayor información, ver, entre otros, Hernán Urrutia Cárdenas, “La Edad de Plata de la literatura española (1868-1936)” o bien José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1951): ensayo de interpretación de un proceso cultural*.

⁴⁸⁹ Enrique Larreta, Mariano Azuela, Blest Gana, Ricardo Güiraldes, Manuel Gálvez, José Eustasio Rivera, Hugo Wast, Rómulo Gallegos, Miguel Ángel Asturias, Ciro Alegría, Alcides Arguedas, Jorge Icaza, Gil Gilbert, José de la Cuadra (462).

⁴⁹⁰ Hilario Ascasubi, José Hernández, César Vallejo, Sarmiento, González Prada, Juan Montalvo, José Martí, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Rivera Orozco, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Jorge Icaza.

⁴⁹¹ Igualmente la misma idea se expresa en varias obras completas, como en el prólogo ya citado de la edición de las *Obras completas* de Larreta, en las de Gallegos (1958-1959), cuando este es visto como un

Asimismo, el limitar la edición, y etiquetar y difundir una interpretación repetitiva de la literatura hispanoamericana –en general simplista y unitaria como ya vimos-, podía tener efectos de protección de su producción nacional. Los escritores hispanoamericanos que se introducían y se hacían un lugar en el espacio español eran pocos –aunque no se ocultara su valía- y no recibían el mismo reconocimiento oficial que los peninsulares, puesto que el espacio público, la visibilidad, la publicidad (entrevistas, secciones, comentarios), el respaldo de las instituciones, la acumulación de premios –salvo el del Libro del mes a *Doña Bárbara* en 1929 o el Cervantes otorgado a Larreta en 1949-, eran reservados a los autóctonos, a pesar de lo que se manifestara –en vano- en las convocatorias de dichos galardones y en el discurso oficial.

Ya hemos visto que, básicamente, sonaban seis nombres en la Península: Larreta, Wast, la triología Rivera-Güiraldes-Gallegos, Azuela y algunos otros que de tan afincados a España, eran casi tomados por locales, como Blanco-Fombona, Sassone, Hernández-Catá, etc. También eran una minoría en los catálogos editoriales españoles, en su gran mayoría ocupados por autores –clásicos o contemporáneos- nacionales, europeos o norteamericanos.

Así pues, los mecanismos de consagración no favorecían a los hispanoamericanos, aunque pudieran recibir el respaldo de ciertos sectores de la intelligentsia, pero sin obtener aclamación oficial e institucional. Por lo tanto, su posesión de capital cultural y simbólico era muy escasa, estando condenados a ser “los otros”, los eternos aspirantes y nunca los clásicos, lo que postergaría el eterno enfrentamiento entre centro y periferia al que se refería Gras, todo ello si lo entendemos dentro de una concepción desigual y jerárquica del sistema literario mundial. La

clásico de las letras y de la lengua (XXXII), e incluso en las *Novelas completas* de Ciro Alegría (1959), el peruano es interpretado como un continuador, en nuestra lengua común, de la gran tradición hispánica.

situación cambiaría con el boom, aunque por la confluencia de una multitud de factores y de intereses económicos, ideológicos, editoriales, etc., como hemos insinuado.

Otra de las grandes propuestas contemporáneas y que se refiere a los vínculos literarios editoriales transatlánticos fue la de contemplar la Península como la puerta de entrada de la literatura hispanoamericana en Europa: España era la descubridora e introductora de sus letras. De nuevo se repetiría la acción histórica del descubrimiento, ahora literario. Desde la Península se subrayaba continuamente la propia acción, como por ejemplo con el éxito de *Doña Bárbara*, publicada y descubierta en el territorio español, hecho destacado en varias ocasiones por los críticos⁴⁹², o bien cuando un autor como Agustín del Saz en su *Resumen* aseguraba que las ediciones argentina y madrileña de *La vorágine* -ambas de 1932- fueron claves para su reconocimiento internacional (135). Todo ello reforzaba el protagonismo español.

En el mismo orden de ideas, Madrid, en tanto que capital española, recibía en varias ocasiones el apelativo de “meridiano”, por parte de la intelligentsia española. Ya hemos hablado extensamente de la polémica del meridiano intelectual, desatada por Guillermo de Torre. Es cierto que Madrid fue un polo de atracción y de convivencia de escritores e intelectuales españoles e hispanoamericanos, en especial en los años veinte y treinta, aunque estas estancias no eran suficientes para convertir Madrid en “meridiano” o plaza mayor” intercontinental. Igualmente, ya hemos señalado que una de las iniciativas potenciadas por el entramado franquista, -del Consejo de la Hispanidad, el Instituto de Cultura Hispánica, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, etc.-, fue la del intercambio intelectual, ya fuera de figuras asentadas o bien de estudiantes y que funcionaba especialmente en un lado del

⁴⁹² Por ejemplo, Guillermo de Torre (*Índice* 86-87, noviembre-diciembre de 1955, p. 31) defiende a España como difusora internacional de las letras hispanoamericanas.

viaje: del Atlántico hacia España. Se tratbaa de una clara maniobra propagandística de y para España, así como un intento de mejorar las relaciones intelectuales transatlánticas.

Con todo, varias voces intelectuales se alzaban clamando la falta de fluidez editorial transcontinental y la pérdida de público potencial implícita, y muchas veces desde América, como Eduardo Caballero Calderón (*Mundo Hispánico*, sept. 1954, núm.5), o Gonzalo Losada (*Ínsula*, 15 de septiembre de 1958, núm. 142). Paradójicamente y en un intento de remediar esta situación, surgía otra propuesta: convertir a Madrid en centro editorial del hispanismo, lo que en el fondo vendría a afianzar la “capitalidad” española. Así, Madrid, en tanto uno de los dos principales centros editoriales nacionales, se atribuía la capitalidad literaria y editora, -al no poder ostentarla ya política ni territorio, ni tampoco culturalmente- del mundo hispanohablante. Se arguían razones prácticas, geográficas, económicas, etc. Esta idea fue defendida por intelectuales tan dispares como Guillermo de Torre, Francisco de Onís, Samuel Concost, e incluso el argentino Arturo Capdevila. En *La Gaceta Literaria* (15 de marzo de 1931, núm. 101-102), este último afirmbaa que la única unidad real en América era el común idioma y ante la necesidad de mejorar el conocimiento mutuo y para tejer una red de comunicaciones intercontinentales, proponía a Madrid –o a Barcelona-, como sedes de una vasta empresa editorial de obras de habla española (75).

España, en tanto que puerto estratégico para la entrada y la difusión de las letras hispanoamericanas en Europa, continuaría ejerciendo un ascendiente y un cierto paternalismo ante América Latina, la cual parecía necesitar siempre un mentor y un introductor⁴⁹³. América era otra vez des-cubierta por España y de nuevo se ponía en

⁴⁹³ Guillermo de Torre fue el artífice de la polémica del meridiano, pero también será uno de los defensores de la capitalidad editora madrileña. Paradójicamente, De Torre es uno de los intelectuales más liberales a los cuales hemos aludido y uno de los mayores conocedores de la literatura americana e “hispanoamericanófilo” del segundo tercio del XX. Ello permite confirmar la unidad del discurso hispanoamericanista.

marcha el doble juego de palabras, ambiguo y contradictorio, de velamientos y desvelamientos, no solo por el propio desconocimiento español de la realidad literaria americana, sino porque desde España se mostraba lo que interesaba –o se conocía- de América, y cómo le interesaba, incluyendo limitaciones, ignorancias y prejuicios peninsulares. Para acceder al resto –y a la totalidad- de producción hispanoamericana era necesario acudir a los propios centros culturales americanos –existentes aunque escasamente conocidos y re-conocidos a nivel internacional- o bien al polo de atracción que era París para los escritores americanos.

La España del segundo tercio del XX vivió una situación político-social muy inestable y mantuvo unas difíciles relaciones exteriores, tanto con el resto de Europa, como con América. España buscaba lavar su imagen y deshacerse de la “leyenda negra”⁴⁹⁴ a nivel interno –aunque pudiera admitir, sobre todo dependiendo de la época, errores, fallas, etc.-. Se dignificaba arguyendo justificaciones tales la expansión de la civilización, la evangelización, pero también se alababa el aspecto humanitario y, sobre todo, la difusión de la lengua y la cultura castellanas, siendo la literatura hispanoamericana en español, la prueba definitiva de la magna labor española. De este modo, en el imaginario colectivo, la literatura hispanoamericana –y su lectura- jugaba un papel fundamental en las figuraciones de lo español.

Ante Hispanoamérica, España actuaba y se proyectaba en tanto que Madre Patria –o como mínimo, “hermana mayor” en el período republicano-. En su lectura e interpretación de la narrativa hispanoamericana, en el segundo tercio del XX, aceptaba la autonomía literaria americana aunque aún arrastrara cierta voluntad de continuar ejerciendo ascendencia espiritual y cultural –que en algunos casos rozó el paternalismo-, ante América. España se autoasignaba así un lugar privilegiado: en Europa, al

⁴⁹⁴ Labor en la que confluyeron y colaboraron activamente tanto liberales como conservadores.

presentarse de nuevo como introductora y descubridora de América, y, en el seno del Mundo Hispánico, en tanto que cabeza, meridiano o guía, o al menos, “origen”.

Esta fue la situación teórica, y geocultural de nuestro lugar de enunciación. En cuanto a su ideología, dependió de los gobiernos de turno, pero ya hemos visto el talante general conservador del hispanoamericanismo y su estrecho vínculo con el nacionalismo español, y, por lo tanto, su valor “legitimador”. Fue precisamente el hispanoamericanismo el que tiñó la recepción de la narrativa hispanoamericana, pero también actuó a la inversa puesto que esta reforzó al primero. Dicha actitud se presentó como generalizada a lo largo del período, -lo hemos podido comprobar al observar las fechas y los nombres de los intelectuales que las expresaron en la prensa- aunque hubo ligeras diferencias, sobre todo de tono y actitud, entre las dos dictaduras y la República-. No obstante, durante el franquismo se agudizó el carácter reaccionario, bajo el apelativo de la Hispanidad y fue cuando la política hispanoamericanista, convertida en uno de los bastiones de su acción externa -e interna-, adquirió unos niveles superiores de sistematización y organización.

CAPÍTULO 5. A MODO DE CONCLUSIÓN

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

La producción literaria de Larreta, como la de todos los escritores hispanoamericanos, a los que estimamos orgullosamente como propios, constituye el más apreciado fruto de nuestra magna labor descubridora y colonizadora en el continente transatlántico, y contribuye al engrandecimiento del acervo literario castellano; una de las más ingentes cimas en el panorama de las letras universales.

Los editores de las *Obras completas* de Larreta

El objetivo principal de nuestra tesis era analizar la recepción crítica de la novelística hispanoamericana en España en el intervalo 1927-1958 para rastrear las figuraciones de lo americano en la Península. Todo ello nos debía permitir examinar el poder performativo de los discursos culturales en la construcción de identidades nacionales.

Como indicamos, la mayoría de estudios realizados sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en España atañen al Modernismo y al “boom”, es decir a períodos previos y posteriores al que nos ocupa. Las dos obras existentes que podrían ofrecer alguna idea respecto a nuestro objeto de estudio son o demasiado amplias –la de Anna Wayne Ashhurst cubre toda la literatura hispanoamericana desde la Conquista hasta los años 80-, o demasiado concretas –la de López Rueda solo se ocupa de Rómulo Gallegos-, lo que les hace incurrir en omisiones y generalizaciones simplistas. Al mismo tiempo, no se refieren de manera detallada y específica a nuestro intervalo y no atienden a las particularidades histórico-político-sociales ni a su posible influencia en la

interpretación de la literatura americana, postergando la tradicional separación entre cultura -dentro de la cual se enmarca la literatura-, y el resto de esferas sociales.

Nuestra tesis defiende el estrecho vínculo entre literatura, sociedad y poder y responde a una perspectiva multidisciplinar: combina elementos y aspectos de distintas especialidades académicas, como la estética de la recepción, la sociología literaria, la crítica poscolonial, las teorías sobre el nacionalismo, el análisis textual y paratextual, etc. Asimismo, nuestra voluntad ha sido la de aunar una atención concreta y pormenorizada a autores, novelas, obras y estudios críticos, y por lo tanto, dedicar espacio y tiempo a la investigación y al trabajo de campo –con la recopilación de datos, obras, lecturas, etc.–, junto a una mirada sintética y global, a través de una labor más analítica y teórica. Todo ello sin olvidar el contexto histórico, político, social y cultural de la época.

Igualmente, ya desde los preliminares, proclamábamos la conciencia de escribir desde el mismo lugar de enunciación que era objeto de nuestro estudio, es decir, el entramado intelectual-académico español, salvando las distancias ideológico-temporales. Por este motivo, hemos intentado mantener en todo momento una actitud crítica, rigurosa y consciente y, tal y como reclamaba Pierre Bourdieu conversando con Roger Chartier, historizar nuestra relación con la lectura para desembarazarnos de lo que la historia podía presuponer como inconsciente (Chartier 220).

En consecuencia, teniendo en cuenta la ausencia de trabajos actualizados y exhaustivos sobre la materia y la época, consideramos que nuestra tesis viene a rellenar un claro vacío en el estudio de la recepción de la literatura hispanoamericana en España desde una perspectiva multidisciplinar y crítica.

5.1. CONCLUSIONES Y VERIFICACIONES

5.1.1. Lo constatado

Tras un primer capítulo en el cual sentamos objetivos, antecedentes, marco teórico y metodología, en el capítulo segundo abordamos el panorama cultural e intelectual español de la época, así como las relaciones intercontinentales. Ello nos permite afirmar que existe en la Península un interés patente por la realidad de América, plasmado en una considerable cantidad de instituciones, publicaciones, eventos, debates, iniciativas, etc., de carácter hispanoamericanista y de origen estatal o privado que encontramos en el período.

Para nuestro análisis ha resultado clave el concepto de hispanoamericanismo, comprendido en tanto que idea y movimiento de origen y manufactura españoles. Este se instituyó y se mantuvo como un elemento fundamental -vector- del nacionalismo español a lo largo del segundo tercio del XX, cambios de gobierno incluidos, lo que puede sorprender a primeras instancias.

Según Isidro Sepúlveda, el hispanoamericanismo se dio en tres corrientes diferenciadas, panhispanista, progresista y de la Hispanidad, que de algún modo se corresponden, aunque solapándose, con los posicionamientos oficiales de los tres grandes regímenes políticos peninsulares del segundo tercio del XX, es decir, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y la dictadura franquista. Sin embargo, contaron con muchos elementos comunes, tales su objetivo principal: obtener una cierta cohesión y legitimación a nivel interno, y a la vez justificar la presencia e influencia españolas en América. En un momento de gran inestabilidad político-social y

de una clara inferioridad en todos niveles respecto al contexto europeo, -sobre todo a partir del advenimiento del franquismo y del aislamiento internacional de mediados de los 40 e inicios de los 50-, los vínculos con Hispanoamérica y la acción pasada, presente y futura en Ultramar resultaban clave para la identidad y autoafirmación españolas. De esta suerte y por esta activa participación en el nacionalismo, el hispanoamericanismo, siguiendo el pensamiento de Umut Özkirimli, devenía un modo de interpretar y ver el mundo y, por lo tanto, tenía toda la experiencia social.

En lo que se refiere a las relaciones internacionales, durante el régimen de Primo de Rivera se empezó a definir una política hispanoamericanista de tono nacionalista y panhispanista. La República, si bien aspiraba a relaciones más igualitarias y respetuosas y de talante progresista con América, al menos en el plano teórico, en su política exterior cayó en contradicciones, como por ejemplo en la voluntad de devenir “potencia mediadora” entre ambos continentes. Asimismo, bajo el epíteto “fraternal” se encontraba latente el anhelo de obtener beneficios e influencia en América. Sin embargo, estuvo lejos de la dinámica y la magnitud proselitistas –así como de la voluntad de manipulación y de utilización estatal- del régimen posterior. Con todo, la brevedad y los cambios de la Segunda República fueron los principales obstáculos para la implementación de una acción hispanoamericanista eficiente: la mayor parte de proyectos e iniciativas quedaron truncados por los propios vaivenes internos y, sobre todo, por su abrupto final. Al mismo tiempo, el hispanoamericanismo progresista fue perdiendo consistencia con el avance de los años 30, y la realidad político-social española terminó poniéndose en un urgente primer plano, hecho que se agudizó con el estallido de la guerra civil y la posguerra.

Por su parte, el régimen franquista sistematizó la política exterior, –es considerado como el primer gobierno en institucionalizarla de manera metódica

(Escudero, El Instituto 20)-, y la utilizó de modo deliberadamente programático y propagandístico. Como muestra de ello, el control estatal de y sobre las instituciones americanistas. Asimismo, es en este momento cuando el entramado hispanoamericanista, de tono reaccionario y ultranacionalista, se expresa con mayor frecuencia, fuerza y claridad, irradiando hasta más allá de su límite temporal. En este sentido, Huguet considera que incluso la imagen actual de Hispanoamérica en España es heredera de la política franquista (347).

De modo general, la mentada proliferación de actividades hispanoamericanistas que se dio en el segundo tercio del XX respondía a la voluntad del hispanoamericanismo –en todas sus corrientes- de afianzar la unidad del mundo hispánico, una unidad que ya existía con vínculos indisolubles según la retórica oficial, pero que, paradójicamente, era necesario reforzar. De hecho, muchos de los eventos fueron más una forma de propaganda que acciones con efectividad real. Entre ellos destaca la organización de congresos y la movilidad intelectual entre ambas orillas del Atlántico.

Igualmente, las instituciones y asociaciones hispanoamericanistas, tanto públicas como privadas, privilegiaron un talante conservador y prohispanista en vistas a rehabilitar la acción española en América, lo cual tenía implicaciones en el presente y en el futuro de sus relaciones. Asimismo, promovieron una determinada imagen y tipología de los vínculos intercontinentales. Un claro y visible ejemplo de ello fueron los esfuerzos puestos en instituir y mantener la Fiesta de la Raza –posteriormente rebautizada de la Hispanidad-, con la que se pretendía fortalecer los vínculos intercontinentales, ya fuese con intencionalidades de naturaleza igualitaria o jerárquica.

Finalmente, hemos visto que los principales debates hispanoamericanistas planteados por la intelligentsia giraron alrededor de la identidad y las relaciones

hispanoamericanas, es decir, sobre la independencia cultural, lingüística y literaria de América Latina, la naturaleza de los vínculos a establecer y mantener entre ambos continentes, y el rol de España para con sus excolonias. Todo ello ya se encontraba concentrado en la polémica del meridiano intelectual de 1927, el punto de arranque cronológico de nuestro estudio y el primer debate que hemos analizado. Igualmente, hemos otorgado importancia al discurrir y al uso de la denominación de la América hispanohablante puesto que, como Isidro Sepúlveda indicaba, ella sola ya condicionaba la naturaleza del acercamiento y de los vínculos intercontinentales. En España siempre se privilegió la designación Hispanoamérica, lo cual enfatizaba el componente hispánico, y en cambio, hubo un rechazo generalizado contra el vocablo Latinoamérica. La importancia y el peso -en ocasiones inconsciente- de los nombres se manifestaba igualmente en los apelativos de las revistas hispanoamericanistas, la mayoría de las cuales mostraron la importancia -y preponderancia- de España, así como un talante panhispanista.

En el tercer capítulo nos ocupamos de qué novelística americana se leyó y cómo fue leída en la Península. Descubrimos que el interés y la atención por Hispanoamérica también era aplicable a su narrativa, tal y como lo demostraba la publicación de novelas, obras y estudios críticos, las secciones literarias, artículos y reseñas en la prensa, etc., en aumento considerable respecto al siglo anterior. Con todo, se trataba de una atención particular, con una presencia relevante de tópicos y etiquetas, y parcial tanto por la tipología como por la cantidad limitada de novela hispanoamericana que se imprimía y comentaba en relación con la totalidad de la producción americana. En este sentido, a lo largo del período estudiado, los intelectuales lamentaron la precariedad editorial entre ambos continentes -el reducido número de obras publicadas y la falta de fluidez comercial- arguyendo razones prácticas, económicas, políticas, burocráticas, logísticas,

geográficas, gubernamentales, nacionalistas, etc. Ello implicaba perder un amplio mercado potencial y dificultaba el intercambio cultural. Igualmente, la *intelligentsia* parecía ser consciente y denunciar el escaso conocimiento español de la narrativa hispanoamericana, tanto en el pasado como en el presente. En cambio, en algunos casos, dicho desconocimiento se disimulaba obviando o menospreciando la novelística americana, lo que por ejemplo con los casos de Colombia⁴⁹⁵, Venezuela⁴⁹⁶ o Argentina⁴⁹⁷, con literaturas de trayectoria sólida además de ser patria de origen de la tríada Rivera, Gallegos y Guiraldes respectivamente, demostraban una ignorancia, -o desidia-, considerables. Para remediarlo, se lanzaron y alabaron iniciativas tales la publicación de panoramas literarios en revistas, de obras críticas, etc., pero dicha situación nunca se solventó realmente.

Así pues, hemos atendido a lo que se editaba, tanto de obra de ficción como de textos críticos. En cuanto a las novelas, hemos detectado que a lo largo del período existen diferencias en cuanto a la tipología y a la cantidad de las obras publicadas lo que en buena parte está relacionado con el devenir político-social peninsular del segundo tercio del XX. A finales de los veinte y primer lustro de los treinta se produce un auge en la edición de novela hispanoamericana, mucha de la cual es inédita -y que, por lo tanto, fue publicada en España antes incluso que en sus países de origen-. Predominan las obras clasificadas como “regionalistas” o “sociales”, en especial aquellas que presentan conflictos locales tales la Revolución mexicana, la guerra del Chaco, luchas contra imperialismos varios, etc. También encontramos algunos ejemplos de novela

⁴⁹⁵ En el “Balance literario de 1956 en Colombia” de *La Estafeta Literaria* del 26 de enero de 1957, núm. 80 se advertía de la falta de novela (3).

⁴⁹⁶ El suplemento al número 83 de *Mundo Hispánico* dedicado a Venezuela de febrero 1955), comenta solamente la poesía venezolana, obviando su narrativa.

⁴⁹⁷ En *La Estafeta Literaria* del 15 diciembre de 1944, núm. 18, se asegura que la novela argentina es numérica y literariamente inferior al resto de géneros (23).

“indigenista”, que de algún modo aúnan el conflicto social con la atención por lo propio, en este caso, el elemento indígena. Todo ello, pues, concuerda y en cierto sentido refleja la situación social española –comercio editorial incluido–, en un momento de cambio y de voluntad de libertad, reformismo y apertura cultural, y con el advenimiento de la Segunda República. Asimismo, coincide con la aparición y desarrollo de las editoriales de avanzada y con la estancia en España de autores hispanoamericanos –Rufino Blanco Fombona, María Enriqueta Camarillo, Martín Luís Guzmán, Benjamín Carrión, Rómulo Gallegos, Alfonso Hernández-Catá, José Vargas Vila, entre otros–. Es también en esta época cuando se da más importancia al aspecto físico de las obras, con portadas que aluden a su temática, enfatizando elementos exóticos y regionales, la naturaleza, etc., y también hay mayor presencia de subtítulos y glosarios.

La guerra civil supone un paréntesis en la edición de literatura en España. La precariedad editorial de la posguerra también afectará a la novela hispanoamericana, con las excepciones mentadas de Carlos María Ocantos, Felipe Sassone y Hugo Wast que serán publicados sobre todo a inicios de los 40. Los tres son autores hispanófilos e incluso pro-franquistas y sus obras pueden considerarse “populares”, un tipo de literatura en auge durante este período. La situación no se recuperará hasta finales de los 40 y principios de la década de los 50. A partir de este momento, se priorizarán los libros de talante más “neutro” y “universal”, incluso psicológico, publicándose muchas menos novelas regionalistas o sociales, y destaca la predilección por obras completas y selectas de autores hispanoamericanos consagrados, es decir, de valores seguros. Ello contribuirá a que el número de escritores conocidos y editados en España no aumente y continúe siendo limitado a mediados de los 50.

Las casas editoras principales de novela hispanoamericana serán, con destacada continuidad a pesar del devenir español interno y de sus diferencias específicas, dos empresas privadas de origen madrileño que mantendrán relaciones comerciales y editoriales con la América de habla española: Espasa-Calpe y Aguilar. Así, Espasa-Calpe establecerá vínculos editoriales especialmente con Argentina ya desde 1937, cuando trasladará su centro de operaciones e imprenta a Buenos Aires, mientras que Aguilar aprovechará el mercado editor y lector americano tras la guerra civil. Igualmente sobresalieron las editoriales de avanzada, que se especializaron en novela social, aunque actuaron solamente durante un limitado lapso temporal –el republicano–.

Por otro lado, la mayoría de obras y estudios críticos de la época agrupan novelas y autores por países o por temáticas o ciclos -regionalistas, de la tierra, de la Revolución, indigenista, etc.-. Los novelistas más frecuentemente comentados y apreciados son la tríada José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes y Rómulo Gallegos, además de Benito Lynch, Alcides Arguedas, Teresa de la Parra, Hugo Wast, Ciro Alegría, Enrique Larreta, Mariano Azuela, Martín Luís Guzmán, Rufino Blanco-Fombona y Carlos Reyes. Sin embargo, la dinámica cronológica que rige las publicaciones no coincide con la de los comentarios aparecidos en la prensa ni con la de los estudios críticos. Hemos constatado que la mayoría de estos últimos, en especial los más exhaustivos y rigurosos, fechan de finales de los 40 y sobre todo, de los 50. Por un lado, dejando un margen temporal lógico para poder analizar y valorar la narrativa inmediatamente anterior, y por el otro, coincidiendo con el aumento del interés por la crítica literaria -en general y también específicamente hispanoamericana- de principios de los 50. Recordemos que es en este momento que se da el denominado “sexenio liberal”, con su talante reconciliador y ligeramente aperturista, lo que explicaría una mayor libertad de opinión y de maniobra, y que se ha asociado a una relativa

recuperación de la crítica. Esta situación también la observaremos en la prensa cultural y en la profusión de prólogos y notas introductorias en las novelas publicadas, que aumentan a su vez en el período. Con todo, en esta época, el peso ideológico del contexto franquista es muy presente y rastreable en la retórica usada, las alabanzas a instituciones oficiales, etc.

En cuanto a las reseñas y comentarios en la prensa escrita -revistas culturales y rotativos diarios-, observamos que sobresalen, en cantidad y calidad, dos momentos: el final de los años veinte y, especialmente, la década de los cincuenta, dándose la mentada paradoja de que aunque se publique menos –sobre todo obra inédita- y haya escaso margen de libertad, exista un mayor interés y espacio para la crítica que no en el período republicano. Asimismo, se comenta en especial aquél tipo de novela que ya no se edita, como la de la Revolución mexicana o la social en general, pero también la de la naturaleza o indigenista. En cambio, durante la República se priorizó el esfuerzo editor por encima del crítico, lo que puede explicar la inferior cantidad de reseñas y comentarios.

De entre los autores más referidos, destacan de nuevo Rivera, Gallegos y Güiraldes, juntamente con Manuel Gálvez, Enrique Larreta, Eduardo Mallea, Hugo Wast, Teresa de la Parra, Mariano Picón Salas, Mariano Azuela, pero también “nuevas” figuras como Jorge Icaza, Miguel Ángel Asturias o Alejo Carpentier. Es decir, hay más atención para la contemporaneidad y un cierto conocimiento de lo que ocurre al otro lado del Atlántico, ya que por ejemplo, Asturias, Icaza y Alegría no fueron publicados en España durante nuestro período de estudio. Igualmente, prevalece una especial afición por la realidad argentina que podemos atribuir en parte a la naturaleza y trayectoria particulares de las relaciones hispanoargentinas. Las literaturas venezolana y mexicana ocupan el segundo lugar en cuanto al interés peninsular. También hemos

aludido al hecho de que los conflictos sociales planteados por muchas de las novelas americanas, como las de la Revolución mexicana, son vistos en los cincuenta como algo lejano en el tiempo e incluso como algo exótico, sin establecerse paralelismos con la situación peninsular. Con todo, no se publica novela de dicha Revolución, sino solo comentarios sobre ella.

Asimismo, observamos que la intelectualidad se refiere y analiza en pocas ocasiones las obras denominadas “populares”, y que en cambio tuvieron gran éxito de público, como aquellas que aparecían en el seno de las colecciones literarias. Incluso autores de “best sellers” como Hugo Wast y Felipe Sassone, cuando aparecen en la prensa lo hacen más en tanto que personajes públicos que como escritores de obras analizadas. Igualmente, y siguiendo la propia y patriarcal tónica de la cultura occidental, la gran mayoría de autores reseñados y alabados son hombres, con las excepciones de Teresa de la Parra y María Enriqueta Camarillo –a las cuales se les atribuye siempre un modo “femenino” de escribir-. En un plano muy secundario, se mencionan otros nombres, como Lydia Cabrera⁴⁹⁸, Ofelia Rodríguez Acosta⁴⁹⁹, Marta Brunet⁵⁰⁰ o María Luisa Bombal⁵⁰¹.

También hemos empezado a ver que, a pesar de publicarse y comentarse la narrativa hispanoamericana, esta recibe una atención y reconocimiento inferiores a nivel institucional y oficial a la propiamente peninsular –recordemos la ausencia de galardonados de origen americano a excepción de Larreta-, e incluso un espacio menor

⁴⁹⁸ De las antologías estudiadas parece mencionada por Berenguer y Bogliano en *Medio siglo de literatura americana* y por Remos en *Proceso histórico de las letras cubanas*.

⁴⁹⁹ La encontramos en *Narradores hispanoamericanos* de Sanz y Díaz, *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos* de Barón y Castro y en el capítulo de Lohman Villena dentro de la *Resumen histórico crítico de la Literatura hispanoamericana* editada por Ayala Duarte.

⁵⁰⁰ Mentada en *Medio siglo de literatura americana* de Berenguer y Bogliano y en la *Breve historia de la novela hispanoamericana* de Uslar Pietri.

⁵⁰¹ Citada en *Antología hispanoamericana* de Campos y en *Breve historia de la novela hispanoamericana* de Uslar Pietri.

en los catálogos editoriales, en especial durante el franquismo y a pesar de la retórica rimbombante del discurso oficial y de muchas convocatorias de premios.

En lo que se refiere al cómo fueron leídas, en el apartado 3.2.3, exponíamos la visión peninsular de cómo era -y debía ser- la narrativa hispanoamericana, lo que no se contradecía, valga la aparente paradoja-, con el desconocimiento paralelamente denunciado. Se la definía como una literatura unitaria a nivel continental, telúrica -al mantener un estrecho vínculo con la naturaleza- y que atendía y reflejaba lo propio y regional, también en lo social, -a menudo conflictivo-. Se subrayaba también su carácter “mestizo”, en el que predominaba -y se presentaba como “superior”- el elemento hispánico. Este tipo de narrativa fue el más comentado y apreciado, al ser considerado el propiamente hispanoamericano ya que coincidía en grandes rasgos con la imagen otorgada a Hispanoamérica. Ello podía ser visto como un ejemplo de la actitud textual de Said: el propio desconocimiento e inseguridad españoles les hacía recurrir en las ideas previas y establecidas para hablar de una realidad que no dominaban y a la “autoridad” de determinados subgéneros, lo que terminaba generando un discurso y, de algún modo, una realidad.

A su vez, la mayoría de estas ideas -naturaleza, unidad, tradición hispánica, mestizaje, pero incluso el sintagma Madre Patria- también eran preconizadas como características propias desde América y compartidas por su intelectualidad, y en muchos aspectos coincidía con el denominado “americanismo literario”. La principal diferencia estribaba en el carácter reduccionista y de algún modo “determinista” que adquirían en España, así como el hecho de que esta se autopresentaba como autoridad competente, paternalismo incluido, para definir al otro, es decir, ostentando sin reparos el poder inherente a su posición de lugar de enunciación. Así, las principales voces disidentes procederán de América Latina y del extranjero, como G.R. Coulthard, Guillermo Kaul,

Gerardo Ebanks, Miguel Maticorena Estrada, Alberto Zum Felde, Arturo Usler Pietri, entre otros. Se criticaban visiones simplistas y demasiado proespañolas, tales el “imbécil orgullo” reprobado por Carlos José Cuestas, o el “provincialismo” de la mirada española denunciado tanto por Blanco-Fombona -según Carmona Nenclares- como por Alberto Gil Novales, el cual también reprendía el “tonillo imperialista” español. Asimismo, debemos retener la actitud más rigurosa y analítica de intelectuales peninsulares como Guillermo de Torre, Agustín del Saz, José Vila Selma, Jorge Campos, Ricardo Gullón, Ángel Dotor, Jaime Valente, Fabián Vidal, Benjamín Jarnés, Ángel Valbuena Briones, etc., a pesar de que no consiguieran desasirse totalmente de la tónica e ideas generales.

De este modo, podemos afirmar como una de las principales conclusiones del presente estudio que la interpretación mayoritaria de la narrativa –y por extensión la literatura- hispanoamericana por parte de la intelectualidad peninsular fue bastante uniforme y constante a lo largo del segundo tercio del XX a pesar de los cambios de gobierno y de sus opuestos planteamientos. Dicha uniformidad no respondió tanto a una voluntad o un planteamiento organizado y dirigido, sino al peso del hispanoamericanismo y de la persistencia de su sustrato ideológico común.

No obstante, sí que existieron ligeras disimilitudes en los comentarios y valoraciones sobre la narrativa hispanoamericana en cuanto al tono, lenguaje y retórica utilizados, así como en el interés y rigor crítico. Ello se manifiesta en las figuras individuales, destacando la labor de De Torre, Campos, Del Saz, Vila Selma, etc, y, en general, la de la intelectualidad de ideas republicanas, -también durante el franquismo-, que prestó una atención más objetiva y rigurosa a América y a su literatura.

La prensa cultural, en grandes rasgos, también se mostró partidaria de la mentada línea continuista y conservadora, a pesar de ejemplos de labor real de

investigación –en especial historiográfica y bibliográfica- de algunas publicaciones y otras excepciones. De este modo, a finales de los años veinte y principios de los treinta, encontramos en *La Gaceta Literaria* uno de los órganos de expresión más innovador y contrario a la visión monolítica de la narrativa hispanoamericana de casi todo nuestro período de estudio, aunque no cierre la voz a posturas más conservadoras. Muchas de las ideas presentadas en *La Gaceta* coincidirán con las más avanzadas de la década de los cincuenta. Esta es, asimismo, contemporánea de otras revistas de talante totalmente opuesto, como *Acción Española*, con Maeztu como abanderado, la cual buscará continuamente las raíces hispánicas en la literatura americana, o *Raza Española*, con su prohispanista directora, Blanca de los Ríos. También *La Revista de las Españas*, a pesar de su carácter más bien conservador, y que en ocasiones denota un claro panhispanismo, incluye la sección “Revista literaria americana” que cuando en manos de intelectualidades como Guillermo de Torre o Benjamín Jarnés alcanzará momentos de gran calidad crítica. Parecido es el caso de *España y América*, que combina artículos y opiniones conservadoras con otras mucho más liberales, y que ostenta un suplemento literario denominado “La Vida Literaria” en el que colaboraba asiduamente Ángel Dotor. En cambio, los sectores y publicaciones conservadores priorizarán una lectura más unionista, como la *Revista de Estudios Hispánicos*, aunque esta se ocupó relativamente poco de la narrativa hispanoamericana.

Durante la época franquista, la prensa tendrá en general, según Alessandra Melloni y Cristina Peña Marín, un carácter eminentemente propagandístico y adoctrinador (23) que encaja con la voluntad “aculturadora” del régimen para la instauración y mantenimiento de sus valores. Tampoco olvidemos el papel activo de la censura, aunque fuese en ocasiones incongruente y arbitraria, en especial ante autores de notoriedad y prestigio. Y es que la neutralidad y la verdadera objetividad son muy

escasas en lo que Gisèle Sapiro bautizaba como “períodos de vigilancia de la palabra” (“Una aproximación” 159), y en cuando la cultura se contempla como plataforma de propaganda. Sin embargo, el advenimiento de los 50 implicó un ligero cambio en las revistas culturales y, como indica Manuel Ramos Ortega, “prolifera algunas revistas de análisis literario, reflexiones intelectuales y valoraciones culturales” (II 136) de un rigor muy distinto al de la década anterior que fomentará el espíritu crítico, incorporará la voz de los intelectuales más destacados en su campo, incluso de entre los exiliados. Así, de entre la mediocridad generalizada de la crítica descrita por Jordi García y Miguel Ángel Ruiz, se alzarán algunas excepciones.

Serán también las revistas más liberales como *Índice* e *Ínsula* –con sus previsible problemas con el poder- las que aportarán ideas más novedosas y críticas con la postergación de clichés y visiones eurocéntricas. Sin embargo, la literatura hispanoamericana también recibirá atención por parte de publicaciones oficiales como *Cuadernos Hispanoamericanos*, revista que publicará artículos de naturaleza varia, algunos de ellos de cierta calidad y rigor, y otros mucho más tendenciosos. También *Revista de Indias* y *El Correo Literario*, propiedad de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y del Instituto de Cultura Hispánica respectivamente, manifestarán una relativa pluralidad de voces y opiniones. En cambio, *Mundo Hispánico* o *La Estafeta Literaria* mostrarán, en general, una mayor propaganda pro Hispanidad y unidad, también en lo literario, alzando a figuras como Larreta. Incluso, como ya indicamos, una revista teóricamente literaria como *Revista de Literatura*, trasluce los valores de unidad, cristianismo, etc., del régimen.

Los rotativos *ABC*, *El Sol* y *La Vanguardia* ofrecerán una considerable atención a la realidad literaria americana así como pluralidad de ideas, sobre todo antes del advenimiento del franquismo. Posteriormente, *La Vanguardia*, convertida en *La*

Vanguardia Española, deberá ceñirse a las ideas afines al régimen, y *El Sol*, que había dedicado un interés notable a las literaturas transatlánticas, dejará de imprimirse. En cambio, *ABC* continuará preconizando un talante conservador. Con todo, a diferencia que las revistas culturales, los periódicos denotan un carácter más comercial y publicista, y aparte de reseñas críticas, también darán a conocer autores y obras de gran salida en el mercado –incluso publicando anuncios y novelas por entregas–, como las obras de Hugo Wast, de Rómulo Gallegos tras su éxito en 1929, de Ricardo Güiraldes, las novelas de la Revolución mexicana, etc.

En el capítulo cuarto concluíamos que la recepción crítica mayoritaria de la narrativa hispanoamericana en España en el segundo tercio del XX concordaba en líneas generales con la “homogeneidad simplificadora” a la que se refería Dúnia Gras, y al “ghetto de la latinoamericanidad” de Juan José Saer, según el cual la literatura hispanoamericana era definida como “categoría estética” y se le atribuían como propios, y por lo tanto, necesarios, determinados temas, estilos y subgéneros, lo que a su vez también limitaba y empobrecía sus lecturas, valoraciones e interpretaciones. La nacionalidad literaria preconditionaba y marcaba la lectura.

España, en tanto que lugar de la enunciación, seguía y proyectaba los criterios occidentales, entendidos como universales, herederos de una serie de presunciones y prejuicios de superioridad cultural, desde y a consecuencia de la época imperial. En este contexto y bajo esta perspectiva, también el mundo literario era concebido como un sistema de relaciones desigual y jerárquico con centralidad, liderazgo y modelos europeos.

Observábamos que si por un lado se admitía la independencia literaria de Hispanoamérica, ante todo se subrayaba la unidad de las letras hispánicas, lo que convertía dicha autonomía en relativa y ambigua. Al mismo tiempo, en un momento de

cierta inferioridad cultural y literaria respecto a Europa -ya hemos aludido al fin de la Edad de Plata- la grandeza común de la literatura de lengua castellana conseguía obviar la mediocridad nacional. Igualmente, al querer presentarse en ocasiones como introductora, descubridora y editora principal de la literatura americana floreciente, España se asignaba un papel “protagonista” en Europa que llevaba implícito un nuevo doble juego del des-cubrir: España mostraba las obras hispanoamericanas y su interpretación al “resto del mundo”, a pesar de que fuesen una selección y una visión sesgadas. Asimismo, España se postulaba en tanto que líder del Mundo Hispánico, al menos en el terreno cultural, lingüístico y literario.

Estas actitudes concordaban con la opinión de Miguel Maticorena Estrada que a principios de los 50 denunciaba la actitud colonialista -y paternalista- europea en la interpretación de América, subestimando lo que se apartaba de sus criterios, todo ello consecuencia de un conocimiento superficial, de los prejuicios heredados y de una necia presunción cultural. En el caso español, a la reticencia a olvidar el pasado colonial, o al menos a borrar su importante recuerdo, se le debían añadir los estrechos vínculos históricos y lingüísticos entre ambos continentes.

Igualmente, la importancia atribuida a la literatura estaba muy relacionada con la lengua. Hemos hablado del vínculo y papel del castellano -en tanto que lengua “trasplantada”- en la expansión y dominación imperial europea -instauración del lugar de la enunciación y colonialidad incluidas- y de su importancia y ambivalencia en la configuración del propio continente americano. En España, el idioma común se convertía en el bastión fundamental del hispanoamericanismo, considerado como el nexo de unión por excelencia por su valor integrador, psicológico, etc. En consecuencia, debía de ser defendido, elogiado y cuidado desde todos los ámbitos -institucional, oficial, literario, académico, etc.-, bajo la atenta mirada peninsular. Al mismo tiempo,

este y su expresión literaria devenían la muestra más visible de la “bondad” de la acción española en Ultramar. La relevancia otorgada a la lengua resultaba, pues, clave a la hora de valorar las letras hispánicas.

Todo lo anterior nos ha permitido comprobar el poder performativo de la palabra -y de la lectura-, que crea y refuerza discursos y participa en la construcción de identidades culturales y nacionales, así como la estrecha vinculación entre literatura -y lengua- y poder. Las interpretaciones, las significaciones, las libertades, los usos y las apropiaciones -es decir, las lecturas- de y atribuidos a la narrativa americana, en algunos casos íntimamente relacionados con el campo del poder y al discurso nacionalista y que en nuestro caso se manifestaba en el íntimo vínculo entre hispanoamericanismo y nacionalismo. Al mismo tiempo, el poder de la lectura adquiriría especial trascendencia en este período puesto que es anterior al desarrollo tecnológico, tanto analógico como digital, y a la eclosión de los medios de comunicación de masas. Como recordaba Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, la lectura se instituía “en una de las formas más importantes -y la más barata- de ocio y entretenimiento, así como de recepción de información, conocimiento y difusión ideológica (Bibliografía 23). A ello se le añadía el potencial inherente al género novelesco en la configuración de cosmovisiones.

Quedaban atendidas así a las tres tensiones planteadas por Kevin Guerrieri⁵⁰²: la primera afectaba a la relación entre lo propio y lo ajeno. En nuestra coyuntura, lo propio era lo español y lo foráneo era lo hispanoamericano, pero un “foráneo” muy próximo: lo extranjero y lo propio y familiar se confundían con frecuencia, convirtiendo la dialéctica en ambigua. La segunda tensión aludía a la formación de la nación. En nuestro caso, la

⁵⁰²Nos referimos a la obra ya comentada de Kevin Guerrieri *Palabra, poder y nación. La novela moderna en Colombia de 1896 a 1927*. A pesar de que Guerrieri estudie la novelística colombiana de inicios del XX, las tres tensiones que plantea son igualmente pertinentes y aplicables en nuestro contexto.

novela hispanoamericana y su interpretación, como parte del discurso hispanoamericanista, colaboraron a la constitución del nacionalismo peninsular. La tercera, afectaba la relación entre la palabra y el poder a la que acabamos de hacer referencia.

Para terminar, habiendo dejado fuera del corpus el fenómeno del boom, -al cual se han dedicado ya cuantiosos estudios y trabajos- hemos comprobado, empero, que muchas de las actitudes, simplificaciones y lugares comunes que se le asocian, como ser un literatura exótica, comprometida, telúrica, etc., - ya se encontraban patentes en el período inmediatamente anterior. La crítica de los años 60 no empezaba de cero sino que heredaba una serie de patrones ideológicos: consideramos, consecuentemente, que existe una cierta continuidad entre los tópicos y las interpretaciones simplistas atribuidas a la literatura del segundo tercio del siglo XX y las que se asimilan a la novela del boom.

5.1.2. Las hipótesis a posteriori

En las hipótesis planteábamos tres actitudes fundamentales en cuanto a la lectura y apreciación de la narrativa hispanoamericana: el silencio, la preferencia por obras que subrayaran el vínculo hispánico y la predilección por las que permitieran fácilmente conocer y clasificar al otro. A lo largo de la investigación hemos podido comprobar que, en nuestro período de estudio, se combinan todas tres. Es decir que, paradójicamente, junto al aumento por el interés por y, salvo excepciones, coexiste una ignorancia y un desconocimiento considerables y generalizados de la producción literaria hispanoamericana en España. Este desconocimiento es admitido en varias ocasiones sin ser nunca realmente remediado y, en otras, es disimulado, frecuentemente con la simple elisión o con la minimización de la importancia de dichas letras.

La literatura americana aparece acompañada de ideas preconcebidas y clichés así como de etiquetas y de clasificaciones, muchas veces reduccionistas, lo que puede responder a una voluntad de acotamiento. De este modo se habla de la novela de la naturaleza, de la selva, de la Revolución mexicana, gauchesca, etc. También hay otras agrupaciones que se refieren a su origen americano: novela mexicana, argentina, colombiana, etc., en especial en las décadas de los 20 y los 30, lo que se podría asociar a un mayor interés por lo local y lo regional. Para Casanova, la profusión de subgrupos responde frecuentemente a la voluntad de los editores de reunir un conjunto de obras bajo una misma etiqueta para crear un “efecto de grupo” (164), y por lo tanto, de una maniobra comercial. Sin embargo, esta insistencia en la nacionalidad literaria condicionaba la lectura. Ello parecer contradecir el énfasis ya mentado en el vínculo

hispánico. No obstante, dentro del discurso hispanoamericanista, la atención por lo “nacional” -ya fuese americano o peninsular- no se reñía con el interés por lo global, puesto que todo ello conformaba “lo hispánico”. Al mismo tiempo, este uso y repetición de etiquetas y clasificaciones podría ser interpretado como una actitud propia de Occidente con su tendencia a clasificar y acotar todo lo desconocido –y todo “lo otro”- según sus propios parámetros y criterios, o al menos según principios conocidos y comprensibles. Para Said “conocer así un objeto es dominarlo, tener autoridad sobre él, y autoridad aquí significa, para ‘nosotros’, negarle autonomía (...) porque nosotros lo conocemos, y, en cierto sentido, existe tal y como nosotros lo conocemos” (Orientalismo 66)⁵⁰³. Y América, en tanto que “extremo Occidente”, se rige y se le atribuyen valores y parámetros tanto occidentales como de los “otros”.

Enfatizar el vínculo –a todos niveles- entre la Península y los países del otro lado del Atlántico fue una de las principales actitudes del hispanoamericanismo en todas sus corrientes, por lo que no es de extrañar que se valorara y se insistiera en los paralelismos en literatura, así como en buscar fuentes e influencias. Sin embargo, no es que se privilegiaran, a nivel de publicación o comentario, las novelas hispanoamericanas que se parecieran o que defendieran la unidad hispánica, sino que este era uno de los intereses y criterios de la mirada española. Así, no solo se subrayaba lo afín sino que en ocasiones se lo buscaba deliberadamente, y si no, siempre quedaba el vínculo idiomático. Al mismo tiempo, la mayor parte de la crítica integraba la literatura hispanoamericana dentro de la familia de las letras hispánicas, lo que agrandaba y ensalzaba el corpus común.

⁵⁰³ Ya hemos señalado las diferencias conceptuales, históricas, culturales, cronológicas, etc., con la noción de “orientalismo”, sin embargo, algunas de las actitudes denunciadas por Said son igualmente aplicables en nuestro caso de estudio.

Por todo ello, confirmamos nuestra hipótesis principal de que la interpretación de la narrativa hispanoamericana estuvo íntimamente vinculada a la imagen que se tenía de Hispanoamérica, a las relaciones intercontinentales y, sobre todo, al discurso hispanoamericanista. Ello colaboraba a difundir y postergaba, por extensión, una determinada imagen y visión de Hispanoamérica, pero también de España, en tanto que Madre, hermana, guía, interlocutora, portavoz o tutora. Es decir, esta adquiría un claro protagonismo. De este modo, España se autorizaba a ejercer cierta influencia y hegemonía cultural en el Mundo Hispánico, lo cual alcanzaba su apogeo cuando se aludía al carácter mesiánico de la Hispanidad.

Nuestro trabajo ha atendido a la triple pregunta de Mabel Moraña que presentábamos en los preliminares sobre el qué, el desde dónde y el por qué. De este modo, el qué aludiría a la cantidad y la tipología de las novelas publicadas y cómo fueron leídas en la Península; el “desde dónde” correspondía al horizonte mental, histórico e ideológico del subcampo hispanoamericanista español, el cual constituía el sujeto de la enunciación. Y, finalmente, el por qué, “para confirmar qué liderazgos intelectuales, qué proyectos, qué posicionalidades sociales o políticas, qué procesos históricos” (Moraña 322), encajaba con el entramado del hispanoamericanismo y respondía a sus intereses y necesidades. Al mismo tiempo, el hispanoamericanismo proponía y divulgaba una determinada interpretación de la realidad y de la literatura hispanoamericana. Es decir, que se retroalimentaban.

Todo ello nos permite relativizar la tesis principal de Anna Wayne Ashhurst según la cual en el siglo XX se observaba un cambio en la actitud hacia la literatura hispanoamericana por parte de la intelectualidad española, que no solo aumentaba el interés y la atención por ella, sino que aceptaba su independencia, rechazaba paternalismos y la englobaba en el conjunto de las literaturas hispánicas. Como ya

anunciábamos en los antecedentes, y después de comprobarlo con nuestra investigación, reconocemos que en el siglo XX, y como consecuencia del devenir del propio movimiento hispanoamericanista iniciado a finales de la Restauración, la atención hacia América, literatura incluida, va en considerable aumento. Igualmente, al menos a nivel teórico, es cierto que se promulga su independencia. Sin embargo, en el segundo tercio del XX, la interpretación mayoritaria de su producción literaria aún no ha erradicado paternalismos y presunciones culturales. Incluso considerarla como integrante de la “gran familia” de las letras hispánicas podría ser un ejemplo de esta actitud. En definitiva, ello no dista en exceso del pensar de Marcelino Menéndez Pelayo: la idea de la preponderancia de la naturaleza, la filiación, la deuda y el lazo indisoluble con España –la cual ejerce clara supremacía-, los problemas surgidos a raíz de olvidar su esencia española, etc, son concepciones aún muy vigentes en la imagen de la literatura hispanoamericana proclamada desde la Península en la época.

Nuestra tesis, pues, viene a respaldar las opiniones de autores como José Luis Abellán, según el cual las relaciones entre España y el continente americano han estado marcadas desde el inicio precisamente por el momento del encuentro, es decir, por la dialéctica metrópolis-colonia y por la idea de Imperio (“Conferencia inaugural”11). Leonor Fléming Figueroa denunciaba igualmente la sempiterna actitud paternalista de la crítica española hacia la literatura hispanoamericana como la contradictoria mezcla de arrogancia y superioridad de un tutor inseguro ante la independencia de su pupilo (157). Es decir que aún en el primer tercio del siglo XX detectamos cierta reticencia a olvidar estas dinámicas.

No obstante, a pesar de haber confirmado en buena medida la hipótesis principal, nuestro camino no ha sido lineal, sino que nos hemos encontrado con varios elementos inesperados. Por un lado, hemos hallado una atención mucho mayor a la

prevista, en cantidad y calidad, a la realidad y la literatura hispanoamericanas – profusión de revistas especializadas, de artículos en la prensa, cultural y diaria, de obras críticas, de eventos, instituciones y asociaciones de carácter hispanoamericanista, etc.-, así como un considerable despliegue en política exterior, en especial durante el franquismo, pero ya desde Primo de Rivera y también en la Segunda República. Ante tal proliferación de actividad hispanoamericanista hemos tenido que renunciar a nuestra voluntad inicial de analizar detenidamente el papel que las asociaciones culturales y otros posibles centros de difusión literario-cultural pudieron ejercer en la divulgación de la literatura hispanoamericana para poder centrarnos en la voz intelectual en sí.

Por otro lado, el peso y la influencia del hispanoamericanismo es otra de las realidades que nos ha sorprendido, por su fuerza, continuidad, cohesión y conservadurismo –a pesar de las diferencias de talante, uso y manipulación- en un país precisamente fraccionado a nivel ideológico. Es como si el sueño de la Madre Patria al que se refería Isidro Sepúlveda –o al menos de relaciones familiares afines- hubiese sido el fiel compañero utópico del imaginario peninsular –quizás de modo inconsciente- durante la mayor parte del XX. Y es que dónde el hispanoamericanismo tuvo verdadero éxito fue precisamente a nivel interno y retórico -con las imágenes de la Madre Patria, la Comunidad de Naciones, etc.-, y no tanto en el afianzamiento o mejora real de las relaciones intercontinentales. Del mismo parecer es Fredrick B. Pike, para el cual “in the pursuit of the objectives of hispanismo, Spaniards in their attempt to convince Spanish Americans on a particular point succeeded only in convincing themselves” (200). Asimismo, para Pike, la doble presunción española de creerse con el derecho de ejercer su hegemonía espiritual sobre América y la de ser el único y exclusivo pueblo progenitor de las culturas americanas, fueron precisamente los principales obstáculos

para el avance del hispanismo (319): dos actitudes que hemos encontrado y subrayado a lo largo de nuestra investigación.

Del mismo modo, esperábamos hallar muchas más diferencias en cuanto a la interpretación de la literatura hispanoamericana por parte de la *intelligentsia*, y no tanta “uniformidad” e insistencia en la unidad, y en el papel y protagonismo españoles. Pensábamos a priori que las diferencias ideológicas, políticas, sociales y culturales de los intelectuales, así como los cambios gubernamentales, serían mucho más influyentes en la recepción de la novela hispanoamericana. Y es que, aún habiendo detectado individualidades que analizan con rigor las obras literarias y algunas voces disidentes, el hispanoamericanismo y la importancia de la unidad español-americana, con privilegios y prioridad peninsulares, tiñen el discurso crítico predominante. Asimismo, no se trata tanto de los usos y manipulaciones que se pudo hacer de los discursos y opiniones de los letrados, como que ellos mismos estuvieron ya fuertemente precondicionados por las ideas y prejuicios heredados, por el peso del sustrato ideológico hispanoamericanista. Estos elementos formaban parte de su horizonte de expectativas en tanto que lectores: funcionaron a priori y fueron respaldados por asociaciones, instituciones, publicaciones, etc. Los intelectuales colaboraron al ejercicio de construcción identitaria americana y española en tanto que importantes agentes del hispanoamericanismo y, al mismo tiempo contribuyeron, precisamente, a mantener dicho discurso.

Así pues, a pesar de las rupturas y sobresaltos del complejo devenir español del segundo tercio del siglo XX, existe una sorprendente continuidad ideológica en cuanto a la interpretación de Hispanoamérica y de sus letras y en relación a la centralidad y protagonismo españoles. En este ámbito, el régimen franquista no necesitó romper con el discurso republicano, con el que en tantos otros aspectos discrepó: depuró el canon e intensificó muchas de las actitudes, pero se sirvió de los mismos clichés.

5.2. CONTINUIDADES

A medida que nuestra tesis progresaba, han ido surgiendo una serie de ideas, interrogantes, cuestiones, caminos, incluso alternativas de estudio que no se han podido desarrollar, dadas las características y objetivos de la presente, pero que se iban notando como posibles vías y proyectos de continuidad, sobre todo si concebimos el trabajo de investigación como un *work* siempre *in progress*. Las siguientes son algunos de estas posibilidades.

Por un lado contemplamos la opción de ampliar los límites cronológicos: hacia atrás abarcando desde el final de la Restauración, cuando empieza a constituirse el movimiento hispanoamericanista y, en especial, durante los años 20, fecundos en cuanto a la edición de obras hispanoamericanas, o bien hacia adelante, incluyendo la década de los 60-70 y el fenómeno del boom.

También se podrían traspasar fronteras relativas al género literario e incorporar la poesía -tan en boga a principios de siglo-, el ensayo, el teatro o, sobre todo el cuento, que tanto comparte con la novela. Asimismo se podrían extender las fuentes de información que constituyen buena parte de nuestro cuerpo de estudio, como los periódicos y demás publicaciones, a nivel estatal y regional. Ello también sería aplicable a los modos de distribución y difusión de la literatura, atendiendo con detalle a las actividades, asociaciones, centros culturales, etc. ¿De qué modo y hasta qué nivel se presentan y funcionan como plataformas de intercambio literario, intelectual, cultural e ideológico?

Igualmente, sería posible e interesante ampliar el trabajo “comparativo”. En el presente hemos priorizado una mirada global y estatal, y por lo tanto nos hemos centrado en Madrid, y aunque también hemos reparado en Barcelona, ha sido en tanto

que la otra gran capital literaria y editora española, sin detenernos en la idiosincrasia catalana y catalanista. De este modo, resultaría interesante atender al resto de geografía peninsular. ¿Existe algún tipo de relación, diferencia o similitud en la recepción de la literatura hispanoamericana dependiendo de las especificidades de las comunidades, regiones y demás identidades nacionales peninsulares? Por otro lado, la continuidad insinuada entre la interpretación de la literatura hispanoamericana del segundo tercio del XX y la del fenómeno del boom, debería de ser ampliada y estudiada pormenorizadamente.

Asimismo, se podría profundizar en el estudio del campo de recepción, focalizando en el campo del poder y sus interrelaciones, o por ejemplo mediante un análisis de redes como preconiza Gisèle Sapiro, y que en nuestro caso podría ocuparse de redes de afinidad, círculos asociativos, periodísticos, profesionales, etc. de la intelectualidad española. Incluso se podrían analizar las similitudes y diferencias —si se quiere con selección de autores, obras, países— entre el campo de recepción español y los distintos campos de producción americanos, para ver con mayor exactitud y concreción los distintos malentendidos en la recepción internacional a los que se refería Bourdieu.

Del mismo modo, podríamos ofrecer un análisis comparativo detallado de la situación y recepción del escritor hispanoamericano en España versus la del español: ya hemos aludido a la reducida acumulación de premios y reconocimiento oficial que recibieron los autores americanos en comparación con los peninsulares, en especial durante el franquismo, si no eran figuras claramente hispanófilas como Larreta o Wast. Al mismo tiempo, la comparación se podría extender a la atención y valoración de la literatura española versus la hispanoamericana en la Península. ¿Qué diferencias, paralelismos y particularidades presentan cada una? ¿Qué espacio y lugar se les otorga? O bien enfocar el estudio hacia una perspectiva de género. ¿Qué ocurre con la literatura

producida por mujeres? Hasta la fecha hemos visto la poca atención y visibilidad que tienen las escritoras hispanoamericanas en España. ¿Ocurre lo mismo en sus países de origen? ¿Qué sucedía con las autoras españolas contemporáneas? Todo ello debería acompañarse de un estudio sobre la situación de la mujer, en especial de la mujer letrada, en el contexto español de la época.

En lo que se refiere al sistema educativo español, hemos hecho alusión a los principales esfuerzos, aportaciones y énfasis en materia educativa, indicando a grandes rasgos la tónica y las líneas de su discurso, en especial en lo que se refiere a la cultura “nacional” de los distintos gobiernos del segundo tercio del XX. Sin embargo, proponemos un análisis pormenorizado de los manuales escolares, así como de planes y programas de estudio, libros de textos, proyecto y reformas, sobre todos los que atañen a la historia y la literatura hispanoamericana -si es que se las impartió en cuanto materias- lo que nos permitiría discernir en mayor medida cuál fue la (des)atención y el enfoque prestados a la realidad americana. No obstante, contamos con las dificultades inherentes a un período muy convulso -en el que frecuentemente los cambios de gobierno sucesivos implicaron la “eliminación” de lo anterior-, así como el poco interés prestado en y la falta de medios de la época para la sistematización y recopilación de datos. A modo de ejemplo, ni en una institución tan cercana como la Universidad de Barcelona existe registro de los planes de estudio de literatura hispanoamericana de la década de los 50. La dificultad se multiplica cuanto más atrás en el tiempo vayamos, así como por la amplitud geográfica peninsular y la diferencia de niveles educativos, convirtiendo esta búsqueda en una tarea muy ardua. A pesar de ello, seguramente una investigación detenida y limitada a un nivel local o bien de archivos específicos como los de Salamanca, conseguiría recabar información interesante.

De algún modo, todo lo anterior vendría a cuadrar dentro de la amplia idea de contexto planteada por Anna Boschetti. Según la autora, el concepto de campo literario permite precisar el sentido de la noción de contexto, ya que implica la reconstrucción sistemática de un conjunto de relaciones dinámicas y variables (94). Este alude a: a) las relaciones entre la literatura y los sectores principales del campo de poder -política, economía, religión y medios de comunicación- ; b) las relaciones, los intercambios y la competencia que vinculan la literatura con otros medios de expresión o de comunicación y con saberes más o menos instituidos y disciplinarios; c) los efectos de las transformaciones del sistema educativo, y d) el rol de las instancias de consagración (94-95). Algunos de estos elementos ya han sido contemplados por la presente tesis y otros acaban de ser postulados como posibles propuestas de continuidad. Con todo, consideramos que un análisis bajo esta perspectiva de contexto, a pesar de su amplitud y complejidad, y a la vez precisamente por esto, sería un proyecto de estudio interesante y fecundo con vistas a conseguir una visión global del campo de recepción español.

CAPÍTULO 6. APÉNDICES

6. APÉNDICES

6.1. LOS AGENTES DEL HISPANOAMERICANISMO

En este apartado nos detendremos a presentar los principales agentes del hispanoamericanismo español con el objetivo de acceder a una comprensión más detallada del movimiento.

Como ya hemos indicado, entendemos el hispanoamericanismo al modo de Isidro Sepúlveda, es decir, en tanto que “corpus ideológico de manifestación nacionalista” (El sueño 273), y que, consecuentemente, contó con unos agentes operativos que se dedicaron tanto a idear los programas de vertebración comunitaria como a expandir las ideas del movimiento (273). Estos fueron básicamente cuatro: los diplomáticos y cónsules españoles en América; los intelectuales –grupo en el que Sepúlveda incluye el mundo académico, la creación intelectual propiamente dicha y el mercado editorial⁵⁰⁴-; los emigrantes y las asociaciones americanistas.

Es precisamente la acción intelectual –y especialmente su expresión- la que ha conformado el corpus principal de nuestro estudio, a través de sus plataformas y vías de comunicación, como fueron la prensa cultural y el mundo editorial. Al dedicarnos solamente al hispanoamericanismo producido en y desde España, nos hemos limitado a los más destacados intelectuales, instituciones y publicaciones hispanoamericanistas

⁵⁰⁴“La comunidad cultural señalaba directamente al mundo académico, a la creación intelectual y al mundo editorial; a través de sus publicaciones o mediante embajadas culturales, esos autores ejercieron un auténtico adoctrinamiento, llegando en ocasiones a sentirse promotores de un verdadero apostolado hispanoamericanista” (Sepúlveda, El sueño 274).

españoles⁵⁰⁵. Todos ellos han ido apareciendo en mayor o menor medida a lo largo de la presente tesis. En las siguientes páginas les dedicaremos una atención más pormenorizada.

6.1.1. Los principales intelectuales hispanoamericanistas

Si bien ya hemos realizado un panorama general de la vida intelectual española (ver 2.1.), ahora es el turno de detenernos en las figuras individuales, las cuales hasta la fecha han sido poco estudiadas y sistematizadas⁵⁰⁶.

Antes, de entrar en materia, sin embargo, es necesario definir qué entendemos por “intelectual”.

Para Carlos Altamirano, el intelectual agrupa e identifica

a un abigarrado grupo de personas que poseen conocimientos especializados y aptitudes cultivadas en diferentes ámbitos de expresión simbólica (literatura, humanidades, derecho, artes, etc) y que (...) como otras élites culturales, su ocupación distintiva es la de producir y transmitir mensajes relativos a lo verdadero (“Élites” 14).

O, más exactamente, continúa Altamirano, a su idea de lo “verdadero”. Y es que una de las cuestiones clave alrededor de esta figura es el debate acerca de su “independencia” y de su compromiso con la mundanalidad, compromiso que ha ido variando a lo largo de la historia. En un principio, indica Antonio Gramsci, los intelectuales eran una minoría dependiente a nivel económico e ideológico de las

⁵⁰⁵ Salvo en el caso de los intelectuales, puesto que nos referiremos tanto a los de origen peninsular como a los de origen americano pero que publicaron y se expresaron en España.

⁵⁰⁶ En el apartado 4.2.2., nos hemos ocupado de seis de ellos -Salaverría, Baeza, Dotor, De Torre, Campos y Delgado-, con la intención de comprobar cómo los condicionantes de origen, clase social, nivel educativo, etc., podían –o no- determinar o influir el modo de atender a la realidad y la literatura americana.

oligarquías regionales, del clero y del discurso liberal de los siglos XVII y XVIII, es decir, que nacieron estrechamente vinculados con el poder⁵⁰⁷.

Al mismo tiempo, aparecen relacionados con el concepto de autoría. El diccionario de la RAE da 5 acepciones del término “autor”, de las cuales la más usada en el lenguaje corriente es: “Persona que ha hecho alguna obra científica, literaria o artística” (“Autor,” def. 3).

Etimológicamente, la palabra deriva del vocablo latín *auctor*, -ōris, es decir, “aumentador, productor, creador, autor, padre, abuelo, antepasado, fundador” (Blánquez Fraile 217). Así pues, el autor aparece asociado a la originalidad, la creación y la propiedad –económica, material, intelectual, moral-, puesto que deviene propietario de su “creación”. Además, de la misma raíz latina deriva el término “autoridad”. Las definiciones que ofrece la RAE⁵⁰⁸ destacan los conceptos de poder, legitimidad, prestigio, crédito, solemnidad, etc. Un autor, al ser instituido como tal, ya se contagia del poder simbólico asociado a esta palabra y se reviste de una aureola de superioridad. El autor es la “fuente”, el “viril” promotor de algo. A este respecto, responden Sandra Gilbert y Susan Gubar,

la noción patriarcal de que el escritor ‘engendra’ su texto del mismo modo que Dios engendró al mundo ha tenido y tiene un gran calado en la civilización literaria occidental, tanto que como ha expuesto Edward Said, la metáfora se ha incorporado a la misma palabra autor, con la cual se identifican el autor, la deidad y el pater familias (18).

⁵⁰⁷Con todo, Henri-Jean Martin habla también del intelectual medieval, de naturaleza eminentemente religiosa, y que ostentaba una doble función: “como hombre de Iglesia ante todo, tenía que ser un teólogo capaz de analizar los textos y conducir razonamientos sin error. Como pastor y conductor de hombres, tenía que ser también un predicador capaz de convencer y de convertir a multitudes” (154).

⁵⁰⁸(Del lat. *auctoritas*, -ātis).

1. f. Poder que gobierna o ejerce el mando, de hecho o de derecho.
2. f. Potestad, facultad, legitimidad.
3. f. Prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia.
4. f. Persona que ejerce o posee cualquier clase de autoridad.
5. f. Solemnidad, aparato.
6. f. Texto, expresión o conjunto de expresiones de un libro o escrito, que se citan o alegan en apoyo de lo que se dice. (“Autoridad”).

En esta cita de Gilbert y Gubar aparece otro término fundamental, el de “escritor”, y es que en literatura, un autor se define como “la persona que crea una obra literaria” (Estébanez Calderón, 69). ¿Pero un intelectual es exactamente un escritor? No necesariamente, aunque en muchas ocasiones use la palabra escrita. Para aclararlo nos servimos de la distinción que establece Roger Chartier entre escritor y crítico. Chartier recupera la oposición medieval entre el auctor, “celui qui produit lui-même”(219), y el lector, “quelqu’un dont la production consiste à parler des oeuvres des autres” (219). Para él, el primero se correspondería al “escritor” y el segundo, al “crítico” (219). A pesar de que Roger Chartier se refiera al mundo literario, la crítica es una de las aptitudes y tareas asociadas a la intelectualidad en general desde el siglo XIX.

Es precisamente a partir de este siglo, con Émile Zola y el affaire Dreyfus, que, en palabras de Bourdieu, los escritores, los artistas y los científicos se afirman por primera vez como intelectuales al intervenir en la vida política como tales (Las reglas 490). De este modo, el intelectual se alzaría como una figura independiente, ya lejos de la idea de Gramsci, “con misión de subversión profética, inseparablemente intelectual y política” (Las reglas 197).

Visto desde este punto de vista, el intelectual por excelencia sería, como explica Karl Mannheim, un incómodo aliado, con afán crítico, demoleedor y perfeccionista de la sociedad en la cual actúa: un marginado que atrae y repele, que legitima y critica⁵⁰⁹. Dependiente e independiente de la realidad circundante, al intentar ostentar una posición distante y autónoma –la “mediación dinámica” de Mannheim⁵¹⁰– que le permita una actitud crítica y al mismo tiempo íntimamente involucrado en ella. Ello corresponde con un ideal de intelectual comprometido, crítico y valiente. Para

⁵⁰⁹ Mannheim se refiere a la intelligentsia como un “relatively classless stratum” (137), socialmente desligada y coherente con el carácter dinámico, elástico y perpetuamente confrontado con nuevos problemas de la mentalidad moderna (139).

⁵¹⁰ Para mayor información, leer el capítulo “The sociological problem of the Intelligentsia” dentro de *Ideology and Utopia*, pp. 136-146.

Edward Said se trata de una opción individual, es la libertad para elegir “entre representar activamente la verdad de la mejor manera que te sea posible y permitir pasivamente que un amo o una autoridad te dirija” (Representaciones 125), puesto que el intelectual debe de hacer frente a las presiones y a los límites que pueden distorsionar su misión, como el profesionalismo y la especialización:

decirle la verdad al poder no es un idealismo al estilo del personificado por Pangloss: es sopesar cuidadosamente las alternativas, escoger la correcta, y luego exponerla inteligiblemente donde pueda hacer el máximo bien y provocar el cambio adecuado (Representaciones 108).

De hecho, para Bécarud y López-Campillo, los dos criterios fundamentales para definir un intelectual son la audiencia, es decir, el público receptor, y la influencia (2) que puedan ejercer sobre ella.

Sin embargo, Bourdieu crítica esta imagen utópica de la *intelligentsia* sin ataduras ni raíces y nos recuerda la existencia del “campo de fuerzas de gravitación que comandan también las prácticas y las ideologías de los intelectuales, y que no se desvelan jamás tan manifiestamente como en el esfuerzo desesperado por negarlas produciendo un discurso socialmente utópico” (Intelectuales 37). Es decir, que entre la definición de intelectual utópico y el intelectual real puede haber un abismo.

Así pues, retomando la idea de Chartier, sin que un intelectual sea siempre un crítico profesional, como ya hemos visto, su labor es fundamentalmente “crítica”. Ser intelectual es más bien una actitud, una “intervención”, una “ocupación distintiva”. El intelectual no nace, sino que se ejerce, lo que explica la permeabilidad con otros campos de actividad social. Es un varón cultivado –ya hemos visto lo que opinaban Gilbert y Gubar sobre el patriarcado-, vinculado por etimología con el entendimiento, el discernimiento, la comprensión y el conocimiento⁵¹¹, así como relacionado en sus orígenes a la autoría, por lo que comparte sus privilegios y poder simbólico.

⁵¹¹ En latín, *intellegens*, *intellego*, *intelligentia*, *intellectus*, etc.

A modo de síntesis, por intelectual entendemos un personaje –hombre- público, urbano, consciente de sí mismo y de pertenecer a una élite culta, que actúa de forma más o menos (in)dependiente y más o menos explícita, en su sociedad.

¿Qué ocurre cuando planteamos esta figura en el contexto español del segundo tercio del XX? Después de haber hecho un repaso a la vida intelectual al inicio del capítulo, podemos hacernos una idea general de la influencia y de los márgenes de maniobra que los distintos contextos de este período -en especial de inestabilidad política y restricción de libertades-, ejercieron y permitieron a los intelectuales.

En 1951 y desde la tribuna de *Arbor*, J.L. Vázquez Doderó se lamenta de la situación de la intelligentsia española, tanto de la parte de los supuestos hombres de letras como de su audiencia: “La reacción de muchos españoles peca de abusiva y además hay un abandono lastimoso de la inteligencia y el espíritu por lo material (...) hay soberbia, vanidad por parte de los intelectuales y envidia por parte de la gente” (420) a quienes la voz “intelectual” provoca “desdén, desazón, reservas” (419). El problema yace en que “en España pasan por intelectuales no pocos que no lo son y en cambio no disfrutan del honor del título hombres de auténtica ciencia” (420).

Por todo ello, no pretendemos descubrir a intelectuales puros a la Zola, sino que analizaremos aquellas personalidades que se instauraron y actuaron como tales, revestidos del aura de prestigio y autoridad que se otorga a su “naturaleza” y expresándose desde medios como la prensa o los libros.

Nos centramos especialmente en aquellas figuras que prestaron atención a su literatura y que hemos visto de forma recurrente en la prensa, o en los autores de las obras críticas sobre literatura hispanoamericana analizadas. En lo que se refiere al paralelismo que establecíamos en los preliminares con el concepto de “minoría poderosa” de Wright Mills, también veremos que muchos de nuestros protagonistas

compartieron características: orígenes sociales análogos –básicamente procedían de las filas de la burguesía, salvo excepciones-, estudios superiores y profesiones liberales, conexiones y vinculación a nivel de ambientes, instituciones, asociaciones, afinidades, etc⁵¹². La mayoría de ellos son contemporáneos y conviven con el complejo devenir político-social de la España del segundo tercio del XX, y mostrarán sus tendencias políticas tras el advenimiento de la República y, muy especialmente, tras el estallido del conflicto fratricida.

Es precisamente en las ideologías y en el compromiso político en lo que más difirieron: gran parte de la intelectualidad española –alineada a la izquierda- se exiliará tras la derrota del bando republicano. Los que se quedan en la Península al terminar la guerra civil, o se afiliarán a las filas e instituciones culturales franquistas, y por lo tanto, también aceptarán de algún modo la ideología oficial, o se alejarán totalmente de la política y de su expresión, refugiándose en su torre de marfil y renunciando aparentemente al supuesto compromiso inherente a la condición intelectual.

También nos referiremos a algunos intelectuales americanos que publican y se expresan en España. Es importante dar cuenta de la movilidad intelectual entre ambos continentes, -que en nuestro caso se centra en la presencia americana en España-, ya fuese por motivos personales, políticos, diplomáticos, o auspiciados por los distintos gobiernos de turno. Ello justifica las estancias más o menos prolongadas en la Península, las colaboraciones en la prensa nacional y el hecho de publicar en el territorio español. Pero igualmente hablaremos de otros intelectuales, que a pesar de escribir desde América y debido a su prestigio, también son publicados en España.

⁵¹² Ya hemos insistido en el interés, pero también en la complejidad, de realizar un análisis de redes “a la Sapiro” sobre el campo intelectual.

Veamos pues, algunas de las individualidades protagonistas del hispanoamericanismo español. En todo caso, se trata de retratos breves y esquemáticos, que pretenden ofrecer una idea general de su formación, sus orígenes y su actividad⁵¹³.

6.1.1.1. Intelectuales de origen español

DE LOS RÍOS, BLANCA

(Sevilla, 1859- Madrid, 1956)

Escritora, crítica literaria y pintora española.

Colaboró con muchas publicaciones de la época, como *El Imparcial*, *La época*, *La Ilustración Española y Americana*, *Blanco y Negro*, etc., y sobre todo, en *Raza Española*, revista de ideología prohispanista y conservadora que fundó en 1919 y que dirigió hasta su fin en 1930. Se mostró interesada por los temas hispanoamericanos y por la situación de la mujer.

Fue miembro de distintas asociaciones como la Asociación Americanista de Barcelona, los Centros de Cultura Hispanoamericana de Cádiz y de Madrid, o incluso el Ateneo de Madrid.

ALTAMIRA, RAFAEL

(Alicante, 1866-México, 1951)

Licenciado en leyes por la Universidad de Valencia y doctorado en Madrid.

Fue discípulo de Francisco Giner de los Ríos y se relacionó con Joaquín Costa. Se le considera uno de los más dinámicos miembros del “regeneracionismo”.

⁵¹³ La información existente y recabable sobre dichos intelectuales es irregular. Sobre algunas es muy abundante, mientras que en otros casos no sabemos ni sus fechas de nacimiento y muerte.

Fue Catedrático de Derecho en la Universidad de Oviedo y posteriormente en la de Madrid.

Mostró tempranamente una inquietud vocacional por el hispanoamericanismo, interesándose tanto por el pasado español en el continente como por el presente americano en vistas a estrechar lazos trasatlánticos. En 1909-1910 protagonizó un viaje por tierras americanas, cuyas experiencias plasmó en *Mi viaje a América*, todo ello dentro del marco de colaboración e intercambio intelectual del regeneracionismo español. De ideología de izquierdas, tras el estallido de la guerra civil se exiliará, primero a Europa y, posteriormente, a México desde donde continuará su labor americanista.

GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO

(Madrid, 1866-1929)

Periodista y crítico literario español.

Doctorado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Central de Madrid. Ideológicamente, evolucionó desde el conservadurismo al liberalismo moderado. Ejerció durante algunos años como abogado, aunque es esencialmente conocido por su labor como crítico, bajo el pseudónimo de Andrenio, siendo considerado uno de los más importantes de la primera mitad del XX. Fue colaborador asiduo de publicaciones españolas y argentinas como *La Época*, *El Imparcial*, *El Sol*, *La Vanguardia de Barcelona*, *Nuevo Mundo*, *España Moderna*, etc.

En 1924 fue elegido académico de la lengua con la silla F.

Fue uno de los miembros del comité crítico que escogió a *Doña Bárbara* como novela del mes en septiembre de 1929.

SALAVERRÍA, JOSÉ MARÍA

(Vinaroz, 1873- San Sebastián, 1940)

Escritor y periodista español.

Colaboró en varias publicaciones españolas, como *ABC*, *La Vanguardia*, *Diario Vasco*, *La Voz de Guipúzcoa*, *La Nación* de Buenos Aires, etc.

Inscrito inicialmente en la generación del 98 y en el marco del regeneracionismo.

Protagonizará un giro hacia la derecha autoritaria, abogando por un proyecto político ultranacionalista.

DÍEZ-CANEDO, ENRIQUE

(Badajoz, 1879- México, 1944)

Poeta, traductor, crítico literario y diplomático.

Colaboró en varias publicaciones, como *El Liberal*, *España*, *El Sol*, *La Voz*, *La Pluma*, *Revista de Occidente*, y *La Nación* de Buenos Aires. En 1921 participó con Juan Ramón Jiménez en la fundación de la revista *Índice*.

Simpatizante del krausismo, del Ateneo de Madrid y de las ideas republicanas. Se exilia en México en 1938 por claras razones políticas.

Mostró un claro interés por las letras y la realidad hispanoamericana. Alfonso Reyes lo llamó “el americano de España”.

La base de su pensamiento es que la tradición americana está en España. Su principal tesis se sustenta en el reconocimiento de la diversidad dentro de la unidad de lo hispánico, como sintetizó en su discurso de entrada a la Real Academia Española de la Lengua titulado “Unidad y diversidad de las letras hispánicas”.

A pesar de no encontrarnos ni con artículos ni con obras suyas en el presente estudio, la influencia de sus ideas se vislumbra en varios autores.

BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO

(Roma, 1880- Pamplona, 1949)

Historiador y profesor.

Licenciado en Filosofía y Letras. Doctorado en Historia.

Especializado en Historia de España y de América, dio nuevo rumbo a la metodología historiográfica española. Fue Catedrático en la Universidad de Madrid y miembro de la Real Academia de Historia.

Alineado al bando nacional durante la guerra civil. En tanto que miembro del CSIC, dirigió el Instituto Hispano-cubano de Sevilla y el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo de Madrid.

VIDAL, FABIÁN

(Granada 1883- México, 1948)

Escritor y periodista.

Pseudónimo de Enrique Fajardo. Nació en el seno de una familia republicana de condición humilde. Durante la I Guerra Mundial fue corresponsal de *La Correspondencia de España*. Tras su regreso a España colaborará con *La Vanguardia* y fue director de *La Voz*. Diputado a Cortes por Granada durante el gobierno republicano, se exilia tras el estallido de la guerra civil, primero a Francia y luego a México. Se suicida en 1948.

ONÍS, FEDERICO de

(Salamanca 1885-Puerto Rico, 1966)

Profesor, filólogo, y crítico literario.

Doctorado en Filosofía y Letras. Fue Catedrático de literatura española en las Universidades de Oviedo y Salamanca, pero en 1918 se traslada a Nueva York en donde ejercerá en la Universidad de Columbia. Fue miembro de la Hispanic Society of America y también dirigió el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. Se le considera uno de los principales difusores del hispanismo en Estados Unidos.

Colaboró asimismo en varios rotativos estadounidenses y también en publicaciones de filología. Escribió *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* en 1934.

SALAVERRI, VICENTE ADOLFO

(La Rioja, 1887- Puerto Rico, 1971).

Escritor (novelista y ensayista) y periodista de origen español. Existe muy poca información del mismo, aparte de que tempranamente se trasladó a vivir a Hispanoamérica, instalándose en el Uruguay.

JARNÉS, BENJAMÍN

(Codo, Zaragoza, 1888- Madrid, 1949)

Escritor, crítico literario y traductor.

De familia modesta de campesinos, abandonó los estudios eclesiásticos por la carrera militar.

Exiliado en México tras la guerra civil hasta un año antes de fallecer.

Colaborador de los periódicos y revistas *Luz*, *Crisol*, *La Voz*, *La Vanguardia*, *El Sol* y *La voz de Aragón*, *La Nación* de Buenos Aires, *Revista de Occidente*, *La Gaceta Literaria*, *La Revista de las Españas* -desde el 1 de enero de 1929 se ocupa de la

sección “La Gaceta Americana”, él desde Madrid y Guillermo de Torre desde Buenos Aires-.

Especializado en literatura americana, se interesa por la independencia espiritual americana y su relación con Europa, así como por la integración de la tradición española.

BAEZA, RICARDO

(Cuba, 1890- Madrid, 1956)

Escritor (poeta y ensayista), editor, periodista, crítico literario y traductor español.

Dirigió dos compañías teatrales y fue colaborador durante muchos años del periódico madrileño *El Sol*.

De ideología republicana, será embajador de la Segunda República en Chile de 1931 a 1935. Tras el estallido de la guerra civil, se trasladará a Londres hasta exiliarse a Argentina. No regresa a Madrid hasta 4 años antes de su muerte.

TUDELA DE LA ORDEN, JOSÉ

(Soria, 1890-1973).

Profesor, historiador y etnólogo.

Licenciado en Filosofía y Letras y Derecho.

Formó parte de la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República y estuvo rodeado de intelectuales de ideología republicana. A pesar de ello, continuó su carrera profesional durante el período franquista, siendo un destacado americanista: fue subdirector del Museo de América en 1941 y del Museo Etnológico de Madrid en 1952. Realizó numerosos viajes al continente americano, en muchos casos como conferenciante.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR

(Granada, 1893-Madrid, 1966)

Crítico literario, historiador y periodista español.

Cursa estudios de Derecho.

Activo colaborador en la prensa y cultura granadina desde fecha temprana, se traslada a Madrid en 1918 y se da a conocer en los círculos intelectuales y artísticos madrileños, como el Ateneo. Partidario del bando franquista, colabora en la sección de Prensa y Propaganda. Tras la guerra civil, recibirá el reconocimiento y respaldo del régimen en tanto que historiador, crítico literario o periodista. Llegó a ser miembro de la Real Academia de la Lengua y de la Historia.

TORRE, CLAUDIO DE LA

(Las Palmas, 1895- Madrid, 1973)

Escritor (novelista, dramaturgo y poeta), director de cine y de teatro

Licenciado en Derecho.

Perteneciente a una familia canaria de larga tradición intelectual. Ganador de varios premios nacionales, de literatura y de teatro.

FERNÁNDEZ ARIAS CAMPOAMOR, J.

(Figueras, Asturias 1896- se desconoce el lugar y fecha de su muerte)

Abogado, militar, escritor y crítico.

Colabora en revistas españolas como *Ilustración Española y Americana* o *Blanco y Negro*.

Licenciado en Derecho y con carrera militar, a pesar de lo cual se dedica igualmente a la investigación literaria y a la crítica, mostrando una especial atención por la literatura hispanoamericana, de lo cual es ejemplo *Novelistas de Méjico* (1952).

SAINZ RODRÍGUEZ, PEDRO

(Madrid, 1897-1986)

Escritor, filólogo, bibliógrafo, editor y político español.

Licenciado en Letras y Derecho y doctor en Filosofía y Letras. Catedrático de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad de Oviedo. Llegó a ser decano de Filosofía y Letras, y de Bibliología de la Universidad de Madrid.

Fue uno de los impulsores del Bloque Nacional y colaboró activamente en el alzamiento de 1936. Formará parte del primer gobierno franquista (1938-1939) como Ministro de Educación Nacional, ocupándose especialmente de la purga y depuración del sistema educativo republicano. Es especialmente conocido por su reforma del Bachillerato –que adquirió un fuerte contenido clásico-humanístico así como un talante patriótico y religioso-. Dicho plan se mantendrá hasta 1953.

Se ocupó de la dirección literaria de la CIAP y fue miembro de la Real Academia de la Lengua y de la de la Historia.

Las divergencias político-ideológicas con el régimen franquista y su devenir le apartarán progresivamente de la vida política.

SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS

(Madrid, 1898-1983).

Escritor, dramaturgo, historiador, lexicógrafo, crítico literario, investigador de la literatura, folclorista, bibliógrafo y ensayista.

Estudió Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Central. Fue archivero-bibliotecario-arqueólogo en el ayuntamiento de Madrid y cronista de su ciudad.

Colaborador asiduo de la prensa en tanto que crítico literario y teatral. Igualmente realizó numerosas investigaciones y recopilaciones sobre literatura española. Fue asesor editorial de varias empresas, sobre todo en Aguilar, para la cual escribirá gran cantidad de prólogos y de notas introductorias.

También fue miembro del Instituto de Estudios Madrileños del CSIC y de la Hispanic Society of America.

DOTOR MUNICIO, ÁNGEL

(Argamasilla de Alba, Ciudad Real, 1898 - Madrid, 1986).

Escritor e historiador del arte español.

Estudió magisterio.

Amigo de Guillermo de Torre, colaboró en algunas de las revistas del movimiento ultraísta como *Alfar*, *Cervantes* y *Cosmópolis*, o bien ya como crítico literario en *España y América*. Dedicó una a la poeta mexicana María Enriqueta, *María Enriqueta y su obra* (1943).

VALBUENA PRAT, ÁNGEL

(Barcelona, 1900- Madrid, 1977)

Escritor, catedrático, crítico e historiador de la literatura española.

Licenciado y doctorado en Filosofía y Letras.

Destaca su *Historia de la Literatura Española*, editada por primera vez en 1937 pero de la que hubo 8 ediciones hasta 1968. Su valor y novedad en la historiografía española radica en que relaciona las obras literarias con su contexto histórico, artístico y cultural.

Debido a sus actividades políticas catalanistas es trasladado forzosamente a la Universidad de Murcia, una universidad “periférica”, lo que demuestra una relación tensa con el régimen franquista. No obstante, no se le impidió el ejercicio de su oficio, lo que denota asimismo el prestigio de que gozaba.

Padre del también historiador de la literatura Ángel Valbuena Briones.

TORRE, GUILLERMO DE

(Madrid 1900-Buenos Aires 1971)

Poeta, crítico literario y de arte.

Se le considera como uno de los impulsores del ultraísmo literario —él mismo se atribuye la paternidad del movimiento—.

Fundó junto con Ernesto Giménez Caballero *La Gaceta Literaria* en 1927, y, junto con Pedro Salinas, *Índice Literario* en 1932. Fue igualmente colaborador habitual de *Revista de Occidente*, la *Revista de las Españas* y el periódico *El Sol*, así como de la argentina *Sur*. Básicamente sus artículos girarán alrededor del arte contemporáneo y de la literatura hispanoamericana.

Se traslada a vivir a Buenos Aires en 1927, donde se casará con la hermana de Jorge Luís Borges, y establecerá fuertes vínculos con la intelectualidad argentina. Durante el intervalo republicano regresa a España, para exiliarse definitivamente durante la guerra civil por motivos personales y políticos.

En 1938, crea junto a Gonzalo Losada, Attilio Rossi, Amado Alonso, Henríquez Ureña, entre otros, la editorial Losada. Desde 1956 fue catedrático de la Universidad de Buenos Aires.

Emilia de Zulueta destaca sus intentos de conciliación frente al problema de las dos Españas a través de la doctrina de ‘el puente’, o sea el camino para una inteligencia

entre los españoles emigrados y los que han quedado en España” (333). Se considera que tiene un “conocimiento maduro y objetivo de América, no igualado hasta ahora por ningún escritor español” (Zulueta 334).

Es uno de los intelectuales más citados y referidos en el presente trabajo, no solo por sus comentarios y artículos sobre literatura hispanoamericana –así como sus libros- sino también por sus opiniones acerca de la realidad americana y de las relaciones intercontinentales.

CASTRO Y CALVO, JOSÉ MARÍA

(Zaragoza, 1903-Barcelona, 1983)

Profesor, investigador y creador literario.

Licenciado y doctorado en Medicina y Letras,

Empezó su carrera en la Universidad de Barcelona en 1942 y fue elegido decano de la Facultad de Letras en 1944. Desde el curso 1947-1948, se encarga de la Cátedra de literatura hispanoamericana. Complementará esta materia con clases de lengua y literatura española, de dialectología hispánica y de gramática general.

SOUVIRÓN, JOSÉ MARÍA

(Málaga, 1904-1873)

Escritor y crítico literario español.

Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras.

Vivió en París y también en Chile (1941-1953) donde ejerció de catedrático de Literatura en la Universidad Católica de Chile y fue director de la editorial Zig-Zag. A su regreso en 1953 en España se integrará al Instituto de Cultura Hispánica, en la

cátedra Ramiro de Maeztu, y será subdirector de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*.

MAGARIÑOS, SANTIAGO

(España, 1905- Venezuela, 1979)

Historiador, ensayista y profesor.

Catedrático de Historia en la Universidad de Madrid.

Intelectual falangista, tuvo que exiliarse a Venezuela a causa de su homosexualidad, desde donde continuó su tarea como catedrático universitario.

IGLESIAS BRAGE, FRANCISCO

(El Ferrol, La Coruña, 1900 - Madrid, 1973)

Aviador, militar –capitán-, ingeniero aeronáutico y aventurero muy popular en la época.

Concibió un proyecto de expedición al Amazonas –herencia de las expediciones científicas del siglo XVIII- auspiciado por los gobiernos de Perú, Colombia, Ecuador Brasil y España, así como por emigrantes, banqueros y empresarios. Sin embargo, el proyecto fue abortado en marzo de 1926 y nunca reemprendido.

Al estallar la guerra civil, se alinea al bando sublevado.

GONZÁLEZ RUANO, CÉSAR

(Madrid, 1903-1965).

Periodista y escritor –cultivó todos los géneros literarios-.

Articulista infatigable, fue corresponsal en varias ciudades europeas, como Londres, París, Berlín y Roma. Se le considera personaje dudoso y amoral, y es acusado de tráfico de mercancías, de influencias, de información –supuestamente habiendo delatado

a judíos y por lo tanto de haber mantenido estrechos vínculos con el nazismo en el París ocupado-. Aunque no existan pruebas materiales de ello, dichas acusaciones le valieron la condena a 20 años de prisión por la Francia liberada, pero nunca la cumplió al regresar a España tras el conflicto.

Fue asimismo asiduo del madrileño Café Gijón y sus tertulias.

APARICIO, JUAN

(Guadix, Granada, 1906 – Madrid, 1987)

Periodista y político español.

Licenciado en Derecho.

A pesar de sentir afinidades por el comunismo en su juventud –y ser próximo a *La Gaceta Literaria*-, pronto virará hacia posiciones conservadoras. En 1931 fundó junto a Ramiro Ledesma Ramos, el semanario y grupo político *La Conquista del Estado*. Fue también uno de los creadores de las JONS y ocupó varios cargos políticos durante el régimen franquista, entre otros el de Delegado Nacional de Prensa (1941-1945), período caracterizado por la censura y las rígidas normas ideológicas.

SANZ Y DÍAZ, JOSÉ

(Guadalajara, 1907- Madrid, 1988)

Escritor, ensayista, periodista, crítico, historiador y filólogo.

Autor de *Narradores hispanoamericanos* (1942).

GULLÓN, RICARDO

(Astorga, León, 1908- Madrid, 1991)

Profesor universitario, abogado, crítico literario e historiador de la literatura.

Licenciado en Derecho.

Tuvo problemas con el régimen franquista por su colaboración con el ejército republicano. Fue arrestado tras el conflicto pero fue liberado gracias a la intervención de Luís Rosales y Luís Felipe Vivanco. Con todo, se le apartó de su actividad profesional durante tres años.

Posteriormente se instaló en los Estados Unidos en donde ejerció como profesor universitario y se convirtió en uno de los hispanistas de mayor influencia en este país.

PANERO, LEOPOLDO

(León, 1909-1962)

Poeta español.

Licenciado en Derecho.

Si bien al estallar la guerra civil se alinea al bando republicano, por lo que llegó a ser arrestado, tras la muerte de su hermano gira hacia el conservadurismo y se afiliará a Falange Española.

Participó en la denominada “misión poética” (1949-1950), juntamente a Antonio Zubiaurre, Luís Rosales y Agustín de Foxá, a varios países americanos antes del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el régimen de Franco.

Colaboró en varias revistas españolas, como *Escorial*, *Haz*, *Juventud creadora*, etc y, muy especialmente, dirigió *El Correo Literario*. Igualmente participó en la organización de las Exposiciones Bienales de Arte, y fue secretario de una sección del Instituto de Cultura Hispánica.

DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO

(Manresa, 1909- Barcelona, 1984)

Poeta, profesor, crítico, investigador de la historia de la literatura.

Autor prolífico, escribió más de doscientos títulos, entre libros de divulgación, didáctica, poemarios, ensayos y antologías. También se ocupó de la dirección de revistas, la edición de textos o la coordinación de trabajos. Destaca su *Historia general de las literaturas hispánicas*, que responde a su voluntad de hacer síntesis de vasto alcance.

A pesar de su ideología de talante republicano, no fue beligerante en modo alguno con el franquismo. Fue miembro del CSIC, de la Hispanic Society, la Real Academia de la Lengua Española y a la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, entre otras instituciones.

CANO, JOSÉ LUÍS

(Algeciras, 1912- Madrid, 1999)

Escritor y crítico literario.

En 1947 cofunda la revista *Ínsula*, y llegó a ser director de la misma a mediados de los 80. Ejerce la crítica literaria –básicamente sobre literatura contemporánea y poesía- en varias publicaciones españolas, notablemente, *Ínsula*.

Fue director de la colección Adonais de poesía, que otorga el prestigioso premio del mismo nombre.

MARÍAS, JULIÁN

(Valladolid, 1914-Madrid, 2005)

Escritor y profesor español.

Doctorado en Filosofía por la Universidad de Madrid, fue uno de los discípulos más destacados de Ortega y Gasset, así como de Xavier Zubiri, José Gaos, Manuel García Morente, etc.

Por su colaboración en tareas republicanas no se le permitió enseñar en universidades españolas, por lo que ejerció en Estados Unidos. Tampoco recibió el título de doctor hasta 1951 y solo pudo publicar en la prensa peninsular a partir de los 50. Con todo, fue un activo colaborador en la prensa española, de lo cual es ejemplo la sección “Plaza Mayor” de *Ínsula*.

CAMPOS, JORGE

(Madrid, 1916 - Segovia, 1983)

Escritor, crítico e historiador de la literatura.

Licenciado en filosofía y Letras. Especializado en romanticismo español y literatura hispanoamericana.

Ejerció de profesor en la Real Escuela de Arte Dramático y en centros de Estados Unidos. Es autor de una *Antología hispanoamericana* (1950).

De ideología republicana, prefiere el silencio político y el exilio interior a abandonar la Península tras el conflicto bélico. Colabora asiduamente en la prensa cultural como crítico literario y recibe el Premio Nacional de Literatura a mediados de los 50.

DEL HOYO, ARTURO

(Madrid, 1917-2004).

Escritor, editor y crítico literario.

Licenciado en Filología Románica.

Vinculado al Ateneo de Madrid. Durante la guerra civil fue miembro del ejército republicano, por lo que fue condenado a muerte, aunque se le conmutó la pena. Trabajó por la editorial Aguilar –del que llegó a ser asesor literario sustituyendo a Federico Carlos Sainz de Robles- desde dónde editó las *Obras completas* de Federico García Lorca en 1954- y en la redacción de la revista *Ínsula*, dos reductos de republicanismo durante la posguerra.

PÉREZ EMBID, FLORENTINO

(Huelva 1918- Madrid, 1974)

Historiador, profesor y escritor español.

Licenciado y doctorado en Filosofía y Letras.

Fue uno de los fundadores de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla en 1942.

Durante el franquismo, fue director general de Información junto a Gabriel Arias Salgado y por lo tanto, máximo responsable de la censura durante el sexenio liberal (1951-1957), y consejero nacional de Educación entre 1953 y 1963.

Fue asimismo presidente del Ateneo de Madrid (1951-1956) y miembro destacado del Opus Dei.

ESTEVA FABREGAT, CLAUDIO

(Marsella, 1918-)

Antropólogo, investigador y profesor de origen español afincado en México.

Licenciado y doctorado en Filosofía y Letras, especializado en Historia de América.

Ocupó distintos cargos de profesor y catedrático universitario y dirigió varios museos y centros de investigación, entre ellos, el Museo Nacional de Etnología de Madrid.

De ideología republicana, se exilió en México en 1938, y pasó su vida entre México y España. Colaboró en varias publicaciones, entre ellas *Índice*, bajo el pseudónimo Ibérico, y en la sección “Mirador de América”.

PIÑAR, BLAS

(Toledo, 1918 –Madrid, 2014)

Notario, editor, político y escritor español.

Licenciado y doctorado en Leyes.

De ideología ultraderechista, lo que marcó su trayectoria política y su vida pública, se alineó con el bando nacional.

Dirigió el Instituto de Cultura Hispánica entre 1957 y 1962.

CORRALES EGEA, JOSÉ

(Lareche, Marruecos, 1921-1990)

Nacido en el Marruecos español a pesar de escribir en castellano.

Escritor, ensayista y profesor de lengua y literatura española.

Licenciado en Filosofía y Letras.

Exiliado en París desde donde colabora en publicaciones como *Ínsula*, *Cuadernos para el diálogo*, o *Triunfo*.

ARROITA-JÁUREGUI, MARCELO

(Santander, 1922-1992).

Periodista, escritor, poeta, traductor, crítico literario y cinematográfico y actor de cine.

Fue colaborador de varias publicaciones falangistas, como *Haz*, *Juventud*, *El Alcázar*,

Alerta, y del *Movimiento*, de Santander. Admirador de José Antonio Primo de Rivera y de Franco. A pesar de ello, se le considera miembro del “falangismo de izquierdas”⁵¹⁴.

FRAGA IRIBARNE, MANUEL

(Lugo, 1922- Madrid, 2012)

Político, diplomático y profesor español.

Licenciado en Ciencias Políticas y Doctorado en Derecho.

Desempeñó varios cargos políticos durante el franquismo –su carrera política prosiguió de forma ininterrumpida hasta un año antes de su muerte–.

Fue secretario general del Instituto de Cultura Hispánica a inicios de los 50.

GIL MUNILLA, OCTAVIO

(Tudela, Navarra, 1922-)

Historiador e investigador español.

Especializado en temas americanos, actualmente es vicerrector de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Es también miembro del Opus Dei.

DELGADO, JAIME

(Madrid, 1923-)

Escritor (ensayo y poesía), profesor e investigador.

Licenciado y doctorado en Filosofía y Letras, sección Historia.

⁵¹⁴El “falangismo de izquierdas” estaría representado por, entre otros, “Juan Fernández Figueroa, director de *Índice*, el crítico y poeta Marcelo Arroita-Jáuregui, Manuel Sacristán, Miguel Sánchez-Mazas, Carlos París, Francisco Ferreras, Javier Herrero” (Gracia, Estado y cultura 33) y el sector liberal por Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Jaime Vicens Vives, Luis Escobar, Modesto Higuera, Pérez Casas, Federico Sopeña, Luís Moya, Rodríguez Soto” (33).

Catedrático de Historia de América de la Universidad de Barcelona (1955-1973) y de la Universidad Complutense de Madrid (1973-)

Responsable del Departamento de Historia del Instituto de Cultura Hispánica (Seminario de Problemas Hispanoamericanos) de 1947 a 1950. Colaborador asiduo de la prensa cultural como crítico literario, en especial sobre novela mexicana.

MORALES PADRÓN, FRANCISCO

(Gran Canaria, 1924- Sevilla, 2010)

Historiador y profesor español.

Doctorado en Historia de América.

Especializado en el descubrimiento de América, fue colaborador del CSIC y de la Escuela de Estudios. También fue catedrático de la Universidad de Sevilla.

CARBALLO PICAZO, ALFREDO

(Madrid, 1925-1976)

Ensayista, filólogo, investigador, editor y profesor universitario español.

Licenciado y doctorado en Filología Románica

Colaborador activo de la fundación de la Sociedad Española de Lingüística. Fue secretario de la *Revista de Filología Española*.

VÁZQUEZ CUESTA, PILAR

(Lugo 1926-)

Licenciada en Filosofía y Letras, sección Filología Moderna. Posteriormente se especializa en portugués.

Llego a ser catedrática de Portugués en Salamanca y Santiago de Compostela, lo que supuso la primera cátedra de portugués en una universidad española.

Estuvo relacionada con la tertulia que fundó la revista leonesa *España*, de marcado compromiso político y social y que publicó la obra de poetas contrarios al régimen.

VALBUENA BRIONES, ÁNGEL

(Madrid, 1928- Hockessin, Delaware, EUA, 2014)

Hijo de Ángel Valbuena Prat.

Licenciado en filosofía y Letras, doctorado en Filología Románica.

Profesor e investigador, en España, Gran Bretaña y EUA.

Miembro del comité asesor y colaborador del CSIC y de su revista *Arbor*.

Autor del volumen 4º, dedicado a la Literatura Hispanoamericana, de la *Historia de la Literatura Española* de su padre aparecido en 1962.

VALENTE, JOSÉ ÁNGEL

(Orense, 1929- Ginebra, 2000)

Poeta, ensayista, profesor y traductor.

Licenciado en Derecho y en Filología Románica.

Impartió clases en las Universidades de Oxford y Ginebra. Traductor de obra de ficción y de organismos internacionales como la UNESCO.

LÓPEZ PACHECO, JESÚS

(Madrid, 1930 - London, Ontario 1997).

Novelista, dramaturgo, poeta y ensayista.

Licenciado y Doctorado en Filosofía y Letras.

Ayudante de editor de la revista *Índice* de 1955 a 1958. Mantuvo relaciones límite con el gobierno: su participación en la organización del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes, uno de los detonantes de los sucesos del 56, le valió la detención y la encarcelación temporal.

A finales de los años 60 se traslada a vivir a Canadá.

GIL NOVALES, ALBERTO

(Barcelona, 1930-)

Historiador, profesor y editor español.

Doctorado en Derecho. Especializado en Joaquín Costa y el Trienio Constitucional.

Hermano del escritor, dramaturgo y traductor Ramón Gil Novales.

SAZ, AGUSTÍN DEL

No poseemos datos sobre la fecha y el lugar de nacimiento y muerte.

Escritor, profesor e historiador de la literatura.

Doctor en Letras por la Universidad de Madrid

Ejerció como catedrático del Instituto Ausiás March de Barcelona y fue también catedrático de la Universidad de Panamá, en donde pasó gran parte de su vida, alcanzando un gran conocimiento de este país. Ejemplo de ello es su novela *Tamborito* (1932).

VILA SELMA, JOSÉ

Desconocemos las fechas y lugares de nacimiento y muerte.

Novelista, investigador y crítico literario español.

Realiza su tesis doctoral sobre Rómulo Gallegos, que publica posteriormente bajo el nombre de *Procedimientos y técnicas en Rómulo Gallegos*.

Colaborador de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y del Departamento Internacional de Culturas Modernas del CSIC, ejercerá de crítico literario en revistas como *Arbor*, etc., lo que demuestra su integración en el entramado franquista.

COLLANTES DE TERÁN, JUAN

Encontramos muy poca información sobre el autor, empezando por las fechas y el lugar de nacimiento y muerte.

Escritor, profesor y crítico literario.

Catedrático de la Universidad de Sevilla y colaborador de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, así como miembro del Club la Rábida.

CALDERÓN Y DE GÁLVEZ, EMMA

La información biográfica que poseemos de Emma Calderón es muy limitada y parcial, empezando por la flechas de nacimiento y muerte –aunque podemos deducir que nació en el último tercio del XIX-. Nació en la localidad gaditana de San Fernando.

Poeta y colaboradora asidua en la prensa.

Apodada la “laureada poetisa”, fue una firme defensora de los derechos y la situación de las mujeres, como mostró en sus artículos en la prensa, como es ejemplo su protesta ante la Real Academia de la Lengua al haber impedido la entrada de Emilia Pardo Bazán.

Su rastro se pierde en 1936.

GIL TOVAR, FRANCISCO

No se encuentran datos sobre lugar y fecha de nacimiento.

De origen español, es colombiano de adopción desde 1953.

Escritor, teórico y crítico del arte, catedrático universitario.

Columnista cultural, en especial de arte en periódicos y revistas especializadas de España e Hispanoamérica, dirigió igualmente algunas publicaciones y ejerció de profesor de humanidades. Realizó una serie de artículos bajo el título de “Notas para un panorama literario de Hispanoamérica” dedicados a distintos países americanos en *El Correo Literario* a mediados de los años 50.

Condecorado con la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica por parte del Gobierno Español por su acción cultural en Hispanoamérica.

6.1.1.2. Intelectuales de origen americano**PERÉS I PERÉS, RAMÓN DOMÈNECH**

(Cuba, 1863 – Barcelona, 1956)

Poeta, periodista, traductor y crítico. Ejerció sin haber finalizado sus estudios.

A pesar de su formación autodidacta, -no terminó sus estudios-, fue director del periódico *L’Avenç* (1883-1884) y a partir de los años 30 se dedicó a escribir obras de divulgación como la *Historia de la literatura española e hispanoamericana* (1947).

GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO

(Bogotá, 1869-1947).

Poeta, diplomático, político, y crítico literario colombiano.

A pesar de no contar con formación académica, ejerció como docente universitario y

será investido con dos Doctorado Honoris Causa en Filosofía y Letras (Universidad de Rosario) y Leyes (Universidad de Chile) posteriormente.

Desempeñó tareas diplomáticas en España –en 1892 asistió a clases de Menéndez Pelayo-, Italia y otros países americanos.

A lo largo de su vida, ocupó los cargos de diputado, senador y Ministro de Instrucción Pública, de Gobierno y de Relaciones Exteriores.

Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española. Destacan, en relación a nuestra temática, su *Historia de la literatura colombiana*, en 4 tomos.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO

(Santo Domingo, 1884-Buenos Aires, 1946)

Escritor, filólogo, crítico literario, profesor universitario y periodista dominicano.

Vinculado con la cultura desde su infancia al ser hijo de la poeta Salomé Ureña de Henríquez y del médico, abogado y escritor Francisco Henríquez y Carvajal. Se le considera uno de los más grandes intelectuales de su país, aunque estableció un estrecho vínculo con Argentina, en dónde pasó la última etapa de su vida.

Impartió la docencia y fue catedrático de varias universidades americanas. En España, colaboró con el Centro de Estudios Históricos de Madrid, junto a Ramón Menéndez Pidal y fue uno de los impulsores de la *Revista de Filología Española*.

Su obra *Las corrientes literarias de la América Hispana* (1949), es considerada un aporte ejemplar a la historia literaria americana.

INSÚA, ALBERTO

(La Habana, 1885 - Madrid, 1963)

Su nombre real era Alberto Galt y Escobar.

Periodista y escritor cubano.

Estudió Derecho en Madrid.

Colaboró en importantes rotativos y revistas españoles como *Blanco y Negro*, *El Liberal*, *El País*, *Nuevo Mundo* y *La Gaceta Literaria*. Durante la I Guerra Mundial fue corresponsal de *ABC* en París.

Escritor de novelas, así como de novelas cortas y relatos que aparecerán en la colección *El Cuento Semanal*. Participó en el gobierno de la República en el seno del partido de Lerroux, con el cargo de gobernador civil en Málaga y Vitoria.

ZUM FELDE, ALBERTO

(Bahía Blanca, Argentina, 1887-Montevideo, 1976)

Crítico, historiador, dramaturgo y ensayista uruguayo de origen argentino.

De formación autodidacta, escribió varias obras sobre la literatura uruguaya e hispanoamericana en general. Fue funcionario de la Biblioteca Nacional, y uno de los nueve miembros fundadores de la Academia Nacional de Letras (1943). Ha recibido varios premios nacionales de literatura.

A mediados de 1950 se convirtió al catolicismo.

HERNÁN DÍAZ ARRIETA: ALONE

(Santiago de Chile, 1891-1984).

Ensayista, novelista y crítico literario chileno.

Trabajó como funcionario del Ministerio de Justicia durante 25 años.

De formación literaria autodidacta, llegó a ser considerado como uno de los más influyentes críticos literarios chilenos. Principalmente utilizó el pseudónimo Alone,

pero también otros como Alba Serena, Nanreh de Zaid, Ariel, Azrael, Ever, Oliver Brand, Raro, Uno, Nadie, Otro, Par, etc. Entre los escritores que “descubrió” y respaldó, encontramos a María Luisa Bombal, Marta Brunet, Augusto D’Halmar, Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Fue miembro de la Academia Chilena de la Lengua y de la academia Chilena de la Historia, y recibió varias distinciones.

A nivel ideológico, fue un ferviente católico y declarado anticomunista.

AYALA DUARTE, CRISPÍN

(Venezuela, 1893- Barcelona, 1958)

Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas por la Universidad de Caracas.

Ocupó el sillón O de la Academia Venezolana de la Lengua desde 1932.

Desde 1942, fue designado Cónsul General de Venezuela en Barcelona, en dónde básicamente desarrolló tareas diplomáticas e impartió cursos y conferencias sobre literatura hispanoamericana en las universidades de Madrid, Barcelona y Zaragoza.

Autor del *Resumen histórico-crítico de la literatura hispanoamericana* (Caracas 1927, Madrid, 1945). Igualmente, fue miembro el CSIC como investigador extranjero.

REMOS, JUAN JOSÉ

(Santiago de Cuba 1896-1961)

Escritor, profesor, historiador, periodista, político y diplomático cubano.

Doctorado en Filosofía y Letras y Graduado en la Escuela Profesional de Periodismo.

Como político, fue ministro de Defensa Nacional, de Relaciones Exteriores y de Educación entre 1936 y 1940. Como diplomático, fue delegado permanente de Cuba ante la UNESCO, embajador de Cuba en España y asistió como delegado al Primer

Congreso de Academias de la Lengua Española (México, 1951), en el cual España no participó.

Dirigió y colaboró en varias revistas culturales, entre ellas *Revista de Indias*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y fue miembro de varias academias e instituciones cubanas.

Entre sus obras, destacan las dedicadas a la historia de Cuba y a su literatura.

TORRES RIOSECO, ARTURO

(Tasca, Chile, 1897- California, EUA, 1971)

Profesor universitario, escritor, crítico literario, traductor e historiador chileno.

Docente universitario de prestigio, enseñó en varias universidades estadounidenses y latinoamericanas, aunque adquirió el máximo rango de Catedrático de literatura Iberoamericana en la Universidad de Berkeley.

A raíz de sus viajes de formación y en tanto que profesor invitado, entró en contacto con intelectuales, artistas y escritores como Amado Nervo, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, etc.

Fundador del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y director de la *Revista Iberoamericana*, fue miembro de varias instituciones, como las Academia Mexicana y Panameña de la Lengua, la Modern Language Association of America o el Harvard Council on Spanish American Studies, etc.

Su obra *La gran literatura Iberoamericana*, publicada en 1945, supuso un hito en su momento por la magnitud y complejidad de la misma, que pretendía abarcar todo el panorama de la literatura de Iberoamérica.

CARRIÓN, BENJAMÍN

(Loja, Ecuador, 1897-1979)

Escritor, político, abogado, profesor universitario y diplomático ecuatoriano.

Licenciado y doctorado en Derecho.

Viaja a París a finales de los veinte en dónde traba amistad con Gabriela Mistral y conoce a José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Alfonso Reyes y José María Arguedas, entre otros hispanoamericanos. En 1927 funda la editora París-América con el objetivo de dar a conocer escritores consagrados y noveles americanos. Sin embargo, la empresa fracasó.

Demostró un constante interés por la promoción de la cultura y por la literatura hispanoamericana. Regresa a su país natal a principios de los treinta, aunque pasará períodos en el extranjero en tanto que diplomático, profesor en universidades extranjeras, etc, o bien por problemas con las sucesivas dictaduras ecuatorianas.

Como político, de afiliaciones socialistas y comunistas, desempeñó cargos de Ministro, Senador, asesor, etc.

Es autor de *Los creadores de la Nueva América* (1928) y de *Mapa de América* (1930).

SÁNCHEZ, LUÍS ALBERTO

(Lima, 1900-1994)

Escritor, historiador, crítico literario, abogado, periodista y político peruano.

Doctorado en Historia, Filosofía y letras (1922) y licenciado en Derecho (1926).

Profesor del Colegio Alemán donde tuvo a Guillermo Lohmann como alumno.

Fue miembro del Partido Arpista Peruano, y se relacionó en su juventud con Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui, Ladislao Meza, etc.

Por su actividad y compromiso político, así como su defensa de la libertad y de la democracia, tuvo problemas con los gobiernos de turno de su país, siendo deportado y partiendo a exilio en varias ocasiones, como por ejemplo durante los gobiernos de Luis Miguel Sánchez Cerro y de José Luis Bustamante y Rivero.

Con todo, gozó de una gran reputación intelectual, siendo rector de la Universidad de San Marcos cuando la situación política lo permitía, y llegó a ser senador, ya en la década de los 60. También en España será publicado y reconocido, como por ejemplo con *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (1953) y *Escritores representativos de América* (1957). Sus ideas sobre la literatura americana tuvieron gran influencia, también en España.

Colaboró en varias publicaciones, tanto en el Perú como en el extranjero.

LATCHAM, RICARDO

(La Serena, Chile, 1903- La Habana, 1956)

Ensayista, periodista, profesor universitario, diplomático, diputado y crítico literario chileno.

Estudió Filosofía y Letras.

Exiliado en Europa entre 1927-1929 durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo.

Viajó a Madrid y Barcelona. Fue miembro y uno de los fundadores del partido socialista chileno (1933), así como de varias instituciones como la Academia Chilena de la Lengua; de la Real Academia Española; de la Academia Uruguaya de Letras; etc.

Colaboró en la prensa chilena, española, americana y europea y ejerció como docente.

BERENGUER CARISOMO, ARTURO

(Buenos Aires, 1905-1997/8)

Dramaturgo, investigador, profesor, periodista y crítico literario.

Abogado y doctorado en Filosofía y Letras.

Fue profesor y llegó a ser decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el intervalo 1955-1976. Colaboró asiduamente en la prensa e impartió conferencias sobre arte y literatura, además de ser secretario de Actas de la Unión Iberoamericana.

En España es esencialmente conocido por su obra *Medio siglo de literatura hispanoamericana* publicada por el Instituto de Cultura Hispánica en 1952 en colaboración con el también argentino Jorge Bogliano.

USLAR PIETRI, ARTURO

(Caracas, 1906 - 2001)

Escritor (cultivó todos los géneros), periodista, profesor universitario y político venezolano.

Cursó Derecho y se doctoró en Ciencias Políticas.

Ha sido considerado uno de los intelectuales y de los escritores más importantes de su país, tras Rómulo Gallegos.

Tras una serie de viajes por Europa y una estancia de cinco años en París –en donde coincide con Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier-, regresó a su Venezuela natal en 1935, tras la muerte del dictador Juan Vicente Gómez y empezó una intensa y comprometida vida política –fue Ministro de Educación, de Hacienda y de Relaciones Exteriores-. Fundó asimismo el Partido Democrático Venezolano.

Fue Catedrático de la Universidad de Venezuela e impartió clases en Columbia durante su exilio en Nueva York.

Publicó entre otras, *Breve historia de la novela hispanoamericana* (1954) y *Letras y hombres de Venezuela* (1958).

BARÓN CASTRO, RODOLFO

(San Salvador 1909- Mazagón, España, 1986)

Diplomático e historiador salvadoreño, especializado en demografía histórica.

Nacido en el seno de una importante familia salvadoreña, se trasladará a Madrid en donde estudiará Derecho en la Universidad de Madrid.

Desde 1928 trabajará por el Servicio Exterior de El Salvador en España, realizando tareas diplomáticas, culturales y académicas.

Estuvo relacionado con el Ateneo de Madrid y con la revista republicana *Tierra Firme*.

También trabó amistad con Américo Castro. Con todo, tras la guerra civil, se convirtió en colaborador del Instituto González Fernando de Oviedo.

Publicó *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos* (1944) y escribió el capítulo sobre la literatura prehispánica y colonial en la *Historia de la literatura universal* dirigida por Ciriaco Pérez (1946).

CABALLERO CALDERÓN, EDUARDO

(Bogotá, 1910-1993)

Próflco escritor (novelista y ensayista), periodista, diplomático y político colombiano.

No terminó sus estudios de Derecho para dedicarse al periodismo. Colaboró en múltiples publicaciones americanas y españolas.

Aparte de viajes y estancias más breves en España como agregado cultural y encargado de negocios, vivirá en Madrid entre 1952 y 1956, en donde funda la editorial Guadarrama y publica algunas de sus más conocidas novelas. Fue miembro de la

Asociación Cultural Iberoamericana de Madrid y de la Academia Colombiana de la Lengua.

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE

(Córdoba, Argentina, 1910- Buenos Aires, 2000).

Escritor, ensayista, crítico literario y profesor universitario argentino.

Fue alumno de Pedro Henríquez Ureña y del filósofo Alejandro Korn.

Fue profesor en universidades argentinas y estadounidenses.

Nunca escondió su adhesión al socialismo.

Autor de numerosos ensayos sobre la historia literaria hispanoamericana, entre ellos la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), y de estudios sobre Domingo Faustino Sarmiento y Rubén Darío. Es igualmente autor de novelas y de libros de cuentos.

LOHMANN VILLENA, GUILLERMO

(Lima, 1915-2005)

Historiador, abogado y diplomático peruano.

Doctorado en Historia.

Fue Catedrático de Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

También desempeñó el cargo de Consejero de la embajada peruana en España (1943-1950 y 1952-1962).

Escribió el capítulo sobre la época moderna hispanoamericana dentro de la *Historia de la literatura universal* dirigida por Ciriaco Pérez (1946).

BOGLIANO, JORGE

(Argentina 1917-)

Profesor, investigador y crítico argentino.

Licenciado en Letras.

Especializado en historia y literatura –sobre todo narrativa y literatura argentina-. Fue discípulo de Pedro Henríquez Ureña y trabajó con Ricardo Latcham. Desarrolló su tarea como profesor en la Universidad del Litoral, en el Liceo Naval y en la Escuela Militar Naval. Colaboró asiduamente en la prensa con artículos de crítica e investigación.

Coautor junto a Berenguer Carisomo de *Medio siglo de literatura hispanoamericana*.

LACALLE, CARLOS

(Montevideo, Uruguay, 1920?-1999?)

Profesor y periodista uruguayo, director de varios periódicos. Colabora con la sección “Correo de Ultramar” en *Mundo Hispánico*. Fue secretario General de la Oficina de Educación Iberoamericana, adscrita al Instituto de Cultura Hispánica, de 1951 a 1963.

MEJÍA DE FERNÁNDEZ, ABIGAIL

Desconocemos las fechas y lugares de nacimiento y muerte.

Escritora, profesora, investigadora y conferenciante dominicana.

Ejerció de maestra graduada en la Escuela Normal de Maestras de Barcelona (España), así como de profesora de astellano, literatura, pedagogía e historia en la Escuela Normal de Santo Domingo, desde cuyo cargo escribió la *Historia de la literatura castellana. Estudio histórico-crítico que comprende la literatura hispanoamericana*. Llegó a ser directora del Museo Nacional de Santo Domingo.

6.1.2. Las principales instituciones hispanoamericanistas españolas

Ya hemos visto como el fin y el cambio de siglo marcan un punto de inflexión y de reconfiguración de las relaciones con América Latina. Según Escudero, citando a Badía Malagrida, en 1919 constan cuarenta y dos sociedades en la Península Ibérica (El Instituto 16) que aspiran a mejorar las relaciones con América Latina, y seguirán en aumento a lo largo del primer tercio del siglo XX. Apunta Sepúlveda que las instituciones americanistas suponen el motor institucional fundamental del hispanoamericanismo, al perseguir “explícita y fundamentalmente la conformación y reforzamiento de la comunidad cultural hispanoamericana, para lo que llevaron a cabo todo tipo de programas y proyectos” (El sueño 393).

A pesar de que, añade Sepúlveda, la época dorada del asociacionismo se produjo en el intervalo de 1885 a 1936, no es hasta la posguerra y principios de los cincuenta cuando se crean las más importantes instituciones americanistas españolas⁵¹⁵, respaldadas por una fuerte iniciativa estatal. Se trata de instituciones fundamentales en la construcción de la imagen y de las relaciones de y entre Hispanoamérica y España, una imagen que no solo será la propia del período franquista, sino que, en la opinión de Montserrat Huguet, llegará hasta la actualidad.⁵¹⁶

⁵¹⁵ Como las cátedras de Historia de América de las Universidades de Sevilla y Complutense, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, el Museo de América, el Consejo de la Hispanidad o el Instituto de Cultura Hispánica, entre otros.

⁵¹⁶ “Es casi un lugar común afirmar que los años transcurridos entre el final de la guerra civil española y el comienzo de la década de los años cincuenta, y en especial los primeros años cuarenta, fueron esenciales para la configuración de la imagen que la sociedad contemporánea española tiene de América Latina y de las relaciones de nuestro país con los diferentes Estados que la componen. La intensidad con que se forjaron los moldes ideológicos destinados a fundirse dentro de la sociedad” (Huguet 347). Igualmente se pronuncia Pérez Herrero: “la imagen que la sociedad española y más particularmente la madrileña tiene en la actualidad de la historia de América, comprobando que se trata en líneas generales de una visión anacrónica, ‘hispanista’ y paternalista” (242).

La siguiente exposición tiene por objetivo describir brevemente el origen, la trayectoria y la idiosincrasia de las principales instituciones americanistas españolas, aquellas que pudieron influir en la visión e interpretación de América desde la Península o bien las que participaron activamente en la difusión de la literatura hispanoamericana en España, mediante la organización de actos, conferencias o bien con sus publicaciones. Nos referimos a la Unión Iberoamericana, el Centro de Cultura Hispanoamericana, la Casa de América de Barcelona, el Centro de Estudios Americanistas de Sevilla, la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos, la Asociación Cultural Hispanoamericana, el Consejo de la Hispanidad, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, el Instituto de Cultura Hispánica, el Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica, o la Asociación Internacional de Hispanismo.

Unión Iberoamericana (1885-1939)

La Unión Iberoamericana se fundó en 1885 con el objetivo de estrechar las relaciones sociales, científicas, políticas, artísticas y, muy especialmente, económicas, entre España –aunque se incluía a Portugal- y la América de habla española⁵¹⁷, siendo su nombre reflejo de la voluntad de “unión peninsular.

Entre las actividades y eventos promovidos, destacan especialmente la organización en 1900 del Congreso Económico y Social Iberoamericano de Madrid, el sostenimiento del Patronato de Estudiantes hispanoamericanos, el enriquecimiento de la

⁵¹⁷ Juan Carlos Pereira Castañares cita los estatutos de la entidad: "una Asociación internacional que tiene por objeto estrechar las relaciones de afecto sociales, económicas, artísticas, y políticas de España, Portugal y las Naciones americanas, procurando que exista la más cordial inteligencia entre estos pueblos hermanos" (España e Iberoamérica: un siglo 117).

Biblioteca Hispanoamericana, la organización de ciclos de conferencias, la publicación de libros en una colección homónima y de la *Revista de las Españas*, el relevante papel desempeñado en la Exposición Iberoamericana de Sevilla y la creación de la llamada Fiesta de la Raza. Igualmente, al decir de Juan Carlos Pereira Castañares, la institución se dedicó a la promoción de viajes de intelectuales y profesores universitarios, la elaboración de un *Diccionario de voces geográficas españolas*, dirigido por la Real Sociedad Geográfica de Madrid, o la creación en 1910 en Buenos Aires de un Instituto Cultural Español, con la colaboración de la colonia española en dicha capital (España e Iberoamérica: un siglo 104).

Sepúlveda no duda en caracterizarla como la mayor asociación no gubernamental de carácter americanista que ha existido en España (El sueño 399).

Centro de Cultura Hispanoamericana (1910-1925)

Palmira Vélez, citando la Memoria de la institución de 1923, indica que su objetivo era “el procurar por medio de la cultura y de la enseñanza la reivindicación histórica de la gran obra civilizadora de España en América” (La historiografía 129). Todo ello, pues, dentro de un considerable nacionalismo esencialista, del que era figura cabal su vicepresidenta, Blanca de los Ríos Lampérez, que, según el mismo Sepúlveda, “ubicó el Centro dentro de los planteamientos del panhispanismo, definiéndolo como un movimiento de unificación étnica” (El sueño 406).

Casa de América de Barcelona (1911-1947)

Concebida como entidad privada que defendía el americanismo a través del acercamiento económico y el intercambio comercial, la Casa de América surgió en Barcelona para compensar la falta de política oficial del Estado de Madrid.

Debilitada económicamente por la crisis internacional y por la guerra civil, languidecería durante el franquismo: su ideal iberoamericano se desvanece en pro del afán hispánico de la dictadura, y como institución se verá eclipsada por el Instituto de Cultura Hispánica que en 1948 implantó en Barcelona una de sus delegaciones, -el Instituto de Estudios Hispánicos-, por el intervencionismo y las políticas proteccionistas estatales, así como por la fundación del Instituto del Libro Español que invadió la labor promocional del libro emprendida antes de la guerra civil (Dalla Corte, 16).

Centro de Estudios Americanistas de Sevilla (1913-1925)

Sevilla, en tanto que sede tanto del Archivo General de Indias y de la Biblioteca Colombina, ha sido siempre considerada centro legitimado de la erudición e investigación americanista, en especial historiográfica. No es de extrañar, pues, que la institución creada en 1913 tuviera como objetivo principal la reconstrucción del pasado histórico. En la práctica, afirma Vélez, la voluntad de ciencia histórica quedó subordinada al discurso político: la erradicación de la leyenda negra también implicaba demostrar al resto de potencias extranjeras la dominación española y subrayar sus logros en los territorios de Ultramar. Es decir, que la historia divulgada era una historia

rectificada en la que se mantenían los viejos mitos coloniales y no se introducían temas nuevos (“El período” 184).

Instituto Hispano-cubano de Sevilla (1928-actualidad)

El Instituto Hispano Cubano de Historia de América fue fundado en Sevilla en 1928 por Rafael González Abreu, Vizconde de Los Remedios. Estaba dedicado al estudio y a la difusión de la historia de continente americano, especialmente de la isla de Cuba.

Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos (1934-1936)

Del plan republicano de acción exterior para con América, destacan –aparte del intercambio de universitarios, profesores, conferenciantes, de la concesión de becas y de exposiciones- la creación del departamento de Hispanoamérica del Centro de Estudios Históricos y la revista trimestral *Tierra Firme*.

Inaugurada oficialmente en 1934, la sección de estudios hispanoamericanos del Centro de Estudios Histórico tuvo como principal impulsor y director a Américo Castro. Su actividad respondió, según Bernabéu, a dos objetivos: formar a especialistas en España y “la edición de una revista y de una colección de monografías que potenciase la memoria cultural de los pueblos de habla castellana” (“El americanismo” 55), en un intento de alejarse de actitudes paternalistas y panegíricas de la conquista y de potenciar un trabajo científico y riguroso “cimentado en la crítica literaria y los últimos avances del americanismo internacional” (56).

El estallido de la guerra civil dispersó a la mayoría de los miembros más selectos, con la notable excepción de Manuel Ballesteros Gaibrois, que alineado con el bando nacionalista, se ocuparía posteriormente de organizar el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

Asociación Cultural Hispanoamericana (1940)

Fue la primera institución creada después de la contienda con el objetivo de impulsar las relaciones con América Latina y como sustituta de la Unión Iberoamericana. A pesar de su aparente desvinculación del aparato estatal, los valores y los propósitos defendidos por la Asociación correspondían con los de la ideología del régimen y, de hecho, estaba al servicio del ministerio de Asuntos Exteriores: partiendo del ideal de la Hispanidad como comunidad de pueblos compartiendo estirpe, lengua, cultura, religión y destino histórico, pretendía luchar contra la leyenda negra y contra los enemigos de la esencia y la causa hispánica.

No obstante, tuvo una vida breve, ya que la constitución del Consejo de la Hispanidad en noviembre del mismo año implicaría la desaparición de todas las instituciones con fines similares.

Consejo de la Hispanidad (1940-1945)

Recién finalizada la guerra civil, uno de los objetivos prioritarios del nuevo régimen fue el de la consolidación y legitimación del mismo, tanto a nivel interno como externo, buscando, entre otros, el reconocimiento y el apoyo entre las naciones latinoamericanas. En este sentido, la orientación de la política exterior será fuertemente ideologizada, y, como afirma Sepúlveda, “se decretó el monopolio de la acción oficial

en este campo; lo que condujo a la desaparición de las asociaciones o a una continuidad mediatizada e inoperante” (El sueño 394). Así pues, no solo se determinó su desaparición sino que en ocasiones incluso se incautó su patrimonio, como ocurrió con el local, biblioteca y hemeroteca de la Unión Iberoamericana (404).

El Consejo de la Hispanidad fue inaugurado el 2 de noviembre de 1940, y supuso la materialización del proyecto primorriverista -que nunca se llevó a cabo- de crear una gran entidad oficial coordinadora y directora del americanismo español. Fue concebido en un inicio como órgano asesor y dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores, por iniciativa del Ministro Serrano Suñer, remplazando la Asociación Cultural Hispano-Americana. Se presentó con la intención de devolver a las naciones hispánicas su conciencia unitaria, debilitadas por el influjo de potencias alienas y materialistas como los Estados Unidos. El mismo Serrano Suñer declaraba la “voluntad de proyectar en Hispanoamérica un influjo moral y restaurar el prestigio de la cultura española frente a la usurpación que había perpetrado otra cultura” (cit. en Escudero, El Instituto 39), la norteamericana. Como señala Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla,

la carencia de intereses comunes de índole económica o comercial, la debilidad de su implantación diplomática o las dificultades para acometer una acción política directa a través de las organizaciones falangistas allí establecidas, hacían de la proyección cultural la vía más asequible para fomentar un relanzamiento de las relaciones con la zona. El recurso a la política cultural permitía obviar la dificultad del régimen, al tiempo que ejercía una irradiación ideológica encubierta y atenta al contexto internacional (“Libros y revistas” 26).

Para todo ello resultó clave el ideal de la Hispanidad. Sin embargo, la organización del Consejo en cinco secciones, cultural, política, económica, jurídica y social, demostraba que no solamente perseguía fines espirituales. Asimismo, a principios de los años 40, la propaganda de Falange rezumaba indefinidas -pero beligerantes-, alusiones al Imperio, y la mayoría de miembros integrantes del Consejo fueron falangistas destacados. Igualmente, según José Luis Rubio Cordón,

no era un proyecto de proyección hispánica, sino un proyecto de proyección europea –de la Europa de entonces- a través de España. Por eso no ilusionó ni a los de aquí ni a los fervorosos de la Hispanidad de América. Y aparecía con un talante de predominio español evidente, no de unidad igualitaria (131).

Así pues, en palabras de Escudero, “se aceptaba la necesidad de moderar la retórica, tratando de disimular las similitudes entre la política y el discurso franquista y las potencias del Eje y de escalonar la política exterior” (El Instituto 57), no obstante, la existencia y la acción de este organismo provocó el recelo y las críticas de las naciones americanas, donde generalmente terminó asimilándose Hispanidad con Falange y Fascismo. Igualmente, el Consejo se mostró ineficaz: carecía, desde su nacimiento, de directrices claras, de homogeneidad y de una buena coordinación -frecuentemente las instrucciones internas se contradecían con el discurso exportado en América- y la mayoría de iniciativas y actuaciones en vías de estrechar los vínculos culturales, como la creación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, provinieron del Ministerio de Educación Nacional.

Todo ello, sumado al devenir de la Segunda Guerra Mundial, exigió una metamorfosis del organismo agonizante. En 1946 se inaugura el Instituto de Cultura Hispánica.

CSIC (1938-actualidad)

La Junta para la Ampliación de Estudios, fundada en 1907, fue suprimida en 1938 por el gobierno nacional. Una vez terminada la guerra civil, el nuevo régimen decreta la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas con el objetivo de subvencionar y potenciar actividades de investigación paralelas a la universidad, aprovechando tanto la infraestructura material como las competencias de la

desaparecida Junta. Gonzalo Pasamar destaca especialmente la importante tarea de apoyo del CSIC a los intentos de ruptura del aislamiento internacional en que quedó sumida la España franquista después de la Segunda Guerra Mundial (206).

Teniendo en cuenta la importancia del concepto de Hispanidad en el seno de la ideología franquista, no es de extrañar, como el mismo autor señala, el interés en potenciar el americanismo por parte de las instituciones oficiales (207). Así pues se crearán, dependientes del CSIC, el Instituto Fernando González de Oviedo y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (1940-1983)

El Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo nació, al igual que la posterior Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, principalmente para suplir la carencia de una historiografía americanista española profesional. Según Gonzalo Pasamar, el Instituto, a pesar de estar embebido de la ambigüedad inherente al franquista concepto de Hispanidad, pronto se convertiría

en un elemento más de integración y formación profesional de historiadores –contribuyendo a atomizar el intento de elitismo cultural falangista- y en uno de los resortes de apoyo a la estrategia de reanudación de relaciones diplomáticas (211).

En 1940 empieza a publicar *Revista de Indias*, que no desaparecerá hasta el año 2000.

Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (1942-actualidad)

Inaugurada en 1942, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos se concibió en un origen dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, y debía funcionar en estrecha colaboración con el Instituto Fernández de Oviedo del CSIC y con el Instituto Hispano-Cubano. En la “Crónica de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos hasta el 31 de diciembre de 1944” se incluye el preámbulo del Real Decreto del BOE de noviembre de 1942 sobre la creación de la Escuela, siguiendo

la necesidad de que nuestra juventud estudiosa adquiriera un sólido conocimiento de la Historia de América, en relación íntima con la concienzuda labor de investigación que asegure la vindicación exigida por el prestigio de nuestra ejecutoria en el mundo, impone la creación de un Centro Universitario de trabajo, donde las juventudes hispánicas mantengan fecundo contacto científico como base de un intenso intercambio cultural que el estado español desea impulsar con todo entusiasmo (785).

Su doble función inicial, docente e investigadora, se vio modificada en 1945, al crearse la Sección de Historia de América de la universidad hispalense. En ese momento se desliga la Escuela de la Universidad y pasa a depender exclusivamente del CSIC, potenciando su labor de estudio, publicación de revistas y monografías así como la formación post-universitaria y el intercambio cultural.

Desde sus inicios destacó como organismo promotor del intercambio y contacto científico-cultural entre profesionales de ambos lados del Atlántico, como muestran varias de sus iniciativas, tales la organización de dos asambleas internacionales de Americanistas en 1943 y 1947 y la creación de la Universidad de Verano de Santa María de la Rábida (Huelva). En 1943 se comienzan a celebrar unos cursos de verano en la Rábida, promovidos y dirigidos por Vicente Rodríguez Casado –que seguirá al frente hasta 1974, y con el cual el organismo llega a su máximo esplendor-. Éstos irán creciendo en éxito e importancia y en 1946 se convertirán en la Universidad Hispano-Americana de Santa María de la Rábida, dependiente de un patronato integrado por la

misma universidad, el CSIC, el Gobierno Civil y la Diputación y el ayuntamiento de Huelva. Su propósito principal era el de despertar vocaciones americanistas y dar a conocer América, de ahí que, según el parecer de Monclús Estella, hasta 1950 la temática de los cursos se centrara básicamente en el período anterior a la emancipación americana. No es hasta 1951, habiendo aumentado el número de americanistas, que se empieza a ampliar el campo de estudio (80).

Desde 1944 se publica la revista *Anuario de Estudios Americanos* y de 1948 a 1961 también se editó *Estudios Americanos*. Igualmente, en octubre de 1949, se crea el Club de la Rábida, concebido como un centro de extensión cultural americanista dependiente del CSIC, que pretendía no solo establecer contactos entre la ciudad y la Universidad, sino también fomentar lazos culturales entre profesores, alumnos y exalumnos de la Rábida, así como estudiosos y expertos nacionales y latinoamericanos e instituciones culturales. Veamos lo que escribe Manuel Luengo Muñoz en la “Crónica de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos” de *Estudios Americanos* (núm. 3 de mayo 1949), sobre los fines del Club:

mantener relaciones de amistad y compenetración con las Instituciones culturales, especialmente españolas, portuguesas y americanas; y conservar y fomentar el espíritu de cordialidad convivencia y camaradería entre los Profesores y alumnos de los cursos de la Universidad Hispano-Americana de la Rábida y de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (591).

Para Pasamar, “a finales de posguerra, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos tenía fama de ser el centro de mayor dinamismo de la historiografía franquista” (216), sin embargo, pasado siempre por el tamiz de la ideología del régimen y del ideal de la Hispanidad. Ya hemos visto que en el Real Decreto de su fundación quedaba clara la necesidad de una labor de investigación que asegure “la vindicación exigida por el prestigio de nuestra ejecutoria en el mundo”. A este respecto, añade

Antonio Monclús Estella que el pensamiento ideológico, tanto de la sección de Historia de América como de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y de la Universidad de La Rábida, era conservador en lo moral, tradicionalista en la interpretación histórica desde una perspectiva cristiana integrista aunque procedente de condicionamientos académicos seculares y no eclesiásticos o monacales (77), y que según Marcihacy, se alineaba con el pensamiento del Opus Dei⁵¹⁸.

Asociación Cultural Iberoamericana (1946-1976)

Su origen se remonta a la celebración en junio y julio de 1946 en Salamanca y en el Escorial del XIX Congreso Mundial de Pax Romana, organización católica de estudiantes universitarios, cuyo presidente era, desde 1939, Joaquín Ruíz-Giménez..

Construida formalmente el 15 de mayo de 1947 y presidida por Pedro Laín Entralgo con Víctor de la Serna como secretario, en sus estatutos proclamaba la voluntad de fomentar el desarrollo, la defensa y proyección de la cultura española e hispanoamericana, “en todos sus grados y aspectos a la luz del ideal católico” (Rubio Cordón 163). La Asociación Cultural Hispanoamericana organizó actividades culturales: lecturas, conferencias, recitales, exposiciones, etc.

En noviembre de 1952 y en su seno, nace la Tertulia Literaria Hispanoamericana, en gran medida gracias a la iniciativa de los universitarios hispanoamericanos becados que residían en Madrid y al apoyo del Instituto de Cultura Hispánica. Presidida en su origen por Eduardo Cote Lamus, y con Rafael Montesinos

⁵¹⁸Marcihacy apunta que los hispanoamericanistas de Sevilla y Madrid, “vinculados al Opus Dei, profesaron una lectura católica integrista de la Hispanidad y alimentaron el imperialismo romántico que se había desarrollado en torno a ese mito” (93).

como secretario, entre sus otros miembros destacaron Ángel Valbuena Briones, José Manuel Caballero Bonald, Ernesto Mejía Sánchez, Rafael Gutiérrez Girardot y Edmundo Meouchi, y algunos de los escritores americanos que participaron a sus sesiones fueron Borges, Roa Bastos, Reinaldo Arenas o Cintio Vitier. Se ocuparon básicamente de poesía, aunque en menor medida también de narrativa.

Instituto de Cultura Hispánica (1946-1977)

Al terminar la Segunda Guerra Mundial y ante el nuevo contexto europeo, Franco se vio obligado a modificar la imagen del régimen para combatir la hostilidad internacional. No solamente buscó dar un aspecto más democrático a su gobierno, sino también diferenciarse de los fascismos recién derrotados. La metamorfosis del Consejo de la Hispanidad en Instituto de Cultura Hispánica, responde, según la mayoría de autores, a esta voluntad rehabilitadora.

El nuevo organismo cambió significativamente de nombre, con lo que pretendía mostrar la renuncia a cualquier tipo de aspiración política: desde el mismo apelativo quedaba claro que su ámbito de actuación se reducía –o pretendía reducirse– a la cultura. El Instituto se planteó tres objetivos: “el estudio, la defensa y difusión de la cultura hispánica; el fomento del mutuo conocimiento entre los pueblos hispánicos y la intensificación de su intercambio cultural” (Escudero, *El Instituto* 113). Sin embargo, analicemos el artículo “Misión y tarea del Instituto de Cultura Hispánica” aparecido en la *Revista nacional de Educación* de 1947 (núm. 70):

Así, pues, el Instituto de Cultura Hispánica, identificado con esa vocación perenne de España, con la esencia de su vocación histórica permanente y fiel al sentido profundo de su historia, pone al servicio del catolicismo integral la empresa encomendada, que es, en último término, empresa misional y de juventud (62).

Por un lado queda claro que las tareas del Instituto están “al servicio de la total concepción cristiana de la vida” (61), considerada como la propia de la comunidad cultural de la Hispanidad. En palabras de Antonio Lago, se trataba de oficialismo, y de un oficialismo católico, apostólico y romano, aunque de talante más abierto y respetuoso (303). Pero, al mismo tiempo, España se autopresenta con una vocación ecuménica perenne, es decir, desde el origen de los tiempos: se justifica y legitima su pasado y, en especial, el descubrimiento, así como situación presente y labores y acciones futuras.

Volviendo al organismo en sí, entre sus actividades se contaban tareas de investigación, edición y publicación, organización y subvención de certámenes, conmemoraciones, congresos, concesión de becas a estudiantes y profesores, etc. Sin embargo, la partida más importante de su presupuesto fue la destinada a la labor editorial y publicitaria, que incluía la edición de revistas, como *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Mundo Hispánico* y *El correo literario*, o de colecciones, como la de Cultura Hispánica -sobre distintos aspectos de la vida- y de la cultura hispanoamericana: derecho, viajes, arte, política, literatura, investigación, etc. También destaca el Seminario o Escuela de problemas actuales hispanoamericanos, que según el artículo “Misión y tarea del Instituto de Cultura Hispánica” publicado en la *Revista Nacional de Educación* (núm. 70, 1947: 61-72), estuvo “atento al vivo intercambio personal entre los pueblos de signo hispánico, al estrechamiento de sus relaciones y al contraste de sus ideas y vivencias” (63).

Al mismo tiempo, desde el momento de su fundación, se postuló necesaria la creación de filiales -institutos asociados- en los diferentes países latinoamericanos. Paralelamente, se crearon delegaciones del Instituto central en distintas provincias españolas, que respondían a una voluntad de expansión de la perspectiva hispánica, en

detrimento de posturas iberoamericanas y de otras entidades locales. En el caso de Cataluña, la creación del Instituto de Estudios Hispánicos en 1948, como ya hemos mentado, significó un duro golpe al IDEA-CA.

Sin embargo, la mayoría de autores ponen en entredicho la efectividad real del Instituto en el afianzamiento de las relaciones culturales: para José Luis Rubio Cordón, a lo largo de su existencia se debatió entre el intento de avance hacia la Comunidad Iberoamericana y la utilización, muchas veces servil, como aparato de propaganda y de lavado de imagen de la dictadura (136). Para María Escudero, igualmente fracasó en difundir una imagen de la realidad concreta y contemporánea de América Latina entre el público español (“La imagen” 363). Al contrario, según la autora, lo que realmente potenció fue la doctrina de la Hispanidad -y la defensa de un catolicismo integral- y el estudio del pasado imperial y de los rasgos comunes de raza, lengua y religión (El Instituto 219). Escudero considera que también se frustró su voluntad de unificar las diferentes tendencias hispanistas latinoamericanas, en parte por los mismos problemas de su predecesor, el Consejo de la Hispanidad: la falta de una política exterior definida hacia América Latina, -la mayor parte de las veces, expresión de un doble discurso-, la oposición interna y externa y el fantasma del fascismo (El Instituto 220-221).

Asociación Internacional de Hispanismo (1950-1957)

De la existencia de la Asociación Internacional de Hispanismo, a pesar de su rimbombante nombre, ha quedado escaso rastro, apenas su fecha de nacimiento y clausura, y que entre sus actividades fundamentales destacó la publicación de la revista *Clavileño*.

Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica (1947-1985)

En el marco del IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes se celebró en Alcalá de Henares del 2 al 9 de octubre de 1947 la Asamblea Cervantina de la Lengua Española, con la participación de destacados hispanistas españoles, extranjeros, así como de casi la totalidad de las repúblicas latinoamericanas. Entre las conclusiones a las que llegaron los asambleístas, como señalaba contemporáneamente la *Revista Nacional de Educación*, “destaca la voluntad de que las investigaciones lingüísticas españolas deban fundarse en la doble integración colaboradora de los estudios españoles y americanos y de los hispanistas científicos y con los especialistas académicos” (“La conmemoración del IV centenario de Cervantes” 47), colaboración que debía empezar por la fundación en España del Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica. Este organismo se convirtió en realidad el día siguiente, gracias a un decreto de 10 de octubre de 1947. Surgió, pues, en el seno del CSIC y en última instancia, enlazaba con la labor de la Escuela de Filología Española fundada por Ramón Menéndez Pidal en 1914.

Su principal objetivo era, al decir de Concepción Casado, “el estudio total y sistemático de la lengua española en todas sus facetas lingüísticas y literarias, salvo aquellos aspectos que constituyen la misión específica y tradicional de la Real Academia Española” (145)⁵¹⁹. Este estudio se dividió en dos labores fundamentales, la bibliográfica –de la cual destacan la edición de los 14 volúmenes la *Bibliografía de la literatura hispánica*, impulsada por Simón Díaz- y la labor editorial⁵²⁰, de la que forman parte *Cuadernos de Literatura* y la *Revista de Literatura*.

⁵¹⁹Igualmente, Alfredo Carballo Picazo expresaba en *Arbor* (núm. 115-116, julio/agosto 1955) como el instituto cumplía “la misión que le había designado el decreto fundacional: defensa del español e incorporación a esa tarea de los pueblos de nuestra misma lengua” (564).

⁵²⁰Concepción Casado puntualiza que entre 1947 y 1985, en el campo de las publicaciones periódicas, aparecieron 162 volúmenes de revistas y 311 de diversas colecciones (145).

La entidad desapareció como tal en 1985 al incorporarse al Instituto de Filología Hispánica de Madrid, juntamente con el Instituto Antonio de Nebrija de Filología Clásica, el de Estudios Árabes Miguel Asín y el de Estudios Hebraicos, Sefardíes y del Oriente Próximo Benito Arias Montano.

Las asociaciones americanistas españolas divergieron en objetivos, pero coincidieron, como señala Sepúlveda, en la mayoría de medios, básicamente la edición de revistas, de series bibliográficas y la organización de conferencias. Igualmente, podemos ver que en general predominó un talante conservador de las mismas, así como la voluntad de rehabilitar la acción española en América, y por lo tanto, muy interesadas en los aspectos históricos e historiográficos. La Casa América de Barcelona, con básicamente objetivos económico-comerciales, o bien la republicana, y breve, Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos serían excepciones. Igualmente, resulta evidente que a partir del advenimiento del franquismo, la mayoría de asociaciones perdieron su independencia y pasaron a estar tuteladas de modo más o menos claro por el aparato estatal.

En cuanto a valorar su efectividad, el mismo Sepúlveda no duda en señalar que en conjunto, si bien fracasaron en la materialización de la mayoría de planes de actuación y de sus proyectos, en cambio resultaron exitosas en “llevar a la opinión pública el discurso hispanoamericanista” (El sueño 408).

6.1.3. La prensa cultural

Como ya hemos apuntado en los preliminares, la prensa cultural experimenta un éxito y un auge importantes en este período. A continuación reseñaremos las principales revistas de la época: algunas de ellas pueden considerarse hispanoamericanistas, es decir, que la reflexión sobre el ser hispanoamericano, sobre las relaciones con España y sobre el ideario hispanoamericanista constituye el objetivo fundamental de las mismas. Otras tenían un talante más generalista pero se ocuparon igualmente de la realidad transatlántica y en cambio otras apenas le prestarán atención, pero merece la pena incluirlas en un panorama general de las publicaciones culturales del período.

España y América (1912-1936)

La primera revista hispanoamericanista en sí de la cual nos ocupamos es *España y América*, publicación gaditana que empieza su periplo en 1912. Dirigida por Eduardo de Ory, se autodefine en sus números como “revista comercial ilustrada, de exportación, economía y finanzas”. Se publica en dos ediciones, una versión de lujo, a todo color al precio de 2 pesetas la unidad en 1927 y la otra, más sencilla, a una peseta y media.

Según Concepción Reverte Bernal, se trata de una revista de declarado objetivo hispanoamericanista y que concibe el hispanoamericanismo como un sentimiento de solidaridad ya existente entre los pueblos de ambas orillas atlánticas, y como aspiración de un proyecto futuro de unidad. En ella, pues, encontramos ejemplos de la corriente más conservadora y propia del panhispanismo, pero también se aprecian intentos de un hispanoamericanismo más progresista, de no extrañar en una publicación con afán de intensificar y fomentar los intercambios comerciales con América. De hecho, en la misma se habla reiteradamente de “hispanoamericanismo práctico”.

Reverte Bernal sintetiza los temas de carácter hispanoamericanista que aparecen en la revista: la unidad de Hispanoamérica como un modo de alcanzar la fuerza vía hechos palpables como instituciones, certámenes culturales, la Fiesta de la Raza, etc.; la lucha contra el latinismo y el panamericanismo; la unidad idiomática; los proyectos para terminar con el desinterés y desconocimiento españoles de América; y la “reconquista peninsular” del Nuevo Mundo. La publicación desaparece, como tantas otras, con el inicio del conflicto bélico.

En su trayectoria editó dos suplementos literarios, muestra de que, a pesar de su talante comercial, dedicó una atención especial al mundo de las letras. Por nuestro período cronológico, atenderemos especialmente al suplemento *La vida literaria*, publicado entre 1927 y 1936. En él encontramos artículos monográficos de personalidades del mundo de las letras y la cultura americana y española, así como secciones de miscelánea, bibliografía, etc. En lo literario muestra una clara preferencia por la poesía y por lo “español, a pesar de que no se limita a las letras, sino que también alude a cuestiones científicas y artísticas.

Raza Española (1919-1930)

Inicialmente de periodicidad mensual, pasó a ser bimensual a partir de 1921. Tanto la dirección, a manos de Blanca de los Ríos, como el Consejo de Redacción, permanecerán inalterables desde el inicio, integrado este por figuras eruditas y consagradas del ámbito universitario. Colaborarán en ella personalidades como Rafael Altamira, pero también políticos españoles, o bien diplomáticos hispanoamericanos.

Como revista “cultural” que se autoproclamaba, abundó en artículos de temática histórica, artística y literaria, pero también sobre las relaciones con Hispanoamérica. Sin que pueda decirse que se trató de una revista exclusivamente “hispanoamericanista”, la

reflexión del americanismo en la línea panhispanista llena sus páginas. Asimismo, dedicó algunas secciones al continente americano, como “Tribuna Hispanoamericana”, “Varia-Turismo Hispanoamericano” e “Intereses y Relaciones Hispanoamericanos”, aunque solo atendió ocasionalmente a la bibliografía hispanoamericana.

En cuanto a los colaboradores hispanoamericanos, en su mayoría fueron diplomáticos favorables al estrechamiento de las relaciones transatlánticas, siendo el más asiduo Antonio Gómez Restrepo, pero también Alfonso y Rodolfo Reyes, Carlos Pereyra, María Enriqueta Camarillo, Félix Restrepo, Angélica Palma, José María Chacón y Calvo o Carlos M^a Ocantos, entre otros (González López 540). Todos los autores mencionados e incluidos manifestaron de una u otra manera su adhesión a la tradición cultural de España en América (541).

La Revista de Occidente (1923-1936)

Fundada en 1923 por José Ortega y Gasset, dejó de publicarse en 1936 después de 157 números. El mismo Ortega la definió en su declaración de propósitos de 1923, como una revista cultural que aunque diera cabida a la creación literaria, tenía el objetivo de ir informando a sus lectores de España e Hispanoamérica del panorama de la vida europea y americana, con una información rigurosa de carácter extensivo, jerárquico y apolítico (Embidi 2). Aludiendo a su carácter apolítico, Bécarud y López Campillo citan a Ortega: “sin apoliticismo, no hay cultura, sin cultura, no habrá salvación para el Occidente” (62).

Revista de las Españas (1926-1935)

Tras la fusión con la Asociación Hispanoamericana en 1926, la revista de la Unión Iberoamericana deja este nombre para llamarse *Revista de las Españas*. Su

pretensión fundamental era la de dar a conocer los trabajos realizados por sus miembros y “aquellos que tiendan a facilitar los propósitos a que la Sociedad aspira”, que según las bases de la Unión, expuestas en cada número, eran “estrechar las relaciones de afectos sociales, científicas, artísticas y políticas de España, Portugal y las Naciones americanas, procurando que exista la más cordial inteligencia entre estos pueblos hermanos”. Destacamos pues, la inclusión de Portugal –y Brasil por extensión-, y el epíteto “hermanos”, es decir, que la relación entre ambos mundos se comprende como fraternal y cordial. Sin embargo, según Palmira Vélez, en sus páginas se plasmó un claro discurso nacionalista y conservador sobre la comunidad de “raza”, historia y cultura (La historiografía 126).

Presentó un especial interés por los temas literarios hispanoamericanos y por fomentar este tipo relaciones entre ambas orillas del Atlántico. Dicha actitud se manifiesta en la sección titulada *Revista literaria americana* que se mantendrá con algunas interrupciones y cambios de pluma, siendo iniciada por Guillermo de Torre, para ser continuada a partir de 1928 por Benjamín Jarnés, en 1931 por P. Carmona Nenclares y después Emma de Calderón Gálvez. Esta sección se complementa con la denominada *Revista literaria* firmada por Ernesto Giménez Caballero, que ulteriormente cambiará su nombre por el de “Revista Literaria Ibérica” especificando así su límite geográfico. Igualmente atenderá a la información política, social, económica y sobretodo cultural tanto de España como de América –con la sección *Información cultural española e hispanoamericana*-. Algunos de los miembros de la comisión de la revista fueron Américo Castro, Ramiro de Maeztu, Eugenio d'Ors, o José María Salaverría.

La Gaceta Literaria (1927-1932)

La Gaceta empezará su periplo partiendo del apoliticismo y la pluralidad –el primer comité redactor está formado por literatos como Ramón Gómez de la Serna, Pedro Sainz Rodríguez, Antonio Marichalar, José Moreno Villa, José Bergamín, Concha Espina, Melchor Fernández Almagro, Benjamín Jarnés, Enrique Lafuente Ferrari, Juan Chabás y César Muñoz Arconada, así como consejeros en filosofía, filología, matemáticas, física, medicina, leyes, etc. (Mainer *Corona* 14)-. Sin embargo, irá evolucionando y mostrando, a la par que perdiendo lectores y colaboradores, las simpatías por el fascismo de su fundador y líder, Ernesto Giménez Caballero.

José-Carlos Mainer considera que realizó una misión de enlace entre un público nuevo, fruto de los cambios experimentados en España y una urgente modernización de la vida intelectual del país que bullía desde principios de siglo en las universidades y demás instituciones culturales (Mainer *La corona* 13), convirtiéndose en “la revista más importante del vanguardismo español” (Mainer *Falange* 24).

No se trató de una revista especializada en temas americanos, sin embargo, desde su subtítulo y en sus palabras preliminares hace referencia a estos territorios:

aunque editada en Madrid, no pretende, sin embargo, hegemonías irritantes. Por lo cual lleva los apellidos de Ibérica-Americana-Internacional. Y no el exclusivo de hispánica.

América –por vez primera- será atendida con toda la emoción desinteresada que debe ya inspirar América a este corazón peninsular de Iberia que la oleó con su sangre bautismal. *La Gaceta Literaria* mirará a América con todas sus fuerzas, sin molestarla con ninguna puerilidad de parentesco, con el arrebató de lo que habla y escribe (¡subjugadora magia!) como nosotros (s/p).

La Gaceta proclama, pues, ser la primera en incluir y prestar atención a la realidad de las naciones americanas, es decir, cubriendo una necesidad y un vacío existentes hasta la fecha. Además de su importancia e originalidad, la publicación subraya la intención “generosa e desinteresada” para con América, en plano de igualdad. Curiosamente, pero, el sintagma “sangre bautismal” que encontramos en la

misma frase, lo contradice ya que refuerza el papel de España como “madre”, “creadora” y “denominadora” de América, y por lo tanto, implica un desnivel: España funda América, América es, pues, heredera y en cierto sentido, “deudora” de España⁵²¹. Dentro de la misma publicación destacan dos secciones que se ocupan exclusivamente de las naciones americanas: “Postales americanas” y la “Gaceta americana”. Asimismo, es desde sus páginas que Guillermo de Torre inicia la denominada “polémica del meridiano intelectual” en 1927, que tuvo eco en ambas orillas del Atlántico, lo que muestra el gran alcance de la publicación española. De hecho, según Hernando, “no solo se constituye en guía de la generación, sino que es órgano de expresión y reflejo de sus preocupaciones” (9).

Ramos Ortega apunta, que “entre 1930 y 1936, el mundo intelectual y artístico español se escindió precisamente por la cuestión de la relación entre arte y sociedad, separándose entre los que siguieron fieles a un ideal de pureza y los que abogaron por un mayor compromiso de su arte con las preocupaciones sociales y políticas del día” (I 177-178). En este período desaparece *La Gaceta Literaria*. Al parecer de Hernando, esto se produce ya que la revista

nace con una preocupación eminentemente literaria y apolítica, producto de un clima que reúne estas características. A medida que estos caracteres se diluyen o confunden, *La Gaceta*, órgano de expresión de aquel ambiente espiritual primitivo, se va a cercando a su consunción (21).

Así pues, *La Gaceta Literaria* derivará hacia tendencias fascizantes y su director se quedará solo, hasta convertirse en un verdadero Robinson solitario⁵²²: dejará de existir definitivamente en 1932.

⁵²¹A pesar de ello, el tono de *La Gaceta Literaria* dista mucho de una revista de extrema derecha como por ejemplo *Raza Española*.

⁵²²Payne escribe: “Amid the left-liberal effervescence of 1931, Giménez Caballero became increasingly isolated. For six months, beginning in August, he alternated biweekly his publication of the *Gaceta* with a sixteenth-page publication written entirely by himself, entitled *Robinson Literario* (alluding to his condition, marooned like Robinson Crusoe)” (Fascism 54).

Acción Española (1931-1932)

Ya hemos anunciado el carácter tradicionalista y conservador de la publicación. Precisamente fue Ramiro de Maeztu –su director desde 1933- quién escribió el primer artículo, el cual expresaba la mentalidad de la revista:

Pero cuando volvemos los ojos a la actualidad nos encontramos, en primer término, con que todos los pueblos que fueron españoles están continuando la obra de España, porque todos están tratando a las razas atrasadas que hay entre ellos con la persuasión y en la esperanza de que podrán salvarlas; y también con que la necesidad urgente del mundo entero, si ha de evitarse la colisión de Oriente y Occidente, es que resucite y se extienda por todo el haz de la tierra aquel espíritu español que consideraba a todos los hombres como hermanos, aunque distinguía los hermanos mayores de los menores; porque el español no negó nunca la evidencia de las desigualdades (cit. en Pérez Embid 3)

Igualmente, su *Defensa de la Hispanidad* aparece publicada por primera vez en su seno en 1934, considerada, por la apología de los valores culturales y religiosos tradicionales españoles, como confirma Payne, “the final major historical definition to traditional Hispanic ideology” (Fascism 47)-. Serían estos valores los que en palabras de González Calleja, “debían de erigirse en el acervo cultural, no solo de una nación que buscaba su resurgimiento, sino también de un mundo regenerado de su materialismo” (87), y por lo tanto, los que postula e intenta plasmar la propia revista. Fue también en el número 40 de *Acción Española* donde se publicó el discurso fundacional de la Falange de José Antonio Primo de Rivera titulado “Una bandera que se alza”.

El partido Acción Nacional, estrechamente vinculado con la ideología de la revista y cuyo nombre es un guiño a la publicación, aparece en abril de 1931 de la mano de Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*. Como indica Julián Casanova, tenía como objetivo “la propaganda y actuación política bajo el lema de Religión, Familia, Orden, Trabajo y Propiedad” (79). Sin embargo, un año más tarde cambiará su nombre por el de Acción Popular, a causa de una orden del Gobierno republicano limitando el uso de la palabra “nacional” (79).

La revista contó como colaboradores a Víctor Pradera, José Calvo Sotelo, José María Pemán, Rafael Sánchez Mazas, Pedro Sainz Rodríguez, José Pemartín, Leopoldo Palacios, etc. Pérez Embid menciona en 1956 que *Acción Española* tocó principalmente temas de derecho público y de historia política, incluyendo sin embargo crónicas culturales y reseñas bibliográficas (2).

A pesar de no ser una revista “hispanoamericanista”, la noción de la Hispanidad resultará un *leit motiv* de la publicación así como una fuente de inspiración y de reflexión constante de sus artículos, lo que nos permite fácilmente deducir el posicionamiento de la misma ante América. No dedica especial atención a la literatura en general, y por lo tanto tampoco a la narrativa hispanoamericana, aunque encontramos alguna pequeña referencia, siempre vinculándola con la tradición castellana.

Cruz y Raya (1933-1936)

Bajo el subtítulo de “Revista de afirmación y negación”, se publicaron entre abril de 1933 y junio de 1936 los 39 números de *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín. Representa, en palabras de Pérez Embid, un intento “de configurar una corriente de catolicismo progresista, al modo como han cuajado en otros países –Francia sobre todo– los movimientos equívocamente llamados de catolicismo de izquierdas” (4). Efectivamente, se trató de una revista de orientación católica pero progresista y liberal, incluyendo artículos tanto de Pío Baroja como de la Alemania nazi, pasando por referencias a la filosofía, la teología, la literatura española clásica o la poesía en general. Para Emilia Zulueta, a diferencia de *La Gaceta* y de *La Revista de Occidente*, postula una mayor reafirmación de lo nacional español, una posición comprometida con un catolicismo definido y profundo y una reducción a unos pocos campos del pensamiento

y arte como la literatura, la religión, el arte y la poesía política con un enfoque más valorativo que informativo (339).

Azor (1932-1934)

La revista *Azor* es según José-Carlos Mainer, una revista de expresión española en un medio de nacionalismo regionalista (La corona 107) –aparece en Barcelona el 15 de octubre de 1932-. Representa “la equivocidad de la crisis pequeño-burguesa en los años treinta y ofrece un variado muestrario de las tendencias artísticas que ocuparon este período histórico” (La corona 107).

Arriba (1935)

El semanario *Arriba*, que sale a la luz en marzo de 1935,

“representó todas las tendencias que confluían en el falangismo: el llanto por la decadencia de la patria; la preocupación por un estilo viril y poético de la vida, los ataques al capitalismo judío e internacional, el militante antiseparatismo, la exaltación guerrera y militarista y la preocupación por el panorama mundial” (Mainer, Falange 31).

Otras publicaciones fascistas son *La Conquista del Estado*, aparecida el 14 de marzo de 1931 y dirigida por Ramiro Ledesma Ramos, de carácter nacionalista, revolucionario, social y subversivo. Fue clausurada en junio de 1931. En 1933 aparecen la revista mensual *JONS* y también *El Fascio* de Manuel Delgado, en la cual colaboran José Antonio Primo de Rivera, Ledesma Ramos, y una serie de intelectuales fascizantes como Rafael Sánchez Mazas y Juan Aparicio (Bécarud y López Campillo 80). Fue retirada y destruida el mismo 16 de marzo.

Revista de Estudios Hispánicos (1935-1936)

Dirigida por Juan de Contreras, marqués de Lozoya, y con Miguel Herrero-García como secretario, su ideología y talante reaccionario y católico aparecen ya

explícitos en el preliminar del primer número (1935) en la intención de “ahondar en el alma de España”, cuyo esfuerzo y fervor religioso se han manifestado a lo largo de la historia con su anhelo supremo de “extender la cultura cristiana por la faz de la tierra” (3). De este modo y con la mentada voluntad y tarea evangelizadoras realizadas por España, se pretende tanto difuminar su pasado imperialista como combatir la denominada “leyenda negra”. Uno de los principales colaboradores en materia americanista será Manuel Ballesteros-Gabirois. A destacar igualmente la sección “Orbe hispánico”.

Mostrará un marcado carácter nacionalista, puesto que ya desde el preliminar declara considerarse heredera de Marcelino Menéndez Pelayo, Manuel Milá y Fontanals, Antonio Sardinha, etc: “así nuestro amor a la Patria, estará siempre subordinado al amor supremo a la verdad, que hace libres a los hombres” (3).

Tierra Firme (1935-1937)

La revista trimestral *Tierra Firme*, dirigida por Enrique Díez-Canedo y con J. F. Montesinos como redactor jefe, se publicará en el lapso 1935-1937 bajo el patronato de la Junta de Relaciones Culturales y en el seno del Centro de Estudios Históricos. *Tierra Firme*, haciendo gala de una gran rigurosidad científica, pretendía ir más allá de las meras fronteras nacionales, interesándose por la problemática general de todos los países hispánicos, en especial científica y cultural, y atendió especialmente al movimiento americanista internacional. Así se presenta en el primer número de 1935 y añade su voluntad de consolidar los lazos entre los territorios de habla castellana (5). Proclama asimismo que España no puede permanecer aislada en sí misma y que debe relacionarse y prestar atención a su gran familia cultural (5). Aparecen, pues, claras referencias al parentesco entre España y América, vínculo que puede ser tanto de

carácter filial como fraternal. A partir de 1936 se consolida plenamente como revista americanista y su temática gira ya totalmente alrededor de Hispanoamérica. Bernabéu considera que a pesar de su breve trayectoria –desaparece a causa de la guerra civil en 1937-, *Tierra Firme* se convirtió en un referente del americanismo español (“El americanismo” 61).

El conflicto bélico afectó inevitablemente la cultura y por lo tanto, también la imprenta, prevaleciendo la publicación de revistas y periódicos por encima de los libros. Sin embargo, “aunque las cifras de producción de este decayeron considerablemente, no cesó la actividad editorial: en el lado republicano se mantuvieron tres centros de tan amplia tradición como Madrid, Barcelona y Valencia, en la zona nacionalista (...) Zaragoza, Salamanca, y Valladolid, Sevilla o Cádiz” (Mainer, Años 194-195).

Igualmente, en este período, según Ramos Ortega, “el panorama de las revistas literarias se radicaliza en dos bandos que algún crítico, como Rafael Osuna, ha bautizado como ‘revistas facciosas’ y ‘revistas republicanas’” (I 404), volviéndose hacia el propio territorio español: “serán ‘autóctonas, específicas y genuinas’, como el movimiento político que fracciona el país” (I 404). Estas revistas pierden su líder indiscutible, tipo el Ortega de *La Revista de Occidente* o el Giménez Caballero de *La Gaceta*, y ya no van “dirigidas a una élite académica, sino a una masa de lectores” (I 404).

Jerarquía (1936-1938)

Nacida en Pamplona en 1936 de la mano de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de la Falange española, publicó solamente cuatro números hasta 1938. Dirigida por Fermín Yzurdiaga, entre sus miembros y colaboradores se encontraban

Ernesto Giménez Caballero, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Martínez Crispín, Ángel María Pascua, Víctor de la Serna, Dionisio Riudrejo, Luis Felipe Vivanco, Eugenio D'Ors, Gonzalo Torrente Ballester, Manuel Ballesteros Gaibrois.

Con el subtítulo de “la revista negra de la Falange”, según José-Carlos Mainer, representó a la perfección las dimensiones ideológicas de dicha organización, con un ferviente heroísmo y la defensa de los valores religiosos a partir de un grupo valioso de jóvenes preocupados por la búsqueda del *ethos* del perfecto militante (Falange 41). De estilo cuidado e impecable sobriedad, se dedicó básicamente a la poesía y la filosofía.

Vértice (1937-1946)

Fue una revista de lujo y de elevado coste, repleta de fotografías, hojas en color y satinadas, considerada por Mainer como el empeño de mayor envergadura de la Delegación de Prensa y Propaganda (Falange 42). Mezcló temáticas culturales –cine, teatro, arte, literatura-, crónicas deportivas, de moda, etc, con información sobre el desarrollo del conflicto bélico, pero siempre con el afán de magnificar los logros y los valores del bando nacional.

Destino (1937-1980/1985⁵²³)

Una vez terminada la guerra civil, la revista *Destino*, que había nacido en Burgos en 1937 y con un ideal falangista y anticatalanista, continuó su periplo desde Barcelona de la mano de Josep Vergés e Ignasi Agustí con el apoyo de Joan Ramon Masoliver, llegándose a publicar hasta mediados de los 80. A pesar de sus orígenes, como señala José-Carlos Mainer, *Destino* se convirtió pronto en una revista de una cierta calidad,

⁵²³ Si bien 1980 fue el último año en que se editó normalmente, en 1985 reaparece, aunque de manera efímera.

dedicada al comentario político, la literatura, la evocación histórica, contando con las colaboraciones de Alvaro Cunqueiro, Santiago Nadal, Jaime Ruiz Manent, Sebastián Juan Arbó, Josep Pla, Juan Teixidor, etc., y desde 1944 actuó una editorial con el mismo nombre (Falange 46). Es igualmente a principios de los 40 que podemos empezar a ver el cambio de tendencia de la revista, que terminará siendo un referente liberal, catalanista y democrático. Dolors Lamarca, directora de la Biblioteca de Catalunya, considera que

Destino va ser més que un setmanari. Va connectar amb amplis sectors de la població, i va esdevenir indispensable per conèixer l'evolució de la cultura i els costums de Catalunya. Va deixar una gran petja no tan sols en el món de la premsa, sinó com a part d'una societat que volia ser diferent sota el franquisme.

En lo que se refiere al trato hacia América, sin dedicar secciones fijas ni considerarla una revista hispanoamericanista, muestra un cierto interés por su realidad, en especial por la literatura y por las relaciones con España.

Una vez terminado el conflicto e iniciado el régimen franquista, el aparato de propaganda recayó en manos de la Falange, como ya hemos comentado, a través de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, de la cual era jefe Dionisio Riudrejo. Sin embargo, como recuerda Valls, “lo que controlarán los falangistas, desde el primer momento, será la retórica oficial del régimen. Poder real nunca tuvieron” (16). Al decir de Valls, en esta primera etapa, el Ministerio estaba caracterizado por un talante orteguiano y una aspiración integradora, sin embargo, en 1942 será sustituida por “una nueva reacción conservadora que postulaba un retorno a las esencias patrióticas y religiosas” (60).

Ramos Ortega subraya la importancia y la actividad de las publicaciones periódicas de la posguerra:

después del conflicto bélico, uno de los pocos signos revitalizadores es el fenómeno de las revistas literarias. La bipolarización desaparece, al menos desde un punto de vista político, aunque la tensión se mantenga en forma de enfrentamiento estético. (...) Esta tensión no desaparece a lo largo de estos años, por lo menos durante los primeros años de posguerra hasta el año 1956 en que la dictadura empieza a dar los primeros signos de debilidad (II 11).

Igualmente, Margarita Garbisu subraya cómo nacieron, por diferentes motivos, en esta década, numerosas publicaciones literarias, ya fuese como evasión, propaganda, o esperanza, y ya fueran más o menos independientes, franquistas, europeístas o existenciales, y con “un mismo propósito, que no fue otro que intentar poner de nuevo en marcha la vida literaria de nuestro país” (63). De hecho, Fanny Rubio asegura que resulta imposible “acercarse a la historia literaria de nuestra posguerra sin considerar en profundidad el material y documentación que permanece encerrado en sus publicaciones periódicas” (13).

Revista de Indias (1940-2000)

Revista de Indias aparece íntimamente relacionada al CSIC –y dentro del mismo, al recién creado Instituto Fernández de Oviedo, fundado precisamente para cubrir la misión de España de estudiar la historia de América- y a la voluntad americanista de posguerra. Para A. Ballesteros-Beretta, en el proemio del primer número de la publicación, el imperio político de España en el Nuevo Mundo no fue solamente un imperio sino que conllevó “la formación de una robusta entidad histórica: la Hispanidad” (6), a cuya obra magna pretende contribuir la nueva revista (6):

Como una contribución a la obra magna de la Hispanidad aparece hoy *Revista de Indias*. Con un concepto ambicioso quiere abarcar todos los aspectos de la expansión de España en las tierras descubiertas o colonizadas por nuestra estirpe (7).

Atenderá especialmente a las actividades e instituciones hispanoamericanistas españolas y al pasado colonial. Su vida rebasa ampliamente el franquismo, llegando a publicarse hasta el año 2000.

Escorial (1940-1949)

Publicó su primer número en enero-febrero de 1940 y fue interrumpida entre 1947 y 1949. En el “Manifiesto editorial” inaugural de 1940, se expresaba que “el primer objetivo –el objetivo sumo– de nuestra Revolución es rehacer la comunidad española, realizar la unidad de la patria y poner a esa unidad –de modo trascendente– al servicio de un destino universal y propio” (8), de la que la revista pretendía ser un vehículo y arma más.

A pesar de ser y de declararse como revista eminentemente cultural, desde el “Manifiesto editorial” de 1940, anuncia que no desatenderá los temas políticos, “-bien al contrario-(...), porque ¿cómo van ellos a quedar fuera del ámbito de la cultura, si fenómenos de cultura son al fin y al cabo?” (9) y que se centrará prominentemente en España. Por este motivo y en este sentido se autoproclama una revista “de propaganda”, puesto que las obras españolas son la mejor propaganda posible de dicho país (7). Así pues, en *Escorial* tuvieron cabida la crítica bibliográfica, la información cultural, las colaboraciones literarias y artículos de Luís Rosales, Luís Felipe Vivanco, Rafael Calvo Serer, pero también artículos de Menéndez Pelayo, Gregorio Marañón o Ramiro de Maeztu. Aparte de la realidad nacional, también muestra interés por el devenir de Alemania e Italia, por evidentes afinidades ideológicas, así como por la poesía, restando importancia a otros géneros literarios y países.

Dirigiéndose al conjunto de la comunidad española e hispánica, según Fanny Rubio, estaba dispuesta a sustituir a la *Revista de Occidente*, *La Gaceta Literaria* y

Cruz y Raya en todo lo que tuvieron de europeizantes (29). Payne la considera la empresa más liberal de la inmediata posguerra (318) y de hecho, como Mainer remarca, hubo una cierta contradicción entre los dogmáticos propósitos iniciales alineados con el régimen y los resultados finales, casi de revista liberal prototípica (Falange 54), incluso incorporando a los hombres del 98 y a los intelectuales exiliados de valía.

Tabares resume el binomio *Escorial-Arbor* con las siguientes palabras: “La ideología legitimadora del Movimiento se presenta en la inmediata posguerra en dos revistas: ‘Escorial’ y ‘Arbor’. La primera sostenida por el falangismo liberal (Lain, Tovar, Riudrejo). La segunda más integrista que mantiene la línea escolástica” (147).

Con todo, el interés por Hispanoamérica y su realidad –literaria o no- queda en un plano muy secundario, a pesar de que en el mismo manifiesto editorial admita que la revista está dedicada a la comunidad española e Hispánica (8). No obstante, para hacernos una idea de la actitud de sus miembros para con Hispanoamérica podemos leer el artículo titulado “Aviso fraterno a los jóvenes americanos” (Cuaderno 14, 1941: 315-320): “ved como os comprendemos, hermanos de la otra ribera. Pero nuestra amorosa comprensión no es platónica, sino hispana y cristianamente obradora” (316). Es decir, España ama, comprende, y su abrazo comprensivo, fraternal y amoroso no es platónico, con lo que su presencia e influencia son reales y “obra” hispana e cristianamente expandiendo sus ideales.

Cuadernos de Literatura (1942-1950)

Cuadernos de Literatura Contemporánea surge según Rubio,

en oposición a lo que representaba *Escorial* en tanto que revista ‘europeizadora’ y puente cultural con la anteguerra. Frente a esta, *Cuadernos de Literatura Contemporánea* es un típico producto de la autarquía cultural, económica y política establecida en nuestro país desde 1939, que se ciñe a un nacionalismo estricto (36).

En su primera etapa (1942-1946) fueron dirigidos por Joaquín de Entrambasaguas, dependiendo directamente del Instituto Nebrija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Reaparecen en 1947 adscritos al Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica bajo el nombre de *Cuadernos de Literatura: revista general de las letras* (1947-1950) y ganan en extensión. Posteriormente se funden con la *Revista Bibliográfica y Documental* (1947-1951) para formar la *Revista de Literatura* en 1952.

Sin ser una revista americanista ni dedicar demasiados artículos a su literatura⁵²⁴ –básicamente apunta obras de autores transatlánticos en sus páginas de bibliografía-, tras su cambio de nombre, inicia una nueva época. En el primer editorial de su segunda época (núm.1 enero febrero 1947), se refiere a las letras hispanoamericanas:

en *Cuadernos de Literatura*, como en sus precursores dedicados a la época contemporánea, colaboran los más famosos y mejores escritores de España e Hispanoamérica –a cuyas letras se dedicará el interés singular que tienen para nosotros- y del extranjero, especialmente de los países de lenguas o culturas afines a las nuestras (3).

Publicó tres suplementos literarios: *Acanto* (1947-1948), *Hojas literarias* (1949-1950) y *Anejos de Cuadernos de Literatura*. Si bien los dos primeros son de naturaleza antológica priorizando la poesía, también añaden fragmentos de narraciones y piezas teatrales, así como algún comentario o nota. Igualmente son las letras españolas las grandes protagonistas, con algún guiño a la literatura extranjera, pero no a la hispanoamericana. En cambio, los *Anejos* son una serie de monografías de extensión considerable y dedicadas a un tema en particular, siempre relacionado con la literatura nacional, como por ejemplo el primer número, titulado “El mito de Orfeo en la literatura

⁵²⁴ En la cubierta de la revista, se expone que se publicarán “habitualmente en cada fascículo un estudio de carácter general, con su correspondiente bibliografía, dedicado a un autor y a su obra; varios ensayos monográficos, breves, sobre autores, obras y temas literarios; una página antológica, reflejo de la más alta producción española; crónicas del movimiento literario de toda España y del hispanismo dedicado a nuestra literatura contemporánea en el extranjero; reseñas de teatro, conferencias, recitales, etc.; un Noticiero literario y una bibliografía, ordenada por materias, con índice de autores, y críticas de las obras más destacadas de toda la producción literaria de la España actual”.

española”, el tercero “La vida y la poesía de Bocángel” o el quinto, “La canción petrarquista en la lírica española del Siglo de Oro”.

La publicación dejará de existir a finales de 1950 para dar luz, luego de su fusión con *Revista Bibliográfica y Documental*, a *Revista de Literatura*.

Anuario de Estudios Americanos (1944-actualidad)

El *Anuario de Estudios Americanos*, publicado por la Escuela de Estudios Americanos, dirigida a un público especialista, es considerado una publicación americanista de prestigio mundial, en especial en historiografía, y dedica gran cantidad de artículos y estudios a los países americanos. Encontramos secciones específicas a la historiografía y la bibliografía americanista, que en un primer momento se englobarán en el general “Historiografía y bibliografía americanista”. Posteriormente se separarán y aparecerán las “Informaciones bibliográficas americanas”. Así, a pesar del interés de la revista por la investigación histórica, también publica trabajos de otras materias como la crítica literaria, la ciencia política o la antropología.

Arbor (1944-actualidad)

Arbor, otra de las publicaciones del CSIC, y a pesar de autodefinirse como una revista de ciencia, pensamiento y cultura, en sus primeros años de existencia manifiesta un marcado carácter integrista, tradicional y católico y una clara intención legitimadora del Movimiento. En su número 3, en “Introducción a las palabras de Pio XII”, asume su pretensión de “llegar a restituir ‘al pensamiento español su profundo y glorioso sentido tradicional y católico: conseguir que la ciencia española, siendo una aspiración hacia Dios, tienda a la verdad y al bien con la unidad de la filosofía cristiana” (321). Sin que

sea una publicación americanista propiamente dicha, dedica algunas de sus páginas y artículos a temas americanos e hispanoamericanistas.

La Estafeta Literaria (1944-2001)

Considerada como la revista cultural oficial del régimen, fue enemiga férrea de *Ínsula*, mucho más independiente en sus planteamientos. *La Estafeta* vio la luz en 1944 de la mano de Juan Aparicio, responsable de la Delegación Nacional de Prensa, de la cual la revista pasó a depender directamente. Publicada con muchas interrupciones y pasando por varias etapas y gestiones directivas, su vida se extiende hasta 2001.

En su primer momento (1944-1946) estuvo caracterizada por un tono divulgativo –se la llamaba “tebeo de las letras”–, así como por la cerrazón nacionalista y la defensa de los valores patrios. La segunda etapa, presidida por Luis Jiménez Sutil, duró escasamente un año y tres meses (abril 1956-julio 1957) debido a la súbita muerte de su director. Fue muy parecida en los planteamientos a la primera, a pesar de que se detecta una mayor atención a lo extranjero, lo que se corresponde con la apertura de los años 50. El poeta Rafael Morales será el encargado de sustituir a Jiménez Sutil en su tercer momento (a partir de octubre 1957), y a pesar de que solo la dirige hasta 1962, según Garbisu, con él comienzan los considerados veinte años de oro de *La Estafeta* (75). Así pues, esta reaparece con un nuevo espíritu más abierto, analítico y crítico con estructura y contenidos renovados, y es que, como remarca Garbisu, “aun manteniéndose siempre como periódico oficial, *la Estafeta* vivió una evolución hacia el aperturismo” (64).

En lo que se refiere a la actitud para con América, en especial en su primera etapa en plena posguerra, *La Estafeta* estuvo bastante centrada en la propia realidad nacional y cuando atendía al exterior “parecía que nunca se dejaba de recordar la

superioridad –falsa y arrogante superioridad- de lo de dentro”, remarca Garbisu (66). A medida que la revista va abriéndose, también lo hará para con el resto del mundo –y el interés por América aumenta-. Será especialmente en la sección “Valija del exterior” en la que se atenderá a su realidad americana. Precisamente, la concepción del mundo de *La Estafeta* “se reducía a Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, y en Europa, sobre manera, a Francia” (67).

Índice (1945-1976)

De periodicidad mensual con irregularidades, atendió a la realidad española en general, aunque siempre mostró una especial predilección por la temática política y literaria. Surgida como suplemento cultural a la publicación *El Bibliófilo*, para Molina Cantero, su trayectoria puede dividirse en tres etapas: la primera, de 1945 a 1951 en la que tuvo un carácter marginal y una escasa incidencia, dio paso a un segundo período de consolidación, con la figura de José Fernández de Figuroa al frente (1951-1965), y una final, de 1966 a 1976, cada vez más orientada a temáticas político-sociales.

Considerada polémica y combativa al mostrar una cierta disconformidad con la estructura reinante -algunos de sus números-homenaje le valieron la suspensión temporal, como los dedicados a Baroja o a Ortega-, contó con las colaboraciones de Rafael Alberti, Leopoldo de Luis, Claudio Guillén, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, León Felipe, Carlos Edmundo de Ory, Fernando Arrabal, entre otros. Es decir, que presentó, al igual que *Ínsula*, un carácter más liberal y subversivo, en especial en su apertura a las diferentes ideologías políticas y al exterior, sobre todo hacia América.

Ínsula (1946-actualidad)

Ínsula constituyó otra de las principales publicaciones de la época y de tono, si no rebelde, al menos claramente divergente al oficial por su carácter abierto y plural. Fue especialmente relevante en su afán de primar el valor artístico de creaciones y colaboraciones antes que el ideológico. Fanny Rubio afirma que “analizar la trayectoria de *Ínsula*, la primera publicación de divulgación y crítica literarias verdaderamente independiente de la posguerra, es analizar de paso la historia de la posguerra cultural en nuestro país” (77).

Del mismo modo, a pesar de no ser una publicación exclusivamente americanista, engloba tres secciones específicas concernientes al mundo americano: *Letras de América*, que como su nombre indica se ocupará de literatura, *Correo fraternal*, que trata sobre todo de temas de literatura hispanoamericana, y *Plaza Mayor*, comandada por Julián Marías y que aparece el 15 de diciembre de 1954, en el número 108. En su primer escrito, el autor presenta a España como el elemento de unión entre los países hispanoamericanos, de lo que deduce el metafórico título de la sección: España debe ser la “plaza mayor de la América española”, entendida como un centro de convivencia (2), como un ágora griego.

Estudios Americanos (1948-1961)

Estudios Americanos, con el subtítulo de *Revista de síntesis e interpretación*, fue publicada entre 1948 y 1961 por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Estuvo especialmente atenta a las actividades y eventos relacionados con la comunidad hispanoamericana. Según Gonzalo Pasamar, la revista iría unida a la afirmación de un elitismo intelectual de sello católico-integrista, que no solo pretendía cultivar un

americanismo que enfatizara la dimensión hispánica de la cultura común, sino también huir de las identificaciones entre Hispanidad e imperialismo político (211-212). Al mismo tiempo, al ser una publicación sevillana, intenta desvincularse del centralismo madrileño. A este respecto, escribe Florentino Pérez Embid en 1956:

su mérito principal estriba en ser realización y portavoz de un grupo cultural no radicado en Madrid, caso este casi por completo nuevo en la vida intelectual española. La revista, atenta a la seria información de la cultura hispanoamericana, publica con regularidad comentarios autorizados y valiosas colaboraciones de América, de Europa y de España (8).

Mundo Hispánico (1948-1977)

Publicada por el Instituto de Cultura Hispánica de 1948 a 1977, tenía la intención de servir, como indican sus propósitos, a la unidad interna del Mundo Hispánico. De periodicidad mensual y amplio formato, pretendió ser una revista de actualidad con un estilo parecido al de las populares revistas americanas de la época, como especificaba su lema “La revista gráfica de actualidad para todos”.

Así, destaca por su carácter gráfico –fotografías en color blanco y negro, dibujos, mapas, cuadros, acuarelas, etc.- y multidisciplinar, tratando temas de pensamiento, arquitectura, moda, cine, turismo, actualidad, política, etnografía, economía, cultura, literatura, religión etc. Como señala Pedro García Domínguez,

se trataba, ante todo, de dar una imagen grata y serena en tiempos de guerra mundial; fecunda y policroma de la nueva España y de intercomunicar a los países de lengua española, entre sí desconocidos y distantes (...) el discurso político, aunque latente, estaba ausente en *Mundo Hispánico* (104)⁵²⁵.

Aparte de su formato de lujo, su coste era de 10 pesetas, lo que la convertía en prohibitiva para la mayoría de la población, -Pedro García Domínguez recuerda que un

⁵²⁵ Así, por ejemplo, indica García Domínguez que cuando el Instituto de Cultura Hispánica cree la Cátedra Ramiro de Maeztu e invite a intelectuales hispanoamericanos para dar conferencias bajo el ciclo “Hispanoamérica enseña en España”, que a su vez tenían repuesta en el programa de intercambio complementario titulado “España enseña en Hispanoamérica”, sus entrevistas y conferencias serán publicadas en *Mundo Hispánico* (105-106).

jornalero ganaba unas 3 pesetas diarias (101)-. Publicó números extraordinarios dedicados a los países hispanoamericanos, con la intención de ofrecer un panorama general económico, social, cultural, etc. Y fue distribuida en América, Filipinas y algunos países europeos.

Subtitulada inicialmente “La revista de 23 países”⁵²⁶ se presenta ya desde el paratexto principal como una revista no exclusivamente española sino plural y generalista, a pesar de que en casi todos sus números se habla de temas, noticias y eventos españoles, en frecuencia, extensión e interés muy superiores a los dedicados al resto de naciones “hispanicas”. *Mundo Hispánico* también aboga de manera firme por una unidad de los países hispanohablantes, de ahí la gran cantidad de artículos dedicados a una posible y deseable “Comunidad de naciones hispanicas” -o comunidad iberoamericana de naciones si se incluyen los de habla portuguesa-.

Destaquemos dos secciones de la revista, “Correo de Ultramar” de Carlos Lacalle, que alude a las comunicaciones con los países del otro lado del Atlántico, a las noticias recibidas en España de “Ultramar”, quedando claro desde qué punto geográfico –e ideológico- se escribe. No olvidemos las connotaciones en cierto modo colonialistas implícitas en el término “ultramar”. La segunda sección a mencionar es la de “Madrid y su meridiano”, de Juan Emilio Aragonés, en un claro guiño a la denominada polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica de 1927.

Mundo Hispánico publicará asimismo números extraordinarios dedicados a distintos países americanos y todas sus facetas sociales-entre ellas la literatura-, como por ejemplo, en nuestro período, Venezuela, Colombia, Ecuador, Puerto Rico, República Dominicana, Cuba, México y Guatemala.

⁵²⁶ Dicho subtítulo deja de aparecer de modo repentino y sin explicación alguna, en el número 123 de junio de 1958.

Cuadernos Hispanoamericanos (1948-actualidad)

En febrero de 1948 sale a la luz el primer número de *Cuadernos Hispanoamericanos*, otra revista dependiente del Instituto de Cultura Hispánica. En un inicio su director fue Pedro Laín Entralgo y su subdirector, Florentino Pérez Embid, aunque posteriormente fue dirigida por Luis Rosales. Según María Escudero, su finalidad era triple: convertirse en vía de enlace de los pensadores de todos los pueblos hispánicos, aglutinar a la intelectualidad española al mismo tiempo que trataba de canalizar y controlar la utilización del término Hispanidad (“La imagen” 364).

Si bien sus propósitos iniciales eran la voluntad de diálogo y el encuentro, entre España e Hispanoamérica, como expresa su lema integrador: “la revista de América para Europa; la revista de Europa para América”, y su autodefinición como “revista mensual de cultura hispánica”, progresivamente fue ampliando radio para referirse a la actualidad europea e incluso con al exilio cultural.

A pesar del talante menos propagandístico que su publicación hermana *Mundo Hispánico*, no podemos olvidar que también dependía del Instituto de Cultura Hispánica, por lo que se convertía en portavoz de la política americanista del momento, y, consecuentemente, en sus páginas resonará tanto la noción de Hispanidad como la defensa del catolicismo. Con todo, como señala Blas Matamoro Rossi, “se evitó alabar la persona del Caudillo y, en especial, la confusión entre guerra civil y Cruzada, de modo que no se viera la publicación como un órgano sectario y propagandístico” (92). La relativa apertura de miras se manifiesta con la presencia entre sus páginas de figuras antifranquistas como Picasso, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, etc. (92) y a ella contribuyó especialmente Dionisio Riudrejo, representante, para Matamoro Rossi, “del

único sector laico de la inteligencia oficial” (93), así como los miembros de la denominada “escuadra de Jerarquía”. Igualmente colaboraron en ella estudiantes, becarios y escritores americanos tales Rafael Gutiérrez Girardot, Antonio Fernández Spencer, Oscar Tacca y Pablo Antonio Cuadra, entre otros. Con todo ello, no es de extrañar que la publicación recuperara a “Vallejo y diera a conocer al público español “la obra de nombres señeros de América, como Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda y Octavio Paz” (93).

Igualmente, en sus páginas, Europa, -y España en primer término-, se presenta como “la” interlocutora válida, la emisora del mensaje que tiene que llegar a América: es Europa la que tiene la palabra y América es la que escucha o la que es estudiada.

El Correo Literario. Arte y letras hispanoamericanos (1950-1955)

Vio la luz el 15 de junio de 1950 bajo la dirección de Leopoldo Panero y auspiciada de nuevo por el Instituto de Cultura Hispánica, con características y función similares a las de *La Estafeta Literaria*, para desaparecer en 1955. La propaganda de la misma revista, versaba: “todo lo que interesa al mundo de habla española en cuanto a la literatura y el arte. Una revista de cara al pensamiento de dos mundos”.⁵²⁷

Entre sus colaboradores destacan los españoles Carlos Bousoño, José Antonio Muñoz Rojas, Jaime Delgado, F. Gil Tovar, Ángel Valbuena Briones, Dioniso Riudrejo, José María Valverde o Rafael Morales, y los americanos Ricardo Latcham o Edmundo Meouchi.

En este sentido, ofreció reseñas críticas de obras literarias, así como relativamente extensos panoramas de sus literaturas. Entre sus páginas nos encontramos

⁵²⁷ En muchas ocasiones, la propaganda de las tres revistas del Instituto de Cultura Hispánica, con sus respectivos “lemas”, era publicada al unísono. Igualmente se las tildaba de “las tres mejores revistas publicadas en España”.

con una sección con un nombre igual a una de *Mundo Hispánico*: “Correo de Ultramar”, para hablar especialmente de noticias y novedades de los países americanos, así como “Correo del hispanista”.

Clavileño (1950-1957)

Vinculada estrechamente a la Asociación Internacional del Hispanismo, del cual se presenta casi como su único logro remarcable. José-Carlos Mainer la define como

una iniciativa oficial, dirigida a un público internacional de hispanistas y a los lectores universitarios españoles, como precoz representación de una “cultura de Estado” franquista. Vinculada a los llamados “falangistas liberales”, estuvo abierta a la colaboración de intelectuales emigrados y dedicó significativos números monográficos a Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez y Pío Baroja (941).

Dirigida por Francisco Javier Conde, su Consejo de redacción era de un falangismo bastante liberal, formado, entre otros, por Enrique Lafuente Ferrari, Julio Caro Baroja, Manuel Cardenal Iracheta, Melchor Fernández Almagro, Ángel Valbuena Prat y Manuel Muñoz Cortés, Camilo José Cela, o el más conservador Gaspar Gómez de la Serna. De forma y estilo cuidado, Mainer afirma que pretendía configurar “-a medias entre las voces extranjeras más cercanas y las de la propia nación— una imagen estética y moral de España” (947) y ser una revista cultural española.

Por todo esto, y a pesar de su voluntad “hispanista” sorprenden las pocas referencias a la realidad hispanoamericana y prácticamente ninguna sobre su literatura, y en consecuencia, casi no aparecerá en nuestro trabajo.

Los años 50 implicaron un cambio también en las publicaciones culturales. Para Ramos Ortega resulta claro que

tras las nefastas consecuencias que la Guerra Civil provoca en la actividad cultural del país con la muerte, el exilio, el confinamiento interior y el silencio, en las proximidades de 1950 comienzan a fraguarse intentos de recomponer la crítica rigurosa, dejando a un lado las obligaciones partidistas, y proliferan algunas revistas de análisis literario, reflexiones intelectuales y valoraciones culturales (Ramos Ortega: II 136).

Incluso Garbisu remarca que *La Estafeta*, a pesar de seguir siendo la publicación cultural oficial del régimen no puede quedarse atrás: amplía cada vez más sus posturas, y se encamina hacia una mayor libertad” (94).

Revista. Semanario de Actualidades, Arte y Letras (1952-1954)

Fundada en Barcelona en 1952 de la mano de Albert Puig Palau con el importante asesoramiento e influencia de Dionisio Riudrejo. José-Carlos Mainer considera que los valores postulados por la publicación, visibles ya desde su primer número en abril del 52, eran el clasicismo, el hispanismo, el catolicismo, así como el barcelonismo (“Los primeros” 410) y que el perfil de público al que iba dirigida era preferentemente barcelonés, urbano, profesional o universitario, menor de cuarenta años y de algún modo desafecto o crítico con la situación vigente (422). La actitud de *Revista*, expresa Payne, mostraba la ambivalencia de los falangistas liberales: “gaining the adherence of a number of more liberal intellectuals and trying to reassert the more progressivist aspects of Falangism, minus the overt fascist politics” (The Franco 414).

Revista de Literatura (1952-actualidad)

Su origen se remonta a la fusión de la *Revista Bibliográfica y Documental* (1947-1951) con *Cuadernos de Literatura*. En el editorial de su primer número en enero de 1952 con la intención de

presentar reunidos, en cada uno de sus fascículos, estudios de investigación, de historia y de crítica literarias; ensayos, poesía, prosa y teatro; trabajos de erudición, bibliografía y bibliofilia, desde el punto de vista literario esencialmente; y en fin, una visión estética y crítica del movimiento de las letras, en todas sus manifestaciones (3).

Sin ser una publicación hispanoamericanista, su voluntad de atender a la literatura en general la llevará también a su realidad literaria.

Tertulia hispanoamericana (1953-1954)

Testimonio de la actividad fundamentalmente poética de la Tertulia hispanoamericana y de sus lecturas son los 6 números de la revista homónima que se publicó de diciembre de 1953 a julio de 1954. En las palabras previas del volumen que aún los tres últimos números, se expone claramente que

nuestra revista es el reflejo y breve antología de las sesiones literarias de la Asociación Cultural Iberoamericana de Madrid, que, con una asiduidad incansable, se viene celebrando cada sábado en sus locales de la calle del Marqués de Riscal (126).

Sin embargo, en sus páginas no encontramos referencias a la narrativa hispanoamericana de nuestro período de estudio.

Igualmente aparece *Papeles de Son Armadans* (1956-1979) dirigida por Camilo José Cela desde Mallorca, y que gracias al prestigio de su director, gozó de una relativa autonomía. *Cuadernos de Ágora* (1956-1964) surge en Madrid de la mano de la poetisa Concha Lagos. Es continuadora de la también madrileña *Ágora* (1951-1955) y se dedicó especialmente a la poesía, aunque dejando también espacio al cuento. Haciendo honor a su nombre, se planteaba como un lugar de encuentro, plaza abierta a las letras nacionales y foráneas.

En este contexto, puede llegar a sorprender la aparición de *Punta Europa*, revista mensual madrileña dirigida por Vicente Marrero Suárez, publicada entre 1956 y 1967 y que responde a una ideología católica muy cercana al tradicionalismo y a la Opus Dei. Su título aparece explicado en su primer editorial (Núm. 1, enero 1956): “Si Europa falla en un rincón, se despierta en otro. Ese otro rincón en nuestro tiempo, donde el alma de Occidente puede estar vigilante, vuelve a ser España punta de Europa” (7), en clara sintonía con las aspiraciones mesiánicas de la Hispanidad.

En general, para Gracia y Ruiz, la crítica y el comentario literario de periódico pecaron de mala calidad, puesto que se vieron afectadas tanto por la impersonalidad, el engolamiento, el retoricismo fatuo y el aplauso servicial como por la cobardía, las complicidades, los silencios o la propia incapacidad de asumir la falta de obras de calidad, causando un descrédito de la misma (144). Sin embargo, salvan el talento individual de algunos críticos como Torrente Ballester, R Gullón, J. Campos, J.R. Masoliver, etc.

Con todo, Juan José Morales concluye afirmando que

el medio siglo supone una etapa en la historia de las revistas españolas del siglo XX en la que desaparecen algunas publicaciones célebres del franquismo, se amplían las líneas ideológicas y estéticas, surgen prestigiosas revistas de crítica literaria, proliferan las publicaciones provinciales y regionales, se recuperan algunos nombres proscritos por la dictadura, florecen las ediciones estudiantiles y universitarias, se toma conciencia del valor cultural de las revistas, y se publican estudios por parte de críticos y ensayistas (136).

A pesar de la importancia para la reconstrucción del panorama cultural de una época que representan las revistas culturales y de que estas sean la fuente principal de nuestro estudio, tampoco podemos desdeñar el papel desempeñado por el resto de prensa. En nuestro estudio nos hemos servido de tres rotativos diarios, dos con sede en Madrid –*ABC* y *El Sol*- y uno en Barcelona –*La Vanguardia*-. Los tres ofrecieron destacadas secciones de información cultural y literaria, en especial reseñas y críticas de libros y tuvieron una considerable audiencia: Paul Aubert detalla las estadísticas de ventas: *La Vanguardia* habría vendido 140.000 ejemplares en 1927, *El Sol* 100.000 en 1930 y *ABC* más de 200.000 en 1931 (58). Al mismo tiempo, por sus claras divergencias a nivel de ideología política y de público objetivo, nos permiten un

acercamiento general y diverso a las corrientes de pensamiento y opinión contemporáneas⁵²⁸.

La Vanguardia (1881-actualidad)

Nació como órgano del Partido Liberal, desvinculándose del mismo, años más tarde, pero manteniéndose afín ideológicamente. Vinculado a la familia Godó⁵²⁹, se distinguió por abrir sus páginas a la nueva vida cultural, artística e intelectual catalana, impregnándose de sus aires de renovación y convirtiéndose en el periódico de mayor difusión de Cataluña, aunque posteriormente derive hacia posturas más conservadoras. Gracias a las innovaciones técnicas, la conexión con las principales agencias y la red de corresponsales extranjeros, deviene el primero rotativo español y uno de los más importantes de Europa.

Al estallar la guerra civil, el diario fue incautado y pasó a ser el principal órgano de expresión de la Generalitat de Catalunya y más tarde, del Gobierno de la República. Entre sus páginas colaboraron intelectuales como Antonio Machado, Pere Bosch i Gimpera, Max Aub, André Malraux y Ramón J. Sender. Con la victoria del bando franquista, la familia Godó recuperó su control financiero, pero no el editorial, y el régimen impuso un director, Luis de Galinsoga, y el cambio de nombre por el de *La Vanguardia Española*, y estuvo dominada por el mismo.

ABC (1903-actualidad)

⁵²⁸Un trabajo posterior implicaría un análisis pormenorizado de un mayor número de publicaciones, tanto periódicas como diarias que abarcasen igualmente a todo el ámbito territorial español y no centrado básicamente en Madrid y en menor grado en Barcelona.

⁵²⁹En 1887 lo compró Carles Godó Pie y desde 1888 se convirtió en diario de información independiente aunque siempre próximo al Partido Liberal. Esta situación cambió cuando, a la muerte de Carles Godó, fue sucedido en 1897 por su hijo Ramón Godó Lallana que llevó el diario hacia el conservadurismo.

Fundado en Madrid en 1903 por Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Ossorio, aunque no se publicó de forma diaria hasta dos años más tarde. De ideología conservadora, liberal monárquica y católica, era por lo tanto, básicamente el periódico de la aristocracia, de la alta burguesía y de la Iglesia. Se mostró anticomunista y partidario de Alemania durante la primera guerra mundial y respaldó igualmente al régimen de Primo de Rivera. Algunos de sus colaboradores han sido los conservadores José María de Areilza y José María Pemán, pero también Valle Inclán, José Luis López Aranguren o Ramón Pérez de Ayala.

Durante la guerra civil *ABC* de Madrid fue incautado por el bando republicano mientras que su edición andaluza, el *ABC* de Sevilla, se alineó al bando nacional. Posteriormente *ABC* fue restituido a sus propietarios originales y fue un claro apoyo al régimen, convirtiéndose en el periódico más vendido en España.

El Sol (1917-1939)

Diario madrileño fundado por Nicolás María de Urgoiti (1869-1951), director de La Papelera Española. Según la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional, fue considerado en su momento uno de los mejores periódicos de Europa y el mejor de España. Sin olvidar los fines comerciales, el rotativo era también reformista y clamaba su independencia: aspiraba a la transformación política y social de España. Al costar el doble que los otros periódicos por no recibir subvenciones y al no incluir información taurina, de lotería o de sucesos, fue tachado de intelectual, elitista y pedante, de hecho, iba dirigido a un público burgués liberal y culto.

El Sol transmitió las inquietudes de los intelectuales de la época. Si bien en un momento inicial vio con buenos ojos la llegada al poder de Primo de Rivera, pronto se alineará en la oposición. Mostró simpatías por el comunismo, y prestó más atención que los otros periódicos por los nacionalismos vasco y catalán y por la información extranjera. Uno de sus máximos colaboradores fue Ortega y Gasset, aunque en su nómina puedan encontrarse a Lorenzo Luzuriaga, Luis Bagaría, Ramón J. Sender, Félix Lorenzo (*Heliófilo*), Manuel Aznar o Salvador de Madariaga, (*Sancho Quijano* o *Corpus Barga*), corresponsal en París. Igualmente en sus páginas colaboraron futuros falangistas como Pedro Murlane Michelena, Eugenio Montes, José María Alfaro y Gecé.

Publicó artículos tan representativos como el manifiesto fundacional de la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República, el 10 de febrero del 1931 o bien el “El error Berenguer” de Ortega el 15 noviembre del mismo año, que terminó costando la pérdida del diario a Urgoiti. Desapareció con la guerra civil y en sus imprentas se procedió a editar el diario *Arriba*.

6.2. LAS NOVELAS HISPANOAMERICANAS EDITADAS EN ESPAÑA

AUTORES	TÍTULOS <i>En rojo las obras inéditas</i>	AÑO	LUGAR	EDITORIAL	1a EDICIÓN (si no es española)	COLECCIÓN	OTROS	SUBTITULO
AGUILERA MALTA, D.	<i>Don Goyo</i>	1933	Madrid	Cenit		Panorama literario español e hispanoamericano		Novela americana
ASTURIAS, M.A.	<i>Leyendas de Guatemala</i>	1930	Madrid	Ediciones Oriente			Índice alfabético de modismos y frases alegóricas	
	<i>Obras escogidas</i>	1955	Madrid	Aguilar			Prólogo de José Maria Souviron	
ARCIENAGA, Rosa	<i>Jaque Mate. Panorama del siglo XX</i>	1931	Madrid	Renacimiento/ CIAP				
	<i>Engranajes</i>	1931	Madrid	Renacimiento/ CIAP				
	<i>Mosko Strom</i>	1933	Madrid	Imprenta rotativa				
		1934	Madrid	Cenit		Panorama literario español e hispano- americano.		
	<i>Vidas de celuloide</i>	1934	Madrid	Cenit		Panorama literario español e hispano- americano.		
ARCINIEGAS, G.	<i>El estudiante de la mesa redonda</i>	1932	Madrid	Pueyo				

AZUELA, M.	Los de abajo	1927	Madrid	Biblos	1915, Texas		Nota preliminar de G. Ortega	Novela mexicana
		1930	Madrid	Espasa-Calpe				Novela de la Revolución mexicana
	La luciérnaga	1932	Madrid/ Bilbao	Espasa-Calpe				
BARRIOS, E.	El hermano asno	1926	Madrid	Espasa-Calpe	1922, Chile			
	Un perdido	1926	Madrid	Espasa-Calpe	1918, Chile	Contemporánea	Prólogo de Manuel Galvez	Novela chilena
	Gran señor y rajadiablos	1954	Madrid	Aguilar	1948, Chile			
BLANCO FOMBONA, R.	El hombre de oro	1930	Madrid	CIAP	1a edición Madrid, 1915			
	La mitra en la mano	1927	Madrid	América				
	Una mujer como hay muchas	1929	Madrid	Atlántida			La novela de hoy	
	El sexo triunfante	1930	Madrid	Atlántida			La novela de hoy	
	El hombre que huía de su mujer	1931	Madrid	Atlántida			La novela de hoy	
	La bella y la fiera	1931	Madrid	CIAP				
	El secreto de la felicidad	1933	Madrid	América				
	La máscara heroica	1935	Madrid	Revista literaria: novelas y cuentos, 342	1923, Madrid			
		1942	Madrid	Dédalo				

CABALLERO CALDERÓN, E.	Siervo sin tierra	1954	Madrid	Alcázar		Escritores colombianos contemporáneos I		
	La penúltima hora	1955	Madrid	Guadarrama				
CAMARILLO, M ^a Enriqueta	El arca de colores: novelas	1929	Madrid	Espasa-Calpe		Contemporánea Espasa-Calpe		
	Lo irremediable: novelas	1927	Madrid	Espasa-Calpe		Contemporánea Espasa-Calpe		
	El misterio de su muerte	1926	Madrid	Tall. Calpe		Contemporánea Calpe		
		1927	Valencia	La novela hispano-americana				
	Enimiga y símbolo	1926	Madrid	Espasa-Calpe		Contemporánea Calpe		
CARPENTIER, A.	Ecue-Yamba-o	1933	Madrid	España			Glosario final	Novela afro cubana
CARRASQUILLA, T.	Obras completas	1952	Madrid	Ediciones y Publicaciones Españolas			Prólogo de Francisco de Onís	
CARRIÓN, B.	El desencanto de Miguel García	1929	Madrid	SGEL				
CESTERO, T. M.	Ciudad romántica	1934	Madrid	Revista literaria: novelas y cuentos, 300	1911, Paris		También incluye Sangre solar y La misa de Alba, de Laza K. Lazarevich	
CUADRA, J.	Los sangurimas	1934	Madrid	Cenit		Panorama literario español e hispanoamericano		Novela montuvia ecuatoriana

DÍAZ SÁNCHEZ, R.	Mene: seguida de Nocturno de los tres ladrones, Cardenal, fuga de paisajes	1954	Madrid	Aguilar	1936, Caracas	Autores venezolanos	Prólogo de José Ramón Medina	
	Cumboto. Cuento de siete leguas	1954	Madrid	Aguilar	1950, Caracas	Autores venezolanos	Prólogo de Manuel Rojas	
FALCÓN, C.	Los bajos fondos	1928	Madrid	Prensa moderna				
	El pueblo sin Dios	1928	Madrid	Argis			(2a edición en Historia Nueva)	
FERRETIS, J.	Tierra caliente, los que solo saben pensar	1935	Madrid	Espasa-Calpe				
GÁLVEZ, M.	Hombres en soledad	1948	Madrid	Aguilar	1938, Buenos Aires		Nota preliminar de F.S.R.	
	Obras escogidas	1949	Madrid	Aguilar			Prólogo del autor y entrevista con Juan Carlos Moreno	
GALLEGOS, R.	Doña Bárbara	1929	Barcelona	Araluce				
	Reinaldo Solar	1930	Barcelona	Araluce	1920			
	La trepadora	1932	Barcelona	Araluce	1925			
	Cantaclaro	1934	Barcelona	Araluce	1934			
	Canaima	1935	Barcelona	Araluce	1935			
	Canaima, seguida de La rebelion y El piano viejo	1952	Madrid	Aguilar			Crisol	Prólogo de FSR

	Pobre negro	1940	Barcelona	Araluce	1937			
	Pobre negro, seguido de Pataruco, Pegujal y Marina	1952	Madrid	Aguilar		Crisol	Prólogo de FSR	
	El forastero, seguido de Los emigrantes y El milagro del año	1952	Madrid	Aguilar	El Forastero, 1942	Crisol	Prólogo de FSR	
	La brizna de paja en el viento	1953	Madrid	Aguilar	1952	Crisol	Prólogo de Blanca de los Ríos	
	Novelas escogidas	1952	Madrid	Aguilar				
	Obras completas	1958	Madrid	Aguilar				
GONZÁLEZ HURTADO, R.	La mística del Sacro-Monte	1932	Madrid	Espasa-Calpe	1930, México		Prólogo de José de Jesús González	
GÜIRALDES, R.	Don Segundo Sombra	1930	Madrid	Espasa-Calpe	1926, Buenos Aires			
		1948	Madrid	Aguilar		Crisol	Nota preliminar de Julio Molina Aguirre. Prólogo de Leopoldo Lugones e Índice de voces de Amando Lázaro Ros	

	Xamaica	1931	Madrid	Espasa-Calpe	1923, Buenos Aires			
	Raucho	1932	Madrid	Espasa-Calpe	1917, Buenos Aires		Glosario al final	
GUZMÁN, M.L	La sombra del caudillo	1929	Madrid	Espasa-Calpe	La 1ª edición en formato novela es en Madrid: en México por entregas			
	El águila y la serpiente	1928	Madrid	Aguilar, CIAP				
HERNÁNDEZ-CATÁ, A.	El bebedor de lágrimas	1926	Madrid	G. Hernández y Galo Saéz				
	Ángel de Sodoma	1928	Madrid	Mundo Latino			Prólogo de G. Marañón y epílogo de Luís Jiménez de Asúa	
	El cristiano errante	1927	Madrid	Atlántida		Novela de hoy		
	El fabricante de recuerdos	1928	Madrid	Atlántida		Novela de hoy		
	La Diosa número 2 (en colaboración con otros autores)	1931	Madrid	Renacimiento/CIAP				
	Los frutos ácidos	1953	Madrid	Aguilar	1915, Madrid		Prólogo de F.Carlos Saínz de Robles	

LARRETA, E.	La gloria de don Ramiro	1930/ 1935	Madrid	Espasa-Calpe	1908, Madrid			
		1948	Madrid	Aguilar				
	Obras completas	1948	Madrid	Plenitud				
	Orillas del Ebro	1949	Madrid	Espasa-Calpe	Simultánea en Madrid y Buenos Aires por Espasa-Calpe			
	Tenía que suceder	1954	Madrid	Revista Literaria "Novelas y cuentos"	1943, Buenos Aires			
	Gerardo o la torre de las damas	1953	Madrid	Aguilar	Publicada en el mismo año en España y Argentina			
		1956	Madrid	Espasa-Calpe			Prólogo de Berenguer Carisomo	
LATORRE, M.	Zurzulita	1949	Madrid	Aguilar	1920, Santiago de Chile			
LEIVA, J.	El indio Juan	1933	Madrid	Espasa-Calpe				
LYNCH, B.	El inglés de los güesos	1926	Madrid	Espasa-Calpe	1922, Argentina	En 1924 aparece en Calpe. A partir 1926 en Espasa-Calpe, con reediciones en 1930, 1933		
	Los caranchos de la Florida	1931	Madrid	Espasa-Calpe	1916, Argentina			
	Raquela. La evasión. El antojo	1936	Madrid	Espasa-Calpe	Raquela, 1918; La	3a edición en Espasa-Calpe. No	Prólogo de Vicente	Novelas argentinas

	de la patrona				evasión, 1918; El antojo de la patrona, 1925	hay información sobre las otras dos.	Salaverri	
LOAYZA, F.	Ciudad trágica	1935	Barcelona	Maucci			Al final comentario sobre la obra Inka el piadoso	
LÓPEZ FUENTES, G.	Campamento	1931	Madrid: Barcelona	Espasa-Calpe				Novela mejicana
LOYNAZ, Dulce María	Jardín	1951	Madrid	Aguilar				
MALDONADO, H.	Raimundo y la mujer extraña	1926	Madrid	Espasa-Calpe				Novela de asunto uruguayo
MALLEA, E.	Todo verdor perecerá	1952	Madrid	Aguilar	Buenos Aires, 1941	Crisol	Prólogo de G.de Torre y carta de Stephen Zweig. Incluye 6 relatos más	
MARÍN CAÑAS, J.	Lágrimas de acero	1929	Madrid	Suc. De Rivadeneira				
	Tú, la imposible. Memorias de un hombre triste	1931	Madrid	Rivadeneira			Comentario s finales	
	El infierno verde: la guerra del Chaco	1935	Madrid	Espasa-Calpe	En el rotativo costarricense La Hora, 16-			

					1-1935 y 20-3-1935			
MEJÍA ROBLEDO, A.	La risa de la fuente: novela inédita	1930	Barcelona	Cervantes		Biblioteca de Novelistas Hispanoamericanos I	Prólogo de Vicente Clavel	Novela colombiana
MUÑOZ, R.F	¡Vámonos con Pancho Villa!	1931	Madrid	Espasa-Calpe				
	Se llevaron el cañón para Bachimba	1944	Madrid	Espasa-Calpe	1931, México		Ilocalizable	
NOVAS CALVO, L.	Pedro Blanco, el negrero	1933	Madrid	Espasa-Calpe		Vidas extraordinarias	Al final, fechas importantes en la historia de la trata de negros y Bibliografía sobre la trata de negros	
OCANTOS, C. M.	Tulia	1927	Madrid	Imp. G. Hernandez y G. Saéz			Novelas argentinas n.18	
	El emboscado	1928	Madrid	Imp. G. Hernandez y G. Saéz			Novelas argentinas n.19	
	El loctuor	1928	Madrid	Hernando				
	Fray Judas	1929	Madrid	Imp. G. Hernandez y G. Saéz			Novelas argentinas n.20	

	Carmucha	1931	Madrid	Imp. Galo Saéz				
	En el mas alla	1933	Madrid	Imp. Galo Saéz				
	La princesa está alegre	1935	Madrid	Imp. Galo Saéz				
	La amazona del amor	1936	Madrid	Imp. Galo Saéz				
	Entre naranjas	1942	Madrid	Aldus				
	Floreteo	1942	Madrid	Aldus				
	El avionema del diablo	1943	Madrid	Imp. Galo Saéz				
PALACIOS, Lucila	Tres palabras y una mujer: seguida de La gran serpiente, Niebla, Tierra de leyenda...	1954	Madrid	Aguilar	1944, Venezuela	Autores venezolanos	Prólogo de Pedro Díaz Seijas	
PARRA, Teresa. De la	Ifigenia	1952	Barcelona	Surco	1924		Prólogo de Francis de Miomandre	
PAYRÓ, R.J.	Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira	1948	Madrid	Aguilar	1910		Prólogo de Guillermo de Torre	
	El casamiento de Laucha	1927	Madrid, Buenos aires	BABEL	1906			
PEREYRA, D.	El valle del sol	1934	Barcelona	Araluce	Original publicado en la revista Golden Book. En español, aparece por primera vez en Araluce.		Prólogo de Francisco Iglesias Brague. Original en inglés traducido por el	Novela de la naturaleza

							mismo autor.	
PÉREZ PIÑA, P.	Atavismo	1930	Barcelona	Cervantes		Novelistas Hispanoamericanos II	Prólogo de P.F. Rivas	Novela mexicana
PICÓN SALAS, M.	Odisea de tierra firme. Vida, años y pasión del Trópico	1928/1930	Madrid	CIAP Renacimiento		Clásicos y Modernos Hispanoamericanos	Glosario final	
	Obras selectas	1953	Madrid-Caracas	Edime				
PRIETO, J.	El socio	1949	Madrid	Aguilar	1928, Santiago de Chile		Prólogo de Ricardo Latcham	
REYLES, C.	El embrujo de Sevilla	1932	Madrid	SGEL	1922, Madrid			
	El terruño	1927	Madrid	SGEL	1916, Montevideo		Prólogo de José Enrique Rodó	
	El gaucho florido	1943	Madrid	Espasa-Calpe	1932, Montevideo		1a ed, Espasa-Calpe 1939	La novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo
RIVERA, J.E.	La vorágine	1932	Madrid	Aguilar	1924, Bogotá		Prólogo de Antonio Gómez Restrepo	
ROBLETO, H.	Sangre en el	1930	Madrid	Cenit	En el mismo			

	trópico				año también aparece en México.			
	Los estrangulados	1933	Madrid	Cenit		Panorama literario español e hispanoamericano		El imperialismo yanqui en Nicaragua
RODRIGUEZ-ACOSTA, Ofelia	La vida manda	1929	Madrid	Editorial Biblioteca Rubén Darío				
ROMERO, J.R	Apuntes de un lugareño	1932	Barcelona	Nuñez y cia				
	Desbandada	1936	Barcelona	Agustín Nuñez	1934, México			
	El pueblo inocente	1936	Barcelona	Agustín Nuñez	1934, México			
	Mi caballo, mi perro y mi fusil	1936	Barcelona	Agustín Nuñez			Ilocalizable	
SASSONE,F.	Más fuerte que la muerte	1926	Madrid	Prensa gráfica		La novela de noche		
	Fruto en sazón	1926	Madrid	Prensa gráfica		La novela de hoy		
	Lo menos 99	1929	Madrid	Prensa gráfica		La novela de hoy		
	Carlos V, hombre extraño	1939	Madrid	Prensa gráfica		La novela del sábado		
	Currita Valdés	1943	Bilbao	Familia				
	Nacer, pasar, morir	1945	Madrid	Hispanoamericana de Ediciones				
	La casa sin hombre	1953	Madrid	Prensa gráfica		La novela del		

						sábado		
	¡Estos mis papelitos, madre!	1953	Madrid	Aguilar			Nota preliminar de Federico Carlos Sainz de Robles	
SAZ, A. DEL	Tamborito	1932	Madrid	J.M ^a Yagues			Glosario final	Novela panameña
TORRES BODET, J.	La educación sentimental	1929	Madrid	Espasa-Calpe				
	Proserpina rescatada	1931	Madrid	Espasa-Calpe				
	Estrella de día	1933	Madrid	Espasa-Calpe				
	Primero de enero	1935	Madrid	Espasa-Calpe				
URIBE PIEDRAHITA, C.	Toá: narraciones de caucherías	1942	Madrid, Buenos Aires	Espasa-Calpe	1934	Austral	Prólogo de Antonio García. Glosario final	
USLAR PETRI, A.	Las lanzas coloradas	1931	Madrid	Zeus CIAP				
VALLEJO, C.	El tungsteno	1931	Madrid	Cenit		La novela proletaria		
VARGAS VILA, J.M.	Copos de espuma	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1894	Obras completas de Vargas Vila		
	Lirio Blanco: Delia	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1920	Obras completas de Vargas Vila		
	Lirio negro: Germania	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1920 (México,	Obras completas de Vargas Vila		

				1900?)		
La muerte del cóndor	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1914	Obras completas de Vargas Vila	
Pretéritas	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1915	Obras completas de Vargas Vila	
Clepsidra roja	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1916	Obras completas de Vargas Vila	
Del rosal pensante	1930	Barcelona	Ramón Ropena	1914	Obras completas de Vargas Vila	
Tardes serenas	1930	Barcelona	Bauzá			
Italo Fontana	1930	Barcelona	Bauzá			
El camino del triunfo: las adolescencias	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1908	Obras completas de Vargas Vila	
La demencia de Job	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1916	Obras completas de Vargas Vila	
La voz de las horas	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1910	Obras completas de Vargas Vila	
Lirio rojo: Eleonora	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1920	Obras completas de Vargas Vila	
El minotauro	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1900	Obras completas de Vargas Vila	
Las rosas de la tarde	1930	Barcelona	Ramón Sopena	1900	Obras completas de Vargas Vila	
Los parias	1931	Barcelona	Ramón Sopena	1900	Obras completas de Vargas Vila	
Ibis	1932	Barcelona	Ramón Sopena	1900	Obras completas de Vargas Vila	
Flor del fango: etopeya	1934	Barcelona	Ramón Sopena	1895	Obras completas de Vargas Vila	

	El final de un sueño: novela inédita	1936	Barcelona	Ramón Sopena	1917	Obras completas de Vargas Vila		
VILASEÑOR,E.	Extasis	1928	Madrid	Espasa-Calpe			Ilocalizable	
WAST, H (MARTÍNEZ ZUVIRÍA)	La casa de los cuervos	1929	Barcelona	Juventud o Clarasó	1916, Buenos Aires			
		1944	Burgos	Aldecoa				
	La que no perdonó	1930	Burgos	Aldecoa	1923			
		1956	Madrid	Revista literaria. Novelas y cuentos				
	Lucia Miranda	1930	Barcelona	Juventud	1929			
		1945	Burgos	Aldecoa				
	El camino de las llamas	1934	Barcelona	Molino o Clarasó	1930			
	Don Bosco y su tiempo	1934	Madrid/ Buenos Aires	Galo Sáez	1931			
		1941	Zaragoza	Letras: Revista Literaria Popular				
	El jinete de fuego	1941 y 1958	Madrid	Aldecoa	1926			
	Myriam la conspiradora	1941	Madrid	Aldecoa	1926			
	Tierra de jaguares	1941	Madrid	Aldecoa	1927			
	Oro	1942	Madrid	Aldecoa	1935			
Todas las novelas de Hugo Wast	1942	Barcelona	Fax					
Valle negro	1942	Madrid/ Burgos	Aldecoa	1918				

Desierto de piedra	1942	Madrid	Aldecoa	1925			
	1948	Madrid	Aguilar			Nota preliminar	
Pata de zorra	1943	Madrid	Aldecoa	1924			
Una estrella en la ventana	1943	Madrid	Aldecoa	1924			
Las aventuras de Don Bosco	1945	Madrid	Aldecoa	El original son dos volúmenes "Don Bosco y su tiempo", de 1931			
666	1945	Burgos	Aldecoa	1942			
Alegre	1945	Burgos	Aldecoa	1905			
La corbata celeste	1945	Burgos	Aldecoa	1920			
Esperar contra toda esperanza	1945	Burgos	Aldecoa	1944			
Fuente sellada	1945	Burgos	Aldecoa	1914			
Juana Tabor	1945	Burgos	Aldecoa	1942			
Lo que Dios ha unido	1945	Burgos	Aldecoa	1945			
Novia de vacaciones	1945	Burgos	Aldecoa	1907			
Los ojos vendados	1945	Burgos	Aldecoa	1921			
Sangre en el umbral	1945	Burgos	Aldecoa	1927			
El vengador	1945	Burgos	Aldecoa	1922			
Ciudad turbulenta, ciudad alegre	1946	Burgos	Aldecoa	1919			
Las espigas de Ruth	1946	Burgos	Aldecoa	1926			

	Naves, oro, sueños	1946	Burgos	Aldecoa	1936			
	Quince días, Sacristán	1946	Burgos	Aldecoa	1930			
	El sexto sello	1946	Burgos	Aldecoa	1941			
	Vocación de escritor	1946	Burgos	Aldecoa	1931			
	El kahal	1946	Burgos	Aldecoa	1935			
	Aventuras del padre Vespigniani	1950	Burgos	Aldecoa	1948			
	Obras completas	1956 y 1957	Madrid	Fax				
	Juanito Bosco	1958	Barcelona	Edosa				
ZAVALA MUNIZ, J.	Crónica de la reja	1954	Madrid	Aguilar	1930 a Montevideo		Nota preliminar de Julio Caporale Scelta, con carta prólogo de Miguel de Unamuno	

6.3. LOS AUTORES HISPANOAMERICANOS MENCIONADOS EN LAS OBRAS CRÍTICAS

Benito Lynch			m	x	x		x			x	x		x		x	x			p				
Ricardo Güiraldes			m	x	x		x			x			m		x	x	m	m		x	p	p	
Roberto J. Payró			x							x					x		x						
Hugo Wast			x	x		x	x		x	m			x		x								
Alberto Ghirardo			x	p	x							x											
Eduardo Mallea				x			x			x	x					m	x						
Juan José de Soiza Reilly				x																			
Enrique Larreta					x		x		x	x		x	m		x								
Manuel Ugarte					x																		
Manuel Gálvez						x				x			m		x		x						
Juan Carlos Dávalos											x												
Ulises Petit										x													
Leonidas Barletta										x													
Alfredo Varela										x					x								
Macedonio Fernández													x					x					
Ernesto Sábato													x										
Adolfo Bioy Casares													x										
Enrique Anderson Imbert													x				x						
Arturo Cancela																	x						
M. Ángel Correa													c				x						
César Carrizo																	x						
Carlos B. Quiroga													c				x						
COLOMBIA																							
J. Vargas Vila			x	p	x						x	x											
Eduardo Zulueta				p																			
Eduardo Echevarría				p																			
Juan Ignacio Gálvez				p																			
José Eustasio Rivera			p	m	x	x	x			m	m		m	m	m	m	m	m	x	x		p	
Daniel Arias Argáez				p																			
Antonio Álvarez Lleras				p																			
Diego Rafael Guzmán				p																			
Daniel Samper Ortega				m									x				x						
Tomás Carrasquilla							x											x					

Fabbiani Ruiz																				X
CUBA																				
Ofelia Rodríguez Acosta			x	x		x														
Jesús Castellanos			p																	
A. Hernández Catá			x	x						x										
Jorge Mañac				x		x														
Alejo Carpentier										x										x
Lino Novas Calvo									x			x								
Miguel de Marcos																				
Dulce María Loynaz																				
Aristides Sosa de Quesada																				X
Miguel de Carrión																				X
José Antonio Ramos																				X
Luís Rodríguez Embil																				X
Raimundo Cabrera																				X
Gustavo Robreño																				X
Carlos Loveira																				X
Luís Felipe Rodríguez																				X
Arturo Montori																				X
Tomas de Justiz																				X
Jesús J. López																				X
Jesús Masdéu																				X
Feliz Soloni																				X
Alberto Lamar Schwayer																				X
Lydia Cabrera												x								X
Enrique Serpa												x								X
Enrique Labrador Ruiz												x								X
PUERTO RICO			p			x					x		x							
Enrique Laguerre										x		x								
REP. DOMINICANA			p									x								
Tulio M. Cestero			p	x		x														
Fabio Fiallo				x																
Manuel de Jesús Galván																			x	
Max Henríquez Ureña												x								

Leyenda:Obras críticas:

- 1: Carrión, *Los creadores de la Nueva América*
- 2: Carrión, *Mapa de América*
- 3: Mejía de Fernández, *Historia de la literatura castellana. Estudio histórico crítico que comprende la literatura hispano-americana*
- 4: Sanz y Díaz, *Narradores Hispanoamericanos*
- 5: Barón Castro - *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos*
- 6: Ayala Duarte, *Resumen Histórico-Crítico de literatura Hispano-Americana*
- 7: Lohmann Villena, *Historia de la literatura Universal*
- 8: Unamuno, *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*
- 9: Perés, *Historia de la literatura española e hispanoamericana*
- 10: Del Saz, *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*
- 11: Campos, *Antología hispanoamericana*
- 12: González Ruano, *Veintidós retratos de escritores Hispanoamericanos*

- 13: Berenguer y Bogliano, *Medio siglo de literatura americana*
- 14: Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*
- 15: Del Saz y Valbuena Prat, *Historia de la literatura española e hispanoamericana*
- 16: Del Saz, *La novela hispanoamericana: la novela de las selvas caucheras y la novela psicológica*
- 17: Uslar Pietri, *Breve historia de la novela hispanoamericana*
- 18: Del Saz, *Historia General de las Literaturas Hispánicas*
- 19: Sánchez, *Escritores representativos de América*
- 20: Landaraech, *Literatura española e iberoamericana: Segundo año de Bachillerato. Quinto curso CC.LL.*
- 21: Arias Campoamor, *Novelistas de Méjico*
- 22: Díez de Medina, *Literatura boliviana*
- 23: Uslar Pietri, *Hombres y Letras de Venezuela*
- 24: Remos, *Proceso histórico de las letras cubanas*

Comentarios:

- c= solo citados
- p= muy poco comentados
- x= comentados
- m= extensamente comentado

RESUMEN

RESUMEN

La mayoría de estudios sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en España se han centrado en el finisecular Modernismo, en la figura de Rubén Darío, en el vanguardismo y, sobre todo, en el llamado *boom* de la novela hispanoamericana de los años 60. Sin embargo, el segundo tercio del siglo XX ha sido con frecuencia olvidado, así como el peso que el contexto histórico, político, social y cultural podía tener en la interpretación de otras realidades culturales. Resultaba necesario examinar cómo la intelectualidad española había contemplado la narrativa de sus excolonias en un período especialmente inestable y turbulento del devenir español, siendo aún reciente el golpe moral de la pérdida definitiva de las últimas posesiones ultramarinas. Así pues, al analizar la recepción crítica de la novela hispanoamericana en España en el intervalo 1927-1958, la presente tesis viene a rellenar la ausencia de investigaciones exhaustivas y rigurosas sobre dicha materia y época. Nos interesaba rastrear, sistematizar e interpretar las figuraciones de lo americano en la Península y comprobar el poder performativo de los discursos culturales en la construcción de identidades nacionales, partiendo del estrecho vínculo entre literatura, nación y poder.

En la época estudiada existió en la Península un interés patente por la realidad americana -y por fomentar las relaciones transatlánticas- que estuvo íntimamente ligado al origen y desarrollo del hispanoamericanismo español. El hispanoamericanismo, en su doble faceta de idea -como corriente y voluntad de acercamiento y de unión espiritual entre los pueblos hispánicos-, y en tanto que movimiento, es decir, agrupando las acciones concretas

para afianzar dicha unión, empezó a postularse durante la Restauración. No obstante, adquirió especial importancia en el segundo tercio del siglo XX, instituyéndose como un elemento fundamental -vector- del nacionalismo español, cambios de gobierno incluido.

Esta atención por América también englobaba a su narrativa, tal y como lo demuestra la edición de novelas hispanoamericanas, pero también las obras y estudios críticos, secciones literarias y reseñas en la prensa que se le dedicaron. Sin embargo, se trató de un interés parcial y paradójico: si bien se admitía un considerable desconocimiento de la literatura hispanoamericana, al mismo tiempo, la ex metrópoli se autopresentaba como autoridad competente para hablar y definir a Ultramar. Sus letras aparecían simplificadas – y en cierto modo encasilladas- en una serie de características y tópicos, como el protagonismo de la naturaleza, el mestizaje, la unidad continental y el vínculo hispánico, los cuales se reconocían y/o se aplicaban a los autores y obras más valorados y conocidos, un número relativamente escaso teniendo en cuenta la vasta producción americana. Estas ideas fueron igualmente preconizadas como rasgos propios desde América, sin embargo, en España, ostentaron un carácter reduccionista y, de algún modo, “determinista”.

Tras nuestra investigación podemos concluir que la interpretación mayoritaria de la narrativa hispanoamericana en España entre 1927 y 1958 aparece íntimamente vinculada a la imagen que se tenía de Hispanoamérica, a las relaciones intercontinentales y, sobre todo, al discurso hispanoamericanista. Dicha recepción se mantuvo, -con ligeras disimilitudes y algunas excepciones-, sorprendentemente uniforme y constante a lo largo de todo el período, a pesar de los profundos sobresaltos y rupturas político-sociales: no respondía tanto a una voluntad o un planteamiento organizado y dirigido, sino al peso del hispanoamericanismo y de su sustrato ideológico. Esta visión colaboró a difundir una

determinada imagen de Hispanoamérica, pero también de España, en tanto que Madre, hermana, guía, interlocutora, portavoz o tutora. Todo ello concordaba, en una época de claro retroceso y aislamiento internacional, con la voluntad de la Península de recuperar cierto prestigio en Europa y de ejercer influencia y hegemonía cultural en el Mundo Hispánico.

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS CORRESPONDIENTES AL INTERVALO DE ESTUDIO (1927-1958)

1. Obra de ficción

Aguilera Malta, Demetrio. *Don Goyo*. Madrid: Cenit 1933.

Asturias, Miguel Ángel. *Leyendas de Guatemala*. Madrid: Ediciones Oriente, 1930.

— . *Obras escogidas*. Madrid: Aguilar, 1955.

Arcienaga, Rosa. *Engranajes*. Madrid: Renacimiento/CIAP, 1931.

— . *Jaque mate*. Madrid: Renacimiento/CIAP, 1931.

— . *Mosko Strom*. Madrid: Imprenta rotativa, 1933.

— . *Mosko Strom*. Madrid: Cenit, 1934.

— . *Vidas de celuloide*. Madrid: Cenit, 1934.

Arciniegas, Germán. *El estudiante de la mesa redonda*. Madrid: Pueyo, 1932.

Azuela, Mariano. *Los de abajo*. Madrid: Biblos, 1927.

— . *Los de abajo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1930.

— . *La luciérnaga*. Madrid: Espasa-Calpe, 1932.

Barrios, Eduardo. *El hermano asno*. Madrid: Espasa-Calpe, 1926.

— . *Un perdido*. Madrid: Espasa-Calpe, 1926.

— . *Gran señor y rajadiablos*. Madrid: Aguilar, 1954.

Blanco-Fombona, Rufino. *La bella y la fiera*. Madrid: CIAP, 1931.

— . *El hombre de oro*. Madrid: CIAP, 1930.

— . *El hombre que huía de su mujer*. Madrid: Atlántida, 1931.

- . *La máscara heroica*. Madrid: Revista literaria. Novelas y cuentos, 1935.
- . *La máscara heroica*. Madrid: Dédalo, 1942.
- . *La mitra en la mano*. Madrid: América, 1927.
- . *Una mujer como hay muchas*. Madrid: Atlántida, 1929.
- . *El secreto de la felicidad*. Madrid: América, 1933.
- . *El sexo triunfante*. Madrid: Atlántida, 1930.
- Caballero Calderón, Eduardo. *La penúltima hora*. Madrid: Guadarrama, 1955.
- . *Siervo sin tierra*. Madrid: Alcázar, 1954.
- Camarillo, María Enriqueta. *El arca de colores*. Madrid: Espasa-Calpe, 1929.
- . *Enigma y símbolo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1926.
- . *Lo irremediable*. Madrid: Espasa-Calpe, 1927.
- . *El misterio de su muerte*. Madrid: Calpe, 1926.
- . *El misterio de su muerte*. Valencia: La novela hispano-americana, 1927.
- Carpentier, Alejo. *Eccue-yamba-ó*. Madrid: España, 1933.
- Carrasquilla, Tomás. *Obras completas*. Madrid: Ediciones y publicaciones españolas, 1952.
- Carrión, Benjamín. *El desencanto de Miguel García*. Madrid: SGEL, 1929.
- Cestero, Tulio M. *Ciudad romántica*. Madrid: Revista literaria. Novelas y cuentos, 1934.
- Cuadra, José de la. *Los sangurimas*. Madrid: Cenit, 1934.
- Díaz Sánchez, Ramón. *Cumboto*. Madrid: Aguilar, 1954.
- . *Mene: seguida de Nocturno de los tres ladrones, Cardenal, Fuga de paisajes*. Madrid: Aguilar, 1954.
- Echevarría, Esteban. *Obras completas de D. Esteban Echeverría. Tomo 3. Poesías varias [1871]*
- / *Esteban Echeverría; compiladas por Juan María Gutiérrez*. Alicante: Biblioteca Virtual

Miguel de Cervantes, 2010.

www.cervantesvirtual.com/obra/obras-completas-de-d-esteban-echeverria-tomo-3-poesias-varias-1871/

Espina, Concha, Francés, José, Hernández-Catá, Alfonso e Insúa, Alberto. *La Diosa número 2*.

Madrid: CIAP/Renacimiento, 1931.

Falcón, César. *Los bajos fondos*. Madrid: Prensa moderna, 1928.

— . *Pueblo sin Dios*. Madrid: Argis, 1928.

Ferretis, Jorge. *Tierra caliente*. Madrid: Espasa-Calpe, 1935.

Gálvez, Manuel. *Hombres en soledad*. Madrid. Aguilar, 1948.

— . *Obras escogidas*. Madrid: Aguilar, 1949.

Gallegos, Rómulo. *La brizna de paja en el viento*. Madrid: Aguilar, 1953.

— . *Canaima*. Barcelona: Araluce, 1935.

— . *Canaima*. Madrid: Espasa-Calpe, 1940.

— . *Canaima; La rebelión; El piano viejo*. Madrid: Aguilar, 1952.

— . *Cantaclaro*. Barcelona: Araluce, 1934.

— . *Cantaclaro*. Madrid: Espasa-Calpe, 1940.

— . *Doña Bárbara*. Barcelona: Araluce, 1929.

— . *Doña Bárbara*. Madrid: Espasa-Calpe, 1944.

— . *El forastero; Los emigrantes; El milagro del año*. Madrid: Aguilar, 1952.

— . *Novelas escogidas*. Madrid: Aguilar, 1952.

— . *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1948.

— . *Pobre negro*. Barcelona: Araluce, 1940.

— . *Pobre negro*. Madrid: Espasa-Calpe, 1942.

— . *Pobre negro; Pataruco; Pegujal; Marina*. Madrid: Aguilar, 1952.

— . *Reinaldo Solar*. Barcelona: Araluce, 1930.

— . *Reinaldo Solar*. Madrid: Espasa-Calpe, 1947.

— . *La trepadora*. Barcelona: Araluce, 1932.

— . *La trepadora*. Madrid: Espasa-Calpe, 1943.

González Hurtado, Rodolfo. *La mística del Sacro-Monte*. Madrid: Espasa-Calpe, 1932.

Güiraldes, Ricardo. *Don Segundo Sombra*. Madrid: Espasa-Calpe, 1930.

— . *Don Segundo Sombra*. Madrid: Aguilar, 1948.

— . *Raucho*. Madrid: Espasa-Calpe, 1932.

— . *Xamaica*. Madrid: Espasa-Calpe, 1931.

Guzmán, Martín Luís. *El águila y la serpiente*. Madrid: Aguilar, 1928.

— . *El águila y la serpiente*. Madrid: CIAP, 1928.

— . *La sombra del caudillo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1929.

Hernández-Catá, Alfonso. *Ángel de Sodoma*. Madrid: Mundo Latino, 1928.

— . *El bebedor de lágrimas*. Madrid: G. Hernández y Galo Saéz, 1926.

— . *El cristiano errante*. Madrid: Atlántida, 1927.

— . *El fabricante de recuerdos*. Madrid: Atlántida, 1928.

— . *Los frutos ácidos*. Madrid: Aguilar, 1953.

Larreta, Enrique. *Gerardo o la torre de las damas*. Madrid: Aguilar, 1953.

— . *Gerardo o la torre de las damas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1956.

— . *La gloria de don Ramiro*. Madrid, Espasa-Calpe: 1930.

— . *La gloria de don Ramiro*. Madrid, Aguilar: 1948.

— . *Obras completas*. Madrid: Plenitud, 1948.

- . *Orillas del Ebro*. Madrid: Aguilar, 1949.
- . *Tenía que suceder*. Madrid: Revista literaria. Novelas y cuentos, 1954.
- Latorre, Mariano. *Zurzulita*. Madrid: Aguilar, 1949.
- Leiva, José. *El indio Juan*. Madrid: Espasa-Calpe, 1933.
- Lynch, Benito. *Los caranchos de la Florida*. Madrid: Espasa-Calpe, 1931.
- . *El inglés de los güesos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1926.
- . *Raquela. La evasión. El antojo de la patrona*. Madrid: Espasa-Calpe, 1936.
- Loayza, Francisco. *Ciudad trágica*. Barcelona: Maucci, 1935.
- López Fuentes, Gregorio. *Campamento*. Madrid: Espasa-Calpe, 1931.
- Loynaz, Dulce María. *Jardín*. Madrid: Aguilar, 1951.
- Maldonado, Horacio. *Raimundo y la mujer extraña*. Madrid: Espasa-Calpe, 1926.
- Mallea, Eduardo. *Todo verdor perecerá*. Madrid: Aguilar, 1952.
- Marín Cañas, José. *El infierno verde*. Madrid: Espasa-Calpe, 1935.
- . *Lágrimas de acero*. Madrid: Rivadeneyra, 1929.
- . *Tú la imposible*. Madrid: Rivadeneyra, 1931.
- Mejía Robledo, Alfonso. *La risa de la fuente*. Madrid: Cervantes, 1930.
- Muñoz, Rafael F. *Se llevaron el cañón para Bachimba*. Madrid: Espasa-Calpe, 1944.
- . *¡Vámonos con Pancho Villa!* Madrid: Espasa-Calpe, 1931.
- Novas Calvo, Lino. *Pedro Blanco, el negrero*. Madrid: Espasa-Calpe, 1933.
- Ocantos, Carlos María. *La amazona del amor*. Madrid: Imp. Galo Saéz, 1936.
- . *El avionema del diablo*. Madrid: Imp. Galo Saéz, 1943.
- . *Carmucha*. Madrid: Imp. Galo Saéz, 1931.
- . *El emboscado*. Madrid: Imp. G. Hernandez y G. Saéz, 1926.

- . *En el más allá*. Madrid: Imp. Galo Saéz, 1933.
- . *Entre naranjas*. Madrid: Aldus, 1942.
- . *Floreteo*. Madrid: Aldus, 1942.
- . *Fray Judas*. Madrid: Imp. G. Hernandez y G. Saéz, 1929.
- . *El locutor*. Madrid: Hernando, 1928.
- . *La princesa está alegre*. Imp. G. Hernandez y G. Saéz, 1935.
- . *Tulia*. Madrid: Imp. G. Hernandez y G. Saéz, 1927.
- Palacios, Lucila. *Tres palabras y una mujer*. Madrid: Aguilar, 1954.
- Parra, Teresa de la. *Ifigenia*. Barcelona: Surco, 1952.
- Payró, Roberto J. *El casamiento de Laucha*. Madrid. Buenos Aires: Babel, 1926.
- . *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. Madrid: Aguilar, 1948.
- Pereyra, Diómedes de. *El valle del sol*. Barcelona: Araluce, 1934.
- Pérez Piña, Pedro I. *Atavismo*. Barcelona: Cervantes: 1930.
- Picón Salas, Mariano. *Obras selectas*. Madrid. Caracas: Edime, 1953.
- . *Odisea de tierra firme*. Madrid: CIAP/Renacimiento, 1930.
- Prieto, Jenaro. *El socio*. Madrid: Aguilar, 1949.
- Reyles, Carlos. *El embrujo de Sevilla*. Madrid: SGEL, 1932.
- . *El gaucho florido*. Madrid: Espasa-Calpe, 1943.
- . *El terruño*. Madrid: SGEL, 1927.
- Rivera, José Eustasio. *La vorágine*. Madrid: Aguilar, 1932.
- Robleto, Hernán. *Los estrangulados*. Madrid: Cenit, 1933.
- . *Sangre en el trópico*. Madrid: Cenit, 1930.
- Rodríguez-Acosta, Ofelia. *La vida manda*. Madrid: Biblioteca Rubén Darío, 1929.

- Romero, José Rubén. *Apuntes de un lugareño*. Barcelona: Nuñez & cia, 1930.
- . *Desbandada*. Barcelona: Agustín Nuñez, 1936.
- . *Mi caballo, mi perro y mi fusil*. Barcelona: Agustín Nuñez, 1936.
- . *El pueblo inocente*. Barcelona: Agustín Nuñez, 1936.
- Sassone, Felipe. *Carlos V, hombre extraño*. Madrid: Prensa gráfica, 1939.
- . *La casa sin hombre*. Madrid: Prensa grafica, 1953.
- . *Currita Valdés*. Bilbao: Familia, 1943.
- . *Estos mis papelitos, madre*. Madrid: Aguilar, 1953.
- . *Fruto en sazón*. Madrid: Prensa gráfica, 1926.
- . *Más fuerte que la muerte*. Madrid: Prensa gráfica, 1926.
- . *Lo menos 99*. Madrid: Prensa gráfica, 1929.
- . *Nacer, pasar, morir*. Madrid: Hispanoamericana de Ediciones, 1945.
- Saz, Agustín del. *Tamborito*. Madrid: José M^a Yagües, 1932.
- Torres Bodet, Jaime. *La educación sentimental*. Madrid: Espasa-Calpe, 1929.
- . *Estrella de día*. Madrid: Espasa-Calpe, 1933.
- . *Primero de enero*. Madrid: Espasa-Calpe, 1935.
- . *Proserpina rescatada*. Madrid: Espasa-Calpe, 1931.
- Uribe Piedrahita, César. *Toá: narraciones de caucherías*. Madrid. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1942.
- Uslar Pietri, Arturo. *Las lanzas coloradas*. Madrid: Zeus/CIAP, 1931.
- Vallejo, César. *El tungsteno*. Madrid: Cenit, 1931.
- Vargas Vila, José. *El camino del triunfo: las adolescencias*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
- . *Clepsidra roja*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.

- . *Copos de espuma*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *Del rosal pensante*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *La demencia de Job*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *El final de un sueño: novela inédita*. Barcelona: Ramón Sopena, 1936.
 - . *Flor del fango*. Barcelona: Ramón Sopena, 1934.
 - . *Ibis*. Barcelona: Ramón Sopena, 1932.
 - . *Italo Fontana*. Barcelona: Bauzá, 1930.
 - . *Lirio blanco: Delia*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *Lirio negro: Germania*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *Lirio rojo: Eleonora*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *El minotauro*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *La muerte del cóndor*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *Los parias*. Barcelona: Ramón Sopena, 1931.
 - . *Pretéritas*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *Las rosas de la tarde*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
 - . *Tardes serenas*. Barcelona: Bauzá, 1930.
 - . *La voz de las horas*. Barcelona: Ramón Sopena, 1930.
- Vilaseñor, Eduardo. *Extasis*. Madrid: Espasa-Calpe, 1928.
- Wast, Hugo. *Alegre*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *Las aventuras de don Bosco*. Burgos: Aldecoa, 1945.
 - . *Aventuras del padre Vespigniani*. Burgos: Aldecoa, 1950.
 - . *El camino de las llamas*. Barcelona: Molino, 1935.
 - . *La casa de los cuervos*. Barcelona: Juventud, 1929.

- . *La casa de los cuervos*. Burgos: Aldecoa, 1944.
- . *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*. Burgos: Aldecoa, 1946.
- . *La corbata celeste*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *Desierto de piedra*. Madrid: Aldecoa, 1942.
- . *Desierto de piedra*. Madrid: Aguilar, 1948.
- . *Don Bosco y su tiempo*. Madrid. Buenos Aires: Galo Saéz, 1934.
- . *Don Bosco y su tiempo*. Zaragoza: Letras. Revista Literaria Popular, 1941.
- . *Esperar contra toda esperanza*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *Las espigas de Ruth*. Burgos: Aldecoa, 1943.
- . *Una estrella en la ventana*. Burgos: Aldecoa, 1946.
- . *Fuente sellada*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *El jinete de fuego*. Madrid: Aldecoa, 1941.
- . *Juana Tabor*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *Juanito Bosco*. Barcelona: Edosa, 1958.
- . *El kahal*. Burgos: Aldecoa, 1946.
- . *Lucia Miranda*. Barcelona: Juventud, 1930.
- . *Myriam la conspiradora*. Burgos: Aldecoa, 1941.
- . *Naves, oro, sueños*. Burgos: Aldecoa, 1946.
- . *Novia de vacaciones*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *Obras completas*. Madrid: Fax, 1956.
- . *Oro*. Burgos: Aldecoa, 1942.
- . *Los ojos vendados*. Burgos: Aldecoa, 1945.
- . *Pata de zorra*. Burgos: Aldecoa, 1943.

- . *La que no perdonó*. Burgos: Aldecoa, 1930.
 - . *La que no perdonó*. Madrid: Revista Literaria. Novelas y cuentos, 1956.
 - . *Lo que Dios ha unido*. Burgos: Aldecoa, 1945.
 - . *Quince días, sacristán*. Burgos: Aldecoa, 1946.
 - . *Sangre en el umbral*. Burgos: Aldecoa, 1945.
 - . *El sexto sello*. Burgos: Aldecoa, 1946.
 - . *Tierra de jaguares*. Burgos: Aldecoa, 1941.
 - . *Todas las novelas de Hugo Wast*. Barcelona: Fax, 1942.
 - . *Valle negro*. Burgos: Aldecoa, 1945.
 - . *El vengador*. Burgos: Aldecoa, 1945.
 - . *Vocación de escritor*. Burgos: Aldecoa, 1946.
- Zavala Muñiz, Justino. *Crónica de la reja*. Madrid: Aguilar, 1954.

2. Monografías sobre literatura hispanoamericana

- Andersson, Theodore. *Carlos María Ocantos y su obra*. Madrid: SGEL, 1933.
- Arias Campoamor, J.F. *Novelistas de Méjico*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1952.
- Ayala Duarte, Crispín. *Resumen histórico-crítico de literatura hispano-americana*. Madrid: Saeta, 1945.
- Berenguer Carisomo, Arturo y Bogliano, Jorge. *Medio siglo de literatura americana*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1952.

- Barón Castro, Rodolfo. *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos*. Madrid: Atlas, 1944.
- Campos, Jorge. *Antología hispanoamericana*. Madrid: Pegaso, 1950.
- Carmona Nenclares, Francisco. *Vida y literatura de Rufino Blanco-Fombona*. Madrid: Mundo Latino, 1928.
- Carrión, Benjamín. *Los creadores de la Nueva América*. Madrid: SGEL, 1928.
- . *Mapa de América*. Madrid: SGEL, 1930.
- Díaz-Plaja, Guillermo, dir. *Historia General de las Literaturas Hispánicas*. Barcelona: Barna, 1949-1967.
- Díez de Medina, Fernando. *Literatura boliviana*. Madrid: Aguilar, 1954.
- Dotor y Municio, Ángel. *María Enriqueta y su obra*. Madrid: Aguilar, 1943.
- González Ruano, César. *Veintidós retratos de escritores Hispanoamericanos*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1952.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: FCE, 1949.
- Landaraech, Alfonso María. *Literatura española e iberoamericana: Segundo año de Bachillerato. Quinto curso CC. LL*, Valencia: Ecir, 1958.
- Lohmann, Guillermo. "Literatura hispanoamericana. Época moderna". *Historia de la literatura universal*. Coord. Ciriaco Pérez Bustamante. Madrid: Atlas, 1946, pp. 648-664.
- Mejía de Fernández, Abigail. *Historia de la literatura castellana. Estudio histórico crítico que*

comprende la literatura hispano-americana. Barcelona: Araluce, 1933.

Perés, Ramón D. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. Barcelona: Sopena, 1947.

Remos y Rubio, Juan José. *Proceso histórico de las letras cubanas*. Madrid: Guadarrama, 1958.

Sánchez, Luís Alberto. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid: Gredos, 1953.

—. *Escritores representativos de América*. Madrid: Gredos, 1957.

Sanz y Díaz, José. *Narradores hispanoamericanos*. Barcelona: Hymosa, 1942.

Saz, Agustín del. *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*. Barcelona: Atlántida, 1949.

—. *La novela hispanoamericana: la novela de las selvas caucheras y la novela psicológica*.
Barcelona: Universidad de Barcelona, 1954.

Saz, Agustín del y Valbuena Prat, Ángel. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*.
Barcelona: Juventud, 1956.

Torres Rioseco, Arturo. *La gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé, 1945.

Unamuno, Miguel de. *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*. Madrid:
Espasa-Calpe, 1947.

Uslar Pietri, Arturo. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Madrid: Caracas: Edime,
1954.

—. *Hombres y letras de Venezuela*. Madrid: Edime, 1958.

Vila Selma, José. *Procedimientos y técnicas en Rómulo Gallegos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1954.

3. Artículos en prensa

“La I Asamblea de Universidades Hispánicas fue inaugurada ayer”. *ABC*, 6 octubre 1953, pp. 19-20.

“II Congreso de Academias de la Lengua”. *Mundo Hispánico* 99, junio 1956, pp. 19-21.

“II Jornadas de Lengua Hispánica. Crónica de las Jornadas”. *Mundo Hispánico* 78, septiembre 1954, pp.56 y 62.

“II Jornadas de Lengua Hispánica. Resumen de algunas conferencias”. *Mundo Hispánico* 78, septiembre 1954, pp. 21-24.

“II Jornadas de Literatura Hispánica”. *La Vanguardia Española*, 18 julio 1954, p. 12.

“VII centenario de la Universidad de Salamanca”. *La Vanguardia*, 7 junio 1953, p. 6.

“XVI Curso de la Universidad de la Rábida (Sevilla-Huelva)”. *La Estafeta Literaria* 134, 21 junio 1958, p. 15.

“1943-1944. Balance literario argentino”. *La Estafeta Literaria* 18, 15 diciembre 1944, p. 23.

A.B. “¿Cómo son las letras en.. Perú?”. *El Correo Literario* 47, 1 mayo 1952, p. 9.

A.G. “El castellano y el 'pasa a la página tal’”. *España y América* 279, *La Vida Literaria* 107, noviembre 1935, p. 123.

—. “España y la Argentina. Es urgente realizar una exposición del libro español”. *La Gaceta*

- Literaria* 88, 15 agosto 1930, p. 247.
- A.M. “Desbandada, de José Rubén Romero”. *La Vanguardia*, 16 diciembre 1934, p. 13.
- “ABC en América. Un novelista argentino”. *ABC*, 7 enero 1927, p. 9.
- Acosta, José María. “Letras hispanoamericanas. Bibliografía”. *ABC*, 23 abril 1929, p. 8.
- “El águila y la serpiente, de Martín Luís Guzmán”. *El Sol*, 10 junio 1928, p. 2.
- Aguilar Navarro, Mariano. “Una comunidad hispánica”. *Estudios Americanos* 27, diciembre 1953, pp. 583-585.
- Alemán Sainz, Francisco. “Eduardo Mallea, español de Sudamérica”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 38, febrero de 1953, pp. 168-172.
- Alone. “Panorama de la literatura chilena”. *La Gaceta Literaria* 98, 15 enero 1931, pp. 28-29.
- Alonso del Real, Carlos. “Uno de los problemas de muchas naciones hispanoamericanas es nacionalizar a sus naciones indias aún no incorporadas a la cultura de la nación”. *El Correo Literario* 35, 1 noviembre 1951, p. 11.
- Álvarez Lleras, Antonio. “Hispanoamericanismo práctico”. *España y América* 185, enero 1928, pp. 3-4.
- Álvarez, José. “La Exposición Ibero-americana de Sevilla en los destinos de la América Hispana”. *España y América* 191, julio 1928, p. 80.
- Amado, Antonio. “Reseña. La narración en el Perú, de Alberto Escobar”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 89, mayo 1957, pp. 239-240.
- “Américo Castro: Vuelta de América. A la arribada”. *La Gaceta Literaria*, 15 enero 1929, p. 321.
- “Anaquel. *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert”. *El Correo Literario* 4, 2ª época, agosto 1954, s/p.
- Anaya Ruiz, Francisco. “Ilusiones y realidades del hispano-americanismo”. *Revista de las*

Españas 25, septiembre 1928, pp. 432-434.

Antón, Blanca. "Noticias literarias. Saludo a Larreta". *Ínsula* 32, 15 agosto 1948, p. 7.

"El anteproyecto de los Premios Cervantes". *La Vanguardia Española*, 21 julio 1954, p. 3.

"Antonio Tovar: Idea de América". *Cuadernos Hispanoamericanos* 17, septiembre-octubre 1950, pp. 467-468.

Aparicio, Juan. "Siempre dar". *Mundo Hispánico* 7, agosto 1948, p. 7.

Arce y Valladares, Manuel José. "Panorama de las letras en el Salvador". *Estudios Americanos* 54, marzo 1956, pp. 271-283.

Arconada, C. M. "Tráfico, de Enrique M. Amorim". *La Gaceta Literaria* 22, 15 noviembre 1927, p. 132.

"Argentina". *Anuario de Estudios Americanos* 1954, p. 616.

Armida, José I. "María Enriqueta". *España y América* 259, *La Vida Literaria* 87, marzo 1934, p. 29.

Arroita-Jáuregui, Marcelo. "Constantes de la literatura argentina". *El Correo Literario* 81, 1 octubre 1953, p. 4.

—. "En el laberinto de las obras ajenas. 'Novela regional'". *El Correo Literario* 67, marzo 1953, p. 5.

Artiñano, Gervasio. "El nombre de América". *Raza Española* 143-144, noviembre-diciembre 1930, pp. 3-22.

"Aviso fraterno a los jóvenes americanos". *Escorial* 14, 1941, pp. 315-320.

Ayala, Francisco de Ayala. "Madrid-América. Tres raids literarios". *La Gaceta Literaria* 16, 15 agosto 1927, pp. 93-94.

- Aycinena, Luís. "Novela y dolor en Guatemala". *Cuadernos Hispanoamericanos* 14, marzo-abril 1950, pp. 375-378.
- "Ayer se concedió el premio 'Fraternidad Hispánica', dotado con 25.000 pesetas". *ABC*, 11 abril 1957, p. 39.
- "Azorín no va a México, pero siente la nostalgia de la naturaleza americana". *El Correo Literario* 21, 1 abril 1951, p. 1.
- B.A.A. "Notas críticas. *La trepadora*". *El Sol*, 13 mayo 1930, p.2.
- Baeza, Ricardo. "¿Con Don Martín Fierro o con Don Quijote?". *El Sol*, 3 septiembre 1927, p. 1.
— . "Doña Bárbara". *El Sol*, 11 enero 1930, p. 3.
- Ballesteros Gabirois, Manuel. "De Orbe Hispánico. XXVI Congreso Internacional de los Americanistas (Sevilla, octubre)". *Revista de Estudios Hispánicos* 10, octubre 1935, p. 445.
- Ballesteros-Beretta, Antonio. "Proemio". *Revista de Indias* 1, 1940, pp. 5-7.
- Baquero Goyanes, Mariano. "Reseña de *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, de Luís Alberto Sánchez". *Arbor* 98, febrero 1954, pp. 306-309.
- Barón Castro, Rodolfo. "Españolismo y antiespañolismo en la América hispana". *Tierra Firme* 4, 1935, pp. 41-54.
- Basarde, Jorge. "El Perú actual". *Tierra Firme* 3, 1935, pp. 47-64.
- Bella, Alfredo Sánchez. "¿Cuál es el futuro de la cultura hispánica?". *Mundo Hispánico* 71, febrero 1954, pp. 10 y 62.
— . "Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica". *Cuadernos Hispanoamericanos* 94, octubre 1957, s/p.
- Berenguer Carisomo, Arturo. "Las dos últimas novelas de Enrique Larreta". *Cuadernos Hispanoamericanos* 75, marzo 1956, p. 327.

- “Bibliografía. *Atavismo* de Pedro Pérez Pina”. *España y América* 216, *La Vida Literaria* 44, agosto 1930, p. 96.
- “Bibliografía. *Bajo El Sol tropical* de Jorge Orozco Castro”. *España y América* 261, *La Vida Literaria* 94, octubre 1934, p. 120.
- “Bibliografía. *Historia de las letras paraguayas* de Carlos R. Centurión”. *Mundo Hispánico* 4, 1948, p. 57.
- “Bibliografía. *La risa de la fuente* de Mejía Robledo”. *España y América* 214, *La Vida Literaria* 42, junio 1930, p. 71.
- “Bibliografía. *Mapa de América* de Benjamín Carrión”. *España y América* 22, *La Vida Literaria* 50, febrero 1931, p. 24.
- “Bibliografía. *Mapa de América* de Benjamín Carrión”. *España y América* 23, *La Vida Literaria* 51, marzo 1931, p. 36.
- “Bibliografía. *Odisea de tierra firme* de Mariano Picón Salas”. *España y América* 226, *La Vida Literaria* 54, junio 1931, p. 72.
- “Bibliografía. *Tamborito* de Agustín del Saz”. *España y América* 234, *La Vida Literaria* 62, febrero 1932, p. 24.
- “Bibliografía. *Tierra Caliente* de Jorge Ferretis”. *España y América* 272, *La Vida Literaria* 100, abril 1935, p. 47.
- “Biblioteca Central Hispana”. *Mundo Hispánico* 31, octubre 1950, p. 46.
- “La biblioteca hispánica en 1953”. *El Correo Literario* 87, 1 enero 1954, p. 5.
- Borges, Jorge Luís. “El idioma de los argentinos”. *La Gaceta Literaria* 38, 15 julio 1928, p. 238.
- “Breves noticias de los libros de América a los 186 años del Descubrimiento de América”, *La Estafeta Literaria* 14, octubre 1944, pp. 16-17.

- Bustamante y Rivero. "El fenómeno nacionalista en Iberoamérica". *Cuadernos Hispanoamericanos* 25, enero 1952, pp. 22-29.
- Caballero, Francisco A. "La misión de Milton Eisenhower y su Informe sobre la América hispana". *Arbor* 101, mayo 1954, pp. 124-139.
- Caballero Calderón, Eduardo. "Hispanoamérica en sus novelistas". *Cuadernos Hispanoamericanos* 64, abril 1955, pp. 45-58.
- . "La difusión del libro español e hispanoamericano". *Mundo Hispánico* 5, septiembre 1954, s/p.
- . "Lo que Hispanoamérica representa en el mundo contemporáneo". *Cuadernos Hispanoamericanos* 3, mayo-junio 1948, pp. 381-406.
- Cabañas, Pablo. "*Historia de la literatura española e hispano-americana*, de Ramón D. Perés". *Cuadernos de literatura* 6, noviembre-diciembre 1947, p. 549.
- Calderón Quijano, José Antonio. "Consideraciones sobre América y lo Hispano-americano". *Estudios Americanos*, octubre 1949, pp. 677-700.
- Calderón y de Gálvez, Emma. "Revista literaria americana". *Revista de las Españas* 89-91, enero-marzo 1935, pp. 67-71.
- Callejo, Carlos. "Latinoamérica, equívoco malévolo". *La Vanguardia Española*, 22 septiembre 1951, p. 4.
- "Campamento, de Gregorio López y Fuentes". *La Vanguardia*, 17 enero 1932, p. 34.
- Campos, Jorge. "*Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Henríquez Ureña". *Revista de Indias* 10, enero 1950, p. 400.
- . "*Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Henríquez Ureña". *Índice* 27, marzo 1950, p. 8.

- . “Charlas en Ínsula. Miguel Ángel Asturias por Jorge Campos”. *Ínsula* 133, 15 diciembre 1957, p. 4.
 - . “Jorge Campos comenta las Obras selectas de Mariano Picón Salas”. *Revista de Literatura* 9-10, enero-junio 1954, pp. 411-412.
 - . “*Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert”. *Revista de Indias* 14, 1954, p. 228.
 - . “*Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert”. *Ínsula* 132, 15 noviembre 1957, p. 6.
 - . “La literatura de Puerto Rico. Dos importantes libros sobre literatura puertorriqueña por Jorge Campos”. *Ínsula* 132, 15 noviembre 1957, p. 5.
 - . “*La novela en Puerto Rico*, de Carmen Gómez Terra”. *Revista de Indias* 8, 1947, p. 919.
 - . “Notas bibliográficas. *Historia de la literatura cubana*, de Juan José Remos”. *Revista de Indias* 10, enero 1950, p. 401-403.
 - . “Reseña. *Historia de las literaturas hispánicas*”. *Arbor* 119, noviembre 1955, pp. 589-591.
 - . “Reseña. Historia literaria”. *Arbor* 138, junio 1957, pp. 264-268.
 - . “Sección bibliográfica. Carpentier, A. *Los pasos perdidos*”. *Revista de Indias* 14, enero 1954, pp. 585-586.
 - . “Sección bibliográfica. *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert”. *Revista de Indias* 14, enero 1944, pp. 228-229.
 - . “Sección bibliográfica. *Obras selectas* de Picón Salas”, *Revista de Indias* 14, enero 1954, p. 587.
 - . “*Sobre la misma tierra*”. *Revista de Indias* 8, 1947, p. 918.
- Cano, José Luís. “Reseñas. *Lecturas chilenas*, de Roque Esteban Scarpa”. *Ínsula* 8, 1 septiembre

1946, p. 7.

Capdevila, Arturo. "Babel y el castellano". *La Gaceta Literaria* 101-102, 15 de marzo 1931, p. 75.

Carballo Picazo, Alfredo. "La novela indigenista y la política". *Cuadernos Hispanoamericanos* 47, octubre 1953, pp. 218-219.

Carranza, Eduardo. "En Colombia se habla uno de los mejores castellanos del mundo". *El Correo Literario* 92, 15 marzo 1954, pp. 1 y 14.

Casamayor, Enrique. "Hispanoamérica en el espejo de su novela". *Cuadernos Hispanoamericanos* 29, mayo 1952, pp. 214-215.

—. "Viajeros españoles en Hispanoamérica". *Mundo Hispánico* 12, febrero 1949, p. 47 y 50.

Casariego, J.E. "Misión hispánica de la gran Argentina". *Mundo Hispánico* 9, octubre 1948, p. 68.

Castillo Puche, Juan Luis. "Movilización del libro iberoamericano y filipino. Primera exposición trienal". *Mundo Hispánico* 56, noviembre 1952, pp. 20-21.

Castro y Calvo, José María. "La poesía de la selva". *La Vanguardia*, 30 diciembre 1954, p. 7.

Castro, Américo. "Cuestiones lingüísticas de América". *Tierra Firme* 2, 1935, pp. 177-191.

"Censo de publicaciones recientes. *Novelistas de Méjico*". *ABC*, 27 abril 1952, pp. 31-32.

"Charlas en *Ínsula*. Un editor: Gonzalo Losada". *Ínsula* 142, 15 septiembre 1958, p. 8.

Chmielewski, Jorge. "Crónica. La Universidad hispanoamericana de la Rábida". *Estudios Americanos* 37, octubre 1954, pp. 391-397.

Cirici Ventalló, D. "Panorama literario guatemalteco". *Cuadernos Hispanoamericanos* 42, junio 1953, pp. 403-406.

Collantes de Terán. "*Rosaura* en el estilo literario de Guiraldes". *Revista de Literatura* 27, julio-diciembre 1958, pp. 198-209.

- “Conclusiones de las Jornadas”. *Mundo Hispánico* 65, agosto 1953, pp. 50-51.
- “Confraternidad hispano-brasileña”, *La Vanguardia Española*, 2 enero 1956, p. 3.
- Concost, Samuel. “Sin título”. *Destino* 76, 13 agosto 1938, p. 6.
- “La conmemoración del IV Centenario de Cervantes”. *Revista Nacional de Educación* 74, 1947, pp. 37-49.
- www.sede.educacion.gob.es/publiventa/d/21077/19/0
- “Convocatoria de los Premios Nacionales de Literatura”. *La Vanguardia Española*, 1 marzo 1950, p. 1.
- “Convocatoria Premios Cultura Hispánica”. *Mundo Hispánico* 37, abril 1951, s/p.
- “Convocatorias para hoy”. *ABC*, 29 mayo 1949, pp. 20 y 38.
- Cordoba Iturburu, Cayetano. “Gaceta americana. Un novelista argentino: Roberto Arlt”. *La Gaceta Literaria* 100, 1 marzo 1931, p. 59.
- Corrales Egea, José. “Una charla con Miguel Ángel Asturias”. *Ínsula* 93, 15 septiembre 1953, pp. 2-4.
- Coronel Utrecho, José. “12 de octubre, día de la Hispanidad”. *Mundo Hispánico* 115, octubre 1957, p. 5.
- . “Hispanoamérica y Europa”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 47, octubre 1953, pp. 173-182.
- Cossio, Francisco de. “La palabra y la pluma”. *ABC*, 1 febrero 1944, p. 3.
- Costas, Carlos José. “El problema de los estudios hispanoamericanos”. *El Correo Literario* 60, 15 noviembre 1952, p. 9.
- Coulthard, G.R. “El hispanoamericanismo en las revistas. Literatura y arte. La novela latinoamericana”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 8, marzo-abril 1949, pp. 472-473.
- “Crítica y noticias de libros. El mejor libro del mes”. *ABC*, 5 noviembre 1929, p. 11.

“Crónica de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos hasta el 31 de diciembre de 1944.

Anuario de Estudios Americanos, tomo I, 1944, p. 785.

“Crónica. I Congreso Ibero-Americano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual”. *Revista de Indias* 12, enero 1952, p. 441.

“Crónica. Jornadas de Lengua y literatura hispanoamericana”. *Revista de Indias* 13, enero 1953, pp. 465-470.

“Crónica. Noticias: Llamamiento de la Universidad de Salamanca para participar en el VII centenario de su fundación con unas Jornadas de literatura Hispánica”. *Estudios Americanos* 17, febrero 1952, s/p.

“Cuatro cuentos, de José Mariano Sanz Lajara”. *Mundo Hispánico* 110, mayo 1957, pp. 55-61.

Cuevas, Gabriel. “Viaje a Suramérica, de Pedro Laín Entralgo”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 14, marzo-abril 1955, pp. 381-385.

“Currita Valdés, de Felipe Sassone”. *ABC*, 15 agosto 1943, p. 2.

Dávila, Carlos M. “Cómo nos llaman. Latinoamericanos. Hispanoamericanos. Iberoamericanos”. *Mundo Hispánico* 5, junio 1948, pp. 8-9.

Deleyto, José María. “El premio Fraternidad Hispánica 1956”. *La Estafeta Literaria* 92, 20 abril 1957, p. 5.

Delgado, Jaime. “Claroscuro de México”. *El Correo Literario* 84, 15 noviembre 1953, p. 1.

—. “Un ensayo literario”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 5-6, septiembre-diciembre 1948, pp. 209-211.

—. “Francisco Bilbao y la unidad de Hispanoamérica”. *El Correo Literario* 3, 15 julio 1950, p. 8.

—. “La novela mexicana de la revolución”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 61, enero 1955, pp. 75-86.

- . “Las novelas de Mariano Azuela”. *Revista de Literatura* 11-12, julio-diciembre 1954, pp. 315-333.
- . “La revolución mexicana, acontecimiento cultural”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 68-69, agosto-septiembre 1955, pp. 207-225.
- . “La unidad de Hispanoamérica”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 81, septiembre 1956, pp. 232-246.
- “Depurando un concepto”. *La Vanguardia*, 4 julio 1928, p. 16.
- “Desbandada, de José Rubén Romero”. *La Vanguardia*, 16 diciembre 1934, p. 13.
- “La definición de 'hispanoamericano' que da la RAE es incompleta”. *Mundo Hispánico* 117, diciembre 1957, pp. 47-50.
- Díaz-Plaja, Guillermo. “El meditador de la argentinidad”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 14, marzo-abril 1950, pp. 265-275.
- Díez-Canedo, Enrique. “Lecturas de la semana. Entre la Pampa y París. *Raucha*.” *El Sol*, 17 abril 1932, p. 2.
- . “*Los de abajo*, de Mariano Azuela”. *El Sol*, 3 septiembre 1926, p. 2.
- “La diplomacia dice que no hay plagio”. *La Estafeta Literaria* 3, 1944, p.5.
- Diogiovanni, Maria del Rosario R.M. “Unificación en la enseñanza del español”. *Mundo Hispánico* 127, octubre 1958, pp. 22-23.
- Dolç, Miguel. “Último retrato de Leopoldo Lugones”. *Destino* 564, 29 mayo 1948, p. 14.
- Dotor, Ángel. “Hombres y libros. Carlos María Ocantos”. *España y América* 178, *La Vida Literaria* 6, junio 1927, p. 65.
- . “La gran novelista de Hispanoamérica”. *España y América* 183, *La Vida Literaria* 11, noviembre 1927, pp. 121-122.

- . “Vida literaria y artística. Dos novelistas de la raza”. *España y América* 234, *La Vida Literaria* 62, febrero 1932, pp. 15-16.
- . “Vida literaria y artística. Un gran escritor colombiano”. *España y América* 273, *La Vida Literaria* 101, mayo 1935, p. 52.
- “Editorial”. *Cuadernos de Literatura* 1, 2ª época, enero-febrero 1947, p. 3.
- “Editorial”. *Punta Europa* 1, enero 1956, p. 7.
- “Editorial”. *Revista de Literatura* 1, enero 1952, p. 3.
- “Un elocuente saludo de Su excelencia el Presidente de la República a los países americanos”. *El Sol*, 13 noviembre 1933, p. 8.
- “En la exposición de Sevilla. Inauguración de los pabellones de la Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela”. *El Sol*, 18 abril 1929, p. 5.
- “Enrique Larreta y su novia para siempre”. *Mundo Hispánico* 8, septiembre 1948, p. 7.
- “Enrique Larreta, premio Miguel de Cervantes”. *La Vanguardia Española*, 30 diciembre 1949, p. 1.
- “*Entre la cruz y la espada*, de Pablo Antonio Cuadra”. *Arbor* 20, marzo-abril 1947, p. 275.
- “Entre líneas. Larreta en su España”. *Destino* 571, 17 julio 1948, p. 14
- “*Entre volcanes*, de Alfonso Camín”. *La Vanguardia*, 21 septiembre 1928, p. 7.
- E.R. “La Exposición de Sevilla”. *España y América* 196, diciembre 1928, p. 137.
- Ebanks, Gerardo M. “La novela de la tierra: su concepto”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 91-92, julio-agosto 1957, pp. 15-26.
- Escobar, Alberto. “El cuento peruano”. *Estudios Americanos* 43, abril 1955, pp. 289-312.
- Escofet, José. “La novela del gaucho”. *La Vanguardia*, 14 marzo 1931, p.7.
- “El escritor argentino Miguel de Cervantes agradece la concesión del premio 'Miguel de

- Cervantes". *La Vanguardia Española*, 27 enero 1950, p. 4.
- "Escuchando a don Enrique Larreta. El gran escritor afirma que se habla y se escribe el español mejor que nunca en la Argentina". *El Sol*, 5 septiembre 1931, p. 1.
- "Estas son las ponencias presentadas en las Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana en Salamanca". *El Correo Literario* 77, 1 agosto 1953, p. 7.
- "*Estos mis papelitos, madre*, de Felipe Sassone". *ABC*, 21 junio 1953, p. 43.
- "Estos son los libros que hemos leído. *Panorama de la literatura ecuatoriana*, de Augusto Arias". *Mundo Hispánico* 18, septiembre 1949, p. 57.
- "La exposición de Sevilla y la Unión Iberoamericana". *La Revista de las Españas* 33, mayo 1929, pp. 135-136.
- F.L.E. "Resumen de *Historia de la novela hispanoamericana*, de Agustín del Saz". *Estudios Americanos* 4, octubre 1949, p. 808.
- Fernández del Castillo, Alfonso. "El idioma castellano en América". *España y América* 187, marzo 1928, p. 27.
- Fernández Shaw, Félix Guillermo. "Geografía e historia del continente americano. Notas para una visión del 'Interamericanismo'". *Cuadernos Hispanoamericanos* 91-92, julio-agosto 1957, pp. 233-240.
- Fernández-Almagro, Melchor. "La novela en Hispanoamérica". *La Vanguardia Española*, 21 julio 1954, p. 8.
- "La fiesta de la Raza en España". *Revista de las Españas* 98-100, octubre-diciembre 1935, pp. 435-436.
- "Figuras de las letras contemporáneas. Froylán Turcios". *España y América* 232, *La Vida Literaria* 60, diciembre 1931, pp. 133-134.

- Fraga Iribarne, Manuel. "Cinco interpretaciones de Hispanoamérica". *El Correo Literario* 60, 15 noviembre 1952, pp. 1 y 10.
- . "El verdadero concepto de la Hispanidad". *Cuadernos Hispanoamericanos* 22, julio-agosto 1951, p.136.
- Freyre Gilberto. "Notas sobre la cultura hispánica". *Cuadernos Hispanoamericanos* 85, enero 1957, p. 89.
- G.M. "Balance de un año". *Estudios Americanos* 12, enero 1952, p. 170.
- G.Z. "Libros. Reseña de *Novelistas de Méjico*, de Arias Campoamor". *Índice* 52, julio 1952, s/p.
- "Gaceta americana. A través de la prensa hispanoamericana. En defensa del idioma español". *La Gaceta Literaria* 104, 15 abril 1931, pp. 107-108.
- "Galería. Enrique Labrador Ruiz". *El Correo Literario* 9, 2ª época, enero 1955, s/p.
- "Galería". *El Correo Literario* 1, 2ª época, mayo 1954, s/p.
- Galván, Antonio. "¿Cómo son las letras en...Chile". *El Correo Literario* 53, 1 agosto 1952, p. 11.
- García Mellid, Atilio. "Introspección Americana". *Estudios Americanos* 48, pp. 275-292.
- García Nieto, José. "Vida cultural". *ABC*, 17 julio 1954, p. 31.
- "Gerardo o la torre de las damas". *Anuario de Estudios Americanos* 1953, p. 705.
- Gich, Juan. "Informe de las II jornadas de Literatura Hispánica". *El Correo Literario* 5, septiembre 1954, s/p.
- Gil Munilla, Octavio. "América y su cultura". *Estudios Americanos* 11, octubre 1951, pp. 461-473.
- Gil Novales, Alberto. "Arturo Uslar Pietri y el provincialismo español". *Cuadernos Hispanoamericanos* 94, octubre 1957, pp. 104-107.
- . "De literatura hispanoamericana". *Cuadernos Hispanoamericanos* 77, mayo 1956, pp. 188-

193.

- Gil Tovar, F. "Notas para un panorama literario actual de Hispanoamérica. Ecuador". *El Correo Literario* 22, 15 abril 1951, p. 10.
- . "Notas para un panorama literario actual de Hispanoamérica. Nicaragua". *El Correo Literario* 32, 15 septiembre 1951, p. 10.
- . "Notas para un panorama literario actual de Hispanoamérica. Perú". *El Correo Literario* 23, 1 mayo 1951, p. 9.
- Giménez Caballero, Ernesto. "La América Nueva. Un gran romance mejicano". *La Gaceta Literaria* 17, 15 agosto 1927, p. 101.
- Gomá, Isidro. "Apología de la Hispanidad". *Acción Española* 64, 1 noviembre 1934, pp. 193-230.
- Gómez Montero, Rafael. "Así se escribió *La gloria de don Ramiro*". *La Estafeta Literaria* 81, 2 febrero 1957, p. 7.
- Gómez Restrepo, Antonio. "La raza española". *Raza Española* 99-100, marzo-abril 1927, pp. 12-17.
- Góngora, Manuel de. "El Congreso Eucarístico y la Fiesta de la Hispanidad". *ABC*, 14 octubre 1944, p. 15.
- González Luna, Efraín. "La América del mestizaje". *Mundo Hispánico* 100, julio 1956, p. 7.
- González Ruiz, Nicolás. "Desarrollo y perspectiva de la literatura hispanoamericana". *La Vanguardia*, 11 octubre 1942, p. 1.
- González-Estefani, José M. "Notas en torno a la polémica de América". *Cuadernos Hispanoamericanos* 23, septiembre-octubre 1952, pp. 213-214.
- "Un gran escritor en España. El célebre novelista Hugo Wast". *ABC, Blanco y negro*, 24 febrero 1929, pp. 20-21.

- “*El gringo Lenca*, de Arturo Oqueli”. *Mundo Hispánico* 9, octubre 1958, p. 95.
- GSPD. “Comentarios”. *Estudios Americanos* 25, octubre 1953, p. 351.
- Guarnido, J.M. “Panorama de la literatura uruguaya”. *La Gaceta Literaria* 105, 1 mayo 1931, pp. 131-132.
- Guerrero Lovillo, José. “La I Bienal Hispanoamericana de Arte”. *Estudios Americanos* 13, abril 1952, pp. 321-337.
- Guevara Paniagua, Arturo. “La cultura intelectual en Guatemala”. *Revista de las Españas* 71-72, julio-agosto 1932, pp. 354-359.
- Guillot Muñoz, Álvaro. “Recuerdo de Guiraldes”. *La Gaceta Literaria* 194, 15 abril 1931, p. 106.
- “Guión”. *El Correo Literario* 7, 2ª época, noviembre 1954, s/p.
- Guisa y Azevedo, J. “Lo español, sospechoso de antiamericano”. *Mundo Hispánico* 12, febrero 1949, p. 3.
- Gullón, Ricardo. “Proceso y contenido de la novela hispano-americana, de Luís Alberto Sánchez”. *Ínsula* 92, 15 agosto 1953, p. 5.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 68-69, agosto-septiembre 1955, pp. 236-244.
- . “Jorge Icaza y su tiempo”. *El Correo Literario* 79, 1 septiembre 1953, p.3.
- Hamilton, Carlos. “Comunidad hispánica de naciones”. *El Correo Literario* 6, 15 agosto 1950, p. 12.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. “What is the A.P.R.A?” *The Labour Monthly*, diciembre 1926, pp. 756-759.
- www.unz.org/Pub/LabourMonthly-1926dec-00756
- Hermenegildo, Alfredo. “Reseña. Martínez Zubiria, Gustavo: Hugo Wast. *Obras completas*”.

- Revista de Literatura* 23-24, julio diciembre 1957, pp.121-122.
- Hernández Aquino, Luís. “Panorama actual de literatura puertorriqueña”. *Mundo Hispánico* 67, octubre 1953, p.20.
- Herrero, José Luís. “Un español registra Hispanoamérica. García Viñolas cuenta las impresiones de su viaje por los países hispánicos”. *El Correo Literario* 58, 15 octubre 1952, p. 9.
- Herrero, Pedro Mario. “Me absorbe España y mis juicios sobre ella son inmutables. Dice el novelista colombiano Eduardo Caballero Calderón”. *La Estafeta Literaria* 45, 26 mayo 1956, p. 4.
- “La Hispanidad difícil”. *El Correo Literario* 27, 1 julio 1951, p. 7.
- “Hispanoamérica enseña en España”. *Mundo Hispánico* 31, octubre 1950, p. 39.
- Hispanófilo. “El hogar americano”, *ABC*, 19 mayo 1934, p. 15.
- “Homenaje a Pedro Sainz”. *La Gaceta Literaria* 94, 15 noviembre 1930, p. 242.
- Hoyo Osoreo, Guillermo. “Una nueva historia de los hispanoamericanos”. *Mundo Hispánico* 48, marzo 1952, p. 18.
- Ibericus. “Mirador de América. ¿Adónde va la cultura Hispano Americana?”. *Índice* 97, enero 1957, p. 29.
- . “Mirador de América. Bases para una filosofía de lo americano”. *Índice* 104, agosto 1957, p. 21.
- . “Mirador de América. La literatura hispanoamericana. Respiradero de fuerzas vírgenes”. *Índice* 95-96, diciembre 1956-enero 1957, p. 33.
- “El idioma español, nexos entre dos mundos”. *Raza Española* 143-144, noviembre-diciembre 1930, pp. 35-47.
- Iglesias Ramírez, M. “Sección bibliográfica. Resumen de historia de la novela hispanoamericana,

- de Agustín del Saz”. *Revista de Indias* 13, enero 1953, pp. 412-413.
- Iglesias, Augusto. “La incorporación española y el destino de Hispanoamérica”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 73, enero 1956, s/p.
- Insúa, Alberto. “El pandero del idioma”. *La Vanguardia Española*, 18 mayo 1956, p. 5.
- “Introducción a las palabras de Pio XXI”. *Arbor* 3, mayo-junio 1944, p. 321.
- J.A.V. “Proceso y contenido de la novela hispano-americana, de Luís Alberto Sánchez”. *Índice* 65-66, agosto-septiembre 1953, p. 29.
- Jarnés, Benjamín. “Revista literaria americana”. *Revista de las Españas* 31-32, marzo-abril 1929, p. 114.
- “Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana y Asamblea de Universidades Hispánicas en el VII Centenario de la Universidad de Salamanca”. *Mundo Hispánico* 59, febrero 1953, p. 40.
- Junco, Alfonso. “Nuestro hispanismo y nuestro imperialismo”. *Mundo Hispánico* 1, febrero 1948, pp. 8-10.
- Kaul, Guillermo. “Tres interpretaciones del paisaje hispanoamericano”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 10, julio-agosto 1949, pp. 195-201.
- Krebs, Ricardo. “Reflexiones sobre la cultura hispanoamericana”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 21, mayo-junio 1951, pp. 407-414.
- Lacalle, Carlos. “Correo de Ultramar. Libros hispanoamericanos”. *Mundo Hispánico* 59, febrero 1953, pp. 55-56.
- . “Correo de Ultramar. Semanas hispanoamericanas”. *Mundo Hispánico* 63, junio 1953, p. 50.
- . “Correo de Ultramar. Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos, de César González Ruano”. *Mundo Hispánico* 58, enero 1953, p. 22.

- L.G. "Eso de la novela de América". *El Correo Literario* 79, 1 septiembre 1953, p. 13.
- La Orden Miracle, Ernesto. "Visiones de Hispanoamérica". *Mundo Hispánico* 109, abril 1957, p. 24.
- Lafuente Ferrari, Enrique. "Introducción a la Bienal". *Mundo Hispánico* 46, enero 1952, pp. 14-15.
- Lain Entralgo Pedro. "Lengua y ser de la Hispanidad". *Cuadernos Hispanoamericanos* 70, octubre 1955, pp. 7-12.
- Landínez, Luís. "Antología hispanoamericana, de Jorge Campos". *Índice* 40, 10 mayo 1951, p. 9.
- "Larreta en España". *Mundo Hispánico* 7, agosto 1948, p. 51.
- "Larreta es nuestro huésped". *La Vanguardia*, 15 junio 1948, p. 4.
- Latcham, Ricardo. "Literatura imaginativa y novela femenina en Chile". *Estudios Americanos* 48, septiembre 1955, pp. 337-349.
- . "Novela chilena actual. Las viejas generaciones". *Estudios Americanos* 42, marzo 1955, pp. 219-234.
- . "Novelistas chilenos de la generación del 40". *Estudios Americanos* 45, junio 1955, pp. 643-673.
- "Latinidad y regionalismo". *Mundo Hispánico* 76, julio 1954, p. 9.
- Layetano. "La semana de Puerto Rico en la capital de España". *Destino* 1007, 24 noviembre 1956, p. 19.
- "Las lecturas comentadas de la Asociación de Escritores y Artistas". *ABC*, 18 mayo 1934, p. 34.
- Ledesma Ramos, Ramiro. "Libros americanos: José C. Artuña. *Literae*". *La Gaceta Literaria* 36, 15 junio 1928, p. 227.
- "Letras del Ecuador". *La Estafeta Literaria* 26, 10 mayo 1945, p. 23.

- “Un libro españolista. El Gran Premio Nacional de Literatura en Argentina”. *El Sol*, 27 mayo 1932, pp. 1-2.
- “El libro hispanoamericano en la Biblioteca Nacional de Madrid”. *La Revista de las Españas* 39-40, noviembre-diciembre 1929, p. 483.
- “Libros abiertos. Obras completas de Hugo Wast”. *Mundo Hispánico* 128, noviembre 1958, p. 50.
- “Libros y revistas. *El camino de las llamas*”. *La Vanguardia*, 5 diciembre 1934, p. 17.
- “Libros y revistas. *Canaima*”. *La Vanguardia*, 27 octubre 1935, p. 5.
- “Libros y revistas. *Los de abajo*. Novela de la Revolución Mejicana”. *La Vanguardia*, 14 febrero 1931, p. 32.
- “Los libros. Los buenos libros que vienen de América. *Cantaclaro*”. *El Sol*, 7 septiembre 1934, p. 2.
- Lindo, Hugo. “El cuento salvadoreño”. *El Correo Literario* 58, 15 octubre 1952, p. 11.
- Lira, Osvaldo. “Esencia de las nacionalidades hispanoamericanas”. *Estudios Americanos* 8, enero 1951, pp. 30-31.
- López Aranguren, José Luís. “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 123-157.
- López Aranguren, José Luís. “Sobre América y la poesía”. *Arbor* 51, marzo 1950, pp. 47-48.
- Macipe, Antonio. “Intercambio y comercio del libro hispánico”. *Mundo Hispánico* 56, noviembre 1952, pp. 22-23.
- . “Recortes. La protección al libro español”. *El Correo Literario* 1, 2ª época, mayo 1954, s/p.
- “Madrid y su meridiano” *Mundo Hispánico* 94, enero 1956, p. 52.
- “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”. *La Gaceta Literaria* 8, 15 abril 1927, p. 43.
- Maeztu, Ramiro de. “*Don Segundo Sombra*”. *El Sol*, 11 diciembre 1926, p. 2.

- . “La Hispanidad”. *Acción Española* 1, 15 diciembre 1931, p. 3.
- . “El ser de la Hispanidad IV, la tradición como escuela”. *Acción Española* 30, 1 junio 1933, pp. 13-14.
- Magariños, Santiago. “La gran literatura iberoamericana, de Arturo Torres Rioseco”. *El Correo Literario* 32, 15 septiembre 1951, p. 8.
- . “Reflexiones para un 12 de Octubre”. *Mundo Hispánico* 19, octubre 1949, p. 3.
- “Manifiesto a América en el centenario de Isabel I”. *Mundo Hispánico* 42, septiembre 1951, pp. 5-6.
- “Manifiesto editorial”. *Escorial* 1, noviembre 1940, pp. 7-12.
- “Mañana empieza la semana venezolana”. *La Vanguardia Española*, 24 febrero 1956, p. 7.
- Marías, Julián. “Hispanoamérica. Dramatis personae”. *Ínsula* 136. 15 marzo 1958, pp. 5-8.
- . “Plaza mayor”. *Ínsula* 108, 15 diciembre 1954, p. 2.
- . “Plaza mayor. La república de las letras”. *Ínsula* 110, 15 febrero 1955, p. 2.
- Martín Artajo, Alberto. “Discurso 12 octubre”. *El Correo Literario* 58, octubre 1952, p. 7.
- . “Nuestro tiempo. Europa e Iberoamérica”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 96, diciembre 1957, pp. 331-333.
- Mariñas, Luís. “La revolución intelectual en Guatemala”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 71, noviembre 1955, pp. 137-152.
- Marquina, Rafael. “Pedro Sainz Rodríguez nos habla de su viaje a América”. *La Gaceta Literaria* 93, 1 noviembre 1930, pp. 325-327.
- Marsicotevere y Durán, Miguel. “Resumen de la literatura guatemalteca”. *Mundo Hispánico*, número extraordinario 10 dedicado a Guatemala, noviembre 1957, p. 57.
- “Más cosas de Papini sobre Hispanoamérica”. *El Correo Literario* 52, 15 julio 1952, p. 9.

- Maticorena Estrada, Miguel. "Comentarios. Esto no es Hispanoamérica". *Estudios Americanos* 40-41, enero-febrero 1955, pp. 75-77.
- Medina, José Ramón. "Escritores de Venezuela". *Índice* 90, junio 1956, p. 3.
- "Méjico rechaza a los fugitivos de la España leal" *ABC*, 9 abril 1937, p. 13.
- Menéndez Pidal, Marcelino. "Diálogos sobre la Comunidad Cultural Hispánica". *Mundo Hispánico* 80, noviembre 1954, p. 55.
- Meouchi, Edmundo M. "La novela indigenista de México". *El Correo Literario* 79, 1 septiembre 1953, p.14.
- "El Meridiano de Martín Fierro. Discordias familiares". *El Sol*, 25 agosto 1927, p. 1.
- Mesanza, Andrés, O.P. Fr. "¿América Latina?". *Acción Española* 79, septiembre 1935, pp. 609-614.
- Mier, Elpidio. "Para mejor acierto". *España y América* 281, febrero 1936, p. 18.
- "Misión y tarea del Instituto de Cultura Hispánica". *Revista Nacional de Educación* 70 (1947), pp. 61-72.
- www.redined.mecd.gob.es/xmlui/bitstream/handle/111162/82399/00820073001583.pdf?sequence=1
- Miranda, Juan. "Algunas consideraciones sobre un iberoamericanismo práctico". *España y América* 266, octubre 1934, pp. 113-114.
- "Misión americana de la juventud española". *Destino* 116, 7 octubre 1939, p. 1.
- Molina, José S. "Valija del exterior. El porvenir de nuestro idioma". *La Estafeta Literaria* 93, 27 abril 1957, p. 3.
- Montarcé Lastra, Antonio. "El fondo español de lo gauchesco". *Cuadernos Hispanoamericanos* 4, julio-agosto 1948, pp. 43-71.

- Morales Padrón, Francisco. "Historia de América. Historia de Occidente". *Estudios Americanos* 33-34, junio-julio 1954, pp. 21-38.
- . "Medio siglo de literatura americana, de Arturo Berenguer y Jorge Bogliano". *Anuario de Estudios Americanos* 1952, p. 695.
- Morón, Guillermo. "Cómo son las cosas en...Venezuela". *El Correo Literario* 45, 1 abril 1952, p. 9.
- M.V. "Panorama de literatura dominicana". *La República Dominicana*, número especial de *Mundo Hispánico*, diciembre 1954, pp. 95-96.
- "No quiere pasar por Roma el meridiano". *La Gaceta Literaria* 34, 15 de mayo 1928, p. 1.
- "El nombre hace a la cosa". *El Sol*, 4 febrero 1928, p. 1.
- "Una novela argentina. *Myriam la conspiradora*". *El Sol*, 18 enero 1927, p. 9.
- "La novela ecuatoriana. *Lorenzo Cilda*, de Víctor M. Rendón". *España y América* 251, *La Vida Literaria* 79, julio 1933, p. 75.
- "Nota bibliográfica. *Novelistas de Méjico*, de Arias Campoamor". *Anuario de Estudios Americanos* 1952, p. 709.
- "Notas bibliográficas. S.M. Asociación Cultural Hispano-Americana. Voces de Hispanidad-Ciclo de conferencias, Madrid, 1940". *Revista de Indias* 2-3, pp. 166-168.
- "Noticias. La herencia de Enrique Larreta". *Índice* 54-55, 15 de septiembre 1952, p. 24.
- "Noticiero literario". *Revista de Literatura* 2, abril-junio 1952, pp. 511-513.
- "Nuestra lengua milenaria". *Cuadernos Hispanoamericanos* 78-79, junio-julio 1956, pp. 236-237.
- "Nueva editorial. La verbena del meridiano". *La Gaceta Literaria* 18, 15 de septiembre, p. 1.
- Oliver, Antonio. "La lengua y la nacionalidad". *El Correo Literario* 6, 15 agosto 1950, p. 12.
- Oliveres, Ramón. "La Exposición de Sevilla. España y América caminan hacia un entendimiento

- definitivo”. *España y América* 201, mayo 1929, pp. 51-53.
- Ortega y Gasset, José. “Don José Ortega y Gasset dice que es necesario rectificar el perfil y el tono de la República”. *Ahora*, 8 junio 1931, pp. 5-6.
- Otero Nieto, Francisco L. “Esencia y misión de Hispano-América”. *Estudios Americanos* 7, septiembre 1950, p. 469.
- Pacheco Vélez, César. “Los X Cursos de la Rábida”. *Estudios Americanos* 15, septiembre 1952, pp. 665-673.
- . “Panamericanismo e hispanoamericanismo”. *Arbor* 91-92, julio-agosto 1953, pp. 372-381.
- “Páginas hispanoamericanas. Una iniciativa patriótica”. *ABC*, 18 enero 1929, p. 11.
- “Páginas hispanoamericanas. Una iniciativa plausible”. *ABC*, 6 octubre 1927, p. 27.
- “Palabras preliminares”. *La Gaceta Literaria* 1, 1927, s/p.
- “Palabras previas”. *Tertulia Literaria Hispanoamericana* 4-5-6, octubre 1953-julio 1954, p. 126.
- Palacio Atard, Vicente. “La razón de España en el mundo moderno”. *Arbor* 50, febrero de 1950, pp. 61-178.
- Palma, Angélica. “Literaturas de América”. *El Sol*, 7 diciembre 1927, p. 1.
- Palop Ruiz, Juan José. “En América Central se piensa en español y se escribe en hispanoamericano. Falta un acuerdo entre España y Honduras”. *La Estafeta Literaria* 78, 12 enero 1957, p. 4.
- Panero, Lepoldo. “Una nueva novela de Larreta”. *Mundo Hispánico* 16, julio 1949, p. 55.
- “Panorama de la cultura colombiana”. *Colombia*, número especial de *Mundo Hispánico*, mayo 1955, pp. 63-65.
- “Panorama de la literatura mexicana”. *México*, número especial de *Mundo Hispánico*, mayo 1957, pp. 88-89.

- “Para subsanar un olvido”. *La Vanguardia Española*, 30 septiembre 1950, p.5.
- Paso, Alfonso. “Eduardo Mallea, siempre”. *El Correo Literario* 52, 1 septiembre 1952, p. 9.
- Paz, Octavio. “¿Latinoamérica o Hispanoamérica?” *Mundo Hispánico* 96, marzo 1956, p. 6.
- .“Mesa de Redacción”. *La Vanguardia Española*, 4 abril 1956, p. 8.
- Peregrín F. Otero, Carlos. “*Literatura boliviana*, de Fernando Díez de Medina”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 54, junio 1954, pp. 341-342.
- Pérez Embid, Florentino. “Conceptos históricos de la formación de Hispanoamérica”. *Arbor* 74, febrero 1952, pp. 212-216.
- . “Panorama del americanismo español actual”. *Arbor* 22, julio-agosto 1947, pp. 79-89.
- . “Revistas culturales de postguerra”. *Temas españoles* 215, 1956, s/p.
- www.filosofia.org/mon/tem/es0215.htm
- “Los periódicos de las letras. El antecedente de España”. *La Gaceta Literaria* 3, 1 febrero 1927, p. 1.
- Picón Salas, Mariano. “Correo de Chile. Más afuera, por Eugenio González”. *La Gaceta Literaria* 100, marzo 1931, p.75.
- Pinillos, José Luís. “Presencia de Hispanoamérica”. *Arbor* 21, mayo-junio 1947, pp. 553-567.
- Piñar, Blas. “Dimensión política y espiritual de la Hispanidad”, *Mundo Hispánico* 127, octubre 1958, pp. 19-20.
- “Por nuestra lengua”. *Raza Española* 129-130, septiembre-octubre 1929, pp. 22-24.
- Prats, Alardo. “Conversando con D. Enrique Larreta, el insigne autor de 'La gloria de don Ramiro'. El apasionado peregrino de las tierras de España”. *El Sol*, 6 junio 1935, p. 5.
- “Premio Cervantino al Libro Mexicano”. *España y América* 193, septiembre 1928, p.107.
- “Premio Hispanoamericano de la Real Academia Española”, *ABC*, 14 octubre 1929, p. 39.

- “Premio Hispanoamericano”. *ABC*, 13 octubre 1929, p. 24.
- “Premio Nacional de literatura de Méjico, al novelista Mariano Azuela”. *El Correo Literario* 2, 15 junio 1950, p.9.
- “Los Premios Cultura Hispánica”. *ABC*, 3 noviembre 1949, p. 20.
- “Premios 'Cultura Hispánica' de Novela, Pensamiento y Sociología hispanoamericano contemporáneo”. *El Correo Literario* 29, agosto 1951, p. 1.
- “Premios ‘Cultura Hispánica’ y ‘Reyes Católicos’”. *ABC*, 12 octubre 1952, p. 43.
- “Los Premios Nacionales de Literatura. Designación del jurado de los mismos”. *La Vanguardia Española*, 10 noviembre 1954, p. 6.
- Preteceille, Ogier. “Libros. *Los de abajo*”. *El Sol*, 11 diciembre 1930, p. 2.
- “Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana”, *El Correo Literario* 76, 15 julio 1953, p.10.
- Primo, José Antonio. “Ensayo sobre el nacionalismo”. *Destino* 3, marzo 1937, pp. 1-2.
- “El problema indigenista”. *Estudios Americanos* 18, marzo 1952, p. 274.
- “Propósitos”. *Mundo Hispánico* 1, febrero 1948, p. 7.
- “¿Qué leer de Hugo Wast?” *La Vanguardia*, 16 mayo 1929, p. 32.
- Quijano, Alejandro. “Elogio del idioma español”. *España y América* 259, *La Vida Literaria* 87, marzo 1934, p. 27.
- “Los raids literarios. Con rumbo a América. José Ortega y Gasset, Lorenzo Luzuriaga, Américo Castro, Gerardo Diego, A. Valbuena Prat”. *La Gaceta Literaria* 40, 15 agosto 1928, p. 249.
- “Los raids literarios. Marañón, Díez-Canedo y Fernando de los Ríos”. *La Gaceta Literaria* 28, 15 febrero 1928, p. 172.
- R.G.G. “Libros. Cuaderno de literatura. *Medio siglo de literatura americana*”. *Índice* 58, 15

diciembre 1952, s/p.

R.S. “Informaciones de *El Sol*. Enrique Larreta en Madrid. Hablando con el autor de *Zogoibí*”. *El Sol*, 25 mayo 1929, p.8.

“Las relaciones hispanoamericanas. Un remarcable discurso del Ministro de Estado”. *España y América* 244, diciembre 1932, pp. 135-137.

Reparaz, Gonzalo de. “Meridianos y paralelos. Notas de la cartera de un geógrafo errante”. *El Sol*, 9 octubre 1927, p. 4

“Reseñas bibliográficas. *Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos*, de César González Ruano”. *Anuario de Estudios Americanos* 1952, p. 718.

“Reseñas breves de libros extranjeros. *Temas y aptitudes (Lugones, Guiraldes, Quiroga, Arlt, Marechal, Bernárdez, Borges, Molina)*, de Juan Carlos Ghiano”. *Ínsula* 55, 15 julio de 1950, s/p.

Restrepo Mejía, Martín. “La raza hispánica”. *Revista de las Españas* 50-52, octubre-diciembre 1930, p. 506.

Restrepo, Félix. “Señales de alarma en el idioma castellano”. *La Estafeta Literaria* 60, 8 septiembre 1956, p.3.

“Las revistas extranjeras. América y España”. *Índice* 86-87, noviembre-diciembre 1955, p. 31.

Reyes, Salvador. “Apuntes sobre la novela y el cuento de Chile”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 22, julio-agosto 1951, pp. 67-74.

“*‘El río Oscuro’*. Una novela indoamericana de Alfredo Varela”. *La Estafeta Literaria* 31, 5 agosto 1945, p. 24.

Ríos Lampérez, Blanca de los. “España, educadora de pueblos”. *Raza Española* 129-130, septiembre-octubre 1929, pp. 3-21.

- Riudavets de Montes, Luís. "Panorama uruguayo. La raza al revés". *La Gaceta Literaria* 108, 15 mayo 1931, pp. 172-173.
- Rodolfo Reyes. "Día de la Hispanidad". *Revista de Literatura* 4, octubre-diciembre 1952, pp. 439-442.
- Rodríguez Serna, José. "Panorama de la literatura guatemalteca". *La Gaceta Literaria* 100, 1 marzo 1931, pp. 59-60.
- Romera, Antonio R. "7 preguntas al crítico chileno Alone". *Índice* 88, febrero 1956, p. 3.
- Ruiz García, Enrique. "Diálogo con Alfonso Reyes, maestro de las letras mejicanas". *La Estafeta Literaria* 60, 8 septiembre 1956, p. 5.
- Ruiz-Giménez. "También la técnica es un regalo de Dios". *Mundo Hispánico* 102, septiembre 1956, pp. 5-6.
- S.P. "Muerte y resurrección en las selvas tropicales". *El Sol*, 24 marzo 1934, p. 7.
- Saez Guerero, H. "El 134 aniversario de la independencia chilena". *La Vanguardia*, 19 septiembre 1944, p.7.
- Sainz Rodríguez, Pedro. "Ante Hispanoamérica". *Índice* 95-96, diciembre 1957, enero 1957, p. 7.
- Salaverría, José M. "El castellano en América". *Revista de las Españas* 50-52, octubre-diciembre 1930, pp. 503-505.
- . "Un comentario de José María Salaverría. *Cantaclaro*". *España y América* 260, *La Vida Literaria* 88, abril 1934, pp. 42-43.
- . "El gaucho y el llanero". *La Vanguardia*, 2 diciembre 1929, p. 5.
- . "Ideas y notas. De la Unidad americana". *La Vanguardia*, 29 mayo 1929, p. 5.
- . "La novela de las selvas". *ABC*, 12 julio 1930, pp. 3 y 5-6.
- . "El pasajero en América". *ABC* 18 febrero 1928, p. 3.

—. “Responsabilidades históricas”. *ABC*, 17 julio 1930, p. 6.

Salazar Soto, Rafael. “España, paraíso de los premios literarios”. *Mundo Hispánico* 24, abril 1950, p. 57.

Salcedo, Ernesto. “Eventos. Veinte naciones sin torre de Babel”. *La Estafeta Literaria* 41, 29 abril 1956, p.1.

Salinas Mateos, T. “Novelistas de México”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 31, julio 1952, p. 154.

Sánchez Bella, Alfredo. “Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 94, octubre 1957, s/p.

Sánchez Villalba, Anselmo. “La expansión del libro español en América”. *La Gaceta Literaria* 110, 15 julio 1931, pp. 209-210.

Sánchez, Luis Alberto. “Mariano Picón Salas. Sus personajes e ideas”. *Índice* 100-101, abril-mayo 1957, p. 25.

“Se va a celebrar una exposición del libro uruguayo y argentino”. *La Revista de las Españas* 20-21, abril-mayo 1928, p. 237.

Seco, Carlos. “*Antología de la literatura dominicana*”. *Revista de Indias* 7, 1946, p. 401.

“Las Segundas jornadas de Literatura Hispánica se celebrarán en Santiago de Compostela del 16 al 22 de julio de 1954”. *El Correo Literario* 91, 1 marzo 1954, p. 5.

“Segundo Congreso de Academias de la Lengua”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 78-79, junio-julio 1956, pp. 236-288.

Sender, José María. “*Reinaldo Solar* y la provincia venezolana”. *El Sol*, 2 julio 1930, p. 2.

“La Semana Peruana”. *ABC*, 11 mayo 1957, p. 50.

Sentís, Carlos. “Venezuela, piedra de toque. La cuna caraqueña”. *Destino* 648, 7 enero 1950, p. 3.

- Sepich, Juan. "La Hispanidad como problema y como destino". *Mundo Hispánico* 6, julio 1948, pp. 8-9.
- Siegfried André. "Panorama del continente americano". *Cuadernos Hispanoamericanos* 15, mayo-junio 1950, pp. 497-508.
- Simón Díaz, José. "*Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos*, de José Antonio Nuñez Segura". *El Correo Literario* 15, julio-septiembre 1955, p. 135.
- "Sin título". *Mundo Hispánico* 31, octubre 1950, p. 48.
- Sintes y Obrador, Francisco. "I Congreso Ibero-americano y Filipino de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual". *Mundo Hispánico* 56, noviembre 1952, p. 15.
- "*El Solar de la raza* en el 30 aniversario de su aparición adquiere la máxima actualidad". *La Estafeta Literaria* 17, 1 diciembre 1944, p. 23.
- "*La sombra del caudillo*, de Martín Luís Guzmán". *El Sol*, 24 noviembre 1929, p. 2.
- Soto, Lucio R. "El *Martín Fierro* y su valoración". *Cuadernos Hispanoamericanos* 28, abril 1952, pp. 40-57.
- Souvirón, José María. "Notas sobre lo hispánico". *Arbor* 85, enero 1953, pp. 37-52.
- Suárez, Federico. "El problema de la independencia de América". *Estudios Americanos* 2, 1949, p. 237.
- Sux, Alejandro. "Punto de vista. El español asesinado". *El Correo Literario* 9, enero 1955, s/p.
- Telleza, Fernando. "Las Obras selectas de Mariano Picón Salas." *Índice* 74-75, mayo-junio 1954, s/p.
- Toledano, Jerónimo. "Cómo se estudia América en España". *Mundo Hispánico* 67, octubre 1953, pp. 17-20.
- Tormo, Miguel de. "Un español de América". *Destino* 272, 3 octubre 1942, p. 7.

- Torre, Claudio de. “*El hombre bajo la tierra*, de Osorio Lizarazo”. *Revista de Indias* 9, enero 1949, p. 789.
- Torre, Guillermo de. “Ante la exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid. Lo que dicen los editores bonaerenses. El editor Jacob Samet”. *La Gaceta Literaria* 54, 15 marzo 1929, p. 359.
- . “Ante la exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid. Lo que dicen los editores bonaerenses. El editor Juan Roldán y compañía”. *La Gaceta Literaria* 49, 1 enero 1929, p. 318.
- . “Ante la exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid. Lo que dicen los editores bonaerenses. El editor Manuel Gleizer”. *La Gaceta Literaria* 41, 1 septiembre 1928, p. 255.
- . “Ante la exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid. Lo que dicen los editores bonaerenses. El editor Pedro García”. *La Gaceta Literaria* 44, 15 octubre 1928, p. 277.
- . “Ante la exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid. Lo que dice un editor español en Buenos Aires. Julián Urgoiti: delegado de Espasa-Calpe”. *La Gaceta Literaria* 55, 1 abril 1929, p. 365.
- . “Ante la exposición del libro argentino y uruguayo en Madrid. Preliminares”. *La Gaceta Literaria* 39, 1 agosto 1928, p. 243.
- . “Claridades sobre hispanoamericanismo en el 12 de octubre”. *Luz*, 12 octubre 1933, p.3.
- . “Nuestro idioma y la Argentina. Victoria Ocampo o el drama lingüístico de una época”. *El Sol*, 8, mayo 1932, p. 8.
- . “Revista literaria americana”. *Revista de las Españas* 7-8, marzo-abril 1927, pp. 216-220.
- . “Revista literaria americana”. *Revista de las Españas* 11, julio 1927, pp. 453-454.
- . “Revista literaria americana. Novelas”. *Revista de las Españas* 5-6, enero-febrero 1927, pp.

76-79.

—. “Un debate apasionado. Campeonato para un meridiano intelectual”. *La Gaceta Literaria* 17, 1 septiembre 1927, pp. 3 y 6.

Torres Bodet, Jaime. “Las letras hispanoamericanas en 1930”. *La Gaceta Literaria* 97, 1 enero 1931, p. 6.

Torres de Iannello, Reina. *Anuario de Estudios Americanos* 1957, p. 517.

Trabazo, Luís. “Si conocer es amar...” *Índice* 94, octubre 1956, pp. 6-7.

Triana, José María. “Entrega de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio a Hugo Wast”. *ABC*, 22 enero 1957, p. 23.

Tudela, José. “*Historia de la literatura hispanoamericana*, de Enrique Anderson Imbert”. *Revista de Indias* 5, agosto 1954, pp. 706-708.

—. “*Selección de prosistas modernos hispanoamericanos*, de Rodolfo Barón Castro”. *Revista de Indias* 5, 1944, pp. 705-708.

Undurraga, Antonio de. “¿Es posible una patria de lengua castellana?”. *El Correo Literario* 56, 15 septiembre 1952, p. 1.

“Unión Ibero-americana. Vida social”. *Revista de las Españas* 36-38, agosto-octubre 1929, pp. 394-402.

“Uno de los primeros escritores de lengua española”. *Índice* 105-106, septiembre-octubre 1957, p. 4.

Valbuena Briones, Ángel. “¿Cómo son las letras en...Puerto Rico”. *El Correo Literario* 55, 1 septiembre 1952, p. 12.

Valbuena Prat, Ángel. “Unión Iberoamericana. Vida social”. *Revista de las Españas* 24, agosto de 1928, p. 402.

Valente, José Ángel. “La naturaleza y el hombre en *La vorágine* de José Eustasio Rivera”.

Cuadernos Hispanoamericanos 67, julio 1955, pp. 102-108.

—. “La novela y la emancipación literaria de América”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 63, marzo 1955, pp. 412-417.

“Valija del exterior. Balance literario de 1956 en Colombia”. *La Estafeta Literaria* 80, 26 enero 1957, p. 3.

“Valija del exterior. Para hablar de pintura, de música y de poesía es necesario contar con Cuba.

Entrevista con Alfredo del Valle Díaz, director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado”. *La Estafeta Literaria* 69, 10 noviembre 1956, p. 3.

Varela, Lorenzo. “Los libros. Notas críticas. *Canaima*”. *El Sol*, 5 enero 1936, p. 2.

Varios autores “Discurso 12 octubre 1952”. *El Correo Literario* 58, 15 octubre 1952, pp. 6-7.

Vasconcelos, José. “En defensa del idioma. Los pueblos de Castilla, aristocracia para la especie humana”. *El Correo Literario* 25, 15 junio 1951, p. 1.

Vázquez Cuesta, Pilar. “*La gran literatura iberoamericana*, de Arturo Torres Rioseco”. *Ínsula* 45, 15 septiembre 1949, p. 4.

Vázquez Doderó, J.L. “Crónica cultural española: ambiente del intelectual”. *Arbor* 72, diciembre 1951, pp. 419-420.

“Los veinticinco años de *Doña Bárbara*”. *Ínsula* 109, 15 enero 1955, pp. 2 y 12.

“Vida cultural y artística. VII Centenario de la Universidad de Salamanca”. *ABC*, 9 junio 1953, p. 41.

Vidal de Kaul, Adelina. “Teresa de la Parra en ‘*Memorias de Mamá Blanca*’”. *Cuadernos de literatura* 13-15, enero-junio 1949, pp. 189-195.

Vidal, Fabián. “La novela del indio”. *La Vanguardia*, 11 agosto 1928, p. 5.

- Vila Selma, José. “El gaucha en el tiempo y en la novela”. *Arbor* 15, mayo-junio 1946, pp. 401-423.
- . “La literatura hispanoamericana y la crítica de Henríquez Ureña”. *Arbor* 54, junio 1950, pp. 329-331.
- . “*La gran literatura iberoamericana*, de Arturo Torres Rioseco”. *Anuario de Estudios Americanos* 1946, p. 1259.
- . “Literatura de la América Hispana”. *Destino* 27, marzo 1950, p.8.
- Viñuela de Latour. “Un nuevo libro de Rómulo Gallegos”. *El Correo Literario* 9, 2ª época, enero 1955, s/p.
- “Una visita al jefe del Gobierno”. *El Sol*, 11 enero 1929, p. 1.
- “Visto y no visto”. *Índice* 23, octubre 1949, p. 4.
- Zulueta, Luis de. “Las relaciones entre los pueblos de la gran familia hispanoamericana”. *La Revista de las Españas* 73-74, septiembre-octubre 1932, pp. 419-425.
- Zum Felde, Alberto. “Comentario a Zum Felde, Alberto. *El problema de la cultura americana*”. *Arbor* 22, julio-agosto 1947, pp. 135-136.
- . “Índice literario de Uruguay”. *La Gaceta Literaria* 116, octubre 1931, pp. 297-303.

4. Conferencias

- Ahumada, Juan Antonio. “Lo criollo, universal de la literatura hispanoamericana.” *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias. X: I.* Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 217-232.

- García Mellid, Atilio. "La cultura hispánica y la América española". *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: II. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 163-193.
- Giménez Caballero, Ernesto. "Lengua y literatura hispanoamericanas en la enseñanza media (o Hispanoamérica en nuestras juventudes)". *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: II. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 317-328.
- Gutiérrez Giradot, Rafael. "Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza". *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 453-460.
- Lara, Darío A. "Hispanismo e indoamericanismo". *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 461-465.
- Llovet, Enrique. "Recepción del concepto literario de la 'Hispanidad'". *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: II. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 97-117.
- Marshall, Pauline. "La novela indianista de López y Fuentes." *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 431-438.
- Meouchi, Edmundo. "La novela indigenista de México." *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 479-493.
- Recinos, Adrián. "La literatura indigenista de Guatemala". *Primeras jornadas de Lengua y*

Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 445-451.

Seri, Carlos Andrés. “Lo gauchesco en la literatura”. *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 195-201.

Toscano Mateus, Humberto. “El habla de la novela indigenista ecuatoriana.” *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 439-444.

Vasconez Hurtado, G. “La novela indigenista en el Ecuador”. *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 467-478.

Vintilia Horia. “Naturaleza y destino humano en la literatura hispanoamericana”. *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y Ponencias*. Tomo X: I. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 209-221.

5. Otros

“Al lector”. *Tamborito*. Por Agustín del Saz. Madrid: J.M^a Yagües, 1931, pp.8-9.

Altamira, Rafael. *Mi viaje a América: libro de documentos*. Oviedo. Universidad de Oviedo, 2007.

Berenguer Carisomo, Arturo. Las dos últimas novelas de Enrique Larreta. *Gerardo o la Torre de las Damas*. Por Enrique Larreta. Madrid: Espasa-Calpe, 1956, pp.9-26.

Bonilla San Martín, Adolfo. “América Española”. *Nuestra raza es Española (ni Latina ni Ibera)*.

- Adolfo Bonilla San Martín y Juan C. Cebrián. Madrid: s.n., 1926, pp. 34-44.
- Capdevila, Arturo. *Babel y el castellano*. Buenos Aires: Cabaut and Cia, 1928.
- Caporale Scelta, Julio. Prólogo. *Crónica de la reja*. Por Justino Zavala Muñiz. Madrid: Aguilar, 1954, pp. 13-21.
- Castro Leal, Antonio. Introducción. *La novela de la revolución mexicana*. Por Antonio Castro Leal, ed. Madrid, México y Buenos Aires: Aguilar, 1958, pp. XVII-XXX.
- Cebrián, Juan C. “La exposición hispanoamericana de Sevilla y el Porvenir de la raza”. *Nuestra raza es Española (ni Latina ni Ibero)*. Adolfo Bonilla San Martín y Juan C. Cebrián. Madrid: s.n., 1926, pp. 5-13.
- . “El apelativo iberoamericano”. *Nuestra raza es Española (ni Latina ni Ibero)*. Adolfo Bonilla San Martín y Juan C. Cebrián. Madrid: s.n., 1926, pp. 45-48.
- Clavel, Vicente. Introducción. *La risa de la fuente*. Por Alfonso Mejía Robledo. Barcelona: Cervantes, 1930, pp. V-IX.
- Constitución de la Segunda República Española. 9 de diciembre de 1931.
- www.congreso.es/docu/constituciones/1931/1931_cd.pdf
- De Onís, Federico. Prólogo. *Obras completas*. Por Tomás Carrasquilla. Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas, 1952, pp. XI-XXV.
- Díaz Seijas, Pedro. Prólogo. *Tres palabras*. Por Lucila Palacios. Madrid: Aguilar, 1954, pp. 11-21.
- Espinosa. “El término América Latina es erróneo”. *Nuestra raza es Española (ni Latina ni Ibero)*.

- Adolfo Bonilla San Martín y Juan C. Cebrián. Madrid: s.n., 1926, pp. 18-33.
- Ferretis. Intento. *Tierra caliente*. Por Jorge Ferretis. Madrid: Espasa-Calpe, 1935, p.5.
- Gálvez, Manuel. Prólogo. *Un perdido*. Por Eduardo Barrios. Madrid: Espasa-Calpe, 1926, pp. 7-13.
- . Prólogo. *Obras escogidas*. Por Manuel Gálvez. Madrid: Aguilar, 1949, pp. 9-17.
- García, Antonio. Prólogo. *Toa*. Por César Uribe Piedrahita. Madrid: Espasa-Calpe, 1942, pp. 11-14.
- García Morente, Manuel. *Idea de la Hispanidad*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina S.A. 1938.
- Gómez Restrepo, Antonio. Prólogo. *La vorágine*. Por José Eustasio Rivera. Madrid: Aguilar, 1932, pp. 5-6.
- González, José de Jesús. Prólogo. *La mística del Sacro-Monte*. Por Rodolfo González Hurtado. Madrid: Espasa-Calpe, 1932, pp. 5-17.
- Hoyo, Arturo del. Prólogo. *Novelas completas*. Por Ciro Alegría. Aguilar, 1959, pp.11-40.
- Iglesias, Francisco. Prólogo del glorioso aviador Francisco Iglesias. *El valle del Sol*. Por Diomedes de Pereyra. Madrid: Araluce, 1934, pp. 7-12.
- Latcham, Ricardo. El criollismo de Latorre. *Zurzulita*. Por Mariano Latorre. Madrid: Aguilar, 1949, pp. 14-22.
- . Prólogo. *El socio*. Por Jenaro Prieto. Madrid: Aguilar, 1949, pp. 11-24.
- López, Jacinto. Crítica. *El valle del Sol*. Por Diomedes de Pereyra. Madrid: Araluce, 1934, pp. 13-16.
- López Pacheco, Jesús. Prólogo. *Obras completas*. Por Rómulo Gallegos. Madrid: Aguilar, 1958-

1959, pp. XIII-XXXII.

Lugones, Leopoldo. *Don Segundo Sombra*. Por Ricardo Güiraldes. Madrid: Aguilar, 1948, pp. 29-45.

Maeztu, Ramiro de. *Defensa de la Hispanidad*. Buenos Aires: Librería Huemul S.A., 1986.

Medina, José Ramón. Prólogo. *Mené. Seguida de Nocturno de los tres ladrones, Cardona, Fuga de Paisajes*. Por Ramón Díaz Sánchez. Madrid: Aguilar, 1954, pp. 12-26.

Miomandre, Francisco. Prólogo. *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*. Por Teresa de la Parra. Barcelona: Surco, 1952, pp. 7-11.

—. Unas palabras más sobre Ifigenia. *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*. Por Teresa de la Parra. Barcelona: Surco, 1952, pp. 11-15.

Molina Aguirre, Julio. Nota preliminar. *Don Segundo Sombra*. Por Ricardo Güiraldes. Madrid: Aguilar, 1948, pp. 11-24.

Nota biobibliográfica. *Obras escogidas*. Por Manuel Gálvez. Madrid: Aguilar, 1949, pp. 18-19.

Nota previa. *Obras completas*. Por Enrique Larreta. Madrid: Plenitud, 1948, p. 11.

Nota previa. *Sangre en el trópico*. Por Hernán Robleto. Madrid: Cenit, 1930, pp. 7-8.

Nota preliminar. *Desierto de piedra*. Por Hugo Wast. Madrid: Aguilar, 1948, pp. XI-XV.

Nota preliminar. *Gran señor y rajadiablos*. Por Eduardo Barrios. Madrid: Aguilar, 1954, pp. X-XVI.

Ortega, Gregorio. Nota preliminar. *Los de abajo*. Por Mariano Azuela. Madrid: Biblos, 1927, pp.

9-11.

Ríos Lampérez, Blanca de los. “Hispanismo”. “La exposición hispanoamericana de Sevilla y el

Porvenir de la raza”. *Nuestra raza es Española (ni Latina ni Ibera)*. Adolfo Bonilla San Martín y Juan C. Cebrián. Madrid: s.n., 1926, pp. 14-17.

—. Prólogo. *La brizna de paja en el viento*. Por Rómulo Gallegos. Madrid: Aguilar, 1953, pp. 13-23.

Rodó, José Enrique. Prólogo. *El terruño*. Por Carlos Reyles. Madrid: SGEL, 1927, pp. IX-XXIX.

Rojas, Manuel. Prólogo. *Cumboto. Cuento de siete leguas*. Por Ramón Díaz Sánchez. Madrid: Aguilar, 1954, pp. 13-34.

Sainz de Robles, Federico Carlos. Nota preliminar. *Hombres en soledad*. Por Manuel Gálvez. Madrid: Aguilar, 1948, pp. 11-15.

—. Prólogo. *Canaima. Seguida de La rebelión y El piano viejo*. Por Rómulo Gallegos. Madrid: Aguilar, 1952, pp. 9-17.

—. Prólogo. *El forastero. Seguida de Los inmigrantes y El milagro del año*. Por Rómulo Gallegos. Madrid: Aguilar, 1952, pp. 12-15.

—. Prólogo. *Novelas escogidas*. Por Rómulo Gallegos. Madrid: Aguilar, 1953, pp. XI-XXIV.

Salaverri, Vicente A. Introducción. *Raquela, La evasión y El antojo de la patrona*. Por Benito Lynch. Madrid: Espasa-Calpe, 1936, pp. 5-7.

Souvirón, José María. Prólogo. *Obras escogidas*. Por Miguel Ángel Asturias. Madrid: Aguilar, 1955, tomo I, pp. IX-XIX.

Torre, Guillermo de. Prólogo. *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira. Los tesoros del rey blanco*. Por Roberto J. Payró. Madrid: Aguilar, 1948, pp. XIII-XXVI.

—. Prólogo. *Todo verdor perecerá*. Por Eduardo Mallea. Madrid: Aguilar, 1952, pp. 11-33.

Unamuno, Miguel de. Carta. *Crónica de la reja*. Por Justino Zavala Muñiz. Madrid: Aguilar, 1954, pp. 23-25.

Zweig, Stephen. Carta. *Todo verdor perecerá*. Por Eduardo Mallea. Madrid: Aguilar, 1952, pp. 37-38.

B) OBRAS POSTERIORES

1. Contexto histórico-cultural español

Abellán, Manuel L. *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona: Península, 1980.

Alted, Alicia. “Notas para la configuración y el análisis de la política cultural del franquismo en sus comienzos: la labor del Ministerio de Educación Nacional durante la Guerra”. *España bajo el franquismo*. Ed. Josep Fontana. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 215-229.

Álvarez Romero, José María. “Ediciones Cultura Hispánica, 1946-1980: contenidos, características, significado”. *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica. Ediciones Cultura Hispánica y otras publicaciones: estudios y catálogo (1944-1980)*. Coord. Ignacio González Casanovas. Madrid: Fundación Mapfre Tavera, 2003, pp. 41-56.

Archilés, Ferran. “Vivir la comunidad imaginada. Nacionalismo español e identidades en la España de la Restauración.” *Historia de la educación* 27, 2008, pp. 57-85.

Aubert, Paul. “La presse et le pouvoir en Espagne sous la dictature de Primo de Rivera”. *Presse*

et pouvoir en Espagne 1865-1975. Colloque International de Talence 26-27 novembre 1993.

Paul Aubert et Jean-Michel Desvois. Bourdeaux et Madrid: Maison des Pays Ibériques-École des Hautes Études Hispaniques Casa de Velazquez, 1996, pp. 55-79.

Barrachina, Marie-Aline. *Propagande et culture dans l'Espagne franquista. 1936-1945*. Grenoble: ELLUG Université Stendhal, 1998.

Balfour, Sebastian. *The End of the Spanish Empire 1898-1923*. Oxford: Clarendon Press, 1997.

Bassolas, Carmen. *La ideología de los escritores: literatura y política en La Gaceta Literaria (1927-1932)*. Barcelona: Fontamara, 1975.

Bécarud, Jean y López Campillo, Evelyne. *Los intelectuales españoles durante la II República*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores S.A, 1978.

Blas Ruiz, María José. *Aguilar. Historia de una editorial y de sus colecciones literarias en papel biblia, 1923-1986*. Madrid: Librería del Prado, 2012.

Box, Zira. “El calendario festivo franquista. Tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional del régimen”. *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Ed. Javier Moreno Luzón. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 263-288.

Brown, Gerald. *El siglo XX. Del 98 a la Guerra Civil*. Trad. Carlos Pujos. Barcelona: Ariel, 1987.

Cámara Villar, Gregorio. *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del Franquismo (1936-1951)*. Madrid: Editorial Hesperia, 1984.

Capel, Horacio. “La antropología española y el magisterio de Claudio Esteva Fabregat.

Estrategias institucionales y desarrollo intelectual en las disciplinas científicas”. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 287, 1 abril 2009.

www.ub.edu/geocrit/sn/sn-287.htm

Carrascosa, Alfonso V. “Nota editorial. 70 años de *Arbor*”. *Arbor* vol. 190, no. 766, 2014.

www.arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewArticle/1909/2143

Casado Lobato, Concepción. “Actividad bibliográfica del Instituto de Filología Hispánica

‘Miguel de Cervantes’ (1947-1985)”. *Varia bibliographica: homenaje a José Simón Díaz*, 1988, pp. 145-149.

Cuenca Toribio, José Manuel. *Nacionalismo, franquismo y nacionalcatolicismo*. Madrid:

Editorial Actas, 2008.

Dalla Corte, Gabriella. *Casa América de Barcelona 1911-1947. Comillas, Cambó, Gili, Torres y*

mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional. Madrid: LID

Editorial Empresarial SL, 2005.

Fernández-Soria, Juan Manuel. “Patria y nación en los textos escolares. Significación y

aprendizaje de España.” *Rexe, Revista de Estudios y Experiencias en Educación* 22, agosto-diciembre 212, pp. 137-154.

Ferrer Cayón, Jesús. “La instrumentalización política de la cultura durante el primer franquismo:

la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo (UIMP) y el Festival Internacional de

Santander (FIS), 1945-1957”. Tesis Doctoral. Universidad de Cantabria, 2011.

Fontana, Josep. “Introducción: Reflexiones sobre la naturaleza y consecuencias del franquismo”.

- España bajo el franquismo*. Ed. Josep Fontana. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 9-38.
- Gálvez, Francisco. *Diccionario General de las Revistas Literarias Españolas del siglo XX (1903-1983)*. Córdoba: Ediciones Litopress, 2007.
- Garbisu Buesa, Margarita. “La literatura extranjera en *La Estafeta Literaria*: 1957 y Rafael Morales como punto de inflexión”. *La Estafeta Literaria y su contribución a la difusión de la cultura del siglo XX*. Pilar Fernández Martínez et al. Madrid: Sílex, 2010, pp. 63-101.
- García Domínguez, Pedro. “Mundo Hispánico”. *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica. Ediciones Cultura Hispánica y otras publicaciones: estudios y catálogo (1944-1980)*. Coord. Ignacio González Casanovas. Madrid: Fundación Mapfre Tavera, 2003, pp. 101-116.
- García Queipo de Llano, Genoveva. *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Alianza, 1988.
- García Queipo de Llano, Genoveva y Tusell, Josep. *Los intelectuales y la República*. Madrid: Editorial Nerea, 1990.
- González Arisa, Fernando. “El mundo editorial en *La Estafeta Literaria*”. *La Estafeta Literaria y su contribución a la difusión de la cultura del siglo XX*. Pilar Fernández Martínez et al. Madrid: Sílex, 2010, pp. 139-170.
- González López, María Antonieta. “Índices de la revista *Raza Española* (1919-1930)”. *RLit*, vol. LXIII, no. 126, 2001, pp. 535-582.

www.revistadeliteratura.revistas.csic.es

Gracia, Jordi. *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo. 1940-*

1962. Barcelona: Anagrama, 2006.

Gracia, Jordi y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel. *La España de Franco: 1939-1975. Cultura y vida*

cotidiana. Madrid: Síntesis, 2001.

Hernando, Miguel Ángel. *La Gaceta Literaria (1927-1932). Biografía y valoración*. Valladolid:

Universidad de Valladolid, 1974.

Juliá, Santos. *La constitución de 1931*. Madrid: Iustel, 2009.

Lamarc, Dolors. Presentació revista *Destino*.

www.bnc.cat/digital/destino/

Larraz Elorriaga, Fernando. “Genealogía de la edición literaria en España”. *Itinerarios* 5, 2007,

pp. 197-213.

www.iberystyka.uw.edu.pl/pdf/Itinerarios/vol-5/13_Larraz-Elorriaga.pdf

Lázaro, Luis Miguel. “L’edició popular a Espanya. El cas de l’Editorial Cervantes. Notes.”

Educació i Història: Revista d’Història de l’Educació 22, julio-diciembre 2013, pp. 33-63.

López Castillo, Evelyne. *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*.

Madrid: Taurus Ediciones, 1972.

López Morel, Miguel Ángel, y Molina Abril, Alfredo. “La Compañía Iberoamericana de

Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano”. *Revista de historia*

industrial 49, 2012, pp. 111-146.

www.raco.cat/index.php/HistoriaIndustrial/article/view/262720/350140

Lozano Seijas, Claudio. "La Educación en España 1945-1992". *Historia de la Educación*

Iberoamericana. Coord. Adriana Puiggrós y Claudio Lozano Seijas. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 1995. Tomo I, pp. 253-277

Mainer, José-Carlos. *Años de vísperas: la vida de la cultura en España (1931-1939)*. Pozuelo de Alarcón, Madrid: Espada DL, 2006.

—. "Clavileño (1950-1957): Cultura de estado bajo el franquismo." *Bulletin Hispanique* vol. 104 no. 2, 2002, pp. 941-963.

www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007_640_2002_num_104_2_5141

—. *La corona hecha trizas (1930-1960): una literatura en crisis*. Barcelona: Crítica, 2008.

—. *La edad de Plata: 1902-1939; ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra, 1981.

—. *Falange y literatura*. Barcelona: Labor, 1971.

—. "Los primeros años de *Revista* (1952-1955): diálogo desde Barcelona". *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*. Coord. Jean Michel Desvois. 2005, pp. 405-421.

Marsal, Juan F. *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*. Barcelona: Península, 1979.

Martínez Martín, Jesús A. "La edición moderna". *Historia de la edición en España 1836-1936*.

Ed. Jesús Martínez Martín. Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 167-206.

Melloni, Alessandra y Peña-Marín, Cristina. *El discurso político en la prensa madrileña del franquismo*. Roma: Bulzoni Editore, 1980.

Cantero, Camila. “Índice de ‘artes y letras’: historia, estructura, ideología y contenido de una revista”. *Boletín de la ANABAD*, Tomo 38, núm. 4, 1988, pp. 421-438.

www.dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=798904

Monclús Estella, Antonio. “El pensamiento seglar militante: El Grupo de la Rábida”. Ed. José Luís Abellán y Antonio Monclús. *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*. Vol. I. Barcelona: Anthropos, AIETI, 1989, pp. 73-93

Morales, Juan José. “Las revistas entre 1947 y 1959. Introducción”. *Revistas Literarias españolas del siglo XX (1919-1975)*. Ed. Manuel J. Ramos Ortega. Madrid: Ollero & Ramos, 2005. Vol. II, pp. 131-136.

Moran, Carmen. “La Educación en la II República”. *El País*, 17 abril 2006.

www.elpais.com/diario/2006/04/17/educacion/1145224801_850215.html

Moreno Luzón, Javier, ed. *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

Negró Acedo, Luis. *Discurso literario y discurso político del franquismo. La literatura como soporte y correa de transmisión de los postulados ideológicos de la dictadura (1936-1966)*. Madrid: Foca, 2008.

Payne, Stanley G. *Fascism in Spain. 1923-1977*. Wisconsin: The University of Wisconsin, 1999.

- . *The Franco Regime. 1936-1975*. Wisconsin, USA: The University of Wisconsin Press, 1987.
- Pérez Galán, Mariano. *La enseñanza en la Segunda República*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1977.
- Pérez Picazo, M^a Teresa et Leumeunier, Guy. *L'Espagne au XXe siècle*. Paris: A. Colins, 1994.
- Pozo Andrés, María del Mar. “Educación para la ciudadanía democrática en la Segunda República: un intento de construcción de la identidad nacional desde la escuela”. *Historia de la educación* 27, 2008, pp.105-135.
- Preston, Paul. *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*. Madrid: Editorial Sistema, 1986.
- . *Franco: Caudillo de España*. Barcelona. Trad. Teresa Camprodón y Diana Falcón. Barcelona: DeBolsillo, 2004.
- . *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*. Trad. Carlos Manzano de Frutos. Barcelona: Ediciones Península, 2014.
- . Prólogo. *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Por Michael Richards. Trad. Teófilo de Lozoya. Barcelona: Crítica, 1999, pp. IX-XII.
- Puelles Benítez, Manuel de. “Política y Educación: Cien años de historia.” *La educación en España en el siglo XX* . Número extraordinario año 2000 de *Revista de Educación*, 2000, pp. 7-35.

- Quiroga Fernández de Soto, Alejandro. “Educación para la ciudadanía autoritaria. La nacionalización de los jóvenes en la dictadura de Primo de Rivera.” *Historia de la educación* 27, 2008, pp. 87-104.
- . “Maestros, espías y lentejas. Educación y nacionalización de masas durante la dictadura de Primo de Rivera”. *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Ed. Javier Moreno Luzón. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 183-205.
- Radcliff, Pamela. “La representación de la nación. El conflicto en torno a la identidad nacional y las prácticas simbólicas en la Segunda República”. *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Eds. Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma. Madrid: Alianza Editorial, 1997, pp. 305-325.
- Richards, Michael. *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Trad. Teófilo de Lozoya. Barcelona: Crítica, 1999.
- Riudrejo, Dionisio. *Entre literatura y política*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1973.
- Rubio, Fanny. *Revistas poéticas españolas, 1937-1975*. Madrid: Turner, 1976.
- Sánchez Álvarez-Insúa, Alberto. *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*. Madrid: Libris, 1996.
- . “Colecciones literarias”. *Historia de la edición en España 1836-1936*. Ed. Jesús Martínez Martín. Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 373-395.
- Sánchez García, Raquel. “Diversas formas para nuevos públicos. *Historia de la edición en España 1836-1936*. Ed. Jesús Martínez Martín. Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 241-268.

- Sánchez Vigil, Juan Miguel. *La Edición en España: industria cultural por excelencia: historia, proceso, gestión, documentación*. Gijón: Trea, 2009.
- Tabares, J.C. “Pensamiento”. *La cultura española durante el franquismo*. Coord. Norberto Alcover. Bilbao: Ediciones Mensajero, 1977, pp. 143-168.
- Urrutia Cárdenas, Hernán. “La Edad de Plata de la literatura española (1868-1936)”. *Cauce. Revista de Filología y su didáctica* 22-23, 1999-2000, pp. 581-595.
- Valiente Rossell, Guillermo. “Totalitarismo y nacional-catolicismo en el régimen de Franco. 1939-1957”. *Historia Digital*, XV, 25, (2015), pp. 109-118.
- Valls, Fernando. *La enseñanza de la literatura en el franquismo (1936-1951)*. Barcelona: Antoni Bosch, 1983.
- Vea Muniesa, Fernando. “Aportaciones al estudio de la segunda enseñanza en la II República en España (1931-1936)”. *LLULL* 31, 2008, pp. 103-150.
- Viñao, Antonio. *Escuela para todos. Educación y modernidad en la España del siglo XX*. Madrid: Marcial Pons, 2004.
- Zulueta, Emilia de. *Historia de la crítica española contemporánea*. Madrid: Gredos, 1966.

1.1. Obras específicas sobre americanismo

- Abellán, José Luís. “Conferencia inaugural”.7-20. *La formación de la imagen de América Latina*

en España, 1898-1989. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992.

Abellán, José Luís y Monclús, Antonio. *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*. Vol. I. Barcelona: Anthropos, AIETI, 1989.

Bernabéu Albert, Salvador. “Los americanistas y el pasado de América. Tendencias e instituciones en vísperas de la Guerra Civil”. *Revista de Indias* 239, 2007, pp. 251-282.

—. “El americanismo en el Centro de Estudios Históricos. Américo Castro y la creación de la revista *Tierra Firme* (1935-1937). Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas, 20 octubre 2005, pp. 47-70.

www.halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/13/84/52/PDF/Bernabeu.pdf

Burkhardt Pohl. “Vender el texto: El discurso de la difusión editorial”. *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)*. Eds. Jordi Gracia y Joaquín Marco. Barcelona: Edhasa, 2004, pp. 165-188.

Calderón Quijano, José Antonio. *El americanismo en Sevilla 1900-1980*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1987.

Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. “Imagen, efecto ideológico, propuestas de acción: el régimen franquista y América Latina”. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp.

113-146

- . “‘Libros y revistas para América’: política cultural y producción editorial del Instituto de Cultura Hispánica”. *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica*. Coord. Ignacio González Casanovas. Madrid: Fundación MAPFRE TAVERA, 2003, pp. 23-39.
- . “La política latinoamericana de España en el siglo XX”. *La política exterior de España en el siglo XX*. *Ayer* 49, 2003, pp. 121-160.

Escudero, María A. “La imagen de América Latina difundida por el Instituto de Cultura Hispánica a través de su publicación ‘Cuadernos Hispanoamericanos’”. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 363-388.

- . *El Instituto de Cultura Hispánica*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1994.

Fernández Moya, María. “La promesa del gran mercado del libro. Un siglo de editoriales españolas en Argentina (1908-2008)”. *Revista de la Historia de la Economía y de la Empresa* V, pp. 205-238.

Fleming Figueroa, Leonor. “El meridiano cultural: un meridiano polémico”. *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica. XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1987, pp. 151-160.

Fogelquist, Donald F. *Españoles de América y americanos de España*. Madrid: Gredos, 1968.

González Calleja, Eduardo. “Entre la utopía y la realidad: imagen de América y acción exterior de Falange Española tradicionalista y de las JONS (1936-1945)”. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 85-11.

Herrero-Olaizola, Alejandro. *The Censorship Files. Latin American Writers and Franco's Spain*. Albany, New York: State University of New York Press, 2007.

Huguet Santos, Montserrat. “La difusión de la imagen de América Latina en la prensa española durante el primer franquismo”. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 347-361.

Juan-Navarro, Santiago. “‘Una sola fe en una sola lengua’: La Hispanidad como coartada ideológica en el pensamiento reaccionario español”. *Hispania* 89, mayo 2006, pp. 392-399.

Lago Carballo, Antonio. “La generación hispanoamericana del 98”. *Perspectivas del 98. Un siglo después*. Coord. Juan Velarde Fuertes. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, 1997, pp. 49-59.

—. “El pensamiento cristiano: Joaquín Ruíz-Giménez”. *El pensamiento español contemporáneo*

y la idea de América. José Luís Abellán y Antonio Monclús. Vol. I. Barcelona: Anthropos, AIETI, 1989, pp. 293-326.

Marcilhacy, David. “La Hispanidad bajo el franquismo. El americanismo al servicio de un proyecto nacionalista”. *Imaginario y representaciones de España durante el franquismo*. Ed. Stéphanne Michonneau y Xosé Nuñez Seixas. Madrid: Casa de Velázquez, 2014, pp. 73-102.

Martínez Rus, Ana. “El comercio de libros. Los mercados americanos”. *Historia de la edición en España 1836-1936*. Ed. Jesús Martínez Martín. Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 269-305.

Matamoro Rossi, Blas. "Una ojeada retrospectiva sobre *Cuadernos Hispanoamericanos*". *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica. Ediciones Cultura Hispánica y otras publicaciones: estudios y catálogo (1944-1980)*. Coord. Ignacio González Casanovas. Madrid: Fundación Mapfre Tavera, 2003, pp. 73-78.

Pasamar Alzuria, Gonzalo. “El Consejo Superior de Investigadores Científicas y el surgimiento de los historiadores ‘Americanistas’ en la España franquista.” *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 205-223.

Pazos, M^a Luisa Julia y Pérez Santos, Raquel. “El centenario de la independencia en las revistas de las principales instituciones hispanoamericanistas españolas”.

www.halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/13/95/63/PDF/PazosPerez.pdf

Pereira Castañares, Juan Carlos. “España e Iberoamérica: un siglo de relaciones (1836-1936)”.

Mélanges de la Casa de Velázquez. Tomo 28-3, 1992, pp. 97-127.

- . “España e Iberoamérica: programas, políticas y resultados (1892-1992)”. *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto (s. XIX-XX). Homenaje a la Profesora Pilar Vázquez Cuesta*. Coord. Hipólito de la Torre. Mérida, Badajoz. Universidad Nacional a Distancia, 1993, pp. 129-166.

Pérez Herrero, Pedro. “La consolidación de la imagen de Hispanoamérica en la historiografía americanista española (1935-1963).” *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 241-275.

Pike, Fredrick B. *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish-America*. London: University of Notre Dame Press, 1971.

Rama, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1982.

Reverte Bernal, Concepción. “La revista España y América y sus suplementos literarios ‘Literatura hispanoamericana’ y ‘La Vida Literaria’”. *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica. XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1987, pp. 705-714.

Roberts, Stephen G.H. “‘Hispanidad’. El desarrollo de una polémica noción en la obra de Unamuno”. *Cuad. Cát. M. Unamuno* 39, 2004, pp. 61-80.

Rubio Cordón, José Luis. “El oficialismo institucional: el Instituto de Cultura Hispánica.” *El*

pensamiento español contemporáneo y la idea de América. José Luís Abellán y Antonio Monclús. Vol. I. Barcelona: Anthropos, AIETI, 1989, pp. 17-20.

Sáinz de Medrano Arce, Luis. “Sobre las relaciones literarias entre España e Hispanoamérica”.

Literatura de dos mundos. Coord. Victorino Polo. Murcia: Comisión de Murcia, Carabela, 1993, pp. 475-485.

Sepúlveda, Isidro. “La proyección de la imagen de América por las vocaciones americanistas

españolas a través de sus publicaciones (1900-1936)”. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 313-330.

—. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons, 2005.

Tabanera García Nuria. “La junta de relaciones culturales del Ministerio de Estado, 1931-1936.

Una imagen de América Latina en un organismo oficial bajo la República”. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 43-64.

Vélez, Palmira. “El período de madurez del americanismo en España. Proyectos y realizaciones”.

La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989. Coords. M. Huguet Santos, A. Nino Rodríguez, P. Pérez Herrero. Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1992, pp. 171-188.

— . *La historiografía americanista en España 1755-1936*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2007.

2. Teoría y crítica

Altamirano, Carlos. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

Álvarez Junco, José. “El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados”. *El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados*. Eds. José Álvarez Junco, Justo Beramendi y Ferran Requejo. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, pp. 11-77.

Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London and New Cork: Verso, 1991.

Berber, Laurent. *Les différents types de nationalisme dans l'espace postsoviétique. Une comparaison de l'Ukraine et de la Biélorrusie de 1989 à 1999 dans une perspectiva gellnérienne*. Sarrebruck: Éditions Universitaires Europeennes, 2010.

Berger, John. *Modos de ver*. Trad. Justo G. Beramendi. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2006.

Bhabha Homi K. *Nation and Narration*. London and New York: Routledge, 1990.

Boehmer, Elleke. *Colonial and Postcolonial Literature*. Oxford: Oxford University Press, 1995.

Boschetti, Anna. “El campo literario”. *Bourdieu después de Bourdieu*. Comp. Diana Sanz Roig. Madrid: Arco/Libros, 2014, pp. 71-98.

Bourdieu, Pierre. *La distinction. Critique sociale du jugement de goût*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1979.

— . *Intelectuales, política y poder*. Trad. Alicia Gutiérrez. Buenos Aires: Eudeba, 2000.

— . *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Trad. Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama, 1995.

Casanova, Pascale. *La República mundial de las letras*. Trad. Jaime Zulaika. Barcelona: Anagrama, 1999.

Chartier, Roger. *Pratiques de la lecture*. Paris: Éditions Rivages, 1985.

Chihu Amparán, Aquiles. “La teoría de los campos en Pierre Bourdieu”. *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 1998, pp. 179-198.

www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/polis/cont/19981/pr/pr8.pdf

Christin, Anne-Marie. “Présentation”. *L’écriture du nom propre*. Ed. Anne-Marie Christin. Paris et Montréal: L’Harmattan, 1998, pp. 7-16.

Darnton, Robert. *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*. Trad. Roger García Lemberg. Madrid: Trama Editorial, 2010.

Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno: arquetipos y repetición*. Trad. Ricardo Anaya. Madrid: Alianza, 2008.

Escarpit, Robert. “Lo literario y lo social”. *Hacia una sociología del hecho literario*. Robert Escarpit et al. Trad. Luis Antonio Gil López. Madrid: Edicusa, 1974, pp. 11-43.

- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. Trad. Julieta Campos. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Firmas, Catherine de, "Des noms et des hommes". *Actes de la Table-ronde organisée par Histoire au Présent, Sources Travaux Historiques* 45-46. Paris, 1998, pp. 3-9.
- Gellner, Ernest. *Nations et nationalisme*. Paris: Éditions Payot et Rivages, 1999.
- Gilbert, Sandra y Gubar, Susan, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Trad. Carmen Martínez Gutiérrez. Madrid: Cátedra, 1998.
- Gramsci, Antonio. *Los Intelectuales y la organización de la cultura*. Trad. Raúl Sciarreta. Buenos Aires: Nueva Visión, 1984.
- Guibernau, Montserrat. *La identidad de las naciones*. Barcelona: Ariel, 2008.
- Hobsbawm, Eric, and Ranger, Terence, eds. *The Invention of Tradition*. Cambridge. Cambridge University Press, 1983.
- Hoek, Leo H., *La marque du titre. Dispositifs sémiotiques d'une pratique textuelle*. The Hague: Mouton Publishers, 1981.
- Lévi-Strauss, Claude. *La pensée sauvage*. Paris: Plon, 1962.
- Lodge, David. *L'art de la ficció*. Trad. Montserrat Lunati i Jordi Larios. Barcelona: Empúries, 2001.
- Lyons, Martin. *A History of Reading and Writing*. New York: MacMillan, 2010.
- Maldonado, Tomás. *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*. Barcelona: Paidós, 1995.

- Mannheim, Karl. *Ideology and Utopia*. London: Routledge & Kegan Paul Ltd, 1966.
- Martin, Henri-Jean. *Historia y poderes de lo escrito*. Trad. Emiliano Fernández Prado y Ana Rodríguez Navarro. Gijón: Ediciones Trea, 1999.
- Moretti, Franco. *The World-System from Goethe to García Márquez*. Londres: Verso, 1996.
- . *Atlas of the European Novel 1800-1900*. London, New York: Verso, 1999.
- Mounier, Pierre. *Pierre Bourdieu, une introduction*. Paris: Pocket, 2001.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Trad. Angélica Scherp. México: FCE, 1987.
- Ortiz, Renato. *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Santa Fé de Bogotá : Convenio Andrés Bello, 1998.
- Renan, Ernest. *Qu'est-ce qu'est une nation; suivi de Préface aux Discours et conférences; et Préface à souvenirs d'enfance et de jeunesse*. Marseille: Le mot et le reste, 2007.
- Said, Edward, *Cultura e imperialismo*. Trad. Nora Catelli. Barcelona: Anagrama, 1996.
- . *Representaciones del intelectual*. Trad. Isidro Arias. Barcelona: Paidós, 1994.
- . *Orientalismo*. Trad. María Luisa Fuentes. Barcelona: Random House Mondadori, 2003.
- . *El mundo, el texto y el crítico*. Trad. Ricardo García Pérez. Barcelona: Random House Mondadori, 2004.
- Sanz Roig, Diana. "Bourdieu después de Bourdieu. Hacia un nuevo rumbo de la teoría de los campos". *Bourdieu después de Bourdieu*. Comp. Diana Sanz Roig. Madrid: Arco/Libros, 2014, pp. 11-48.

- Sapiro, Gisèle. “Redes, institución (es) y campo”. *Bourdieu después de Bourdieu*. Comp. Diana Sanz Roig. Madrid: Arco/Libros, 2014, pp. 123-141
- . “Una aproximación sociológica a las relaciones entre literatura e ideología”. *Bourdieu después de Bourdieu*. Comp. Diana Sanz Roig. Madrid: Arco/Libros, 2014, pp. 143-165
- Schulze, Hagen. *Estado y nación en Europa*. Trad. Ernest Marcos. Barcelona: Crítica, 1997.
- Shils, Edward. *Los intelectuales y el poder*. Trad. Flora Setaro. Mexico: DIMELISA, 1972.
- Sumner, William Graham. *Folkways: a study of the sociological importance of usages, manners, customs, mores, and morals*. Boston: Ginn, 1940.
- Vega, M^a José. *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*. Barcelona: Crítica, 2003.
- Watt, Ian. *The Rise of the Novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. London: Penguin Books, 1963.
- Weber, Max. *El trabajo intelectual como profesión*. Trad. Adan Kovacsics Meszaros. Barcelona: Bruguera, 1983.
- Wright Mills, C. *La élite del poder*. Trad. Florentino M. Torner y Ernestina de Champourcin. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Zalamansky, Henri. “El estudio de los contenidos, una etapa fundamental de una sociología de la literatura contemporánea”. *Hacia una sociología del hecho literario*. Robert Escarpit et al. Trad. Luis Antonio Gil López. Madrid: Edicusa, 1974, pp. 119-129.

2.a.Obras sobre cultura y literatura hispanoamericana

Aínsa, Fernando. “Hacia un nuevo universalismo. El ejemplo de la narrativa del siglo XX”.

Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura. Ed. Saúl Yurkievich. Madrid: Alhambra, 1986, pp. 36-46.

—. *Narrativa hispanoamericana del siglo XX: del espacio vivido al espacio del texto*. Zaragoza:

Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

Alemaný Bay, Carmen. *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927)*.

Alicante: Universidad de Alicante, 1998.

Alonso, Carlos J. “The criollista novel”. *The Cambridge History of Latin American Literature*.

Eds. Roberto González Echevarría and Enrique Pupo-Walker. Vol. II. The Twentieth Century. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Alonso-Cortés, Ángel. “Idioma y poder: el caso del español”. *Revista de libros* 184, mayo junio

2016, Altamirano, Carlos. “Élites culturales en el siglo XX latinoamericano”. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Dir. Carlos Altamirano. Madrid: Katz Editores, 2008. Vol. II, pp. 9-28.

Borges, Jorge Luís. “Los precursores de Kafka”. *Obras completas*. Tomo II. Barcelona: Emecé,

1989.

Carpentier, Alejo. *Tientos y diferencias*. La Habana, 1974.

- Catelli, Nora. “La élite itinerante del boom: seducciones transnacionales en los escritores latinoamericanos (1960-1973)”. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Dir. Carlos Altamirano. Vol. II. Madrid: Katz Editores, 2008, pp. 712-732.
- Degiovani, Fernando. *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2007.
- Dobry, Edgardo. *Una profecía del pasado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Espósito, Fabio. *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*. Buenos Aires. Ediciones Al Margen, 2009.
- . “Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)”. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Dir. Carlos Altamirano. Vol. II. Madrid: Katz Editores, 2008, pp. 515-536.
- Fernández Teodosio. *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura*. Madrid: Akal, 1998.
- . *Teoría y crítica de la emancipación hispanoamericana*. Alicante: Instituto de Cultura “Juan-Gil Albert”, 1997.
- Fernández-Armesto, Felipe. *Américo. El hombre que dio su nombre a un continente*. Barcelona: Tusquets, 2008.
- Finchelstein, Federico. *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*. Trad. María Julia de Ruschi. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Franco, Jean. *La cultura moderna en América Latina*. Trad. Sergio Pitol. México, Barcelona,

Buenos Aires: Editorial Grijalbo, 1985.

Goic, Cedomil. *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1980.

González Echevarría. *La voz de los maestros: escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Madrid: Verbum, 2001.

Gras Miravet, Dunia. “Del lado de allá, del lado de acá: estrategias editoriales y el campo literario de la narrativa hispanoamericana actual en España”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 604, octubre 2000, pp. 15-29.

Guerrieri, Kevin. *Palabra, poder y nación: La novela moderna en Colombia de 1896 a 1927*. Ciudad Juárez, Chihuahua: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2004.

Jitrik, Noé. “Echeverría y la realidad nacional”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010.

www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1z4q4

Kristal, Efraín. *The Cambridge Companion to the Latin American Novel*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Lojo, Maria Rosa. “Los intelectuales argentinos y España: de la Generación del 37 a Ricardo Rojas”. *Anales de Literatura Hispanoamericana, Literatura de la emancipación y la formación de las nacionalidades: la idea de España*. Vol. 40, 2011, pp. 91-108.

López Rueda, José. *Rómulo Gallegos y España*. Caracas: Monte Avila Editores, 1986.

- Medina, Alberto. "The institutionalization of language in eighteenth-century Spain". *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 77-92.
- Mignolo, Walter. *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality & Colonization*. Michigan: The University of Michigan Press, 1995.
- . *The Idea of Latin America*. Blackwell Publishing, 2005.
- Monteagudo, Henrique. "Spanish and other languages of Spain in the Second Republic". *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 106-122.
- Moraña, Mabel. "Post-scriptum. A río revuelto, ganancia de pescadores. América Latina y el déjà-vu de la literatura mundial". *América Latina en la 'Literatura Mundial'*. Ed. Ignacio M. Sánchez Prado. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006, pp. 319-336.
- Moraña, Mabel and Gustafson, Bret. *Rethinking Intellectuals in Latin America*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Veruvert, 2010.
- Narvaja de Arnoux, Elvira y Valle, José del. "Introduction to the making of Spanish: Latin American and Transatlantic perspectives". *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 125-134.
- O'Gorman, Edmundo. *La Invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984.

- Palou, Pedro Ángel. “Coda: La literatura mundial: un falso debate del mercado”. *América Latina en la ‘Literatura Mundial’*. Ed. Ignacio M. Sánchez Prado. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006, pp. 307-318.
- Pérez, Odalís G. *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria*. Santo Domingo, República Dominicana: Archivo General de la Nación, 2010
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Comp. Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO, 2000, pp. 201-248.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Madrid: Fineo, 2009.
- . *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. Veracruz: Universidad Veracruzana, 1986.
- Rodríguez, Juan Carlos y Salvador, Álvaro. *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Ediciones Akal, 1987.
- Roggiano, Alfredo A. “Acerca de la identidad cultural de Iberoamérica. Algunas posibles interpretaciones”. *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Ed. Saúl Yurkievich. Madrid: Alhambra, 1986, pp. 11-20.
- Saer, Juan José. *El concepto de ficción. Textos polémicos contra los prejuicios literarios*. México: Planeta, 1999.
- Salazar, Aníbal. *La poesía argentina en sus antologías: 1900-1950: una reflexión sobre el canon nacional*. Buenos Aires: Eudeba, 2009.

- Sánchez Prado, Ignacio M. “Hijos de Metapa. Un recorrido conceptual de la literatura mundial (a manera de introducción)”. *América Latina en la ‘Literatura Mundial’*. Ed. Ignacio M. Sánchez Prado. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006, pp. 7-46.
- Stubbs Brushwood, John. *The Spanish American Novel: A Twentieth-Century Survey*. Austin and London: University of Texas, 1975.
- Trigo, Abril. “Algunas reflexiones acerca de la literatura mundial”. *América Latina en la ‘Literatura Mundial’*. Ed. Ignacio Sánchez Prado. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006, pp. 89-100.
- Valero Juan, Eva María. *Rafael Altamira y la ‘Reconquista espiritual’ de América*. Alicante: Universidad de Alicante, 2003.
- Valle, José del. “Language, politics and history: and introductory essay”. *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 3-20.
- . “Linguistic emancipation and the academies of Spain in the twentieth century: the 1951 turning point”. *A political History of Spanish. The Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 229-245.
- Verdevoye, Paul. “Validez o/e insuficiencia de los conceptos europeos para el estudio de la literatura hispanoamericana”. *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Ed. Saúl

Yurkievich. Madrid: Editorial Alhambra, 1986, pp. 256-261.

Vidal, Hernán. “Derechos humanos y estudios literarios/culturales latinoamericanos: perfil gnóstico para una hermenéutica posible (en torno a la propuesta de Pascale Casanova)”.

América Latina en la ‘Literatura Mundial’. Ed. Ignacio M. Sánchez Prado. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2006, pp. 213-254.

Villa, Laura. “The officialization of Spanish in mid-nineteenth-century Spain: the Academy’s authority”. *A political History of Spanish: the Making of a Language*. Ed. José del Valle. Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pp. 93-105

Wayne Ashhurst, Anna. *La literatura hispanoamericana en la crítica española*. Madrid: Gredos, 1980.

Yurkievich, Saúl. “Sobre la identidad cultural y sus representaciones literarias”. *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Ed. Saúl Yurkievich. Madrid: Alhambra, 1986, pp. 3-8.

Zanetti, Susana. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2002.

3. Otros

“Aculturación”. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22^a ed., 2001.

Aguilar Mora, Jorge. Prólogo. *Se llevaron el cañón para Bachimba*. Por Rafael F. Muñóz.

México: ERA, 2007, pp. 9-45.

“Autor”. Def. 3. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22ª ed., 2001.

“Autoridad”. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22ª ed., 2001.

Bergin, Joseph. *El siglo XVII*. Trad. Antonio Desmonts. Barcelona: Crítica, 2002.

Blánquez Fraile, Agustín. “Auctor”. *Diccionario latino-español, español-latino*. Barcelona: Sopena, 1985.

Casas, Bartolomé de las. *Historia de las Indias*. Madrid. Aguilar, 1927.

Contreras, Francisco. “El movimiento que triunfa hoy. Manifiesto sobre el mundonovismo”. *La varillita de la virtud*. Santiago de Chile: Minerva, 1919, pp. 101-115.

“Descubrimiento”. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22ª ed., 2001.

“Estado”. Def. 5. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22ª ed., 2001.

Estebáñez Calderón, Demetrio. “Escritor”. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza, 1996.

López de Gómara, Francisco. *Historia general de las Indias*. Esplugues de Llobregat: Orbis, 1985.

“Lunfardo”. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22ª ed., 2001.

Martínez López, Juan Antonio y Jørgensen, Annette Myre. “ser el abecé de algo”. *Diccionario de expresiones y locuciones del español*. Madrid: Ediciones de la Torre, 2009.

“Nominar”. Def. 1. *Diccionario de la Real Academia Española*. 22ª ed., 2001.

Pujol, Carlos. Introducción. *Obras*. Por Daniel Defoe. Barcelona: Planeta, 1964, pp. IX-XLIX.

Antonina Rodrigo. *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*. Madrid: Algaba Ediciones, 2005.

Sagrada Biblia. Trad. Félix Torres Amat. Barcelona: Divulgadora de la Biblia Católica, 1982.